

BRIGADIER GENERAL TOMAS DE IRIARTE

MEMORIAS



*Am*

LA

INDEPENDENCIA

Y LA

ANARQUIA



SOCIEDAD IMPRESORA AMERICANA  
BUENOS AIRES









**COLECCION DE GRANDES OBRAS HISTORICAS AMERICANAS**

**EDICIONES ARGENTINAS "S. I. A."**

---

**SOCIEDAD IMPRESORA AMERICANA**

**Dirección General: ARCADIO FASCETTI**

**LABARDEN 153 - 57 — Buenos Aires**

**República Argentina**

---

**COLECCION DE GRANDES OBRAS HISTORICAS AMERICANAS**

**DIRECTORES;**

**ARCADIO FASCETTI y ENRIQUE DE GANDIA**

**1**

**MEMORIAS**



**LA INDEPENDENCIA Y LA ANARQUIA**

**IMPRESO EN LA ARGENTINA**

***Queda hecho el depósito que previene la ley N.º 11.723  
Copyright by Sociedad Impresora Americana  
Buenos Aires, 1944***

**LIBRO DE EDICION ARGENTINA**



BRIGADIER GENERAL

Don TOMAS DE IRIARTE





**BRIGADIER GENERAL TOMAS DE IRIARTE**

**MEMORIAS**



**LA  
INDEPENDENCIA  
Y LA  
ANARQUIA**

**Advertencia de  
ARCADIO FASCETTI  
ESTUDIO PRELIMINAR DE  
ENRIQUE DE GANDIA**



**EDICIONES ARGENTINAS "S. I. A."  
Buenos Aires  
1944**



## ADVERTENCIA

La SOCIEDAD IMPRESORA AMERICANA inicia la publicación de las *Memorias* del Brigadier General don Tomás de Iriarte revisadas y prologadas por el doctor Enrique de Gandía. Esta obra, una vez realizada, será uno de los esfuerzos editoriales más grandes que se han hecho en la historia de la Argentina y de la América Hispánica. Las famosas *Memorias* del Brigadier General don Tomás de Iriarte abarcan una extensión de veinte mil páginas, unas dactilografiadas y otras manuscritas, que se conservan, como copia del original —aproximadamente del mismo tamaño— en el Archivo General de la Nación Argentina.

Estas *Memorias* aparecerán por tomos, cada uno de los cuales contendrá un número de páginas variable, según la época estudiada. Cada tomo por tanto será una visión independiente, sólo ligada a los tomos anteriores o posteriores por la sucesión cronológica. Los amantes de la historia argentina podrán, en consecuencia, consultar cada tomo por separado, de acuerdo con sus necesidades eruditas.

El doctor Enrique de Gandía afirma, en sus páginas de introducción, que la aparición de esta obra señalará una época, un momento crítico, en la historia de la investigación de la historia argentina. Se basa, para expresarse en esta forma, en el hecho que

las revelaciones del Brigadier General don Tomás de Iriarte son sencillamente extraordinarias y con frecuencia cambian fundamentalmente nociones, conceptos y creencias que se suponía incommovibles. Era tiempo, en efecto, que estas *Memorias* tan injustamente ocultas, olvidadas por cuestiones personales, temores absurdos y toda una leyenda de prejuicios, se publicasen y fuesen conocidas por todos los argentinos. Las grandes figuras de la Patria son enaltecidas y honradas sobremanera en las páginas del severo brigadier; las figuras menores, los hombres que a veces deslucieron su prestigio mezclándose en bajas disputas políticas, surgen a la posteridad con todos sus reflejos humanos, tal cual como fueron, vivos y no muertos, de carne y hueso y no de mármol con color de sudario. Quedan todos como siempre y, lejos de perder, se enaltecen en sus combates. La historia es lucha, odio, amor, gloria, y todo ésto abunda con pasión a manos llenas en la obra más extensa y más rica en recuerdos y episodios históricos escrita por un militar e historiador argentino y americano.

Esta obra no sólo marcará un jalón, y tal vez una época, en la historia de la historiografía argentina por su sorprendente contenido, sino por la nueva concepción de la historia argentina que expone en sus páginas preliminares el doctor Enrique de Gandía. Conocida es la autoridad del doctor de Gandía en historia americana y argentina del período colonial e independiente, sociología y cuestiones americanas de límites. Autor de más de sesenta volúmenes, sin contar publicaciones menores, es sin disputa el historiador más fecundo de América y uno de los primeros por sus descubrimientos y teorías. En las

páginas que siguen, después de analizar y mostrar los testimonios irrefutables del Brigadier General Iriarte, sienta la tesis, por primera vez en la historia argentina, de que la independencia argentina y americana no se debe a cuestiones materiales y económicas, sino a ideales puramente políticos, de indiscutible origen español, nacidos en España y traídos al Nuevo Mundo por los propios españoles y los americanos que habían ido a España a educarse. El doctor de Gandía introduce, de este modo, en el estudio de la historia argentina, el concepto, la investigación y valoración del pensamiento político, en contra de las concepciones jurídicas y económicas de la historia que hasta ahora se habían dividido la interpretación de las causas que nos dieron la independencia. En otras palabras, el doctor de Gandía inaugura el estudio del pensamiento político en la historia argentina y llega a la conclusión de que nuestras luchas por la independencia, tanto en la Argentina como en América, no se originaron por el ideal de la independencia política, sino por el ideal español y americano de la libertad en oposición al absolutismo. La vieja afirmación, siempre infundada e incomprendida, de que la guerra de la independencia americana había sido una guerra civil, es vista, ahora, con un análisis que puede compararse a una luz poderosa. La guerra civil se debió al choque de los ideales políticos de la libertad que sostenían los partidarios de los derechos naturales de los hombres en contra de los ideales opuestos que defendían los absolutistas partidarios del derecho divino de los reyes. Fué un proceso, en la América Hispana, semejante al que condujo a la independencia de la América Inglesa. El Brigadier General don Tomás de Iriarte evidencia,

en no pocas oportunidades, cuán fuerte era el ideal político de pura libertad, sin llegar a concebir, en los primeros tiempos, la independencia que se produjo más tarde, y el doctor Enrique de Gandía eleva a teoría general, perfectamente fundada y estudiada, la nueva concepción de la independencia como resultado de la lucha del liberalismo en contra del absolutismo. Es por estas razones, repito, que los jóvenes historiadores argentinos tendrían en estas *Memorias* y en estos estudios un material y una enseñanza que sin duda abrirán nuevos rumbos a su entendimiento.

La idea e iniciativa de publicar estas monumentales *Memorias*, no por orden y cuenta del Estado, sino como esfuerzo patriótico privado, de una editorial argentina que, en este caso, ha resultado la Sociedad Impresora Americana, pertenece al doctor de Gandía, quien ha sido generosamente secundado desde el primer instante por los descendientes del Brigadier General don Tomás de Iriarte. Agradecemos, por tanto, a los descendientes del ilustre Brigadier su amplia autorización y al doctor Enrique de Gandía su valiosa y desinteresada colaboración.

Este esfuerzo editorial, sembrado de innúmeras dificultades, sólo encierra para nosotros una esperanza: la de contribuir a la grandeza de la historia argentina con la obra más importante, por su magnitud y cúmulo de noticias, todas vistas y oídas, de un ilustre militar argentino.

ARCADIO FASCETTI

*Director General de Publicaciones.*

## ESTUDIO PRELIMINAR

### I

#### **LAS MEMORIAS DEL BRIGADIER GENERAL TOMAS DE IRIARTE**

*Las Memorias del Brigadier General Tomás de Iriarte, que ahora comenzamos a publicar, han permanecido largos años en el olvido. Hace tiempo, un fino espíritu y notable erudito —el señor Enrique Udaondo— llamó sobre ellas la atención con una conferencia en la antigua Junta de Historia y Numismática Americana, hoy Academia Nacional de la Historia. Pocos han sido los estudiosos que las han consultado: Adolfo Saldías, Alonso Baldrich, Ramón J. Cárcano, Carlos Correa Luna, Jacinto R. Yaben y algunos otros. Héctor C. Quesada, el inteligente director de nuestro Archivo Nacional, las leyó atentamente señalando los párrafos más agudos. Otros miembros del Archivo e investigadores atraídos por la curiosidad —en número difícil de precisar— pasaron sus páginas con rapidez. El ex Presidente Agustín P. Justo y el doctor Carlos Alberto Pueyrredón leyeron asimismo muchos de sus pasajes. Pero salvo una docena de nombres, que con permiso especial de los descendientes de Iriarte se acercaron a las Memorias, éstas hallábanse hundidas en el silencio. Además, las citas y referencias truncas de quienes habían leído algún capítulo fueron creando en la gran masa de los historiadores y aficiona-*

dos argentinos, que nunca las conocieron, una leyenda absurda y ridícula. Se dijo —y aún se repite por gente de escasa cultura— que las Memorias están salpicadas de frases imposibles de reproducir, que es una obra misteriosa, llena de acusaciones terribles e impublicable por su vocabulario. Algunos de sus mismos descendientes creyeron a medias en esta prédica falsa y estúpida, hecha por gente que quería simular un conocimiento que no tenía. El hecho puede explicarse por dos razones: una es la repetición de noticias mal interpretadas por el afán vanidoso de hacer creer que se sabe algo importante, y la otra es el deseo interesado de ocultar ciertas revelaciones y ciertos hechos perfectamente históricos. La campaña de difamación inconsciente y la fuerza que hicieron algunas familias, empeñadas en no discutir aspectos históricos de sus antepasados, llegaron hasta el extremo de paralizar su publicación oficial cuando ésta ya estaba resuelta. Las Memorias cayeron, así, nuevamente, en la negrura, en el descrédito y en el olvido. Nosotros comprendimos esta inmensa injusticia que la historia y la sociedad argentina estaban cometiendo con una gloria de nuestro ejército y con una obra que, en su género autobiográfico, es la más extensa, la más rica en hechos históricos y la más trascendente por sus revelaciones de toda la historia argentina y de toda la historia de América. Empezamos, entonces, una lenta labor para lograr un poco de luz sobre una fuente tan extraordinaria de nuestro pasado. Hallamos en seguida la comprensión inteligente, patriótica y desinteresada de las personas sin cuyo concurso los historiadores argentinos no disfrutarían hoy de esta valiosísima obra: en primer término los descendientes del Brigadier General To-



más de Iriarte, entre los cuales debemos recordar a la señora María Eugenia Iriarte de Allende; a su hermana, la señorita Martina E. Iriarte, y a su prima, la señora Mercedes Iriarte de Baez; luego, el Director del Archivo General de la Nación, señor Héctor C. Quesada, y, por último, el Director general de la Sociedad Impresora Americana, señor Arcadio Fascetti. Queremos dejar pública constancia de nuestro profundo agradecimiento a las señoras y señores que acabamos de mencionar por el bien que han hecho a las ciencias históricas de nuestra Patria.

El Brigadier General Tomás de Iriarte escribió sus Memorias para dejar a sus hijos y a la posteridad argentina y americana una visión y un juicio profundos, verdaderos, exactos —dentro de lo humano— de todo cuanto él vió, vivió y sufrió en su larga y extraordinaria vida. Su existencia no tiene comparación en la historia de nuestra Patria: argentino, de Buenos Aires; combate en España contra Napoleón; pasa al Nuevo Mundo con los realistas; se incorpora a las fuerzas patriotas, conoce y trata de cerca a nuestros más grandes hombres; lucha en las guerras de la anarquía; viaja a Estados Unidos como diplomático y es amigo de Monroe y de Lafayette; vuelve a la patria, toma parte en la guerra contra el Brasil y lucha en Ituzaingó; es revolucionario con Lavalle y toma el fuerte de Buenos Aires; vive los primeros años del gobierno de Rosas; actúa en la revolución de los restauradores; emigra a Montevideo; es uno de los jefes de Lavalle en la cruzada contra Rosas; vence en Santa Fe al general Eugenio Garzón; salva la vida en el combate de Quebracho

*Herrado; emigra a Chile; vuelve a Montevideo; es uno de los defensores de la ciudad en el sitio de Oribe y asiste a la caída de Rosas y presencia los acontecimientos siguientes hasta el 26 de mayo de 1876, en que muere. Su vida, en muchos instantes, llega al límite de lo fantástico.*

*Iriarte escribió muchos trabajos de mérito y en sus meses de enfermedad hizo también hermosas traducciones. Su obra cumbre son sus Memorias. Las escribió entre el 1835 y el 1847. En ellas volcó su vida, sin reticencias, sin injusticias, sin temores. Es la confesión más sorprendente de la historia americana. Explica sus errores y los de sus contemporáneos. No tiene ninguna vacilación en declarar todas las veces que se equivocó en cuestiones políticas. Con la misma franqueza, con la misma justicia, muestra las ambiciones, los odios y los errores de los hombres que actuaron a su lado. Las grandes figuras de San Martín y Belgrano son elogiadas intensamente. Belgrano causó en él una profunda impresión y ambos fueron amigos hasta su muerte. San Martín, a juicio de Iriarte, salvó la Argentina mientras la devoraba la guerra civil. Iriarte tiene palabras sin velos para los causantes de la anarquía, entre provincia y provincia, entre cuartel y cuartel, sin otros ideales que sus propias ambiciones. Él fué uno de los grandes actores de estas luchas y el primero en arrepentirse de su actuación y declarar su inmenso error. Es lógico que censure a sus compañeros, más culpables que él de tantos males, de tanta sangre y de tantas luchas perdidas. La figura de Alvear, causante indiscutido de no pocas alteraciones en nuestra Patria, es desnudada con la severidad y la decisión con que puede hacerlo un juez militar. El nombre de Juan*

*Martín de Pueyrredón también es alcanzado en este panorama histórico. Iriarte, lleno de fuertes ideas liberales, se sorprendió muy tristemente cuando advirtió que la situación política de Buenos Aires y la presión de los caudillos obligaban a gobernar con mano de hierro, con verdadero absolutismo. No olvidemos que había abandonado las filas españolas por su amor a la libertad. Es lógico, por tanto, que no viera con buenos ojos la dictadura que imperaba en Buenos Aires y se dedicara a combatir a Juan Martín de Pueyrredón. Hemos estudiado a fondo la vida de este personaje y nos consta que fué una de las grandes figuras de nuestra primera historia independiente. Por ello comprendemos a Pueyrredón y comprendemos a Iriarte. El mismo Iriarte, como explicamos en otro lugar, terminó por reconocer que el gobierno de Pueyrredón, a pesar de su dictadura, o gracias a ella, fué uno de los más ordenados y superiores de aquellos tiempos. Lo que Iriarte recoge en sus páginas en contra de Pueyrredón, y creyó sinceramente, es la impresión psicológica que causaba su gobierno y lo que algunos políticos hacían circular en torno del supremo mandatario. No hay misterios ni por qué ocultar hechos históricos, fáciles de esclarecer. En un pasaje de sus Memorias Iriarte dice que Pueyrredón, cuando salió de Potosí con los caudales de la ciudad, convirtió "una carga de oro en plata al tiempo de hacer la entrega". Sobre este hecho existen varias versiones. Ignacio Núñez, por ejemplo, contrario a Pueyrredón, no recoge esta especie y elogia el arrojo de Pueyrredón, su esfuerzo para salvar las cajas de Potosí, su honestidad y la entrega de los fondos al gobierno. Otro pasaje, referente a Pueyrredón, es el relativo a su casamiento*

*con una joven rica, de catorce años, cuyo padre él habría mandado fusilar, en 1812, por hallarse complicado en la conspiración de don Martín de Alzaga. Hoy conocemos mayores detalles, sobre este suceso, por la palabra del mismo Rivadavia, el hombre a quien, por turno, correspondió ordenar las muertes de los conspiradores. Hizo esta confidencia a Florencio Varela, en Río de Janeiro, y Varela, asesinado el 20 de mayo de 1848, dejó escrito, en unos apuntes reproducidos por Luis V. Varela en su Historia Constitucional de la República Argentina, lo que aquí transcribimos: "Se hallaba Rivadavia sólo en el despacho, ignorante, por supuesto de lo que pasaba en el de Chiclana, cuando entra Pueyrredón, amigo de colegio de aquel, con su sombrero puesto y ademán no común. Sentóse así, y sin otra ceremonia dijo a Rivadavia que ya no podía soportar su situación: que el Gobierno estaba siendo juguete de la facción de Chiclana, que era falso que hubiera conspiración de españoles; que las tres ejecuciones que se habían hecho, eran tres asesinatos horribles; y que él estaba determinado a salir de semejante gobierno: que tenía hecha su renuncia, y que al día siguiente iba a presentarla al Cabildo, para que éste convocase al pueblo y nombrase otro en su lugar: que fundaba su renuncia en que no quería formar parte de un Gobierno que forjaba conspiraciones para matar inocentes. "No vengo, concluyó, a pedirte consejo, sino a comunicarte lo que tengo irrevocablemente determinado, porque te debo amistad y servicios". Rivadavia, aunque sorprendido de semejante trastorno de ideas, aparentó no estarlo: procuró volver la reflexión a su colega, por palabras de persuasión; pero viendo la obstinación de éste,*

*cambió su tono y su ademán, y tornándose muy severo, le dijo: que, pues Pueyrredón se despojaba voluntariamente de su carácter de gobernante, pues que ya en aquel momento no era más que un conspirador, que preparaba un golpe de muerte al Gobierno y a la causa de la Revolución, en los momentos de verse amagada por una conspiración terrible, él, Rivadavia, se consideraba único gobernante. "Y en este carácter íntimo a usted, señor don Juan Martín Pueyrredón, que usted no sale de aquí: que queda usted preso aquí mismo: que va usted a declarar ante el Secretario y el Escribano de Gobierno, lo que acaba usted de decirme, y que sobre la declaración de usted voy a poner el decreto que la gravedad del caso demanda". Rivadavia tocó la campana y ordenó que se llamase al Secretario Herrera. Pueyrredón se desconcertó completamente: se quitó el sombrero, quedó caído y trémulo: Rivadavia aprovechó el momento para tornarle a la razón, por persuasiones, y en esto estaba, cuando se sintió alto clamoreo en el patio del Fuerte, y muy luego inmenso tropel que, entre vivas a la patria, invadió el despacho del Gobierno, abriendo la puerta de golpe. Era el Edecán Zamudio, seguido de mucho pueblo, que venía a anunciar la prisión de Alzaga y el nudo de la revolución descubierta en las averiguaciones de Chiclana; Pueyrredón se desconcertó al punto que Rivadavia, en medio del gentío, se le acercó con sigilo, y le aseguró que nada de lo ocurrido saldría de aquel recinto. Pueyrredón, curado de su error, ayudó desde entonces, al Gobierno, mientras se halló en él".*

*Estas líneas no desmienten a Iriarte en el fondo del problema: revelan los ardientes deseos de Pueyrredón de detener las ejecuciones de españoles, entre*

los cuales se hallaba el padre de su mujer doña *María Calixta de Tellechea*. No firmó la sentencia de muerte de su suegro, como repitió el pueblo; pero "*ayudó desde entonces, al Gobierno, mientras se halló en él*", y su suegro fué ejecutado.

Las referencias traídas por Iriarte en sus *Memorias* son en su mayoría exactas y muy pocas pueden discutirse. Nada dice que, a su juicio, no sea la pura verdad. Su amor por la verdad llega a extremos increíbles y sólo calla nombres cuando se trata de gentes que nada han tenido que ver en la historia y en el destino de la patria. Por ejemplo, cuando recuerda haber conocido a un individuo acusado de escándalos deshonesto con unas jóvenes solteras, encubridoras de un crimen, dice: "En cuanto al asesinato era un suceso complicado con una relación escandalosa en que actuaban como principales partes las señoritas N. hijas del comerciante acaudalado del mismo nombre. Era una causa asquerosa, indecente, en que las señoritas aparecían representando un papel bien desgraciado..." El apellido de las señoritas N. sigue siendo un misterio.

El valor de estas *Memorias* como documento histórico es, en muchos puntos, extraordinario. Obra principalmente psicológica, pinta los caracteres, las almas, las intenciones, los odios y los actos supremos en forma verdaderamente admirable. En sus mismos ataques tiene un mérito poco común. Críticos superficiales o interesados, temerosos de la verdad, nos han insinuado la conveniencia de retocar los párrafos de Iriarte, de suprimir alguna palabra o páginas enteras, de alterar el estilo, modernizar la puntuación, etcétera. Nos hemos negado rotundamente por un principio crítico, moral e histórico. Ni el que es-



tas líneas escribe ni nadie en general tiene derecho, ni poder, ni capacidad, para corregir a un muerto que fué glorioso militar argentino, testigo presencial de todo cuanto refiere. Por otra parte, si se hiciera la excepción con un personaje, quitándole todas las acusaciones que caen sobre él, habría que repetir el mismo acto con todos los otros que no tienen descendientes influyentes en la actualidad. Las Memorias quedarían, por tanto, mutiladas, profanadas, alteradas en su forma y en su espíritu. La historia no es tampoco una leyenda y presentación de seres perfectos, todos patriotas, todos inmaculados, que tocan en lo sublime. Los hombres eran hombres y tenían sus intereses, sus pasiones, sus simpatías y antipatías y se comportaban, no como damiselas ingenuas, sino como soldados, como políticos y caudillos de espada y caballo, acostumbrados a pelear en los campos más duros y sangrientos de la historia moderna. Los mismos conceptos de nación, de patria, de independencia; la forma de gobierno; los límites internacionales e interprovinciales, etcétera, eran aún vagos, imprecisos. Por ello se explican hechos que, considerados con un criterio anacrónico, de hoy en día, parecen incongruentes. Estas Memorias nos llevan a la realidad del tiempo con un poder mágico, con una sinceridad insuperable, y nuestros héroes, lejos de disminuir con sus pasiones y hasta con algún error, se tornan más vivos, de carne y hueso, y los sentimos cerca de nosotros, hechos hombres, no estatuas de muertos, como si nos halláramos a su lado y tomáramos parte en aquellas luchas, en aquellos dramas, que forjaron, poderosa, nuestra grande Argentina.

El texto de las Memorias de Iriarte aparece, pues, puro e intocado. No hemos corregido ni una

sola palabra. Las frases que hacen estremecer están limpias como las escribió un brigadier argentino hace más de cien años. Hemos respetado la puntuación particular de la obra, distinta, por supuesto, a la de nuestro tiempo. Sólo hemos dividido las Memorias en tomos y en capítulos, por simples razones editoriales, dando a cada capítulo un título adecuado. La ortografía también ha sido respetada, salvo en presencia de algún error de pluma sin alcance ortográfico, como ser el olvido o cambio de una letra, etcétera. No debe sorprender el desaliño de algunos párrafos. Iriarte fué el primero en notarlo; pero la enorme extensión de su obra —más de veinte mil páginas—, la prisa con que escribía, por temor a que la muerte no le dejase terminar sus Memorias, y la enfermedad que lo aquejaba, unido, todo ello, a la falta de secretarios, colaboradores, etcétera, no le permitieron depurar y corregir su enorme trabajo. Iriarte a menudo lo confiesa: “El estilo de este escrito tampoco es correcto ni ordenado: muchas otras razones podía haber alegado en mi defensa, pero yo era entonces poco experto. La he conservado sin embargo intacta y tal cual entonces la redacté, como puede verse por el estado de la tinta y el papel: es un escrito que tiene veintiséis años de antigüedad a la hora en que escribo estos renglones”. En otra parte de su obra dice: “Me había propuesto hacer una corrección formal, pero por falta de tiempo me he limitado a hacer muy ligeras alteraciones y renovar algunas letras casi ininteligibles por la velocidad con que escribo y por lo blanco de la tinta”.

Hoy, gracias a la comprensión de los descendientes del Brigadier General Tomás de Iriarte y al esfuerzo de la Sociedad Impresora Americana,



*las famosas y desconocidas Memorias comienzan a ver la luz. Este primer tomo abarca una parte de las guerras por la Independencia y toda la anarquía hasta el fatídico año de 1820. Comienza con la partida de Iriarte, desde las costas españolas, en el ejército realista, y termina con el momento más angustioso de nuestra historia republicana. Es una visión magistral de hombres, hechos y cosas de nuestra historia. Hay descripciones emocionantes; revelaciones sensacionales; pinturas psicológicas inimitables. Las obras no perduran por la pulcritud del estilo, sino por el alma que les da vida. Estas Memorias —y una muestra de ellas es este tomo— son superiores a las célebres Memorias del General Paz y a todas cuantas otras, de la misma índole, se han escrito en nuestro país y en América. A nuestro juicio superan, por muchos conceptos —aunque la comparación es difícil de establecer— las grandes memorias de Francisco de Miranda.*

*La historia argentina enriquece sus anales con el aporte más valioso de uno de sus grandes actores.*

## II

**TOMAS DE IRIARTE Y LOS LIBERALES Y  
ABSOLUTISTAS DE LA GUERRA CIVIL  
HISPANO - AMERICANA**

*Nuestra interpretación de la independencia argentina y americana como resultado de la gran guerra civil surgida en España y en América entre liberales y absolutistas halla en las Memorias del Brigadier General don Tomás de Iriarte la confirmación más rotunda e indiscutible.*

*Iriarte ha evocado, con una fidelidad asombrosa, en sus célebres Memorias, los primeros años de su*

*juventud, sus primeras amistades y las primeras ideas que lo llevaron a abrazar la causa de los liberales hispanoamericanos. No olvida detalles referentes a personas, hechos e ideas. Sus recuerdos pecan de prolijos. No existe en él el defecto de colocarse en un tiempo presente para juzgar un tiempo pasado. No interpreta; refleja. No explica; describe. Las interpretaciones y explicaciones surgen solas de la presentación de los acontecimientos, de la reproducción exacta de las conversaciones, de los cuadros llenos de color y de vida que hace desfilar ante nosotros. No hay otra obra, en toda la historiografía argentina, que dé una idea más clara y definida de lo que fué el choque ideológico que condujo a la gran guerra civil. Las memorias y autobiografías conocidas por lo general ajustan el pasado al modo de pensar del instante en que fueron escritas y sólo mediante análisis severos puede llegarse a comprender y destacar el verdadero espíritu que animó a sus protagonistas en determinados momentos. Iriarte revive, con naturalidad maravillosa, la psicología histórica de los primeros años de la guerra civil y pinta a sus personajes con toda la nitidez de sus ideas. Es, incuestionablemente, el testimonio más valioso de nuestra historia para revelarnos la verdad del drama ideológico que dividió las conciencias de españoles y americanos cuando los ideales del liberalismo se enfrentaron a los principios del absolutismo. Sólo basta seguir a Iriarte en sus ricos relatos para asistir a la resurrección de la lucha de liberales y absolutistas, sin distinción de nacionalidad, y darse cuenta, con verdadero asombro, de la labor que desarrollaron las logias secretas en la gran causa de la libertad.*

*Iriarte partió muy joven a España y todas sus ideas en favor del liberalismo nacieron y se desarrollaron en la Península. Nada debe Iriarte, en cuestión de ideas, a la tierra en que nació, excepto un recuerdo romántico, desteñido, y la noticia de que en ella mucha gente combatía en contra del despotismo de los Borbones. La verdadera independencia política no fué soñada por Iriarte en los primeros tiempos y nunca alude a ella. Los liberales eran por igual españoles y americanos y no se preocupaban del problema de la independencia de una u otra nación, pues en parte no la concebían, sino del triunfo del liberalismo en contra del absolutismo: único ideal que movía sus acciones. Las disputas entre liberales y absolutistas se producían dentro del ejército y en todas partes. Iriarte sólo habla de las que él presencié. Venimos a saber, gracias a su testimonio, que en el año 1816, en el buque en que hizo el viaje desde España a las costas del Perú, la Veloz pasajera, las discusiones políticas eran frecuentes y a veces asumían aspectos peligrosos. "Estas cuestiones —dice— se definían con tanto calor, que por último se convino por una y otra parte en abstenerse de hablar de todo lo que tuviese relación con la política. Este convenio se observó durante largos días, pero el de San Fernando, día del Rey, el bribón de Pasos, de cuyo carácter he presentado un ligero bosquejo, pidió un brindis que dedicó al Rey, cuya fiesta se celebraba: la mayor parte de los liberales no lo acompañamos y permanecimos sentados: y esto dió lugar a una seria contestación cuyo resultado fué que un oficial de marina le dirigiese a Pasos un banco a la cabeza, con amenaza de echarlo al agua si otra vez volvía a promover cuestiones de aquella naturaleza".*

*Estas líneas nos presentan la verdadera situación de aquellos hombres en alta mar: eran militares o marinos españoles nacidos en la Península y, unos pocos, en América; pero unos eran liberales, y los otros, absolutistas; es decir: unos contrarios al rey y los otros partidarios suyos. Cuando un oficial español propuso brindar por Su Majestad otro oficial, también español, lo amenazó arrojarlo al mar. Los ánimos de los españoles, antes de llegar a combatir contra los insurgentes americanos, ya estaban divididos por el liberalismo y el absolutismo.*

*Los marinos y liberales militares formaban logias masónicas para resolver sus planes y comunicarse en secreto sus ideas. A bordo de la Veloz pasajera había una logia instalada desde Cádiz que trataba de atraerse a los jóvenes de puras ideas liberales. Véase cómo la recuerda Iriarte: "...pero no se me ocurrió que a bordo hubiese una logia. Fuí introducido en ella con todas las ceremonias rituales: el local era el camarote del segundo comandante Pardo, la hora las doce de la noche, todos dormían a no ser los centinelas que corrían la palabra: otro camarote estaba destinado para cuarto de reflexiones: cuando me desvendaron, después de prestar el juramento de orden, no fué poca mi sorpresa al verme rodeado de los que eran a bordo mis mejores amigos: todos con sus espadas desenvainadas y asestadas contra mi corazón. El orden jerárquico de aquellos caballeros era el siguiente: Valdez, Venerable; La Torre, Orador; Seoane, primer Vigilante; Ferraz, segundo; Pardo, Maestro de ceremonias; Bocalán, hermano terrible; Tena y Plasencia no eran dignatarios: yo fuí nombrado Secretario. Así éramos nueve*

los individuos que componíamos la sociedad: Tena y Bocalán habían sido iniciados también a bordo: mi recepción fué la última que se hizo durante el viaje; con excepción de los tres últimos y de Pardo que era un antiguo marino recientemente incorporado a aquella logia, ésta había salido instalado desde Cádiz con los restantes... No tardé mucho en imponerme de la litúrgica, palabras, signos y símbolos: quedé hecho cargo de la secretaría. Todos los miembros entonces existentes teníamos el título de Fundadores: la sociedad se denominaba Logia Central la Paz Americana del Sud. El objeto de esta asociación, como más adelante se verá, era el de dar dirección a todos los negocios públicos; y al efecto las adquisiciones que se hacían recaían siempre en personas de capacidad e influjo por su posición social, y más particularmente por su rango en el ejército, y que perteneciesen al partido liberal. En Cádiz existía otra compuesta de personas notables que iniciaba a los oficiales destinados a ultramar que más sobresalían por sus principios liberales e ilustración. El partido liberal perseguido entonces de muerte por Fernando pretendía de este modo formarse una nueva patria en América, si se veían obligados a abandonar la Península para evitar los furores de aquel déspota sanguinario. Pero la sociedad en que yo acababa de entrar era independiente de aquella, aunque relacionadas entre si y con miras idénticas”.

Estos liberales eran liberales políticos y no contrarios a la religión. El mismo Iriarte habla en muchas partes de sus Memorias de sus ideas religiosas y dice, en determinado momento: “He aquí el efecto sublime de la religión y, dígame lo que se quiera, su prestigio domina siempre el espíritu más des-

*preocupado". El absolutismo de Fernando VII había hecho comprender a los liberales que la guerra debía llevarse a cabo, principalmente, en forma secreta, adquiriendo adeptos en el ejército, en la marina y en todas partes. América ofrecía un campo magnífico para la lucha y los que partían a ella, para combatir a los insurgentes, pensaban unirse a ellos o convertir el Nuevo Mundo en una nueva patria. De la independencia, como hemos visto, nadie hablaba: todos los ideales estaban dirigidos al triunfo del partido liberal para conquistar el gobierno y dominar indistintamente en España y en América.*

*La labor de los liberales masones españoles continuó también en tierras de América, entre los peninsulares que luchaban contra los insurgentes. Iriarte recuerda que en Arica, "antes de marchar hicimos algunas adquisiciones masónicas que celebramos con banquetes, a los que asistían los amigos de la fragata, de los que nos despedimos".*

*La condición social en que los absolutistas hispanoamericanos mantenían a los indios hizo creer a Iriarte que una administración y legislación liberal podría elevarlos entre los otros hombres. "Una legislación liberal podrá hacerlos hombres con el tiempo, ahora no lo son: en el Perú su clasificación es de un orden inferior a la de los mismos esclavos africanos, que los tratan tan mal como éstos son tratados por los blancos". El hecho es fácil de explicar: el Perú, como México, fué una de las partes de América donde las ideas absolutistas tuvieron más fuerza. Cuando se habla de la condición de los indios hay que distinguir si se trata de los naturales del Perú, de México, del Río de la Plata o de otras partes de*

*América, porque las ordenanzas para su gobierno no eran en todas partes las mismas y porque, en la práctica, los naturales del Paraguay, por ejemplo, llevaban un género de vida tan diferente al de los naturales del Perú y de México como los de Venezuela, Colombia y el Río de la Plata. En general, donde imperaban ideas liberales y democráticas, como en el Paraguay y Río de la Plata, el trato de los indios era excelente y su vida, en muchos aspectos, era más cómoda que la de los mismos españoles. En cambio, donde dominaban los principios absolutistas el indio fué tratado en forma más dura. Esta forma, no obstante, está lejos de ser lo que escribían autores extranjeros, enemigos políticos de España, y lo que repetían muchos liberales hispanoamericanos, como el mismo Iriarte. A principios del siglo XIX las obras de Robertson, Raynal y otros historiadores contrarios a España eran leídas ávidamente por los liberales de España y de América y ejercían una influencia inmensa. En Buenos Aires, Ignacio Núñez recuerda cómo los autores mencionados eran leídos, con pasión, en el Café de Marcos y en la Sociedad Patriótica y cómo todos sus lectores creían en ellos ciegamente. Iriarte estaba empapado de estas ideas. Lo evidencia, por ejemplo, el siguiente párrafo en que describe, de acuerdo con la más perfecta leyenda negra, la acción de los primeros conquistadores españoles: "La mayor parte de ellos, incultos y feroces, buscando con avidez los tesoros de oro y plata que deslumbraban su vista y ofuscan sus sentidos, y al mismo tiempo poseídos de un cruel entusiasmo por el exterminio de los infieles, no se sentían inclinados a tales pesquisas; y rodeados como se veían continuamente de inminentes peligros, e impe-*



*didados por toda clase de dificultades, no tenían la tranquilidad y sosiego que se requiere para inquietaciones especulativas, o descripciones circunstanciales. Pero no sólo la incapacidad, sino también las preocupaciones de los españoles, hacían muy defectuosas sus noticias sobre la América". Iriarte no conocía muchos documentos sobre la obra de los españoles en América y, en su tiempo, las investigaciones en los archivos no habían descubierto las maravillas que han aparecido después. No se puede exigir al joven liberal de aquel entonces una erudición que nadie tenía en su siglo y sólo fué posible unos cien años después. Hecha esta aclaración, no nos detendremos más sobre las opiniones de Iriarte relativas a los conquistadores españoles del siglo XVI.*

*Lo que en estas páginas nos interesa destacar es que la división de absolutistas o realistas y liberales no correspondía, en América, a los españoles y a los americanos, sino principalmente, a la gran masa de americanos. Dice Iriarte: "...en América se peleaba entre americanos, que unos defendían la causa del Rey y otros la de su país, los primeros, mandados por algunos jefes españoles que no habían tenido escuela los más, y el resto creados en los primeros momentos de la revolución, y los otros por jefes y oficiales americanos..." Estas divisiones existían entre las mismas familias hispano americanas: "Encontré en Potosí dos familias con quienes tenía relaciones de parentesco... Una de ellas eran las hijas del famoso Doctor Cañete, tres o cuatro hermanas, una casada con el coronel Baez, natural del Paraguay, y entonces Intendente del ejército, y la otra con un vizcaíno comerciante de Potosí, don N. Ibargüen: las frecuenté muy poco a pesar de sus instan-*



*cias y continuos ofrecimientos, porque supe muy luego que eran realistas exaltadas... La otra era la familia de Arroyo... pero todos eran realistas... Mi entrada era más frecuente en casa de doña Paula Martínez de Urquijo: esta señora era muy patriótica y de un talento superior, su sociedad se componía tan solo de individuos adictos a la causa de la independencia, por lo que estaba muy señalada en la ciudad... Urquijo profesaba una opinión contraria a la de su esposa, ésta tenía sobre él grande ascendiente y yo no tenía nada que recelar por este lado”.*

*Es una verdadera revelación en la historia de la guerra civil hispanoamericana el hecho de saber que en el ejército español el general La Serna era mandado por las decisiones que tomaba la logia liberal y que en ésta sobresalía el general Valdés. “...Valdés ya entonces se le había sobrepuesto y hacía y deshacía a su antojo. Es verdad que para todas las deliberaciones se sabe cuál es el resultado en estos cuerpos colegiales: hay dos o tres miembros que tienen todo el ascendiente y arrastran la opinión de la mayoría. Aun durante la marcha en el desierto siempre que la oportunidad se ofrecía, éramos convocados y se resolvía lo que había de hacer el general. Este era naturalmente suave y fácil de dirigir; pero ¿de qué le hubiera servido tener un carácter más firme e independiente, rodeado como estaba por todos nosotros. Es incommensurable el poder e influjo de una asociación semejante siempre que sus miembros se entiendan bien; es para los negocios políticos como en la mecánica la palanca de Arquímedes; y dígame lo que se quiera toda vez que no corrompan ni se desvíen del objeto original por ocuparse del interés individual, en un país en revolución no puede marcharse sin ellas”.*

*El ejército realista del Perú estaba compuesto casi exclusivamente de naturales del país. "El traje solo de la oficialidad y tropa excitaban la risa de los más circunspectos: la mayor parte de los jefes y oficiales o eran hijos del país, principalmente cuzqueños y de éstos muchos mulatos y cholos, o europeos sin principios... aventureros que habían venido de España a hacer su fortuna y que tomaron una parte muy activa contra la revolución y fueron improvisados capitanes, coroneles..."*

*Entre los españoles existían grandes rivalidades. En parte son conocidas las que dividieron al virrey Pezuela y al general La Serna. Dice Iriarte: "El virrey Pezuela... luego que se apercibió que La Serna era su subordinado y que no tenía otra autoridad que el mando del ejército que había sido instrumento de su gloria militar, trató de impedir que el nuevo general pudiera rivalizarla, aunque para conseguirlo comprometiere la misma causa que defendía... y resolvió por lo tanto que La Serna abriese la campaña, seguro como estaba de que ella no podía tener buen suceso, lograba de este modo que La Serna se desacreditase en sus primeros pasos como general del ejército, que él mismo (Pezuela) había conducido a la victoria, y por lo tanto conseguía de este modo hacer resaltar más su crédito con el descrédito de La Serna cuya prosperidad había obscurecido su renombre..." La Serna no ignoraba la treta que le había preparado el virrey; pero se preparó a abrir la campaña, "muy persuadido que la celada que le armaba el Virrey obraría un efecto contrario al que éste se proponía".*

*Peninsulares y americanos rivalizaban en actos de crueldad. Los recién llegados de España se asom-*

braban de las medidas que tomaban sus compatriotas y de los partes en que daban cuenta del número de prisioneros, fusilados, muertos, heridos, etcétera. Iriarte afirma que los españoles eran algunas veces más feroces que los americanos; pero nos describe, en una página magnífica, la crueldad y el fanatismo absolutista que tenía un joven americano, el coronel Lavin. "Este jefe nacido en el Arroyo de la China había sido el azote de sus paisanos; y entre los hechos espantosos de que era culpable, referiré el siguiente, por ser el que me hizo más impresión. Lavin estando de gobernador en Tarija hizo un crecido número de prisioneros en una acción en que los patriotas fueron vencidos: los condujo a Tarija después de haber fusilado muchos de ellos, y los puso en la plaza a vender como si fuera un rebaño de carneros: no faltaron almas corrompidas que entrasen en este negocio y Lavin juntó una buena suma de dinero; pero ochenta y tantos de aquellos desgraciados que no encontraron comprador fueron sentenciados a ser fusilados a la vez: al efecto Lavin formó su batallón y ordenó que todos los habitantes de Tarija concurriesen a presenciar tan atroz carnicería: las víctimas estaban formadas en alas, inmediatas y dando la espalda a una de las paredes de la iglesia: el batallón rompió el fuego a discreción; no cesó de hacerlo hasta que no quedó uno en pie: entonces haciendo aproximar a los notables del pueblo a aquel grupo de cadáveres y poniendo sobre la cabeza de cada uno de estos una espada, prestaba juramento de ser fiel a la causa real: una de las víctimas tuvo la feliz ocurrencia de tirarse al suelo boca abajo a los primeros tiros, y así pudo escapar de la carnicería

*y en el acto que sobre su cabeza se prestaba este nefando juramento se levantó gritando: "yo también juro": el feroz Lavin lo hizo fusilar al instante. Lavin era un joven de veinticuatro años, muy bien dispuesto, pero fanático y cruel, tenía crédito en el ejército como un valiente: cuando se vió desairado empezó a inclinarse a la causa de su país, y en Tupiza más de una vez conocí que quería explicarse conmigo, pero siempre le di resguardo: no sólo desconfiaba de su patriotismo, sino que lo miraba con cierto horror".*

*Los americanos de ideas realistas eran tantos como los peninsulares de ideas liberales. Entre los muchos criollos y mestizos que abrazaron la causa del rey absolutista Fernando VII estaban, como es sabido, el general Goyeneche y el que fué más tarde célebre mariscal del Perú y Bolivia, Andrés Santa Cruz. Iriarte traza una silueta curiosa de este personaje, indio de origen, natural de La Paz, y refiere sus servicios en el ejército español hasta que el general La Madrid lo tomó preso en Tarija. Traslado a Buenos Aires, huyó a Montevideo y a Río de Janeiro donde logró una recomendación del embajador español y pasó a España. Pronto regresó a América y entró a servir, de nuevo, en el ejército realista del Perú; pero por segunda vez cayó prisionero y así entró a combatir del lado de los liberales.*

*Las diferencias de ideas políticas que Iriarte observó en el Perú existían, como es natural, en toda América. "La opinión del pueblo de Salta estaba dividida: una parte considerable de los habitantes adheríase a la causa de la independencia, el resto pertenecía al partido realista: algunas familias tenían*

*individuos que indistintamente servían a uno y otro partido, y esto les servía de garantía, porque en las alternadas invasiones de españoles y americanos siempre contaban con un protector". Además, las jóvenes de Salta eran de una belleza poco común. Dice Iriarte: "Lo que más llama la atención es el bello sexo: yo no he visitado un pueblo en mis largas caravanas que contenga proporcionalmente tantas hermosuras como las que se ven en Salta, son peregrinas y de una amabilidad encantadora; así es que la mayor parte de las casadas, ya en el ejército real, ya en el de los independientes, eran salteñas: como la ciudad se veía alternativamente ocupada por el uno o por el otro ejército, rara era la vez que no se celebraban matrimonios: los guerreros de uno y otro bando no podían pisar el suelo de Salta sin pagar el debido tributo al hechizo atractivo de las interesantes salteñas".*

*Muchos españoles estaban dispuestos a pasarse a las filas de los liberales hispanoamericanos, pero temían que su condición de peninsulares les trajese un mal recibimiento. Así le ocurrió a un compañero de Iriarte, que "estaba deseoso de seguirme, pero temía no ser bien recibido por su calidad de Europeo". En Salta, cuando Iriarte hubo pasado del ejército realista al ejército liberal hispanoamericano, fué mucha gente a visitarlo y advirtió que "había algunos que eran muy opuestos a la causa de la independencia". En cuanto a Güemes, gobernaba como un verdadero déspota, sin apartarse, en este sentido, del sistema que hasta entonces habían seguido los caudillos españoles. El paso del caudillismo español al caudillismo independiente fué insensible. Sólo cambió de nombre y siempre fué, en realidad, un caudillismo*

hispanoamericano. El mismo general Belgrano confió a Iriarte que "su autoridad para con el jefe de la vanguardia, Güemes, era puramente nominal, pues éste hacía sin su anuencia cuanto se le antojaba, y él tenía que contemporizar disimulando en obsequio de la causa pública, cuya tranquilidad se alteraría al menor altercado. Conocí que su alma estaba devorada de dolor al considerar que una causa tan bella y justa no contase con hombres de principios inclinados al orden".

Belgrano era de ideas religiosas, enemigo de la masonería y de los liberales españoles. Respecto a éstos decía: "Los liberales son tan enemigos nuestros o más que los mismos serviles". Belgrano, indudablemente, no era un liberal ni en religión ni en filosofía. No era, tampoco, un caudillo, sino un hombre de principios rígidos, inflexible, intransigente. La disciplina que imponía a sus subordinados y a su ejército era exagerada. Lleno de sorpresa y de tristeza, el mismo Iriarte, acostumbrado a la excelente disciplina del ejército español, se sintió impresionado. "Lo único que yo no podía aprobar de los actos del general Belgrano, era el rigor con que trataba a los jefes y oficiales. Enseñado yo desde mis más tiernos años a servir por principios de honor, y habiéndolos después practicado en el curso de mi carrera militar en España, miraba con repugnancia el tratamiento ignominioso de los oficiales del ejército. Estos eran aherrojados y reclusos en calabozos como el último soldado. Yo era entonces muy joven para disimular la impresión desagradable que había hecho en mi un sistema tan opresivo y contrario a los principios republicanos. Venía de servir en una monarquía y jamás los había visto practicar. Belgrano se apercibió



*sin duda del mal efecto que produjo en mi ánimo y un día me dijo: "Amigo Iriarte: yo conozco bien a nuestros paisanos. Créame usted, pero sin este rigor que mi corazón y mis principios repugnan, no se podrían hacer buenos soldados de los americanos. Es preciso que pase todavía mucho tiempo para que el punto de honor sea el móvil de sus acciones. Las masas están muy atrasadas en nuestro país: no tenemos costumbres". Belgrano tenía razón, pero yo no aprobaré su sistema. Era demasiado tirante; más bien, diré: destruía el germen del honor, que es el mayor estimulante para los que siguen la carrera de las armas".*

*Este sistema disciplinario no era sólo usado por Belgrano. Era el que imperaba en todo el ejército argentino. En Buenos Aires, "el trato que se daba a la tropa era el más inicuo. El castigo infamante de azotes era casi diario: se cerraban las puertas del cuartel para evitar la presencia de algún extraño: formaba el batallón, salían los cabos con sus varas y el mayor con otra y empezaba el vapuleo; sino daba recio, el mayor descargaba a la vez su vara sobre las espaldas de los cabos. Entretanto la banda de tambores no cesaba de tocar y la música otras veces para que no se oyesen los gemidos de aquellos desgraciados que sabían llevar hasta quinientos y seiscientos palos. Uno de ellos murió en el hospital al día siguiente de haber sufrido tan cruel castigo. El despiadado mayor se gozaba en ver sufrir a aquellos desdichados cuyo delito era imaginario e insignificante: el coronel jamás asistía a las ejecuciones, bien que él fuese el que las ordenaba, así el mayor cargaba con el odio de la tropa porque ésta siempre ve por los ojos materiales".*

*La disciplina del ejército argentino fué desde entonces una de las más rígidas de América y tal vez del mundo. En la reforma de nuestra Constitución, Mitre y otros estadistas mitigaron las penas durísimas que entonces se acostumbraban en nuestras tropas y en los ejércitos de algunos países europeos, por ejemplo, en el de Francia. Hemos estudiado los debates en nuestro libro Mitre, hombre de estado y no repetiremos conceptos y noticias. Los castigos infamantes fueron suprimidos y sólo se dejó subsistente el espíritu de obediencia y disciplina que todo ejército debe poseer. La disciplina inquebrantable es fundamental entre los hombres de armas, y también es fundamental el estímulo, la fuerza del honor. La obediencia no debe nacer del temor, sino de convicciones profundas. De lo contrario se está siempre en presencia de una traición encubierta, dominada. El verdadero patriotismo lleva, sin necesidad de órdenes, a los más sublimes sacrificios.*

*El odio que en poco tiempo los naturales americanos fueron tomando a los naturales de España nació, en primer término, de las ideas encontradas que unos y otros tenían en política. Quien no era liberal era absolutista o era indiferente. La familia de Iriarte, por ejemplo, era partidaria del rey Fernando. "Todos los individuos de mi familia se habían pronunciado de un modo el más decidido y con razón, por la causa realista, y según su creencia política yo los había manchado". Iriarte era un liberal exaltado, y otros había que seguían un partido según sus conveniencias. Iriarte vió, en el Norte de la Argentina, cómo una gran cantidad de pisioneros españoles habían logrado su libertad "y estaban ya establecidos con pulperías, muy contentos de su nuevo es-*



tado y sin acordarse ni pensar en volver a su patria". Un sargento mayor Manuel Herrera "había estudiado matemáticas, se examinó en Sevilla para pasar a la plana mayor facultativa y fué desaprobado; después volvió a examinarse para pasar al cuerpo de ingenieros y fué otra vez desaprobado: entonces aburrido se vino a América a servir con los independientes. Era Herrera muy jocoso y por sus chistes y agudezas más parecía andaluz que hijo de Montevideo".

Cuando las ideas políticas no llegaban al paisaje, los políticos liberales hacían creer a los buenos gauchos que los godos tenían cola. "El tal Gimenez—cuenta Iriarte—era verdaderamente un hombre honrado, pero preocupado e ignorante hasta el último grado: entre otras sandeces me contó que pocos días antes, en una guerrilla, habían muerto tres gallegos y que cuando los desnudaron encontraron que los tres tenían rabo, "pero qué rabos, como los de un perro, cubiertos de pelo". Vaya, decía, "qué diablos de gallegos éstos, todos habían sido rabudos": "de modo, decía, que todos estos pícaros son judíos, dijo, como que son rabudos". Esta creencia era general entre los gauchos, y no hay duda que contribuía a fomentar el odio que tenían a los españoles; he creído muchas veces que los jefes y oficiales les hacían entender esta patraña con el objeto indicado".

Las logias masónicas dominaban la situación en Buenos Aires. El director supremo, Juan Martín de Pueyrredón, era masón y confió a Iriarte que, en Buenos Aires, "las preocupaciones y el fanatismo religioso preponderaban" y que "si se supiese que yo era masón, me arrastrarían".

La Logia de los Lautaros, a cuyo frente se hallaba, como venerable, el coronel de artillería don Manuel Pinto, "trabajaba por los intereses del gobierno, o más bien de las personas que lo componían, y estaban ligadas por compromisos". Además de esta logia existía "otra secundaria, cuyas funciones esenciales eran desempeñar el honorífico cargo de espiones: en esta Logia de escalera abajo, había jefes y oficiales subalternos, empleados y letrados de un orden inferior, servía de instrumento a las miras de la alta Logia, y contaba en su seno dos o tres individuos de ella para presidir y dar tono a las deliberaciones, y eran éstos los que dirigían la opinión de la pequeña logia".

Iriarte fué comprendiendo que el sistema que regía en Buenos Aires "era arbitrario y despótico, pero disfrazado con la máscara de la libertad y adornado con las formas republicanas". Iriarte recordaba el gobierno español de Fernando VII y advertía que "la tiranía era más soportable que la que ejercía el gobierno directorial". En otra parte dice: "El contraste era admirable: yo comparaba y concluía que bajo la monarquía donde había servido se encontraba más libertad que en la república donde recientemente entraba a servir. Yo era liberal por principios y lo había ostentado sin temor bajo el gobierno absoluto de Fernando: bajo el gobierno republicano de mi país, me veía obligado a tratar con autómatas desgraciados..." Iriarte insiste en el asombro que le causó el despotismo que caracterizaba al gobierno de Juan Martín de Pueyrredón: "...desde que puse el pie en Buenos Aires conocí el sistema despótico y arbitrario con que el país era regido, e idólatra de la libertad, como siempre lo he sido, deseaba ardiente-

*mente la caída de un tal gobierno. . .” En otro lugar declara: “La administración de Pueyrredón era una verdadera tiranía, y yo no he podido ni podré nunca capitular con los tiranos”. No obstante, “la Logia era la que verdaderamente mandaba y hasta el francés (nombre con que se designaba a Pueyrredón) estaba sometido a sus resoluciones”.*

*El liberalismo y el absolutismo eran las características que definían y dividían a los políticos de España y de América. Epoca de fuertes choques y confusiones de ideales. Muchos de los hombres que se destacaron en el partido llamado revolucionario o de la independencia y sobresalieron en los gobiernos independientes de los primeros años habían sido ciegos partidarios de Fernando VII y de sus métodos y sólo habían abrazado la causa de Mayo, en Buenos Aires, por conveniencia personal, por haberse derrumbado el trono fernandino con la invasión napoleónica y comprender que su porvenir estaba del lado de los independientes y no de los afrancesados, mal vistos en España y en América y cada vez con menores horizontes en la misma Francia. No debe sorprender, en consecuencia, que estos políticos, incrustrados en el campo liberal, actuasen como auténticos absolutistas y condujesen el gobierno con mano de hierro. Ignacio Núñez en sus Entretenimientos o Noticias históricas de la República Argentina, vierte una luz sorprendente sobre estos hechos y los problemas psicológicos de aquel momento. Núñez fué testigo y actor y su palabra aclara, de un modo absoluto, lo que no puede deducirse de innumerables documentos.*

*La mezcla de liberalismo y absolutismo políticos y falta de religiosidad producía, a veces, casos ex-*

traños o monstruosos, como el de un Padre Polanco cuya figura traza objetivamente Iriarte: "Este religioso había mandado una partida de independientes en el Perú, con la que hizo una guerra de exterminio a los realistas y perpetrado las mayores crueldades con los infelices prisioneros que tenían la desgracia de caer en sus manos: les hacía sufrir los más crueles tormentos, los mutilaba, y en una ocasión tuvo la inaudita inhumanidad de hacer castrar a dieciséis de aquellos desdichados. Este fraile furibundo fué hecho prisionero y conducido a Lima, allí estuvo preso largo tiempo, y por último el virrey Pezuela lo remitió a España bajo partida de registro: el buque que lo conducía estaba armado en guerra y sostuvo un largo y sangriento combate con el corsario argentino que le salió al encuentro: el corsario estaba a punto de arriar su pabellón, cuando el Padre Polanco acompañado de un hijo suyo prendió fuego a la pólvora y el estrago fué de tanta consideración que el capitán español se vió precisado a rendirse... Esta relación la tengo del mismo Polanco".

Las logias masónicas ya hemos dicho que trabajaban tanto entre españoles como entre americanos. Ellas unían, por medio de una correspondencia secreta, a los liberales de uno y otro bando. En su contra tenían a los tribunales de la Inquisición que funcionaban activamente en España y en América. La guerra civil hispanoamericana, al poner frente a frente a liberales y absolutistas, puso en pie de guerra a las logias masónicas y a los tribunales del Santo Oficio. Inquisición y masonería fueron las instituciones que sostuvieron el duelo de la guerra civil hispanoamericana y terminaron por desquiciar el

*imperio español y crear una serie de repúblicas devoradas, a su vez, por guerras internas y anárquicas.*

*En el Perú la Inquisición perseguía la logia de los jefes y oficiales españoles a la cual había pertenecido Iriarte. "El vicario La Torre había hecho la denuncia al virrey Pezuela y al Tribunal del Santo Oficio, y estas dos autoridades se disputaron la substanciación de la causa: la Inquisición triunfó en esta competencia y concluido el proceso lo pasó al virrey, éste lo remitía a la corte con un largo informe, en el que lo que más resaltaba era el espíritu de animosidad contra La Serna y sus amigos, todos pertenecientes a la logia: Pezuela se esforzaba en demostrar la necesidad de exterminar a todos los miembros de la sociedad, pero observaba que siendo éstos los jefes más influyentes del ejército, la operación era peligrosa y que por lo tanto el medio más oportuno y seguro era el de separarlos uno a uno del cuartel general para imponerles el castigo merecido como enemigos del trono y del altar. A La Serna lo acriminaba como protector encubierto de la logia; decía que era un hombre sin religión, que asistía a la iglesia por mera formalidad y que cuando elevaban la hostia consagrada sólo hincaba una rodilla, con otras muchas ineptias de este jaez".*

*En el Uruguay la primitiva sociedad secreta de Montevideo fué aumentado el número de sus miembros y se llamó Logia de los Caballeros Orientales. Estaba compuesta de tres grados: Caballero Oriental, Consejero y Anciano, que era el más importante. Los miembros del primer grado ignoraban la existencia de las clases superiores. Casi todos los individuos del Cabildo de Montevideo pertenecían a uno de estos grados. Los fines de esta Logia eran lograr*

la independencia o separación del Uruguay del poder portugués.

En cuanto al ejército portugués de Montevideo, también estaba minado por los elementos liberales. El coronel Clandino era presidente de "una logia cuyos miembros en su totalidad eran jefes de los cuerpos de la división portuguesa: cabezas ardientes y adictos todos al sistema liberal". Esta Logia ordenó un día la formación de las tropas e hizo jurar la Constitución liberal española del año doce. "Claudio —dice Iriarte— adquirió de este modo un gran ascendiente y coartó el poder militar del general Lecor, estableciendo un consejo militar compuesto de un individuo de cada clase, hasta la de subteniente desde la más elevada de general, sujetando así al general Lecor que era muy opuesto al nuevo sistema, a las deliberaciones de aquel cuerpo tumultuario. Y este fué el principio de la decadencia del poder preponderante que hasta entonces Lecor había ejercido sin trabas ni coacción: sistema más análogo a sus hábitos y educación modeladas en el más puro absolutismo. Tuvo que ceder, mal de su grado porque comprendió que a la menor resistencia lo habrían despojado del mando, con la misma facilidad con que introdujeron aquella innovación".

Las confesiones de Iriarte tienen un valor extraordinario para mostrarnos, una vez más, cómo el espíritu que animó la guerra civil hispanoamericana y terminó por producir la independencia de las repúblicas del Nuevo Mundo fué un puro espíritu liberal español formado en España durante las invasiones inglesas, como reacción contra el despotismo, tanto napoleónico como borbónico, y el fanatismo

religioso. El espíritu liberal fué el que llevó a las ideas constitucionales y extendió en todos los ámbitos del imperio español la esperanza de la libertad civil y el lógico hundimiento de los sistemas despóticos. Las ideas absolutistas no murieron en América con la derrota de los ejércitos llamados impropriamente españoles que las sostenían. Vivían en los caudillos y en muchos hombres de gobierno de Buenos Aires. Surgió así la anarquía entre los mismos independientes o separatistas y a la fuerza hubo que oponer la fuerza. Este estado de cosas sorprendió inmensamente a Iriarte a su llegada a Buenos Aires, donde creía hallar un paraíso liberal, tolerante y comprensivo. El mismo lo dice con palabras que explican su sorpresa, nos muestran cuáles eran los sentimientos liberales españoles y en qué forma se desarrollaba la realidad americana: "Yo era liberal hasta el fanatismo. En España me había educado bajo tales principios durante la guerra de la independencia y del régimen constitucional; y cuando vine a mi país abandonando el proyecto de una brillante carrera para servir la causa de la libertad del pueblo que me vió nacer; cuando me apercibí muy luego que el despotismo de Fernando VII no era ni con mucho comparable al de Pueyrredón y sus coadyutores, abracé con calor el partido de sus opositores, creyendo que ellos traerían con su triunfo la era de la regeneración; creyendo, en fin, que eran patriotas como yo ¿y por qué no lo he de decir? Lo demás lo hizo mi inexperiencia: es decir, que mis faltas no fueron de intención, sino de un celo mal dirigido, de una cabeza calcinada y un corazón ardiente".



*La lucha de los liberales y de los absolutistas no podía terminar con la independencia: se prolongó al período caudillístico, en que Rosas fué un exponente típico, y se ha de repetir en el futuro con una periodicidad comparable a la de los temblores de tierra.*

### III

## LA ANARQUIA DEL AÑO XX INTERPRETADA POR TOMAS DE IRIARTE

*La anarquía del año veinte nació del caudillismo y del encono que existía entre la tradición liberal y la tradición absolutista. Los orígenes del caudillismo han sido muy discutidos y nosotros mismos hemos cambiado de opinión cuando hemos creído acercarnos más a la verdad. En efecto: cierta vez sostuvimos, basándonos en la mayoría de los autores que han estudiado el problema, que el caudillismo apareció después de la independencia y así lo escribimos en nuestra introducción a La política liberal bajo la tiranía de Rosas, de José Manuel Estrada. Sostenía el ilustre maestro que el caudillismo estaba impregnado de un fuerte estilo español y nosotros, en el primer momento, no creímos en esta influencia. Más tarde, con estudios más hondos de las formas de gobierno coloniales, hemos llegado a la convicción de que los caudillos posteriores a la independencia son los mismos que existían en el país antes de la independencia. Somos los primeros en llamar la atención sobre el caudillismo en la colonia.*

*La historia de la mayoría de los tenientes de gobernadores que ejercían sus funciones en las ciu-*



*dades menores del Paraguay y de la Argentina — por no hablar de otras partes de América— es una historia de perfectos caudillos. Algo sabíamos de las formas caudillísticas de Irala, Hernandarias de Saavedra y algún otro gobernador; pero nada de la acción de tenientes de gobernadores-caudillos como Juan de Torres Navarrete en Santa Fe, por ejemplo, cuyo mandonismo es idéntico al de cualquier otro caudillo santafesino del siglo XIX. Ciertos tenientes de gobernadores, como otro de Catamarca durante las invasiones inglesas, gobernaban sus pequeños pueblos desde treinta años, como “padres”. El caudillismo, pues, no se improvisó en la Argentina y fué una continuación lógica, histórica y psicológica del viejo caudillismo colonial.*

*Este caudillismo fué también el causante del federalismo argentino. Es preciso recordar que los pueblos hispano americanos no elaboraron su legislación colonial. Las leyes de Indias eran promulgadas a medida que lo requerían las necesidades. Las dictaban el Consejo de Indias, los virreyes, las audiencias, los gobernadores y los cabildos y fueron incorporadas a cuerpos especiales o recopilaciones. El pueblo sólo tenía oportunidad de hacer valer sus deseos en los cabildos, tanto en asuntos municipales como en graves cuestiones de gobierno; pero no tomaba parte —repetimos— en la preparación de las innumerables leyes que regían su destino. Carecía, en otros términos, de práctica legislativa.*

*Ni España ni América tuvieron constituciones. Las primeras constituciones españolas son de 1808 (Bayona) y de 1812 (Cádiz). El constitucionalismo llegó a España y América desde el exterior: primero a España y después a América. Nació en Estados*

*Unidos y fué imitado en Francia. La incapacidad de adoptar constituciones, de un modo firme y duradero, es tan española como americana. Antes de 1808 no había constituciones ni en España ni en América y la libertad y el despotismo existían según los regímenes liberales o despóticos de los gobiernos. Todo esfuerzo constitucional en España y en América ha sido obra de los liberales y todo intento de anular constituciones ha partido de los espíritus absolutistas. La influencia de las constituciones de Estados Unidos y de Francia fué siempre muy grande en los países de la América Hispana. Por ello muchas constituciones americanas son reflejos extraños, desconocidos a las realidades nacionales. En Estados Unidos las cartas reales, ordenanzas, estatutos, dados por los reyes durante la colonia rigieron a menudo hasta después de la independencia. No ocurrió lo mismo en la América Hispana, donde sólo hubo leyes y no cuerpos comparables a constituciones. Los estados norteamericanos tenían vida y derecho propios y cuando se unieron lo hicieron por su autovoluntad. En la Argentina el federalismo es una realidad y tendencia española trasplantada a tierras de América. Los llamados estados o provincias no tenían ninguna base jurídica que justificase su autonomía y sólo se aislaron por una tradición y una voluntad caudillísticas. El federalismo de Norte América fué, por tanto, un federalismo jurídico, mientras que el de la Argentina fué un federalismo de mandones, de pequeños despotas provinciales. En Estados Unidos existió una tradición de gobierno y en la Argentina una tradición de gobernadores y tenientes de gobernadores que gobernaban en las ciudades secundarias como*

*padres, caudillos o tiranuelos. Es así cómo los primeros años de la independencia transcurrieron entre teóricos ensayos constitucionales y la ruda realidad de gobiernos caudillísticos.*

*Las ideas argentinas cambiaron profundamente con las invasiones inglesas, en su odio a Inglaterra y su patriotismo, y con la lucha contra Napoleón en España. La guerra civil que en seguida se originó en América entre liberales y absolutistas redondeó el cambio y el acta de independencia y la anarquía rompieron mil lazos en lo que se refiere al pensamiento político y administrativo de la colonia. No obstante, las ideas absolutistas coloniales siguieron vivas en dos capas o clases sociales: la de los caudillos y estancieros y la de algunos hombres de figuración de las ciudades. El estancierismo o distribución de la tierra en la Argentina es de puro origen español. Los grandes terratenientes no tardaron en convertirse en caudillos y pretendieron conservar el mismo estado de cosas de los tiempos coloniales. Los caudillos desarrollaron la doctrina y la filosofía del particularismo en contra del nacionalismo. Rosas fué el campeón máximo del estancierismo, del particularismo y del antinacionalismo. Los que se titulan nacionalistas y son, al mismo tiempo, federalistas y rosistas adoptan un título que por ningún concepto les corresponde. Los nacionalistas son los antirosistas y unitaristas. Los pseudonacionalistas deben llamarse, correctamente, tiranófilos, despotistas, en el sentido político, y provincialistas o localistas en el sentido histórico jurídico.*

*Muchos hombres de figuración en las ciudades intervinieron en el cambio de gobierno del 25 de Mayo de 1810 sin pensar en ningún momento ni en la li-*

*bertad ni en la independencia. La elección del 25 de Mayo fué, en realidad, una elección comparable a otras de la colonia. No fué la primera vez que un gobernador criollo salió electo por el pueblo. El caso de Hernandarias de Saavedra, a quien algunos creen antepasado de Cornelio de Saavedra, es un ejemplo y una comparación. Los juramentos de fidelidad a Fernando VII no eran fingidos y las actas del Cabildo muestran de un modo indudable que ninguno de los jefes de la llamada revolución pensó, ni por asomo, en la independencia. Otros, en cambio, habían soñado realmente con la separación política; pero eran contados. Los más sólo aspiraban a un triunfo de la libertad civil, a un cambio de gobierno en España y en América, a una substitución del absolutismo por el liberalismo. Un autor de la época, que presencié los acontecimientos del 25 de Mayo y de la anarquía, diferencia muy bien los tres grandes partidos: los pocos hombres que soñaron con la separación política, los que sólo aspiraron a un cambio de personas, sin alterar en lo más mínimo la vida colonial, y los que pretendían cambiar radicalmente el espíritu del imperio Hispanoamericano. Estos últimos son mencionados de un modo muy superficial, pues la influencia de los sucesos posteriores, tan extraordinarios, borró los pasos y el recuerdo de aquella gran aspiración, origen auténtico de la guerra civil. El autor a que nos referimos es Ignacio Núñez. Sus ideas y observaciones, que analizaremos en otra oportunidad, aquí sólo merecen unas transcripciones. En su Revista política de las causas de la revolución de las Provincias Unidas del Río de la Plata, del carácter y curso de ella y de la organización social con que ha terminado se refiere al ideal*

*de un cambio de gobierno, no de hombres sino de principios, con estas palabras: "Pero el tiempo había llegado ya, Señor, en que nada bastaba, que no fuese substraernos radicalmente de la dependencia de un Gobierno cuyos principios políticos formaban un sistema tal de restricciones, de intolerancia, de arbitrariedad, que si había servido para conducirnos hasta el estado de merecer la nota de incapacidad por la falta de conocimientos y de costumbres, justificaba principalmente la necesidad de un movimiento cuya tendencia fuese civilizarnos, y moralizarnos por nosotros mismos: esto es, del único modo que era dado a pueblos que ya se habían habituado a no entregar el mejoramiento de su condición a manos extranjeras". La revolución de Mayo puso frente a frente las ambiciones de quienes querían un cambio profundo en la vida colonial y de quienes sólo habían tomado parte en el movimiento electoral para conseguir ventajas personales, no importándoles nada del liberalismo que entonces agitaba el mundo. Núñez se refiere a estos hombres en el párrafo siguiente: "Entonces muy a los principios sucedió lo que era natural: las opiniones se dividieron. Los que consideraban a las Provincias fuera de un estado capaz de seguir la revolución sin grandes peligros, y que se encontraron muy a los principios rodeados de aquellas dificultades que no habían previsto, creyeron decisivamente que por mucho tiempo era menester sólo mudar de personas, sin cargar tan pronto con la responsabilidad de substituir un nuevo sistema al sistema metropolitano; pero los que consideraban que además de que la revolución había sido provocada por los defectos de este mismo sistema, aquella no podría justificarse ni para con los pueblos ni para*

*con el mundo, si quedaba reducida al mero hecho de proveer o destituir empleados, marchaban sosteniendo que era menester innovar radicalmente, dando sin embozo al nuevo orden de cosas el tono de la libertad e independencia”.*

*Hubo así dos fuerzas muy distintas por su origen y estilo; pero muy semejantes en las aspiraciones ocultas, que a menudo se combatieron y que en el fondo, sin saberlo, aspiraban al mismo resultado: los caudillos y algunos señores de la ciudad: unos y otros querían que no se alterase el molde colonial, ni en su forma ni en su espíritu, para poder ellos mantenerse en los puestos que un movimiento idealista en pro del liberalismo les había permitido ocupar. Caudillos y señorones, encumbrados, de pronto, a una situación y a unos cargos espectables, soñaron ser confirmados perpetuamente: unos, en los puestos de tenientes de gobernadores, y otros, en los de virreyes y demás autoridades. El movimiento de Mayo, para ellos, no tenía el significado de una revolución en las conciencias, de un gran triunfo del liberalismo sobre el absolutismo, sino de un simple cambio de empleados. El absolutismo debía seguir imperando.*

*Esta concepción de la elección de Mayo, este absolutismo que siguió, como una herencia fatal, afe-rrado a los espíritus, modos e ideales de ciertos señorones de la ciudad —Buenos Aires— y de los caudillos provinciales, fué lo que precipitó a los pueblos de nuestra patria en una incomprensión profunda y recíproca y lo que hizo luchar a los absolutistas entre sí —caudillos y señorones— y en contra de los liberales.*

*Las Memorias de Iriarte confirman plenamente nuestra interpretación histórica. El brigadier re-*



cuerda en un instante una declaración, simple, pero luminosa, del director Juan Martín de Pueyrredón: "... me hizo entender que el gobierno, por entonces, no podía contraerse a desenvolverlo (un plan propuesto por Iriarte) porque tenía toda su atención contraída a parar los golpes de la guerra civil que devoraba el país y no podía distraerla a otro objeto por importante que fuese: me dijo que los montoneros estrechaban cada vez más la esfera de la actividad del gobierno, y que la comunicación con las provincias del interior, si no estaba enteramente obstruída, era insegura..." La lucha entre Buenos Aires y las provincias tuvo como origen las ambiciones de los caudillos y la intolerancia que caracterizaba tanto a los caudillos como a los hombres de Buenos Aires. Iriarte también lo dice con claridad: "... el pueblo de Buenos Aires estuvo entonces amenazado de disolución y el triunfo de los montoneros fué una consecuencia precisa de la tiranía del directorio y por lo tanto éste es autor de los males que más tarde sufrió el país". Hay mucha verdad en estas palabras; pero falta explicar cuáles eran los móviles que impulsaban a los caudillos y al directorio. Los caudillos no tenían más horizontes que los desiertos de sus provincias con el pleno disfrute de su absolutismo y perpetuidad en el mando. El directorio tenía en sus manos la suerte de la independencia argentina y de la mitad de América. Existía, pues, un abismo entre las culpas de unos y las culpas de otros. "Todos los gobernadores —escribe Iriarte— habían adherido con placer al nuevo orden de cosas, como que él los constituía en absoluta independencia; cada provincia se regía por sí sola, sin pacto ni vínculo legal de ningún género; la aso-

ciación se había completamente disuelto desde la caída del directorio; y a este desquicio, a este caos de anarquía y desorganización es a lo que desde entonces empezó a llamarse sistema federal.” Alude al gobernador Bustos, de Córdoba, y agrega: “Las demás provincias argentinas del interior, los hombres más influyentes, hombres salidos de la nada, gauchos de alta jerarquía se disputaban el mando, estaban de hecho separados y sin dependencia de Buenos Aires, la antigua capital: la asociación de las provincias unidas estaba completamente disuelta y este hermoso país presentaba el cuadro más espantoso de anarquía y desolación”. Algunos caudillos, como Francisco Ramírez, de Entre Ríos, aspiraban “al mando supremo de la República Argentina”; pero los más no llegaban a tanto y sólo querían la impunidad, el aislamiento y la perpetuidad.

Ignacio Núñez, que nunca conoció las *Memoorias de Iriarte*, se expresa en términos muy semejantes: “El estado se subdividió en tantos estados como provincias, tomando cada una la forma de un cuerpo soberano independiente; en seguida cada provincia se fraccionó en tantas secciones como eran las ciudades de que se componía, adoptando cada una aquella misma forma; y de este modo mi país a los once años vino a presentar el aspecto, no de un estado federal, porque no se conservó relación alguna entre unos y otros estados, sino aquel bajo el cual se han considerado las ciudades anseáticas. Hasta aquí todavía no era cosa: a este estado se siguió el de las guerras encarnizadas en el interior de cada ciudad, y entre unas y otras ciudades: lo que hizo nacer la opinión firme que suponía perdida para siempre la causa de la patria”.



*Entre estos caudillos había algunos que eran señores convertidos en aventureros. Tales eran los Carreras y, en especial, José Miguel. Son conocidos los desmanes que permitían a sus tropas. Iriarte se extrañó de ello y "un día no pude menos de llamar la atención de Carreras sobre aquel sistema vandálico que tanto nos desacreditaba acrecentando el número de nuestros enemigos. Carreras era verdaderamente un caballero, un hombre de los más nobles sentimientos, un filántropo: me dijo casi con lágrimas en los ojos: "amigo, yo me lastimo más que usted de esos males, pero ¿cómo evitarlos?, el compromiso que yo he contraído es inmenso; mi misión no es para este país, es para libertar a Chile mi patria de la tiranía de sus actuales mandones: necesito en primer lugar para llenarla conservar mis soldados, estos soldados están impagos, no les puedo proporcionar ni tabaco, ni yerba ni nada, y el día que quiera sujetarlos al yugo de la disciplina me abandonarán, me dejarán solo, y entonces no solo seré preso de mis implacables enemigos que han jurado mi exterminio y el de mi familia, ya han hecho desaparecer a mis dos hermanos, sino que se malogrará la oportunidad de dar libertad a Chile".*

*Iriarte es un juez justo como pocos cronistas de nuestra historia. En primer término confiesa sus yerros y con la misma severidad con que él se analiza muestra los defectos y los méritos de otras personas. "Fué esta la época (el año veinte) en que fraccionándose los partidos con inconcebible rapidez, las revoluciones se sucedían en la misma proporción, y los gobiernos, por tanto, eran... semanales. Jamás los pequeños aspirantes sin títulos y sin antecedentes han tenido un campo más franco para satisfa-*

*cer sus efímeras pretensiones de una desmesurada ambición. El pueblo bajo tenía un ilimitado ascendiente; así, el desorden y la anarquía llegaron al más alto grado: la sociedad toda estaba conmovida, desquiciada hasta en sus cimientos, amenazada de una completa disolución; y, de cierto, se habría completamente desplomado si dura más tiempo un tal orden de cosas''.*

*Ahora llega una declaración de Iriarte que debe ser tenida muy en cuenta para comprender la nobleza de su espíritu y su recto juicio histórico. En sus Memorias explica su enemistad con Juan Martín de Pueyrredón. El origen de esta enemistad residía en una diferencia de ideales o, tal vez, de incompreensión por parte de Iriarte. El joven y ya importante militar que acababa de llegar de España con todas las ilusiones de un liberalismo triunfante, dispuesto a morir por la libertad, románticamente, halló Buenos Aires dominado con mano de hierro por el Gobierno de Pueyrredón. Esto lo sorprendió e indignó y lo hizo caer en el bando de los contrarios porque, a su juicio, Pueyrredón era un déspota y sus contrarios defendían la libertad. Pues bien: véase cómo justifica Iriarte el gobierno enérgico de Pueyrredón: "Felizmente los sucesos se encadenaron de modo que vino un poder fuerte que pusiese un freno a la demagogia de los partidos, que se había desbordado desde la disolución del pacto que unía todas las provincias bajo una autoridad central. Forzoso es confesarlo en obsequio de la verdad que guía nuestra plana: el directorio de Pueyrredón fué tiránico hasta el exceso, se violaban todas las garantías, o, por mejor decir, ninguna existía de hecho; pero aquel gobierno fué el más regularmente cimentado*

*de cuantos se habían sucedido desde el año diez; y si los jefes militares hubieran tenido más lealtad, o más coraje, difícil habría sido, sino imposible, trastornarlo: sus ramificaciones eran sólidas y extensas, todo estaba bien calculado, y no faltó más que hombres de corazón hubieran dicho: "si caemos caeremos con sangre..."*

*En nuestra Historia de la República Argentina en el siglo XIX y en otras publicaciones hemos sostenido que los caudillos, inconscientemente, traicionaban a la patria con sus luchas internas mientras el más glorioso de los generales de América combatía por la libertad. San Martín no sólo fué el campeón americano de la libertad y del más puro liberalismo ideológico, sino el hombre que salvó la Argentina de caer nuevamente, por culpa única y exclusiva de los caudillos, bajo el poder de los absolutistas españoles. Iriarte es el primero en reconocerlo: "También puede decirse que la República Argentina se salvó en la época que vamos describiendo, por la expedición del general San Martín a las costas del Perú: sin esta gran diversión que reconcentró los ejércitos españoles sobre Lima, dejando las muy necesarias en el Alto Perú, la República Argentina en el caso de ser invadida no podía ya oponer sino una muy débil e ineficaz resistencia: sus ejércitos habían desaparecido y ardía en todas las provincias el fuego de las contiendas domésticas. Poco trabajo habría costado a La Serna, Valdés o Canterac someter las Provincias Unidas al yugo de la antigua metrópoli. Los pueblos estaban, por otro lado, tan cansados de dos guerras, la exterior y la interior, que se habrían sometido de buen grado a sus antiguos señores".*

*El año veinte fué en la historia de nuestra patria el año en que el caudillismo cayó sobre Buenos Aires y pretendió dominarlo. Iriarte estuvo del lado de los caudillos por creer que defendían la libertad; pero pronto se desengañó de ellos y así pudo escribir, con la maravillosa franqueza que enaltece su pluma: "En fin: el año veinte es la época de mi vida en que con más fervor he trabajado, la época en que más he prodigado mi existencia; y ¡qué fatalidad! la única en que la causa que he defendido no ha sido justa, noble y loable. Que me sirva de disculpa la falta de mundo y mis ideas novelescas".*

*En la anarquía del año veinte es digno de hacer notar la actitud del Cabildo de Buenos Aires. Los Cabildos, como instituciones democráticas, siempre han sido un foco de libertad y sólo han revelado muestras contrarias cuando entre sus componentes han predominado los absolutistas. La respuesta del gobernador Sarratea, en el Cabildo, dada a Iriarte que venía en nombre de Alvear a exigir condiciones, merece ser esculpida en bronce. Ella muestra la altura de aquel cuerpo civil, desarmado y sin más fuerza que sus propios derechos, frente a la amenaza de los cañones. Dijo Sarratea: "El Gobierno y el Cabildo no pueden admitir tales condiciones, derogarían de su dignidad si diesen a las exigencias irregulares, subversivas y tumultuarias del general Alvear y del ejército; su beneplácito dejaría un precedente funesto para lo sucesivo, un mal ejemplo que sería fecundo en la reproducción de otros igualmente funestos y transcendentales. La autoridad ha sido conculcada, y la violencia y el desafuero han substituído al proceder tranquilo, impasible y ordenado de la ley. Se ha abusado de la fuerza armada para entronizar*

*el desorden, la insubordinación y todas las calamidades que son consecuencia de un tal medio. Se ha desviado el uso de la fuerza armada de sus únicos fines: la conservación de la tranquilidad y orden interior, y la defensa del territorio contra un poder extranjero. El Gobierno y el Cabildo no pueden sancionar tan ilegales y atentivos actos; y no pudiendo contrarrestar la fuerza que la amenaza desde el Retiro, por toda contestación al mensaje que usted ha traído le dice por mi órgano, para que lo trasmita a sus comitentes, que son dos los únicos caminos que el Gobierno les propone seguir para salir del conflicto actual de que es causa el ejército: 1º Que el General Alvear resigne en el acto el mando que de hecho se ha abrogado del ejército y salga inmediatamente del país. El ejército reconocerá al mismo jefe que ha depuesto, al general Soler. 2º Que si esto no se admite por el General y el ejército, marchen inmediatamente al Alto Perú a continuar la guerra contra los españoles. El Gobierno, hasta que lleguen a su destino, ni reconocerá al General ni prestará auxilio alguno, reservándose proveer a ambos objetos cuando vea al ejército empeñado en el territorio que ocupan actualmente los enemigos y luchando contra ellos. Pero si ninguna de estas dos proposiciones fuesen admitidas, diga usted al general Alvear y a los jefes que lo acompañan, que haga uso del poder que les da la fuerza armada, que entren en la ciudad cuando gusten, y que el Gobierno y el Cabildo no se moverán de sus puestos y que conjuntamente con la nación entera los harán responsables de los males que se originen por tan violenta medida''.*

*En medio de la anarquía y de las arbitrariedades que, por medio de la fuerza, cometían los parti-*

dos y, en especial, grupos del ejército, dominaba el principio del derecho del pueblo, fuente del poder y superior, por tanto, a los golpes militares. Eran bien conocidos los artículos de las Constituciones de Massachusetts (Parte I, artículo 17) y Pennsylvania (Artículo IX, número 22) que establecían, respectivamente: "El poder militar estará siempre subordinado a la autoridad civil y gobernado por ella", y: "El militar estará en todos casos, y en todos tiempos, bajo una estrecha subordinación al poder civil". Las Instrucciones de Artigas a los diputados de la Asamblea de 1813 también expresaban, en el artículo 18: "El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren la soberanía de los pueblos". (Véase Ariosto D. González, Las primeras fórmulas constitucionales en los países del Plata, 1810-1813, Montevideo, 1941). La actitud del Cabildo de Buenos Aires y del gobernador Sarratea fué una declaración práctica de tales principios.

La independencia política de las repúblicas americanas quedó consolidada gracias a los esfuerzos de San Martín y a una rebelión de los liberales españoles ocurrida en la misma España. Conocido es el propósito del gobierno español de enviar al Río de la Plata un fuerte ejército capaz de poner en serio peligro, o dominar por completo, la independencia argentina y varias naciones americanas, y sabido es, también, cómo la sublevación de Riego, en la isla de León, el 1º de enero de 1820, impidió la salida de dicho ejército y dejó al pueblo americano el libre camino de su destino. La sublevación de los liberales españoles, el 1º de enero de 1820, fué la última ayuda que prestaron a sus hermanos de ideales hispanoame-



*ricos. Fué el fin de la lucha por la libertad en España y en América. La libertad que Napoleón había hundido en Europa se salvó definitivamente en América con los esfuerzos de los liberales españoles y americanos en su lucha, abierta y secreta, en contra del absolutismo. En 1820, la anarquía nacida del triunfo de la libertad política sin frenos, llegó a su punto más alto y comenzó a perfilar la tiranía. La anarquía de 1820 fué un período de desorientación política creado por las ambiciones de los caudillos que impidieron la adopción de una Constitución y el establecimiento de un gobierno verdaderamente nacional. El juicio de la anarquía es tal vez el más difícil en materia de ideas políticas. Tanto en Norte América como en Sud América hubo tres corrientes ideológicas que crearon distintas doctrinas políticas: el humanitarismo, el individualismo y el imperialismo. Conforme ha ocurrido en todos los tiempos y países, sobre la anarquía se impuso la tiranía; pero esta vez no fué la tiranía de un hombre sobre toda una nación, sino la tiranía de una serie de caudillos sobre cada provincia y, en particular, sobre cada ciudad. Los sucesores de los gobernadores intendentales y de los tenientes de gobernadores se adueñaron del poder en cada ciudad-provincia y empezaron a mantenerse como enemigos a quienes sólo une su complicidad. Iriarte dice muy bien: "Fué en el año veinte que hizo su más estrepitosa explosión ese espíritu mezquino de provincialismo, que ha hecho de los miembros de una sola familia, catorce familias extranjeras entre si por el odio y prevenciones que se profesan". Rosas fué uno de los tantos caudillos que surgieron en aquella época y se conservaron en el poder un largo número de años. Si se diferenció de los*

otros caudillos no fué por su mayor talento como hombre de estado, sino por la importancia de la ciudad en que logró asentarse. No tuvo las ambiciones políticas de Francisco Ramírez, ni los deseos constitucionales de Facundo Quiroga, ni las ideas de gobierno de Estanislao López, ni el afán legislativo de Felipe Ibarra. Su política nacional se redujo a intrigar entre gobernadores y guardar las llaves del puerto para el uso exclusivo de Buenos Aires. Como la mayoría de los dictadores acumuló la mayor fortuna de la Argentina y alejó a los liberales y románticos con la persecución o la muerte. Fué el más débil de los gobernantes argentinos, pues fué el que contó con menos apoyo popular, el que tuvo más adversarios y revoluciones internas y el que más atraso creó en el país. Durante el período de Rosas y los caudillos no hubo en la Argentina un pensamiento, un proyecto, una iniciativa feliz ni genial. No se publicó un libro apreciable ni se escribió un artículo que merezca ser recordado ni las letras ni la historia ni el arte ni las ciencias recibieron el más ínfimo impulso. Todo cuanto se escribió, se pensó y se hizo de notable fué por obra de los opositores, de los hombres que combatieron a Rosas desde el extranjero. La Argentina, con los proscriptos, es el único caso, en la historia del mundo, que formó su unidad y elevó su cultura fuera de la patria, perseguida por un tirano. Rosas no supo ni quiso crear la verdadera confederación argentina. Los estados no deben subyugarse o unirse conservando sus odios. Federación es transigencia, ventajas recíprocas, y la Argentina, durante la llamada federación rosista, sólo incubó déspotas provinciales enemigos entre sí. Rosas dominó en nombre del federalismo; pero en pleno desacuerdo con todo



*sistema federal. Su aparición en la vida política manchó de sangre argentina, por primera vez, las calles de Buenos Aires. El hecho carecería de importancia histórica si no pudiese presentarse como símbolo o anuncio de lo que más tarde fué su gobierno. Dice Iriarte: "Este pícaro siempre ha sido cobarde, pero él vivaqueó y encendía sus fogones en la plaza de Buenos Aires: era en escala menor la entrada de los cosacos en París. Desde el principio de la revolución, el año diez, era la primera vez que corría sangre en un combate en las calles de Buenos Aires. La sangre consterna a los pueblos, y Rodríguez sobre sangre consolidó su poder. Dorrego había perdido el pleito por falta de osadía. Sin duda los padecimientos de su largo destierro habían quebrantado aquel espíritu fogoso e indomable en los primeros tiempos de la revolución. Se dejó derribar mandando un ejército y teniendo en su favor la gran mayoría de los proletarios de la ciudad". Todo dictador cae víctima de los problemas que crea su dictadura. Quienes hablan de Rosas con la admiración de los tiranófilos no deben olvidar que cuando cae un dictador la historia de su país cambia radicalmente y vuelve al cauce de su normalidad. La caída del caudillo Rosas y de los demás mandones de provincia significó el triunfo definitivo de la libertad civil y política, el resurgimiento de los ideales de la guerra civil hispanoamericana, del Congreso de Tucumán y de los primeros constitucionalistas de la Argentina.*

## IV

## NUEVA INTERPRETACION DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA Y AMERICANA

*En otros tiempos se creía que la historia era crónica. Hoy se sabe que la historia es pensamiento y que su fin es analizar las ideas que mueven a los hombres. Todo hecho llamado histórico es en realidad una idea triunfante o fracasada. Los historiadores de América han conocido los hechos sin sospechar su naturaleza, es decir, sus ideas. En otras palabras: han anotado frases, con puntos y comas, dichas en una lengua desconocida. Entre nosotros todavía no se ha hecho ni la historia de los motivos políticos —argumentos, etcétera— ni de las ideas verdaderamente políticas. Realmente puede asegurarse que la historia de América sólo ahora comienza a ser comprendida en su naturaleza y en sus ideas. Podríamos decir que pasamos a estudiar la metafísica de la historia si la historia no fuese, precisamente, esta metafísica.*

*La nueva historia de América abandona la parte teatral, heroica y exterior de los hechos para ir a la comprensión de los hechos, a su alma y a su esencia. No habla de números de muertos, sino de las verdaderas causas ideológicas que produjeron esos muertos. La historia, así, se hará completa, será integral y se extenderá desde la idea hasta el último resultado de esa idea.*

*Durante años hemos creído que la independencia de América fué originada por causas económicas. Nosotros mismos —obsesionados por prédicas constantes— hemos insistido sobre el tema destacando*

los puntos económicos que tantos autores tomaron como causas. Hoy consideramos incompleta la labor de los historiadores que tienen un concepto absoluto de la historia económica, materialista o marxista y creen terminada la investigación de nuestro pasado sin necesidad de conocer uno sólo de los pensamientos que agitaron al pueblo de la independencia. Todo lo hecho, desde el punto de vista económico, no ha sido inútil y si no se hubiese realizado habría que repetirlo. Falta analizar la historia con otras miradas y falta conocer lo que hasta ahora no se ha conocido. Es decir: hay que mirar la historia como psicólogos e indagar las ideas de los llamados revolucionarios. Sus ideas rara vez fueron originales. Ellas tuvieron raigambres europeas, en especial españolas. Fueron fuerzas generales dentro del mundo hispanoamericano. Ignorarlas es un grave error. Algunos estudiosos tuvieron de ellas una intuición y las buscaron rehaciendo la historia del derecho español. El camino no dió los resultados apetecidos, porque el derecho es estatismo, inmovilidad. Las ideas que llevaron a la guerra civil no pertenecen a normas fijas—como el derecho— sino a ideales por realizar, a aspiraciones que luchan, se abren paso y aún no han llegado a la inmovilidad del derecho.

El desconocimiento de la génesis espiritual de la revolución americana ha hecho falsear en muchos puntos la historia. Hemos presenciado, en incontables manuales, el correr de hechos mudos, sin razones, y nunca nos hemos preguntado, ante tantos acontecimientos, luchas y odios, el porqué de su existencia. Lo más que hemos llegado a contestarnos, aun en obras serias, fué: necesidad de comercio. Y hemos comprobado, con no poco asombro, que esa necesidad

*no era realmente una necesidad ni una fuerza capaz de explicar toda una guerra civil y toda una independencia del Nuevo Mundo. Los verdaderos orígenes han sido, pues, cándidamente, satisfactoriamente, ignorados. Los historiadores, por pereza u otras causas, han preferido no indagarlos en los cerebros de los actores. Fué más cómodo dejar intacto el mundo hirviente de los ideales hispanoamericanos. Hoy la historia ahonda por igual todas las causas. Así se descubre que muchos problemas, aparentemente resueltos, no sólo están en sombras, sino que nunca fueron tocados.*

*El despertar revolucionario fué general en América en determinado momento. No fué una chispa encendida en un punto y de allí extendida a todo el Continente. Fué un ideal que, en forma simultánea, aparece en mil sitios a la vez. Hombres que nunca habían oído hablar uno del otro pensaban y obraban de la misma manera. Es indudable que había en todas partes una causa común. Unos hombres respondían a un mismo llamado y, simultáneamente, otros hombres se ponían en contra. Descubrimos que se trataba de principios políticos y que los problemas económicos eran desconocidos a los personajes del drama. Aun no sabemos, según los lugares, si fueron las mayorías o las minorías las que hicieron la guerra civil en América. Lo indudable es que donde una minoría alzó la voz pronto una mayoría hizo coro. Los intereses de unos y de otros si no eran opuestos eran muy diferentes. Hubo, pues, algo que movió a todos por igual, un ideal que unió a pobres y a ricos, a clericales y anticlericales y a españoles y a nativos en contra de otros seres semejantes con ideas muy distintas. La lucha fué de principios y, como tal, lle-*

vó a las armas y al odio. Si no hubiera habido principios e ideales no hubiera habido lucha.

*Durante la colonia los focos de ideas fueron las grandes ciudades conventuales y las ciudades con una universidad. La imprenta fué el primer vehículo de estas ideas y los puertos y los claustros los lugares donde más se debatieron. El ambiente americano agudizó los extremos. El problema de los indios y de los naturales sirvió de piedra de toque en muchísimos casos. Las teorías europeas hallaban en América el ambiente, la oportunidad y los casos para su aplicación práctica. Absolutismo y liberalismo pasaron en América de la teoría a una realidad muy diferente de la que podía ofrecer Europa. Los grandes acontecimientos históricos europeos nunca fueron ignorados en América; pero rara vez ejercieron en ella una verdadera influencia. Así ocurrió desde la revolución francesa hasta la revolución rusa. Fué América, en cambio, la que decidió los destinos de Europa y del mundo: en 1492, en 1776, en 1810, en 1918 y en 1942. El manifiesto de Marx y de Engel es uno de los primeros documentos sociológicos que da un gran valor, trascendental, al descubrimiento de América en los destinos de la humanidad. Aquí había problemas, como el justo título de la dominación, las nuevas razas, la condición jurídica de las nuevas tierras, etcétera, que en Europa nunca se habían conocido. Es por ello que hay un derecho y una sociología de Indias por completo separadas del derecho y de la sociología de Europa. El problema de la tierra fué en América un problema complejo por la condición jurídica de los que nacían en ella. El problema del comercio engendró también muchas cues-*

*tiones: no sólo por sí mismo y las leyes que lo regulaban, sino por las diferencias que admitía en las personas que comerciaban. Había causas políticas y jurídicas que influían sobre el comercio y no era el comercio el que influía sobre las ideas políticas y las ideas jurídicas. No todos los comerciantes tenían las mismas ideas políticas, ni todos los ciudadanos, agricultores, universitarios, militares y clérigos. Los gremios, las castas y las razas no uniformaban ideas. Un comerciante tenía una idea política y otro comerciante tenía otra. Lo mismo ocurría con los clérigos, militares, etcétera.*

*Las ideas que los colonos españoles trajeron al Nuevo Mundo se agruparon en dos amplios campos: el de la democracia y el del absolutismo. La lucha de los comuneros, en el Paraguay, es una hermosa muestra de este choque de ideas. Los que han estudiado a los comuneros no han analizado ni comprendido la génesis de sus ideas. No todos los jesuitas, tampoco, tenían la mentalidad política de los que se oponían a los comuneros. Algunos pensaban con más audacia que los mismos comuneros: ejemplo: el Padre Muriel. Las ideas que despertaron a los comuneros se unieron, más tarde, a las protestantes, enemigas de España, partidarias de la leyenda negra. Un tercer aporte fué el del anticlericalismo. Hubo, así, una amalgama de democracia jurídica, de antiespañolismo y de anticlericalismo. Los españoles que profesaban estas ideas substituían el antiespañolismo por el antiabsolutismo de los Borbones. En su contra tenían a los absolutistas antidemócratas y clericalistas. No hubo tradición del Renacimiento entre nosotros: primero porque el Renacimiento es un instante de la historia italiana y ni en España ni en el resto de Eu-*

*ropa hubo Renacimiento, y luego porque el espíritu del Renacimiento fué en muchos aspectos contrario al espíritu español, primero, e hispanoamericano, después. El Renacimiento fué, políticamente, absolutista, e Hispanoamérica fué, en gran parte, liberal. El liberalismo del Renacimiento era irreligiosidad, por un lado, e inmoralidad, por el otro. El Renacimiento nunca fué democrático ni políticamente liberal. Por ello las doctrinas del Renacimiento nada tienen que hacer ni en España ni en América, porque Hispanoamérica tuvo su tradición propia, tanto de liberalismo como de absolutismo.*

*Las ideas españolas fueron en gran parte las ideas de nuestra América. Todo cuanto bullía en España bullía en América. La importación de ideas era constante. Esta importación se hizo aguda en la época de la guerra civil. Los oficiales españoles y los americanos que habían salido unidos de sus países volvían con un mundo de ideas liberales en el cerebro, dispuestos a luchar por la libertad en contra del absolutismo. Es digno de observar y tener muy en cuenta, como prueba de esta tesis, que Miranda, San Martín, Bolívar, Pueyrredón, Iriarte y tantos otros campeones de la independencia americana salieron de España con su ideología ya formada, con el fin único y preciso de luchar por la libertad. Sus confesiones, plenas y claras, no admiten discusiones sobre este particular. La independencia americana fué, pues, en su origen, una lucha por la libertad civil que separó por igual tanto a los nacidos en la Península como a los nacidos en América. Este ideal de libertad apareció por primera vez en España y no en América. Recuérdese, por último, que ningún héroe americano pensó, en sus comienzos, en la independencia*



*política, sino en la libertad o independencia civil, y que su odio no fué contra España, sino contra el despotismo.*

*El estudio de la vida y del proceso de Antonio Nariño demuestra claramente que no fué la revolución francesa la que influyó sobre su espíritu cuando tradujo los Derechos del hombre. Fueron las viejas doctrinas sintetizadas en dicha declaración. En 1795 expuso en su defensa, escrita por él y por el doctor José Antonio Ricaurte, que todos los principios contenidos en los Derechos del hombre, que él había impreso y destruido, sin que pudiese hallarse un solo ejemplar, encontrábanse en innumerables libros publicados en Madrid, que circulaban libremente por España y América. Luego, con citas que abarcaban el pensamiento político desde Sócrates y Santo Tomás hasta el Conde Carli y Heinccio, demostró que la doctrina de la igualdad de los hombres había existido en todos los tiempos y había sido defendida por los grandes genios católicos. Los señores de la Audiencia sostuvieron que esas doctrinas eran perversas e hicieron la más fuerte apología de los derechos divinos de los reyes. Indignados, castigaron también al abogado defensor. El proceso de Nariño no fué, en absoluto, un proceso por la independencia, por la separación política. Nadie, entonces, pensaba en la independencia, ni Nariño ni los señores de la Audiencia. Fué una lucha cerrada entre los partidarios del derecho divino de los reyes y los defensores del derecho natural del hombre. El temor a la revolución francesa, de la autoridades españolas, no residía en la posibilidad de una independencia —pues la revo-*

lución francesa nunca la había insinuado ni para América ni para ninguna otra parte— residía en la defensa de los derechos naturales del hombre en contra del derecho divino de los reyes. Nariño fué una víctima americana, como lo fueron otros pensadores nativos de la Península. En Madrid, en 1776, existían sociedades secretas y logias masónicas que trabajaban en contra del absolutismo de los Borbones. Carlos IV estuvo a punto de ser derribado del poder por una revolución que pretendía imitar la francesa. El conde de Puñonrostro formaba parte de una logia que también defendía los derechos naturales del hombre. Carlos IV, monarca absolutista, confirmó la sentencia dada por la Audiencia de Bogotá en contra de Nariño, cuando éste acababa de cruzar la frontera y refugiarse en Francia. Nariño conoció en París a Miranda, que había sido oficial del ejército español, y al abate don José Marchena, empeñado en fomentar una revolución en España. Todas las ideas revolucionarias, en favor de los derechos naturales del hombre, nacieron en España y pasaron a América con clérigos y militares. En Londres, Nariño, pidió ayuda para lograr la independencia de Nueva Granada; pero el gobierno inglés sólo le ofreció ayuda para conquistar las colonias españolas. Nariño no quiso dar otros amos a su patria. La idea de la independencia se formó en él gradualmente: primero fué partidario de los derechos del hombre; luego, a causa de las persecuciones sufridas, comprendió que para lograr el triunfo de sus ideales no tenía otro camino que luchar por la independencia. La idea de la separación política, entre tanto, era agitada por el cubano o peruano José Caro, que hacía planes para independizar el Perú. Todos obedecían, directa o in-

directamente, las ideas de Miranda. Nariño da cuenta, en sus confesiones, que las únicas personas que recibieron sus ideas de libertad en Nueva Granada fueron unos eclesiásticos. Sin duda calló a otros complicados; pero es significativo que lo acompañaran con entusiasmo unos curas pobres. También confiesa que nadie pensaba, en Nueva Granada, en la independencia política, sino en mejorar la condición social, a veces miserable, y disminuir los impuestos: males que se atribuían al modo de pensar y proceder del gobierno.

La independencia de América comenzó a gestarse en tiempos de Carlos III. En Gran Bretaña se forjaron proyectos para independizar las colonias americanas. La revolución de Estados Unidos, que recibió apoyo de España, indujo al rey Jorge a pensar en una rebelión igual en las tierras de América pertenecientes a España. En este proyecto tomaron parte varios jesuitas expulsos. La Compañía de Jesús hizo lo posible para que el Nuevo Mundo no dependiese de quien la había expulsado y había logrado su extinción. Hoy es bien conocida, gracias a E. Pacheco y de Leyva, la acción de las cortes católicas en la supresión de la Compañía de Jesús y la intervención del Conde de Aranda en la redacción del breve para la supresión de los jesuitas.

La religión tenía en España un carácter nacionalista que no se halla en ningún otro país. El liberalismo clerical fué amplio y no tuvo obstáculos. El arcipreste de Hita, Calderón, Tirso de Molina y otros muchos poetas y dramaturgos atacaron y ridiculizaron el clero, beatos y beatas en plena inquisición. Con Carlos III y los pseudo liberales comienza el despotismo ilustrado español. Las Cortes cerraron sus

*puertas, el pueblo no volvió a exponer su voluntad y los jesuitas, últimos campeones de la libertad, fueron expulsados. En apariencia fué un triunfo de los anticlericales. En realidad fué el mayor éxito de los absolutistas. A los jesuitas los perdió su duplicidad. Defendían el regicidio en la corte y el derecho divino en las colonias. No tenían una norma general, excepto la de su propio poder. Esto los malquistó con unos y con otros. Los reyes los consideraron contrarios a su estabilidad, los vieron como enemigos y se unieron para su anulación. En América llevaban otra política que favorecía su labor: el absolutismo teocrático. No tardaron, por tanto, en chocar con los partidarios de los derechos naturales del hombre. Sin apoyo de los reyes, que los creían liberales y demócratas, y sin la simpatía del pueblo, que los juzgaba autócratas, no hallaron un solo defensor y cayeron en el odio de las derechas y de las izquierdas, de los masones y de los absolutistas, de las otras órdenes religiosas y del Papa.*

*Las sociedades secretas, con influencias puritanas y protestantes, hicieron una gran obra en favor de la libertad. Sus miembros estaban unidos, sobre sus patrias políticas, por ideales en gran parte masónicos que, sin dejar de ser cristianos, eran esencialmente liberales. Difícil será hallar a un campeón de la independencia que no haya pertenecido a una de estas sociedades. Las logias se organizaban en cualquier parte: en un ejército en campaña, a bordo de un barco, en un presidio, en un palacio, en una ciudad, etcétera, y lo único que enseñaban y defendían era el amor a la libertad y el odio al despotismo.*

*El liberalismo de Hispanoamérica tiene el mis-*

*mo origen remoto del liberalismo puritano inglés. En el siglo XVIII una ola liberal cubrió Europa y empezó a dar los grandes frutos de la independencia de Estados Unidos, de la revolución francesa y de la guerra civil hispanoamericana. El mismo espíritu, bajo distintos ropajes, palpitó en todos estos hechos. Fueron nuevas ideas sobre el estado y los derechos de las personas: mejor dicho: viejas ideas medievales de democracia e igualdad que derrocaban a las nuevas teorías absolutistas impuestas en distintas parte de Europa. La reacción liberal significó la caída de fuertes regímenes. La lucha duró casi un siglo. El liberalismo logró su triunfo máximo en 1810 y el absolutismo volvió a imponerse con el movimiento llamado de la restauración que siguió en Europa y en América unos años después.*

*Las discusiones sobre interpretación de la Biblia, que ocuparon durante tantos años a los pensadores de las colonias norteamericanas, no se encuentran en la historia ideológica de Hispanoamérica. Las discusiones jurídicas, sobre el derecho divino de los reyes, son las únicas que aparecen. Los pensadores puritanos buscaban en sus discusiones los derechos del hombre, el derecho natural, la igualdad política. Los hispanoamericanos tenían igual preocupación; pero hallaban la verdad sin tantas discusiones, pues la verdad estaba patente en su tradición jurídica y teológica. Hubo, pues, aunque con diferentes ropajes, una igualdad de principios, de esperanzas y de ideales en toda América, tanto inglesa como española.*

*Estas ideas no estaban en la alta aristocracia, ni en el alto clero, ni en los altos financistas, ni en el bajo pueblo. Estaban en la clase media, creadora del*

*capitalismo, de la democracia y de la libertad. Esta clase tenía sus aspiraciones, era la más numerosa, la que pagaba impuestos, la que comerciaba, la que formaba el grueso del ejército, la que se atribuía más justos derechos de acuerdo con el derecho natural del hombre.*

*En Norte América los sucesos políticos que allí ocurrían eran los mismos que se desarrollaban en Inglaterra. Igual cosa se repetía con las posesiones americanas de la Península. En Inglaterra y en Norte América el partido anglicano defendía el absolutismo del rey y de los obispos. En España y en Sud América existía igualmente este partido absolutista, con otro nombre, pero con idénticos principios. En Buenos Aires estos partidos se definieron claramente en el Cabildo: uno tuvo como portavoces al obispo Lué, a Cisneros, etcétera, y el otro, a Castelli, a Moreno, etcétera. Liniers estuvo del lado de los absolutistas. La afirmación que se atribuye al obispo Lué, de que en América debían mandar los españoles mientras quedase uno solo de ellos, es posible que se haya inventado a posteriori, por quienes se la atribuyen, o que el obispo haya querido expresar que el mando debía corresponder, siempre, a los nacidos en España, no por este mero hecho, sino por representar los derechos divinos del rey español.*

*El partido presbiteriano de Norte América correspondía al partido semiaristócrata y semidemócrata que negaba el derecho divino de los reyes y confiaba en el libre sufragio. En Buenos Aires pertenecían a este partido, en un principio, Sentenach, Alzaga y sus partidarios; más tarde: Saavedra, Moreno, Rivadavia, etcétera. Por último, el tercer partido norteamericano, independiente, era el de los de-*



*mócratas puros, morenistas, en Buenos Aires, federales, en las provincias. La gran diferencia entre estos partidos norteamericanos y los hispanoamericanos consistía en el fondo religioso teológico, sobre el cual se apoyaban y justificaban los primeros, y en las razones jurídicas y sociológicas que servían de base a los segundos. En otras palabras: unos buscaban la justicia social en la palabra de la Biblia, y los otros, en el derecho y en la tradición histórica.*

*Fernando VII, mientras estuvo cautivo y se ignoraban sus ideas, fué en Hispanoamérica una bandera para todos los partidos. Cada cual imaginaba que se inclinaría por una determinada idea. Cuando Fernando VII mostró su modo de pensar, los liberales se vieron defraudados y tuvieron que arrojar a la guerra civil y a la independencia política. Los absolutistas se sintieron apoyados por el monarca y a su vez lo defendieron con entusiasmo, dispuestos a morir por las cadenas que sostenían en su lucha contra los liberales.*

*Los dogmas religiosos del derecho divino o autoridad y del derecho natural o libertad, pasaron a la jurisprudencia y a la política y dividieron con igual fuerza a sus partidarios. El ideal monárquico absolutista, contrario al autogobierno de los pueblos, era en muchos hombres —tanto nacidos en España como en América— el más fuerte de los ideales. Lo defendían porque creían, sinceramente, que era el mejor sistema, el que más convenía a sus patrias y a sus intereses. El espíritu liberal, por otra parte, había llegado a América con los primeros conquistadores y era tan antiguo, históricamente, como la misma España. El régimen de gobierno democrático existía en España desde el siglo VI. Los primeros*



*parlamentos españoles son un siglo más viejos que los ingleses y se remontan al XII. En el año 1169 el estado llano toma parte en las cortes de Burgos. España ocupa el primer lugar en la historia del derecho político y de la libertad, por sus tratadistas y por la acción de su pueblo. En España las leyes reglamentasen hasta los actos más insignificantes de la vida diaria; pero estas mismas leyes daban a cada individuo el derecho de ampararse en ellas en cada uno de sus puntos, de modo que cada español tenía leyes que regían su vida y, al mismo tiempo, le ofrecían amplia defensa contra cualquier acto que pretendiese lesionar sus derechos. Lo obligaban y lo defendían. Por ello el alto respeto al derecho que hubo en España. Los españoles disfrutaban de mayor número de derechos que cualquier otro habitante de la tierra. Por ello su amor a la patria, su disciplina y, simultaneamente, su individualismo: el alto concepto que cada español tenía de sí mismo, de sus deberes y de sus derechos. Era el triunfo de la más grande libertad jurídica. Además, el imperio español descansó siempre sobre las libertades de los cabildos. Se ha dicho que el pueblo americano no se gobernaba a sí mismo antes de 1810 porque los cabildos, con funciones municipales, no podían entender en cuestiones de gobierno ni de justicia. Pero ello es verdad sólo en parte: los cabildos depusieron y aprisionaron a virreyes, crearon nuevas libertades y recibieron, como representantes del pueblo, el poder que había emanado del pueblo. Este pueblo, por ejemplo en el Río de la Plata, estaba acostumbrado a elegir sus propios gobernantes cuando el rey o la audiencia, por causas diversas, no lo hacían. Una real cédula del 1537 había autorizado a los pobladores de estas*

*regiones a elegir, en votaciones libres, a su gobernador, y la cédula fué puesta en práctica no pocas veces. No debe olvidarse que los conquistadores españoles eran, por su naturaleza y sus acciones, grandes idealistas. Utópicos son los hombres que imaginan empresas imposibles, absurdas, destinadas a transformar lo existente. Idealistas son los que cumplen actos grandiosos sin alterar las formas de sus vidas. Los conquistadores españoles son el ejemplo más perfecto de conquistadores idealistas. Llevaban sus vidas, sus costumbres, sus leyes, a través de mundos desconocidos e inmensos, realizando las hazañas más extraordinarias con la naturalidad más sorprendente.*

*No debe olvidarse que la concepción del derecho divino de los reyes es judía y oriental. Los especialistas en estos estudios no lo ignoran; pero los políticos profesionales, particularmente los de ideas totalitarias, antijudaicos, buenos ignorantes, tal vez se sorprendan al saber que obran, en su vida y en sus pensamientos, como fieles discípulos de Moisés. Los primeros hebreos imaginaron a su Dios —el Dios bíblico— con todos los atributos de los monarcas autócratas del Oriente. Las leyes de Dios, o sea, de un monarca oriental, absoluto e indiscutible, son hebreas por su origen bíblico, y quienes las aceptan y defienden no hacen más que sostener una forma de gobierno judeo oriental. El derecho natural del hombre, en cambio, es cristiano, romano, católico y europeo. Predestinación y libertad corresponden al poder absoluto de Dios y a la responsabilidad que cada ser tiene sobre sus propios actos. Determinismo y libre albedrío son, en otros términos, los principios teológicos sobre los cuales se fundamentan el derecho divino de*

*los reyes y el derecho natural del hombre, el absolutismo y la libertad en política. Según la primera doctrina, los elegidos son pocos: todos los hombres están sometidos a Dios y al rey. La voluntad de Dios y la voluntad del rey son una sola. La libertad no existe en el hombre porque no existe en la voluntad de Dios ni en el destino que fija al hombre. Estas ideas en Norte América eran defendidas por los calvinistas; en España y en Hispanoamérica, por los absolutistas.*

*En Sud América se debatieron, desde los orígenes, dos grandes principios: la autoridad del rey y los derechos y la libertad de los ciudadanos. El rey y las audiencias, por ejemplo, nombraban a los gobernadores; pero éstos también eran elegidos por el pueblo. Los cabildantes podían venir designados desde España; pero lo común era que los eligiese el pueblo de cada ciudad. Los reyes de España, en el siglo XVI, eran los primeros en reconocer y ordenar la realización de estos hechos. En el Río de la Plata designaron primer gobernador a don Pedro de Mendoza y a su muerte ordenaron que le sucediese en el gobierno su heredero o la persona que el pueblo eligiese, libremente, de acuerdo con sus necesidades y simpatías. Los reyes de España eran los primeros, por tanto, en poner en manos del pueblo su destino político, en reconocer el derecho natural del hombre de gobernarse a si mismo. La cédula de 1537 que dispuso estos hechos, en el Río de la Plata, sirvió para muchas elecciones posteriores de gobernadores.*

*Las diferencias sociales de la colonia y de los primeros años de vida independiente —los honores a Saavedra y el decreto en contra de Moreno— no eran meras fórmulas exteriores, sino la expresión de con-*

cepciones políticas diferentes. Los partidarios del boato substituían en la república el derecho divino de los reyes, y los contrarios eran los partidarios del derecho natural del hombre. Estas diferencias y características las hallamos confirmadas en todas partes. Los dictadores fueron siempre partidarios de los uniformes brillantes, de las paradas grandiosas, de las mansiones fastuosas. Los dictadores contemporáneos de Sud América —herederos inconscientes del absolutismo y del derecho divino de los reyes— se muestran majestuosos, aman los uniformes llamativos y se cubren de condecoraciones. Cuando ésto, por excepción, no ocurre, como en el caso del dictador Francia, en el Paraguay, el personaje se aísla, se hace invisible y se torna divino en su misterio. Otro ejemplo paralelo, de hace pocos años, fué el del presidente Irigoyen, en la Argentina.

Toda unión del ejército y del clero es un principio contrario al derecho natural del hombre y tiene —casi siempre— el fin de sostener un dictador y una dictadura, es decir, continuar la tradición del derecho divino.

Absolutistas y liberales son los representantes de los dos grandes principios sobre los cuales gira toda la historia política del hombre occidental: el derecho divino y el derecho natural.

Las doctrinas del derecho divino y el gobierno de unos pocos sobre unos muchos son —ya lo hemos dicho— de puro origen judío. Es lo que ocurrió en la historia bíblica y lo que enseña el Antiguo Testamento. Cristo fué la revolución; fué la comprensión de otras doctrinas —griegas y romanas— y su explicación significó la buena nueva, para muchos, y la sorpresa y la indignación para unos pocos. El puro

*cristianismo es, pues, la mayoría y la libertad. La herencia del judaismo es la minoría dictadora, el absolutismo a usanza oriental. Cristo representó el fin de la tiranía judaica para todos los que lo siguieron. Fué el primer judío que comprendió y explicó los derechos naturales del hombre. Por ello fué tan odiado y perseguido por quienes seguían al gran Dios judío, tirano inexorable, y eran, como sus inconscientes continuadores modernos, partidarios ciegos de las dictaduras. A fines de la Edad Media y en el Renacimiento volvió la doctrina absolutista del derecho divino de los reyes por el retorno que se hizo al Antiguo Testamento. Jehová, Dios que daba todas las leyes, como sus modelos, los autócratas orientales, fué imitado por los monarcas y príncipes de Francia e Italia y unos y otros hallaron teóricos que buscaron en el Antiguo Testamento los apoyos para sus defensas. En España no se pensó con el Testamento judío, sino con el Testamento cristiano, el evangelio de libertad y justicia. Así se explica el amor a las minorías, de los judíos, y el amor a las mayorías, de los cristianos. Los partidarios de la autoridad mosaica no pueden coincidir con los partidarios de la democracia cristiana, pues unos son déspotas y absolutistas, y los otros, demócratas y liberales.*

*Los municipios españoles trasplantaron a América la más pura organización democrática para las ciudades. No fueron, como tantas veces se ha dicho, una continuación de los municipios romanos. Nacieron en España, en los primeros siglos de la Edad Media, de acuerdo con el nuevo espíritu cristiano de democracia, justicia e igualdad. En América eran el gobierno del pueblo por el pueblo. Representaban la*

*voluntad de la ciudad en general y de cada ciudadano en particular. En los Cabildos abiertos acudía todo el pueblo a expresar su opinión. El pueblo era el depositario, la fuente del poder, y en el Cabildo reasumía el poder y volvía a delegarlo. En los días de Mayo, en Buenos Aires, el Cabildo fué el recinto, junto con la Plaza Mayor, en que el pueblo reasumió el poder que hasta entonces había correspondido al Virrey, y lo delegó en una Junta provisional gubernativa.*

*La mentalidad política de cada habitante de América era española. El mismo anticlericalismo americano era un perfecto anticlericalismo español. Las prensas de las ciudades americanas reproducían discursos, proclamas y noticias de la Península. En América se leía y se pensaba como en España. Las ideas políticas de los españoles llegaban al Nuevo Mundo con uno o dos meses de atraso. Con razón puede decirse que la guerra civil americana, llamada impropriamente revolución, la hicieron los impresos. Nada hay en esta guerra civil que no sea puramente español. Es un error y es un trabajo inútil buscar a las ideas de los revolucionarios americanos filiaciones, inglesas, francesas, etcétera. Eran las ideas de la democracia cristiana y española expuestas, en innumerables obras, por juristas y teólogos. El gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo era el principio y el ideal, por ejemplo, del País Vasco. La libertad, la igualdad y la fraternidad son ideas católicas que existían en América desde la llegada de los primeros conquistadores. España fué, desde sus más remotos tiempos, el país de la libertad. Todas sus luchas fueron por la libertad y todos sus ideales giraron en torno a la libertad. El español ha sido el*



*hombre más individualista de la tierra, más celoso de sus derechos y prerrogativas. Este individualismo, este sentido agudo de la libertad, ha pasado a los pobladores del Nuevo Mundo y se ha mantenido en ellos hasta que inmigraciones abundantes lo diluyeron haciéndole perder su fuerza material y espiritual. Libertad y autoridad parecen ideales opuestos, y lo son en muchos casos; pero no en España, donde cada español quiere su libertad y, al mismo tiempo, quiere la fuerza del estado. Otros aspiran a su libertad individual, no dentro del estado, sino dentro de su región, como los separatistas o autonomistas catalanes, vascos, gallegos, etcétera. En trescientos años el obedecimiento al rey, en América, fué casi absoluto. Sólo hubo protestas aisladas que nada representan en la historia. La independencia no era concebida ni por peninsulares ni americanos, pues todos eran españoles. Cuando empezó a concebirse, los primeros gérmenes llegaron desde España. Las libertades que se disfrutaban en España y en la América hispana eran las más amplias que jamás se hayan practicado. España era la nación más preparada del mundo, con sus grandes ideas políticas y jurídicas, para dar vida a nuevos estados. Las inmensas distancias y el aislamiento contribuyeron, en América, en los primeros tiempos, a crear la libertad y el autogobierno. Había leyes comunes; pero en cada ciudad el Cabildo regía la vida cotidiana, y el gobernador o teniente de gobernador, los otros asuntos de gobierno y de justicia. Un conquistador fundaba una ciudad y en el acto la ciudad tenía sus derechos y prerrogativas, los fundadores podían considerarse hidalgos y comenzaban a gobernarse a sí mismos con plena conciencia de su libertad.*



*La lucha de la independencia, en América, no fué en realidad por la independencia, sino por la libertad. Esta lucha agrupó de una parte a españoles y a americanos y de la otra parte a otros españoles y a otros americanos y tuvo la característica de no detenerse con el triunfo sobre los defensores del absolutismo peninsular. Se prolongó, como si la independencia nunca hubiese sido un motivo de lucha, más allá de 1810, hasta medio siglo después, y, en no pocos países, subsiste aún, más o menos veladamente, en la actualidad. El sentido de la libertad era tan fuerte que originó luchas civiles y luchas por el federalismo, a causa de que muchos caudillos, celosos de un gobierno central, querían ser libres, independientes, en sus provincias y hasta en sus ciudades. La libertad fué, así, el ideal que llevó a la gran rebelión contra España, y la independencia, el resultado político material que ella produjo. La misma lucha por la libertad la vemos prolongarse indefinidamente en Centro América, entre los unionistas y antiunionistas, y originar luchas grandiosas entre los unitarios y los federales, en la Argentina. En este país, los unitarios creían que el federalismo era la tumba de la libertad, a causa del pésimo gobierno personal de Rosas, y los federales imaginaban que el triunfo de los unitarios habría significado su esclavitud.*

*Las luchas por la libertad que hubo en América en 1810 y después de esta fecha, son las mismas, por igual ideal, que hubo y hay en Europa. Ello explica porqué había españoles en uno y otro bando en lucha, porque unos defendían los ideales de libertad y otros los del absolutismo, y porque también había americanos en uno y otro bando. Ni eran traidores*

los españoles que luchaban en contra del gobierno peninsular ni eran tampoco traidores los americanos que defendían ese mismo gobierno. Todos eran sinceros en sus luchas y estaban convencidos de la excelencia de sus ideales.

En la historia de la libertad y de la justicia americanas hay que distinguir dos etapas: la primera es la del gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, y la segunda es la de la independencia política. La primera —popularizada en nuestros tiempos por una frase de Lincoln— es muy anterior a la revolución francesa y sus ideales fueron defendidos y generalizados en el siglo XVI por teólogos y juristas entre los cuales pueden recordarse a los vascos Francisco de Vitoria y Martín de Azpilcueta, y, más tarde, a los jesuitas Suárez y Belarmino. En América, los mismos ideales hallaron campeones como Antequera y Mompó, que organizaron las revoluciones de los comuneros del Paraguay. El ideal de la independencia nació como una resultante de estos ideales y se impuso a causa de circunstancias políticas muy especiales. En efecto: el caos de España, como es sabido, trajo el autogobierno de cada ciudad y provincia. Sin Napoleón y Fernando VII no habría habido independencia política en el Nuevo Mundo durante largo tiempo. Las provincias de América habrían obtenido concesión tras concesión y el imperio habría evolucionado paulatinamente. La revolución francesa no tuvo ninguna influencia en los sucesos de América y el ejemplo de Estados Unidos fué muy débil. La independencia nació de la guerra civil, y esta guerra surgió de los choques de las ideas liberales y absolutistas. América buscó su autonomía en una magnífica autoafirmación española. Si hubiera

*sido una colonia débil no se hubiera erguido cuando llegó su hora. Las colonias débiles languidecen indiferentes o se dejan conquistar por países extranjeros. Pero como América era España, rechazó con brío las invasiones extranjeras y cuando la Península se derrumbó, se levantó en una nueva lucha por la libertad, independencia y subsistencia. No combatió contra España, sino contra la posibilidad de ser conquistada por otros países y, especialmente, contra el absolutismo que pretendía ahogar la auténtica tradición española. Un psicólogo historiador inglés — Cecil Jane — ha interpretado admirablemente la independencia hispanoamericana como una vuelta a los tiempos de la conquista. La independencia, realmente, tornó hombres e ideas a las épocas en que no existían diferencias entre los españoles de España y de América e indios. Con la independencia renacieron viejos ideales hispanos; pero se desobedecieron muchas leyes y por culpa de algunos tiranuelos se cayó también en el último período de la dominación española, es decir, en las diferencias sociales, y se persiguió al indio y se siguió teniendo, en la práctica, al negro como esclavo. Los más grandes campeones de la independencia americana fueron hombres educados en España, de ideas españolas, nacidos en tierras de España o durante la dominación hispana. Ni San Martín ni Bolívar odiaron a España, sino al absolutismo español. Uno y otro no murieron en la miseria por la ayuda que les prestaron, desinteresadamente, amigos españoles nacidos en España. Rivadavia se fué a morir a España. Rosas siempre se enorgulleció de su sangre española. El odio a España lo crearon los anticlericales, los comefraciles, etcétera. Nació de las virulencias protestantes y fué acep-*

*tado por la ignorancia de muchos católicos. Estos católicos nunca supieron que sus palabras no estaban dirigidas contra España sino contra su religión. Los gobernantes americanos que fueron enemigos de los españoles, como el mismo Rosas, ya recordado, obraron en sus actos como españoles, con métodos españoles y con pasiones españolas: unos como españoles liberales y otros como españoles absolutistas. Los escritores americanos que creyeron importar del extranjero ideas nuevas, imitaron a los españoles de su tiempo, que también fueron a buscar modelos a Francia; pero, al igual que ellos, siguieron siendo españoles en su medula y sólo tuvieron de extranjeros frases prestadas e ideas que nunca sintieron. Las instituciones políticas americanas tampoco fueron imitadas del extranjero: las hizo la historia hispanoamericana y surgieron pujantes de la guerra civil: los Congresos son los antiguos Cabildos; los Poderes Ejecutivos con sus Ministerios son las Juntas de gobierno. Todo cuanto se ha legislado posteriormente tiene sus raíces en esos dos organismos.*

*Los problemas religiosos no inquietaron, desde el punto de vista teológico, a los habitantes de los dominios españoles en América. No había disputas como en la América del Norte. Nadie atacaba los dogmas católicos. La inquisición hallaba dos herejes por siglo y sólo cuidaba la moralidad de los clérigos que abusaban del confesonario. En muchas regiones había un fraile cada cien leguas. Las ciudades con conventos eran las pecadoras. La vida civil se desarrollaba completamente separada de la religiosa. Sólo las fiestas solemnes y alguna proce-*

sión para impetrar la lluvia o aplacar las hormigas despertaban a los fieles. Cuando había rivalidades —y eran frecuentes— entre un obispo y un gobernador, nunca se trataba de cuestiones dogmáticas y heréticas, sino de asuntos de gobierno. Por lo general era el obispo quien pretendía invadir la jurisdicción civil del gobernador. Este protestaba y se defendía y entonces el obispo lo excomulgaba. En estas disputas, el pueblo, en la mayoría de los casos, se inclinaba hacia el lado del gobernador. No hubo pueblo más liberal, en el campo católico, que el pueblo hispanoamericano. A menudo los actos religiosos eran considerados como diversiones. Los obispos comerciantes y los clérigos y frailes con aventuras sentimentales y revolucionarias eran muchísimos. La crítica más valiente, real y exacta, aunque apasionada, a la vida conventual y a las órdenes religiosas de Buenos Aires fué hecha por el Cabildo de esta ciudad y hállase inserta en sus acuerdos. Las luchas de obispos y gobernadores en el Río de la Plata, Tucumán, Paraguay y otras partes de América llegaron a momentos trágicos y cómicos. Los comuneros del Paraguay fueron los que más lucharon en favor de los derechos naturales del hombre, contra los jesuitas, defensores del derecho divino de los reyes. Las noticias secretas de Jorge Juan y Antonio Ulloa revelan el liberalismo que existía en América y la baja condición a que había descendido el clero. Cuando se originó la lucha civil americana, los hombres de Castelli asombraron a los pueblos del altiplano con su irreverencia por la religión. En el Litoral, las expediciones enviadas por Buenos Aires en contra de los caudillos se distinguieron por el poco respeto que tenían a los templos. Existía, indudablemente, un partido de ideas anticle-

ricales desde los comienzos de la dominación española, y otro, en extremo religioso. Estos partidos, o, más propiamente, grupos de personas con distintos criterios sobre fe religiosa, no coincidían de un modo exacto con los verdaderos partidos políticos liberal y absolutista. Había liberales masones, como San Martín, y liberales devotos, como Belgrano, y absolutistas de ideas religiosas sumamente discutibles.

Toda América miró con indiferencia o antipatía a la inquisición. La gran penetración de libros prohibidos demuestra los verdaderos sentimientos de los españoles, que los compraban, leían y hacían circular ocultamente. El alto clero español debía al rey sus posiciones; no así el clero criollo, que no podía progresar. Se estableció, de este modo, una separación en el mismo clero: unos fueron absolutistas, es decir, fieles al rey, y los otros, liberales, partidarios del derecho natural del hombre, de la democracia. Los reyes y las autoridades civiles y militares españolas fueron siempre celosas de su poder y lucharon abiertamente contra el Papa, obispos y órdenes religiosas. Nadie protestó en España y en América cuando Carlos III expulsó a los jesuitas. Su alejamiento, en general, fué visto con complacencia. Algunos autores piensan que la expulsión de los jesuitas fué un golpe tremendo en favor del liberalismo. Otros llaman a Carlos III un monarca liberal. En apariencia, la independencia hispanoamericana comienza con el aniquilamiento de los jesuitas. Un autor de admirable penetración psicológica, Cecil Jane, llega a decir que Carlos III "fué el verdadero autor de la guerra de la Independencia" y que al reorganizar sus dominios los llevó a la libertad política y a la separación. Nosotros creemos que los hechos históricos



ofrecen otra interpretación. Carlos III no fué, en primer término, un monarca liberal, sino un déspota ilustrado. Obró como cualquier monarca francés aconsejado por Richelieu o discípulo de Maquiavelo. América, bajo Carlos III, no sólo no adquirió libertad política, sino que perdió la que tenía. La expulsión de los jesuitas se debe, en primer lugar, a sus doctrinas regicidas. Eran enemigos de las monarquías absolutas y, por tanto, hubo que eliminarlos. Fué un duelo entre los reyes absolutos, despóticos, y los defensores del tiranicidio y regicidio. Carlos III, liberal autócrata, quiso elevar su autoridad, como los Luises de Francia, por encima de todo cuanto se opusiese a su elevación. El liberalismo religioso salió ganando; pero el liberalismo político se vió hundido.

En la América Hispana la religión nunca fué fanática ni intransigente. Había hombres tibios en religión, liberales en sus ideas y hasta enemigos personales de un obispo o de una orden; pero, a su lado, existían los buenos católicos de todos los tiempos. La religión católica salvó a Hispanoamérica de ser invadida, en no pocas ocasiones, por holandeses, ingleses y franceses protestantes. El horror a una religión contraria a la católica mantuvo unidos a los habitantes del Nuevo Mundo y les hizo rechazar, siempre con éxito, todos los ataques de ejércitos extranjeros. La guerra civil hispanoamericana no tuvo, en ningún momento, el propósito de atacar la religión católica. El liberalismo político que la inspiraba era compartido por muchos eclesiásticos. No puede negarse que había masones y miembros de logias secretas; pero estos masones lo mismo eran creyentes normales que indiferentes o librepensadores.



*Cuando los realistas querían combatir espiritualmente a los separatistas los llamaban impíos, antireligiosos o protestantes. En el alto Perú el ejército de Castelli se hizo impopular porque no supo mantenerse con corrección en las iglesias. Los generales separatistas, a veces masones y areligiosos, para contrarrestar la propaganda realista proclamaban a la Virgen generala de sus ejércitos o le ofrendaban sus espadas o bastones de mando.*

*La historia militar de la independencia americana, investigada en todos sus rincones, encierra aún muchos misterios; pero muchos más encierra para los hispanoamericanos la génesis filosófica de la guerra civil. En Estados Unidos la filosofía de la revolución es bien conocida. Las ideas han sido seguidas a lo largo de su desarrollo, desde sus orígenes hasta el momento final. Nuestra guerra civil fué el resultado de choques de ideas y de psicologías. Durante la dominación española formamos una psicología particular, americana, diferente de la peninsular. Son conocidas las diferencias que existían entre los españoles, criollos, mestizos, mulatos, indios, negros y sus innumerables mezclas. Las rivalidades y violencias, entre unos y otros, por cuestiones personales, fueron continuas desde los primeros tiempos de la conquista. Estas diferencias psicológicas no siempre coincidían con las ideas políticas. Las audiencias, los virreyes, los gobernadores y los obispos eran absolutistas y pensaban de un modo muy diferente a los Cabildos, a gran parte del pueblo y del bajo clero. Es por estos motivos que la guerra civil empezó mucho antes de las fechas en que se produjeron los primeros cambios políticos y sonaron los primeros tiros. La guerra civil, que condujo a la in-*

*dependencia, empezó con las primeras discrepancias sobre el derecho divino de los reyes, los derechos del hombre y los modos de gobernar. Los intérpretes se dividieron por sí mismos en dos grandes bandos. Las autonomías provinciales chocaron con el centralismo peninsular. La oposición a la monarquía no se manifestó nunca en América durante la dominación española. Las cuestiones comerciales, con todas sus discrepancias y choques de intereses, eran problemas que tanto afectaban a los españoles como a los americanos. No llevaban los pensamientos más allá de un cambio de resolución en las altas esferas del gobierno. Nunca un permiso comercial negado hizo pensar en la independencia ni en la decapitación de un rey, sino en la firma de otro permiso. El caso de Lope de Aguirre, el Peregrino, es el caso de un pobre loco.*

*No puede negarse que las restricciones comerciales impuestas desde España hacían desear a los americanos un pleno liberalismo económico. Los partidarios de este liberalismo eran por igual absolutistas y demócratas. El afán del dinero unía a todos los políticos y unificaba todos los ideales. La cuestión comercial no se rozó, en ningún momento, con la interpretación de la soberanía, con la guerra civil y con la independencia. Fueron procesos diferentes y paralelos. La llamada representación de los hacendados, de Mariano Moreno, por ejemplo, no tiene ningún valor para mostrar los deseos de independencia o libertad del pueblo de Buenos Aires. Es un documento comparable a las representaciones de Antonio de León Pinelo o del Cabildo de Buenos Aires, cientos de años antes, en que se abogaba por una mayor facilidad comercial. No podemos seguir diciendo, como*

*tantas veces hemos repetido, que las causas económicas hicieron la independencia de América en general ni de ninguna parte en particular. Es conveniente, humilde y noble el rectificarse fundamentalmente cuando se cree haber alcanzado una nueva meta, la verdad. La independencia, en América, nació de ideales políticos que originaron una gran guerra civil.*

*La vida de los Cabildos refleja en gran parte las ideas de las ciudades. Entre las disposiciones de carácter edilicio, sanitario, policial, etcétera, se descubren los sentimientos del pueblo y sus ideas políticas. Son manifestaciones democráticas y liberales. El aspecto religioso tenía siempre un carácter oficial, de cumplimiento con las autoridades religiosas. Se trataba de dos poderes frente a frente que se mantenían las consideraciones obligadas. No obstante, con frecuencia, ocurrían choques por el privilegio de un asiento, de un almohadón o un lugar más visible en la procesión.*

*Cada tanto, un informe de algún letrado, presentado al Cabildo para resolver cualquier cuestión jurídica o de principios, muestra en la ciudad la presencia de espíritus cultos, fuertemente versados en el derecho civil y eclesiástico. Sabemos que en las ciudades americanas existían buenas bibliotecas y que los libros que se editaban en España pasaban al Nuevo Mundo. Había, pues, una educación jurídica de primer orden. Los abogados, como Moreno y tantos otros, que enardecieron la guerra civil hispano-americana, habían formado sus ideas en el más puro ambiente español. Algunos habían estudiado en España y faltaban de América desde niños. Las ideas*

*de libertad eran, por tanto, las mismas en España y en el Continente.*

*No conocemos las fuentes directas de las ideas de los pensadores hispanoamericanos por la sencilla razón que no nos hemos propuesto su estudio. Los historiadores de la imprenta se han limitado a traernos noticias sobre los instrumentos utilizados, el lugar en que se hallaban y las fechas en que funcionaban. Los bibliófilos, coleccionistas, etcétera, han descripto los libros por fuera, sin preocuparse, jamás, de dar una lectura a su interior, y los historiadores de la cultura se han limitado a anotar las cantidades de libros que pasaban a América o se imprimían en el Continente, por una parte, y a repetirnos nociones elementales sobre el desarrollo de la filosofía en Europa. Nunca la visión de conjunto y honda, en el Viejo y en el Nuevo Mundo simultáneamente; nunca el estudio, no de una filosofía mal conocida, sino de las ideas políticas y jurídicas. Una excepción —Ricardo Levene— único nombre que aquí mencionamos porque fué el único en comprender la importancia de las ideas jurídicas en la historia hispánica de América. Fuera de este ensayo, tinieblas y desorientación; copias y repeticiones de conceptos elementales y vacíos. Los autores más eruditos parecen ser los más huecos. Todo un panorama por llenar de vida.*

*No ha sido hecha la comparación de los ideales políticos que sustentaban las audiencias y los cabildos del Nuevo Mundo, y pocos han sido los críticos que han sabido distinguir el doble papel que representaban. Eran, en principio, instituciones antagónicas, enemigas. Las audiencias representaban, en el*

*siglo XVIII, el poder real y todas las doctrinas del derecho divino de los reyes: en una palabra: el absolutismo. Los cabildos eran los representantes del pueblo, del derecho natural del hombre: en otra palabra: de la democracia y de la libertad. Los conflictos entre audiencias y cabildos han sido comunes en América y los hubo en todas las ciudades en donde coincidieron. En estos conflictos hallábanse frente a frente las ideas absolutistas y las ideas liberales, encarnadas, por lo general, en peninsulares y criollos. Estas ideas, repetimos, no eran de importación reciente, sino tan antiguas como la historia de España. La llamada influencia de la revolución francesa hemos explicado en muchas oportunidades que no existió. Se conocieron sus hechos; pero las noticias no son influencias. Los defensores de los Derechos del hombre y del ciudadano no defendían tampoco la revolución, pues no compartían ni sus procedimientos ni su irreligiosidad ni otros de sus caracteres: defendían, lo cual es muy distinto, los principios contenidos en dichos derechos, antiquísimos, expuestos y sostenidos por innumerables autores españoles y europeos antes que los repitiese la Convención francesa. Más influencia tuvieron las mismas ideas liberales y democráticas llegadas desde Estados Unidos. Filadelfia fué, antes y después de la revolución francesa, un centro activísimo de propaganda revolucionaria en favor de los derechos naturales del hombre. La propaganda norteamericana llegó a un mismo tiempo a Sud América y a Europa. En Sud América se hizo sentir con una intensidad más atenuada; en Francia, unida a otras causas, produjo la revolución que terminó con las cabezas reales. Los casos prácticos muestran la verdad de estas afirma-*

ciones: en Colombia, Antonio Nariño estaba fuertemente imbuído de las doctrinas de los viejos juristas españoles y se hallaba en comunicación con amigos y revolucionarios de Filadelfia. Tradujo los Derechos del hombre, no por admiración a la revolución francesa, sino porque contenían los principios de libertad y democracia que tanto había leído en los juristas españoles y en los demócratas americanos. Al mismo tiempo tenía en su casa los bustos de Wáshington y Franklin y una abundante propaganda de Filadelfia. Los hechos históricos de Estados Unidos y de Francia eran un ejemplo y un estímulo; pero las ideas venían de antiguo, vivían en los Cabildos, se abrían paso en las obras jurídicas españolas, estaban en los Fueros vascos y no las ignoraba ningún conquistador. Fué la oposición absolutista de los llamados monarcas liberales españoles la que despertó ideales de libertad y democracia que antes habían constituido el espíritu general de España y de América. Cuando España fué liberal y democrática, la unidad nunca estuvo en peligro; en cambio, cuando surgió el absolutismo el imperio se derrumbó. La evolución política española en los tres siglos abundantes que se extendió su dominación en América ofrece unas características especialísimas que sólo ha entendido un historiador inglés: Cecil Jane. En el siglo XVI, tan calumniado por propios y extraños, brilló en España la más pura libertad y democracia.

Los llamados reyes absolutistas nada podían hacer sin el consentimiento del pueblo representado en las Cortes. La inquisición era un tribunal de moralidad pública y una policía que aseguraba la unidad política del estado. Cuando la inquisición perdió su

*razón de ser, se desnaturalizó y su fuerza fué aplicada a perseguir el pensamiento, hízose un arma odiosa al servicio de los absolutistas. España debe a los Borbones y a sus innovaciones la pérdida del Nuevo Mundo. No comprendieron a España y fueron unos verdaderos antiespañoles. España dejó de parecer España a los hispanoamericanos. España se desespañolizó y América siguió tan española como siempre. Jane ha comprendido como la libertad en América era real bajo los Habsburgos y teórica bajo los Borbones, y como el absolutismo era teórico bajo los Habsburgos y real bajo los Borbones. Con los cambios políticos sufridos en España, los verdaderos españoles vinieron a ser los americanos, y los no españoles, los peninsulares.*

*La América Hispana fué individualista y democrática en el siglo XVI. Mientras la América del Norte iba conquistando este individualismo que nunca había tenido, la del Sud lo iba perdiendo y sólo ganaba en descontento y en deseo de fortificar su libertad. Llegó un instante en que la América Hispana perdió el recuerdo de sus viejas y gloriosas democracia y libertad. La prédica extranjera hizo creer a españoles y americanos que España siempre había sido despótica y contraria a la libertad. Por ello, en la época de la independencia se escribieron tantos errores y tantas calumnias sobre el pasado de España y América.*

*En Norte América, durante todo el siglo XVIII, los trabajadores recién llegados de Inglaterra, Escocia e Irlanda, eran vendidos o alquilados por particulares a otros particulares. En la América Hispana nunca se conocieron estas vergüenzas. Los inmigran-*



*tes españoles, primero, y de otros países, después, eran hombres libres que venían a trabajar a tierras libres o huían de países donde la libertad era perseguida. Todos amaban la libertad: por venir en busca de ella o por haberla siempre disfrutado. La libertad, en Norte América, nació, entre otras causas, del odio a los ricos de las clases miserables, de los trabajadores blancos vendidos como esclavos. En la América Hispana surgió de ideales políticos, del derecho y de la historia.*

*No sabemos, en Sud América, cuánto los campos han contribuido al ideal de la libertad e independencia. Los gauchos no tenían más ideas que las de vivir como holgazanes, lejos de la justicia y civilización. Seres errantes e incultos, su influencia no se dejó sentir en absoluto ni en la política ni en el derecho ni en la vida ciudadana. Los paisanos, dueños de estancias, etcétera, respondían a las autoridades u hombres de acción de las ciudades. Por otra parte, no todas las regiones de la América Hispana reaccionaron del mismo modo en la guerra civil de absolutistas y liberales. Unas se alzaron entusiastas y otras se movieron tardías, arrastradas a la lucha. El hecho se debe a intereses y a ambientes diferentes. Buenos Aires quiso gobernarse a si mismo. Durante siglos fué la fuerza que unió, con su comercio, a todo el país argentino. Desde sus orígenes hasta la actualidad, pasando a través de la independencia, de la anarquía, de la tiranía y de la organización, ha vivido en Buenos Aires un mismo ideal de superación constante de democracia y libertad. Sus pobladores y la mayoría de sus gobernantes —exceptuando algunos gobernadores y virreyes de la época colonial y Rosas en el período independiente— lucharon siempre por una*

*Buenos Aires cada vez mayor y en contacto íntimo con Europa. El interior de América fué el ideal de los primeros hombres de la independencia. Los caudillos, con su aislamiento, rompieron este ideal y Buenos Aires se vió forzado a volver los ojos hacia el Océano. Era la tradición de toda su vida, su destino, su fuerza. Buenos Aires siguió siendo, así, la ciudad envidiada y, simultáneamente, la ciudad imprescindible. El Paraguay tuvo el firme propósito de gobernarse a si mismo y se aisló de todo contacto con el exterior. Otros países alcanzaron la libertad porque alguien se la consiguió. Las clases que existían en América fueron creando una concepción práctica de la igualdad, una perfecta democracia política y sociológica. Las leyes españolas contribuyeron grandemente a esta nivelación. El viejo liberalismo español se irguió contra el sistema de castas aristocráticas que crearon los nuevos métodos de los Borbones. El deseo inconsciente de republicanismo se hizo así cada vez más fuerte. Había un individualismo heredado de los conquistadores del siglo XVI que no se avenía con el imperialismo de los monarcas absolutistas de escuela francesa. Los cambios introducidos por los reyes autócratas hicieron resurgir viejos ideales que se fueron imponiendo con los métodos y las concepciones de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La libertad y la democracia fueron buscadas por medio de logias, de conspiraciones, de ataques políticos, discusiones históricas y fundamentos jurídicos. Las formas de lucha parecieron —y pronto se llamaron— revolucionarias. Los ideales, en cambio, eran españoles y antiguos. En esta lucha, la clase media y burguesa fué la que dió mayores elementos para el triunfo, la que obtuvo más venta-*

*jas y se impuso. El pueblo bajo no perdió nada, salvo hombres de pelea, y muchos lograron alzarse en la sociedad. Los aristócratas, como en todos los cambios políticos, salieron perdiendo. En la Argentina, Liniers y compañeros fueron las primeras víctimas de la guerra civil. Alzaga fué fusilado por intentar apoderarse del gobierno. Saavedra fué expulsado. Rivadavia saltó al ostracismo. E idénticos hechos ocurrieron en otras partes de América hasta que, para seguir con el ejemplo argentino, subieron a un primer plano los caudillos populares, como Rosas, que pronto se transformaron en tiranos. La única concepción revolucionaria fué la de los unitarios, que pensaron crear una nación moderna, unida y fuerte. Los federales podían argüir el ejemplo de Estados Unidos; pero en realidad, con él, sólo aspiraban a mantener el único orden de cosas entonces existente. No deseaban ni concebían una verdadera nación, sino el mantenimiento de las autonomías y aislacionismos coloniales. Cada provincia federal era una enemiga de la República nueva, de la Patria unida. Todos los esfuerzos de Artigas no tuvieron otro fin que el de conservar el Uruguay con la autonomía que de hecho siempre había tenido. El Paraguay no quiso cambiar, jamás, ni los límites ni la jurisdicción de su intendencia, de su obispado, de su antigua gobernación. Cada caudillo localista era un alma colonial y absolutista que miraba con horror la organización de un estado auténtico y no tenía otra ilusión que la de mantener sus privilegios y su pequeña jurisdicción. Rosas, en la Argentina, es el ejemplo más conocido de este antinacionalismo y antiestadismo.*

*El despotismo que en el siglo XVIII los monarcas españoles hicieron sentir en Centro y Sud Amé-*

rica, lo aplicaron también los reyes de Gran Bretaña en los siglos XVII y XVIII sobre sus colonias de Norte América. Según algunos funcionarios, los colonos de Boston podían estar contentos de no ser vendidos como esclavos. En 1679 se afirmó que los ciudadanos ingleses no tenían ningún derecho a comentar los actos del gobierno ni para elogiarlos ni para censurarlos.

Las teorías del derecho natural del hombre llegaron a Norte América con Pufendorf a John Wise. Locke fué, más tarde, el gran inspirador de los revolucionarios norteamericanos. Fué el defensor de los derechos naturales del hombre en contra del derecho divino de los reyes. Los revolucionarios lo desenterraron para repetir sus máximas. Con él revivió un pensamiento político tan antiguo como la Edad Media. Este pensamiento era el único que convenía a la autonomía en que realmente habían vivido las colonias. Igual situación de hecho e idénticas normas políticas encontráronse en la América Hispana. En todo el Continente agonizó la teoría del derecho divino. El individualismo de los colonos contribuyó a esta decadencia de un principio que en Europa siguió hallando muchos defensores. El periodismo, tanto en la América inglesa como en la española, fué una tribuna para todas las ideas y, en especial, un conductor admirable de pensamientos en pro de la democracia y libertad. Más debe la independencia al periodismo que a muchos generales. No hubo en la América Hispana una literatura que diera inspiraciones en la guerra civil. Los periódicos eran las lecturas más accesibles y vivificaron fundamentalmente las conciencias. Los boletines con las noticias de las conquistas de Napoleón y los sucesos de España produ-

jeron los grandes cambios políticos y crearon las juntas de gobierno. El periodismo tuvo, en este sentido, en Hispanoamérica, una influencia inmensa. Cientos de folletos —en general reimpressiones hechas por la imprenta de Niños Expósitos— levantaron un fuerte odio contra los ingleses, a raíz de las invasiones, y luego se vieron obligados a cambiar de táctica cuando España se alió a Inglaterra en contra de Napoleón. Estos opúsculos fueron también anticlericales y crearon una conciencia religiosa en gran número de personas.

La psicología de los americanos fué cambiando sensiblemente con el correr de los años. Hay en ellos ideas comunes y antiguas, que perduran invariables a través del tiempo; pero mil rasgos adquieren formas distintas, y el americano del siglo XVI no es el americano del siglo XVII ni, menos, del siglo XVIII. Las calumnias contra España, nacidas en el extranjero, parecieron ciertas a los hispanoamericanos del siglo XVIII cuando el absolutismo de los Borbones pesó sobre ellos como nunca había pesado. Fué la deshispanización de España la que produjo la reacción americana. América, conservadora y tradicional, siguió manteniendo la vieja alma española cuando España la había substituído por otra. Los hispanoamericanos que luchaban por la libertad defendían lo que siempre habían tenido y desde medio siglo estaban perdiendo cada vez más. Revolucionario no es quien mantiene el orden establecido sino quien va en contra de ese orden. La revolución no la hicieron, por tanto, los llamados revolucionarios de la independencia hispanoamericana. La hicieron los absolutistas Borbones introduciendo el concepto del derecho divino donde siempre se había respetado el de-

*recho natural del hombre. Cuando el absolutismo estuvo instaurado, los que pretendían volver al liberalismo fueron mirados como revolucionarios. Los hombres de la gran guerra civil no tenían más ilusiones, en el futuro, que reconquistar la democracia y la libertad perdidas. Cuando la guerra civil trajo, como resultado, la independencia, surgieron los herederos del despotismo y del absolutismo vencidos: los grandes y pequeños caudillos que tiranizaron naciones, provincias y ciudades. Los déspotas del Paraguay, Rosas y tantos otros caudillos y tiranuelos, fueron simples herederos del absolutismo borbónico, continuadores inconscientes del derecho divino de los reyes sobre sus personas, con la pompa, la autoridad y el misterio de los remotos monarcas orientales.*

*Las revoluciones las hacen los anacrónicos, con saltos hacia atrás, o los futuristas, con saltos hacia adelante. En América tenemos ejemplos de ambos estilos en abundancia. No todas las llamadas revoluciones son siempre revoluciones. Por lo general, las que se precian de serlo no pasan de aglomeraciones callejeras o golpes de cuartel. Las grandes revoluciones son las que se hacen en silencio. Carlos III revolucionó España y América implantando el absolutismo liberal. Rosas revolucionó la Argentina retrogradando el país a las épocas más intolerantes de la colonia. La verdadera revolución francesa no fué la del 1789, sino la que, en pocos años, hizo Napoleón. La llamada revolución hispanoamericana no fué revolución cuando empezó, sino cuando terminó. Comenzó siendo guerra civil y terminó siendo anarquía. Los hombres de la anarquía americana fueron todos españoles, nacidos durante el período hispánico y nutridos con las ideas de la colonia. Los hombres*



que aplastaron la anarquía y organizaron los países nacieron después de la guerra civil. Hay, pues, diferencias fundamentales entre los hombres de un período histórico y los de otro período histórico.

América era un todo con España. Los hispano-americanos habían conquistado iguales derechos que los hispanopeninsulares. Los criollos del siglo XVIII y principios del XIX no tenían razones para considerarse inferiores a los españoles de España. Sólo los diferenciaban sus ideas. Los descendientes de europeos no españoles eran muchos en España; pero muchos más en América. Estos hombres, hijos o nietos de italianos, franceses, etcétera, tenían ideas claras y definidas de la democracia, de los derechos naturales del hombre y de la libertad. Basta echar una ojeada a las actas del Cabildo de Buenos Aires para ver cómo abundan los apellidos no españoles y cómo todos ellos tuvieron una gran influencia en la guerra civil y en los sucesos posteriores.

Samuel Adams sostenía que el pueblo y sus representantes podían resistir "el ejercicio abusivo de las prerrogativas legales y constitucionales de la corona" y que "cuando se den órdenes cuyo cumplimiento sea perjudicial para el pueblo no existe la obligación de cumplirlas". El pueblo debía resolver sus propios asuntos. Estos ideales eran exactamente los mismos que sostenían los comuneros del Paraguay en el mismo siglo. Adams dió a esta doctrina, que ya habían difundido los whigs, un significado democrático. En el Paraguay la combatieron los jesuitas que sostenían principios absolutistas, y las autoridades españolas igualmente absolutistas.

Las ideas absolutistas de los Borbones se reflejan en la política con el centralismo que impusieron a



*las gobernaciones americanas. Estas habíanse gobernado autonomicamente en el siglo XVI con sus gobernadores, a menudo americanos, compenetrados a fondo de los problemas y de las necesidades locales. La autoridad real era algo lejano y casi místico que no se hacía sentir en forma directa sobre los pobladores. Cada gobernador daba ordenanzas especiales para el gobierno de los indios y de los mismos españoles. La vida colonial de los primeros tiempos era democrática y libre. Los tenientes de gobernadores gobernaban como caudillos en las ciudades de segundo orden. Estas ciudades rara vez eran visitadas por los gobernadores. Muchos cumplían íntegramente su gobierno sin haber recorrido una sola vez su gobernación. Los localismos se hicieron agudos durante la colonia y adquirieron todas las características que después de 1810 definieron los localismos de las nuevas repúblicas independientes. Los Borbones quisieron destruir este estado de cosas uniendo toda la vida colonial, hasta entonces dividida en incontables autonomías locales, a un centralismo virreinal y peninsular que contrarió hábitos y sistemas bien arraigados.*

*Las ideas políticas y económicas de Gran Bretaña y de España en el siglo XVIII hicieron comprender las ventajas del estado mínimo, con una autoridad reducida a lo indispensable. El estado, según los fisiócratas, no debía intervenir en cuestiones ajenas a sus fines y debía dejar que la economía, fuese la base del poder político. La riqueza no puede nacer, de ningún modo, de la tutela del estado, sino de las iniciativas y trabajos individuales. La política debe obedecer a la economía y no la economía a la política. Los estados absolutistas o centralizadores son*

*contrarios a este sistema. Las ideas liberales del siglo XVIII fueron en contra de toda tutela paternal o superior y quisieron dejar a los ciudadanos una plena libertad de acción, de trabajo y de pensamiento. Estas ideas circularon ampliamente de Norte a Sud América y prepararon tanto los ideales de la revolución norteamericana como de la guerra civil en Hispanoamérica. Si la historia es realmente pensamiento, no puede negarse que Norte y Sud América tienen una historia común, porque sus ideales y sus resultados históricos fueron no sólo comparables sino semejantes. En Norte América estas ideas liberales fomentaron, después de la independencia, el aumento del capitalismo. En Sud América fueron una fuerza más en contra del centralismo y despotismo de los Borbones.*

*Nunca pensó América con un cerebro más español que en los años de su independencia política. Sus ideales de libertad tenían hondas raíces españolas. Los gustos literarios eran en su mayoría españoles y en una mínima parte extranjeros. La literatura americana del período hispánico es de origen, influencia y carácter puramente españoles. Rudolf Grossmann, de la Universidad de Hamburgo, ha estudiado las tendencias del drama español en la América española llegando a la conclusión de que la influencia espiritual de la Madre Patria fué, en la época de la independencia, "mayor que nunca en el período colonial". Agrega: "Jamás se ha presentado una prueba más brillante de que la separación entre la madre patria y sus colonias tuvo causas externas, políticas y económicas, y no motivos internos e instintivos, que la constituida por la aparición espontánea de una literatura orientada en sentido puramen-*

*te español, en la América recién libertada". En efecto: las tendencias españolas de los afrancesados y de los nacionalistas se continuaban de un modo exacto en América. Todo cuanto se representaba en España se representaba en América. En Lima, en 1710, Pedro de Peralta traducía a Moliere, y en 1740, Olavide tradujo a Voltaire. En 1789, Labardén escribió un drama clasicista afrancesado con un argumento de la tierra: Siripo. Era la modalidad de los dramaturgos españoles: patrióticos, nacionalistas, en los argumentos y sentimientos, y afrancesados en la forma. El Perú hizo resurgir la comedia española de costumbres a los pocos años de la independencia. El alma de América no dejó nunca de ser alma española.*

*La literatura es el espejo más fiel que tienen el pueblo, la política y las necesidades del pueblo. Nunca se equivoca. Una literatura —la del Viejo Testamento— predijo el nacimiento de Cristo. Otra literatura anunció la unidad de Italia. Otra literatura reflejó en el futuro la convulsión rusa. Otra literatura describió en sus detalles lo que sería la última revolución española. La literatura de los proscriptos, en el Río de la Plata, sentenció y ejecutó a Rosas. Cuando una literatura predice un acontecimiento social o político es porque ese acontecimiento ya está definido y comienza a madurar. En la América Hispana, antes de 1810, ninguna literatura aludió a la posible independencia. Se habló, en cambio, de los derechos del hombre, del pueblo, y del aborrecido despotismo. Los ideales —de religión, de nacionalidad, de política, etcétera— constituyen una patria más fuerte que las fronteras geográficas. En Hispanoamérica no hubo más oposición de ideales que los de la libertad y del absolutismo. La patria es un fin. El hombre lu-*

*cha para sí. La patria debe encerrar los esfuerzos de todos los que tienen un fin común. Lo que va en contra del fin común y de la justicia común va en contra de la patria. El choque del liberalismo y del absolutismo produjo dos fines que terminaron por crear dos patrias: una absolutista y otra liberal.*

*Una sola fué la causa de la guerra civil en España y en América. Ello explica porque en los puntos más alejados se produjeron, a un mismo tiempo, sin ninguna influencia recíproca, hechos análogos. El 19 de abril de 1810 Caracas proclamó su autogobierno. Un mes y días más tarde, el 25 de mayo, Buenos Aires hizo lo mismo. Al final de ese año, la Gaceta de Buenos Aires dejó bien claro que el movimiento de Caracas sólo aspiraba a un cambio en la política y no reconocía influencias extrañas, como las de la revolución francesa: "Si viéramos empezar aquella revolución proclamando principios de exagerada libertad, teorías impracticables de igualdad como las de la revolución francesa, desconfiaríamos de las rectas intenciones de los promovedores, y creeríamos el movimiento efecto de un partido y no del convencimiento práctico de todo el pueblo sobre la necesidad de una mudanza política". Quienes aún ven la guerra civil americana como una imitación o eco de la revolución francesa tendrán que admitir estas declaraciones como una réplica ilevantable. Los principios de la revolución francesa —la bondad natural de los hombres, la libertad, la igualdad y la fraternidad como objetos de la sociedad, y la razón como medio para llegar al bien social— no se encuentran en ningún propósito de la guerra civil hispanoamericana, ni en ningún ideal posterior, salvo la libertad,*

*inherente al derecho natural del hombre. La revolución francesa dividió las opiniones en Estados Unidos. En la América Hispana fué conocida y aborrecida en una forma unánime. Sólo en Santo Domingo obtuvo algún eco entre los esclavos negros. En otras partes interesaron los derechos del hombre, no por ser una declaración de la revolución francesa —copia casi idéntica de la Constitución de los Estados Unidos,— sino por ser la esencia de una doctrina antigua, católica y española. En Estados Unidos la revolución francesa enterró para siempre las ideas monárquicas y fué un freno para la naciente aristocracia. El nombre y el concepto de democracia se dignificaron y popularizaron. La guerra entre Inglaterra y Francia dividió aún más las opiniones. Unos fueron partidarios de Inglaterra y otros de Francia, o sea, de la democracia. En la América Hispana, repetimos, la revolución francesa fué desaprobada en forma unánime. .*

*La misma Gaceta de Buenos Aires explica que los supuestos revolucionarios hispanoamericanos sólo imitaban a los patriotas españoles de la Península en su lucha contra Napoleón: "Pero al ver que sólo tratan de mirar por su seguridad y de hacer lo que todos los pueblos de España han puesto en práctica, esto es formar un gobierno interino, durante la ausencia del monarca, o en tanto no se establezca la monarquía sobre nuevas y legítimas bases, nos parece ver en el movimiento de Caracas los primeros pasos del establecimiento del imperio que ha de heredar la gloria, el saber y la felicidad del que está por perecer en el Continente de Europa a manos de un despotismo bárbaro".*

*Las Juntas de gobierno, en efecto, nacieron en*

*España y se reprodujeron en América. Cada una tenía por fin gobernar su ciudad o su provincia mientras durase la prisión de Fernando VII y no se reorganizase la nación. La independencia de Caracas era considerada una medida provisional y el redactor de la Gaceta de Buenos Aires no dudaba de que un mismo espíritu de colaboración y de amor unía a los liberales de España y de América en contra de los absolutistas de la Península y las fuerzas de Napoleón: “¿Más que va a ser de la España si se separan de ella las Américas? Jamás podemos creer que las Américas, aun cuando todas siguieran el ejemplo de Caracas, se olvidarán de los que en España pelean gloriosamente contra la opresión extranjera. La proclama de Venezuela respira amor a los españoles: éste es inextinguible en los americanos. Las Américas, libres del yugo en que se las ha querido y quiere tener tan imprudentemente todavía, serán infinitamente más poderosas para mandar socorros a España, y los americanos no necesitarán de dependientes del fisco para auxiliar abundantemente a sus infelices compatriotas de Europa”.*

*La unión de los hispanoamericanos liberales en contra de los absolutistas también hispanoamericanos es innegable. Manuel Moreno lo dice en una carta a López Méndez del 18 de agosto de 1811: “Caracas y Buenos Aires han sido las primeras que han levantado el estandarte de la reforma y tienen sin disputa el honor de haber sido las más discretas en conocer su riesgo, y las más animosas en adoptar los medios de prevenirlo. Casi a un mismo tiempo se les vió desterrar de su suelo al despotismo y erigir un Gobierno propio, capaz de conducirlos a la felicidad”. Tampoco pueden discutirse otros principios y*



*fines de la guerra civil hispanoamericana. Los liberales, partidarios de los derechos naturales del hombre, además de declararse, abiertamente, contrarios al despotismo de Fernando VII, afirmaban que los pueblos debían recuperar sus derechos usurpados y no dejarse dominar por unos absolutistas lejanos. Independencia significaba dar al pueblo lo que era del pueblo a fin de que pudiese decidir su propio destino. Esta interpretación consta, por ejemplo, en el borrador que el Gobierno de Buenos Aires preparó el 14 de marzo de 1812 con el objeto de declarar el reconocimiento de la independencia venezolana: "Este acontecimiento extraordinario hará una época brillante en la historia de la revolución americana, y cuando las demás provincias, cansadas de sufrir la opresión del despotismo y la injusticia de envejecidas preocupaciones, imiten varonilmente el noble ejemplo de Venezuela, despreciando las miradas amenazantes con que un pequeño resto de tiranos imbéciles pretende insultarlas en los últimos momentos de su existencia, nadie podrá disputar a la antigua Caracas la gloria de haber sido el primer pueblo de la América Española que supo recobrar con energía la verdadera propiedad de sus derechos usurpados. Conquistada la Península por las armas francesas, cautivo el rey y nulas las esperanzas de que vuelva al trono de sus mayores, nadie, sino la ambición, puede oponerse a la independencia de los pueblos americanos, y el que desconozca la justicia de esta empresa es un enemigo de su libertad".*

*En 1800, Estados Unidos habían olvidado las viejas disputas teológicas, las discusiones de política pura, las vacilaciones para aprobar la Constitu-*



*ción, las diferencias de clases y castas, etcétera, y la economía libre era la base de la grandeza del estado y de los principios liberales. El agrarismo sencillo y aristocrático empezó a ser substituído por el industrialismo y el capitalismo. En la América Hispana, y especialmente en el Río de la Plata, las invasiones inglesas fueron el primer impulso y sacudimiento que recibió el virreinato en el siglo XIX. Hasta entonces el siglo XVIII se había prolongado tranquilo con ánimo de repetirse en el siglo siguiente. Las invasiones inglesas en Buenos Aires, con repercusión en Chile, Perú y otras partes, y luego los triunfos de Napoleón forjaron una nueva mentalidad política e histórica.*

*La creación de las repúblicas hispanoamericanas se hizo por una simple acta. No fué preciso construirlas ni fijar sus límites. Ya estaban hechas y tenían sus límites definidos desde siglos. Pasaron de la colonia, o sea, del dominio hispano, a la independencia, sin el menor esfuerzo espiritual y sin ninguna alteración territorial. El Paraguay, por ejemplo, no disparó un tiro para lograr su independencia y en cambio combatió contra los argentinos que iban a llevarle la libertad. Esta libertad, para el Paraguay, era la sujeción de sus derechos y de su autonomía por un gobierno situado a cientos de leguas y del cual había sido separado, de hecho y de derecho, desde el 1617. Las guerras sangrientas fueron de los viejos liberales hispanoamericanos en contra de los modernos absolutistas afrancesados. Cada nación se erigió sobre los límites que más estrechamente circunscribían su nacionalidad. No es cierto que las audiencias hayan servido de base, con sus límites, a las nue-*

*vas repúblicas. Las audiencias nacieron como tribunales de justicia. Sólo podían gobernar, interinamente, en caso de morir el virrey. El Presidente de la audiencia podía ser gobernador; pero ni los oidores podían intervenir en los asuntos de gobierno ni el presidente en los de justicia. Los virreyes tampoco podían mezclarse en las cuestiones judiciales. Las funciones gubernativas correspondían a los virreyes y gobernadores. Cuando las audiencias pretendían mezclarse en asuntos de gobierno el rey las amonestaba. La real audiencia de Guatemala dió origen a las repúblicas de Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua y Costa Rica. El virreinato del Perú, con dos audiencias —la de Lima y la del Cuzco— no se dividió; pero el virreinato del Río de la Plata, con las audiencias de Buenos Aires y de Charcas, formó las repúblicas de Bolivia, de la Argentina, del Paraguay y del Uruguay. La Argentina y el Paraguay tomaron como límites los de sus intendencias y obispados. El Uruguay fué una faja de tierra que se desprendió después de la independencia de todas las otras naciones por la política de Gran Bretaña. Lo mismo ocurrió con Panamá, que debe su independencia al espíritu de sus habitantes y a la acción de Estados Unidos.*

*En cada país hay muchos subpaíses. En la Argentina hay tantas Argentinas como regiones naturales y étnicas. El localismo fomentado por Rosas estuvo a punto de crear una serie, históricamente lógica, de republiquetas independientes. Fué la oposición a Rosas lo que dió unidad a la Argentina. El espíritu federal, localista, aislacionista, está en oposición, en toda América, al espíritu unitario, integralista. Ambos espíritus son perfectamente españoles.*

*Uno es el fuerismo vasco, el conocido localismo español; el otro, el sistema administrativo, gubernamental. Por ello la lucha entre caudillos localistas, que combatían por sus intereses, y hombres de estado que pensaban en la grandeza de la nación. Alberdi refiere que su padre se inclinó a los liberales que se oponían a los absolutistas, en la guerra civil llamada de la independencia, porque sus ideales coincidían "con su instinto vascongado de la autonomía local". Sarmiento vió en la misma guerra civil el espíritu del "individualismo vasco". Federalismo fué, en realidad, provincialismo. Los intereses y rivalidades de las provincias estimularon el federalismo. El federalismo y el caudillismo existían en América antes de 1810 y eran regímenes y sentimientos de procedencia española. Federalismo es división y división significa contentar a muchos. En un estado federal las revoluciones difícilmente serán nacionales y a lo sumo quedarán relegadas a una provincia o a una región. Esto parece enseñar la teoría. La práctica, en cambio, es muy diferente. Estados Unidos, país confederado, tuvo una larga guerra de secesión. La federación argentina ardió en guerras civiles. Los estados unidos del Brasil se han visto a menudo en el peligro de subdividirse.*

*El viejo espíritu unitario, integralista, español, ha luchado siempre, después de 1810, por reconstruir los antiguos límites coloniales y revivir las viejas fuerzas administrativas españolas. El emperador Iturbide unió Guatemala a México. Bolívar quiso reconstruir el virreinato de Nueva Granada con la Gran Colombia formada por Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá. A Rosas se ha atribuído, injustamente, el proyecto de reconstruir el virreinato del*

*Río de la Plata. El Mariscal Santa Cruz unió Bolivia y el Perú. Muchos políticos peruanos han pensado en la conveniencia de revivir el virreinato del Perú uniendo el Perú, Bolivia y el Ecuador.*

*Las cuestiones de límites dividieron, con episodios sangrientos (no olvidemos Pizarro y Almagro) las gobernaciones de la colonia como si las gobernaciones fueran verdaderos estados independientes o repúblicas modernas. Después de 1810, las mismas cuestiones de límites dividieron a las repúblicas como si fueran las viejas gobernaciones. En estos problemas, la separación de España nunca existió.*

*La forma de gobierno fué el primer problema que se presentó a los hombres que declararon la independencia. Fué un gran instante de perplejidad. Habían hecho algo que no imaginaban hacer. Tenían un destino en sus manos y no sabían cómo iniciarlo. El ejemplo republicano de Estados Unidos era muy fuerte. La monarquía constitucional ofrecía también sus ventajas. Los planes de coronar a un príncipe europeo o al descendiente de un inca eran utópicos, impracticables, antipopulares y antiamericanos. Los teóricos de la independencia eran lectores de la Enciclopedia francesa y de las principales obras políticas de su tiempo. La república se impuso en unas regiones de hecho y en otras de derecho. En la Argentina fué de hecho, puesto que el Congreso de Tucumán declaró que si no se consultaba al pueblo no se podía resolver ese punto. Tanto en Norte América como en Sud América las ideas políticas de origen europeo tomaron rumbos propios y llegaron a diferenciarse profundamente de sus primeras formas. Por ello el republicanismo liberal y democrático de los estados americanos. Por ello, también, las vaci-*

*laciones de las naciones europeas en reconocer a los nuevos estados americanos. Las cortes aristocráticas y absolutistas no estaban dispuestas a reconocer gobiernos que sustentaban principios diametralmente opuestos a los suyos. Además, los pactos de familia, de reyes despóticos, impedían los reconocimientos aislados. El zar de Rusia, por su parte, quiso convencer a la Santa Alianza que los liberales americanos eran enemigos de la religión cristiana. Inglaterra y Portugal fueron los únicos países que, por odio a España, reconocieron a las naciones independientes del Nuevo Mundo. La pérdida de las colonias norteamericanas hacía desear a Inglaterra que también se deshiciese el imperio español americano.*

*Toda América, después de la independencia, cayó en la anarquía y en las dictaduras. No hay país hispanoamericano que pueda excluirse de esta ley. Rosas, en la Argentina, no es un caso singular, como no lo es ningún otro caudillo de las nacientes repúblicas americanas. Si se endiosa, por razones políticas, a uno de estos tiranuelos, hay, por la misma razón, que hacer otro tanto con los demás. Ninguno escapa a las características vulgares de los dictadores surgidos de revoluciones y desórdenes. Todos tienen el mismo principio, la misma vida y, más o menos, el mismo fin. Cuando la anarquía cunde y generales y políticos se disputan el poder, es una regla que todos ellos terminen por ser desplazados y en su lugar se levante un dictador. Dictador y caudillo son muy diferentes. Los caudillos son provincialistas, localistas. Los dictadores representan el papel de hombres de estado. Unos y otros son nacionalistas engañados porque creen tener siempre, detrás de sí, la mayoría*

*mientras que, en cambio, sólo tienen una minoría. Caudillos hubo muchos en América; dictadores, muy pocos: tal vez ninguno. No obstante, no hay un caudillo, provincial o nacional, que no se aplique el nombre de dictador. En América, los caudillos han creído suya la tierra de su patria o su provincia y han gobernado a sus pueblos como a tribus o a ejércitos de peones. En la Argentina los caudillos hicieron la anarquía y la estabilizaron durante todo el tiempo que duró Rosas. En otras palabras: Rosas duró todo el tiempo que duraron los caudillos. Los caudillos fueron egoístas con el pueblo. Quisieron protegerlo, paternalmente, y, al mismo tiempo, lo relegaron a una condición de inservible o menor de edad, sólo útil, con su sumisión, para mantenerlos indefinidamente en el poder. Los caudillos no quisieron ni elecciones ni libertad para no hacer peligrar su posición. Quisieron mansedumbre, servilismo y silencio. El pueblo fué siempre despreciado por los caudillos. No hubo un caudillo que juzgase, jamás, al pueblo ser digno de regir su destino. A juicio de Rosas, el pueblo nunca estaba maduro para decidir su forma de gobierno y vivir de acuerdo con una Constitución. Los insultos que, en innumerables formas, los pueblos han recibido de los caudillos llenaría no pocos volúmenes.*

*Estados Unidos tuvo la suerte de no tener caudillos. En otras palabras: no tuvo hombres que subordinaran los intereses del pueblo a sus ambiciones en una forma tan amplia que impidieran el desarrollo de la nación. Por ello sus estados se fueron uniendo del Atlántico al Pacífico y del Canadá a México. En Hispanoamérica los caudillos impidieron esta unión. El estudio de sus ideas políticas lo mues-*



*tra en forma innegable. Con la excusa de defender a los pueblos los dividieron en naciones absurdas. Los caudillos hicieron de sus ambiciones las ambiciones del pueblo, y el pueblo luchó por las ideas y las conveniencias de los caudillos creyendo que luchaba por su propia conveniencia. El pueblo, en la América Hispana, pocas veces supo lo que quiso, ni tuvo facultad para discernirlo ni pudo votarlo aunque lo hubiese sabido. Cuando habló, cuando expuso su sentir en votaciones que rara vez fueron libres, habló como el eco de la voz del dueño. Por ello no somos lo que habríamos podido ser, lo que fuimos durante la colonia y lo que son los Estados Unidos. Tres siglos vivimos en la colonia en plena paz, sin más inquietudes que alguna diferencia de límites y protestas locales por un precio alto o un permiso comercial. Rara vez tuvimos cuestiones internas que dividiesen a los pueblos que ahora forman naciones vecinas y enemigas. Los problemas y necesidades que podían hacernos ansiar la independencia, lejos de dividirnos nos unían en un hermanazgo de ideales. El absolutismo borbónico sublevó las conciencias de España y de América y surgió la guerra civil. El final fué la segregación y la independencia. Representó, políticamente, la derrota de todos e, idealmente, el triunfo de los liberales y el hundimiento de los absolutistas. Triunfó, una vez más, como en Estados Unidos, como en Francia, el derecho natural del hombre sobre el derecho divino de los reyes. Pero las fuerzas históricas no se pierden y los problemas políticos espirituales de la colonia revivieron después de la independencia en cada región y en cada república. Los caudillos heredaron los sistemas aislacionistas y despóticos desde México a la Argentina y Chile. Cada*



*caudillo necesitó su escenario y su campo de acción. Los mayores quisieron una república; los menores se contentaron con una provincia y hasta con un pueblo y un barrio. Tenemos los ojos sobre el suelo, a nuestros pies, y no en el horizonte. Como caudillos nos hemos encerrado en ciudades circundadas por desiertos, en provincias despobladas y en naciones aisladas. Hemos creado barreras en homenaje a aislamientos que sólo protegen a un mandatario. La historia hizo de ciertos personalismos cultos nacionales y son innumerables los pueblos que combatieron por hombres y no por ideales o auténticas necesidades. Trazamos líneas-límites en el desierto; recortamos naciones de un Continente que era una sola extensión; quisimos romper con los moldes de la colonia y heredamos desde sus divisiones administrativas hasta sus modalidades espirituales. En vez de mantener la paz colonial, convertimos las antiguas gobernaciones en estados enemigos. Hoy vivimos nuestro destino con una inmensa satisfacción histórica y nacional: en el gran drama de la guerra civil hispanoamericana hemos conquistado la libertad. Ella fué el ideal y antorcha de la lucha y hoy es el símbolo de nuestra Patria.*



# **Memorias del Brigadier General TOMAS DE IRIARTE**

**(1816)**

## **CAPITULO I**

### **RUMBO A AMERICA**

Los primeros días de la navegación fueron felices y agradables: y las atenciones recíprocas de tantos individuos reunidos por primera vez para vivir en familia contribuían no poco a hacer más soportable las penalidades de un viaje tan largo.

Los alojamientos se distribuyeron según las graduaciones. Valdés, Toro, Pasos y yo fuimos alojados en la cámara alta, por ser los de más graduación, los demás oficiales se distribuyeron en la batería y antecámara de Santa Bárbara. El General La Serna se alojó en la cámara del Comandante, ambos comían solos.

La mesa de los oficiales compuesta de 26 cubiertos estaba abundantemente servida. Contribuíamos cada uno con cien pesos fuertes, cuya cantidad empleada en víveres y unida a la ración de armada, era más que suficiente para proporcionarnos un buen trato.

A los ocho días de nuestra salida de Cádiz descubrimos el famoso pico de Tenerife, una de las Islas Canarias: era la segunda vez que yo veía esta elevación de tierra, una de las mayores del globo, de la que daré de paso una ligera noticia geográfica.

El celebrado Pico de Tenerife o de Teide se eleva a más de 13.000 pies sobre el nivel del mar. Aunque la cresta parece que acaba en punta, es sin embargo llana en la extensión de 6.000 varas cuadradas, en cuyo centro está el cráter de un volcán, que frecuentemente arroja llamas y materias inflamadas con tal violencia que conmueve toda la isla. Constantemente despidе humo: pero la última erupción que tuvo lugar en 1704, destruyó el puerto de Guarrachico cegándolo con su lava.

Pasamos a distancia de dos leguas del puerto. Los oficiales de marina nos hicieron entender que iba a hacerse una señal para que la capitanía del puerto mandase a bordo su falúa, y que era una bella oportunidad para escribir a Europa. Instantáneamente todos tomamos la pluma: habíamos cerrado nuestras cartas, pero la falúa no se presentó a pesar de haberse disparado un cañonazo: sabían muy bien los marinos que así había de suceder: ellos sin duda formaron el plan de apoderarse de nuestras cartas, calculando que habría muchas amorosas, para hacer una farsa y costear la diversión; pero fuimos bastantes sagaces para no entregarlas antes de tiempo, y por vía de diversión las embotellamos y fueron al agua. No es imposible que algunas de aquellas botellas fuesen a dar a la costa, y divirtiesen a los curiosos. Pasamos también a la vista de una de las Islas de Cabo Verde: distan de la Costa de Africa 390 millas y situadas entre la latitud de 15º a 18º Norte. Pertenecen a los Portugueses. El clima es muy malsano y el suelo en su mayor extensión, es pedregoso y estéril, pero en algunos parajes produce arroz, maíz bananas, limones, uvas y otras frutas. Hay manufacturas de suelas y se fabrica sal en abundancia. Santiago y San Felipe, son las únicas islas que están fortificadas. La población asciende a 100.000 habitantes.

La unión que reinaba entre el 2º Comandante Pardo, Valdés, Seoane, Latorre y algunos más, causaba admiración a todos: no había pasado el tiempo suficiente para tanta intimidad, pero muy pronto conocí el motivo y lo diré en su lugar.

La **Veloz Pasajera**, uno de los buques que venían en convoy, forzó un día de vela, se le dió caza y cuando estuvimos a la voz, el Comandante Blanco hizo entender al Capitán que si quería separarse desde aquel momento podía ha-

cerlo, pero que su responsabilidad quedaba a cubierto: que las consecuencias de la separación serían de cuenta y riesgo del Capitán: éste contestó que estaba resuelto a hacer solo el viaje y sin custodia para abreviarlo, y efectivamente, el mismo día perdimos de vista a aquella fragata que era de muy buen andar: más adelante se verá la singular coincidencia de su derrotero con el nuestro, durante un viaje tan dilatado.

Es difícil, o por mejor decir, imposible, que hombres reunidos en un mismo buque durante una larga navegación, puedan ocultar por mucho tiempo sus opiniones. Así sucedió que muy pronto nos conocimos todos distinguiéndonos por el color político a que nos adheríamos. La mesa era el lugar destinado para las discusiones acaloradas: los liberales se expresaban con la mayor franqueza; los serviles por su parte no se quedaban en zaga, como que estaban más garantidos: yo tampoco tenía embarazo en manifestar mis opiniones con respecto a los negocios de América, a pesar de que siempre me veía solo en esta contienda. La Serna y Blanco se imponían de lo más mínimo, como que su cámara estaba contigua a la nuestra. Estas cuestiones se definían con tanto calor, que por último se convino por una y otra parte en abstenerse de hablar de todo lo que tuviese relación con la política. Este convenio se observó durante largos días, pero el de San Fernando, día del Rey, el bribón de Pasos, de cuyo carácter he presentado un ligero bosquejo, pidió un brindis que dedicó al Rey, cuya fiesta se celebraba: la mayor parte de los liberales no lo acompañamos y permanecimos sentados: y ésto dió lugar a una seria contestación cuyo resultado fué que un oficial de marina le dirigiese a Pasos un banco a la cabeza, con amenaza de echarlo al agua, si otra vez volvía a promover cuestiones de aquella naturaleza.

La guerra estaba declarada entre ambos bandos, y el 2º Comandante Pardo, que hasta entonces se había presentado como neutral, a pesar de que era más liberal como el que más, fué constituido árbitro con la aprobación de todos, y ocurrió al arbitrio de dividir los individuos en dos mesas separadas, como efectivamente se practicó. Así cesaron estas cuestiones de partido y en lo sucesivo reinó la mejor armonía. Esta separación estaba premeditada de antemano; así, la causa indicada fué la ostensible, la oculta y principal era la de

recibir a los que perteneciesen a la misma asociación: había una abordo, y no tardé en ser introducido en ella, como diré en su lugar.

El manejo que Blanco Cabrera tuvo abordo era chocante y grosero: no alternaba con ninguno de los jefes y oficiales de pasaje; aun con los amigos era ridículo; y baste decir que con el mismo La Serna sostenía un aspecto grave: este general, naturalmente afable en su trato tuvo que abstenerse de convidarnos a su mesa, pues Blanco no lo hacía con los de la dotación por su conocida mesquindad, y como estaban arranchados juntos, La Serna creería excederse sentando a la mesa a alguno de sus oficiales. Este sin embargo, algunas veces nos invitó, pero habíamos hecho punto de honor en no alternar con el Comandante y jamás pusimos el pie en la cámara. Blanco Cabrera variaba enteramente de carácter cuando el tiempo se ponía borrascoso: entonces era jovial con todos y adulaba a los oficiales inteligentes (Pardo y Bocalan): cuando el tiempo era bonancible, entonces volvía a su ceño natural, erguido y vano con más humos que el mejor marino, él sin duda se consideraba otro Nelson. En desquite, nosotros no hacíamos más que cambiar un saludo una sola vez al día la primera vez que nos encontrábamos: y tal fué inalterablemente nuestra relación con aquel hombre durante el tiempo del viaje. La Serna sufría mucho porque era enteramente sociable y se desquitaba largamente cuando subía a la cubierta: lo rodeábamos, o se paseaba horas enteras con alguno de sus oficiales, principalmente con Valdés. Yo tenía que extrañar más que ningún otro el manejo soez de Blanco, me había conocido muy niño, y frecuentaba mi casa cuando estaba en Montevideo: y ésto me lo había recordado él mismo cuando supo en Cádiz que debía embarcarme en la fragata, haciéndome los mayores ofrecimientos y manifestándome cuanto celebraba que hiciésemos el viaje juntos. Después que nos embarcamos el hombre se olvidó de todo, y yo me conduje como debía con aquel majadero infatuado.

Las otras dos fragatas del convoy se separaron bajo un temporal muy fuerte que sufrimos poco antes de llegar al Trópico de Cáncer: esta ocurrencia nos ofrecía el prospecto de un viaje mucho más corto, pues siendo aquellos dos buques de menos andar que el nuestro, teníamos que cortar continuamente de vela para navegar en conserva.

Casi sin tocar la vela navegamos hasta cortar la equinoccial: luego se celebró a bordo, del modo que acostumbran los marinos; con farsas y ceremonias que concluyeron con una ligera contribución para los farsantes que pagaron los que la cruzaban por primera vez.

Como había hombres de buen humor, a cada momento se inventaban ocurrencias que nos servían de pasatiempo, costeadas por los menos advertidos. Antes de cruzar el Trópico de Capricornio se supuso que desde el tope se divisaba una escuadra, y al instante se esparció la voz que era la que conducía las Infantas de Portugal a España: la una destinada a casarse con Fernando VII y la otra con el Infante Don Carlos. Se nombró un oficial de marina muy bobalición para que fuese a cumplimentarlas cuando se aproximasen: el comisionado se vistió su uniforme de gala, y los que estábamos iniciados en la burla, nos manifestábamos envidiosos de su dicha, pues era seguro que obtendría un grado: ello es que a fuerza de suposiciones y engaños conseguimos que no se quitase el uniforme hasta muy entrada la noche: la escuadra no apareció, pero participamos largamente de su frasca en celebridad del nuevo ascenso que esperaba obtener. Así conseguimos mitigar el tedio de una navegación tan cansadora por su duración.

Teníamos una partida de tresillo, en la que jugábamos diariamente Pasos, Valdés, Toro y yo, y algunas veces el segundo Comandante Pardo. Sin embargo que los bolsillos estaban vacíos, el tanto era bastante alto: se llevó una cuenta exacta de las pérdidas y ganancias y el pago se verificó en Arica donde recibimos algunos meses adelantados: mi ganancia ascendió a más de doscientos pesos. El General La Serna era muy aficionado al ajedrez, y lo jugaba diariamente con alguno de los oficiales.

Antes de la separación de las fragatas, hicimos un día una remesa de pan a Doña Francisca Zambrano de Viana, que venía en una de ellas: y el Capitán retribuyó este obsequio con algunos frascos de vino de choquegua: este vino había ido del Perú a España y regresaba otra vez: era delicado; y La Serna que no usaba otro que el de Jerez del que llevaba una abundante provisión de la posesión de su hermano el mayorazgo, que tiene fama de cosechar el mejor que se conoce, dió la preferencia al choqueguano. Todos lo repu-



tamos mejor que aquél. No hay duda que si los vinos de América se beneficiasen con habilidad, podrían competir o exceder a los más afamados de Europa; pero en este artículo como en muchos otros, estamos todavía en mantillas: la naturaleza nos ha dotado profusamente con sus dones, pero no hay brazos, y por consiguiente la industria está en su infancia: el tiempo nos traerá este inmenso bien, que los contemporáneos no estamos destinados a disfrutar.

El Contador de la fragata Don N. Haro, era el andaluz más gracioso de cuantos he conocido: sus dichos chistosos; sus oportunas agudezas, eran para todos un gran objeto de diversión: hombre de mundo y de un buen humor inalterable. En las hermosas noches de luna que se goza entre los trópicos más que en ninguna otra región, por ser el único período del día en que se descansa de los extraordinarios calores que se sufren durante el día, jugábamos juegos de prendas sobre la cubierta. El contador se propuso de acuerdo con algunos de nosotros dar una broma a Plasencia que era su antagonista en ocurrencias jocosas, al intento se dispuso que el contador hiciese el papel de Santo, y tendido boca arriba sobre la cubierta recibía las adoraciones que todos alrededor le tributábamos: los pañuelos retorcidos figuraban incensarios: todos nos arrodillábamos delante del santo y le dábamos un ósculo en la frente: cuando le llegó la vez a Plasencia, el Santo le cruzó los brazos y las piernas, y teniéndolo así sujeto, Plasencia recibió en sus espaldas una furibunda descarga de todos los incensarios. Fué la broma más que pesada: el burlado se afectó sobremanera, a punto de encerrarse en su alojamiento y no dejarse ver de nadie. Para aplacarlo se ideó otra broma en que el contador fuese el paciente. Convenidos todos nos pusimos una noche a jugar a la gallina ciega, Plasencia también concurrió, cuando le tocó a Haro ser vendado, al tiempo de ponerse el pañuelo se le pasó por sobre la cabeza y sin que él lo sintiese, la driza del gallardete del palo mayor, y en un momento como por encanto, el pobre hombre se vió suspendido en el aire, y es creíble que en los primeros momentos de sorpresa él debió creer que había brujas que lo transportaban por los aires: la fragata andaba en aquel momento de nueve a diez millas cuando llegó a la cofa, se ató la driza, y quedó suspendido: estiraba las piernas para alcanzar la cubierta, pero ésta estaba muy dis-

tante para que pudiese conseguirlo. Después de pasados algunos cortos momentos de aquella exhibición, se fué arriando la driza suavemente y el hombre bajó con lentitud siempre estirando las piernas: como los brazos estaban prendidos en el cabo no había podido desvenderse; en cuando **tomó tierra** se quitó el pañuelo, y poseído del mayor furor agarró un pie de cabra de uno de los cañones, pero no encontró a quien ofender, todos habíamos desaparecido. La burla no paró en esto: se hizo un muñeco o manequin que representaba al contador, y al día siguiente se colgó en el mismo paraje donde lo había estado el original. Como eramos tantos los agresores, el aparentó sufrir con paciencia. Serna nos dijo que nos habíamos excedido, y trató de calmar al contador a quien de paso embromaba: entonces este le confió el secreto de la venganza que intentaba tomar: consistía esta en señalarnos a todos entrambos carrillos mientras durmiésemos, con una cruz hecha de piedra infernal, de modo que nos quedase una marca que debía durar más tiempo que el que tardásemos en llegar a Arica; pero Serna lo disuadió, asegurándole que eramos unos cabezas calientes capaces de echarlo al agua si tal hacía: Haro desistió y continuó la buena armonía: Plasencia fué desagraciado de este modo.

## CAPITULO II

### LA LOGIA AMERICANA

Fué durante esta navegación que tuvo lugar mi iniciación en los misterios de la marina: esta ceremonia se celebró el veinticuatro de junio, día de San Juan. Yo había observado desde que me embarqué, que Seoane me manifestaba gran afección y amistad, y que todas sus conversaciones concluían siempre por hacerme grandes elogios de la marina: tuve motivos para sospechar que el era un adepto, pero no se me ocurrió que a bordo hubiese una logia. Fuí introducido en ella con todas las ceremonias rituales: el local era el camarote del segundo comandante Pardo, la hora las doce de la noche, todos dormían a no ser los centinelas que corrían la palabra:

otro camarote estaba destinado para **cuarto de reflexiones**: cuando me desvendaron, después de prestar el juramento de orden no fué poca mi sorpresa al verme rodeado de los que eran a bordo mis mejores amigos: todos con sus espadas desenvainadas y asestadas contra mi corazón. El orden jerárquico de aquellos caballeros era el siguiente. Valdes, Venerable: La Torre, Orador: Seoane, primer Vigilante: Ferraz, segundo; Pardo, Maestro de ceremonias: Bocalán, hermano terrible: Tena y Plasencia no eran dignatarios: yo fuí nombrado Secretario. Así éramos nueve los individuos que componíamos la sociedad: Tena y Bocalán habían sido iniciados también a bordo: mi recepción fué la última que se hizo durante el viaje: con excepción de los tres últimos y de Pardo que era un antiguo marino recientemente incorporado a aquella logia, ésta había salido instalada desde Cadiz con los restantes. La adquisición de Pardo era sumamente útil, pero como tenía autoridad a bordo le era fácil proporcionarnos los medios de reunión sin que esta se sospechase. Aquella noche se cerraron los trabajos celebrando un día tan clásico como lo es el de San Juan para los marinos con una cena abundante, cuanto lo permitían las circunstancias, y reinó la mayor cordialidad y alegría.

No tardé mucho en imponerme de la liturgia, palabras, signos y símbolos: quedé hecho cargo de la secretaría. Todos los miembros entonces existentes teníamos el título de **Fundadores**: la sociedad se denominaba **Logia Central la Paz Americana del Sud**. El objeto de esta asociación, como más adelante se verá, era el de dar dirección a todos los negocios públicos; y al efecto las adquisiciones que se hacían recaían siempre en personas de capacidad e influjo por su posición social, y más particularmente por su rango en el ejército, y que perteneciesen al partido liberal. En Cadiz existía otra compuesta de personas notables que iniciaba a los oficiales destinados a ultramar que más sobresalían por sus principios liberales e ilustración. El partido liberal perseguido entonces de muerte por Fernando pretendía de este modo formarse una nueva patria en América, si se veían obligados a abandonar la Península para evitar los furores de aquel déspota sanguinario. Pero la sociedad en que yo acababa de entrar era independiente de aquella aunque relacionadas entre sí y con miras idénticas. Yo estaba muy contento con los nue-

vos compromisos que había contraído, porque por el lenguaje de mis compañeros, tenía motivos para esperar que en último resultado nuestros trabajos podían contribuir algún día a reforzar la causa americana: ¡cuántas veces oí proferir a Valdés dirigiéndose a mi estas formales palabras! "La guerra que vamos a hacer a sus paisanos es tan injusta, que si recibo un balazo, mi muerte será tan afrentosa como si hubiera muerto en una horca". Más adelante tuve ocasión para conocer todo el partido que el gobierno de Buenos Aires pudo sacar de la sociedad de que acabo de hablar; pero la guerra civil que devoraba la República Argentina en la época a que me refiero, puso un obstáculo insuperable a la realización de mi plan que yo misma propuse al director Pueyrredón. En su lugar volveré sobre este asunto.

La Serna era en extremo liberal, y me distinguía mucho, su franqueza conmigo llegaba hasta el punto de decirme muchas veces en tono de broma: "Todavía nos hemos de batir señor Iritarte, usted en las filas de lo independientes y yo en las del Rey": yo me sonreía y no le contestaba: me era fácil comprender que el general quería significarme de este modo, que conocía mis opiniones: es cierto que yo no me recataba mucho, y en ocasiones si encontraba oposición me expresaba con calor. Pero el impertérrito Pasos con su charla sempiterna no cesaba de hacer ostentación de su servilismo, sin que fuese bastante a contenerlo la presencia de la Serna cuyos principios contrarios él muy bien conocía. Esto no era extraño, porque teniendo que continuar su viaje a Lima con Blanco Cabrera, y siendo este de la misma profesión de fe política, le importaba a Pasos que el Virrey Pezuela tan servil como él, y de quien inmediatamente iba a depender, conociese su adhesión al absolutismo. Disgustados con este hombre, nos propusimos incomodarlo a fin de que apercibido se reformase algún tanto. En el fondo de un estuche de navajas cuya caja era de hoja de lata charolada, tenía Pasos su diploma de Oficial Real de Huancabelica, y Seoane y yo nos propusimos tirarle la caja al agua, medio indirecto de hacer entender, que si no se contenía había allí quien también lo hiciese con su persona. Una tarde mientras se rezaba el rosario sobre cubierta, acto que se practica diariamente a bordo de los buques españoles, y de cuya asistencia

nadie puede eximirse sin causa legítima, mientras yo situado en la escala de cámara le guardaba las espaldas a Seoane, este se apoderó de la caja y atándola una bala de a veinticuatro, la arrojó al mar; pero él no echó su estuche de menos hasta dos o tres días después, con motivo de tener que afeitarse: entonces **fué flandes**, no hubo rincón que no se registrase, y consiguió del comandante Blanco que, sin que la tripulación comprendiese el objeto, se hiciese safarrancho general para buscar la deseada cajita: todo fué en vano porque ésta estaba en lo profundo del mar y a buena distancia: Pasos nos hizo entender que la pérdida de sus papeles le inferiría el gran perjuicio de no poder tomar posesión de su empleo, hasta tanto que se le mandase un nuevo despacho de Madrid; y nos ocupó algunos días de su desgracia. Pusimos a Valdés en el secreto, pero el disimuló muy bien, y puso a disposición de Pasos sus dos navajas para que se afeitase con ellas cuando gustase. Conocimos que el remedio, aunque a la verdad algo violento, y si se quiere reprobable, surtió muy buen efecto, porque el paciente mejoró de conducta, y nos mortificó menos en lo sucesivo, comprendió el aviso. No podía ocultársele que entre nosotros andaba el autor de la fechoría, y lo que ella insinuaba, pero ¿cómo fijarse en persona determinada, cuando eramos tantos? Esto era imposible. No he querido ocultar este suceso: bien conozco que obré mal, por no desviarme del compromiso que he contraído de no ocultar lo más mínimo, aun cuando sea perjudicándome. La acción no fué buena, pero el grado de más o menos está en razón de la edad: la que yo tenía entonces es mi mejor excusa.

Los víveres destinados a nuestra mesa empezaron a escasear: la cantidad con que cada uno contribuyó unida a la ración de armada era suficiente para que debiésemos contar con buen trato, pero hubo algún despilfarro al principio del viaje, y también se decía que el piloto Bonilla encargado del rancho **no se había descuidado en su provecho**; pero como estábamos divididos en dos mesas, la que presidía Pardo gozaba de ciertas regalías aunque furtivamente, y por la noche siempre nos reuníamos en su camarote, y teníamos nuestras merendonas, sin que los demás lo supiesen. La

unión que reinaba en esta mesa era tan grande que excitaba la envidia de los individuos que componían la otra: recibían un honor con las invitaciones particulares que solíamos hacerles, y hasta nos presentaban memoriales (por vía de juguete se entiende) para pertenecer a nuestro rancho. Los más advertidos sospechaban algo de nuestra unión. En cuanto a la Serna, siempre he creído que conocía la existencia de la Logia, y que más tarde después que yo me separé debió entrar en ella: esto es las reuniones de los del grado más elevado.

La distancia que habíamos recorrido nos hacía esperar que haríamos uno de los viajes más felices por, su duración, de cuantos hasta entonces se hubiesen conocido, pues a los treinta y cinco días desde la salida de Cadiz, nos encontramos sobre la sonda del Río de la Plata como a distancia de treinta leguas de Maldonado. Pero, gracias a la timidez de nuestro **Nelson de burlas**, hicimos un viaje de los más comunes: es cierto que más avanzados hacia el Sud tuvimos muy malos tiempos, pero aun entonces se pudo adelantar más: tenía un miedo cerval a la vela, baste decir que jamás dejó de tomar rizados en la línea, antes de retirarse por la noche a su camarote. Era el tal Blanco, lo que se llama un mal marino. No me es fácil expresar con propiedad las emociones patrióticas que agitan mi corazón a la inmediatez de la tierra natal: estar tan cerca de ella y no poder volver al seno de mi familia después de una tan larga ausencia, tener mi imaginación ocupada constantemente con la idea de incorporarme a los independientes y verme no obstante obligado a doblar el Cabo de Hornos, alejándome cada vez más del objeto que anhelaba alcanzar, eran las reflexiones que interiormente me hacía cuando nos hallamos en aquella altura, y pasaba una buena parte del día mirando del lado de la costa. Mi buen humor había desaparecido, y yo no ocultaba la causa a los amigos de mi intimidad.

A medida que ganábamos en latitud crecía el frío, entonces los **íntimos** convenimos en alterar para acompañar a Pardo y Bocalán durante las horas de guardia que les correspondiese hacer en la noche: este era un alivio para ellos, pues tenían un amigo con quien conversar haciendo así más soportables aquellas horas de fastidio. Se hizo este servicio

con la misma exactitud que previene la ordenanza militar, que lloviese que nevase, como sucedía muchas veces, aquel a quien le tocaba el turno se presentaba sobre cubierta a las doce a las dos y a las cuatro de mañana, armado de un capotón y un frasquito de ginebra para matar el frío. Como esto no era obligatorio sino meramente convencional, llamaba la atención de todos esta fina demostración de amistad, pero muy particularmente la del comandante Blanco: éste me encontró una noche sobre cubierta, era de las más frías del mes de julio, estábamos a la vista de la Tierra del Fuego, nevaba a grandes copos, y sufríamos un temporal tan recio que se habían puesto **andariveles** al través de la cubierta para garantizarse de los fuertes balances que daba la fragata. Fué para Blanco un verdadero motivo de sorpresa ver a un pasajero en aquel lugar, y al día siguiente se lo refirió a la Serma diciéndole que creía que yo había enloquecido.

El comandante Blanco, no sólo era incapaz de dirigir el buque, sino que por incapacidad profesional hubo de ser la causa de perder la fragata. Los tenientes de navío Pardo y Bocalán tenían excelentes instrumentos, y hacían con frecuencia observaciones astronómicas (hallar altura), más éstas eran erróneas, pues aunque el cronómetro que había a bordo era muy bueno, lo manejaba Blanco que no lo entendía: lo paró dos veces y no avisó a nadie. Navegábamos a la altura de la costa Patagónica, y por las últimas observaciones se creía que distaríamos de ella cincuenta o sesenta leguas. Una tarde, al ponerse el sol, se observó que el agua tenía el color de sonda, pero la mayor parte lo atribuyeron a la sombra ocasionada por las densas nubes; también llamó la atención la celagería sobre los horizontes del lado de la costa: es muy sabido que las nubes formadas de las exhalaciones terrestres conservan sobre la costa la configuración de las tierras más elevadas, cuando el tiempo está en calma y que ésta es una de las señales de aproximación para los marinos experimentados; así es que hubo algunos que opinaban por la proximidad, pero los observadores seguros de sus cálculos afirmaban lo contrario, de modo que no se tuvo la preocupación de echar la sonda para salir de dudas, y la noche nos alcanzó en esta discusión de meras conjeturas, y



seguimos navegando sin alterar el rumbo. Serían las doce de la noche, casi todos estaban recogidos: yo casualmente acompañaba a Bocalán que estaba de guardia, cuando se oyó la voz aterradora de **tierra, tierra a estribor**: es preciso haber navegado para formarse una idea del espanto que causa una voz semejante: la noche era tenebrosa: todos dirigimos la vista al lado de tierra, se divisaba efectivamente en el horizonte una faja negra, pero la obscuridad no permitía discernir bien si podía ser tierra o bien una cargazón precursora de temporal: las opiniones estaban divididas: en un momento todos se hallaban sobre cubierta desnudos y mal vestidos; y todos convenían que en el caso de ser tierra estábamos a la orilla. En esta incertidumbre se mandó echar la sonda y se encontraron seis brazas de agua: entonces ya no quedó la menor duda de la inmediación de la costa, se mandó echar el ancla, y fondeamos en cuatro brazas de agua.

### CAPITULO III

#### LA REGION DE LAS TORMENTAS

Nuestra posición era peligrosísima. Se sacó la carta, y apreciando la latitud por la **estima** desde las doce del día, pues se había observado el **sol**, fué fácil marcar el punto de la costa que teníamos a la vista: era este el **Cabo Blanco** veinte leguas al Sud de Puerto Deseado: este cálculo era infalible, pues en cuanto a la latitud no podía haber duda, millas más o menos, por el abatimiento de las corrientes; pero lo que excitaba nuestra sorpresa, dando lugar a creer que estábamos equivocados, era que el paraje designado, está marcado en la carta, con muy poco fondo, y este malísimo, bajos, islotes, peñascos etc., y que por consiguiente parecía imposible haber llegado hasta allí sin varar o estrellarnos. Así pasamos la noche con la mayor ansiedad, porque era cierto que si el viento hubiese arreciado la fragata se perdía sin remedio. Nunca podré olvidar el terror pánico

que se había apoderado de Blanco Cabrera, tenía una carta cubierta, y todos estábamos agrupados, alumbraba con un cerillo que llevaba en la mano, y fijando el dedo índice sobre el punto en que suponíamos estar, no sentía las gotas de cera encendida que caían sobre su mano. El observó que otro compañero y yo hacíamos farsa de aquella escena de consternación, y dirigiéndoseme me dijo: "Como se conoce señor Iriarte que no sabe usted el peligro en que estamos". Yo le contesté con tono jocosó: "Así debe ser señor comandante; pero ¿qué quiere usted? la ignorancia es muy atrevida. Mi objeto era mortificarlo, porque en cuanto a conocimientos náuticos creo que él y yo corríamos parejos, y él era el autor del estado en que la fragata se encontraba.

Como todo conspiraba a hacer creer que la fragata podía perderse aquella noche, formábamos mil proyectos; pero en tal caso el único recurso que nos quedaba era el de formar una división de toda la gente cuyo número ascendía a quinientos hombres con cuatro piezas de montaña y abrimos paso hasta Chile ocupado entonces por los españoles. Esta empresa era, sin embargo, muy arriesgada, porque teníamos que lidiar contra los indios que encontraríamos en el tránsito: la distancia era larga y carecíamos de un guía que nos condujese por aquellos desiertos desconocidos. Cuando amaneció vimos con sorpresa que tan solo distábamos una milla de la costa: las tierras son allí tan bajas que sólo se descubría la orilla que formaba nuestro horizonte: era un médano de arena enteramente desierto: pudimos reconocer que el paraje donde nos encontrábamos era el mismo que se había calculado durante la noche. Pero ¿cómo habíamos llegado hasta allí sin varar, sin estrellarnos? Esto era prodigioso porque estábamos rodeados de islotes y restingas de piedra. Nos costó trabajo salir a la mar; para esto se echaron todos los botes al agua, y con la sonda en la mano llevando la fragata a remolque, dando mil vueltas y revueltas, pudimos al fin conseguirlo. Este día perdimos un hombre: un infeliz marinero que había estado de guardia en la cofa durante la noche, rendido del sueño a que se entregó luego que cesó el peligro, se vino abajo, dió con la cabeza sobre el ancla, y cayó al mar, no se le volvió a ver.

Así, la falta de inteligencia de Blanco Cabrera y su

insensato orgullo hubo de costarnos muy caro; si el hubiese dicho que el cronómetro se había descompuesto en sus manos, se habría arreglado otra vez, y el error no hubiera sido de tanta consideración; o se habrían tomado alturas. Las inexactitudes en el cálculo de longitud, que es el menos aproximado, suelen ser funestas a los marinos, muy particularmente en las recaladas: antiguamente debían perderse muchas embarcaciones, pero desde que los instrumentos se han perfeccionado, el riesgo es mucho menor, los casos de naufragio, por aquella causa, han disminuído.

Habíamos entrado en la región de las tormentas, que eran tanto más fuertes y duraderas en razón de lo avanzado de la estación: la artillería de la cubierta se bajó a la bodega para disminuir de este modo los pesos altos. Algunas veces encontrábamos grandes masas de hielo que vagaban a merced de los vientos y corrientes en el inmenso espacio: un día descubrimos siete bancos de hielo en distintas direcciones: uno de ellos era inmenso y de gran elevación, su circuito como de una milla: el frío que ocasionaba su aproximación no podía soportarse por su intensidad; pero sobre todo lo que más incomodaba era el riesgo que se corría, así es que por la noche nos vimos obligados a variar de rumbo para evitarlos. Cuando llegamos a la altura de la Tierra del Fuego, que teníamos a la vista, nuestras veladas eran largas y tediosas, el sol aparecía sobre el horizonte a las diez de la mañana y a las tres ya había desaparecido. El alumbrado escaseaba por no haber tenido la previsión de proveerse abundantemente de este artículo, sólo daban una vela para la cámara, y cuando esta se acababa no quedaba más luz que la del farol. Pero los íntimos teníamos el recurso de hacer más soportables estas noches prolongadas, reuniéndonos los nueve en el camarote de Pardo: nos entregábamos a la lectura, y esta nos proporcionaba frecuentes discusiones porque establecimos que el que encontrase algún pasaje interesante llamase la atención de los demás: entonces todos dejábamos nuestros libros, y se hacían observaciones sobre el asunto en cuestión: otras veces se disputaba sobre la táctica militar, y este era el punto más favorito y frecuente de nuestras conferencias: la reunión solía terminar después de una cena extraordinaria, porque como

Pardo disponía de la despensa, nos aprovechábamos de ella, mientras los demás sufrían la escasez, pero ignoraban nuestras comilonas. Una noche de estas sucedió que, estando todos reunidos, un golpe de mar inclinó tanto la fragata que esta se quedó **dormida**; el balance fué tan violento que nos arrojó a todos sobre el costado vencido, una cómoda de caoba que estaba en el lado opuesto, sin que se hubiese destatado, quedó como sirviéndonos de cielo raso: la fragata estaba inmóvil, no acababa de volver, y todos nos creíamos perdidos: esta situación peligrosa duró como medio minuto; volvió en fin a levantarse, y en un momento como por inspiración todos nos lanzamos fuera del camarote y subimos a la cubierta. La fragata había estado sumergida hasta la mitad de la cubierta: el empuje de la ola que la volcó y de las sucesivas que vinieron sobre ella, más el peso de la gran masa de agua que recibió dentro hubo de hacernos zozobrar: el mar se llevó diez marineros y toda la obra muerta del costado de estribor: el peligro fué inminente. Los oficiales de marina decían que este caso era muy singular, pues no había ejemplar de haberse **dormido** una fragata de guerra, por ser esta clase de buques la más maniobrera y segura. El aspecto de la Tierra del Fuego durante la estación del invierno es triste en extremo: desde la orilla del mar hasta las más elevadas crestas que parecen van a perderse en las nubes, toda está cubierta de nieve. Después de haber visto con frecuencia los bancos de hielo, la idea que se representa a la imaginación es que aquellas altas montañas no son sino una gran masa de hielo desprendida del polo: efectivamente, todo lo que se ve es nieve, porque esta cubre toda la tierra, las plantas y hasta los árboles, sin excluir los islotes y peñascos que bordean aquella costa peligrosa inundada de escollos. Pero los atrevidos pescadores de la ballenera frecuentan, sin embargo, aquellos mares borrascosos y helados: descubrimos varias veces algunos de estos buques ocupados en su tarea. La Tierra del Fuego está desierta todo el invierno: cuando empieza la primavera los indios de la costa Patagónica pasan el estrecho de Magallanes y la visitan para hacer sus perquerías.

El día que avistamos la Isla de los Estados, que es la punta más meridional de América del Sud, el tiempo era exce-

lente, y el viento favorable convidaba a pasar el estrecho de Maire que la separa de la Tierra del Fuego. Los oficiales de marina Pardo y Bocalán lo solicitaron del comandante, pero este se rehusó, después tuvo motivos para arrepentirse, porque los malos tiempos nos contrariaron por espacio de veinte días más que tardamos en doblar la Isla y este tiempo fué de aumento a la navegación. El paso del estrecho sólo es peligroso en el caso de mal tiempo y vientos contrarios porque no hay bastante mar para correrlo y las corrientes son impetuosas. El estrecho es un canal que tendrá tres millas de ancho y quince de largo, por consiguiente en dos horas de travesía nos habríamos encontrado navegando en el Pacífico; así la timidez de Blanco Cabrera nos infirió a todos un gran perjuicio: el tedio empezaba a dominarnos, y todos unánimemente habríamos corrido riesgos positivos por disminuir la duración del viaje. La isla tiene treinta y seis millas de largo y quince de ancho: es enteramente estéril, formada por peñascos inaccesibles que no contienen porción alguna de tierra, su latitud  $54^{\circ}40'$ . La Tierra del Fuego de que anteriormente he hablado es una isla separada del continente de la América del Sud por el estrecho de Magallanes. El terreno es inculto, estéril e inhabitable: consiste en una cadena de enormes rocas, eternamente cubiertas de nieve. Está situada entre la latitud de  $52 \frac{1}{2}^{\circ}$  a  $51 \frac{1}{2}^{\circ}$ .

La Tierra Patagónica o de Magallanes tiene por límites al Norte la Provincia de Buenos Aires, al Este el Atlántico o mar del Norte, al Sud el estrecho de Magallanes y al Oeste la Cordillera de los Andes. Se extiende desde la longitud de  $63^{\circ}$ - a  $75^{\circ}$ - Oeste del meridiano de Greenwich, y desde los  $38^{\circ}$ - hasta los  $54^{\circ}$ - de latitud Sud. Al principio de su descubrimiento se esparció la especie de que los habitantes eran de una altura gigantesca, pero en el día nadie cree en esta fábula que los viajeros han desmentido; cierto es, sin embargo, que la talla de los patagones es de las mayores que se conocen en el globo. A pesar del rigor del clima los indios andan casi desnudos. Las tribus que habitan el país son salvajes, y los extranjeros que han tenido la desgracia de caer en sus manos han sufrido una muerte cruel. Como están divididos en gran número de naciones difieren mucho en costumbres, hacia el estrecho son enteramente salvajes:

los que habitan las fronteras de las antiguas colonias Europeas son algo más civilizados, y se parecen mucho a los chilenos. El comodoro Byrón, que visitó aquella costa en el año 1764, dice que encontró algunos indios de siete pies de altura: esto parece exagerado: el capitán Wallis en el año 1766, midió uno de los más altos, y halló que su altura era de seis pies siete pulgadas y añade que la mayor parte eran de cinco pies diez pulgadas a seis pies de alto. Su color es de un cobre obscuro, como la de todos los indios en ambas Américas.

El estrecho de Magallanes es un pasaje entre el Océano Atlántico y el Pacífico, situado hacia la extremidad Sud del continente de América: tiene trescientas millas de largo, su anchura es irregular, en algunos parajes se estrecha hasta media legua. El paso del estrecho es peligroso, particularmente en la parte inmediata al Pacífico. Magallanes, célebre marino portugués al servicio de la España, fué el primero que lo descubrió y pasó en el siglo dieciséis y esta empresa atrevida le valió perpetuar su nombre que aun conserva el estrecho. Su latitud Sud es de 52  $\frac{1}{2}^{\circ}$ - a 54°-.

Un encuentro muy casual fué el de la **Veloz Pasajera**. Este buque, como he dicho anteriormente, salió de Cádiz bajo el convoy de la fragata **Venganza**, y se separó pocos días después: nos volvimos a reunir a la vista de la Isla de los Estados: como el tiempo estaba bueno se previno al capitán, por medio de una señal, que viniese a bordo; lo verificó al instante trayendo consigo el diario: reconocido éste se observó su coincidencia muy singular: desde la separación había navegado un rumbo paralelo al nuestro y a muy corta distancia, bien que siempre fuera del alcance de la vista: las singladuras eran proximamente las mismas, y jamás distó de la **Venganza** más de veinte leguas: he dicho coincidencia singular porque efectivamente no se darán muchos casos iguales al citado, pues que por ello es forzoso que concurren una reunión de circunstancias muy difícil de combinar. El mismo día nos volvimos a perder de vista; y para que la identidad fuese perfecta llegamos en un mismo día a Arica, la **Venganza** por la mañana, la **Veloz** por la tarde. Muy pocos ejemplares como este podrán citarse en un tan largo viaje.

Los vientos contrarios y temporales dominaron algunos días, así tardamos en doblar la Isla de los Estados, que habiendo con propiedad es el verdadero Cabo de Hornos. El Cabo de Hornos, y lo que se llama el Falso Cabo de Hornos lo pasamos a la vista y a distancia algunas veces de tres leguas. Antiguamente la navegación del Cabo era mucho más larga y considerada como muy peligrosa: la razón para lo primero consistía en que los derroteros se inclinaban más hacia el Sud, se tenía la preocupación de que este viaje era menos arriesgado en razón de la mayor distancia a que se pasaba de la costa. Este error no sólo ocasionaba la pérdida de tiempo, sino que hacía más arriesgada y laboriosa la navegación por la alta latitud que se tomaba. En el día se pasa muy cerca y a la vista de tierra, y se ha reconocido que el viaje es de este modo más corto. También es probado que el invierno es la estación más a propósito para doblar el Cabo desde el mar del Norte al mar del Sud, por encontrarse más vientos favorables; bien que esto pueda tener el inconveniente de que en esta estación son más frecuentes los temporales.

Después de mil contrariedades doblamos al cabo Victoria; y es entonces que se considera por los marinos que se ha acabado de doblar verdaderamente el Cabo de Hornos, y salvado de los peligros de la navegación: los marinos españoles acostumbran cantar una salve en acción de gracias: y nosotros practicamos este acto religioso con la solemnidad de costumbre reunidos todos en la cubierta, y presidido por el capellán vestido de ceremonia. Un crecido número de faroles decoraban el lugar; y no hay duda, nuestros ánimos se explayaban con contento al considerar los peligros que habíamos contrastado: he aquí el efecto sublime de la Religión, y dígame lo que se quiera, su prestigio domina siempre el espíritu más despreocupado.

Generalmente se cre que el nombre de **Pacífico** que se ha dado al mar situado entre el Asia y la América, y que también suele llamarse **mar del Sud**, es por ser bonancible: este es un error. Los españoles que fueron los primeros que navegaron en él, le dieron aquella denominación, porque casualmente en sus primeros viajes experimentaron calmas y



buenos tiempos, persuadiéndose por lo tanto que lo mismo sucedía en toda su extensión. Ellos entraron al Pacífico desde Panamá, y costa adyacente; y efectivamente la parte correspondiente a ambos trópicos puede justificar la clasificación. Pero la experiencia ha acreditado que en las altas latitudes no hay mar que esté sujeto a temporales tan violentos como los que se sufren en el Pacífico. Es notable por la furia de las tormentas durante el invierno, y por la espantosa agitación de sus aguas.

Valdés tenía la historia del Perú por Garcilaso, y todos la leíamos con avidez: estábamos empapados en las tradiciones peruanas desde el tiempo de Manco Capac hasta la conquista, y aunque Garcilaso es un historiador exagerado, su narrativa tiene mucho interés, porque siendo hijo de una **colla** de la sangre de los Incas había oído mucho de lo que escribió a sus mismos parientes, y presenciado una gran parte de los sucesos de que hace mención en su obra: está en lo más substancial, y haciendo abstracción de las ponderaciones del autor, es suficiente para formar una idea clara de aquel país y de sus acontecimientos. También nos distraía bastante la lectura de los viajes de Auson, célebre marino inglés que después de haber dado la vuelta al mundo hizo una publicación de cuanto había visto en sus viajes, citando una larga serie de naufragios célebres, capaces de arredrar al hombre más atrevido, y de retraerlo de embarcarse.

## CAPITULO IV

### LA PERSONALIDAD DE LA SERNA

He dicho en otro lugar que la elección de La Serna para el mando en jefe del ejército, fué una resolución del gobierno español sin antecedente alguno fundamental; así es que este general y cuantos lo acompañábamos éramos individuos enteramente aislados, sin relaciones en el país que debía ser nuestro teatro; y como no podía ocultársenos que

La Serna iba a tener un rival poderoso en el Virrey Pezuela, porque habiendo éste sido feliz en sus campañas contra los independientes debía temer que aquél viniese a eclipsar sus glorias: tratamos de influir con nuestro general para que eligiese como punto de desembarco al Callao, en lugar de practicarle en el puerto de Arica. Nos proponíamos adquirir relaciones en Lima, que nos sirviesen de apoyo cuando nos separásemos de allí: este proyecto estaba bien calculado. Pero La Serna no quiso desviarse de las órdenes de la Corte por más instancias que se le hicieron: él oponía por razón la ciega obediencia, y aunque se le hizo entender que había un motivo muy justificado, pues la escasez de víveres nos exponía a perecer lo que entrásemos en la ensenada de Arica, donde reinan frecuentes y largas calmas, no fué posible obtener su aquiescencia; y nos vimos obligados a resignarnos.

La navegación después de haber doblado el cabo Victoria, fué próspera y acelerada: cortamos el Trópico de Capricornio por segunda vez, y entramos en la ensenada de Arica; felizmente no sufrimos las calmas que de ordinario dominan en aquel golfo: de otro modo nuestra situación habría sido bien crítica, pues no teníamos víveres más que para diez días. Cuando por primera vez divisé las altas barrancas del cerro de Cabijá, mi corazón americano se conmovió todo; aunque a gran distancia de mi país natal, volvía a ver el continente donde había visto la primera luz; y mi imaginación de veintidós años me transportaba como por encanto hasta el hogar paterno que me representaba estar muy inmediato: estas ilusiones pasajeras se disipaban indistintamente, dejándome entregado a la melancolía y la pena que producía la consideración de las dificultades que tenía que vencer antes de llegar al objeto deseado. Se conoce en los ejércitos una enfermedad con el nombre de **nostalgia**, o mal del país: su principio es afección moral por la ausencia del país natal; y yo puedo asegurar, que había muchos años que adolecía de este mal. La presencia del continente la modificó algún tanto, porque empecé a sentir que no tardaría mucho en realizar mis antiguos proyectos. Esta parte de la costa del Pacífico es árida y desierta, su aspecto es sombrío y salvaje: se ven a la distancia grandes médanos al parecer de arenas muertas, desnudos de vegetación; y es cierto que después de una navegación de cuatro meses, cuando todavía se conserva re-

ciente la memoria de las costas pobladas de la Europa, donde, por decirlo así, hormiguan las poblaciones, y a cada palmo de tierra se ve patente la mano del hombre, al divisar las áridas y solitarias costas del Pacífico, se cree uno por un momento transportado a un mundo nuevo sin comunicación con el antiguo.

Fondeamos por fin en Arica el día siete de septiembre, es decir después de una navegación de ciento veinte días, llena de peligros; y la que a no ser la excesiva prudencia de Blanco Cabrera habría podido hacerse en solo noventa días.

La perspectiva de Arica tomada desde el fondeadero, es lo más triste posible. Recorriamos continuamente con nuestros anteojos el pueblo y tierras adyacentes: todos los objetos sorprendían nuestra vista, las habitaciones, el traje, el color de las gentes; todo era nuevo y nos impresionaba siniestramente por su exterior desagradable. Después de la visita del puerto, la fragata fué rodeada por unas embarcaciones formadas de dos cueros de lobo marino henchidos de aire: tienen la figura de dos grandes espolones colocados paralelamente y unidos hacia el centro con dos trozos de madera: en uno de ellos se sienta el remero, y en el otro el pasajero, pues no son capaces sino para dos personas: en estas frágiles armazones salen a pescar a cuatro o cinco leguas del puerto.

Arica es la capital de la provincia del mismo nombre que antiguamente pertenecía al virreynato del Perú: últimamente es parte de la nueva república Sud Peruana. El valle de Arapa que está inmediato es delicioso, y rico en producciones tropicales, como sucede con casi todos los del Perú, bien que fuera de ellos las tierras inmediatas forman contraste por su esterilidad absoluta, y esto es lo que sucede en Arica, cuyas inmediaciones son tan áridas e incultas que no se ve la más pequeña muestra de vegetación. La población de Arica que consistía entonces en dos mil habitantes, es en su mayor parte de gente de color e indígenas que se han mezclado: conocí allí muy pocas familias blancas. Latitud 18° 26' Sur.

El mismo día que fondeamos llegó por la tarde la fragata **Velox Pasajera**, y se situó a nuestra inmediación. ¡Qué reunión de circunstancias idénticas debieron combinarse pa-

ra que este buque que salió el mismo día que nosotros de Cádiz, y con el que nos encontramos en la Isla de los Estados, entrase en el puerto de recalado con diferencia de horas!

La conducta incivil que había observado Blanco Cabrera durante la navegación merecía bien una lección que lo impresionase: antes de dejar el recinto que estaba bajo su autoridad; y con el objeto de darle una bien fuerte, se nombraron tres comisiones compuesta cada una de dos oficiales de artillería e ingenieros, dos de L. M. e igual número de caballería, para cumplimentarlo y darle las gracias más expresivas por la cordialidad de su trato y buena acogida que nos había dispensado durante el tiempo que estuvimos a bordo de la fragata que él mandaba: fuí nombrado para presidir la primera, y estudié muy bien la arenga con que debía obsequiarlo: todos estábamos engalanados para desembarcar: esto era al día siguiente de nuestra llegada al puerto. Cuando entré en la Cámara acompañado de mi asociado, La Serna se sorprendió, como nos dijo después, pues era la vez primera que la pisaba, y en el mismo caso estaban los demás jefes y oficiales de pasaje. Me dirigí al comandante, y le manifesté a nombre de mis compañeros las profundas impresiones de agradecimiento que dejaría para siempre en nuestros corazones la obsequiosa hospitalidad que habíamos recibido de él, que nuestro reconocimiento sería eterno: el hombre estaba cortado, y cuando concluí, no sabía por dónde empezar para contestarme; La Serna estaba situado de modo que Blanco no podía verlo, y para que la risa no hiciese explosión se mordía una mano. La burla era pesada: no bien me hube despedido ya entraba la otra diputación con la misma embajada, y sucesivamente se introdujo la tercera: el pobre hombre tuvo un mal rato; pero disimuló como debía, y nosotros llenamos nuestro objeto que fué embromarlo y vengarnos por su falta de cortesía. Los oficiales de marina celebraron mucho la ocurrencia: Blanco era un hombre muy impopular.

## CAPITULO V

### EN TIERRAS DE AMERICA

Desembarcamos en Arica el día ocho, y La Serna fué recibido por las autoridades locales con la pompa que el lu-

gar permitía. Todos fuimos alojados convenientemente: el dueño de la casa a que se me destinó era un negro, rico propietario que vivía muy bien: no había entonces en el pueblo más que tres o cuatro familias blancas. No fué poca mi sorpresa cuando llegada la hora de comer el buen Africano pretendía que mi asistente Jaime se sentase a la mesa; pero el catalán lo rehusó y yo tampoco lo habría permitido. Tal es el ascendiente que tienen los blancos en América, y muy particularmente en el Perú, especialmente en la época a que me refiero, pues, cualquier polizón europeo se enlazaba con las familias principales del país o era admitido a su sociedad. Esto ya no sucede en el día. Se festejó nuestra llegada con una solemne función de iglesia y hubo frecuentes bailes, en los que nos divertíamos mucho viendo por primera vez ejecutar las danzas del país: son muy lúbricas y tienen mucha analogía con los bailes africanos.

Nos propusimos obsequiar al comandante Blanco y sus oficiales hasta que la fragata zarpase de Arica, y al efecto nos combinamos y dábamos por turno una comida a la que ellos asistían. Esta conducta tan contraria a la que Blanco había observado con nosotros, acabó de confundirlo. En Arica recibimos tres o cuatro meses de sueldo adelantado, de modo que nuestros bolsillos se encontraron bien provistos, porque los sueldos de Perú eran muy crecidos entre los españoles.

Allí encontramos una parte del batallón europeo de Gerona que sucesivamente llegaba de Panamá, su comandante Villalobos era un sujeto excelente. Luego que el cuerpo estuvo reunido, el general La Serna lo hizo salir para el ejército. Antes de marchar hicimos algunas adquisiciones masónicas que celebramos con banquetes, a los que asistían los amigos de la fragata, de los que nos despedimos.

Los temblores de tierra son tan frecuentes en aquella costa, que en los ocho días que estuvimos en Arica experimentamos hasta seis, hubo días de dos; y uno fué muy fuerte; observamos que los habitantes se consternaban más que nosotros: sin duda sería por el conocimiento y experiencia del peligro.

Nos pusimos en camino para Tacna que dista de Arica catorce leguas: el país que se atraviesa es un arenal desierto desnudo de vegetación: recorrimos esta distancia en seis ho-

ras, y llegamos estropeados: después de un viaje tan largo por mar, extrañábamos el movimiento de las cabalgaduras. En el tránsito nos vimos muy apurados Seoane y yo: nos habíamos quedado muy a retaguardia de la caravana con Araoz, y media legua antes de llegar a Tacna, le dió a este un accidente de que adolecía: solos como estábamos, no podíamos acudir al paciente cuyos esfuerzos eran extraordinarios y guardar nuestros caballos, pero felizmente acudieron otros pasajeros y nos ayudaron a conducirlo al pueblo. Allí fuimos grandemente agasajados y se nos sirvió una comida opípara con toda ostentación.

El tiempo que estuvimos en Tacna fué muy alegre y divertido: lo empleamos en bailes y comilonas. Seoane y yo nos alojamos juntos, y desde entonces fuimos inseparables y tuvimos una bolsa común. Las jóvenes de Tacna son muy tratables y bien parecidas: allí no se ven los rostros aterrados de Arica; la población es blanca.

Desde que desembarcamos había Valdés empezado a acrecentar su ascendiente sobre La Serna: éste era moderado y suave, aquél dominante y áspero: yo me admiraba de un predominio tan instantáneo. Valdés había nacido para mandar, y La Serna por el contrario, tenía un espíritu filosófico.

Tacna es un pueblo de moderna fundación: está situado en el valle de Zama que es sumamente fértil. Su población es de cuatro mil habitantes incluyendo una sexta parte de indígenas civilizados que se dedican exclusivamente a la agricultura. Allí no se conoce el agua: una vez a la semana baja de la sierra, donde los indios la detienen por medio de compuertas, la necesaria para el consumo de la población, y regadío de las huertas: se reparte con la mayor equidad, y los vecinos se surten para el gasto semanal de lo que pasa por la acequia: como esta agua no está en estado potable por venir mezclada con cuanto encuentra en su tránsito, todas las casas tienen sus piedras donde se filtra y queda muy clara y limpia, pero muy desabrida. En Tacna recibimos una remonta de caballos traídos al intento de Arequipa y Moquegua, todos escogimos según nuestras clases, y yo compré un alazán Moquehuano que me costó ciento ochenta pesos fuertes: uno de los mejores caballos de cuantos he montado.

Salimos para Oruro, acompañando al general La Serna, toda la comitiva que no se había separado desde Europa: el batallón ligero de Gerona nos precedió en esta marcha. Seoane y yo continuábamos alojándonos juntos y viviendo en la más estrecha unión, hasta el punto de ser comunes los bolsillos de entrambos. El camino que recorriamos era un verdadero desierto desnudo de toda vegetación, ni un solo árbol se encuentra en aquel terreno pedregoso y lleno de breños. Los vallecitos inmediatos son fértiles, y producen los más delicados frutos tropicales, pero están desviados de la ruta que llevábamos. Pasamos el desaguadero en una aldea de poca consideración, sobre una barca de bastante capacidad: el raudal de agua era muy considerable e impetuoso, y el río como de doscientos cincuenta varas de ancho, tiene su origen en la gran laguna Titicaca (a) Chuenito y va a perderse en el lago Paria. Era antiguamente el límite divisorio de los dos Virreynatos de Lima y Buenos Aires. Todavía se conserva sobre este río el puente de totora, construido por el 5º Inca del Perú Capac lupánqui para transportar su ejército del otro lado a fin de subyugar las provincias de Collasuyo. El desaguadero tiene en el paraje donde está situado el puente, de ochenta a cien varas de ancho; su corriente es muy impetuosa, pero el movimiento no se nota en la superficie, ésta es tan tranquila que las aguas parecen muertas. El Inca mandó hacer cuatro grandes cables de una especie de paja llamada totora y a la que los indios dan el nombre de **Ichu**, las montañas más elevadas del país están cubiertas de este vegetal. Dos de aquellos cables se aseguraron en una y otra orilla, y sobre ellos se atravesaron foginas de juncos secos bien entretegidos; sobre éstas se acomodaron los otros dos cables, los que igualmente se cubrieron con otros juncos entrelazados con el mayor arte y consistencia, pero más delgados que los primeros, y dispuestos de tal modo que formasen una superficie plana y unida. Por este medio proporcionó a su ejército un paso fácil y seguro. Este puente que tiene cerca de seis varas de ancho y una y media sobre la superficie del agua se separa y reconstruye cuidadosamente cada seis meses por los habitantes de las provincias adyacentes, en cumplimiento de una ley dictada por aquel Inca, y desde hace mucho tiempo confirmada por los reyes de España en atención a su gran utilidad, por ser el único medio de comunica-



ción entre los distritos que separa el desagadero.

La laguna Chuenito o Titicaca está situada entre la cordillera de los Andes y un ramal muy considerable de la misma al N.O. de la provincia de Charcas. Es el lago más considerable de la América del Sud. Su figura es irregular aunque algún tanto se inclina a la oval, y su principal dirección es NO.-SE. Tiene ochenta leguas de circunferencia, y en algunos parajes de setenta a ochenta brasas de profundidad. Navegan en él buques de gran porte y otros menores; pero está sujeto a huracanes y tremendas ráfagas de viento que descienden de las elevadas montañas que lo circundan. La primera embarcación que los españoles construyeron allí, fué inmediatamente después de echada al agua, arrojada sobre la costa, y enteramente destruída por un violento huracán, y esto fué considerado de tan siniestro agüero, que se pasaron muchos años antes que se construyese otra. Diez o doce ríos y un considerable número de arroyos descargan sus aguas en el lago Titicaca. Sus aguas son turbias, y no potables por su mal gusto. No obstante abundan en pescado, particularmente de dos clases; uno grande y chato llamado **suchis** y el otro pequeño, insípido y espinoso llamado **boyas**. Frecuentan el lago inmensas bandadas de gallinetas de agua; y sus orillas están cubiertas con juncos marinos y otros arbustos que sirven para mil usos domésticos. Con ellos se forma el cimientó del puente que se acaba de describir, y se emplean hasta en la construcción de canoas. La orilla occidental del lago es conocida con el nombre de Chuenito, cuyo nombre se da por muchos a todo el lago: la orilla Oriental es llamada Omascuyo. Las costas están pobladas, son fértiles y pintorescas, hay en ellas muchos pueblecitos, que son considerados como la residencia más agradable del Perú. El lago contiene muchas islas: entre ellas hay una de gran extensión, y da su nombre Titicaca, que en el idioma quichúa significa montaña de plomo, a todo el lago. Fué en esta isla que el genio del primer Inca Manco-Capac, el ilustre fundador del Imperio del Perú, concibió el vasto designio de civilizar las tribus de errantes y desnudos salvajes que hasta entonces habitaban las cercanías y llanuras, que lo circunvalan. Manco Capac y Mamá Vello Huaco su hermana y consorte, se presentaron ricamente vestidos y se declararon hijos del Sol, enviados por su padre benéfico que se condolía

de la miseria de la raza humana, para instruirlos y sacarlos de su ignorancia, grosería y barbarie. Las naciones circunvecinas reverenciaron sus personas, y obedecieron sus instrucciones; y la introducción de la agricultura e industria fué seguida por el establecimiento de leyes e instituciones, cuya política y excelencia produjo un imperio poderoso, y ha sido la admiración de las edades sucesivas, y de la culta Europa. Los peruanos consideran como sagrada la isla Titicaca, y en reconocimiento de los beneficios recibidos del fundador de su raza, los Incas sucesores mandaron arrasar la montaña y erigieron en su base un templo dedicado al Sol. Este templo fué uno de los más espléndidos del Imperio del Perú. Además de las planchas de oro y plata con que estaban cubiertas sus paredes, contenían una inmensa colección de riquezas, porque todos los vasallos de los Incas tenían la indispensable obligación de visitarlo una vez cada año, y de presentar una ofrenda en obsequio de la memoria de Manco Capac. Este gran tesoro, sin embargo, no estaba destinado a caer en manos de los españoles, porque los indios prefirieron arrojarlo todo dentro del lago, antes que sufrir que fuese presa de la rapacidad de sus sacrílegos invasores; y aunque un gran número de españoles, animados con la esperanza de adquirir inmensos tesoros, han hecho varias tentativas para recobrarlos, la gran profundidad de las aguas, y lo fangoso del fondo, ha frustrado siempre sus esfuerzos. Todavía se conservan restos considerables de aquel magnífico templo. Las obras subterráneas por debajo del cauce del lago, y que el transcurso de los siglos no ha podido destruir, compiten con los más atrevidos esfuerzos del arte en el antiguo mundo, y son un testimonio irrefragable de la grandeza de los soberanos del Perú, y del grado de adelantamiento a que habían elevado la arquitectura en los pueblos de su vasto imperio. Garcilaso en su historia del Perú dice que los españoles creyendo encontrar en la lago Titicaca la famosa cadena de Huascar Inca, emprendieron grandes obras para desaguarlo; pero que al fin abandonaron una empresa tan imposible habiéndose arruinado muchos de los que trabajaron en ella.

Según el mismo autor no es fabulosa la existencia de esta **estupenda cadena de oro**; asegura que la mandó construir el Inca Capac para las fiestas que se celebraron en

Cuzco por el nacimiento de su hijo Huascar, heredero del Imperio; y refiriéndose a su madre, que pertenecía a la familia de los Incas, dice que la cadena ocupaba en contorno los cuatro frentes de la plaza de Cuzco, y que bailaban asidos de sus eslabones considerable número de peruanos alrededor de la plaza. La cadena desapareció a la llegada de los primeros españoles conquistadores, sin que hasta ahora se haya podido descubrir el lugar donde fué ocultada. En América es un dicho proverbial cuando algún individuo hace en poco tiempo una fortuna considerable, sin que se conozcan los antecedentes: **ha encontrado la cadena de Huascar.** Me contraería de hacer mención de algunas particularidades importantes de la historia antigua del Perú; pero me abstengo de hacerlo, no sólo porque los historiadores de esta parte de América lo han hecho con profusión, sino porque es ajeno de mi plan y objeto al redactar estas memorias, un asunto de esta naturaleza; así considero que sería una digresión inoportuna.

A pesar de que marchábamos por el desierto, nuestra marcha tenía las apariencias de un triunfo: los Subdelegados de los distritos por donde transitábamos y aun los inmediatos, salían a recibirnos acompañados de considerables tropas de indios lucidamente vestidos con su antiguo traje nacional, engalanados de plumas vistosas de varios colores; y siempre venía una comparsa de los más gallardos que tañendo sin cesar sus lúgubres y monótonos instrumentos musicales, nos marcaban la ruta poniéndose a la vanguardia dos leguas antes de llegar al paraje donde debíamos pasar la noche: allí encontrábamos crecido número de habitaciones provisionales construídas en medio del desierto, arcos vestidos de flores, danzas y juegos campestres; y se nos servía una cena no sólo abundante, pero muy delicada y de los manjares más exquisitos; ricos vinos y exquisitos helados, este era un postre infalible. El Subdelegado, el cura, y algunos vecinos pudientes de la comarca hacían los honores, pero tengo motivo para creer que los infelices indios concurrían a la fiesta con la mejor parte del escote, —el gasto y su trabajo personal—; ¡qué raza tan desgraciada en aquellos tiempos! algo creo que ha mejorado su condición, pero han de pasar muchos años antes que puedan nivelarse con los

hombres libres: el tiempo y los gobiernos sabios y paternales obrarán este cambio, la humanidad les será grata. ¡Pobres indios!

Agasajados de este modo se hacía más soportable la aridez del desierto, porque si es cierto que la fatiga era extrema durante el día, bajo un sol abrasador, y participando en el discurso de muy pocas horas de la temperatura de todas las estaciones, por la noche todo se olvidaba entregándonos el gozo y contento que producen los festines: estos no eran diarios pero muy repetidos; y más o menos en todas las **pascanas** que así llaman en el Perú el lugar de parada, encontrábamos buenas y frescas provisiones acopiadas para nuestro uso. Pero el paso de la cordillera fué molesto para toda la caravana: no es por allí tan elevado como en Chile, pero a todos los que la pasan por primera vez les ataca el **soroche**, este es un mal acompañado con una fiebre violenta con delirio y que se apodera del paciente instantáneamente, y generalmente produce erupciones en el rostro: el día que pasamos la cordillera me había quedado rezagado a alguna distancia de la comitiva, cuando me incorporé a mis compañeros en la **pascona**, todos sin excepción estaban sufriendo el mal, y yacían tendidos en sus pellones quejándose de la cabeza y de una especie de mareo que causa un estupor general en el sistema alterando la circulación: me jactaba yo de ser el único a quien la **soroche** hubiese respetado, pero ellos me aseguraban que no tardaría en acompañarlos, pues también habían llegado buenos y sanos y al poco rato cayeron postrados: efectivamente, no tardé mucho en unirme al coro; por la noche tuvimos todos una fiebre intensa acompañada de delirio y amanecimos lánguidos y extenuados; pero seguimos nuestro viaje y durante el día desapareció del todo aquella pasajera incomodidad. El **soroche** sólo ataca a los extranjeros, los naturales no lo sufren jamás: la causa es la refracción del aire en las grandes elevaciones, y en aquellos parajes se combina con los gases metálicos de que está la tierra impregnada por las muchas minas que abraza en su seno, y cuyas vetas se manifiestan en algunas hasta en la superficie.

Antes de llegar a Curaguara de Carangas, cabeza de

distrito de la Subdelegación del mismo nombre: nos llamó la atención una multitud de grupos aislados que divisamos sobre un lado del camino a distancia de doscientas y más varas: no podíamos discernir lo que eran aquellos objetos tan nuevos para nuestra vista: nos aproximamos para salir de la duda: eran más de trescientas sepulturas peruanas de una existencia anterior a la época de la conquista, según después fuimos informados. Aquellos grotescos pero salidos monumentos están contruidos tan sólo con barro, según pudimos explorar: pero esta materia ha tomado la consistencia de una tosca, lo que unido a su particular construcción los ha preservado de los estragos del tiempo: su figura es la de un **paraboloide** que estrecha algún tanto hacia el vértice: el espesor de las paredes es considerable y aumenta en el techo: su cavidad interior no excede de cuatro a seis varas cuadradas: la puerta o entrada es muy baja y estrecha. El general La Serna y yo entramos en uno de aquellos máusoleos salvajes, y encontramos muchas osamentas humanas de una magnitud nada común: nos admiraron las dimensiones, pero supimos después que hay muchos parajes en el Perú en que sin duda por una propiedad de las tierras, los huesos de los animales crecen con tanta regularidad, que no se pierde la proporción de las formas. Esta peculiaridad es mucho más notable en la provincia de Tarija, allí se enseñan cráneos humanos de un tamaño admirable, bien que no se tenga tradición de la existencia de seres gigantescos. Esto me ha hecho creer que las fábulas que nos cuentan de hombres estupendos por su extraordinaria magnitud, como el gigante Goliat, pueda tener por fundamento el incremento de sus restos inanimados, pues es muy probable que en algunos puntos del globo debe haber parajes cuyas tierras tengan igual propiedad que las del Perú, —la de hacer crecer los huesos. Al salir de aquella tumba La Serna tuvo algún trabajo, porque la salida era como he dicho baja y angosta, y el general, hombre demás que regular estatura, me dijo con un tono jocosó, **"este es muy mal agüero, alguna tumba me espera en el Perú, mucho trabajo me ha costado salir de esta"**. No tuvo lugar la predicción, pero si se hubiese realizado, cuanto se habrían comentado aquellas palabras, que muy pronto pasaron de boca en boca; y entre tanto para el hombre pensador y reflexivo, no existen tales presentimien-

tos, sólo es propio del vulgo dar valor a los consejos y cuentos de **hadós**. En efecto, que cosa más natural que un militar que expone su vida todos los días al fin sucumba: he aquí la situación en que La Serna iba a verse muy pronto: no hubiera, pues, habido presentimiento, tan sólo habría obrado la causa natural. Yo tengo un amigo tan desgraciado que perdió un hijo a manos de unos viles asesinos: en el acceso de su dolor me decía, mi querido amigo, mi corazón es muy fiel, ¿querrá usted creer que hacía mucho tiempo, que despierto, en sueños, siempre se me representaba mi hijo tal cual lo ha sido? sí, yo he sentido esta desgracia; pero mi amigo se equivocaba: él pensaba en el asesinato de su hijo porque efectivamente el joven tenía un género de vida que lo exponía a ser víctima de malvados, y el buen padre no podía distraer su imaginación de una desgracia que era probable, y sucedió porque lo era: aquí no hay presentimiento. Lo mismo debe entenderse de los sueños: se ocupa uno cuando está despierto de lo que puede suceder, se sueña lo mismo, al fin viene el hecho, la realidad, y se dice, **yo lo soñé**; pero para nada entra el sueño: sucedió porque estaba en el orden natural de las cosas que sucediese; y se soñó porque el objeto absorbía la imaginación, porque era interesante. Pero me he desviado mucho del camino, volveré a tomarlo, para decir que llegamos a Curaguara de Carangas sin novedad.

## CAPITULO VI

### LA CONDICION SOCIAL DE LOS INDIOS

Una de las cosas que más hieren la imaginación cuando se llega al Perú, poco tiempo después de haber dejado la Europa, es encontrarse en medio de un pueblo cuyos habitantes no tienen tradiciones históricas, hablo de los indios: éstos no conservan noticia alguna de sus antepasados antes de la conquista, sólo saben que han tenido soberanos con el nombre de Incas: el traje y costumbres se han transmitido de una en otra generación, pero no así los hechos, estos se han perdido en la sucesión del tiempo, y la razón



de esta ignorancia no puede ser otra que la falta de conocimiento en la escritura: la que ellos usaban era imperfecta y consistía en la combinación de unos nudos en una cuerda con varios colores, que es lo que ellos llamaban **quipos**; pero estos signos sólo estaban al alcance de los magnates y personajes del Imperio, las clases bajas, en general, no los comprendían. Como conservaban muy reciente las noticias históricas del país que da Garcilaso, a cuantos indios encontraba les hacía preguntas referentes pero nunca encontré quien me contestase acorde, y me apercibí muy luego que nada sabían. A pesar de esta ignorancia tan clásica, es incontestable que los indios tienen un discernimiento y sagacidad peculiar que los distingue de las clases inferiores de cualquiera de las naciones más cultas de Europa: sobre todo, aun cuando carecen del don de la invención, poseen en alto grado el de la perfecta imitación de cualquier objeto que se les presente por prolija y complicada que sea su construcción: esto es admirable, y llama la atención de todos los extranjeros que visitan aquellas regiones. El rasgo más prominente en el carácter de los indígenas es la desconfianza y el recogimiento exterior: envilecidos con el trato cruel que siempre les han dado los españoles, y martirizados con castigos brutales por la más leve falta, no debe extrañarse, que se hallan transformados en unos seres abyectos e hipócritas: la especie humana está degradada, y el alma de un hombre libre se conmueve al ver tanta humillación; pero ésta es aparente, es la ley imperiosa de la necesidad que ha obligado a aquellos infelices a presentarse siempre con un exterior cuitado y sumiso: yo creo que en el fondo no es tal su índole, y mucho menos lo sería antes de la conquista: los indios en sus guerras se presentan con una osadía y desprecio de la vida que toca la raya del heroísmo: es el vil trato que han sufrido de los españoles durante tres siglos la causa primordial y tal vez única de su actual abyección; siempre que la ocasión se ha presentado se ha podido observar que arde en sus corazones el fuego abrasador de la venganza: una legislación liberal podrá hacerlos hombres con el tiempo, ahora no lo son: en el Perú su clasificación es de un orden inferior a la de los mismos esclavos africanos, que los tratan tan mal como éstos son tratados por los blancos; y es cuanto



puede decirse para formar una idea de la miserable condición de los pobres indios.

Pero ya que he caído en la tentación de hablar de los indios, me creo en cierto modo obligado a hacerlo con alguna más extensión, descendiendo a detalles y noticias sacadas de mis propias observaciones que me persuado no estarán desnudas de algún interés.

Las noticias que se nos han transmitido por los escritores europeos concernientes a los habitantes primitivos de la América del Sud, son, en alto grado, vagas e imperfectas. Los aventureros españoles y portugueses que primero visitaron el nuevo continente, y que tuvieron oportunidad para observar sus diferentes tribus y naciones mientras eran independientes, y que antes que se hiciese un cambio en sus ideas o costumbres, no eran bajo aspecto alguno a propósito para valorar las animadas escenas de novedad que pasaban muy transitoriamente a su vista. La mayor parte de ellos inculcos y feroces, buscando con avidez los tesoros de oro y plata que deslumbran su vista y ofuscan sus sentidos, y al mismo tiempo poseídos de un cruel entusiasmo por el exterminio de los infieles, no se sentían inclinados a tales pesquisas; y rodeados como se veían continuamente de inminentes peligros, e impedidos por toda clase de dificultades, no tenían la tranquilidad y sosiego que se requiere para inquisiciones especulativas, o descripciones circunstanciadas. Pero no sólo la incapacidad, sino también las preocupaciones de los españoles, hacían muy defectuosas sus noticias sobre la América. Así, cuando se comparan aquellas relaciones con las observaciones de viajeros más recientes e inteligentes, con respecto al estado de los indios que aun conservan su independencia, se puede indudablemente formar una idea más correcta de los aborígenes de la América del Sud.

Aunque los españoles encontraron en América dos naciones, propiamente dichas, los mejicanos y los peruanos, que estaban considerablemente adelantados en las artes de la vida civilizada, y formaban estados, cuyo poder y renombre fueron celebrados no sólo en el nuevo mundo, sino que han sido dignos de considerarse como objetos de comparación, con los más poderosos y grandes imperios de los tiempos antiguos; no obstante, la mayor parte de los indios de

la América del Sud, son representados como tribus bárbaras e incivilizadas, como salvajes y feroces caníbales; dominados, según las noticias de los misioneros, de los vicios más detestables, con pocas ideas de religión y aunque poseyendo muchas de las virtudes inherentes al estado de un salvaje, sin embargo, en general destituidos de uno de sus más comunes caracteres, —la hospitalidad. Pero feroces e indomables como son representados, ¿cómo podremos conciliar semejantes noticias con la docilidad y voluntaria sujeción de tantas tribus de indios al suave y patriarcal gobierno de los Jesuitas en el Paraguay? Es claro que poseyendo los indios los sentimientos comunes a la raza humana, ellos sin duda debieron resistir la violencia y la opresión; pero entre tanto hemos visto que el imperio de la razón y de la humanidad, ataviado con los adornos de la persuasión y la insinuación, obtuvieron muy pronto su justo ascendiente sobre ellos.

### Constitución física de los indios

La constitución física de los indios, ha sido descripta, en general, como inferior a la de las demás naciones del globo; débil y sin nervio, aunque de una estatura completa, derechos y bien proporcionados; y su capacidad mental se ha supuesto congenial a su conformación corpórea. El color común a toda la raza humana en el nuevo mundo desde la Bahía de Hudson hasta la Tierra del Fuego, es el del cobre a rojo oscuro, mucho menos diversificada por las influencias del clima que el de los habitantes del antiguo continente; y en donde se nota alguna diferencia, no es en proporción de la distancia al Ecuador, sino según la elevación sobre el nivel del mar del territorio que habitan. Su pelo es negro, largo, lacio y grueso. Ha sido una opinión generalmente admitida que los indios no tienen barba, y la ausencia de este símbolo de virilidad, se ha considerado como un signo de degradación, y un efecto de las mismas causas que hacen que su armazón sea menos robusta, sus imaginaciones menos activas, y sus deseos animales más ardientes, que la de las otras razas del género humano. Dejaré a los fisiologistas que discutan si la costumbre inveterada que tienen los indios de arrancarse la

barba pelo a pelo cuando empieza a aparecer, puede con el transcurso de los siglos producir un defecto físico y moral en toda una raza. Entretanto puedo asegurar que este defecto ha sido equivocadamente descripto como sólo característico a los americanos, porque en Asia y las innumerables islas del mar del Sud existe igual distinción.

Aunque, en general, los indios tenían mediana estatura, no era raro encontrar alguno de una altura extraordinaria, y se asegura que había algunas tribus gigantescas. En otra ocasión hablaré de indios corpulentos que bajo la denominación de Patagones han embellecido las narraciones de los viajeros, y dado amplia materia a las investigaciones de los filósofos. Los indios del Perú muy particularmente, son extremadamente ágiles, y se citan casos de marchas a pie sorprendentes, tanto por la ligereza del movimiento como por la extensión del espacio que han caminado en un tiempo dado. Yo no tengo noticia de pueblo alguno cuyos habitantes sean tan a propósito como estos indios para el servicio de la Infantería ligera. He visto durante mis viajes en el Perú, postillones a pie que igualaban la marcha del caballo.

El carácter general del aspecto de los indios, es la frente pequeña, cubierta con pelo hasta sus extremidades y casi cerca de las cejas; los ojos, negros o pardos, pequeños, pero capaces de ver los objetos a gran distancia; la nariz pequeña e inclinada hacia el labio superior; labios gruesos, y orejas grandes; el conjunto de la cara redonda y más distante tal vez que la de ningún otro pueblo de la tierra, de la forma oval; al primer aspecto, el indio tiene la apariencia de dulzura e inocencia, pero fijándolo con más atención, se descubre en su semblante un aire salvaje, desconfiado y sombrío.

### Facultades intelectuales

La mayor parte de los escritores han insistido con molesta repetición, sobre el limitado estado de las facultades intelectuales de los indios, como si de este modo quisiesen probar la inferioridad de éstos en la escala de los seres humanos; pero la causa no es otra, según el resultado de las investigaciones más detenidas que la consecuencia natural de su falta de instrucción y de su estado de incivilización. Los

mejicanos y los peruanos ofrecen un ejemplo bien palpable de su capacidad, que destruye la idea general que se tiene de la ignorancia e imbecilidad de los indios; y los monumentos que nos han dejado aquellos dos pueblos, así como las tradiciones históricas de su magnificencia, y de su civilización, son una prueba irrefragable del derecho que tienen a ocupar un lugar distinguido en la historia del hombre; así como sus actuales descendientes, los que sin la dura esclavitud de los españoles, serían capaces de tantas o mayores operaciones intelectuales que sus opresores.

En situaciones en que no se requieren extraordinarios esfuerzos para satisfacer las simples necesidades de la naturaleza, no es extraño que las facultades mentales se soporen por falta de acción. Las numerosas tribus esparcidas en las fértiles llanuras de la América del Sud son comprendidas en esta descripción, sus aspectos fríos, que indican la falta de reflexión y una total ignorancia, hicieron tal impresión en los españoles cuando conocieron por primera vez a los naturales de este país, que no podían creer que perteneciesen a la especie humana, y fué necesario que ocurriesen a la autoridad de una bula papal, para que se convenciesen que los Americanos tenían derecho a los privilegios de la humanidad.

El tigre Alejandro VI los hizo hombres.

### Virtudes de los indios

Si hemos de dar asenso a la pintura que de los indios hace el padre Osorio, es preciso creer que la raza de los indios no sólo no es inferior a la de los europeos, sino que éstos le son muy inferiores en facultades y virtudes morales. Aquel historiador se manifiesta sorprendido por la nobleza de sus sentimientos, la civilidad de sus maneras, la vivacidad de su genio, la penetración de su entendimiento, la modestia de su porte, prudente conducta y gran valor.

### Vicios de los indios

En este artículo como en el anterior, la naturaleza humana está afectada tanto en América como en Europa, por-

que creer lo contrario, sería suponer que los resortes de las pasiones, no son unos mismos en todos los seres racionales que pueblan el universo. No es extraño, así, que la abyección y condición degradante a que los indios han sido condenados por los españoles después de la conquista, haga resaltar más sus vicios, presentándolos en su desnuda deformidad; por lo demás, no es difícil en mi concepto, resolver la cuestión de si esta depravación salvaje es capaz de producir tan funestas consecuencias a la raza humana, como las ocasiona en Europa el fanatismo político y religioso y refinamiento de maldades e injusticias cubiertas con el especioso pretexto de razón de estado. La embriaguez es un vicio destructivo de que son deudoras las tribus salvajes de la América del Norte a sus huéspedes europeos: el veneno de los licores espirituosos ha contribuido a disminuir rápidamente el número de aquellos. Pero en la América del Sud, la propensión a la bebida no es una importación europea sino indígena. Preparan un licor fermentado llamado **chicha**, que todavía es el brevaie favorito de todas las tribus, y del que en otro lugar daré noticia más circunstanciada, anterior a su descubrimiento; y tanto las escenas de sus festividades, como sus clamorosos funerales, concluyen con la más brutal borrachera y degradante disipación.

### Valor de los indios

Los españoles los han descripto en general como enemigos cobardes y traidores, incapaces de orden y disciplina; pero ¿cómo puede extrañarse que armados tan sólo con palos, arcos, flechas, y lanzas, pudiesen resistir los estragos de la artillería y de la infantería, la fuerza de las espadas, y el choque impetuoso de la caballería? Se vió, sin embargo, con frecuencia, que resistían con buen éxito a sus poderosos invasores. Para juzgar por comparación de las cosas, es preciso ponerlas antes en un perfecto equilibrio igualando en cuanto es posible las circunstancias, de otro modo no es fácil sacar conclusiones exactas e imparciales. Disciplínese los indios según el sistema europeo, déseles las armas de éstos, y entonces que luchen contra un número igual; así es como

únicamente podría decidirse la cuestión aproximadamente. Para desengañar a los que creen que los indios son tímidos y pusilánimes, bastará recomendarles la lectura de los esfuerzos heroicos de los indios de Chile, los Araucanos, para conservar su independencia, y el buen éxito con que fué coronada su intrepidez y heroísmo. La infantería del ejército Real del Perú durante la guerra de la independencia, se componía en casi su totalidad de chalos e indígenas: aquellos cuerpos acreditaron constantemente en numerosos hechos de armas que no eran inferiores en valor a los más acreditados regimientos europeos.

Cuando llegué a Cuaraguara me encontré con una carta del capitán de granaderos del batallón de Gerona, Don Francisco Sanjuanena (en el día Mariscal de Campo), a quien yo había tratado en la Península con alguna intimidad: me recomendaba a Doña Teresa Lemoine, una señora de Chuquisaca que por su adhesión a la causa de la independencia, estaba confinada en aquel pueblo por el feroz general español Tacón: la causa de su destierro bastaba para que yo sin otra recomendación tomase un vivo interés por aquella desgraciada señora: se presentó en mi alojamiento para entregarme la carta y me hizo una relación de la persecución que sufría, la que habría sido insoportable a no ser por el parentesco que tenía con el Subdelegado de Curaguara, era su sobrino. En suma, me dijo que sin otro motivo que su decisión por la independencia, ella y otras señoras, también patriotas, cuando Tacón entró en Chuquisaca fueron recluidas en un convento, y se hizo entender a las señoras que pertenecían al partido realista, que la que quisiese fuese a elegir criada al convento de entre las patriotas: esto es inaudito. Pudo librarse de una elección tan degradante, y en cambio se le intimó destierro separándola de sus hijos en número de doce, todos menores, que quedaron en Chuquisaca repartidos en algunas familias benéficas que se condolieron de aquellos.

Llegamos a Oruro a mediados del mes de octubre. Nada de particular ofrece esta antigua población, y su nombre aun sería más oscuro a no ser por la celebridad de sus minas de oro y plata inmediatas a la ciudad: visitamos algunas de ellas acompañando al general La Serna: éste entró en el so-

cobou y yo fui uno de los cuatro o cinco que lo siguieron; pero después de haber penetrado un gran espacio por una galería estrecha y oscura bien que llevásemos algunas hachas encendidas, nos vimos obligados a retroceder, porque a medida que nos internábamos, el lugar era más estrecho y era preciso encorvarse demasiado para seguir marchando adelante; cuando volvimos a ver la luz del día estábamos como deslumbrados. La población de Oruro es de ocho mil habitantes, el valle en que está situada la ciudad es muy pintoresco: es capital de la provincia del mismo nombre que antiguamente pertenecía al Virreinato de Buenos Aires, en el día es uno de los departamentos de la República de Bolivia. Oruro fué en otro tiempo residencia de ricos capitalistas, pero en el día ha decaído mucho de su antigua prosperidad, y casi está abandonada por la inundación de sus minas. La mayor parte de su jurisdicción es de una temperatura tan fría que no produce vegetales suculentos; pero contiene mucho ganado vacuno, vicuñas, guanacos y llamas.

## **CAPITULO VII**

### **EL TRABAJO EN LAS MINAS**

Siendo las minas del antiguo Virreinato de Buenos Aires tan ricas y abundantes, y el objeto principal de los esfuerzos que hicieron los españoles en el siglo XVI para conquistar el país, he creído conveniente extenderme en la noticia que voy a dar de ellas.

El incalculable tesoro mineral que contienen las entrañas de la cordillera, y las riquezas que produce en oro y plata; sobre todo para la imaginación de la más insaciable avaricia. Sus minas fueron el imán que atrajo allí a los aventureros del siglo XVI; éstos convirtieron muy luego la edad de oro del Perú en otra de hierro; y la espada de la opresión gobernó triunfante sobre los vencidos indios, cuyo oro fué la presa de sus conquistadores. Las minas trajeron pobladores



y habitantes a las estériles regiones donde más abundaba el metal; y las minas también han sido y son, la causa de la opresión y esclavitud de los infelices indios. Además del oro y la plata se encuentran en la Cordillera: minas de azogue, cobre, plomo hierro y platino. Todas estas han sido descuidadas por los españoles para contraerse con preferencia a la explotación de las de cobre y oro, exceptuando únicamente las de azogue, en razón del uso que de él se hace para separar el metal precioso de las tierras con que está mezclado.

Antes de la conquista, los peruanos extraían el cobre de sus minas y lo trabajaban; y conocían un método para endurecerlo a fin de sustituirlo a los usos en que se emplea el hierro. Entre las ruinas de sus palacios y en las **huacas** (sic) y sepulturas se han encontrado hachas de cobre y otras herramientas. La incuria o la altivez de los conquistadores desdénó de inquirir el secreto de los procedimientos que al efecto empleaban los naturales. Este arte se ha perdido, pero no es una conjetura infundada, que algunas combinaciones de lo platino con el cobre, pueden dar a este dureza y duración y preservarlo de oxidación y corroerse, que es una de las calidades del antiguo cobre peruano. La platina es un metal en el día muy conocido, aunque muy escaso. Se conoció por primera vez en Europa el año 1748, por Ulloa. Tiene casi la misma gravedad específica que el oro, es maleable y ductible, aunque no en el mismo grado. No es disoluble por ningún ácido simple, y no se empaña por la acción del aire: tiene la duración del oro, y una consistencia casi igual a la del hierro, y un grado mucho más alto de infusibilidad.

El oro y la plata eran tan abundantes en el Perú durante el siglo XVI, que el registro anual de la exportación para España en el discurso de veinticinco años subió a trece millones de piezas de a ocho además de las que pasaban por alto. El oro se encuentra ya sea en grandes o pequeñas porciones, en todo el Perú, en las montañas de Córdoba y Tucumán y toda la cordillera de Chile. Se extrae de las minas, o espurgando las arenas y los arroyos. Muy a menudo se encuentran trozos de oro puro en las minas; pero más generalmente aparecen en forma de marquesitas. Pero está calculado que se encuentra diez veces más oro en los cauces de los arroyos que de otro cualquier modo.

Las minas más ricas y famosas de la América del Sud se encuentran en la Provincia de las Charcas, dentro de la jurisdicción del antiguo Virreinato de Buenos Aires, y que hoy pertenece a Bolivia, y por lo tanto me parece oportuno dar una descripción de las principales, presentando primero una relación de ellas.

## MINAS

| DISTRITOS            | MINAS DE |       |       |        |       |
|----------------------|----------|-------|-------|--------|-------|
|                      | Oro      | Plata | Cobre | Estaño | Plomo |
| Tucumán              | 2        | 1     | 2     | —      | 2     |
| Mendoza              | —        | 1     | —     | —      | —     |
| Atacama              | 2        | 2     | 1     | —      | 1     |
| Carangas             | —        | 2     | 1     | —      | —     |
| Lifes                | 2        | 1     | 1     | —      | 1     |
| Porco                | 1        | 2     | 1     | —      | —     |
| Potosí               | —        | 1     | —     | —      | —     |
| Pacages o Berenguela | —        | 1     | —     | —      | —     |
| Chucuito             | —        | 2     | —     | —      | —     |
| Puno                 | —        | 1     | —     | —      | —     |
| Lampa                | —        | 2     | —     | —      | —     |
| Chichas y Tarija     | 4        | 5     | —     | —      | 1     |
| Cochabamba           | 1        | —     | —     | —      | —     |
| Sicasica             | 2        | —     | —     | —      | —     |
| Lavicaja             | 4        | —     | —     | —      | —     |
| Omasuyo              | 4        | —     | —     | —      | —     |
| Avangaro             | 3        | —     | —     | —      | —     |
| Carabaya             | 2        | 1     | —     | —      | —     |
| Chayanta             | 2        | 3     | 1     | 1      | 1     |
| Mizque               | —        | 1     | —     | —      | —     |
| Paria                | —        | 1     | —     | 1      | 1     |
| Montevideo           | 1        | —     | —     | —      | —     |
| Total                | 30       | 27    | 7     | 2      | 7     |

Era principalmente de las minas de Porco que los Incas sacaban la plata con que adornaban sus palacios, y au-

mentaban el esplendor de sus templos; y estas y las de las inmediaciones de Chuquisaca o La Plata, fueron las primeras que los españoles explotaron. Las de Porco eran muy ricas, y se refiere que un minero encontró una maza de aquel metal valuada en tres millones de pesos. Pizarro fundó la ciudad de La Plata en 1539 y sus minas eran consideradas como las más productivas y considerables hasta el casual descubrimiento de las de Potosí. Pero aquellas han caído en descrédito y quedado eclipsadas por las inmensas riquezas que contiene la montaña mineral de Potosí: han quedado casi abandonadas y muchas de ellas inundadas.

Descansamos algunos días en Oruro en los que no se interrumpieron los convites y funciones que daban a La Serna, y de los que, por supuesto, participábamos todos los de la comitiva. Fué en Oruro en donde me vi con más dinero que jamás hasta entonces había poseído: estando reunidos en casa de Valdés nos invitó éste a una partida de juego al monte, yo tallé y los dejé a todos sin un peso; concluida la diversión tuve que auxiliarlos incluso el mismo Valdés, y quedé propietario de más de tres mil pesos, amén de los créditos.

Nuestra mansión en Oruro fué de poca duración; después de cuatro días de descanso continuamos nuestro viaje a Potosí, siempre en triunfos agasajados y festejados por las autoridades locales. En uno de estos festines tuve un fuerte altercado con el secretario de La Serna, Don Eulogio Santa Cruz; ni la presencia del general fué bastante a contenerme porque las expresiones insultantes de Santa Cruz me hirieron en lo más vivo. Yo no sé si con intención de ofenderme directamente o por comprometerme en público, pues conocía mi opinión y la fogocidad de mis pocos años, o bien por un efecto de su crasa ignorancia, ello es que se dejó decir que los porteños eran todos canallas, y con muy pocas excepciones mulatos y negros: le contesté aun más de lo que debía, pues sin poderlo evitar, mis sentimientos patrióticos hicieron su explosión, de lo que todos se apercibieron, tratándolo al mismo tiempo de un modo que entre militares ya se sabe cual debe ser el resultado. La Serna dió una gran prueba de prudencia, aparentó no estar bien al cabo del asunto en cuestión. Cuando nos levantamos de la mesa, emplacé

a Santa Cruz para la mañana del día siguiente: ambos concurrimos y cuando el duelo estaba a punto de empezarse, sin testigos, se presentó Valdés, y nos intimó arresto de orden del general. Así esto quedó en nada; pero Santa Cruz y yo no volvimos a ser amigos, ni nunca lo habíamos sido, he querido decir que desde entonces fuimos enemigos irreconciliables.

Seoane se adelantó a Potosí para prepararnos alojamiento, volvió a unírse nos en la marcha y nos encontró en el campo de Vilcapugio, precisamente en el mismo emplazamiento en que se batieron y triunfaron los españoles al mando de Pezuela, contra los americanos a las órdenes del general Belgrano. Varios oficiales del país que nos acompañaban y habían asistido a aquella jornada, nos la describieron sobre el mismo sitio, y contestaron a nuestras innumerables preguntas. Mis ideas se han borrado mucho después de tantos años, pero me ha quedado la impresión de lo más esencial para poder asegurar que si el general Belgrano hubiese tenido más habilidad, el ejército español habría sido aniquilado. Este bajaba una cuesta bastante escarpada, y el ejército de Buenos Aires lo esperó a pie firme, formado en el llano, dando lugar a sus adversarios para que desplegasen su línea y entonces empezó el combate. Los ejércitos de una y otra parte no eran entonces tan maniobreros como se hicieron después: la guerra se aprende haciéndola, y es preciso confesar que los maestros de los españoles, que estaban muy atrasados en el arte cuando empezó la guerra de la Independencia de la Península, fueron los soldados de Napoleón: así mientras en América se peleaba entre americanos, que unos defendían la causa del Rey y otros la de su país, los primeros, mandados por algunos jefes españoles que no habían tenido escuela los más, y el resto creados en los primeros momentos de la revolución, y los otros por jefes y oficiales americanos; el sistema se resentía del atraso en que yacía en la metrópoli, en donde no se habían aun introducido los progresos y adelantamientos a que elevó aquel grande hombre la ciencia militar en sus gloriosas y frecuentes campañas; y es de presumir que a no ser las armas de fuego, las acciones habrían sido individuales en América, cuerpo a cuerpo como en la edad media antes de la invención de la

pólvora. Los jefes y oficiales españoles que sucesivamente vinieron a América terminada la guerra de la Península, y fogueados en ella, fueron a su vez los que enseñaron a los americanos el modo de hacerla con más ventaja introduciendo el nuevo sistema, y los discípulos concluyeron por sobreponerse a los maestros, expulsándolos definitivamente del suelo patrio después de sangrientos y repetidos combates.

Nos dió Soane una noticia extensa de Potosí y de cuanto allí se había divertido en los pocos días que estuvo: nos ponderó mucho la tertulia de una señora chilena, Doña Constanza Cortés, donde se jugaba muy fuerte; de la esplendidez de las cenas, jóvenes graciosas que se reunían, y entre ellas tres hijas de Doña Constanza, cuyo buen trato y finura, gracia etc., nos pintaba con el más vivo entusiasmo, de modo que ya ansiábamos llegase el momento de empezar a gozar las delicias de la nueva Capua, pues tal era para Seoane aquel pueblo inhospitable por la rigidez de su clima, pero las chilenitas lo habían hechizado.

Antes de llegar a Potosí, después de haber atravesado los más fríos páramos, en donde no se encuentra más albergue que las miserables casas de posta inundadas de **vinchucas** y otras inmundas sabandijas; atravesamos el río Pilcomayo por un puentecillo miserable, y el caudal de agua es allí tan escaso, que aquel día bien podía el río vadearse; se considera que el Pilcomayo es el primer origen del famoso Río de la Plata que majestuoso descarga sus aguas en el Atlántico, tan extendidas, después de recibir el tributo de innumerables ríos que pierden su nombre en su curso de más de seiscientas leguas, que en su contigüidad al océano cuenta cuarenta leguas de anchura. En Locaya, pueblo que dista diez leguas de Potosí, fuimos recibidos por varios sujetos de distinción, la mayor parte funcionarios públicos que venían a prestar homenaje al nuevo general. Allí conocí al capitán de Fragata Urquijo, casada con doña Paula Martínez de Montevideo (hermano del general don Enrique) hombre que ya rayaba en los sesenta, y en cuya casa me relacioné después, por ser la doña Paula muy patriota. Más adelante hablaré de esta señora. También vi entonces por primera vez al Conde de Casa Real Superintendente de la Casa de Moneda y Gobierno de Potosí, que también ocupará un pequeño lugar en estas memorias. Este señor tenía una posesión en

un pueblo de cinco leguas más adelante de nuestra ruta, que si mal no me acuerdo se llama Tarapaya (conocido por sus aguas termales) y nos obsequió espléndidamente la noche que allí descansamos.

## CAPITULO VIII

### LLEGADA A POTOSI

Entramos en Potosí con todo el aparato de un triunfo: todos los jefes de las corporaciones, las autoridades civiles y militares salieron a recibirnos a una corta distancia, vestidos de etiqueta y en caballos ricamente enjaezados: luego que nos apeamos en la casa de Gobierno empezaron las arengas que se prolongaron tanto que no se les veía el fin: están muy en boga en el Perú, y cuando no se pronuncian en latín están intercaladas con sentencias en este idioma. Por la tarde se sirvió un espléndido banquete, y la función terminó con un baile que duró una gran parte de la noche: en él se ostentaban todas las bellezas de Potosí que a la verdad entonces no eran muy abundantes: por un efecto del clima todos los que han vivido en Potosí algunos años, tienen el rostro sumamente encendido de un color amoratado muy fuerte. Nos retiramos a nuestros alojamientos cansados de tantos obsequios. Al mío me acompañó el dueño de la casa que era un vizcaíno llamado don Ignacio Irureta, individuo entonces del Cabildo. Cuando me introdujo en las habitaciones que me había destinado me quedé sorprendido al ver la suntuosidad de la cama que me estaba destinada, y los muebles delicados que decoraban las piezas: los armarios estaban llenos de utensillos de oro, mates, platos, cubiertos etc., todo era de este metal precioso; pero la cama, sobre todo, estaba colgada como para un príncipe. Irureta había casado con una hija de Potosí, una mestiza muy rica que hablaba mejor el **quichua** que el castellano, y él por su parte había hecho una ganancia extraordinaria al juego: era hombre llano y franco, sabía gastar su dinero.

Al día siguiente ya fuí introducido en casa de madame Costanza, y por la noche asistí a su tertulia: era efectivamente una reunión muy lucida donde reinaba la mayor franqueza. Irureta me introdujo en su habitación y abriendo un cofre casi lleno de oro y plata me invitó a que tomase lo que gustase, pero a pesar de sus reiteradas y sinceras instancias no quise hacer uso de su generoso ofrecimiento, cosa que tomó muy a mal diciéndome lo desairaba: buen vizcaíno, era verdaderamente un hombre generoso. Después supe que este Irureta era primo hermano de los Rezavales de Buenos Aires, que son también primos hermanos de Eugenia.

Encontré en Potosí dos familias con quienes tenía relaciones de parentesco: ellas se dieron a conocer; yo salí tan joven de América que ninguna noticia tenía a este respecto. Una de ellas eran las hijas del famoso Doctor Cañete, tres o cuatro hermanas, una casada con el coronel Baez, natural del Paraguay, y entonces Intendente del ejército, y la otra con un vizcaíno comerciante de Potosí, don N. Ibargüen: las frecuenté muy poco a pesar de sus instancias y continuos ofrecimientos, porque supe muy luego que eran realistas exaltadas, y esta circunstancia bastaba para que yo les pusiese veto y hasta las mirase con prevención: yo no respiraba sino patrióticamente. La otra era la familia de Arroyo: esta relación era más inmediata que la de las Cañetes: Arroyo, que ya había muerto, era hermano de mi abuela materna: la viuda tenía tres hijas y dos hijos primos hermanos de mi madre, pero todos eran realistas, gentes sencillas y llanos, pero que visité poco porque en la casa entraba mucho subalternaje, y yo ya tenía aunque muchacho, los humos de jefe, como que lo era. Mi entrada era más frecuente en casa de doña Paula Martínez de Urquijo: esta señora era muy patriótica y de un talento superior, su sociedad se componía tan solo de individuos adictos a la causa de la Independencia, por lo que estaba muy señalada en la ciudad. Yo me consideraba allí entre los míos, y me desahogaba, aliviando así el peso que me abrumaba, con bastante imprudencia, lo confieso; no se cómo aquellas reuniones no me fueron funestas. Urquijo había sido Gobernador de Mojos y Chiquitos desde el tiempo en que su hermano ocupó el Ministerio Español, pero tuvo que abandonar



su gobierno por la insurrección de aquellas provincias; y en la época que lo conocí era Gobernador titular de Salta que estaba ocupado por los patriotas: aunque Urquijo profesaba una opinión contraria a la de su esposa, ésta tenía sobre él grande ascendiente, y yo no tenía nada que recelar por este lado.

Nos detuvimos en Potosí como unos 15 días que se pasaron muy alegremente, participando de las diversiones y obsequios con que festejaban al general La Serna: los de su comitiva, particularmente, eramos los más considerados como que disfrutábamos más de la confianza del general Valdés ya entonces se le había sobrepuesto, y hacía y deshacía a su antojo. Es verdad que para todas las deliberaciones de alguna importancia se reunía la logia, pero ya se sabe cuál es el resultado en estos cuerpos colegiales: hay dos o tres miembros que tienen todo el ascendiente y arrastran la opinión de la mayoría. Aun durante la marcha, en el desierto siempre que la oportunidad se ofrecía, eramos convocados, y se resolvía lo que había de hacer el general. Este era naturalmente suave y fácil de dirigir, pero ¿de qué le hubiera servido tener un carácter más firme e independiente, rodeado como estaba por todos nosotros? Es incomensurable el poder e influjo de una asociación semejante siempre que sus miembros se entiendan bien; es para los negocios políticos como en la mecánica la palanca de Arquímedes; y dígame lo que se quiera toda vez que no corrompan ni se desvien del objeto original por ocuparse del interés individual, en un país en revolución no puede marcharse sin ellas. Algún tiempo he sido de opinión contraria, pero la experiencia me ha enseñado después, bien a mi costa, que cuando un poder tiránico se entroniza en un país, no hay medio más eficaz para derribarlo que la reunión de los hombres libres de más saber en sociedades secretas; sin que por esto deje de conceder que es preciso disolverse y marchar franca y públicamente luego que se ha obtenido el fin de la asociación, porque es incuestionable que las sociedades secretas cuando se prolonga su existencia, concluyen por establecer otra tiranía.

## CAPITULO IX

## LA CIUDAD DE POTOSI

Es aquí el lugar de dar una ligera noticia, de la ciudad de Potosí, y de su famoso cerro mineral. El descubrimiento de las famosas minas de plata de Potosí, fué efecto de una casualidad. Un indio llamado Hualpa, en el año 1545, persiguiendo unas cabras silvestres y saltando por entre las empinadas rocas, se agarró a un arbusto para sostenerse, lo arrancó de raíz y esta dejó descubierta una maza de plata pura. Hualpa guardó el secreto durante mucho tiempo gozando el sólo de aquella riqueza y ocurría a su culto tesoro cuando sus necesidades lo exigían. El cambio repentino de su fortuna llamó la atención de un amigo suyo llamado Guanca, y no pudiendo resistir a sus exigentes cuestiones, al fin le descubrió el secreto. Durante algún tiempo disfrutaron en sociedad de los beneficios de la mina; pero habiendo Hualpa rehusado de instruir a su amigo de los procedimientos que empleaba para purificar el metal, Guanca reveló el secreto a su amo, un español llamado Villaroel que vivía en Porco; y este sin perder tiempo empezó a explotar la mina obteniendo crecidas ventajas.

La primera mina fué llamada la descubridora, por haber sido ocasión de descubrir otras muchas en el seno de aquel mismo cerro; pues al cabo de pocos días se encontró una tan rica como la primera; después otra llamada la Rica que lo era efectivamente mucho más que las otras: estas y la llamada de Mendieta son las cuatro minas más considerables del cerro de Potosí; pero hay un gran número de otras inferiores que cruzan interiormente el cerro en todas direcciones. Las vetas principales sin embargo, están al norte de la montaña y en dirección norte - sur. El cerro es de figura cónica y tiene cerca de 18 millas de circunferencia en su base. El terreno es muy seco, frío y estéril. Las minas de Potosí son también consideradas como las más ricas, porque no se inundan tan fácilmente como las otras, aunque algu-

nas de ellas están sumergidas en más de 200 brazas de agua. Es incalculable el mineral que se ha extraído de esta mina, el cerro está taladrado por galerías subterráneas en todas direcciones: las bóvedas que penetran por entre las venas y sostienen las tierras, se llaman **socabones**: tienen como ocho pies de ancho y seis de altura. Los mineros trabajan en aquellos estrechos pasajes subterráneos privados de la luz y el calor del sol: el aire es tan frío y mal sano, que inmediatamente que se entra se sienten fuertes náuseas. Trabajan alternativamente día y noche con luz artificial, y enteramente desnudos para impedir el robo y ocultación de los metales. Es fuera de todo encarecimiento la triste condición de los indígenas obligados a este duro trabajo. En las minas reales se empleaba la medida violenta de la **mita** o trabajo personal, para hacer trabajar a los indios en las minas; y al que no concurría se le imponía la multa de 30 pesos, que los indios llamaban **faltriqueras**. Cuando empezó el trabajo de las minas cada español tenía asignado un número competente de indios, que es lo que se llamaba **repartimiento**; pero la opresión que sufrían y lo penoso del trabajo disminuyó tanto el número de aquellos desgraciados, que cuando, para aliviarlos, se promulgó un real decreto, era muy escaso el número de los que quedaban para gozar de este beneficio. Las minas en el día son trabajadas por indios en su mayor parte, pero se les paga mejor y sufren menos privaciones que antiguamente. Se cuentan en el cerro de Potosí hasta 4.000 bocas minas, pero son muy pocas las que se profundizan hasta 80 varas. Es enorme la diferencia de producción, comparados los primeros años de explotación con los que se extrae en el día: no se puede decir que el mineral se haya agotado pero está muy exhausto. La corona tomaba el **quinto** de lo que se elaboraba: ignoro a cuánto asciende en el día este derecho.

La falta de maderas para la construcción de las máquinas y la necesidad de conducir de otras partes todos los artículos necesarios para la vida, a aquel estéril distrito, es un inconveniente muy grande para activar los trabajos de las minas de Potosí; pero es indudable que con un grado moderado de inteligencia y actividad, sus productos serían cuando menos el quintuplo de los metales que se extraerían bajo la dirección ignorante y defectuosa de los españoles.

Oruro tiene muchas minas de oro y plata, las primeras aunque conocidas desde el tiempo de los Incas, están abandonadas desde entoces; pero las de plata proporcionan grandes riquezas a los habitantes. Al principio del siglo 17 muchas fueron inundadas y todos los esfuerzos practicados para desaguarlas han sido infructuosos. Con la insurrección de Tupac Amarú acabaron de arruinarse las minas de Oruro, la mayor parte de los indios perecieron durante esta guerra intestina. Esta es la razón porque en el día están las que han quedado en gran decadencia y descuidadas también por la escasez de recursos pecuniarios.

Terminase aquí este largo artículo sobre minas, porque considero una digresión del plan que me he propuesto extenderme sobre este asunto; y esta es la razón porque omito entrar en pormenores y noticias de las otras minas que poseía el antiguo Virreinato de Buenos Aires, y de que he hecho mención nominal en la relación que inserto más arriba; ahora es tiempo que continúe la de mi caravana. La ciudad de Potosí debe su origen al descubrimiento de las minas que abriga en su seno el cerro a que está contigua. Su población es de 70.000 habitantes, de los que 10.000 son españoles. El circuito es de cerca de dos leguas y contiene muchas familias nobles y otras extraordinariamente ricas. El aire es tan frío, que todo el país adyacente es completamente estéril y no produce granos, ni frutos, ni substancia alguna alimenticia. Sin embargo, su mercado está abundantemente provisto de toda clase de víveres que se conducen de grandes distancias. Las iglesias son notablemente magníficas, y profusamente decoradas con ornamentos y utensilios de oro y plata. Las casas en general son bien construídas, y llama la atención la suntuosidad de sus muebles. El temperamento es fatal, el calor del sol no está en equilibrio con el aire atmosférico; así sucede que cuando aquel no puede soportarse por la intensidad de su fuerza, si uno se acoge a la sombra instantáneamente aun haciendo el más moderado ejercicio y los efectos del **soroche**, la respiración casi se interrumpe instantáneamente aun haciendo el más moderado ejercicio y a mi me ha sucedido que mientras he estado entregado al sueño, me he levantado despavorido sin poder respirar; el poder de la electricidad es sumamente fuerte. Los que no proscriben el uso de la bebida, aunque sea en pequeñas do-

sis, gozan de muy poca salud, y la duración de sus vidas es muy corta. Potosí tiene seis conventos de frailes y dos de monjas, una magnífica casa de moneda, un colegio y un hospital. La ciudad está situada al pie del cerro mineral, que como he dicho anteriormente tiene 6 leguas de circunferencia: su altura sobre el nivel de la llanura es de 4.300 pies. Desde el descubrimiento de las minas de Potosí, en el año 1545 hasta el año 1803, se han acuñado 1.095.500.000.

## CAPITULO X

### EL EJERCITO REAL DEL PERU

Dejamos a Potosí en los primeros días del mes de noviembre; nada de particular ocurrió en este viaje. Desde Potosí a Caiza hay 12 leguas de distancia: se encuentra una fuente de agua caliente impregnada con gas hepático, azufre y una tierra crasa arcillosa llena de cristales de alumbre, y muy dócil. Hicimos noche en Zoropalca pequeño pueblo de indios; dista seis leguas de Caiza: esta jornada fué muy molesta, la quebrada de Zoropalca ocupa el camino en toda su extensión y un arroyo decorado con el nombre de **grande**, serpentea a lo largo de ella, de modo que es preciso pasarlo y repasarlo más de cien veces. Quirbe, que es otro pueblo de indios de poca consideración, dista también seis leguas de Zoropalca: empiezan ya a encontrarse algunos árboles de la familia del espinillo que dá una vainilla muy parecida a la algarroba: estos son los primeros que vimos sobre el camino desde la salida de Arica, y es increíble la agradable sensación que se experimenta al aspecto de estos compañeros inanimados del viajero fastidiado con la monótona y salvaje aridez de una marcha tan dilatada sin haber visto uno solo. Seis leguas más distantes está la posta de Escobar donde hicimos noche, y al día siguiente entramos en Santiago de Cotagaita, distante cuatro leguas; cerca de este pueblo se recoge mucho oro que desprenden los torrentes en su descenso de las montañas. El principalmente de San-

tiago que se provee Potosí de combustibles: este ramo de comercio es muy lucrativo para Cotagaita: la posición del pueblo es incómoda, pero el clima muy agradable.

El cuartel general del Ejército Real del Perú estaba a la sazón en Santiago: el teniente general Ramírez lo mandaba en jefe e hizo la entrega al general La Serna. Acostumbrados como estamos a ver las lucidas tropas europeas, y muy particularmente las francesas que habían servido de modelo a los españoles, fuimos desagradablemente sorprendidos a la vista del ejército en que entrábamos a servir. Su composición, su táctica, su aspecto, en fin todo se resentía de los defectos del antiguo sistema: el traje solo de la oficialidad y tropa excitaban la risa de los más circunspectos: la mayor parte de los jefes y oficiales o eran hijos del país, principalmente cuzqueños y de estos muchos mulatos y cholos, o europeos sin principios, casi todos salidos de la hez del pueblo (como los que han venido siempre a América, y muy particularmente al Perú) aventureros que habían venido de España a hacer su fortuna y que tomaron una parte activa contra la revolución y fueron improvisados capitanes, coroneles etc. Así, la superioridad de los recién llegados era muy marcada. Este ejército sin embargo, se había batido bien y con suceso en diferentes ocasiones y los soldados de infantería sin ser brillantes, eran valientes; pero la servilidad y falta de conocimientos en el arte hacía que los mirásemos con desprecio, porque no hay duda que el aire marcial y desembarazo es una de las calidades necesarias e inherentes a los guerreros, y aquellos carecían del exterior que fascina y tanto contribuye a formar una idea aventajada del espíritu y buen porte militar. La caballería estaba muy mal montada, y muchos de los escuadrones cabalgaban en mulas. Entramos en el ejército mandándolo: Valdés a pesar de su corta graduación, pues no era más que teniente coronel, fué nombrado jefe interino del estado mayor general; Ferraz el jefe de su guardia; y yo fui nombrado mayor general interino de artillería; acababan de incorporarse tres cuerpos europeos, el batallón ligero de Gerona, el escuadrón de dragones de la Unión, cuyo comandante interino era el capitán graduado de teniente coronel, García Socoli y el de Húsares de Fernando VII al mando del coronel graduado

Germán: estos dos últimos habían pertenecido al ejército del general Morillo que desembarcó en la Costa firme, y formaron parte de una división que este jefe destacó a Lima; desde donde el Virrey los destinó al ejército del Perú. Para la Logia era un buen refuerzo el de tres cuerpos europeos los únicos que tenía el ejército, pues los demás eran del país; así se hacía menos difícil adquirir la preponderancia que nos habíamos propuesto. Encontré en Cotagaita a un antiguo condiscípulo del colegio de Segovia, al capitán graduado de teniente coronel don Félix de la Roza; amigos desde la infancia, ambos nacimos en Buenos Aires y nos criamos inseparables en Montevideo porque nuestros padres eran paisanos y amigos íntimos también desde la niñez: nuestras madres también eran íntimas y paisanas, la de La Roza lo era doña Fermina de la Quintana: La Roza era comandante general de artillería, y por consiguiente más antiguo que yo. Me hospedé en su casa; nos queríamos como dos hermanos. El carácter de este joven era verdaderamente singular; cuando estudiaba en Segovia, estando en la última clase de artillería, bajó de clase por ser poco aventajado en el dibujo militar y su ánimo se preocupó tanto que iba ya a arrojar al foso, donde se habría hecho pedazos, si otro condiscípulo, don Pedro Goossens, no lo hubiera agarrado por una pierna en el momento de desprenderse de la contraescarpa: fugó del colegio, y después de las más activas pesquisas lo encontraron dentro de una cueva donde el mismo se había sentenciado a morir de hambre: entonces no tenía más que 16 años; el príncipe de la Paz, entonces Director y coronel general del cuerpo, lo condenó a dos meses de calabozo. Sus pasiones eran impetuosas y cuando llegaba la ocasión hacían su explosión del modo más violento. La Roza alcanzó al general Pezuela cuando este mandaba el ejército del Perú, y a pesar de su clase subalterna tuvo con el general un lance bien fuerte: tenía La Roza un brillante equipaje que había traído de España y lo conservaba intacto en sus baúles, entretanto que vestía con el mayor desaliño sin haber jamás usado divisa militar durante el tiempo que estuvo en el ejército: Pezuela para obligarlo dió una orden general para que ningún oficial del ejército dejase de usar el distintivo de su clase bajo pena de suspensión de empleo: esta orden ponía a La Roza en un fuerte compromi-



so porque él asistía diariamente a la mesa del general, y por consiguiente no podía eludirla; pero él no alteró su traje de costumbre, fué al cuartel general y el edecán de servicio le privó la entrada; de las palabras pasaron a las manos; al ruido acudió Pezuela lo reprendió del modo más severo, pero La Roza le contestó del modo más descomedido y furioso y hubo una escena de escándalo; le suspendieron el empleo, pero volvió pocos días después al servicio.

Desde mi primer encuentro con aquel amigo tan querido, le descubrí mi corazón asegurándole que mi venida a América tenía por objeto, no pelear contra los independientes sino unirme a ellos: él me manifestó que sus sentimientos eran igualmente patrióticos, pero que no podía hacer el sacrificio de separarse de su familia que pertenecía al partido del Rey; le eché en cara haberse batido contra los patriotas en la batalla de Sipesipe, y esta reconvención lo exasperó en alto grado; me dijo que era más patriota que yo, y en prueba de ello me propuso que volásemos los almacenes y el parque del ejército, que de este modo la ruina del ejército real era segura: si yo le hubiese dado mi palabra, La Roza era capaz de llevar a efecto una proposición tan diabólicamente desatinada; pero yo al mismo tiempo que le hice ver lo inicuo de un proceder semejante, rechacé el medio como indigno de hombres de honor: La Roza lo tenía, pero en aquel momento había perdido la razón, transportado de enojo por mi reconvención. Esta acalorada discusión concluyó por comprometernos entrambos a tomar partido con nuestros paisanos y yo quedé muy contento del nuevo prosélito que acababa de hacer para la causa de mi país, porque La Roza era oficial valiente y de conocimientos en su profesión; toqué el resorte que más podía lastimarlo y después la conquista quedó asegurada.

La Roza poseía un corazón ardiente, una alma indomable, un carácter estoico, pero tenía virtudes sobresalientes. Su padre administrador de correos de Lima, era disipado y gastador y mi amigo, entre tanto, ahorra todos los meses casi todo su sueldo; el dinero que juntó privándose hasta de lo necesario lo mandó a Lima para costear en Europa la educación de su hermano Ignacio: rara virtud en un joven de veinticuatro años. Más adelante se verá el fin prematuro que tuvo este joven desgraciado.

El general Ramírez, antecesor de La Serna, no era gran cosa como militar. Español de nacimiento había hecho su carrera en América desde la clase subalterna en que vino de España; pero una expedición para apaciguar el Cuzco y su buen resultado le había dado algún renombre: todos le acordaban bastante sagacidad, tenía edad para no carecer de ella, más no era táctico ni estratégico, y no creo que hubiese saludado las obras de los grandes capitanes. En la batalla de Sipe Sipe concurrió como segundo del ejército en clase de mariscal de campo, Pezuela que tenía la misma graduación lo promovió a teniente general. Es fácil concebir que el objeto de Pezuela fué obtener la misma dignidad militar, y no salieron errados sus cálculos, porque el Virrey no tardó en acordársela.

Como La Serna se presentó en el ejército con un gran séquito de jefes y oficiales europeos y con algunos cuerpos también, muy pronto se manifestaron los celos de los antiguos oficiales fundadores, la mayor parte hijos del país; pero el carácter dominante de Valdés, que era el pequeño Napoleón del ejército, muy pronto subordinó a los rivales, mediante el gran ascendiente que ejercía sobre La Serna; bien que siempre, y en las ocasiones, se manifestaba el espíritu de envidia porque la sumisión era forzada. La Serna resolvió trasladar su cuartel general a Tupiza con todo el ejército, y nos pusimos en marcha a los tres días de nuestra llegada a Santiago; entramos en Tupiza en 14 de Noviembre. No es fácil que yo hubiese olvidado esta familia, porque como llegamos de noche y yo no conocía el terreno, al ir a acampar en el que se había designado para la artillería caí con mi caballo en una zanja muy profunda, pero el caballo quedó parado y yo no recibí lesión alguna: cuando al día siguiente reconocí el lugar me sorprendí de mi felicidad, la zanja tenía una profundidad de seis varas, y era muy estrecha en el fondo: trabajo me había costado para salir con mi caballo de aquel profundo pozo.

## CAPITULO XI

## LA BATALLA DE SIPE SIPE

El resultado de la batalla de Sipe Sipe, perdida por los patriotas al mando del general Rondeau fué la evacuación de todo el Alto Perú: este general fué relevado por el general Belgrano que reorganizó el ejército y se estacionó en Tucumán, cuya vanguardia mandada por Güemes, Gobernador de Salta, estaba en esta ciudad: los españoles por su parte habían avanzado, pero no pasaron de Tupiza y sus inmediaciones: el brigadier Olañeta mandaba la vanguardia del Ejército Realista, y hacía sus correrías en un radio muy corto. Güemes había destacado una fuerza de ochocientos hombres al mando del Coronel Mayor Marqués del Valle de Tojo (el segundo era el Coronel Don Juan José Quesada): Olañeta la sorprendió en el pueblo de Llavi mientras los jefes entregados a la más imprudente y reprehensible confianza estaban oyendo misa: la resistencia fué muy débil, todos fueron hechos prisioneros, incluso el Marqués, Quesada y treinta o cuarenta oficiales. Recibimos la noticia de este suceso al día siguiente de nuestra llegada a Tupiza. Así pues, es fácil comprender por la descripción que acabamos de hacer, que los dos ejércitos contendientes estaban en inactividad, y separados por una distancia de más de 160 leguas; tan sólo las vanguardias de uno y otro solían avanzar destacamentos para empresas secundarias.

El Virrey Pezuela, alarmado con la llegada de La Serna al Perú, porque creyó que venía nombrado Virrey de Buenos Aires, y que por consiguiente le segregaría una extensión considerable de terreno bajo su jurisdicción, así como todo el ejército de operaciones, luego que se apercibió que La Serna era su subordinado, y que no tenía otra autoridad que el mando del ejército que había sido instrumento de su gloria militar, trató de impedir que el nuevo general pudiese rivalizarla, aunque para conseguirlo comprometiere la misma causa que defendía. Pezuela conocía bien el teatro de la guerra y el carácter y circunstancias de esta; sabía que la provincia de Salta era el antemural más fuerte de los pa-

triotas, y que allí debían estrellarse los esfuerzos de los españoles, y resolvió por lo tanto que La Serna abriese la campaña; seguro como estaba de que ella no podía tener buen suceso, lograba de este modo que La Serna se desacreditase en sus primeros pasos como general del ejército, que él mismo (Pezuela) había conducido a la victoria, y por lo tanto conseguía de este modo hacer resaltar más su crédito con el descrédito de La Serna cuya prosperidad había oscurecido su renombre. La Serna conocía muy bien las miras péfidas del Virrey, pero le era forzoso obedecer, y por otro lado su amor propio se lisonjeaba con un triunfo seguro, contando por obtenerlo con jefes, oficiales y soldados europeos que habían hecho la guerra en la Península, y que efectivamente estaban infatuados no sólo de su preponderancia militar, sino con la idea poco ventajosa que tenían de los enemigos que iban a combatir. Así, pues, el nuevo general se preparaba a abrir la campaña, muy persuadido que la celada que le armaba el Virrey obraría un efecto contrario al que éste se proponía. Pero antes de todo, daré una noticia del Marqués prisionero, y de las relaciones de amistad que contraí con él y Quesada.

Llegó a Tupiza toda la división prisionera; el Marqués y Quesada fueron alojados en la cárcel pública, la tropa y oficiales en unos edificios de los arrabales. Visité a aquellos dos jefes y les proporcioné ropa y dinero de que carecían: mi corazón republicano se desahogó con los dos desgraciados, que me manifestaban su admiración al verme tan joven y tan adelantado en la carrera, con un desprendimiento nada común de las ventajas que ella me ofrecía. Mis instancias para llevarlos a mi casa saliendo garante de su seguridad fueron sin fruto alguno, y todo lo que conseguí de Valdés fué que Quesada saliese un día de la cárcel a comer conmigo. En una reunión de la Logia se hizo una subscripción para socorrer a los oficiales, y el Subteniente Placencia y yo fuimos comisionados para distribuirla, lo que verificamos al día siguiente: aquellos hombres estaban admirados de tanta generosidad; y con razón, porque desde el principio de la guerra era la primera vez que se ejercía por los vencedores en obsequio de los vencidos. Los **cuicos**, por su parte, no dejaron de censurar nuestra humanidad, comentándola y haciendo deducciones maliciosas. Por último el Marqués y Quesada salieron de Tupiza para Lima, ambos llevaron mis cartas de recomen-

dación para Potosí y aquella ciudad, y Quesada me ha dicho después que a no ser por ellas habría perecido. Más adelante volveré a hablar del Marqués: entretanto, diré que su captura fué un golpe muy fuerte para los independientes, porque aun cuando era un hombre apático y de poco valer, la popularidad de que disfrutaba entre los indios habitantes de sus inmensas y ricas posesiones, hacía que tuviese una importancia real, de la que otro hombre de más capacidad habría sacado inmensas ventajas personales y para la causa en general; pero el Marqués era un pobre hombre.

## CAPITULO XII

### S U I P A C H A

El cuartel general estuvo en Tupiza muy poco tiempo: el necesario para hacer los preparativos de la campaña que debía abrir: su primer marcha fué a Suipacha donde hizo alto: yo me quedé en Tupiza con la Maestranza y la mayor parte del Parque, el resto estaba en Santiago de Cotagaita a cargo de la Roza, con orden de incorporarse luego que acabase de recibir las remesas que debían hacerse de Potosí. También estaba yo encargado de la Comandancia Militar de Tupiza que me correspondía por mi graduación, de modo que por primera vez y a la edad de veintidós años me encontraba a la cabeza de más de ochocientos hombres: en éstos estaba comprendido el escuadrón europeo de Dragones de la Unión, cuyo comandante interino García Socoli era más moderno que yo. Este hombre tenía un carácter muy jocosos, tocaba y se acompañaba en la guitarra perfectamente, su voz era encantadora: la historia de García era muy curiosa. Su estatura colosal y gallarda presencia le dió entrada siendo guardia de corps, hasta el retrete de la reina de España María Luisa, la que como todos saben era pródiga en esta clase de favores; pero Godoy cuyo poder estribaba principalmente en no tener asociados que participasen a un tiempo de la liberalidad real, lo hizo salir de Madrid destinándolo en clase de pupilo a los

Toribios de Sevilla, establecimiento de barbarie que sólo puede existir bajo un gobierno despótico y brutal, en donde se vapuleaba a los desgraciados que eran forzados a entrar en él: allí pagó García la deuda común a todos sus colegas —el vapuleo—, y salió para Vich recomendado al obispo, para que estuviese en observación de su conducta religiosa, desde donde fué destinado en clase de Subteniente al fijo de Manila: la revolución lo encontró en Cádiz próximo a embarcarse y pudo evitar un destierro enrolándose en un regimiento de voluntarios que se creó en Cádiz: fué prisionero de los franceses con todo el regimiento en la acción de Lesin, muy al principio de la guerra de la independencia española, y no regresó a su patria hasta las paces generales. Fernando VII, tal vez por alejar de sí a uno de sus innumerables padrastrós, lo destinó a la expedición de Murillo, desde donde vino al Perú. Con García pasaba momentos muy divertidos en las tertulias de Tupiza, él admitía toda clase de bromas; pero la que no podía soportar era la aventura de los Toribios que negaba a pie juntillas y hasta negaba sus relaciones con la Reina, como que era el antecedente de la desdicha en que se había visto de tener que montar a **babucha**, como dicen los niños de las escuelas. Nos divertíamos grandemente: en Tupiza había muchas familias salteñas, gente toda lucida y de buen humor.

Por último salí de Tupiza para Suipacha, que acababa de evacuar el Coronel General, allí se me incorporó el regimiento N<sup>o</sup> 1, más conocido con el nombre de Picerga, jefe realista que lo había creado: era este cuerpo el más antiguo del ejército, y el plantel de todos los demás: bajo su antiguo jefe se había distinguido, pero el que entonces tenía lo desacreditó por su pusilanimidad: era éste el Brigadier don Antonio Alvarez y Tomás. La Serna cometió la imprudencia de disolver el regimiento, entregando la tropa a un capitán instructor del batallón de Gerona con destino a la Comandancia Militar de Suipacha, de que yo estaba hecho cargo: los soldados se exasperaron tanto que empezaron a desertar: hubo noche de faltar hasta cien, y en cinco días casi todos habían desaparecido. Esta medida antipolítica y la de querer establecer el sistema militar europeo causó gran descontento en las tropas del país, y produjo una gran baja en el

ejército. La Serna publicó una orden que reglamentaba el número de bagajes según las clases, obligaba a la tropa a comer en rancho, y prohibía a las mujeres acompañasen al ejército: estas tres disposiciones fueron impracticables, y la experiencia hizo ver poco tiempo después que el sistema que se había encontrado era el más adaptable al país, por sus localidades, costumbres; y otras circunstancias peculiares al Perú. En cuanto a bagajes, es fácil comprender que no era muy llano prefijar número en un país en que muchas veces era forzoso cargar el agua y hasta la leña, por ser estos dos renglones escasísimos en el Perú, y tener el ejército que acampar en despoblados enteramente exhaustos de entrambos artículos. El rancho tampoco pudo establecerse, porque los soldados estaban acostumbrados a que las **cholas** les hiciesen la comida favorita, que es el **chupe**, en menos de un cuarto de hora después de acampar; mojaban el charquesillo y el ají y con un corto hervor ya estaba pronto el alimento; además, los peruanos usan todos la **coca**, que es la hoja de un arbusto que los sustenta dos y tres días sin tomar ninguna otra cosa, y sin la que no pueden pasar: todo esto sin cerceñar el prest, como era indispensable para comer un rancho. Ahora, en cuanto a las mujeres, este era un punto capital, que jamás La Serna debió tocar: cada soldado tenía una compañera, muchos dos y tres, había batallón que no tenía tantas plazas como cholas adictas, el separar a estas de sus queridos era lo mismo que no contar con éstos. Todos habrían desertado. Así pues, La Serna se vió obligado muy pronto a dejar las cosas conforme estaban, salvo algunas ligeras modificaciones; pero la impresión moral duró por mucho tiempo y contribuyó a que reinase cierto ojeriza entre americanos y europeos.

La función de Santa Bárbara, patrona de los astilleros españoles, se celebró en Tupiza y yo la costee por mi doble representación de Comandante Militar del punto y jefe del Cuerpo: di una comida tan buena como el lugar lo permitía, y por la noche un baile que tuvo un fin fúnebre, porque un capitán sargentón que había sido soldado del hijo de Buenos Aires, gallego ordinario y soez, tuvo la extravagante ocurrencia de entrar en el salón cargado con el cadáver de un infeliz que había muerto aquel día en el hospital, y como es fácil comprender, las damas salieron despavoridas. Todos nos in-



comodamos tanto con el tal oficial, y yo principalmente, que no le valió el estado de embriaguez en que estaba, y purgó su atrevimiento con algunos días de arresto en una guardia.

La guerra que se hacía en el Perú era propiamente de exterminio, y los actos de ferocidad con los vencidos, indignos de pueblos civilizados; pero es preciso decir en obsequio de la verdad que los españoles se distinguían más que los patriotas por sus inauditas y estudiadas crueldades. A los recién llegados nos causaban gran sorpresa los términos en que generalmente estaban concebidos los partes de los comandantes que mandaban divisiones destacadas: comunicaban al General en Jefe que en tal combate habían hecho tantos prisioneros, que habían fusilado tal número y que remitían el resto al cuartel general donde sin duda el General en jefe les haría sufrir la misma pena que a sus compañeros: ¡y estos partes se insertaban después en la gaceta de Lima! Desde que La Serna tomó el mando, manifestó de un modo práctico su disgusto a los jefes que más se habían excedido por sus crueldades, separándolos de sus cuerpos. Tal suerte cupo al Coronel Lavin; este jefe nacido en el arroyo de la China había sido el azote de sus paisanos; y entre los hechos espantosos de que era culpable, referiré el siguiente, por ser el que me hizo más impresión. Lavin estando de gobernador en Tarija hizo un crecido número de prisioneros en una acción en que los patriotas fueron vencidos: los condujo a Tarija después de haber fusilado muchos de ellos, y los puso en la plaza a vender como si fuera un rebaño de carneros: no faltaron almas corrompidas que entrasen en este negocio y Lavin juntó una buena suma de dinero; pero ochenta y tantos de aquellos desgraciados que no encontraron comprador fueron sentenciados a ser fusilados a la vez: al efecto Lavin formó su batallón y ordenó que todos los habitantes de Tarija concurriesen a presenciar tan atroz carnicería: las víctimas estaban formadas en alas, inmediatas y dando la espalda a una de las paredes de la iglesia: el batallón rompió el fuego a discreción; no cesó de hacerlo hasta que no quedó uno en pie: entonces haciendo aproximar a los notables del pueblo a aquel grupo de cadáveres, y poniendo sobre la cabeza de cada uno de estos una espada, prestaban juramento de ser fieles a la causa real: una de las víctimas tuvo la feliz ocurrencia de tirarse al suelo boca abajo a los primeros tiros,

y así pudo escapar de la carnicería y en el acto que sobre su cabeza se prestaba este nefando juramento se levantó gritando: "yo también juro": el feroz Lavin lo hizo fusilar al instante. Lavin era un joven de veinticuatro años, muy bien dispuesto pero fanático y cruel, tenía crédito en el ejército como un valiente: cuando se vió desairado empezó a inclinarse a la causa de su país, y en Tupiza más de una vez conocí que quería explicarse conmigo, pero siempre le di resguardo: no sólo desconfiaba de su patriotismo, sino que lo miraba con cierto horror. Después he sabido que tuvo un fin trágico en el Cuzco: antes de concluir la guerra de la Independencia, trató de hacer una revolución a los españoles en favor de la causa de América, fué sentido y en el momento de la ejecución, al entrar en el cuartel que iba a sublevar le dispararon un cañón a metralla a boca de jarro, y quedó tendido. Al menos esta muerte fué meritoria para la patria, más honrosa que haberla recibido en un campo de batalla peleando contra sus paisanos. Si él hubiese vivido habría hecho figura, porque era muy experto. La mayor parte de los que lo hacen en el día en el Perú, han combatido durante una larga serie de años contra la causa de la Independencia, y hoy día son los primeros personajes: tan cierto es el dicho del famoso convencional Dantón que ha pasado en proverbio: "La revolución es como Saturno que devora a sus hijos". Efectivamente, los que vienen después, son los que gozan del fruto que ella produce si es que no se malogra.

Durante mi permanencia en Suipacha pasó por allí el Brigadier Olañeta, jefe de la vanguardia, con su esposa doña Pepa Marquiegui, natural de Jujuy: era ésta uno de las hermosas más hermosas que he conocido, y su traje marcial la hacía aun más bella, vestía un rico batón de grana guarnecido con el bordado de Brigadier: a la verdad, así Dios me lo perdone, pero aquella señora no podía estar muy conforme con la extraña figura de su estísico marido, que era un mico viejo, sucio y asqueroso. Se hospedaron en mi casa todo un día, y me esforzé en obsequiarlos de un modo correspondiente; nunca podré olvidar que cuando fuí a servir a Olañeta después de haber hecho el primer plato para doña Pepa, me dijo aquel que no había necesidad, que siempre comían los dos en un plato: así lo hicieron, y lo mismo para beber, me chocó mucho tal grosería, porque lo es en efecto

y bien chocante por cierto. Olañeta era un vizcaíno que se había entregado con fanatismo, como sucede siempre, al beneficio de las minas, y antes de la revolución no era otra cosa que un minero arruinado: abrazó con calor la causa del rey, y ascendió hasta la clase de Brigadier cuando yo le conocí; entonces era ya un hombre acaudalado, pero sus deudas estaban impagas. En la vanguardia todos los vivanderos eran sus dependientes, y así hizo gran negocio, pues el sabía muy anticipadamente por su posición en el ejército, cuándo, cómo y qué clase de efectos había de acopiar, y jamás permitía la concurrencia de ningún otro vivandero, los despedía. Olañeta era un hombre muy común pero tenía su gramática parda. Murió peleando por la causa que había abrazado con fanatismo y a buen tiempo, porque la bala que lo hirió, creo que fué la última que se disparó en la guerra de la Independencia.

No debo omitir de hacer mención de otra de las concausas que contribuyeron a que los oficiales españoles mandados de la Península, fuesen odiados en el Perú. El primer cuerpo que allí conocieron después de empezada la guerra, fué el Regimiento de Infantería de Talavera, mandado por el Coronel Maroto: éste y todos sus subordinados parecían que estaban vaciados en un mismo molde, porque se disputaban a porfía a quien había de cometer más violencias y vejámenes en los pueblos; así es que en su tránsito desde Arica al ejército, perpetrasen las más inauditas iniquidades y dejaron un nombre execrable entre todos los naturales: acreditaron que eran verdaderos descendientes de los conquistadores, y que habían heredado toda su ferocidad y barbarie para oprimir a los inermes americanos. Robaron, violaron, mataron, y hasta los objetos destinados al culto católico los hicieron servir de ludibrio y escarnio empleándolos en los usos comunes, como por ejemplo, los lienzos en que estaban representadas las imágenes: unos las ataban a la cola del caballo, y otros les daban el destino de una jerga, etc. La conducta de este regimiento scandalizó a los peruanos: después continuó en Chile distinguiéndose por sus atrocidades. El Coronel Maroto no ha desmentido después su inclinación a la arbitrariedad y tiranía: en el día es uno de los primeros satélites del pretendiente don Carlos de Borbón. El nombre de su regimiento no se olvidará por muchos años en el Perú. Cuando

nosotros llegamos a fuer de europeos, a todos nos llamaban **talaveras**.

Entretanto que el ejército continuaba su marchas con dirección a Salta, yo activaba en Suipacha los trabajos de la Maestranza, aprontaba mi Tren de montaña, y aumentaba el Parque con las remesas que La Roza me hacía desde Santiago de Cotagaita. Recibí orden para situarme en Maxos, y en este pueblo continué en la misma tarea: lo deseaba a la verdad, porque en Suipacha no se podía vivir a causa de las **vinchucas**, todas las casas estaban infestadas de estas incómodas sabandijas, que son unos bichos alados, cuya picaduras levanta una gran roncha, y hasta produce fiebre. Para precaverse algún tanto es preciso dormir con luz, porque en cuanto ésta se apaga, empiezan a llover del techo, y ya es imposible dormir porque el aguijón causa un desasosiego inexplicable: además de esto son asquerosas porque despiden de sí un líquido tan negro como la tinta, que mancha toda la ropa. Aunque se encuentran en todo el Perú, yo no he conocido un pueblo en que fuesen tan abundantes como en Suipacha: la primer noche que pasé allí, pues no puedo decir que dormí, tuve una gran fiebre, y amanecí con todo el cuerpo empedrado de grandes ronchas desde los pies hasta la cabeza: estaba desesperado, y para distraerme monté a caballo y dí un galope hasta Tupiza de donde había salido el día antes, distante cinco leguas.

En Maxos tenía mi tertulia: todos los empleados civiles, como Tesorero, Contador, Auditor, etc. y aún muchos de los militares que no tenían lugar en las filas, acompañaban al Parque y se movían con él; yo aunque muy joven ya sabía regentear el rango de comandante: se reunían de noche en mi casa y jugábamos la Malilla, también se bailaba algunas noches, porque además de las emigradas salteñas que volvían a su país, había muchas mujeres de los jefes y oficiales que iban adelante, pues La Serna no permitió que marchasen con el ejército donde iban sus maridos.

Estando en Maxos llegó allí el Regimiento de Estremadura mandado por su Teniente Coronel el Coronel graduado don José Carratalá: el Brigadier Ricafort que era el Coronel de este cuerpo tenía otra comisión. Los recibí del mejor modo que pude, dando una buena camida a los jefes y oficiales: estos eran por la mayor parte bellos jóvenes: todos tenían

una gran barba que jamás se afeitaban. Antes de levantarnos de la mesa, al tiempo de los brindis ya había yo hecho un descubrimiento importante: el Coronel Carratalá, el Capitán Ortega y dos o tres oficiales más eran M... y nos dimos a reconocer: con este motivo estrechamos mucho los pocos días que allí estuvieron: ellos continuaron su marcha al ejército, y yo di cuenta a la L... del descubrimiento que acababa de hacer.

## CAPITULO XIII

### HUMAHUACA

El ejército había ya entrado en Jujuy: los patriotas evacuaron esta ciudad y la bloqueaban aunque de un modo imperfecto. Yo recibí órdenes para trasladarme a Humahuaca, punto intermedio entre el Cuartel General y las provincias del interior del Perú, que el General La Serna eligió para mantener con ellos la comunicación. El Comandante de Gerona don Alejandro Villalobos que estaba allí de guarnición con su batallón ligero. Nunca olvidaré de una fuerte rodada que di el día que llegué a Humahuaca estando a la distancia de dos leguas de este pueblo. Yo me adelanté sólo con mi ordenanza separándome del convoy, y lo que fué una imprudencia, porque había en las inmediaciones varias partidas de naturales que favorecidas por la fragosidad del país, asaltaban a los pasajeros, y cometían las mayores crueldades, pero tenía yo mucha confianza en la ligereza de mi caballo. Marchaba al trote largo y mi ordenanza me seguía a corta distancia, cuando repentinamente mi caballo dió lo que vulgarmente se llama una vuelta de carnero y quedó boca arriba, me pilló debajo y me habría reventado con el peso, a no haber yo quedado encajonado en la silla que siendo húngara pudo contenerme muy bien en el hueco que dejaba estando los picos contra el suelo, y yo entonces bastante delgado; así, no recibí otra lesión que las patadas que el caballo me dió al extenderse en el suelo para volverse a incorporar: me lastimó la cabeza y el cuerpo, y me hizo tiras el vestido: mi

ordenanza se quedó inmóvil y sorprendido porque me creyó muerto: cuando me levanté le pedí la bota de vino y eché un buen trago: yo no acababa de comprender cómo el caballo había podido dar aquella vuelta en un terreno tan llano, a un paso tan poco acelerado y siendo tan seguro en su andar; pero aquella cesó cuando conocí la causa, fué bien casual y poco común, y es por esto que he referido este pequeño incidente. Reconocí, pues, que por una hendidura de la herradura partida se había introducido una raíz tan fuertemente agarrada a la tierra, que no pudiendo el caballo arrancarla al levantar la mano perdió el equilibrio y dió una vuelta completa.

Llegué a Humahuaca bastante estropeado y al día siguiente se me entregó el mando militar de aquel pueblo, cuya conservación era muy importante, como punto intermedio de comunicación. Villalobos marchó con su batallón al ejército, y quedaron algunos piquetes de infantería y caballería que unidos a la tropa de artillería que yo llevaba, compondrían un total de doscientos hombres. Después de dar mis disposiciones para establecer los diferentes talleres de Maestranza, reconocer las avenidas y localidades inmediatas, me ocupé con gran interés del bienestar de la guarnición que tenía a mis órdenes: vi que el pan era malo, la ración escasa y de mala calidad, y puse un pronto remedio: siempre que he mandado tropa me ha llamado mucho la atención el artículo de las subsistencias, porque en mi concepto es tal vez el más interesante: cuando el soldado come bien, está contento y es más fácil hacer que cumpla con sus deberes por penosos que estos sean. Visité un oficial y veinte prisioneros que me había entregado Villalobos; y los auxilios que le proporcioné hicieron menos penosa su situación; al oficial, sobre todo, le proporcioné algunos recursos en dinero y ropa de mis baúles. Este oficial fué muy ingrato conmigo, como más adelante se verá, y la causa de su resentimiento le hacía muy poco honor. Me pidió que le proporcionase papel y tintero para hacer una representación al General La Serna pidiendo ser colocado en el ejército español, "porque, él decía, no tenía compromisos con los porteños, ni era oficial de línea sino de los cívicos de Jujuy, y lo habían forzado a tomar las armas por una causa que detestaba". Me indignó tanta bajeza y mi contestación fué vol-



verle la espalda para no verlo más, y él sin duda se ofendió: no sé al menos que pudiera tener otro motivo, porque yo lo había favorecido y su situación era menos desgraciada mandando yo el punto que cuando lo mandaba Villalobos. Yo deseaba que los prisioneros se escapasen, y al efecto les señalé otra habitación desde donde pudieran hacerlo con facilidad: efectivamente, una noche tempestuosa fugaron todos, y yo para disimular hice salir algunas partidas en dirección opuesta a la que calculaba que ellos debían haber tomado: las partidas regresaron al día siguiente sin dar la menor noticia de los fugitivos. Conocí entonces que el oficial (su nombre era Portal) había querido usar de la estratagema de su petición a La Serna para realizar sus miras con más seguridad, pero siempre reprobaré el medio por deshonroso; más vale perecer en una prisión que usar una perfidia que trae aparejada consigo una infidelidad a la patria, aunque momentánea.

Mi mansión en Humahuaca debía ser muy corta, La Roza tenía orden de establecerse en Humahuaca con el resto del Parque y yo la de incorporarme al Cuartel General con la mayor parte, porque no era posible levantarlo a la vez: yo conocí muy luego la importancia del punto que se me había confiado, y al mismo tiempo el descuido de no haberlo puesto a cubierto de un golpe de mano, porque Humahuaca es un pueblo abierto de fácil acceso en todas direcciones, y las avenidas muy sospechosas en las circunstancias de entonces: me contraje, pues, a fortificar el pueblo lo mejor posible circunvalándolo de un parapeto de adobes de cajón aspillerado, y estableciendo en el morro de Santa Bárbara que lo domina una batería de cuatro piezas de montaña; por este medio y haciendo el servicio del modo más regular como en una plaza que tiene a sus inmediaciones un ejército enemigo, patrullas incesantes durante la noche, yo estaba seguro que no sería sorprendido: destaqué algunos sujetos de confianza para que explorasen a la distancia todo el país circunvecino, y no tardé en recibir noticias positivas de un proyecto de sorpresa sobre Humahuaca, y las tropas que la premeditaban debían venir por la quebrada de Orán que desemboca a poca distancia de aquel pueblo: entonces redoblé mi vigilancia, e hice todos los preparativos para defenderme. Esta situación era muy cruel para un corazón americano como el mío, yo



veía llegar el momento que había tratado de evitar: de batiirme contra mis compatriotas, pero si hubiera sido atacado es cierto que habría cumplido con mi deber, mi posición entonces era delicada, yo miraba como una obligación sagrada defender las vidas de todos los individuos que estaban bajo mis órdenes, y el haber obrado en todo sentido habría sido un sacrificio infame que me cubriría de oprobio y vergüenza. Felizmente no llegó el caso que tanto temía.

Llegó La Roza en estas circunstancias, y le entregué el mando del puesto, comunicándole al mismo tiempo todas las noticias que tenía de un próximo ataque, y recomendándole que no se descuidase; pero él me manifestó cuanto dudaba de una empresa semejante, atendido el estado de defensa en que el pueblo estaba, no hizo caso de mis reiteradas observaciones y de la exposición de los datos que tenía para creer próxima una tentativa sobre el pueblo: todo fué en vano, él desdeñó dar asenso, y como más adelante se verá, fué víctima de su imprudente confianza y ciega incredulidad. Como La Roza debía también marchar al Cuartel General luego que estuviese expédito para hacerlo con el resto del Parque y artillería, nos concentramos para abandonar juntos el ejército español desde Jujuy, y unimos a los independientes: al intento yo debía esperarlo en esta última ciudad, y suspender mi evasión hasta que él se me incorporase.

El jefe de E. M. Valdés me urgía desde Jujuy para que me pusiese cuanto antes en marcha: además de ser necesaria la llegada del Parque al ejército, yo conducía la cantidad de ciento cincuenta mil pesos que había recibido de las cajas de Potosí: el ejército estaba muy escaso de dinero. La comisión de este transporte era en extremo peligrosa, el convoy ocupaba una gran extensión, yo no tenía más que treinta hombre montados de escolta, y las inmediateces de Jujuy hormigueaban en partidas de Güemes que bloqueaban esta ciudad. Recuerdo que La Roza en tono de broma me decía antes que nos separásemos: "chico, si te atacan, como tú no puedes defenderte, en caso de que tu vida se vea en peligro, sálvala diciendo que eres porteño". Yo rechazaba la idea porque sabía que el nombre de Porteño era detestado por los gauchos de Güemes, y que lo que Roza creía un medio de salvación podría por el contrario ser de muerte, como poco después se verificó en su misma persona.

## CAPITULO XIV

### JUJUY. GUEMES Y SUS GUERRILLEROS

Me puse en marcha para Jujuy con mi gran convoy y pequeña escolta; tuve la felicidad de llegar sin haber experimentado el menor tropiezo por la casualidad de haberse hecho una salida por los bloqueados el mismo día que entré en Jujuy: también mi escolta fué reforzada el día antes en virtud de aviso que di a Valdés de mi aproximación.

Desde que se sale de Humahuaca se entra en la quebrada que recibe su nombre: es bastante estrecha y serpentea en su fondo un arroyo bastante pedregoso y de corriente muy rápida en las grandes crecientes: en los parajes donde se ensancha la quebrada hay pequeños valles poblados donde se da excelente y abundante alfalfa: cuando se llega al Volcán, pequeña población que dista nueve leguas de Jujuy, los sentidos experimentan una sensación enteramente nueva: es aquel verdaderamente el límite natural del Perú: mientras el flanco de una montaña se ve desnuda de toda vegetación y con todo el aspecto de aridez y soledad peculiar a las tierras del Perú, el lado opuesto está vestido de verdura y de frondosos vegetales desconocidos en el país de los Incas: en una distancia muy corta, hasta el aire que se respira es más puro y oxigenado: el traje de los habitantes, sus costumbres, su idioma y aspecto todo anuncia otro país muy distinto del que se ha dejado: el ánimo se explaya y parece que se recibe nuevo ser aspirando un ambiente embalsamado. Esta sensación yo la experimenté y creo que es común a todos los que han viajado por aquel lugar en la misma dirección: cuando regresé al Perú pasando por el Volcán la impresión fué diametralmente contraria.

Como es fácil comprender fuí muy bien recibido en el cuartel general: llevaba yo dinero y municiones: desde que el ejército estaba allí habían ocurrido varios encuentros parciales con los gauchos de Güemes, en los que los españoles habían siempre llevado la peor parte sufriendo continuas pérdidas de sus mejores oficiales y soldados. El país es sumamente montañoso, y el conocimiento práctico de las localida-

des daba una ventaja decidida a los naturales, los que son muy belicosos y diestros en el caballo: si Güemes hubiera tenido coraje y puéstose a la cabeza de aquellas partidas regularizando el sistema de guerra de recursos, única que son capaces de hacer, los españoles habrían encontrado su sepulcro en la provincia de Salta; pero aquel jefe jamás expuso su pecho a las balas, y así cada comandante obraba con entera independencia de modo que sus ataques carecían de concierto y consistencias y el resultado de ellos era momentáneo y reducido al mayor o menor número de enemigos que quedaban fuera de combate. Pero no obstante este desorden, los españoles estaban desmoralizados, no sólo por sus pérdidas diarias, sino por la escasez de víveres: circumbalados como se veían por las partidas americanas que tocaban casi los arrabales de Jujuy a todas horas, era indispensable hacer continuas expediciones para traer ganado de las estancias vecinas, y estas incursiones costaban siempre algunas vidas, sin obtener algunas veces el objeto porque se hacían.

El general La Serna alarmado con la diaria desmembración de sus fuerzas concibió el arbitrio de formar un escuadrón de caballería de los hijos del país, y para facilitar el enrolamiento les asignó sueldo doble uniformándolos con un lucido vestuario: este cuerpo hacía un servicio real, peleaba contra sus paisanos a la vista del ejército; pero, ¡cosa singular!, se entendían bien con ellos siempre que podían burlar la vigilancia de sus nuevos amos: durante la noche se reunían en unos mismos fuegos y se concertaban para las operaciones del día siguiente: todo soldado español que podían haber a las manos lo entregaban a sus aparentes adversarios, sin que se pudiese traslucir de que modo habían caído en poder de los americanos, o si bien habían muertos; pero en lo que no había duda era en su desaparición, y así las bajas eran diarias y siempre de los mejores soldados. Es bien sabido que los asistentes de los oficiales son los soldados que más se distinguen por su valor, buen porte etc. porque es claro que el oficial elige siempre para su servicio al individuo cuyas buenas cualidades lo hacen sobresalir del resto de sus compañeros: como escaseaban tanto los comestibles que estaban reducidos a una escasa ración de carne que se condimentaba sin sal, y un pan era un regalo espléndido que nos solían hacer de las casas conocidas, los oficiales no tenían

otro recurso que mandar a sus asistentes a merodear a la campaña vecina: traían choclos, zapallos, etc. o no volvían porque los del escuadrón mencionado los agarraban, siempre que podían hacerlo sin ser notados y los entregaban a los gauchos de Güemes. Pasó mucho tiempo antes que se descubriese su doble modo de servir: y en efecto, ¿cómo sospecharlo, cuando todo el cuartel general los veía batirse encarnizadamente contra los adversarios, siempre que la ocasión se presentaba? Esto es singular, pero ciertísimo. Al fin hubo vehementes sospechas, se les espió y se tuvo la evidencia de su mala fe, entonces fueron aprehendidos todos los que se pudieron haber a las manos, incluso el comandante que era un hombre de la campaña llamado Soto; pero éste y la mayor parte de sus soldados fugaron de la prisión y fueron fusilados sólo cuatro o cinco. Fué con motivo de esta ejecución que yo reconvine a Valdés intercediendo por ellos y recordándole cuanto me había dicho sobre la guerra injusta que se hacía a los independientes: me contestó que mientras sirviese bajo las banderas del rey, no había remedio, era preciso servir bien: estas fueron sus mismas palabras.

A pesar de la guerra y de la escasez de víveres preponderaba el buen humor militar y Jujuy estaba muy divertido: yo llegué en los días de carnaval y los bailes eran continuos, yo asistía a todos y me divertía bastante.

Las Jujeñas eran generalmente realistas y por consiguientes nos hacían muy buen lugar. En la temporada que estuvimos en Jujuy casaron muchos oficiales: les hacíamos gran burla diciéndoles que los habían comprado con pan: era efectivamente muy escaso este artículo y el mayor obsequio que podía hacerse era regalar uno. Pero a propósito de carnaval, nunca podré olvidarme del uso desmesurado que hacen de la harina en sus juegos, se empolvan unos a otros la cara, de modo que cuando bailamos, puede decirse que todos estábamos enmascarados, con solo los ojos descubiertos.

Pocos días después de mi llegada a Jujuy se recibió la noticia de la sorpresa de Humahuaca por una división de los Independientes: mi amigo La Roza, que a la sazón mandaba aquel punto, murió la noche del asalto que fué la del 1º de Marzo de 1817: su pérdida me consternó sobre manera, amaba a aquel antiguo compañero como a un hermano y las circunstancias de su muerte agravaron más mi dolor. Voy a

referirlas. El oficial prisionero (se llamaba Portal) que fugó de Humahuaca estando yo mandando, como ya he referido, lastimado por el desaire que yo le había hecho, indignado por la degradante proposición que me hizo, había jurado vengarse: he dicho también que yo tenía noticias fidedignas del proyecto de sorprender a Humahuaca; Portal se unió a la división que lo intentaba, y les ponderó la facilidad de apoderarse del pueblo, ofreciéndose a dirigir el ataque por el conocimiento reciente que tenía de las localidades: su propuesta se llevó a efecto y dieron el golpe la noche del 1º de Marzo: a los primeros disparos de los centinelas La Roza, que estaba alojado en una casa al pie del morro de Santa Bárbara donde había una batería que yo construí, salió con dirección a esta batería, Portal lo alcanzó en la cuesta y le intimó rendición: La Roza le dijo: "no me mate usted que soy porteño, soy primo del general San Martín", y no había acabado de hablar, cuando el indigno Portal lo había asesinado. Este oficial tomó la dirección de La Roza buscándome a mi, era la misma en que yo había estado alojado, la noche era obscura, La Roza se parecía a mi en el porte y estatura, y cuando le dijo que era porteño, ya no dudó Portal que me había encontrado y creyendo saciar su venganza dió muerte a mi amigo, porque él ignoraba que yo ya no estaba en Humahuaca. Estos incidentes de aparente identidad me hicieron sentir más la muerte prematura de aquel joven desgraciado, al que estaba unido con el vínculo de la más acendrada amistad.

La pérdida de Humahuaca hacía muy difícil la posición del ejército español: era aquel el único punto intermedio de comunicación con las provincias del Perú y por consiguiente el ejército quedaba aislado y sin noticias del interior; y se temía entonces que el mal éxito de la campaña sobre Salta estimulase a los patriotas del Perú a hacer algún movimiento insurreccional. Estos temores eran a la verdad bien fundados: el general Belgrano, que mandaba entonces al ejército patrio acantonado en el Tucumán, había destacado al comandante La Madrid con una división volante para insurreccionar los pueblos del Perú: La Madrid estaba muy acreditado entre los Peruanos por algunas acciones de arrojo con que se había distinguido en encuentros parciales, su nombre era muy popular y así a este respecto la

elección fué buena, pero le faltaban otras cualidades indispensables para poder desempeñarse con acierto en una comisión tan delicada: él no se condujo con habilidad y así es que, habiendo dado principio a su empresa bajo los mejores auspicios, al fin se malogró. Sorprendió a Tarija y la tomó: allí cayó prisionero el comandante Santa Cruz, el mismo que es hoy día Protector de la Confederación Peruana - Boliviana: desde Tarija se dirigió a Chuquisaca, que pudo igualmente sorprender porque el Presidente Vivero estaba ignorante de la incursión de La Madrid y de la pérdida de Tarija, de modo que llegó a la vista de Chuquisaca durante la noche sin ser sentido, ni lo habría sido hasta estar dentro de la ciudad sino hubiese cometido la imprudencia de anunciar el mismo su llegada disparando algunos cañonazos a pura pérdida: con tal anuncio la ciudad se alarmó y voló a las armas: el pueblo de Chuquisaca era reputado como muy adicto a la causa de la Independencia y los cholos que ejercían toda la influencia popular de la plebe, eran con extremo patriotas: no obstante, ellos contribuyeron a la defensa de la ciudad por salvarla del conflicto de un asalto: el que dió La Madrid fué rechazado: se vió forzado a retirarse y fué perseguido en su marcha por una división de realistas, consiguió a duras penas llegar al Tucumán después de haber perdido la mayor parte de sus fuerzas en los encuentros que tuvo que sostener contra sus perseguidores. Esta expedición dirigida por un jefe más hábil habría producido resultados inmensos a la causa Americana: los pueblos del Perú ardían ansiosos de tener un apoyo para sublevarse contra las autoridades españolas: el ejército que estaba internado en Salta ignoraba, por falta de comunicación, la expedición de La Madrid y cuando se hubiese retirado de su malhadada campaña, se iba a encontrar rodeado de enemigos en país insurreccionado. Nos encontramos con la novedad del riesgo que habíamos corrido, cuando después de la retirada de Salta nos pusimos en contacto con los pueblos del interior del Perú. Tales pudieron ser las consecuencias de la pérdida de Humahuaca.

## CAPITULO XV

## EL MARISCAL SANTA CRUZ

Ya que he nombrado al general Santa Cruz, no puedo hombre singular, que a imitación del malogrado Iturbide, después de haber hecho la guerra en las filas españolas y con el mayor encarnizamiento contra la causa Americana, ambos se vieron en el apogeo del poder presidiendo Estados Americanos independientes. Iturbide cayó con estrépito recibiendo una lección que debe servir de escarmiento a los ambiciosos: Santa Cruz ostenta todavía su poder, **pero su destino estaba escrito**. Don Andrés Santa Cruz es natural de la ciudad de La Paz, indio de origen, nieto de un rico y respetable cacique: desde el principio de la guerra de la Independencia tomó partido contra ella en las filas españolas: cuando yo lo conocí, servía en un escuadrón de milicias de caballería montado en mulas, que mandaba el coronel Vigil: era entonces Santa Cruz un oficial tan obscuro, que sin que se crea jactancia, habría yo desdeñado de alternar con él, a pesar de su clase que era la de capitán graduado de teniente coronel; tan cierto es que los hombres no pueden conocerse ni desplegar toda la capacidad intelectual de que son susceptibles, si una ocasión oportuna no se les presenta. Napoleón, aquel gran hombre, es probable que habría muerto obscuro, o al menos sin salir de la esfera de un general de artillería, si la revolución de Francia no hubiese tenido lugar. Destinado Santa Cruz a Tarija fué hecho prisionero por La Madrid, al mismo tiempo que Armaza, y conducidos ambos a las Bruscas, depósito de prisioneros españoles en la provincia de Buenos Aires; fugó de las Bruscas, estuvo oculto en Buenos Aires, pasó a Montevideo y se embarcó para el Río Janeiro: desde donde con recomendaciones del embajador español hizo viaje a la península: poco tiempo estuvo en España: regresó a América para reincorporarse al ejército realista del Perú y desembarcó en La Habana: allí hizo una vida tan obscura como era consiguiente a un oficial subalterno, sin fortuna, sin nombre y en un país extraño; pero una feliz casualidad lo sacó de su posición insignificante y más de una vez he



creído, que a ella debe Santa Cruz los progresos de su rápida cuanto extraordinaria fortuna, pues le proporcionó los medios para elevar su espíritu bien dispuesto pero cubierto con el velo soporífero del encogimiento, o más bien diré de la poca confianza en sí mismo, que es tan común a todos los que no han conocido el gran mundo y tratado a las gentes de buen tono. Santa Cruz, pues, tuvo la fortuna de hacer una gran ganancia al juego: se puso bajo un pie más respectable, contrajo buenas relaciones, se introdujo en alta sociedad y antes de regresar al Perú visitó las Antillas. Sin duda su alma se elevó con un nuevo modo de existir tan lleno de prestigios; y he aquí a mi entender la ocasión que sacó a Santa Cruz del polvo del olvido, para ocupar la posición a que estaba destinado por sus facultades morales, pues no hay duda, y me lo han asegurado autoridades competentes, que Santa Cruz es en el día un hombre de estado distinguido.

Santa Cruz llegó al Perú y se incorporó al ejército realista precisamente en la época en que el general San Martín desembarcó con su ejército en la costa: en la acción del Cerro de Pasco, ganada por los patriotas al mando del general Arenales, cayó prisionero por segunda vez: se presentó al general San Martín pidiendo servicio en su ejército y haciendo las mayores protestas de su adhesión a la causa Americana; pero San Martín a fuer de hombre sagaz y avisado, no le dió colocación, y quiso tenerlo cerca de sí para conocerlo y formar juicio antes de emplearlo, al efecto lo agregó al E. M. Con motivo de una sublevación de una subdelegación de indios, fué el general Arenales nombrado jefe de una expedición para sofocarla. Arenales, que había tratado a Santa Cruz y formado de él el mejor concepto, lo pidió para su segundo; pero Arenales se enfermó en vísperas de partir y Santa Cruz fué mandado en jefe: redujo a los amotinados y se condujo con tal habilidad y tino que llamó la atención del ejército y el general lo condecoró con el grado de coronel. Poco después otra comisión es confiada al general Arenales y vuelve a nombrar a Santa Cruz como asociado. Se trataba de crear un gran parque y un crecido depósito de vestuarios, monturas, etc. etc. para el ejército. Santa Cruz desplegó una actividad e inteligencia admirable, fué el alma, el agente principal, el director del establecimiento y desde entonces su crédito quedó afianzado. En aquella época toda-

vía continuaba la guerra de Colombia contra los españoles que se hacían firmes en Quito: el libertador Bolívar solicitó del general San Martín auxiliase la división del general Sucre, con otra de su ejército para concluir la. San Martín mandó a Santa Cruz a la cabeza de la división auxiliar y ésta tuvo una parte principal en la victoria de Pichincha: entonces Santa Cruz fué promovido a general de brigada. Lo dejaré aquí porque desde que tuvo este empleo su vida pública es muy conocida. Yo sólo he presentado este ligero basquejo para hacer resaltar el cuadro y hacer ver lo que he dicho anteriormente, que la ocasión hace que hombres que han vivido oscuros, por falta de ella, se presenten en la escena del mundo con brillantes; y que la fortuna tiene una gran parte en esta transición, pues por falta de ocasión, ¡cuántos hombres de un genio superior habrán muerto desconocidos! La fortuna no quizo ofrecerles una oportunidad, para que desplegasen toda la inteligencia de que eran susceptibles.

CAPITULO XVI

**AMIGOS Y ENEMIGOS**

De resultas de la pérdida de Humahuaca tuve un enemigo encarnizado en el vicario general del ejército, don Mariano La Torre. La causa fué la siguiente: Tenía La Torre una rica capilla portátil de su propiedad que marchaba con el parque ocupando tres o cuatro mulas; pero con el pretexto de la tal capilla se daban al vicario más cabalgaduras de las necesarias, que él empleaba en el servicio de... (sic) objeto poco digno de su ministerio: yo quise cortar este abuso porque redundaba en perjuicio del ramo de artillería, las mulas no eran tan abundantes que se pudiesen facilitar para el servicio de particulares; así, cuando salí de Humahuaca para Jujuy no permití que se cargase la capilla, a pesar de que La Roza me decía que era muy práctico hacerlo. Luego que llegué a Jujuy vino el vicario a verme para preguntar por su capilla: le dije que había quedado en Humahuaca y como el hombre se alterase, y yo que no era muy sufrido,

tomé un tono bastante alto previniéndole que si quería su capilla mandase mulas a Humahuaca, pues las del parque no se emplearían jamás en el servicio particular de ningún individuo. En suma, el vicario y yo quebramos de un modo formal. Cuando Valdés lo supo me dijo que aun cuando yo tenía razón, era sin embargo, conveniente ceder algún tanto y no chocar de frente con los abusos, que el vicario como hombre de iglesia era un enemigo terrible; en fin me instó para que le escribiese a La Roza para que mandase la capilla: condecendí con las instancias de Valdés: le escribí a La Roza pidiéndole la capilla, y le decía expresamente: "es preciso contemporizar con la iglesia hasta que llegue la época feliz en que podamos extinguir a estos pícaros viyardos de frailes". En aquella época un lenguaje semejante exponía a su autor a las tormentas del Santo - Oficio. Mi carta cayó en poder del mismo vicario por una rara casualidad. Los patriotas evacuaron a Humahuaca por la aproximación de una fuerza realista al mando del coronel Aramburu, éste tomó posesión del pueblo: entre los papeles de La Roza se encontró mi carta que voló a las del vicario, porque Aramburu a más de ser un fanático ignorante era muy amigo de su Señoría. Es fácil concebir cual se pondría La Torre con esta carta: el estaba muy engreído por el incienso que recibía de su clientela de cholos preocupados, y era de un natural altivo, y como la capilla había volado, pues los gauchos la tomaron en Humahuaca, el canónigo me declaró una guerra implacable. Como más adelante se verá el vicario buscaba motivos de perderme y encontró uno aun más fuerte que el de la precitada esquila: volveré sobre sobre este asunto a su debido tiempo.

La guerra dieztaba los mejores oficiales españoles: era raro el día que los gauchos dejasen de atacar y hacer presa en los forrajeadores. El capitán Martínez, de la guardia de La Serna, a quien yo había dicho durante la navegación desde Cádiz, que los gauchos eran diestros en el manejo del lazo y de las bolas y los efectos de estas armas terribles, fué boleado y murió pocos días después a manos de un gaucho. El capitán Arregui, joven navarro de grandes esperanzas, murió peleando como un bravo. El teniente coronel Torres, oficial muy distinguido y edecán del general Serna, pagó el mismo tributo: este joven fué muy sentido: el día antes de

su muerte había sido introducido en nuestra sociedad, y estábamos muy satisfechos de esta adquisición: no era esta la única que hubiésemos hecho, continuamente enganchábamos nuevos prosélitos, todos los jóvenes que más se distinguían y tenían las calidades requeridas se les daba entrada en la sociedad, así su influencia era extraordinaria y no era posible que hubiese quien contrastase nuestro influjo y poder en el ejército.

Jujuy es de un temperamento muy mal sano, la terciana y cuartana que allí llaman el **chucho** es tan general, que son contados los que escapan de su maléfica influencia y de los extranjeros es raro el que se libra aun cuando no haga más que transitar por la ciudad. Yo fui fuertemente atacado, la calentura era intermitente: cansado de tomar quina y otros medicamentos que no eran bastantes a cortar la enfermedad, un día que llovía a raudales monté a caballo bien cubierto con un capote de barragán y en el acceso de la fiebre salí como un loco a dar galopes por la tablada, hasta con riesgo de caer en manos de los gauchos: yo volví a casa empapado, pero el remedio fué eficaz, el chucho se cortó y desapareció la fiebre en los días sucesivos: este exceso que ahora no sería capaz de hacer, bien que es muy popular la opinión de que las tersianas se quiten haciendo un gran desarreglo; aunque puedo dar testimonio práctico en mi persona, yo preferiré siempre el tratamiento médico.

Después de la muerte de La Roza, nada había que me detuviese para poner en práctica mis designios: una mañana me preparaba en mi alojamiento para partir al campo de los independientes, cuando entró Seoane en mi habitación: el desorden en que ésta estaba y el de los papeles y otros efectos que tenía sobre la mesa lo indujeron a sospechar lo que yo no pude ocultarle: éramos muy amigos y tenía motivos para no temer una infidelidad por su parte, le dije terminantemente que iba a separarme de las filas españolas: sin reprochar mi resolución, Seoane se esforzó en persuadirme que el paso que iba a dar era prematuro y enteramente aislado, que más adelante tendría compañeros que me siguiesen y él sería uno de ellos; por último me interpeló en obsequio de la amistad para que difiriese mi resolución, pues de lo contrario comprometería a todos los amigos y daría lugar a que nuestros rivales los sopechasen de adictos al sistema americano y esto sería

abrir una gran brecha: Seoane pudo recabar de mí que por entonces no llevase a efecto mi separación y yo hice un verdadero sacrificio en obsequio de la amistad, porque mi corazón americano estaba comprimido sirviendo en el ejército del rey, a pesar de mis buenas relaciones, la estimación particular que me dispensaba el general La Serna, y el brillante destino que yo servía; para mí entonces no había nada que pudiera lisonjearme tanto como el ofrecer mis servicios y sacrificarme por la causa de la independencia, éste era mi ídolo.

Llego al cuartel general el teniente coronel de artillería, Bravo del Rivero, nombrado comandante general de artillería; por consiguiente le entregué el mando del arma, y quedé a sus órdenes desempeñando la mayoría general. Bravo, a quien yo había conocido en la Isla de León, tenía un carácter diametralmente opuesto al mío: era misántropo y ridículo en toda la extensión de la palabra: yo por mi parte tenía un tono muy alto, y mi amor propio haciéndome entender que le era superior en todos respectos, no podía conformarme con recibir sus órdenes extravagantes todos los días y mucho menos después de haber estado mandando el arma en jefe: así, no nos entendíamos bien: esta recíproca antipatía hizo al fin su explosión y tuvimos un duelo a pistola, concurrimos a la hora señalada en la tablada de Jujuy acompañados de los respectivos padrinos, el de Bravo era el comandante general de ingenieros Hugarte, y el mío un capitán de Artillería graduado de coronel: convenidos en el modo nos pusimos a la distancia de 15 pasos, y nos disparamos el uno al otro tres tiros de pistola alternativamente, ambos pensamos continuar hasta que uno quedase fuera de combate, pero los padrinos se opusieron fuertemente, y nos retiramos del campo tan ileso como habíamos entrado. Después de este lance no volví a entenderme directamente con él en asuntos del servicio, de modo que éste se resentía. La Serna lo notó y me habló sobre el particular: yo tuve bastante presencia de ánimo para decirle francamente que me era imposible servir bajo las órdenes de Bravo, y que no podía vencerme a mí mismo. La Serna quiso reconciliarnos, nos convidó a comer un día y nos exigió guardásemos buena armonía, pero esto era imposible, lo único que consiguió fué que nos tratásemos y disimulásemos nuestro encono recíproco.

El coronel Carratalá, comandante del regimiento de estremadura era un valenciano ligero de cascos y muy pedante: eramos tan amigos cuanto pueden serlo dos personas de principios diametralmente opuestos, pero no obstante teníamos mucha franqueza; pero él era un acérrimo enemigo de los americanos, y yo siempre estaba en guardia. Un día me comprometió altamente en presencia de La Serna: esto habría sido lo menos, pero estaban delante algunos jefes del ejército. Carratalá habló con desprecio de los americanos, y yo no pude contenerme: para defenderlos dije más de lo que era necesario, de modo que no podía quedar duda acerca de mi profesión de fe política: a la salida tuve un disgusto con Carratalá; Valdés lo supo, e inmediatamente se convocó la sociedad: allí se recibieron informes de los testigos y las declaraciones de las partes, y el resultado fué que Carratalá sufrió una fuerte reprimenda y quedó obligado a darme una satisfacción fraternal, que yo rehusé admitir. Desde este lance estrechamos más nuestras relaciones, y fuimos buenos amigos: era exaltado en sus opiniones, pero delante de mí se reprimía, de modo que no volví a tener motivo de queja.

Conocí en Jujuy a don Rafael Echenique, natural de Salta: había sido dependiente de mi tío Somalo, y con este motivo estreché con él, y lo hice introducir en la sociedad. Me hizo conocer la biografía de todas las Jujeñas, y este conocimiento me proporcionó muy buenos ratos. Echenique era muy patriota, y no tardamos mucho tiempo en entendernos bien.

La ciudad de San Salvador fué fundada poco tiempo antes de la de Salta, y después de haber sido destruida dos veces por los indios del Chaco se volvió a poblar por tercera vez el año 1593. Es pequeña y contendrá como trescientas cincuenta casas y tres mil habitantes, que se ocupan en el tráfico con Potosí: en las inmediaciones se encuentran ricas minas, pero carecen de habilidad y de espíritu emprendedor para sacar de ellas las ventajas de que son susceptibles. Está situada al pie de la cordillera, y es el punto más septentrional de la provincia de Salta a los 22 ½ grados de latitud.

**CAPITULO XVII**

**SALTA Y LOS GAUCHOS DE GÜEMES**

El ejército continuaba bloqueado por las partidas de Güemes, y con grandes dificultades para proporcionarse los medios de subsistencia: los gauchos tuvieron bastante destreza para hacernos creer que el ejército del general Belgrano se aproximaba a marchas forzadas, algunas noches nos circumbalaban de hogueras, para hacernos entender que ya había llegado, y más de una vez estuvimos formados en la tablada esperando el día para batirnos; con el objeto de llevar la estratagema al último grado, mandaron de parlamento al teniente coronel don Francisco Zamudio que había pertenecido al ejército patrio y a la sazón estaba retirado en Salta, pero nosotros ignorábamos esta circunstancia, y como se presentó con su uniforme de dragonés, nos persuadimos que venía del cuartel general: él se presentó como enviado por el general Belgrano que dijo estar a dos marchas, pero este general ni se había movido, ni estaba en disposición de hacerlo: nuestro ejército estaba desmoralizado por la gran baja que había sufrido y por las privaciones que experimentaba: el hospital estaba lleno de enfermos; y es cierto que si el ejército de Tucumán hubiera entonces venido nos habríamos visto en gran conflicto. El fin que se proponían los Salteños con el supuesto movimiento era que nos retirásemos, y a la verdad que más de una vez se pensó formalmente en evacuar la provincia y retrogradar al Perú. Valdés se opuso, y por su concejo, el general en jefe avanzó hasta Salta.

Todo el ejército se puso en movimiento, y sólo quedó en Jujuy una corta división para custodiar el parque y hospitales: yo me quedé en Jujuy pero pocos días después de la entrada del ejército en Salta recibí orden para incorporarme al cuartel general. Salí con un pequeño destacamento: la distancia de Jujuy a Salta es de 18 leguas, y el ejército lo había recorrido con grandes dificultades por las numerosas partidas que en todas direcciones obstruían su marcha: la mía fué más feliz, sin haber tenido un sólo encuentro, y llegué a Salta con felicidad.



Me encontré con la noticia de un combate que tuvo lugar en los Cerrillos a distancia de siete leguas de la ciudad, y en el que los Salteños obtuvieron la victoria contra la mayor parte del ejército realista: los gauchos hicieron prodigios de valor, y la infantería española pudo a duras penas retirarse del campo de batalla formada en cuadro: el jefe de la fuerza española, el coronel Sardina, fué herido en esta acción y murió en Salta pocos días después. Desde esta jornada cesaron las balandronadas españolas: habían hasta entonces mirado con el mayor desprecio a las tropas de Güemes, y había jefe que decía que con cuatro hombres y un cabo se atrevía a ir hasta el Tucumán; pero la acción de los Cerrillos los desengañó bien a su costa, y no se ruborizaban en acordar a los americanos el valor que antes les habían negado. Todo el tiempo que el ejército estuvo en Salta se vió tan acosado como lo había estado en Jujuy: las escaramuzas eran diarias: las partidas de los independientes se aproximaban hasta los arrabales, y desgraciado el que caía en sus manos; no daban cuartel.

La muerte del coronel Sardina merece referirse: yo fuí alojado en la casa donde expiró (la de Echenique) en la misma habitación, y todavía encontré vestigios sangrientos: allí supe que la herida era muy superficial, y que los médicos no la reputaron mortal: sin embargo, el paciente decaía cada día, y le indicaron que sería oportuno recibiese los auxilios espirituales: cuando el sacerdote entró en la habitación, Sardina volvió la cabeza al ruido que aquel hizo al abrir la puerta, lo fijó por un gran rato sin desplegar los labios; se volvió del lado de la pared y en el movimiento dejó de existir: este hombre murió, pues, de pasión de ánimo: la vista del sacerdote lo acabó de consternar. No se puede, sin embargo, decir que Sardina hubiese hasta entonces sido pusilánime, había por el contrario establecido su crédito como hombre de valor durante la guerra de la independencia española: fué segundo jefe de la división del General Espoz y Mina.

Fué que estando en Salta, que tuve el disgusto de saber que mi amigo Seoane había saído prisionero yendo en comisión a las provincias del interior. Fué conducido a las Bruscas, y fugó de este depósito con Santa Cruz y Armaza.

La ciudad de Salta o San Felipe de Lerma fué fundada en el año 1582, por don Fernando de Lerma. Está en la la-

itud de 24º y agradablemente situada en un valle rodeado de montañas, de las que descienden en gran número pequeños arroyuelos que desaguan en el río Arias sobre cuya margen está construída la ciudad. Esta está regularmente dividida en cuatro calles principales, que son bastante anchas pero sin empedrar; el mercado ocupa una manzana que es un cuadrado perfecto en uno de cuyos lados está la casa municipal que es hermosa y construída de piedra, y en el opuesto está la iglesia principal. Salta tiene siete iglesias y conventos. Hay como seiscientas familias españolas, y el total de la población incluyendo mestizos y esclavos es de nueve mil habitantes. Estos son más ricos y civilizados que los de Córdoba y Tucumán, y tienen un tráfico considerable con el Perú y Chile que consiste muy principalmente en la exportación de mulas de las que hay grandes invernadas en la provincia, y en trigo, maíz, ganado vacuno y caballar, sal, sebo, grasa, cueros y otros artículos de menos consideración.

Cuando se llega a Salta viniendo del Perú, se experimenta una sorpresa agradable, el clima es delicioso y la tierra muy productiva, las costumbres son más cultas, el trato más amable; y diré de paso, que siempre he extrañado que siendo Salta una población interna y tan distante de Buenos Aires, se encuentre más civilización que en Córdoba y Tucumán, y más analogía con aquella capital hasta en el traje y buen tono de la sociedad. Pero sobre todo, lo que más llama la atención es el bello sexo: yo no he visitado un pueblo en mis largas caravanas que contenga proporcionalmente tantas hermosuras como las que se ven en Salta, son peregrinas y de una amabilidad encantadora; así es que la mayor parte de las casadas, ya en el ejército real, ya en el de los independientes, eran salteñas: como la ciudad se veía alternativamente ocupada por el uno o por el otro ejército, rara era la vez que no se celebraban matrimonios: los guerreros de uno y otro bando no podían pisar el suelo de Salta sin pagar el debido tributo al hechizo atractivo de las interesantes salteñas.

La opinión del pueblo de Salta estaba dividida, una parte considerable de los habitantes adheríase a la causa de la independencia, el resto pertenecía al partido ralista: algunas familias tenían individuos que indistintamente servían a uno y otro partido, y esto les servía de garantía, porque en las

alternadas invasiones de españoles y americanos siempre contaban con un protector. Fuimos obsequiados a porfía con bailes repetidos; desde que salí de Europa no había visto una sociedad tan escogida, porque en los pueblos por donde transité desde Arica, el trato y costumbres se resienten de falta de cultura, y en cuanto al físico de las damas no puede compararse con el de las bellas salteñas. La casa de más trato era la de Gorostiaga; Jacoba era una joven casada con un viejo sexagenario, tenía mucho interés, y unos ojos negros los más grandes y seductores de cuantos he visto. Anita, su hermana soltera, rayaba ya en los treinta y cinco, tenía mérito bastante y se preciaba de erudita, baste decir que hablaba el latín.

Valdés y Carratalá, éste que en todas acciones quería presentarse competidor de aquél, obsequiaba a Anita, y Carratalá para obtener sus buenas gracias a despecho de Valdés se insinuó de un modo que le fué fácil conseguirlo, pues le habló de matrimonio. Una noche que la sociedad se reunió en casa de Valdés para la elección de nuevos dignatarios, después de practicada ésta tuvimos una cena de orden, y cuando cesó la ceremonia, Valdés y otros empezaron a embromar a Carratalá sobre su próximo enlace: yo conocí que el amante estaba muy tierno. Cuadró la casualidad que al día siguiente, estando yo en la puerta de mi alojamiento, pasó Carratalá y se paró a hablar conmigo: yo renové la broma de la noche anterior, y él me confesó que estaba muy apasionado.

He dicho que se hizo la elección de nuevos dignatarios en la **sociedad**. Esta alteración estaba prevenida en el reglamento que prefijaba el tiempo que debían servirse las respectivas dignidades; y como la sociedad se había aumentado considerablemente, para no inspirar celos a los que últimamente habían entrado, convinimos los fundadores, en elegir un venerable de entre ellos mismos, y esta elección recayó en Carratalá que tenía un alto grado, y también por su representación en el ejército. He vuelto sobre este asunto porque él produjo un incidente de gran trascendencia para mí; como yo era el secretario hice de mi puño y letra la lista nominal de toda la sociedad, menos Valdés cuyo nombre no estaba inserto porque según el reglamento quedaba de vice-venerable: al pie de esta lista extendí después los nombres de los electos, y se la entregué al orador La Torre: éste la perdió,

y la casualidad quiso que la encontrase el oídor Campo-Blanco auditor general del ejército e íntimo amigo de mi enemigo declarado el vicario La Torre; pero por entonces ignorábamos que tal fuese el paradero de la lista perdida: la L... pues, estaba descubierta, sin que nosotros lo supiésemos. En su lugar volveré sobre este asunto, y sus consecuencias.

La marcha del ejército a Salta, había sido a pura pérdida, porque antes de la salida de Jujuy ya estaba resuelta la retirada al Perú; así, yo creo que no fué sino un alarde militar que no tuvo otro objeto que invadir aunque momentáneamente la capital de la provincia que había sido teatro de la guerra. Se dió pues la orden de marcha retrograda y el coronel Carratalá debía romperla primero mandando una división que custodiaba el hospital de enfermos y heridos. La misma noche en que debía comenzarse el movimiento fui a casa de Valdés y me puse a escribir cartas a mi familia residente entonces en Montevideo, por conducto del administrador de correos de Salta, don Francisco Gurruchaga, íntimo amigo de mi tío Somalo, que a la sazón se hallaba emigrado: no había acabado mi correspondencia cuando oí Carratalá diciéndome: **"por fin ya lo he encontrado a Vd., toda la tarde lo he buscado"**. **"Y bien, que hay de nuevo, que se le ofrece a Vd.?"** **"Quiero que sea Vd. padrino de mi casamiento"**. **"Vaya no sea Vd. loco, siempre está de buen humor"**. **"No, no es broma, me caso; venga Vd. amigo, todo está ya preparado y no puedo perder tiempo, porque como Vd. sabe debo ponerme en marcha a las doce de la noche"**. **"¿Y quién es la afortunada?"** **"Vaya, que pregunta; ¿quién ha de ser? Anita"**. Aquello me parecía un sueño, y tanto más en razón de tener que marchar Carratalá dentro de dos horas acompañado de su nueva esposa: estábamos en lo más fuerte de la estación, en el mes de Mayo, y en aquel momento caía una helada muy fuerte. Como yo tratase de disuadirlo diciéndole entre otras cosas que su casamiento no podía efectuarse tan pronto, por las dispensas y demás pasos preparatorios, me contestó: **"no mi amigo; todo está allanado, he hablado con el general en jefe, y éste se ha interesado con el vicario general, que el el que nos va a casar: pero si Vd. no quiere ser padrino, no faltará quien ejerza esta función, abur"**. Lo deduje diciéndole que estaba pronto, que iba a cerrar mis cartas y que volaría a casa de la novia: él se despidió. Luego

que concluí fuí a casa de Anita, la ceremonia se había ya celebrado, no me habían esperado porque el tiempo urgía. Toda la casa estaba en movimiento, el patio lleno de colchones, baúles, etc. etc., y ya estaban cargando las mulas para marchar. Saludé a la novia que estaba muy alborozada y aturrida: Jacobita me dijo que le parecía un sueño el casamiento de su hermana, que todo había sido obra de aquel mismo día: se manifestaba muy afligida por la próxima separación. Yo los acompañé hasta el momento de la partida. Anita montó a caballo muy envuelta en un capotón de Barragán de su querido esposo, la noche era fría en extremo. A la media hora ya oímos el tiroteo con las partidas de Güemes. El resto del ejército se puso en marcha al amanecer, el rastro que había dejado Carratalá era bien sangriento, cadáveres de los desgraciados que habían muerto en la escaramuza de la noche, enfermos y heridos que habían quedado helados, otros expirantes. ¡Qué buena noche de novios tuvo Anita!

## CAPITULO XVIII

### LA LUCHA CON LOS GAUCHOS

Nuestra marcha en retirada fué bien penosa, los gauchos nos rodeaban en todas direcciones, espiando el momento en que alguno se rezagase para caer sobre él y despedazarlo: acampamos en el punto denominado de La Caldera distante seis leguas de Salta, los gauchos nos circunvalaban a muy poca distancia. A media noche hubo una alarma general: el ejército tomó las armas y formó: la causa de esta alarma era un potro que atravesó el campamento con un cuero atado a la cola, su carrera era estrepitosa, los cuerpos hacían fuego en todas direcciones sin saber a quien, y hubo un gran desorden, del que los gauchos no supieron aprovecharse.

Llegamos a Jujuy en donde estuvimos ocho días que se emplearon en aprontar el Parque y recolectar mulas. Antes de salir de Salta y Jujuy se celebraron muchos matrimonios

secretos: muchas de las recién casadas se quedaron en sus casas, otras nos acompañaron en la caravana. Todos los días había fuertes escaramuzas, y por consiguiente, bajas en el ejército; cuando llegamos al Volcán nos habían ganado la delantera y nos quemaron el campo, con tan buen suceso que ardieron muchas tiendas de campaña y perecieron algunos soldados: yo estaba almorzando, y cuando me avisaron del fuego me levanté, salí al campo y ya vi ardiendo mi tienda: los artilleros fueron activos y salvaron todo lo que ella contenía, muchos oficiales se quedaron desnudos. Dos días después volvieron a incomodarnos quemando el campo por retaguardia, pues el viento venía de aquel lado: el ejército estaba ya en marcha, y el fuego adelantaba con tal rapidez, que tuvimos que meter espuelas, venía el humo encallejado por la quebrada, habría bastado para sofocarnos, aun antes de sentir la acción del fuego, tal era su densidad: su velocidad era mayor que la de nuestros caballos, pero felizmente no nos alcanzó, por haberse cortado el fuego al llegar a un arroyo seco que estaba en la misma quebrada al tránsito, y esto nos salvó; de otro modo habríamos sido víctimas, porque estábamos en una angostura de mucha extensión y sin salida; los costados eran cortados a pico. Los gauchos se contentaban con ponernos en conflicto pero no consumaban su obra, porque permanecían fríos espectadores, sin aprovecharse de los primeros momentos del desorden que es consiguiente a la sorpresa y al riesgo que se corre.

La prueba inequívoca de la adhesión de los naturales a la causa de la independencia era el abandono que hacían de sus hogares cuando se aproximaban las tropas realistas: éstas encontraban los pueblos enteramente desiertos, emigraban los vecinos a los bosques y serranías, y enterraban los efectos de más valor que no podían transportar en las inmediaciones del pueblo: muchos de estos tapados los descubrían los soldados que estaban muy diestros en esta clase de pesquisas: los renglones que se buscaban con más anhelo eran las papas, el trigo, el maíz y otros comestibles que los que hacían el hallazgo vendían a buen precio. Sin duda no hay espectáculo más triste que el que presenta un pueblo abandonado por sus habitantes: en algunos ni aun perros se encontraban: esto no era nuevo para mí, porque durante la guerra de la independencia española, había pasado por pue-

blos enteramente desiertos que los moradores abandonaban a la aproximación de los franceses.

Cuando llegamos a Humahuaca, el pueblo estaba enteramente solitario: muchas de las habitaciones conservaban los vestigios sangrientos de la noche de la sorpresa. Me dirigí al morro de Santa Bárbara, en cuya falda sabía que estaba sepultado el cadáver de La Roza, y de otros desgraciados que habían perecido la misma noche: después de haber reconocido varios esqueletos encontré el de mi amigo: otro que yo no lo habría conocido, porque estaba desfigurado, pero yo tenía signos inequívocos, le faltaban algunas muelas: lloré sobre los restos de aquel amigo desgraciado que la hoz de la muerte había cegado en una edad tan temprana, y al que había estado unido desde la infancia; y volví a sepultarlo en el mismo sitio, despidiéndome de él para siempre. La mano que lo hirió creyó que el golpe iba dirigido a mí, y este motivo más tenía yo para lamentar su pérdida.

El parque y la artillería marchaban delante, el ejército venía algunas jornadas a retaguardia: lo esperamos en el pueblo de Tilcara, desde donde marchamos reunidos. En Tilcara estuvimos cercados por las partidas de los independentes llamadas **republiquetas**: era rara la noche que no venían a incomodarnos con sus fuegos, pero nunca pasaban de amagos, porque nuestra fuerza era superior. Esta retirada fué de las más penosas, enteramente exhaustos de víveres, las llamas cuya carne es muy indigesta, eran nuestro único recurso. Las cabalgaduras disminuían diariamente, y los oficiales abandonaban sus equipajes sobre el camino por no tener mulas en que transportarlas, muchos marchaban a pie: yo me vi un día en este caso, todos mis caballos de montar habían desaparecido. De resultas de esta caminata se me formó una llaga en el pie que después me incomodó bastante tiempo hasta que curé radicalmente.

Las mulas del parque disminuían cada día no sólo por la fatiga de una marcha tan prolongada y sin descanso, sino por falta de buenos pastos, y por el estrago que causaba una yerba llamada garbancillo que es venenosa y concluye con el animal en pocas horas; así, fué preciso montar la artillería que hasta entonces se había transportado a lomo. De este modo se hizo la marcha más difícil y dilatada, porque las



escabrosidades del terreno no permitían que se hiciesen jornadas regulares con esta arma.

En las quebradas formadas por montañas elevadas, es muy común ver la nube que despidе el rayo dentro de ellas, de modo que con muy corta diferencia es fácil calcular el paraje en que aquel debe caer, y por consiguiente evitarlo variando de posición: y más de una vez me he visto en la necesidad de ponerlo en práctica; pero cuando se está campado y el bagaje es considerable no hay más remedio que correr el riesgo. Fué en una situación semejante que, amagados por una fuerte tormenta que estaba muy próxima y sobre nuestras cabezas, que cayó un rayo sobre el tren y recorrió las piezas sin causar el menor daño en el material, ni en los artilleros: las municiones estaban contiguas, y todos habríamos volado a no ser la atracción de los metales: felizmente las piezas no estaban cargadas, que ha estarlo se habrían disparado y causado grandes estragos.

## **CAPITULO XIX**

### **TUPIZA**

Llegamos a Tupiza el 21 de junio, habíamos empezado nuestro movimiento de retirada en Jujuy el 12 de mayo: todos estábamos estropeados y necesitábamos descansar para reponernos de tantas fatigas y privaciones: muchos pagaron bien cara la imprudencia de su exceso en los alimentos, devoraban los primeros que encontraban, y algunos murieron de cólicos; en la tropa particularmente fueron muy pocos los que se libraron de fuertes cólicos: todo el ejército estuvo enfermo. También murieron algunos que se excedieron en la bebida.

La campaña sobre Salta fué desastrosa para los españoles, y les hizo conocer bien a su costa que siempre que intentasen invadir las Provincias Argentinas tendrían que estrellarse primero con el antemural que les opondrían los valientes Salteños, cuyo denuedo empezaron a saber apreciar en su justo valor. Pero el Virrey Pezuela había llenado su

objeto de desconceptuar a La Serna en sus primeros ensayos militares en el Perú: cuando le dió la orden para abrir la campaña sobre Salta, aquél sabía muy bien que sus resultados debían ser desastrosos para el ejército realista, pues conocía la clase de guerra que hacían sus adversarios, y el país que iba a ser su teatro. La Serna justamente indignado con un proceder tan desleal y agoviado del pesar por tan malhadada empresa, quiso hacer su dimisión luego que llegó a Tupiza. Yo presencié casualmente en su gabinete un fuerte debate que tuvo von Valdés a este respecto: Valdés se expresó en los términos más violentos y descomedidos oponiéndose a la resolución de La Serna, y le dijo, entre otras cosas, que un general de un ejército no debía, por su propio honor, hacer su renuncia después de un descalabro, que esto era entregarse a su rival cediéndole el campo: que sólo después de una victoria era honroso y aun político un tal desprendimiento. La Serna cedió a los esfuerzos de Valdés: es claro que a éste no le convenía que La Serna dejase el ejército, el también se vería envuelto en el descrédito del general, y se iba de las manos la ocasión de hacer su fortuna en el Perú a la sombra de La Serna, mediante el preponderante influjo que ejercía sobre él. La pérdida del ejército, concluida la campaña ascendía a 700 plazas entre muertos heridos y prisioneros: la del material fué inmensa y, lo que es más, la arrogancia española se había abatido.

Dos días después me detuve en Tupiza. El general La Serna me comisionó para que fuese a Potosí a inspeccionar la maestranza y activar sus trabajos, a fin de rehabilitar el material del ejército. Yo me sentía débil y extenuado, mi salud se había alterado considerablemente: al primer día de marcha, me excedí en la cena, y tuve un fuerte cólico: este ataque fué general en todo el ejército, a consecuencia de la escasez de víveres que sufrimos, todos tenían perdido el estómago. Me acompañaba en este viaje don Rafael Echenique. En las inmediaciones de Potosí, como a cinco leguas de distancia, se encuentra un paramo llamado Tabaco - Ñuño en donde la temperatura es tan fría que aun en el verano se siente su activa influencia: lo pasamos el 29 de junio, es decir en lo más riguroso del invierno y mi compañero y yo creímos quedarnos helados: nuestras cabalgaduras se cansaron traspasadas del frío y nos costaba gran trabajo el ha-

cerlas andar: yo estaba a punto de desfallecer, Echenique arreaba por atrás a la mula que yo montaba, y de cuando en cuando, a petición mia, solía dirigirme algunos ramalazos: yo creo que por este medio pude salvarme pues ya empezaba a endurecerme. Este paramo de Tabaco - Nuño es conocido en todo el Perú, a causa del frío permanente e intenso que predomina en la atmósfera. El mismo día entramos en Potosí, y volví a alojarme en la casa de mi antiguo patrón el vizcaino Yrureta, que me recibió con las mayores demostraciones de amistad. Pocos días después llegó el general La Serna con su estado mayor y séquito. Encontré en Potosí a la familia de Urquijo en la mayor indigencia y tuve el placer de auxiliarla varias veces: yo apreciaba mucho a doña Paula, era una señora de talento y muy patriota, en su casa nos reuníamos varios americanos adictos a la causa de la independencia. Su marido estaba sin destino: aunque de opinión contraria a su mujer, ésta tenía sobre él un gran ascendiente, era un buen hombre.

## **CAPITULO XX**

### **EL MARQUES DEL VALLE DE TOJO**

Estaba a la sazón en Potosí, el Marqués de Valle de Tojo, no había podido continuar su viaje a Lima por el mal estado de su salud: lo visitaba con frecuencia en su prisión, y aun lo socorrí algunas veces: este hombre por sus rentas vivía abandonado de sus deudos, y atenido a la beneficencia de sus amigos: estaba detenido en un cuartel de infantería y bien custodiado. Conociendo la popularidad que tenía con los indios de sus tierras, y por consiguiente lo importante que sería su fuga, así como por su propio bien, no cesaba yo de instarle que la verificase: era el marqués un hombre apático, muy difícil de estimular, pero trabajé tanto que al fin se decidió a seguir mi consejo. No era a la verdad muy fácil substraerse a la vigilancia de sus guardianes: yo le allané esta dificultad ganando a un sargento que debía entrar de guardia el día de su evasión. De antemano el marqués escribió

al cura de una aldea distante doce leguas de Potosí, antiguo amigo suyo, anunciándole que se preparase para ocultarlo en su casa: mediante una suscripción secreta que se hizo entre unos cuantos patriotas, y a la que también contribuí se juntó algún dinero, y se le entregó. Todo estaba bien calculado: fuí a verlo media hora antes de la fijada para su evasión del cuartel: estaba el hombre fuera de sí, asustado, conseguí alentarle, por medio del sargento le hice introducir el uniforme de un soldado, con el que se disfrazó: nos despedimos con abrazos, y deseándole un buen éxito: yo salí del cuartel, y el marqués a los cinco minutos estaba ya libre de sus opresores, y caminando con tres sirvientes que tenía, en dirección a la aldea indicada.

A la mañana siguiente entraron varios amigos en mi habitación, con la noticia extraordinaria de la fuga del marqués: yo me manifesté igualmente sorprendido, y, como debe suponerse, hice bien mi papel, disimulando el gozo que me causaba la libertad de aquel desgraciado. Pero esta sensación duró pocos días: a los diez de su fuga, entró Echenique en mi alcoba diciéndome que el marqués estaba en Potosí y preso en otro cuartel: nadie sabía la causa de su reaparición misteriosa: no dejé de alarmarme por la parte que tuve en su fuga, y aunque aguijoneado por la curiosidad, no quise visitarlo hasta que pasasen dos o tres días, temiendo despertar sospechas. Cuando entré en su prisión estaba postrado en la cama, me aproximé, y me tendió los brazos y lloró un buen rato sin desprenderse de mí: esta escena me conmovió en extremo: cuando volvió en sí me hizo la relación siguiente: la noche que fugó se puso en camino para la aldea (cuyo cura le había contestado al primer aviso que tendría el mayor placer de ocultarlo en su casa), cuando amaneció estaban una legua de distancia, mandó a uno de sus criados para que avisase al cura su próxima llegada: el criado regresó diciendo que el cura lo había recibido muy mal y que mandaba decir al marqués, que si entraba en su casa se vería obligado a denunciarlo, porque no tenía en ella proporción para ocultarlo, y no quería comprometerse. Tan inesperada contestación desalentó a los de la comitiva, todos se pusieron en fuga creyendo que ya los buscaba alguna partida que hubiese salido del pueblo, y el marqués quedó solo entregado a su destino. Se propuso caminar algunos días has-

ta llegar a sus tierras y anduvo vagando por aquellas quebradas, sin otro alimento que algunos puñados de maíz que pudo obtener de un indio transeúnte, pues el dinero que se había juntado lo llevaba uno de sus criados, y él no llevaba encima un solo medio cuando ocurrió la dispersión. En tal estado, y temiendo a cada momento caer en manos de alguna partida realista de las que se cruzaban por aquellos parajes, acosado como se veía por el hambre, no tuvo otro recurso que volver a Potosí, y presentarse secretamente al gobernador conde de Casa Real, el que se había vendido por su amigo, y expresándose en términos que no le quedaba duda de su odio a los españoles, adhesión a la causa de la independencia. Que efectivamente se presentó al conde sin ser visto de nadie, y que éste lo ocultó en su casa, entretanto discurría un medio para facilitar su seguida evasión de Potosí: a los tres días de su encierro riguroso, pues ni aún los sirvientes de la casa sabían que él estaba allí, y una hermana del conde, y algunas veces éste mismo le introducía la comida, se presentó al conde diciéndole que siendo grandes las dificultades que tenía que vencer para ponerse en salvo, e inmenso el compromiso a que se exponía con los españoles si llegaba a ser descubierto como auxiliador de su fuga, era ya preciso desistir de ella; y que para arribar a un desenlace que no arrojase sospechas, era de absoluta necesidad que él (el marqués) se fuese a refugiar al convento de la Merced, y que desde allí le escribiese una carta diciéndole, que al fugar del cuartel su objeto había sido ir a presentarse al general La Serna (que entonces tenía su cuartel general en Tupiza) y pedir lo destinase a otro punto que a Potosí, pues no podía soportar el mal trato de su gobernador; y que habiendo encontrado dificultad para llegar hasta el cuartel general, se vió en la necesidad de regresar a Potosí, y se lo avisaba para su conocimiento. Quedé sorprendido de la maldad del conde, estúpida credulidad del marqués, y sobre todo de su falta de ánimo: con cuatro días más que hubiese caminado, se hubiera encontrado entre sus indios que lo idolatraban, y en posesión de sus bienes. La cosa ya no tenía remedio, y lo habían vuelto a recluir en una pieza alta y aislada rodeada de centinelas, desde la que era muy difícil, sino imposible, volver a fugar.

La fuga del marqués y los antecedentes, me hicieron aparecer como sospechoso; y en el sumario que se levantó fuí llamado a declarar: nada resultaba contra mí, pero bastaban los indicios para perjudicarme. Yo corrí gustoso este compromiso, no sólo en obsequio de la amistad que había contraído con el marqués, sino muy principalmente por hacer un servicio importante a la causa de la independencia, pues el marqués era hombre de influjo, muy querido de los indios habitantes de sus estados, pues así pueden llamarse las tierras que poseía por su gran extensión, y él me había prometido que las iba a poner bajo el pie de guerra, lo que le era muy fácil por el gran ascendiente y popularidad que tenía entre ellos. Felizmente para mí, la llegada de La Serna y Valdés a Potosí, despejó las densas nubes que empezaban a formarse a mí alrededor de resultas de mis relaciones íntimas con el prisionero, y demás circunstancias que he mencionado.

A consecuencia de esta tentativa, e inmediatamente que el virrey Pezuela tuvo aviso, ordenó que el marqués fuese trasladado a Lima. Valdés que conocía todo el interés que me inspiraba aquel desgraciado, me dijo un día: "Muy mala suerte aguarda a su amigo el marqués, hay orden para mandarlo a Lima, y si ahí no lo fusilan, lo remitirán a España bajo partida de registro, pero este es un secreto que sólo el general y yo sabemos, y espero que lo guardará". Pero yo volé a la prisión del marqués, y le dije que era preciso apurar todos los recursos para proporcionarse la fuga aun cuando se corriese un gran riesgo: él me contestó que era imposible atendida la situación de la pieza en que se hallaba recluso. "Pues entonces mi amigo, le dije, para estimularlo, el mal de Vd. no tiene otro remedio que tirarse por el balcón y estrellarse en el empedrado del patio, porque considero que esto es menos malo que ir a Lima o a Madrid, en donde le es a Vd. fácil preveer cual será su suerte". Nada fué capaz de moverlo: yo continué visitándolo así durante todo el tiempo que estuve en Potosí, mis visitas lo confortaban, según él mismo me decía, yo era el único que le llevaba consuelos. Después fué conducido a Lima, y en su viaje a España arribó a las Antillas, y murió víctima del mal trato que recibía, no sé ciertamente si en la Jamaica o en Panamá. El marqués, dotado de un carácter más enérgico, habría

hecho un gran papel en América, sus dominios eran pingües y extensos, y el hombre más rico en rentas de cuantos existían desde Lima a Buenos Aires.

## **CAPITULO XXI**

### **DESCUBRIMIENTO DE LA LOGIA**

Como he dicho anteriormente, la L... había sido descubierta sin que ninguno de sus miembros lo sospechase. Una mañana que fui a visitar a Valdés, me dijo: "hay una gran novedad", y me refirió lo siguiente: el vicario general Torres había estado a verlo el día antes para comunicarle el descubrimiento de una L... M... compuesta de los jefes principales del ejército: estamos rodeados de M... le dijo: Valdés se sorprendió al anuncio de tal novedad, y cuando el vicario exhibió la lista nominal de los miembros, la misma que yo había escrito y que se extravió, creyó encontrarse en ella, y no fué poca su admiración al no verse inscripto: entonces tomó el tono de broma y trató de persuadir al vicario que no podía existir tal sociedad, y que aquella lista era un juguete mío en un momento de ocio: cada nombre que leía lo acompañaba con risas y dichos jocosos alusivos al sujeto que había nombrado: su objeto era disimular, pero el vicario insistía en que no le quedaba duda que aquello era una cosa formal, y por más que se esforzó Valdés, no pudo disuadirlo de que diese cuenta a La Serna de su descubrimiento. Valdés se anticipó a preparar a La Serna, de modo que cuando el vicario se presentó a éste, ya estaba prevenido del objeto de su visita: el general, pues, recibió la noticia con la mayor frialdad, y trató también de hacer entender al vicario que aquello no era sino un pasatiempo, propio de mis pocos años; pero como el vicario no desistía, el general se formalizó y le dijo que aun en el caso de que fuese cierto, él no podía tomar providencia alguna, porque el asunto era delicado en atención a que aquella lista contenía los nombres de los jefes más influyentes, que casi todos mandaban cuerpo, y por consiguiente era



muy peligroso proceder contra ellos: que en tal estado, mal podía ser el camino que el vicario se proponía seguir: éste le contestó que había resuelto pasar a Lima a dar cuenta al virrey y a la inquisición, a cuyo efecto le pedía tuviese a bien expedirle su pasaporte: La Serna se negó a espedírselo, y después de una larga discusión, dijo terminantemente al vicario, que no le daría pasaporte sino a condición de que en aquel momento quemase la lista en su presencia: el vicario convino en ello, y la lista se redujo a cenizas delante del general La Serna. Cuando Valdés acabó su relación, yo le manifesté el peligro inminente en que estábamos todos los amigos, expuestos a la persecución del virrey y sobre todo del Santo-Oficio; pero Valdés no opinaba así, y decía que no teniendo el vicario otro testimonio que el de la lista, y habiéndose inutilizado ésta, nada había que temer. Ello es que el vicario salió para Lima acompañado del teniente coronel La Torre que iba encargado de espiar sus pasos para que no nos pillasen desprevenidos: La Torre era orador de la L. . . , pero el vicario estaba muy distante de sospechar que su compañero de viaje tuviese conocimiento del descubrimiento que había hecho. Más adelante volveré sobre este asunto, y haré mención de los procederes a que dió lugar la delación del vicario.

El general La Serna con su E. M. pasó a establecer su cuartel general en el valle de Cinti. Mi mansión en Potosí fué también muy corta: anhelaba por salir de una ciudad cuyo rígido temperamento no convenía a mi salud. De resultas de una marcha a pie que hice en la retirada de Salta, se me formó una llaga en un pie, pero tan tenaz que después que llegué a Potosí, tardé un mes en poder salir a la calle: la llaga había ganado todo el pie. Aquel clima tan seco no se adaptaba a mi constitución física: por la noche mi sueño era interrumpido, y solía despertarme sobresaltado: una noche toda la familia de la casa en que vivía se levantó alarmada por el ruido que oyeron en mi dormitorio, cuando entraron en el cuarto me encontraron en camisa; mesas, sillas, y todo cuanto había movable estaba derribado por el suelo, yo había sido el autor de aquel ruido mientras estaba dormido, y no me desperté hasta que ellos entraron por el ruido que hicieron. Todas las noches me sucedía que acosado del sueño, hacía

los mayores esfuerzos por no dormir, porque era cierto que me había de despertar sobrecogido y temía lastimarme, pues me lanzaba de la cama, y cuando despertaba solía encontrarme extendido en el suelo, en el extremo del cuarto. Así, desde que hube llenado mi comisión, sistemando y activando los trabajos de la maestranza, abandoné aquel pueblo detestable por su clima.

Salí de Potosí en el mes de agosto, acompañado del teniente coronel Ferraz, comandante de la escolta del general La Serna, y nos dirigimos a Vitiche, donde estaba acantonado su cuerpo. Yo montaba una briosa mula grande en extremo: mi amigo el comandante Ortega me la había prestado por ceder a mis instancias, porque él decía que era demasiado arisca para mí, y que me la prestaba porque yo no creyese, que quería pretextar sus bríos para negármela. Este era un motivo más para que yo me empeñase en cabalgarla, porque hice punto de honor en correr el riesgo. A los tres días de nuestra salida, dió conmigo al través: el animal era muy celoso y se espantaba de cualquier ruido: por desgracia se me desprendió el sable del gancho y al ruido la mula disparó a lo largo de la orilla de un río: me era imposible sujetarla, y viendo que iba a estrellarme contra las peñas, me tiré al suelo en lo más violento de la carrera: caí de espaldas y di contra una piedra con las asentaderas: perdí el sentido, y cuando lo recobré mis ojos se fijaron en Ferraz, que había venido, aunque tarde, a darme auxilio: abandoné la mula, y tuve que montar en un burro que un indio tiraba por el cabresto a un paso muy lento, pues mis dolores no permitieron acelerarlo: estaba todo envarado y sin movimiento: a los dos días me sentí más animado, y picado de las bromas de Ferraz volví a montar la mula con más miedo que buena voluntad, el amor propio hacía las veces de la resolución. Llegamos a Vitiche el día de San Lorenzo, los indios celebraban su fiesta: entramos en la plaza donde estaba el cuartel de caballería, y cuando nos disponíamos echar pie a tierra, un malvado muchacho disparó un cohete: el maldito animal se asusta al ruido, dispara, y se entra en un cuarto oscuro cuya puerta era tan estrecha que sólo pegándose al pescuezo de mi cabalgadura, pude evitar el ser estrellado: cuando la mula se vió en aquel oscuro y limitado

recinto, empezó a dar coces y corbetas tirándose contra las paredes: jamás me he visto en igual conflicto, por último aproveché un momento y pude resbalar hasta el suelo, pero ¿cómo tomar la puerta?; el animal ciego dirigía con violencia sus herrados cascos en todas direcciones; y yo de esquina en esquina, pude al fin atrapar la deseada salida, aunque algún tanto magullado por las patadas que recibí de aquel furioso animal, que ya no volví a montar más.

Desde Santiago de Cotagaita tomamos la dirección del valle de Cinti (Pilaya y Paspaya) donde a la sazón se hallaba el cuartel general. La fertilidad de este valle, que contrasta con el aspecto de aridez de los distritos vecinos, llama la atención del viajero: produce granos de todas clases, frutas y considerables viñedos: la cosecha de vino es abundantísima y se hacen excelentes vinos tintos, blancos, aguardientes: se imita el chocolí de Vizcaya que es muy bueno para pasto: la exportación de vinos para las provincias del Perú es considerable, y forma el principal ramo de riqueza de los habitantes del valle de Cinti: hay dos pueblos, Pilaya y Paspaya, y toda la población del distrito consiste en doce mil habitantes.

Cuando llegué a Cinti, se estaba en lo más fuerte de las funciones y convites que daban al general en jefe los vecinos principales, y disfruté muy bellos días el poco tiempo que allí estuve: el batallón de Gerona donde yo tenía muchos amigos, y muy particularmente al coronel Villalobos, estaba a la sazón acantonado en el valle acompañando al cuartel general. Una noche que marchaba yo con mi guía, éste se quedó a retaguardia, y al llegar yo al paso de un río que creía vadeable, me lancé con mi caballo; no bien había abandonado la orilla cuando el animal empezó a nadar: ya no había remedio, no se podía retroceder, le solté la rienda, y la corriente que era impetuosa lo arrastraba con violencia sin que me fuese posible impedirlo: tuve al fin la felicidad de llegar salvo a la orilla opuesta, aunque mucho más abajo del paso, después de haber nadado por espacio de diez o doce minutos. Corrí un gran riesgo, mi caballo estaba ensillado y con las cinchas apretadas.

El cuartel general se trasladó al pueblo de Escara, distante veinte leguas de Tupiza, yo regresé a este pueblo que

era mi destino, pues allí estaba mi cuerpo y el parque de artillería. Valdés llegó poco después y tomó el mando del cantón. La vida que hice en Tupiza fué triste y monótona: mi ánimo estaba también muy preocupado, yo no pensaba sino en el momento de incorporarme a los defensores de la independencia, y estaba bien arrepentido de no haberlo hecho en la provincia de Salta. Al fin, el resultado de esta afección moral fué una enfermedad nerviosa que me tuvo mucho tiempo postrado: cuando me levanté había sufrido una completa revolución, y caí en una hipocondría que me hacía mirar con tedio cuanto me rodeaba. Una noche al tiempo de desnudarme, estando delante mi asistente, el honrado Jaime, al mudarme la camisa cuando ésta resbalaba por sobre la cabeza contra el pelo, éste empezó a despedir chispas en abundancia. Jaime se asustó y dió algunos pasos hacia atrás: no dejó de sorprenderme algún tanto aquel fenómeno eléctrico, pues tal creí que fuese, y no era otra cosa en efecto, y dirigiéndome a Jaime le dije: "Jaime, ¿qué ha sido esto?", él me contestó todo confuso, "**Sor fuego**". A la mañana siguiente llamé al facultativo, le referí el caso, y me dijo que jamás había oído otro igual: me perceptuó la tintura de quina, lo que fué un solemne desatino, porque yo más bien necesitaba refrescos: la quina en vez de mejorarme agravó mi mal: las chispas continuaban, y como en Potosí, mi sueño era interrumpido y en sobresalto continuo. Después de aquella época, alguna vez que otra he vuelto a echar chispas por la cabeza: cuando lo he referido a algún amigo no lo ha querido creer, lo he llevado a un lugar oscuro, y pasándome un peine contra el pelo, le he hecho ver las chispas eléctricas y oír el chasquido que ellas producen. Yo he llamado a esto un fenómeno, por ser poco común, pero no es sino efecto de una causa natural: la electricidad.

Yo no cesaba de manifestar a Valdés el peligro que corríamos todos los amigos de resultas de la denuncia del vicario Torres, pero Valdés no lo creía así: decía que quedada la lista, el vicario no podía producir prueba alguna: en vano me esforzaba en hacerle entender así como a otros amigos, que la mera delación era suficiente bajo el sistema arbitrario que entonces regía en España, y según el modo de enjuiciar del Santo-Oficio: ellos persistían en su ciega

confianza. Yo sin embargo, firme como estaba en mi modo de ver aquel negocio, resolví ponerme a cubierto de una sorpresa; y como era depositario de todos los ornamentos de la L. . . , resolví substraerlos con tiempo de una pesquisa, y una noche acompañado del capitán Plasencia salimos de Tupiza cargando entre los dos una arquilla en donde se guardaban, y la enterramos al pie de un cerro, dejando señales que nos sirviesen de guía para cuando quisiésemos desenterrar aquel depósito.

Una orden del virrey, que el general acababa de recibir, me nombraba segundo jefe del E. M. del ejército español que a las órdenes del general Osorio debía expedicionar sobre Chile: se me había expedido el despacho del grado de coronel, y se me prevenía que sin pérdida de tiempo me pusiese en marcha para Lima, a fin de poder alcanzar la expedición que estaba próxima a zarpar del puerto del Callao. Valdés me transcribió el oficio del general La Serna. Yo no vacilé un momento en creer que esta orden y el ascenso era una verdadera celada que se me armaba para hacerme caer en las redes del Santo Oficio y del virrey: Valdés no opinaba así, decía que cuando más sería un medio de que se valía el virrey para debilitar la influencia de la L. . . separando a sus miembros, pues la operación de perseguirlos era delicada en atención al ascendiente que teníamos en el ejército, y que un atentado con uno sólo, debía el virrey creer que sería una señal de alarma para toda la sociedad, que se vería en la necesidad de poner en acción su poder para substraerse del peligro obrando un gran trastorno en el Perú. Todas estas razones no fueron bastantes a convencerme, yo estaba íntimamente persuadido que estaba destinado a ser víctima del fanático virrey, y del odio que abrigaba contra todos los individuos adictos al general La Serna, y muy particularmente aquellos que, como yo, habían venido con él de Europa, que era los que más distinguía. Es verdad que por otro lado, yo pensé más de una vez que mi juicio podía participar de un exceso de suspicacia, porque el general Osorio que mandaba el ejército destinado a Chile me apreciaba mucho desde el colegio; cuando yo entre en este establecimiento, era Osorio capitán de artillería y teniente de la compañía de cadetes, y desde entonces me había manifestado una predilección particular: Osorio era yerno del virrey, y éste en la orden de mi

nuevo destino, decía expresamente que era a consecuencia de una petición del general Osorio, y no era en cierto modo creíble que se hubiese prestado a una trama que tenía por objeto perderme; pero yo firme en mi idea, juzgué que todo había sido combinado para alucinarme, alejando toda sospecha por las circunstancias que acabo de referir. Así, mi resolución fué incontrastable, y le dije a Valdés que había ya llegado el momento en que me separase de ellos y llenase los deseos de mi corazón incorporándome a los independentes, que harto tiempo había diferido este momento tan anhelado; en consecuencia, le pedí pasaporte para trasladarme al cuartel general de Escara para hablar con el general La Serna: Valdés se prestó a mis instancias y el mismo día tomé la posta.

## **CAPITULO XXII**

### **PROPOSITOS DE EVASION**

La noche me pilló en el camino, era tempestuosa, llovía copiosamente: caían rayos y centellas en torno de mí, parecía que los elementos se habían conjurado para que yo no llegase a mi destino, mi guía y yo nos extraviábamos, pero volvimos a tomar el camino, y al amanecer estaba ya en Escara, empapado en agua y cubierto de lodo. El general La Serna dormía, yo lo hice despertar. Se manifestó sorprendido al verme allí, y creyendo que yo estaba en viaje para Lima, en virtud de la orden que me había comunicado el día antes, me dijo: "Hola señor Iriarte, parece que deseaba Vd. mucho separarse de mí; ¡qué pronto se ha puesto Vd. en camino!" "Sí, mi general, pero no es para ir a Lima". "¿Cómo así? entonces, ¿no había Vd. recibido la orden del virrey que le comunicué ayer?" "Sí, mi general, pero yo no voy a Lima". El general se formalizó y me dijo que era preciso lo hiciese, que no había remedio, debía dar cumplimiento a la orden del virrey. Yo le expuse que, si él quería, podía eludirse esta orden; porque estando yo destinado al ejército del Perú por

una real orden, sin otra igual no podía ser removido, siendo, como él sabía, inamovibles los destinos en el cuerpo de artillería. El general La Serna se incomodó, tomó el tono de la autoridad, y me dijo terminantemente que diese cumplimiento a la orden del virrey y me pusiese en marcha para Lima. Entonces me resolví a hablarle con franqueza, para lo que iba preparado. Le manifesté que después del viaje del vicario Torres a Lima, con el objeto de la delación de que él (el general) tenía noticia, a mí no me quedaba la menor duda de que el virrey quería sacrificarme, que el general no podía ignorar mi profesión de fe política, y el objeto de mi venida a América; que recordase cuanto le dije en Cádiz, cuando me solicitó para que lo acompañase: en una palabra, le dije que yo no iría a Lima si no me mandaba atado, y que mi resolución estaba tomada, que iba a hacer viaje a Buenos Aires. La Serna tomó un tono verdaderamente paternal, me dijo que mis temores eran infundados, que el asunto del vicario era enteramente concluído desde que, habiendo quemado la lista en su presencia, él no tenía ninguna prueba para afianzar su delación, que por otro lado, Osorio me apreciaba, y no era posible que quisiese ser instrumento de mi pérdida; que se me abría un campo vastísimo para hacer una carrera brillante, condecorado como ya lo estaba con el grado de coronel cuando apenas contaba veintitrés años de edad; que él no creía que yo hiciese el desatino de unirme a los independientes, que yo era muy joven para poder preveer la suerte que me esperaba si tal hacía, que me vería envuelto en los males y azares de una revolución, abandonando lo cierto por lo dudoso; y que aislado como me iba a ver, sin relaciones ni amigos, tendría que sufrir y al fin ser víctima de los tiros y acechanzas de los nuevos enemigos que se levantarían contra mí, en razón de tener una alta graduación y ser un oficial facultativo. Yo me manifesté penetrado de reconocimiento por tanta bondad, porque el general hasta me dijo que por entonces me era imposible realizar mis miras en atención a la gran distancia que separaba a los dos ejércitos y los riesgos que podía correr antes de incorporarme a los independientes, pero le aseguré que sin poderlo evitar, a pesar de las distinciones que le debía, mi corazón encontraba un vacío que ni las decoraciones militares, ni el prospecto de una carrera brillante podía llenar, que yo deseaba trabajar



por la independencia de mi país. El general La Serna, no sólo me apreciaba, pero era un filósofo, y por esto me atreví a hablarle así: me permitió volver a Tupiza, y cuando me separé de él me dió un estrecho abrazo, como si creyese que había de ser el último; —y lo fué efectivamente. Yo estuve de regreso en Tupiza a los dos días de mi salida: la orden del virrey había sido eludida. Yo ya no pensaba sino en realizar mis designios.

Pocos días después recibí una comunicación del general Osorio, como sub-inspector del Departamento de Artillería en Lima, y me acompañaba los diplomas que había recibido de la Corte. Ellos me condecoraban con la medalla de la batalla de Chiclana, la de la Defensa de Tarija, la del sitio de Cádiz, la concedida al ejército 1º, el del Cataluña, donde yo había servido: me escribía una carta amistosa dándome la enhorabuena por mi ascenso al grado de coronel, y me instaba para que cuanto antes marchase a incorporarme al ejército que él mandaba, en el que, me decía, yo tenía un destino, que creía debía lisonjearme. Recibí al mismo tiempo una carta de mi tío don Francisco Somalo, teniente del regimiento Infante Don Carlos, comunicándome su llegada a Lima: me decía al mismo tiempo, que se esperaba de un día a otro al Regimiento de Burgos, donde servía mi hermano Antonio, y concluía felicitándome por mi ascenso, y felicitándose a sí mismo por el destino que yo tenía en el ejército donde él también iba a servir, y me conjuraba para que cuanto antes me pusiese en marcha y nos diésemos un abrazo: yo quería mucho a este pariente: su carta, las condecoraciones que me mandaba el general Osorio, y la próxima llegada de mi hermano Antonio, cuya venida al Perú tenía por principal objeto unirse a mí, conturbaron mi espíritu y oprimieron mi corazón; pero no pudieron contrastarlo, un fuego activo me devoraba desde mucho tiempo: yo estaba acostumbrado a creer que no podía ser feliz si no servía a mi patria, y los momentos se me hacían siglos.

Cuando volví a Tupiza comuniqué a Valdés mi entrevista con La Serna y mi resolución definitiva: Valdés me dijo: "Iriarte, no se precipite Vd., el general Osorio va a pasar a Chile, todo conspira a preveer que su ejército debe ser batido por el de San Martín, esperemos pues, y cuando llegue esta noticia, yo se lo juro a Vd., nos iremos juntos, y a fa-

"vor del gran influjo que tenemos en el ejército, haremos un gran servicio a la causa de América: su ida de Vd. es sin consecuencia, es un hecho aislado; no le es a Vd. mucho más conveniente entrar en su país con grandes títulos por medio de un gran servicio". "Mi amigo, le contesté, después de un gran triunfo me ruborizaría de presentarme a mis paisanos: no me creerían sincero, y yo creo que esto no me haría honor, prefiero pues incorporarme a ellos, en la época de sus mayores conflictos, así yo ya no espero más". "¿Y cómo va Vd. a manejarse para evadirse?" "La cosa es muy sencilla, debe salir dentro de pocos días a incorporarse a la división de vanguardia que manda Olañeta y está en Humahuaca, un regimiento de infantería y cuatro piezas de artillería, yo iré mandando éstas, si Vd. me da la orden". "Pero eso no es posible, Vd. no puede por su destino de mayor general de artillería ir a mandar la de la vanguardia". "Ese no es inconveniente, diga Vd. que se necesita un oficial de confianza e inteligente, y que ese soy yo". Valdés cedió a mis instancias, y yo me preparé para marchar a la vanguardia, y para dejarla después.

Pocos días estuve en Tupiza. Celebré por última vez la función de Santa Bárbara, patrona de los artilleros, y quise costearla yo sólo. Di un convite a que asistieron todos los jefes del cantón, los oficiales de artillería, algunas damas y vecinos principales del pueblo: el baile fué lucido y duró hasta el amanecer: yo estaba fuera de mi gozo, porque contemplaba muy próximo el momento de mi incorporación a los patriotas: debo decir, sin embargo, que esta sensación no era acompañada de ningún sentimiento rencoroso ni de aversión hacia los españoles: yo no tenía motivos para quererlos mal, me había educado en España, tenía allí y en el ejército mis mejores amigos, había sido considerado y obtenido rápidos ascensos; pero la afección por mi país, por la tierra donde había nacido y que yo conocía, era superior a toda otra consideración; y sobre todo en una edad en que tanto se gusta de lo nuevo, yo me forjaba castillos en el aire cuando mi imaginación se ocupaba de las ilusiones del porvenir: no tenía reflexión bastante para pensar en el piélago en que iba a engolfarme. La ambición no entraba para nada en el nuevo prospecto que mi fantasía sabía fraguar, jamás me ha dominado aquella pasión: una sola y única ambición

es la que he conocido, la de establecer una reputación brillante en la sociedad: en una palabra la ambición de los antiguos caballeros, la que correspondía a un joven educado con ideas de honor y en la época de los grandes modelos. Pero la de las ilusiones ha pasado, y en el día sólo una ambición reconozco en mí, la de hacer la felicidad de mi familia, pero sin honores, sin oropel, ni mando: todos estos bienes no tienen prestigio para mí, porque conozco el mundo, y he estudiado a los hombres, y he adquirido este conocimiento a un precio bien alto, el de la adversidad.

Antes de partir tuve una gran conferencia con Valdés: le recordé su profesión de fe con respecto a la causa de los americanos: lo odioso del sistema que predominaba en la península, y lo estimulé cuanto pude para abrazarse al partido de la independencia como él me había prometido que haría algún día: nada conseguí sino nuevas promesas; pero sí el convencimiento de que habiendo Valdés encontrado en América un gran campo en que trabajar con provecho por su propia cuenta, no pensaba, ni tampoco los demás amigos, sino en seguir bajo las banderas del rey, a no ser que sucesos ulteriores los obligasen a tomar otro rumbo. Sin embargo, me encargó que a su nombre y de los demás amigos, propusiese al general Belgrano o al director Pueyrredón, únicos sujetos para con quienes me autorizaba a hablar, se regularizase la guerra disminuyendo sus horrores, y se estipulase un convenio para facilitar en lo sucesivo el canje de prisioneros, y el alivio de los desgraciados que gimiesen bajo tan desagradable situación. Nos despedimos muy amigos, y yo me puse en marcha para mi destino con 4 piezas de artillería y un regimiento de infantería (el de partidarios): el Capitán Plasencia era el jefe de estado mayor de la división: este sujeto era de la Logia y estaba en mis planes, teníamos mucha intimidad y arranchábamos juntos durante la marcha.

## **CAPITULO XXIII**

### **EL PASO A LOS INDEPENDIENTES**

Esta fué penosa, como todas las que se hacen en el Perú en la estación de las lluvias: campábamos en las ciénagas

en razón del pasto, por ser los de éstas los únicos parages en que se encontraba: es decir que las tiendas de campaña se establecían sobre el agua: por la mañana amanecíamos sobre el hielo. Pero nada de particular ocurrió en la marcha, y sólo referiré un encuentro singular que tuve en el Tejar. Al llegar a la casa de este nombre, que está en el camino de Mojós a Humahuaca, como a la mitad de la distancia, se me ocurrió apearme para guarecerme de la lluvia: la casa estaba deshabitada, me seguía mi ayudante y un ordenanza, yo entré el primero, y fui sorprendido por la presencia de cinco soldados que estaban recostados a la pared interior y al parecer dormidos: un profundo silencio reinaba en aquella habitación: observé con más atención, y pude distinguir que aquellos individuos vestían el uniforme de la escolta de La Serna; mayor motivo de confusión; ¿con qué motivo estaban allí? Por último me aproximé y reconocí cinco esqueletos vestidos; se veía bien que habían muerto degollados. Entonces pude descifrar lo que había sido para mí un enigma. Recordé que cuando el ejército se retiraba de la campaña de Salta, el día que levantó el campo del Tejar, estando yo almorzando con el comandante Ferraz, vino el ayudante a darle parte que faltaban cinco hombres: es decir que estos cinco individuos habían sido degollados por los indios que se ocultaban a favor de lo quebrado del terreno para exterminar a los rezagados, y eran los mismo que yo tenía delante. Pero parecía que se habían esmerado en no tocar a ninguna de las prendas de su equipo: como el clima es allí tan seco, no había putrefacción en aquellos cadáveres: estaban duros y acartonados de modo que les había sido fácil recostarlos contra la pared conservándolos en pie, sin duda para que su vista sirviese de escarmiento a sus paisanos, y como un monumento de la venganza satisfecha, en espíación de los daños que los soldados españoles causaban a los desgraciados indígenas.

Nos incorporamos a la división de vanguardia que estaba establecida en la casa de Eguía cerca de Huacalera en la misma quebrada de Humahuaca: la situación física y moral de aquella tropa era la más deplorable: un fuerte destacamento de la división de vanguardia que mandaba Güemes, a la sazón gobernador de Salta, asediaba a Olañeta de noche y de día cortándoles los víveres, este destacamento lo man-

daba el valiente coronel Arías; dos días antes de nuestra llegada tuvieron un encuentro en el que los gauchos reportaron la ventaja y Olañeta estuvo a punto de caer prisionero: desde entonces se había encerrado con la división en las de Eguía que es un edificio de mucha extensión, carecían del alimento necesario y las municiones eran escasísimas, estaban flacos y extenuados, y el desaliento se había difundido en todas las clases: si tardamos dos días más en llegar se habrían visto precisados a capitular, así, fuimos recibidos como libertadores; pero el conflicto no había cesado, porque si bien con nuestro refuerzo podíamos batir la campaña para proporcionarnos recursos de subsistencias carecíamos de municiones, porque Olañeta había consumido un crecido repuesto de ellas, y las que nosotros llevábamos eran pocas porque se había calculado con que encontraríamos bien provista la división ignorando los repetidos encuentros que tuvo que sostener y en los que casi las había agotado. Al día siguiente de nuestra incorporación levantamos el campo y avanzamos por la quebrada hasta llegar a un pueblecillo llamado Tilcara donde hicimos alto el 24 de diciembre. El coronel Arías se retiró delante de nosotros y campó a media legua escasa de Tilcara. Yo subí a un alto morro que domina el pueblo, y con mi anteojó recorrí el campamento de Arías; había resuelto incorporarme a él al día siguiente, y como la distancia era corta, me propuse hacerlo sin correr riesgo de ser perseguido, para lo que tomé muy bien mis medidas.

Con motivo de ser vísperas de pascua de navidad se celebraba la noche buena en la tienda de un jefe de división, Olañeta fué invitado pero no asistió por estar indispuesto, yo fuí de la partida y me propuse emborracharlos a todos para facilitar mi evasión al venir el día, que era la hora que había fijado. Efectivamente, conseguí que la mayor parte se asopavasen con los vapores del vino, y el jefe de día fué uno de los que quedaron aletargados: esto era lo que yo más deseaba: me ofrecí entonces a hacer el servicio en su lugar aquella noche, y a la una de la mañana todos los que pudieron hacerlo por sus pies se retiraron a sus respectivos alojamientos, se acabó la reunión y el campo quedó en silencio: Plasencia (el jefe de E. M.) y yo nos retiramos al nuestro: en cuanto nos vimos solos volví a hablarle sobre mi resolución, él también estaba deseoso de seguirme, pero temía no ser

bien recibido por su calidad de Europeo: quedamos convenidos en que yo hablaría con Güemes, y que en el caso que éste se manifestase bien dispuesto, se mandaría al campo español con cualquier pretexto, un oficial parlamentario, montado en un caballo tordillo, lo que significaría que podía pasarse con la seguridad de ser bien acogido. Como era pública la intimidación que yo tenía con Plasencia, y mi evasión podía comprometerlo, pues se sospecharía que él no había podido ignorarla, y mucho más viviendo juntos, le escribí una larga carta de despedida, cuyo contenido se contraía principalmente a excusarme con él por no haberle comunicado mi designio, dando por razón nuestra diferencia de opiniones; esta carta quedó en uno de mis baules: en ella le decía también que todo mi equipaje y cuanto me pertenecía lo dejaba a mi asistente Jaime como una recompensa por sus buenos y largos servicios, y a Plasencia le entregué cien pesos para que se los diese a Jaime, y confidencialmente le dijese en mi nombre que tendría mucho gusto en que se me incorporase después. Luego que concluí todas mis disposiciones preparatorias, llamé al oficial de artillería que estaba de guardia, y le previne que al toque de diana viniese a despertarme. Me acosté y a pesar de que mi ánimo estaba muy afectado por la crítica situación en que me encontraba, me entregué a un profundo sueño. ¡Lo qué pueden los pocos años!

El oficial de guardia fué exacto, cuando vino a despertarme todavía se oían los tambores que tocaban la diana, empezaba a amanecer: Plasencia fingía dormir: mandé a Jaime que me ensillase el caballo. Como debía extrañarse que yo montase a aquella hora, le dije al oficial de guardia que el jefe de día se había enfermado y que yo hacía sus veces, que iba a recorrer los puestos avanzados y presenciar la descubierta; y que, de paso, me proponía buscar un paraje inmediato donde al tiempo de la retirada había hecho ocultar algún hierro por falta de cabalgaduras para transportarlo: Jaime me escuchaba. El oficial me dijo que iba a mandarme un ordenanza montada para que me acompañase, y lo rehusé. Monté al caballo y salí al paso atravesando por entre las tiendas de algunos jefes amigos que estaban levantados, me paraba a hablar con ellos, y como todos me hacían la pregunta de "adonde iba tan de mañana" les contestaba con la misma ficción que había empleado con el oficial de



guardia: llegué así a la última avanzada, el oficial estaba durmiendo, lo reprendí por su falta de vigilancia, le pregunté si había visto a los enemigos, me contestó que no se había presentado uno solo desde el día antes: entonces le dije que yo iba a ver si encontraba el lugar donde había hecho un entierro de hierro durante la retirada, que calculaba que debía estar a muy pocos pasos del paraje en que nos encontrábamos, y que en el caso de que diese en alguna partida enemiga, dispararía una pistola como señal para que saliese con alguna gente para socorrerme: me ofreció una pequeña escolta, no la admití asegurándole que mi caballo era el más ligero de la división (y efectivamente era así), y que no era posible me alcance ningún otro.

Me separé de la avanzada al trote, y cuando estuve a dos cuabras de distancia metí espuelas al caballo con dirección al campo del coronel Arias, al que me lisonjeaba llegar muy pronto, pues sólo distaba un cuarto de legua de la avanzada; pero mi sorpresa fué extrema cuando antes de llegar noté que estaba desierto: sin trepidar ni detenerme un solo instante continué galopando a lo largo de la quebrada, no sin algún sobresalto, ya porque ignoraba la nueva posición de Arias, como porque la quebrada es muy peligrosa y corre a lo largo de ella un arroyo que es forzoso atravesar muchas veces, pues el camino, según la configuración del terreno, se proyectaba alternativamente unas veces por la orilla derecha otras por la izquierda, y como mi espíritu estaba agitado, no deteniéndome a mirar la senda solía galopar por el centro mismo del arroyo porque este trayecto era más corto y recto, por consiguiente si me hubiesen seguido podían alcanzarme, pues marchando por entre las piedras la carrera no era tan veloz como podía serlo la de mis perseguidores. La quebrada estaba cubierta de una densa niebla, no se distinguían los objetos a 20 pasos de distancia: yo volvía la vista atrás, y me animaba al ver que no me seguían, y también al reflexionar que aun cuando me siguiesen no podrían verme a causa de la densidad de la niebla.

Caminé así más de dos leguas, allí la quebrada empieza a ensancharse y la niebla era menos densa. Los objetos hacia el frente se distinguían a mayor distancia: estaría como a media legua de Hornillos es decir dos y media del campo español, cuando alcancé a ver al frente tres hombres a ca-



ballo que venían hacia mí: yo apuré mi caballo para incorporarme a ellos lo más pronto, pude distinguir que estaban armados, y ya no me quedó duda de que serían exploradores (bomberos) de la división de Arias: acortaron el paso, hicieron alto y volvieron caras huyendo velozmente de mí: ellos creyeron, como me aseguraron después, al ver un hombre del lado del campo español, y con las apariencias por el traje de ser un jefe, que yo no iba sólo, y que la niebla que tenía a retaguardia no les permitía ver la gente que debía seguirme. Yo continuaba corriendo a media rienda tras de ellos: mi caballo los alcanzaba porque era muy veloz: cuando me vieron solo en un grande espacio se animaron a hacerme frente guarecidos de una zanja, pero este obstáculo no me detuvo: saqué un pañuelo blanco al tiempo de saltar la zanja, la salvé y me vi entre ellos: los tres me apuntaban con sus tercerolas a quema ropa, quedaron inmóviles por un efecto de la sorpresa, pero no cesaban de apuntarme: yo corrí un gran riesgo en aquel momento, el de ser fusilado: cuando les pregunté donde estaba el campamento del coronel Arias, bajaron sus tercerolas, se miraron recíprocamente y después de una pausa me contestaron, "en Hornillos". Saqué una docena de pesos del bolsillo, se los dí a uno de ellos para que se repartiesen, diciéndoles, "pues bien, vamos a Hornillos", e inmediatamente salieron al galope delante de mí con dirección a Hornillos, sin que en todo el trayecto hasta llegar, me hubiesen hecho una sola pregunta, ni hablado una palabra, ni aun entre ellos mismos: su sorpresa no había cesado.

Había salvado un riesgo, el de ser sorprendido en mi fuga por los españoles; pero estaba corriendo otro, el de ser degollado por los gauchos de Güemes, este era más probable que aquel y varios de mis amigos que tuvieron conocimiento de mi resolución me lo habían anunciado y encarecido: yo lo conocía muy bien, pero estaba resuelto a hacerle frente, y por otro lado no había remedio, era un paso preciso, indispensable: no dejaba de reflexionar cuando llevaba aquellos tres hombres por delante que mi vida estaba en sus manos.

Cuando llegamos a Hornillos todo el campo se puso en movimiento con la presencia de un jefe español: fui conducido al vivac del coronel Arias: todavía no había echado pie a tierra, cuando me preguntó: "¿viene usted de parlamento?" "¿No señor". "¿Entonces vendrá usted pasado?" "No señor,

no soy pasado ni puede considerarse como tal un americano que viene a incorporarse a las filas de sus compatriotas, para defender la causa de la independencia". Entonces Arias me hizo varias preguntas sobre el estado y situación de la división de Olañeta; yo le manifesté la posición difícil en que este se encontraba, y le aseguré que si lo acosaba algunas días más con solo el objeto de agotar sus municiones, Olañeta tendría que capitular: Arias me dijo que las noticias que yo le daba estaban en perfecta consonancia con las que él tenía, y que mi plan era excelente, pero que sus fuerzas eran muy escasas; y que para llevarlo a ejecución era preciso que el gobernador Güemes lo reforzase con cuatrocientos infantes (nombre de un cuerpo de caballería): le insté para que solicitase de Güemes este refuerzo y me ofrecí para regresar con él y tomar parte en la empresa. Arias escribió a Güemes, y me recomendó que influyese con él para que accediese a la petición que le hacía en su comunicación. Como me preguntase dónde pensaba hacer noche, le contesté que mi ánimo era llegar a Jujuy, que dista de Hornillos diez y ocho leguas: "bien", me dijo, voy a hacer nombrar cuatro soldados para que lo acompañen a usted. Tal compañía no podía gustarme, yo conocía bien las fechorías de aquella gente, pero disimulé, y Arias hizo aprontar los cuatro hombres. Un momento después, le dije a parte: "coronel, para "qué quiere usted desprenderse de estos cuatro hombres, "yo no los necesito, bastaría que nombrase usted un oficial "de su confianza para que me acompañase": se quedó pensando un rato y después me dijo: "paisano me parece que "usted es muy vivo, tiene usted razón, no se me había ocurrido... es cierto, bastará que lo acompañe un oficial y voy "a nombrar uno de mi confianza, no lo dude usted, ira usted muy seguro". Le regalé mi caballo que era excelente, y él me proporcionó otro para que hiciese mi viaje a Jujuy, con orden para que en el tránsito pudiese mudar en caso necesario.

El teniente Giménez, natural de la Quebrada de Huma-huaca era mi compañero de viaje: me despedí de Arias y nos pusimos en camino: después de cambiar algunas palabras que contribuyen a establecer cierta confianza entre personas que se han visto por primera vez, y que tienen que viajar juntos, Giménez me dijo: "Ha hecho usted una bue-

na escapada, pero ahora no tenga usted cuidado nada le ha de suceder yendo conmigo". "¿Cómo así, de qué escapada me habla usted?" Entonces me refirió que desde mi llegada al campamento de Arias, varios oficiales, y entre éstos muy particularmente un comandante que tenía fama por sus inauditas crueldades, calculando que yo debía llevar muchas onzas de oro, se habían propuesto asesinarme, que Arias había llegado a entenderlo, y que hizo uso de toda su autoridad para contenerlos; pero esto, añadió, no habría impedido sus malos designios si yo hubiese salido acompañado de los cuatro soldados, pues entonces tenían resuelto salirme al camino, y concluyó diciéndome que yo fuí muy advertido en haber rehusado tal escolta; "pero ahora va usted conmigo y debe usted considerarse seguro porque soy muy respetado y querido de todos los soldados de la división, y basta que vaya usted conmigo para que nadie se atreva a incomodarlo en lo más mínimo". La noticia de Giménez me incomodó bastante, y no dejé de tener algún cuidado a pesar de sus protestas, porque temía que aun cuando estas fuesen sinceras, aquellos malvados podían no respetarlo tanto como el me aseguraba. Felizmente nada ocurrió en el tránsito y llegamos a Jujuy poco antes de ponerse el sol. El tal Giménez era verdaderamente un hombre honrado, pero preocupado e ignorante hasta el último grado: entre otras sandeces me contó que pocos días antes en una guerrilla habían muerto tres gallegos y que cuando los desnudaron encontraron que los tres tenían rabo, "pero que rabos como los de un perro, cubiertos de pelo". Vaya decía, "qué diablos de gallegos estos, todos habían sido rabudos": "de modo, decía, que todos estos pícaros son judíos, dijo, como que son rabudos". Esta creencia era general entre los gauchos, y no hay duda que contribuía a fomentar el odio que tenían a los españoles; he creído muchas veces que los jefes y oficiales les hacían entender esta patraña con el objeto indicado.

## CAPITULO XXIV

## EL GOBERNADOR GÜEMES

El Gobernador Güemes estaba en Jujuy, fui a presentarme: lo encontré en su alojamiento, el mismo que yo había ocupado cuando estuve con el ejército español, era la casa consistorial de Jujuy: me recibió con el mayor agasajo, encajando el gran mérito que yo había contraído y anunciándome la buena acogida que iba a encontrar en el gobierno de Buenos Aires, con el que decía él estaba en estrechas relaciones y en la mayor armonía: esto era falso, Güemes no dependía de nadie, era un jefe **ambicioso y anarquista** que de hecho estaba independiente del gobierno central: me ponderó el buen estado del país, también esto era falso. Yo estaba mal dispuesto contra Güemes tenía malas noticias de su carácter, conducta y valor personal, así todo lo que salía de su boca tenía para mí muy poco valor. Después de los ofrecimientos de cortesía me aseguró que deseaba lo ocupase, que mi apellido le era muy grato porque había sido cadete del regimiento hijo de Buenos Aires del que mi padre fué coronel, y me mostró varios documentos que tenían la firma de éste. Me despedí de Güemes para ir a descansar a mi alojamiento. Un comerciante, el señor Alberti, natural de Buenos Aires e íntimo amigo de mi tío Somalo, se empeñó en que me hospedase en su casa, y yo admití la oferta.

Por la noche tuve muchas visitas, la sala se llenó de mis antiguos conocidos, y de otros que eran atraídos por la curiosidad: yo era conocido en Jujuy, como tenía muy pocos años y estaba condecorado con una alta graduación atendida mi corta edad, llamaba la atención de cuantos me veían y todos en general se admiraban de que yo hubiese abandonado mi carrera establecida, mis buenas relaciones para correr los azares de la revolución: entre aquellas gentes había algunos que eran muy opuestos a la causa de la independencia. La afluencia de personas de ambos sexos era considerable en la puerta de la casa, y celebraban con la guitarra y cantares alusivos improvisados por diestros **payadores**

mi incorporación a las banderas de la patria; en la sala se servía un buen refresco. En esto se anunció el Gobernador Güemes que venía a visitarme: cuando entró, al bullicio de la reunión sucedió un profundo silencio, todos se levantaron: yo salí a recibirlo y nos sentamos en dos sillas contiguas. Yo tenía entonces una expresión fácil y franca como un joven que se había educado para ser militar, y había pasado su vida en los vivaques, estaba acostumbrado a que me tributasen alguna consideración en la sociedad y esto me daba un aire de satisfacción natural de que carecían los que estaban delante de Güemes porque éste se hacía adorar, como que era un verdadero tirano; así pues, mi porte desembarazado no debió agradarle mucho; pero él se manifestó muy placentero conmigo hasta el momento en que preguntándome cuál era el concepto en que lo tenían los españoles, le contesté muy lacónico y terminantemente "muy malo": los circunstantes se quedaron mudos, y Güemes también cesó de hablar pero sin dejar de fijarme: yo había cometido una imprudencia; pero estaba acostumbrado a no recatarme de ser franco, a hablar con mi corazón y no ocultar la verdad cuando la conocía, y lo que le dije era cierto: si el lo hubiera tomado a mal tampoco me habría visto embarazado, le habría dicho que había creído lisonjearlo delante de aquellos compatriotas, porque el vituperio de sus enemigos, los españoles, era en mi concepto lo que más honor le hacía. Ello es que el Gobernador se atujó, se despidió de mi disimulando, porque ya era hora, y yo me quedé solo con Alberti: éste estaba íntimamente afectado de aquella escena que a todos había aterrado, tal era el despotismo de Güemes, porque temía por mí, creía que Güemes se vengaría, que me haría sacrificar; pero yo no recelaba nada, estaba en la edad en que no mortifican ni quitan el sueño las aprensiones.

Al día siguiente fui a ver al Gobernador, le hice presente la situación de la división de Olañeta y el plan en que habíamos convenido con el coronel Arias; le aseguré que el exterminio era infalible si él mandaba el refuerzo que aquél le pedía, porque consumidas las municiones en escaramusas diarias, no tendrían otro recurso que entregarse, en atención a que el reemplazo de ellas debía hacerse del depósito de Tupiza que estaba a gran distancia; por último le rogué que me permitiese contribuir con mi persona a aquella

empresa, y que no me privase de la dicha de que mis primeros pasos en la nueva causa que había abrazado fuesen marcados con un servicio tan importante. El me contestó de un modo muy frío, que hecho cargo de todo él mismo iba a marchar con seiscientos hombres a unirse a Arias, y que en cuanto a mi era preciso que continuase mi viaje a Tucumán, que de ningún modo debía permitir él que me expusiese a caer en manos de los españoles, porque por el compromiso que acaba de contraer, sin tal sucedía, me harían pedazos. Pero Güemes no se movió de Jujuy, ni auxilió a Arias, y mis esperanzas de obtener un gran triunfo fueron frustradas.

Los pocos días que estuve en Jujuy fui muy obsequiado y los pasé muy divertidos; visité muy poco al Gobernador, con el que quedé muy desabrido de resultados de la negativa que hizo a mi propuesta: él ya lo estaba conmigo desde la visita nocturna que me hizo. Cuando fui a despedirme me dió un oficial de toda su confianza para que me acompañase hasta Salta, a donde llegué con toda felicidad. Pero mis amigos de Jujuy no quedaron muy tranquilos, creyeron que Güemes trataba de satisfacer su resentimiento haciéndome asesinar por el camino, porque según me escribieron después, mi compañero de viaje era el principal instrumento de sus sangrientas ejecuciones. ¡Cuántos riesgos he corrido por no dejar de ser patriota!

Es aquí la oportunidad de retroceder hasta la división de Olañeta para decir cuanto allí pasó a consecuencia de mi separación: esta noticia la adquirí en Salta: el oficial de la avanzada luego que vió que me dirigía a galope al campo de los republicanos, sospechando el verdadero motivo de mi separación de los límites del campo español, dió parte al general Olañeta y de orden de éste salieron a darme alcance varios oficiales montados en buenos caballos: yo creo que a no ser la densa niebla que, como he dicho, llenaba toda la quebrada, ellos me habrían divisado y entonces les hubiera sido fácil alcanzarme porque tuve que galopar tres leguas hasta llegar a Hornillas, y perdiendo mucho tiempo por no conocer bien la senda más cómoda. Regresaron sin haberme visto y Olañeta entonces, formando la división, lo proclamó y dijo que los oficiales que no sirviesen gustosos bajo las banderas del rey y quisiesen imitar mi ejemplo diesen cuatro pasas al frente, pero como es de inferir ninguno se movió de

su puesto, bien que habría muchos que lo hubieran hecho con gusto, teniendo otra garantía que el ofrecimiento de Olañeta; el capitán Plasencia fué puesto en incomunicación y no fué bastante a librarlo de las sospechas que Olañeta concibió contra él la exhibición de la carta que para eludir las le había yo dejado escrita. Olañeta pensando, y con razón, que el conocimiento que yo tenía del conflicto en que se hallaba, lo sabría hacer valer para aumentar su difícil posición, hizo el mismo día un chasque a Valdés, y éste vino desde Tupiza a marcha forzada hasta Tilcara conduciendo municiones y un refuerzo de tropas compuesto del escuadrón de Húsares de Fernando VII y medio batallón de Gerona; pero este refuerzo habría llegado tarde para evitar la ruina de Olañeta, si Güemes se hubiera prestado a mis insinuaciones y a las del coronel Arías, él no quiso concluir con la división española. Plasencia debió su libertad a la llegada de Valdés que era su protector, y aunque se hubieran presentado veinte caballos blancos, como después me escribió el general Belgrano, no había podido seguir mis pasos para unirse a los independientes.

Me hospedé en Salta en casa del mayor de plaza, cuyo nombre no puedo recordar, y recibí los mayores obsequios de los patriotas más notables que celebraron mi llegada con convites y bailes en los que era yo el principal actor. Don José Gurruchaga, sujeto muy franco y de un trato amable, me dió un espléndido banquete. Estaba entonces en Salta el primer confidente de Güemes, el doctor Redehead, éste extranjero me perseguía a todas partes, era mi sombra, y todos los que se interesaban por mi me aconsejaban que me recatase de él, porque indudablemente estaba encargado por Güemes para espiar mis pasos.

Mi mansión en Salta fué muy corta, salí para Tucumán acompañado del capitán don N. Sevilla, el que me fué de gran utilidad por sus relaciones en la campaña y destreza en todas las operaciones de campo. El río Pasaje lo pasamos a volapié no sin algún riesgo por la violencia de su corriente y grandes piedras y troncos de árboles que arrastra; y después de una marcha bastante penosa siempre corriendo la posta llegamos a Tucumán. En esta travesía encontré muchos soldados del ejército español que habían sido hechos prisioneros, la mayor parte por la partida de Soto, y estaban



ya establecidos en pulperías, muy contentos de su nuevo estado, y sin acordarse ni pensar en volver a su patria. La facilidad con que encuentran acomodo los europeos en América es admirable, y nada lo prueba tanto como este ejemplo, pues a pesar de que la guerra continuaba con encarnizamiento, aquellos hombres encontraron protectores entre sus paisanos avencindados en el país: la causa de ésto debe atribuirse no sólo al espíritu de industria, sino muy principalmente a la fraternidad y unión que reina entre los españoles europeos en América, no bien desembarcan en nuestras playas sus compatriotas les dan la mano para que prosperen.

## CAPITULO XXV

### EL GENERAL BELGRANO

San Miguel de Tucumán fué el primer establecimiento que los españoles tuvieron en la provincia del mismo nombre. En el año 1549, fundó la ciudad don Juan Núñez de Prado. La ciudad es pequeña pero agradablemente situada; está circundada de árboles frutales de diferentes especies, sobre la margen de un arroyo llamado **Quebrada de Calchaqué** que desagua en el río **Dulce**. Es silla de un obispo y contiene tres monasterios. Los habitantes poseen en general regulares fortunas, y se dedican al trabajo de algunas minas situadas en la cordillera, de la que la ciudad no está muy distante. El clima es el más saludable de toda la provincia. Los árboles de la provincia de Tucumán son gigantescos y dan excelentes y abundantes maderas de construcción. El suelo es muy feraz. La provincia contiene cincuenta mil habitantes.

El día que llegué a Tucumán, fuí a presentarme al general Belgrano, me recibió con la mayor cordialidad, y me hospedó en su casa inmediata a la ciudadela donde estaba acuartelado el ejército. Después de haberle dado cuantos informes me pidió del estado, fuerza, disciplina, jefes, etc. del ejército español, le pregunté por el teniente Anaya: este ofi-

cial pertenecía al estado mayor del ejército español y cuando la retirada de Salta, habiendo sido mandado por Valdés con carácter de parlamentario a un puesto avanzado de los independientes, no regresó al cuartel general, y el general La Serna creía que se había pasado a los patriotas; el general Belgrano, por su parte, sospechaba que fuese un espía de los españoles, me dijo que se le estaba formando causa y se manifestó muy prevenido contra Anaya: no hay duda que las apariencias lo condenaban: el general me refirió que el día que se presentó de parlamentario, después de llenar el objeto de su comisión, manifestó gran interés en ver antes de regresar al campo español, al comandante La Torre, (el mismo que murió después asesinado siendo gobernador de Salta) que el oficial comandante de la avanzada tuvo la imprudencia de permitirselo, y que el gobernador Güemes habiendo sospechado que abrigaba dobles intenciones lo declaró su prisionero y lo remitió al cuartel general, pero yo conocía mucho a Anaya, era extravagante y aturdido, había presenciado muchas veces cuando el ejército estaba en Jujuy, que cuando Anaya iba de parlamentario, comisión que Valdés le daba con frecuencia, solía quedarse en el campo de los independientes y no volvía hasta el día siguiente; que Valdés entretanto estaba impaciente, y juraba que cuando regresase le había de quitar el empleo, pero Anaya volvía y con sus jocosidades desarmaba a Valdés, calmando su exasperación. En estas frecuentes idas y venidas Anaya había fraternizado con algunos oficiales de Güemes y muy particularmente con La Torre: estaba pues persuadido que su prisión había sido efecto de alguna imprudencia de las muchas de que adolecía, y me atreví a asegurar al general que Anaya era inocente: yo tenía el mayor interés por su suerte, se introdujo conmigo mediante una carta de recomendación de mi amigo el comandante Santa Cruz desde Panamá, y yo lo había apadrinado e introducido en la Logia. El general Belgrano tuvo la bondad de permitirme que fuese al cantón de los Lules, distante tres leguas de la ciudad donde se hallaba acuartelado el regimiento de Dragones de la Patria, allí estaba Anaya incomunicado. Al día siguiente me puse en camino acompañado del edecán del general, teniente coronel Salvigni; éste llevaba una carta del general para el teniente coronel Heredia (don Alejandro) jefe de aquel cuer-

po, en la que le prevenía me permitiese hablar con Anaya, y le encargaba me obsequiase. Cuando llegué fui muy bien recibido, y las puertas de la prisión de Anaya se abrieron dejándome a solas con él. El prisionero, entonces me refirió todos los pormenores de su aventura; me dijo que el día que en clase de parlamentario se presentó en la avanzada de los patriotas, cuando ya se preparaba a regresar a su campo, manifestó al comandante de la avanzada cuan sensible le era retirarse sin dar antes un abrazo a su amigo La Torre, que el oficial entonces le hizo comprender lo fácil que le era llenar sus deseos, puesto que La Torre estaba a la distancia de una legua; y que si quería verlo, él mismo lo acompañaría, habiendo entrambos convenido se pusieran en marcha en demanda del lugar donde La Torre se hallaba, más como hubiesen caminado más de dos leguas, Anaya hizo presente que no podía alejarse tanto del cuartel general en donde iban a extrañar su demora, y pidió regresar: entonces el oficial le dijo que no podía acceder, y que como el gobernador Güemes podía tener conocimiento de que había traspasado los límites del campo, él no quería contraer un compromiso, y que así era forzoso que lo llevase a la presencia de Güemes para que éste resolviese; que en vano protestó contra este proceder injusto, él fué conducido ante Güemes, y éste, pretextando su responsabilidad para con el general Belgrano lo había mandado a Tucumán, y desde su llegada había sido puesto en rigurosa incomunicación y sufrido el mal trato de sus guardianes; que consideraba su vida en peligro, por el mal estado de la causa que se le estaba formando, y por las prevenciones que abrigaba contra él el general Belgrano.

Esta relación de Anaya me acabó de convencer de la injusticia con que se le perseguía, e interesado por su suerte, le dije que ésta estaba en mis manos y que si él se resolvía a tomar partido con los independientes yo respondía de su libertad. Anaya me inspiraba la mayor confianza y cuando le hice esta proposición fué porque muy de antemano, cuando aun estábamos en las filas españoles, yo me había franqueado con él respecto de mis miras ulteriores, y él por su parte me había hecho entender que deseaba venir a Buenos Aires a establecerse poniendo una escuela de matemáticas, porque él decía simpatizaba con la causa de América. Anaya me contestó que tomaría partido si lo elevaban a la clase de

sargento mayor: le dije que pedía un despropósito, que tuviese presente que no era más que teniente, y español por agregado; y por último convinimos en que yo propondría al general llevarlo conmigo a Buenos Aires, en donde renunciaría al vasallaje del gobierno español.

El teniente coronel Heredia y el comandante Paz (don José María) me obsequiaron con una comida bien servida, a la que también asistió Anaya: reinó la mayor alegría, y Anaya me solía decir al paño, pues estaba sentado a mi lado, que aquella franqueza y benevolencia formaba contraste con el mal tratamiento que le habían dado, y se quejaba de sus guardianes; pero él habló largamente y con el mayor desenfado como tenía de costumbre, y a todos admiraba su desfachatez. El mismo día regresé a Tucumán acompañado de Heredia y Paz, Anaya volvió a su prisión. Expuse al general Belgrano el resultado de mi entrevista con Anaya: el general, lleno de bondad, me dijo que por deferencia hacia mí condescendía en la libertad de Anaya y en que me acompañase a Buenos Aires, pero que él no había variado su juicio con respecto a sus malas intenciones; "Vd. tiene buena alma, amigo Iriarte, me decía, pero Anaya lo va a engañar, acuérdesse Vd. de lo que le digo; imposible que ese hombre no haya sido fraile, yo tengo esta idea desde la primera vez que lo ví". Al día siguiente se abrieron las puertas de la prisión de Anaya, y vino a Tucumán a dar las gracias al general y a mí, me llamaba su libertador, su protector, su padrino, su ángel tutelar, se manifestaba penetrado de reconocimiento. El general lo convidó a comer: Anaya estuvo tan despejado y charlatán como si tuviese gran confianza; luego que se despidió me volvió a decir el general: "no lo dude Vd., este bigardo ha sido fraile, he observado todos sus ademanes, el modo de comer etc., Dios quiera que no le de a Vd. un chasco". Pero a pesar de estas siniestras prevenciones, yo conseguí, en fuerza de lo que el general me distinguía, que se le hiciese un vestido a Anaya, y que se le diesen cien pesos de auxilio.

Cuando en virtud de la recomendación de Valdés me introduce con el general sobre tratados para el canje de prisioneros, me contestó que no estaba en sus atribuciones: también estaba yo encargado de sondearlo, a fin de poner

en relación la Logia del Perú con la que pudiese haber en Buenos Aires, hice al intento recaer la conversación sobre la masonería: el general se expresó en términos tan poco favorables acerca de esta institución, que no me quedó duda de que o bien disimulaba para evitar una abertura de mi parte, o que no era masón: en cualquiera de estos dos casos era inoportuno que yo hubiese pasado adelante, así es que distraje la conversación a otro asunto, y aquel no se volvió a tratar más.

El general Belgrano era un hombre ilustrado, sus conocimientos militares no eran extensos, pero estaba adornado de virtudes cívicas en grado eminente: su desprendimiento era ejemplar, la probidad personificada; sus principios repúblicanos eran austeros. Cuando empezó la revolución servía en Buenos Aires el destino de secretario del consulado, era en extremo delicado en su porte, y sus hábitos afeminados diametralmente opuesto a los de un soldado, pero abrazó la causa con calor y entró entonces a servir en la carrera de las armas: sus costumbres cambiaron haciendo una repentina transición de la molicie a la austeridad de un soldado. El general Belgrano no había aprendido los principios del arte de la guerra en una edad juvenil, pero se dedicó con empeño desde el principio de la revolución al estudio de la ciencia de la guerra; yo creo sin embargo, que carecía de disposición para sobresalir en este ramo. Su trato era muy fino; estuvo algunos años en España, y al principio de la revolución fué comisionado a Londres.

Entre los defectos capitales de un hombre público, el dejarse arrastrar de la primera impresión es uno de los más considerables; Belgrano ofrecía este flanco, y así fué engañado muchas veces por su excesiva confianza. Yo tuve la fortuna de que formase de mí la opinión más ventajosa, y al día siguiente de haberme hospedado en su casa, ya empezó a hacerme depositario de sus confianzas. Me trazó el cuadro deplorable de la república, y con respecto a su posición me confió que su autoridad para con el jefe de la vanguardia, Güemes, era puramente nominal, pues éste hacía sin su anuencia cuanto se le antojaba, y él tenía que contemporizar disimulando en obsequio de la causa pública, cuya tranquilidad se alteraría al menor altercado. Conocí que su alma estaba devorada de dolor al considerar que una causa tan

bella y justa no contase con hombres de principios inclinados al orden.

Mi compañero de habitación era el padre Villegas, natural de Buenos Aires, capellán del general, y el que corría con la administración doméstica, gastos, etc.; era una especie de mayordomo, él me informó la escasez de recursos del general, que sólo contaba con trescientos pesos mensuales, los mismos que le entregaba, y la mayor parte de los meses no alcanzaba a cubrir el gasto preciso para él y sus edecanes, los que eran partícipes de una mesa bien frugal.

El general hizo un alarde militar de su ejército con el objeto de que yo lo conociese; tuve la fortuna de hacer algunas punterías con acierto; la fuerza total consistía en dos mil quinientos hombres de todas armas; maniobraban regularmente y reinaba entre ellos la más severa disciplina; el equipo era pobre pero bien tenido, se dejaba ver el aseo y un sistema regular de economía. El coronel mayor Cruz, era jefe del estado mayor; este cuerpo era puramente práctico, y no había un solo oficial científico. El teniente coronel Ramírez era el comandante general de artillería, oficial adocenado, sin conocimientos y poco a propósito para campaña, los oficiales todos de este cuerpo eran practicones sin escuela, pero podían desempeñar muy bien el servicio de campaña. En la maestranza se construían buenas hojas de espadas, de excelente temple; el general quiso obsequiarme con una que mandó a hacer y montar con esmero, y en ella hizo grabar su nombre; yo conservé este presente hasta el año 20, en que la perdí cuando fui hecho prisionero en las calles de Buenos Aires.

La vida que hacía Belgrano era tan activa y vigilante como si estuviese acampado al frente del enemigo; una parte del día la destinaba al descanso, la otra al estudio; por la noche no dormía, montaba a caballo acompañado de un ordenanza, recorría los cuarteles y patrullaba en la ciudad por ver si encontraba algún individuo del ejército, si tal sucedía, la corrección era fuerte porque todos estaban obligados a dormir en la ciudadela, y en la clase de oficiales como por compañía. Yo lo acompañé algunas veces a estas excursiones nocturnas; él gustaba mucho de mi trato y solía invitarme a largas conferencias, en las que le daba mis ideas y noticias sobre el ejército español y sus principales jefes; como

yo entonces acababa de salir del seno de los liberales españoles entre los que me había educado, los creía sinceros, pero Belgrano me repetía: "desengáñese Vd. amigo Iriarte, "los liberales son tan enemigos nuestros o más que los mis-  
"mos serviles". El tenía razón, yo lo he conocido después. Por la mañana era yo el único que lo acompañaba a almorzar, y entonces se presentaba el general Cruz a recibir órdenes; alguna vez que otra entraba el coronel La Madrid, que era su predilecto, fuera de estos dos sujetos, ningún otro entraba a aquella hora. Después de almorzar, despachaba, leía y se acostaba hasta que servían la comida; los edecanes de servicio se sentaban a la mesa; después de comer iba a recrearse al jardín y yo sólo lo acompañaba; allí hablábamos del país, del estado de la guerra; y era en estas ocasiones cuando me favorecía confiándome sus secretos sobre asuntos importantes a la causa pública.

Lo único que yo no podía aprobar de los actos del general Belgrano, era el rigor con que trataba a los jefes y oficiales; enseñado yo desde mis más tiernos años a servir por principios de honor, y habiéndolos después practicado en el curso de mi carrera militar en España, miraba con repugnancia el tratamiento ignominioso de los oficiales del ejército, éstos eran aherrojados y reclusos en calabozos como el último soldado. Yo era entonces muy joven para disimular la impresión desagradable que había hecho en mí un sistema tan opresivo y contrario a los principios republicanos, venía de servir en una monarquía y jamás los había visto practicar. Belgrano se apercibió sin duda del mal efecto que produjo en mi ánimo, y un día me dijo: "amigo Iriarte, yo conozco "bien a nuestros paisanos, créame Vd., pero sin este rigor "que mi corazón y mis principios repugnan, no se podrían "hacer buenos soldados de los americanos; es preciso que "pase todavía mucho tiempo para que el punto de honor sea "el móvil de sus acciones, las masas están muy atrasadas en "nuestro país, no tenemos costumbres". Belgrano tenía razón, pero yo nunca aprobaré su sistema, era demasiado tirante; más bien diré, destruía el germen del honor, que es el mayor estimulante para los que siguen la carrera de las armas.

Las casas principales eran en aquel tiempo las de Díaz de la Peña y Garmendia, el general Belgrano las frecuentaba y yo lo acompañaba; la tertulia de Díaz era la más concu-



rrida y se bailaba todas las noches. Cuantas veces observaba yo a Belgrano contemplando al coronel Lamadrid como en éxtasis, mientras éste bailaba; hacía un particular aprecio de este jefe y varias veces me dijo que Lamadrid era un jefe muy distinguido, que con el tiempo sería un general que haría honor al país; yo no encontraba motivo para tanto encomio, pues no participaba de la opinión del general, pareciéndome que Lamadrid era un oficial muy común y que cuando más tendría la calidad de valiente; pero el general estaba tan ciego, era tan extremosa su predilección, que cuando Lamadrid regresó de su desastrosa expedición al Perú, en la que se condujo con tan poca habilidad, como anteriormente he manifestado, en lugar de ponerlo en consejo de guerra para esclarecer su conducta militar, le agració con el grado de coronel: pero Belgrano era muy susceptible para dejarse arrastrar con facilidad por las buenas o malas impresiones que recibía, y este era uno de sus mayores defectos.

Desde que me separé de las banderas del rey, había yo formado mi plan; mi intención era solicitar del gobierno de Buenos Aires ser destinado al ejército de Chile que mandaba el general San Martín, por ser el único que estaba en operaciones activas y próximo a abrir la campaña contra el ejército español que debía invadir aquel estado. Como el general Belgrano me preguntó un día cuales eran mis miras, se las manifesté francamente, haciéndole entender que siendo desconocido en mi país, deseaba trabajar por la causa de la independencia para acreditarme, y que al efecto pensaba pasar al ejército de Chile; él aprobó mis ideas, pero me instó tanto para que sirviese en su ejército que no me pude resistir, y quedé comprometido a regresar a Tucumán luego que hubiese visitado a mi familia residente entonces en Montevideo, y de la que estaba separado hacía catorce años; el general me prometió que escribiría al Director Supremo para que accediese a mi solicitud; me dijo que su ejército debía entrar muy pronto en operaciones activas contra los españoles, pues ya fuese que estos venciesen en Chile, o bien que fuesen vencidos, en cualquiera de los dos casos, tendría que ponerse en campaña, pues, o La Serna vendría a buscarlo, o él avanzaría hacia el Perú, y por lo tanto yo podía llenar mis deseos sirviendo en su ejército del mismo modo que yendo al de Chile, y que me era más conveniente lo primero por el

conocimiento que había adquirido del país, sus localidades, y de los jefes y oficiales del ejército español; que el comandante Ramírez deseaba regresar a Buenos Aires y que yo lo reemplazaría en la comandancia general de artillería; que quería que estudiásemos juntos los clásicos militares. Quedamos de acuerdo y yo me preparé para continuar mi viaje a Buenos Aires.

Antes de emprenderlo, el general Belgrano me obsequió con un espléndido banquete, al que asistieron los generales y jefes principales del ejército. Esto era poner el sello a las distinciones con que me había favorecido; así, yo me lisonjeaba, con razón, que al lado del general Belgrano haría una carrera brillante, porque su aprecio por mí se manifestó desde los primeros momentos que nos conocimos, de un modo tan marcado que todo el ejército lo conocía.

Era tal el sistema de economía que reinaba en el ejército y la escrupulosidad del general Belgrano para que el tesoro no fuese defraudado, que hasta para las datas de la tesorería de tres y cuatro pesos firmaba las órdenes de su puño. El ejército estaba mal pago, pero el general señaló una porción de terreno a cada regimiento; lo cultivaban, todos los cuerpos tenían una huerta abundante, y de este modo y estableciendo la mesa común entre los jefes y oficiales por cuerpos, todos llenaban sus necesidades y nada les faltaba, porque los frutos que sobraban se vendían en beneficio del cuerpo. Este sistema geodésico es excelente para los cuerpos acantonados en la compañía.

## **CAPITULO XXVI**

### **CAMINO DE BUENOS AIRES**

Me despedí del general Belgrano penetrado de reconocimiento por las distinciones con que me favoreció los quince días que estuve en Tucumán hospedado en su casa; le regalé un rico sombrero de galón que me había hecho en Cádiz, y que ya no podía usar, y él retribuyó este obsequio con un hermoso poncho exquisitamente bordado. Pero ya que he he-

cho mención de una prenda de mi equipaje, creo oportuno decir que yo abandoné el que tenía al tiempo de mi evasión, y que sólo saqué una pequeña valija con mi uniforme y alguna ropa blanca; esta valija me causó grandes sobresaltos, pues temía que su vista despertase las sospechas acerca de mi intenciones, porque nadie acostumbraba llevar gurupa a no ser los soldados y oficiales subalternos; pero yo muy de antemano tuve la precaución de marchar siempre con mi valija, de modo que la costumbre de verme con ella no llamase la atención el día de mi separación; el capote de barragán la cubría, y así sólo mi asistente Jaime pudo extrañar al tiempo de ensillar el caballo, que le mandase poner la valija, cuando aquel día no debíamos marchar. El sombrero de galón, que también podía haberme traicionado iba cubierto con una funda de hule. Por lo que respecta a dinero, yo no tenía otra cantidad disponible que la muy pequeña de treinta onzas de oro que llevaba en un pequeño cinto que yo mismo hice. No hay duda que es preciso tener veinticuatro años para hacer el sacrificio del bienestar futuro; no me he arrepentido nunca a pesar de las persecuciones que después he sufrido, pero reconozco que con la edad y reflexión que ahora tengo no habría dado aquel paso, porque no se abandona con toda facilidad una brillante carrera ya establecida, para navegar sin timón ni guía en el mar borrascoso de la revolución; el general La Serna fué un profeta cuando me dijo: "Vd. es muy joven y no sabe en lo que se va a meter"; pero la sangre me hervía y era extremado mi entusiasmo por la causa de la revolución. La víspera de mi separación del ejército español, quemé todos mis papeles en presencia de Placencia; cuando iba a despedazar mis reales despachos, Placencia me dijo: "no haga Vd. eso porque esos papeles le "pueden servir". "No le contesté, para acreditar mi último "grado me basta el despacho del grado de teniente coronel", que fué con el único que me quedé, pues me propuse no hacer mención del grado que últimamente me había dado el virrey. Cuando vió que trataba de quemar los diplomas de las medallas y cruces con que había sido condecorado en España por acciones de guerra, Placencia quiso impedirlo, diciéndome que aquellos títulos siempre honraban a un militar y que eran la mejor credencial de sus servicios aun cuando se hubiesen prestado en un país extranjero; yo le contesté:

"no mi amigo, todo lo que he trabajado voy a perderlo en "un sólo día, y desde mañana voy a empezar vida nueva", y no bien había acabado de hablar ya estaban ardiendo mis diplomas. Cometí una ligereza, y aun la estoy sintiendo: ellos me servirían para hacer ver a muchos fatuos, que yo me había educado en los campos y familiarizádome con el ruido de las balas; que mi patriotismo era más bien probado que el de muchos que se jactan de ser patriotas del año 1810, puesto que si abrazaron la causa de la revolución fué porque no les quedaba otro recurso, porque estaba en sus intereses y se les abría un nuevo y gran campo para hacer una carrera que sin la revolución jamás podían esperar. ¿Qué extraño, pues, que se manifestasen tan decididos? pero yo, ¿qué bienes podía esperar mayores que los que disfrutaba? Yo no hablo de todos, reconozco el mérito que contrajeron muchos patriotas, pero podía negarse que un crecido número siguieron, como **Vicente, al ruido de la gente?** En cuanto a mí, estoy persuadido que di una gran prueba de patriotismo, cuando dejé lo cierto por lo dudoso. Pero basta de esta digresión, he dicho lo bastante para que los que me lean puedan juzgar.

Anaya me acompañaba en el viaje y yo se lo costeara; con un compañero tan jocoso y de buen humor las penalidades de la marcha se hacían más soportables. Jamás he sentido en tan alto grado el influjo de agradables ilusiones como en aquella época de mi vida; había llegado el momento tan deseado de servir la causa de mi país; iba a ver a mi familia, a mi madre que siempre he amado tanto, y de la que estaba separado desde la edad de diez años, es decir después de catorce; pero los goces que yo me anticipaba los acibaraba la idea mortificante de la desaparición que esperaba encontrar en mi familia por el paso que había dado, y por el disgusto que debía causarles. Todos los individuos de mi familia se habían pronunciado de un modo el más decidido y con razón, por la causa realista, me iban a considerar como un lunar, y según su creencia política yo los había manchado. Estas ideas angustiaban mi corazón y aunque satisfecho de mi proceder y fuerte de mi conciencia yo trataba en vano de desecharlas, ellas me perseguían a todas partes y a todas horas. He aquí un sacrificio más, que muy pocos habrán sabido apreciar; por no traicionar los sen-

timientos de mi corazón, cerré los oídos a la voz de las más caras afecciones, para no haber lugar sino al amor patrio que me devoraba.

Llegamos sin novedad a Santiago del Estero, que es una pequeña ciudad capital de la provincia del mismo nombre, y que antiguamente lo fué de la del Tucumán. Fué entonces silla episcopal; está situada sobre la orilla del río Dulce que también tiene el nombre de río de Santiago, es considerable y navegable y muy abundante en variedad de peces. Contiene cuatrocientas casas habitadas por quinientas familias entre las que se encuentra mucha mezcla de mestizos y mulatos. Se dice que el clima ardiente los hace perezosos y enfermizos, y más dados a los placeres que a la industria. La ciudad está edificada sobre una llanura rodeada de bosques. Es una de las provincias más pobres de la República Argentina: el alimento de los habitantes es miserable, consiste principalmente en el algarrobo del que hacen también la bebida conocida con el nombre de chicha, y en una fruta allí muy abundante llamada mistol: la carne sólo la prueban los más acomodados; así, siendo las producciones tan escasas, los santiagueños, del mismo modo que los gallegos en España, emigran en crecido número a las demás provincias de la república. Las mujeres son hermosas en general, pero así como las de Jujuy y aun muchas de las de Salta, adolecen del coto que son unas protuberancias alrededor del cuello que las desfigura mucho. Las frutas son exquisitas, y muy particularmente los melones, uvas y sandías. Además de la antigua catedral, hay tres iglesias. En los bosques se encuentra mucha caza y animales feroces. El algodón se da muy bien y en tiempos pasados cultivaban el añil con gran provecho; pero la negligencia de los habitantes ha hecho que este ramo de industria se haya perdido enteramente. Se cosecha alguna cochinilla, pero el esmero y cuidado aumentaría considerablemente este artículo importante, también casi abandonado, y que se produce espontáneamente en los bosques. También se encuentra en sus bosques, la cera y la miel, artículos que unidos a el algarrobo y maíz, forman su único comercio de exportación. El salitre es tan abundante en todo el territorio de la provincia que si se dedicasen a su beneficio sería un artículo considerable de comercio. La ciudad fué fundada el año 1562 por don Francisco Aguirre, y

deriva su nombre de una laguna inmediata formada por el río dulce. Una de las cosas que llaman la atención del viajero, es el idioma Quíchua que se habla en Santiago, y es enteramente desconocido en Tucumán, Salta y Jujuy a pesar de su mayor inmediación a Bolivia; se cree, y es muy probable, que los Incas tuvieron una colonia en Santiago, o bien, y esto también es verosímil, que cuando la conquista, algunas familias de indios huyendo de la rapacidad de los españoles, se establecieron en el territorio que hoy pertenece a la provincia de Santiago del Estero. Fuimos obsequiados por el teniente gobernados Ibañez, y nos bañamos con él en el río Dulce: la corriente es tan impetuosa que para no ser arrebatados tuvimos que estar asidos a la rama de un árbol. Cuando se viene del Tucumán y se está cerca de Santiago, antes de pasar el río Dulce, los valles son muy profundos y la reflexión del sol sobre los flancos de las montañas es causa de que el calor sea abrasador: el clima en general es muy cálido. La población de la provincia es de sesenta mil habitantes.

Los habitantes de la campaña son lo más mísero, sucio y detestable que se puebe concebir, y todo presenta un aspecto muy parecido al interior de la Galicia, con la misma apariencia de pobreza y desaliño. Las habitaciones de las postas destinadas al viajero son asquerosas y desabrigadas. A las pocas jornadas de Santiago tuvimos que atravesar un páramo conocido allí con el nombre de travesía: desde la posta de la Noria hasta la de Ambargasta hay treinta leguas de desierto: es un arenal salitroso, la vista se deslumbra con la refracción, y es raro el viajero que marcha por aquellos parajes solitarios durante el día: no se encuentra una sola gota de agua. Yo hice la travesía durante la noche: es muy incómoda esta marcha. Esta travesía recorre todo el país desde el Mar del Norte hasta la Cordillera de los Andes: es una zona desierta de veinte, veinticinco y hasta treinta leguas de ancho: la parte que yo describo ha cambiado de configuración, por haberse desbordado un río que en el día la baña, lo que ha sido un gran alivio para los viajeros.

Llegamos a Córdoba en lo más riguroso de la estación del verano. Esta ciudad está situada a los treinta y un grados de latitud Sud, sobre un suelo fértil y rico en la orilla del arroyo llamado Primero, que pierde sus aguas en médanos



de arenas. Es silla de un Obispo, y tiene varios establecimientos eclesiásticos, así como una universidad y un seminario. El clima es templado y saludable. El territorio adyacente abunda en ganados y excelentes pastos. Produce mucho maíz y otros muchos frutos: la sal es también un artículo considerable de exportación y hay muchas invernadas de mulas. La ciudad tiene un gran comercio con Bolivia, de donde exporta oro y plata en retorno. Su población es de cinco mil habitantes, y la de toda la provincia, de noventa mil, es la más considerable después de la de Buenos Aires. De los artículos de exportación para Bolivia y las provincias argentinas, son los tejidos de lana y algodón: las frazadas de Córdoba son muy estimadas por la bondad de la lana y consistencia de su tejido. La ciudad fué fundada en el año 1573 por don Jerónimo Cabrera. La catedral es un buen edificio: el mercado es espacioso, y adornado con grandes edificios. Las calles son muy aseadas. El colegio que perteneció a los Jesuitas es un edificio enorme por su magnitud. La temperatura es muy seca, y el invierno bastante rígido: en el verano el calor es extremado.

Estuvimos en Córdoba sólo día y medio, nos presentamos al gobernados interino, general Arenales, el propietario don Manuel Antonio Castro, estaba enfermo. Salimos de Córdoba para Buenos Aires: el país es muy montuoso, se encuentran grandes bosques de algarrobos: atravesamos el río Segundo, y después el Tercero: cuando se llega al Frayle Muerto, que es una aldea de poca consideración situada sobre la margen del río Tercero, el aspecto del país es enteramente distinto: allí terminan las ondulaciones del terreno y empieza la inmensa llanura conocida con el nombre de las pampas de Buenos Aires, y cuyos límites son la Cordillera de los Andes, el Río de la Plata, el Paraná y el Océano y los países que habitan las tribus salvajes. Todos los pueblecillos que se encuentran de Córdoba hasta Buenos Aires son de tan poca consideración que no merece la pena se haga mención de ellos. Se atraviesa la pequeña provincia de Santa Fe, que es en extremo pobre y despoblada, la suma de sus habitantes incluyendo los de la capital ascenderá a catorce mil. Cuando se entra en la provincia de Buenos Aires se encuentra un trato más franco, un carácter más noble y el traje de sus habitantes y sus habitaciones, son señales muy claras de los



progresos de la civilización en la capital y de la mayor riqueza comparativa. Pasamos por la pequeña villa de Luján que dista catorce leguas de Buenos Aires, a donde llegamos el mismo día: esta fué la jornada más larga de todo el viaje, pues anduvimos cuarenta leguas, habíamos salido de los Arrecifes. Todo conspiraba aquel día a aumentar mi ilusión: la campaña estaba en festivo movimiento porque era el segundo día de carnaval, y a nuestro paso por las casas de posta entrábamos al escote a la diversión y salíamos inundados de agua: los momentos se me hacían siglos, tardaba en llegar a la ciudad de Buenos Aires. Era para mi el fin de mis deseos, cuantos años hacía que este nombre era para mi tan lleno de prestigio: no preveía entonces las tribulaciones, los trabajos, los peligros en que iba a verme envuelto; ni aun reflexionaba que iba a entrar en una existencia enteramente nueva. Por fin llegamos a los arrabales a las ocho de la noche, y entramos por la calle de las Torres: mi imaginación preocupada me había forjado en la imaginación un pueblo magnífico de hermosos edificios, y no cabía en mí de sorpresa cuando al través de la oscuridad reparaba en las casas tan bajas, que en aquel momento representándome a las ciudades que había visto en Europa con elevados edificios, me parecían aun de menos altura. Mi corazón palpitaba, veía por primera vez el pueblo en que había nacido, pero cuando salí de él sólo tenía diez meses, y no había vuelto hasta entoces. Llegamos a la plaza de la Victoria, y me hospedé con Anaya en una fonda en la vereda ancha.

## **CAPITULO XXVII**

### **BUENOS AIRES Y JUAN MARTIN PUEYRRREDON**

Acababa de llegar al pueblo de mi nacimiento donde residían todos mis parientes, con excepción de mi familia; y me encontraba en la situación de un extranjero: no pudiendo dominar mi impaciencia, y a pesar de ser la hora inoportuna, escribí una esquel a mi tío materno, don José María

Somalo anunciándole mi llegada; me contestó muy pronto diciéndome que sentía estar enfermo en cama por cuya razón no podía ir a verme, pero que al instante fuese a casa de su hermana doña Nemecia Somalo de Núñez donde me esperaban para hospedarme: esta señora es también hermana de mi madre, y mi madrina de bautismo: me puse en camino, mientras esperaba en la puerta, después de haber llamado, me arrojaron un gran jarro de agua de la casa vecina, que me inundó todo: en este momento abrieron, mi tía salía a recibirme: me extendió los brazos y la hice partícipe de mi mojadura: todos los de la tertulia se levantaron, y don Justo Núñez, esposo de mi tía, vino a abrazarme. Aquella noche no pude dormir tranquilo, las emociones que había recibido durante el día, tenían alterado mi espíritu. Por la mañana muy temprano empezaron a venir los parientes a quienes se había mandado aviso de mi llegada. Todos me rodeaban y estaban penetrados de júbilo, todos ellos eran patriotas decididos por la causa de la independencia, y en mi familia yo era el único que hasta entonces hubiese abrazado este sistema: de toda la parentela mi familia era la que hasta la época de la revolución había ocupado un lugar más distinguido en la sociedad, por la circunstancia de ser mi padre europeo y coronel de un regimiento, graduación que era de alta importancia bajo el sistema colonial. Yo también estaba alborozado recibiendo los parabienes de tanto pariente que conocía por primera vez: como mi tía no tenía hijos, siendo yo su ahijado e hijo de una hermana que había hecho con ella las veces de madre, me manifestaba un cariño verdaderamente maternal.

A medio día salí con don Justo y nos dirigimos al Fuerte a presentarme al jefe supremo del Estado que lo era entonces el brigadier don Juan Martín Pueyrredón: yo iba con el uniforme español, pero llevaba en el sombrero la cucarda bicolor: como había gran afluencia de personas en todas las calles por ser el último día de carnaval, mi exhibición fué bien pública, mi traje llamaba la atención y todos me fijaban con curiosidad: muchos me siguieron hasta el Fuerte. El Director me recibió con la mayor benevolencia, y me encareció el mérito que yo había contraído abandonando mi carrera por servir la causa de la independencia: me dijo que el gobierno recompensaría este gran acto de patriotismo: me

hizo varias preguntas relativas al ejército español y al general Belgrano, y después de una entrevista que duró más de una hora me retiré muy contento del recibimiento que se me había hecho.

Yo quedé, pues, instalado en la carrera de la revolución enteramente nueva para mí, porque aun cuando había abierto los ojos en la de España, era entonces un niño, y el rol que jugué en ella fué el de un militar subalterno, empleado siempre en el ejército y distraído en las operaciones de una campaña activa y laboriosa; así es que era enteramente extranjero a las intrigas políticas y a las maquinaciones y dobleces de los hombres de partido: en mi nueva situación estaba expuesto a verme envuelto en el torbellino revolucionario y ser el juguete de los hombres versados en los manejos tortuosos y maquiavélicos: muy pronto me apercibí que había salido de mi esfera y que los hombres con quien tenía que relacionarme eran muy distintos de los que hasta entonces había tratado: yo perdí mucho en este cambio porque todo aprendizaje es siempre penoso: el que yo hice me sirvió para conocer el mundo, me quitó la venda que hasta entonces me había privado ver los objetos con sus verdaderos colores y dimensiones, pero esta adquisición tan importante me costó como se verá más adelante, más de lo que yo podía prever, persecuciones y tribulaciones de todas clases, y mi vida más de una vez estuvo expuesta por mi falta de experiencia. Yo tenía un carácter franco, mis ideas eran a la heroica, y esta disposición tan bella, en un país constituido, era lo que más me perjudicaba en una sociedad corrompida por las intrigas de la revolución. Descansaré un momento antes de penetrar en el intrincado laberinto de las pasiones desencadenadas, y daré una ligera noticia del país de mi nacimiento, siguiendo el plan que me he propuesto desde el principio de estas memorias.

Buenos Aires en el día capital de la República Argentina, era antes de la revolución, igualmente capital del virreinato del mismo nombre. Fué originalmente fundada por don Pedro de Mendoza el año 1535, bajo el nombre de **Nuestra Señora de Buenos Aires**; pero la hostilidad permanente de los indios circunvecinos, y los peligros y hambre que sus ataques continuos hicieron sufrir a los habitantes de la colonia los obligó a abandonarla el año 1539, y se trasladaron a la

Asunción capital del Paraguay, primer establecimiento de los españoles. En 1580 se restableció la ciudad por don Juan de Garay en el mismo sitio, con el nombre de **Santisima Trinidad** de Buenos Aires. Se erigió en obispado en 1620. Antes de su elevación al rango de virreinato era considerada como la cuarta ciudad de la América del Sud; pero en el día disputa la supremacía a Lima, y muchos la conceden a Buenos Aires. Desde la residencia de un virrey ha aumentado considerablemente en opulencia y población; y este incremento es mucho más notable desde la revolución. Tiene noventa mil habitantes. La catedral es espaciosa y elegante. El colegio de San Ignacio edificado por los jesuitas sigue a la catedral en el orden de estimación: después, el convento de San Francisco, el de la Merced y Santo Domingo: San Juan y las Catalinas son dos monasterios de monjes. El fuerte es una obra muy insignificante considerada como fortificación militar: contiene dentro de su recinto, la casa de gobierno y una capilla. El mercado de Buenos Aires es muy abundante en toda clase de víveres, particularmente volatería, carne y pescado. El agua del río es de excelente calidad, lo que se atribuye principalmente a la zarzaparrilla de que está impregnada.

El nombre propicio de Buenos Aires, es un indicante de la bondad de su clima saludable y excelencia del aire que la circunda: la temperatura es agradable. Sin embargo, en la estación del invierno son frecuentes las tempestades, y las lluvias son algunas veces de larga duración; así como en algunos veranos se experimentan **secas** desoladoras cuyos estragos se hacen sentir más en la campaña por la mortandad de ganado vacuno, principal riqueza de todo el país. El viento pampero que toma este nombre por su dirección al través de las pampas (llanuras) de Buenos Aires, tiene una fuerza extraordinaria, pero es extremo benéfico y purifica la atmósfera disipando la humedad de que está impregnada en el invierno, por las emanaciones del río y otras causas estacionales. El suelo es gredoso, y la tierra productiva consiste en una ligera capa de una vara de profundidad sumamente negra, tan rica y féráz que no necesita ningún género de beneficio ni cuidado para dar abundantes cosechas de trigo, maíz y otros cereales; pero su poca profundidad es causa de que los árboles no tengan corpulencia por falta de espacio para internar sus raíces: el ombú es un árbol gigantesco; pe-

ro extiende sus raíces horizontalmente sobre la superficie de la tierra: da un fruto insípido de ninguna utilidad, y su madera no es combustible, pero la gran sombra que produce, en razón de su extremada corpulencia y frondocidad de sus ramas, es muy benéfica en las casas de campo y para el viajero. Se conocen en el país la mayor parte de los frutos europeos, uvas, melones, sandías, higos, manzanas, peras, membrillos y el exquisito durazno, el mejor tal vez de cuantos se conocen: las naranjas y los limones son muy abundantes, pero no de la mejor calidad como frutas que pertenecen a un clima más cálido. La tierra es sumamente baja, las orillas del río tampoco tienen elevación en general: así son continuas las inundaciones: hacia el sudeste la orilla es muy baja e inaccesible por los bañados permanentes, que son formados por las crecientes y quedan las aguas estancadas en una extensión de más de una legua en algunos parajes. La campaña es una inmensa llanura: el horizonte es lejano en todas direcciones: no se encuentra en todo él una sola piedra, hasta que se llega a la serranía situada al Sud de la provincia. Las tierras altas del Sud ofrecen una vista variada y pintoresca, bañadas por profundos arroyos y sembradas de bosquecillos de espinillos, que es un combustible excelente. Entre las montañas, que no forman una cadena continuada se encuentran valles muy fértiles de dos y tres leguas de amplitud. La tierra productiva es sumamente negra y profunda, sin mezcla alguna de greda, y está siempre cubierta de un pasto tan hermoso y nutritivo que los animales que se apasentan aunque sea por poco tiempo, engordan prodigiosamente. Es la parte de la provincia de Buenos Aires, más susceptible de mejoras en el ramo de población por la feracidad del suelo y excelencia del clima: el único inconveniente que se encuentra es la falta de maderas para edificar, pero con algún trabajo y una buena policía de bosques se podrían obtener en muy pocos años.

El antiguo virreinato constaba antes de la revolución, de las siguientes provincias: **Buenos Aires** cuyas principales ciudades eran Buenos Aires —la capital— Montevideo y Santa Fe, y Maldonado. La latitud de la capital 34° 35' S.

Paraguay, cuya ciudad capital, la Asunción está situada en los 24° 47' S. Tucumán, sus principales ciudades, Tucumán,

la capital en 27° 40'S. Santiago del Estero, Córdoba, Jujuy y Salta.

Charcas o Potosí; ciudades principales, Chuquisaca en la latitud de 19° 33'S., Potosí, Santa Cruz de la Sierra y La Paz. Cuyo; cuyas principales ciudades Mendoza en 34° 20'S. San Juan de la Frontera y La Rioja.

Pero después de la revolución se han aumentado las secciones y subdividido el territorio, formando nuevas provincias, aunque el resultado ha sido la desmembración del antiguo territorio con la separación del Alto Perú, que con el nombre de Bolivia es hoy día una República independiente: el distrito de Montevideo que antes era parte integrante de la provincia de Buenos Aires, se ha erigido también en República independiente, bajo la denominación de República Oriental del Uruguay.

Los límites de la República Argentina son: al N. Bolivia y el Brasil, al E. el Brasil, al N.E. la República Oriental, al S. los desiertos y países habitados por tribus salvajes, al S.E. el Océano Atlántico, al O. la Cordillera de los Andes que la separa de la República de Chile. La mitad de este inmenso territorio está ocupado por indios salvajes. Las producciones principales consisten en ganado y metales preciosos, bien que las minas que en el día contiene la República son de poca consideración desde que se segregó el territorio de Bolivia, que es donde más abundan; pero se han explotado algunas en la falda de la cordillera de Los Andes, y deben existir muchas que aun no se han descubierto. La agricultura es muy descuidada, aun cuando el suelo es rico y productivo; la única provincia agricultora de la República es la de San Juan. Las vastas llanuras, conocidas con el nombre de **pampas**, están cubiertas de inmensas tropas de ganado vacuno, caballar, y una parte considerable de la población se emplea en el pastoreo. La principal exportación consiste en cueros, salados, sebo y peletería. La importación consiste en efectos manufacturados principalmente en la Gran Bretaña: caldos de Francia y España. La población de toda la República comprendiendo el Paraguay, ascenderá a un millón escaso de habitantes. El número de los indios independientes es desconocido, pero poco considerable.

La ciudad de Buenos Aires está construída con gran regularidad; y en las calles principales se ostenta el gusto y la

opulencia. Las calles están tiradas a cordel, cada manzana es un cuadrado perfecto de ciento cuarenta varas de lado. Las casas son construídas con ladrillo revocadas de cal, y blanqueadas de lo mismo, la mayor parte son de azotea: se conservan algunas de tejas de las más antiguas, pero su número va disminuyendo, porque esta construcción no está ya en uso. Buenos Aires no tiene puerto, es una rada abierta, pero ni aun un pequeño muelle: esta obra se hace cada día más necesaria. Las embarcaciones mayores no pueden aproximarse sino a la distancia de tres leguas, que es lo que se llama la rada exterior: en la interior están las de menor porte y se ven hasta fragatas mercantes de poco calado. La navegación del Río de la Plata es en extremo peligrosa, en razón de los muchos bancos que contiene, y por la poca profundidad de sus aguas; así como por la furia de los vientos en la estación del invierno. La ciudad es el único canal de exportación e importación para toda la República, así cada día aumenta en riqueza y población, y sin los desórdenes y la anarquía de la revolución, es cierto que con la libertad de comercio estaría hoy día mucho más floreciente. Los transportes por tierra al interior del país son lentos y penosos, se hacen generalmente en mulas y en carretas del país en extremo pesadas. Los caminos abiertos, lo han sido por el tránsito, la mano del hombre no los ha mejorado: este ramo tan importante, como es fácil inferir, está descuidado en toda la América: su vasta extensión y la escasa población, son causas que por mucho tiempo retardarán las mejoras de que tanta utilidad reportarían a los habitantes de este continente, pero no hay remedio, esta obra es preciso consignarla al tiempo; porque es de esperar que en su transcurso nos traerá, leyes sabias, instituciones benéficas y protectoras, y gobiernos estables que se contraigan exclusivamente a mejorar nuestra condición fomentando la industria: nuestros nietos gozarán de estos bienes, y a pesar de la memoria de los desaciertos de sus abuelos bendecirán nuestro nombre reconociéndonos como el origen de su felicidad: a ellos está reservado el valorar el mérito de los hombres de la revolución, cuyo recuerdo servirá, no como algunos creen, para nuestra execración por la anarquía que nos ha devorado, y a lo que los contemporáneos hemos más o menos contribuido, sino para que se compadezcan de las penalidades y trabajos que



sufrimos durante nuestra mansión en el mundo, y cuyos frutos sólo podría recoger la posteridad de nuestros descendientes. Nosotros hemos tenido el trabajo de la siembra, y ellos sólo participarán de los beneficios de la cosecha.

Como me he propuesto dar una noticia de los personajes más notables de la revolución que sucesivamente vayan presentándose en la escena, empezaré por Pueyrredón. Este hombre de origen oscuro, que su padre era un artesano francés, a favor de la fortuna que heredó había conseguido alternar con la clase decente de la sociedad: su gallarda presencia, buenas maneras y una regular instrucción que adquirió en Francia, le abrieron el camino para subir hasta el puesto de comandante de un escuadrón de milicias de caballería, creado con motivo de la invasión de los ingleses. No adquirió prestigio militar, pero sí el que proporciona la intriga y el roce con las primeras clases. Cuando Fernando fué prisionero a Francia, se pensó en su hermana Carlota, y Pueyrredón fué comisionado cerca de aquella princesa: estos proyectos no tuvieron buen resultado. Cuando empezó la revolución Pueyrredón era coronel de las tropas del país, y aún creo que estaba empleado en el interior mandando una subdelegación. Tomó parte en el movimiento insurreccional, y su carácter artificioso le hizo adquirir alguna popularidad: fue ascendido a general y aunque no hizo la guerra con habilidad durante el corto período que mandó un ejército, la tuvo para volver la espalda a los españoles, salvando los caudales de las cajas de Potosí, y convirtiendo una carga de oro en plata al tiempo de hacer la entrega. Después fué miembro del poder ejecutivo del que lo derribó la facción opuesta: él hizo fusilar a un comerciante español, acusado de connivencia contra la causa del país, y después tuvo la avilantez, inmoralidad o como quiera llamarse, de casarse con su hija, joven rica de catorce años. Este hecho sólo bastaría para hacer conocer a Pueyrredón, si su vida toda no fuese un tejido de iniquidades y concusiones.

Cuando yo llegué a Buenos Aires, ocupaba la suprema silla de la República. Este período es fecundo en anécdotas escandalosas de Pueyrredón, ellas ocuparán su lugar a medida que yo vaya avanzando.

Don Justo Núñez, el marido de mi tía, y en cuya casa estaba yo hospedado, era un escribano público; pero había

salido de su esfera con motivo de la revolución a la que se adhirió desde el principio. Núñez era intrigante y sagaz, de un talento privilegiado, que a haber sido cultivado habría formado de él un hombre distinguido, pero su inaplicación era extrema: había vivido en la disipación y en el libertinaje, y cuando yo lo conocí era un viejo corrompido y lleno de achaques por sus desarreglos. Sin embargo, como sucede con muchos hombres, a estas malas cualidades reunía otras muy buenas, generoso y desprendido hasta la prodigalidad, y a pesar de sus extravíos respetaba y trataba bien a su mujer. Desempeñaba el empleo de oficial primero del Ministerio de Relaciones Exteriores y era muy adicto a la administración de Pueyrredón.

## CAPITULO XXVIII

### OTROS PERSONAJES

El mismo día que me presenté al Director, me acompañó en la visita que hice al coronel de artillería don Manuel Pinto. A medida que conocía los hombres de la revolución el prestigio se iba disipando, y acostumbrado a tratar con jefes de artillería llenos de conocimiento y saber en su profesión, la impresión que hizo en mí Pinto fué bien desfavorable: encontré en él un hombre ignorante en su arma, frío y apático y con exterior afable, que no tardé en conocer era fingido. Pinto entonces era el venerable de la gran Logia de los Lautaros, que trabajaba por los intereses del gobierno, o más bien de las personas que lo componían y estaban ligados por compromisos: Núñez también pertenecía a esta sociedad. Pero ya que he hablado de la gran Logia: será oportuno decir que existía otra secundaria, cuyas funciones esenciales eran desempeñar el honorífico cargo de espiones: en esta Logia de escalera abajo, había jefes y oficiales subalternos, empleados y letrados de un orden inferior, servía de instrumento a las miras de la alta Logia: y contaba en su seno dos o tres individuos de ella para presidir y dar tono a las deliberaciones, y eran estos los que dirigían la opinión de la pequeña Logia.

Mi ilusión se iba disipando gradualmente, y observando los hombres y las cosas, conocí muy pronto que el sistema que regía en Buenos Aires era arbitrario y despótico, pero disfrazado con la máscara de la libertad, y adornado con las formas republicanas: yo comparaba lo que había visto con lo que estaba viendo, y concluía siempre, que aún bajo el espantoso despotismo del rey Fernando, la tiranía era más soportable que la que ejercía el gobierno directorial, y me lamentaba interiormente que siendo la causa tan justa, tan buena, tan sagrada, estuviese consignada su defensa a tan inicuos opresores; pero yo era patriota por principios, y tenía bastante buen sentido para no confundir los abusos del poder con la santidad de la causa; y una buena dosis de razón, y filosofía para no arrepentirme por cuanto veía, del paso que había dado.

Anaya fué alojado en casa del español Díaz Vélez, y este por no tenerlo en su casa le pasaba doce reales diarios: esta era una especie de impuesto establecido por el gobierno y que sólo gravitaba sobre los españoles reputados enemigos de la independencia. Anaya me visitaba todos los días, yo lo presenté al director y lo introduje con mis nuevas relaciones. Un día vino muy contento a decirme que había hecho un descubrimiento importante, que el director era masón: —"y como lo sabe usted"— "Porque ha correspondido a mis señas, después nos hemos entendido y hablado con la mayor franqueza, y le he dicho que usted también lo era". Yo me incomodé bastante y lo reconvine fuertemente por su imprudencia, pero era una y muy grande atreverse, en una posición tan subalterna como la que él ocupaba en la sociedad, a hacer morisquetas al Jefe del Estado, que en todo caso debía haber esperado a que éste diese los primeros pasos; y aun más que su impavidez me sorprendía la ligereza del director en haberse franqueado con un hombre desconocido; pero que lo que más me había mortificado era que se hubiese avanzado a hablarle de mi, descubriéndole un secreto que me pertenecía y del que yo sólo podía disponer. Pero Anaya me contestó muy placentero asegurándome que nada se había perdido, y que por el contrario, creía que debía tener buenos resultados, pues el director se había manifestado muy contento y afable. Temiendo alguna imprudencia fui inmediatamente al fuerte a ver al director: éste me

repitió cuanto me había dicho Anaya, yo no pude excusarme de descubrirme con él y hablamos largamente me dijo que en el país en que vivíamos se necesitaba precaución, que las preocupaciones y el fanatismo religioso preponderaban: que yo era la tercera persona con quien él se descubría y confiaba en que yo no lo comunicaría a nadie, porque "créame usted, me dijo, si se supiese que yo era masón me arrastrarían". Todo esto me pareció una patraña, y sirvió para que formase un juicio poco favorable de Pueyrredón porqué yo encontraba una palpable contradicción entre su afectada reserva y la facilidad con que se había franqueado con un hombre desconocido, con Anaya al primer encuentro, y después conmigo derogando de su dignidad. Ya la prueba de su superchería la tuve al poco tiempo cuando conocí la existencia de las dos logias de que he hecho mención y en la que estaba enredada una porte considerable de las personas de más viso de la ciudad. Pero creyendo que la coyuntura era oportuna, la aproveché para decirle lo que me había encargado Valdés y demás amigos, respecto al canje de prisioneros y disminución de los horrores de la guerra entre los dos partidos contendientes, me oyó con la mayor atención, y cuando concluí me dijo que el pensamiento era muy bueno y que a él se le había ocurrido más de una vez, pero que era preciso desecharlo por entonces, porque cualquiera transacción con los españoles por benéfico y justificado que fuese el objeto, sería siniescrementamente interpretado: "Usted no conoce, me dijo, la ignorancia de nuestros paisanos". Me despedí después de haber recibido mil ofertas.

Anaya, que como después se verá, obraba de mala fe, me comunicó un proyecto que había discurrido, para hacer un gran viaje al Perú para hacer ver a los amigos del ejército español el riesgo que corrían por el descubrimiento de la Logia y que si el gobierno de la república se prestaba podía hacer proposiciones de buena acogida a Valdés y demás jefes, siempre que ellos obrasen un trastorno en el ejército cuyos resultados fuesen su disolución: después que desenvolvió su plan me instó para que yo influyese con el gobierno para que tuviese efecto su viaje, y agregó que para desvanecer las sospechas que su presencia en el ejército español pudieran producir había concebido un buen arbitrio: éste estaba reducido a hacer una representación al directorio re-

reclamando su pasaporte para incorporarse a las filas españolas, en atención a que no había sido hecho prisionero en buena guerra; sino por medio de una estratagema poco honrosa para su autor y despresiva de los derechos más sagrados y reconocidos por todas las naciones civilizadas. La cosa estaba bien vestida y el conocimiento que yo tenía de los jefes del ejército y sus opiniones me decidieron a prestarme a las miras de Anaya esperando las mayores ventajas para el país. Anaya había renunciado al vasallage del rey de España y éste fué un acto espontáneo yo no podía por lo tanto sospechar ni remotamente que el tuviese miras siniestras. Manifesté al director Pueyrredón el plan de Anaya y pude recabar de él la mejor disposición para empezar la obra: se discutió este asunto en consejo de ministros, y el director me previno que me entendiese con el ministro de la guerra, general don Matías Irigoyen. Anaya hizo su presentación, y esta estaba ya en víspera de ser decretada en conformidad: yo tenía mis cartas preparadas para Valdés, y demás jefes amigos; y el director me prometió que a la próxima partida de Anaya me entregaría una carta para Valdés, por medio de la que garantizaría el cumplimiento de las ofertas que le hacía, dado caso que se hiciese la revolución en el ejército español.

En estas circunstancias, y cuando menos debía esperarse, Anaya desapareció de Buenos Aires. Desde nuestra llegada, era infalible en hacerme una o dos visitas diariamente; pasaron dos días sin que se presentase en casa, y yo empecé a alarmarme; lo busqué en su alojamiento y se me dijo que hacía algunos días se había mudado, sin que supiesen decirme a donde. Yo creí entonces lo peor: mi situación era muy desagradable: como todos sabían las estrechas relaciones que yo había tenido con los jefes principales del ejército y la estimación que de mí hacía el general La Serna, se dudaba mucho de mi buena fe; a mi no se me ocultaba este juicio injusto, y vivía mortificado, sólo el tiempo podía patentizar mis buenas intenciones. Así, la desaparición de Anaya, mi protegido, que me había acompañado a Buenos Aires etc etc., era una brecha terrible para mi opinión: las apariencias me condenaban. Temiendo, pues, que aquel bribón me hubiese dejado colgado, quise ser el primero que diese al gobierno la noticia de su fuga: volé al fuerte y co-

muniqué al director mis sospechas. "No lo dude usted, me dijo Pueyrredón, ese bribón ha huído a incorporarse a los suyos; en cuanto a usted debe tranquilizarse, el gobierno conoce bien sus sentimientos patrióticos y sabe apreciarlos; pero al mismo tiempo debo decirle que la fuga de Anaya le perjudica a usted mucho en el concepto público, pues no falta quien crea que la venida de usted, es con el fin de explorar el país, para regresar al ejército español a dar cuenta de todo al general La Serna, del que se le cree a usted comisionado". Lo más singular, de esta ocurrencia es que Anaya pudo incorporarse al ejército español sin correr el riesgo de la fuga, pues como anteriormente he dicho, todo estaba dispuesto para su viaje con el consentimiento del gobierno; pero sin duda se le presentó alguna ocasión favorable y los godos de Buenos Aires le instarían para que la aprovechara. Poco tiempo después supe que se había embarcado en una corbeta de guerra Inglesa, que salió de Buenos Aires para el Callao. Anaya se incorporó al ejército español, y cuando el general San Martín desembarcó en la costa con su ejército se pasó a los independientes: nada más he sabido de él, ignoro si existe o no; pero si tiene corazón de hombre no debe haber olvidado la felonía que usó conmigo después de haberle prodigado tantos beneficios.

El general español Milans, que a la sazón se hallaba con algunos oficiales de su nación emigrado en Buenos Aires, me dijo pocos días después de la fuga de Anaya: "Yo no quise decir a usted nada de Anaya porque conocí que estaba usted con una venda en los ojos, y que ese bribón lo tenía alucinado, pero sé por algunos de mis oficiales que ha sido fraile en España". El general Belgrano tenía, pues, razón cuando me decía: "es imposible que este Anaya no haya sido fraile." —¿Y cómo lo conoció?, la cosa es muy clara: todos los frailes tienen la misma educación, los mismos hábitos, y por un efecto consiguiente de aquélla, una completa uniformidad en sus maneras y movimientos: las ceremonias del rito, el aire místico, el porte recogido y la gazmoñería de que tienen necesidad de revestirse para engañar al vulgo, contribuyen poderosamente a la semejanza común a todos ellos. Pero demasiado me he ocupado de un bribón, pasemos a otro asunto.

## CAPITULO XXIX

## ESTADO DEL PAIS

La revolución contaba ya un período de ocho años, y después de alternados sucesos de triunfos y reveses, la situación de la República había empeorado: los españoles eran señores del Alto Perú, que nuestras tropas abandonaron después de la derrota de Sipe Sipe: el caudillo Artigas después de haber negado la obediencia al gobierno central y segregado la provincia de la Banda Oriental de las demás de la Unión, había tenido que ceder el puesto a un ejército portugués que, so pretexto de evitar que la anarquía contaminase las provincias limítrofes del Brasil, invadió la Banda Oriental con un ejército de diez mil hombres y tomó posesión de Montevideo. En Chile tremolaba el pabellón bicolor, después de la batalla de Chacabuco ganada por el general San Martín, pero una expedición de Lima debía invadir aquel Estado con fuerzas considerables, y no era fácil presagiar a qué lado se inclinaría la victoria; pero si los españoles vencían, la causa de la independencia estaba expuesta a zozobrar. En algunas provincias de la República Argentina se había enarbolado el estandarte de la rebelión por caudillos salidos de la hez del pueblo que reconocían a Artigas por jefe supremo; y en la época en que yo llegué a Buenos Aires acababa de embarcarse una expedición contra el Entre Ríos: esta división mandada por un jefe inexperto fué completamente derrotada y obligada a reembarcarse para regresar a la capital. Así, la autoridad del jefe supremo era nominal, y el círculo de su acción tenía un radio tan limitado que a excepción de las provincias de Cuyo, donde sus procónsules dominaban con un absolutismo sin medida, la de Tucumán donde estaba estacionado nuestro ejército, y la de Buenos Aires, silla del gobierno, las demás puede decirse que eran independientes de hecho. Un estado tan precario había relajado los resortes del patriotismo, y el espíritu público que al principio de la revolución obró prodigios, casi había desaparecido. Tal era el cuadro que presentaba el país cuando yo tomé partido por la causa de su independencia, agregando



que se temía, y con razón que el gobierno español hiciese un esfuerzo para reconquistar su antigua colonia, enviando una fuerte expedición, como la que mandó a la Costa Firme.

Pero yo suspiraba por conocer a mi familia, de la que me había separado hacía catorce años; desde que llegué a Buenos Aires, solicité del director me concediese licencia para pasar a Montevideo por un par de meses y después marchar al ejército del Perú: el general Belgrano se unió a mí y escribió al director en el mismo sentido, pero éste me hizo entender que era preciso esperar algún tiempo, porque algunos dudaban de mis principios republicanos, y el viaje a Montevideo podía perjudicarme: me dijo que me hablaba como un padre, que tenía el mayor interés por mi suerte: que el conocía mis sentimientos y no dudaba un momento de mi patriotismo, pero que se veía forzado a contemporizar con la opinión pública y tuve que resignarme, esperando mejor coyuntura.

Se me expidieron los despachos de sargento mayor de artillería y del grado de teniente coronel: quedé agregado al regimiento de artillería que mandaba el coronel Pinto: asistía algunas tardes al cuartel, siempre con el mayor disgusto porque en todo el regimiento no había un solo oficial que tuviese conocimientos facultativos; y el aire de importancia que se daba el coronel Pinto, tan ignorante como sus oficiales, la servilidad de éstos y el incienso con que lo lisonjeaban, me chocaba sobremanera: yo estaba acostumbrado a hacer el servicio con la mayor exactitud, pero fuera de sus actos, había servido en un cuerpo en el que el último alférez alternaba con el coronel, con la mayor familiaridad, observando siempre el decente respeto que la educación prescribe en la sociedad y que es debido a la edad y a una alta clase. El contraste era admirable, yo comparaba y concluía que bajo la monarquía donde había servido se encontraba más libertad que en la república donde recientemente entraba a servir. Yo era liberal por principios y lo había ostentado sin temor bajo el gobierno absoluto de Fernando: bajo el gobierno republicano de mi país, me veía obligado a tratar con autómatas degradados: esto me mortificaba mucho y me inspiró un profundo desprecio hacia Pinto y sus oficiales. Mis funciones como jefe de artillería estaban reducidas

a asistir a la revista de comisario y hacer el servicio de jefe de día cuando me tocaba por turno. El único oficial del cuerpo que yo conocía era el sargento mayor don Manuel Herrera: habíamos servido juntos en el sitio de Cádiz, y estuvimos alojados en una misma casa en la Isla de León, siendo él teniente en la escala de compañías fijas, que es la de los sargentos, y yo de la misma graduación en la escala facultativa: Herrera había estudiado matemáticas, se examinó en Sevilla para pasar a la plana mayor facultativa y fué desaprobado: después volvió a examinarse para pasar al cuerpo de ingenieros y fué otra vez desaprobado: entonces aburrido se vino a América a servir con los independientes. Era Herrera muy jocoso y por sus chistes y agudezas más parecía Andalúz que hijo de Montevideo: en la primera visita que le hice traté de informarme de todo lo que tenía relación con el cuerpo de artillería: me hizo una pintura muy triste; me acuerdo que nombrándome algunos oficiales hizo mención de don Manuel Oribe, que entonces era capitán del regimiento y en el día es Presidente de la República Oriental: "pero no crea usted, agregó Herrera, que este Oribe es como su hermano don Tomás, el que hemos conocido en España": efectivamente don Tomás Oribe, oficial del colegio de Segovia, era un artillero muy distinguido, mientras su hermano don Manuel es muy adoncellado, sin estudios de ninguna clase e improvisado oficial de Artillería, como casi todos los de la revolución. Por conclusión, Herrera me dijo que siendo yo nuevo en el país, le permitiese que en obsequio de la amistad y por mi propio bien, me diese un consejo: "Si alguna vez en el curso de la conversación se ofrece hablar de un círculo, no le de usted este nombre, sino diga usted, una cosa redonda; y en lugar de línea diga usted una raya porque sino, mi amigo, le pronostico a usted que va a hacer muy desgraciado". Nos reímos mucho de la ocurrencia, y nos separamos, sino bien dispuesto a observar el consejo de Herrera, al menos íntimamente persuadido, de que debía verme expuesto a los tiros de la ignorancia, como efectivamente me sucedió, como diré más adelante.

El ejército español al mando del general Osorio, había desembarcado en Talcahuano, y a los pocos días de haber abierto la campaña, sorprendió al ejército patriota que mandaba el general San Martín, el diecinueve de marzo de 1818

en Cancha Rayada, inmediaciones de Talca. Nuestras fuerzas se diseminaron y desaparecieron como el humo; todos los dispersos tomaron por distintos rumbos la dirección de Santiago, capital de la República de Chile; y el coronel Las Heras fué el único jefe que hizo su retirada en orden con una pequeña división a la que sucesivamente se fueron incorporando los prófugos sobre la marcha: cuando a pesar de que los enemigos picaban la retaguardia, todos llegaron a las inmediaciones de Santiago, el ejército se reorganizó como por encanto. La noticia de un tal desastre contristó los ánimos en Buenos Aires: se opinaba y con razón, que el triunfo que acababan de obtener los españoles sería precursor de la conquista de Chile, y que este ejército enemigo, combinado con el del Perú, al mando de La Serna, caería sobre las provincias de la unión, defendidas únicamente por el esqueleto del ejército que mandaba el general Belgrano. El abatimiento había ganado principalmente a los hombres que por sus compromisos en la causa de la revolución eran los más interesados en su buen éxito y, por lo tanto los que debían esforzarse más en que no decayese el espíritu público, pero el miedo había trastornado sus pobres cabezas. Yo estaba sorprendido, y no podía comprender como unos hombres que tantos riesgos habían corrido, y manifestado una energía heroica por la emancipación del país, eran tan susceptibles a las impresiones del miedo: entonces formé muy mala opinión de los principales magnates de la revolución: se habían enriquecido y ya no ardía en sus pechos el fuego sagrado del patriotismo.

La noticia de la victoria de nuestras armas en los campos de Maipú, vino a sacar a aquellos hombres de su letárgico pavor. Este triunfo fué uno de aquellos sucesos inesperados, fuera de todo cálculo, porque después de una derrota tan completa como la que sufrió nuestro ejército en Cancha Rayada el diecinueve de marzo, parecía inconcebible que el cinco de de abril inmediato venciese a sus adversarios después de una retirada en desorden, en la que recorrió más de ochenta leguas: así en mi opinión particular, la victoria de Maipú es la medida del coraje de los soldados americanos y de lo que son capaces cuando están dirigidos por jefes hábiles y valientes. El ejército español fué completamente deshecho, con excepción de los hombres que pudieron escapar

con el general en jefe Osorio; el resto de la fuerza quedó tendida o prisionera en el campo de batalla. El gozo que me causó este acontecimiento militar tan fecundo después en buenos resultados para la causa general, lo acibaró la pérdida de un tío querido don Francisco Somalo, y de un mucho más amado hermano Antonio: ambos servían bajo el pabellón español, aquel fué encontrado entre los muertos y mi pobre hermano desapareció por una bala de cañón. El día que llegó esta nueva a Buenos Aires, y de la que fué portador el teniente coronel don Manuel Escalada, que en once días se transportó desde el campo de batalla hasta la capital, recorriendo una distancia de más de cuatrocientas leguas y atravesando la elevada Cordillera de los Andes, fué de alborozo y contento en todo Buenos Aires: el fuerte se llenó de gente, yo fuí también a dar el parabien al Director, me recibió con los brazos abiertos, y con un acento paternal me dijo, que en los días de conflicto que habían precedido me había tenido muy presente, recordando el compromiso que yo había contraído y la triste suerte que me esperaba si los españoles hubiesen dominado el país: es decir, que él era también uno de los muchos que creían el país perdido: ¡qué miseria de hombres! Yo presencié los parabienes que le daban, y entre otros el de un general, muy conocido en la república por su "virgen espada": se presentó con el rostro desencajado y un pañuelo atado en la cabeza, mientras que Pueyrredón lo abrazaba, éste me hizo una guiñada para indicarme la pobreza de espíritu del general; pero entretanto yo había penetrado bien que Pueyrredón no estuvo menos afectado que el consabido general, con el que podía muy bien correr parejos en cuanto a la primera calidad de un soldado.

### CAPITULO XXX

#### MONTEVIDEO Y EL GENERAL LECOR

Después de este suceso, me fué más fácil conseguir licencia para pasar a Montevideo a ver a mi familia, la obtuve por un mes, y se me concedió como una gracia especial.

Me embarqué, pues, para Montevideo, en los primeros días del mes de mayo, y cuando desembarqué en el muelle, estreché en mis brazos a la más querida de las madres, que con la noticia de mi llegada había salido a recibirme. No hay nada que pueda compararse a la sensación que yo experimenté en aquel momento: hacía catorce años que faltaba de mi casa, y desde que salí del colegio viví solo y sin parientes, extranjero a cuanto me rodeaba. Fuimos juntos a casa, y allí me esperaban los abrazos de mis hermanos y hasta de los antiguos criados de mi casa: aquel día mi espíritu estuvo transportado con la presencia de objetos caros, y con una función hasta entonces desconocida para mí.

Mi presencia en Montevideo dió mucho que hablar, a todos los partidos: los patriotas entre los que había muchos emigrados de Buenos Aires, creían haber obtenido un triunfo al ver un joven americano perteneciente a una de las familias de las principales del país y enemiga de la causa de la independencia, que había abandonado su carrera por unirse a las filas republicanas: los españoles por no abandonar su tema de incredulidad, a pesar de que me vieron desembarcar con el uniforme de artillería de Buenos Aires, estaban persuadidos que yo era un agente del general La Serna, cerca del embajador español residente en el Janeyro, y que vestía el uniforme republicano para llevar mejor la intriga adelante: entre ellos había algunos oficiales compañeros de armas en Europa. En el tránsito hasta mi casa, mi madre me dijo: "Tomás, y tú ¿cómo vienes?", mi respuesta fué categórica: "Madre, yo soy patriota". La pobre señora se quedó helada, hasta aquel momento había conservado la esperanza de que fuese cierta mi misión por La Serna, y acababa de desengañarse de un modo cruel. Mi familia me citaba con orgullo por la brillante carrera que había hecho, y el crédito que disfrutaba entre mis jefes y compañeros: todo el prestigio vino a tierra con mi nueva situación.

En casa encontré a mis dos cuñados, el capitán de fragata don José Posada, casado con mi hermana Dolores, y el teniente de navío don Pedro H. Cormera, casado con mi hermana Encarnación: ambos me recibieron muy bien, a pesar de que desaprobaban altamente mi separación del ejército español; y en todo el tiempo que vivimos juntos, aunque con frecuencia se tocaba el asunto de la lucha pendiente entre

España y América, jamás tuvimos la más ligera desazón. Estos dos oficiales se habían enlazado en mi familia antes de la revolución, y cuando ésta sobrevino, se declararon contra ella: los dos fueron prisioneros, fugaron de Córdoba y se hallaban refugiados en Montevideo, a la sombra del pabellón portugués que tremolaba en sus murallas.

Yo recorría absorto los sitios que habían sido teatro de los juegos de mi infancia, en mi casa nada había cambiado, y entretanto, ¡qué vida tan agitada la que había pasado durante los catorce años que estuve ausente del hogar paterno, cuántos países visité, qué innumerables peligros corrí, qué variedad de escenas las que había presenciado, qué continuo el movimiento en que había vivido! Pero lo que me sumergió en la más profunda melancolía fué el estado de pobreza en que encontré a mi familia: mi madre así como mis cuñados, estaban sin fortuna, ésta se agotó durante la revolución que yo acababa de abrazar, y esta consideración, sin debilitar mi patriotismo, me hizo recordar que si hubiese continuado sirviendo en el Perú habría hecho gran fortuna y reparado los quebrantos de mi casa: no me arrepentía del paso que había dado, ni me arrepentiré jamás, bien que las persecuciones que he sufrido habrían puesto a prueba al ánimo más fuerte; pero yo era buen hijo, idolatraba a mi familia, y el haber contribuido a su felicidad habría sido para mí una dicha inefable.

Mi hermana Margarita que tenía cuatro años cuando salí para Europa, la encontré una mujer formada y llena de gracias. Félix era un nuevo hermano que nació estando yo en España, un año antes del fallecimiento de mi padre; y mi querida hermana Pepa que me amaba con predilección, falleció durante mi ausencia. Margarita estaba entonces en la fuerza de sus amores con el sargento mayor portugués Abreu, con el que después casó. Tenía yo tal aversión por los individuos de esta nación, que desde el principio libré los mayores esfuerzos para evitar este enlace, pero la pasión triunfó de mi oposición, la que confieso, traspasó los límites de lo justo, pues yo no tenía como hermano derecho para contrariar a Margarita.

Yo sabía que madre debía perder esta hija más, pues casándose era claro que al fin tendría que ir a Europa con su marido, y ésta fué otra de las razones que tuve para opo-



nerme tanto: pues, por lo demás, Abreu era un jefe muy acreditado en su arma de caballería, valiente como un león, de excelente educación y perteneciente a una familia distinguida de Portugal. En el día son muy felices: Abreu es brigadier del ejército portugués, gobernador de la plaza de Deniche y ha heredado un mayorazgo.

Como es fácil considerar, yo era el ídolo de mi familia; de día, de noche, a todas horas me rodeaban para oír mis aventuras: después de la cena solíamos estar de sobremesa hasta las dos de la mañana, no se cansaban de oírme hablar y contemplarme, y los primeros días de mi llegada, después que me acostaba, venían a rodear mi cama todas mis hermanas, y madre algunas veces y el día solía sorprender nuestras narraciones. Madre y mis hermanas las acompañaban con lágrimas, y al separarse de mí, exclamaban con dolor: "pobre Tomás, lo que ha perdido! no esperes, no, que tus paisanos recompensen tu mérito, ni te agradezcan el sacrificio que has hecho!" Entonces yo las consideraba alucinadas por el espíritu de partido, pero el tiempo ha probado bien a mi costa, que aquellos vaticinios no eran sino muy fundados. No hablaré yo de mí mérito, no soy presuntuoso ni fatuo, son expresiones que pongo en boca de personas de mi familia; pero sin que se me pueda justamente tachar de vano descontentadizo, puedo afirmar que he sido mejor tratado en España que en mi propio país.

Cuando me presenté al general portugués Lecor, me recibió muy afable y cortésmente, me hizo muchas preguntas sobre el Perú, Buenos Aires etc., pero muy particularmente y con insistencia sobre el general San Martín: el triunfo espléndido que acababa de conseguir, había algún tanto contrariado el espíritu de Lecor, tenía la aprehensión de que San Martín intentase arrojarlo de la Banda Oriental; así, el tópico favorito de sus preguntas a todos los patriotas con quienes trataba, era el general San Martín: cuando éste salió de la escena lo reemplazó Bolívar. Lecor no era un hombre común, pero ninguna cualidad tenía que llamase la atención; era entrado en edad y tenía mucho mundo, la posesión de éste le fué bastante para conservar algún tiempo su conquista conciliando los ánimos; al fin los acontecimientos se agolparon y la presa se le fué de la mano.



Era hombre extremadamente frío y absolutista por interés más que por convencimiento, como sucede a todos los de esta profesión política. Me ofreció su casa, y que tendría mucho gusto en que lo frecuentase, pero yo le hice muy pocas visitas, yo era entonces un hombre preocupado contra los portugueses, y creía sin fundamento que ningún individuo de esta nación podía tener prendas recomendables: después me he desengañado porque todos los hombres son iguales malos o buenos, sin distinción de países. Una de las cosas que los hacían detestables a mis ojos, era la usurpación de la Banda Oriental. Por lo demás la división de voluntarios reales de guarnición en Montevideo se componía de la parte más selecta de los ejércitos portugueses, los cuerpos todos, estaban en el mejor pie de instrucción y disciplina y perfectamente equipados; la oficialidad en general era brillante y de las familias principales de Portugal; las tropas de esta nación que yo había visto en Europa durante la guerra en la independencia de la península no podían compararse con las que ocupaban la Banda Oriental: es verdad que éstas tenían jefes nacionales, y aquellas estaban bajo el yugo intolerable de la orgullosa nación británica: los jefes principales eran ingleses, los portugueses no podían pasar de la clase de sargento mayor, con muy pocas excepciones.

Mi madre que no había perdido la esperanza de verme otra vez servir en el ejército español, pues le parecía un sueño mi separación, lo consultó con mis cuñados y estos hablaron con el coronel de artillería don Feliciano del Río que a la sazón estaba en Montevideo: Ríos como todos los españoles habían sentido mi venida como un mal ejemplo que se daba a los americanos que servían bajo las banderas del Rey, y así no trepidó en asegurar que la cosa era muy llana, y que suponiendo yo que había caído en una partida republicana y que por no ser prisionero, me presenté como pasado, él me daría un certificado y haría valer su influjo con el embajador español en el Janeyro; y por último, que el salía garante del buen éxito; con tales seguridades, madre redobló sus ataques y la lucha que tuve que sostener era bien penosa para el corazón de un hijo. Cuando podía hablarme a solas hacía uso del ruego y con lágrimas me instaba para que me prestase al plan propuesto por Ríos: la pobre señora creía de buena fe que la transacción no ofrecía dificultad alguna,

bastaba para ella que Ríos lo asegurase, este jefe disfrutaba la mejor opinión entre sus compatriotas; pero si madre hubiera podido comprender que yo corría el más pequeño riesgo, estoy seguro que habría desistido de su pretensión. Yo entretanto pasaba los ratos más amargos, viéndome obligado a no conceder con las instancias en una madre tan querida; jamás habría cometido una bajeza semejante a la que se me proponía; yo era patriota, pero aun cuando no lo hubiese sido, aun cuando estuviese arrepentido, del paso que había dado, habría preferido la muerte, antes que degradarme: siempre he sido hombre de honor. Yo conocía las miras siniestras de Ríos, él tenía el suficiente conocimiento, para valorar el hecho de mi separación del ejército español y para comprender que éste era un paso que no se daba más que una vez en la vida, así no podía alucinarme como madre, para cuya inteligencia el asunto era extraño y nuevo; pero Ríos quería sacrificarme haciéndome caer en la celada, y que pagase bien caro el crimen que en su concepto yo había cometido. Cuando madre conoció que sus razones no bastaban a persuadirme, creyendo que no podría resistir a las de Ríos, me propuse una entrevista con él: la pobre señora, quería mi bien como madre, y entretanto el insidioso Ríos trataba de hacerla instrumento de mi ruina: me negué abiertamente y madre desistió de su pretensión. Esta lucha entre el amor patrio y el amor filial me mortificó en extremo todo el tiempo que duró, y aunque salí triunfante, no tardé en sufrir nuevos ataques.

El general Lecor para asegurar su conquista halagaba a los hijos del país concediendo al que lo solicitaba su ingreso en el ejército portugués; así madre, cuya mira principal era separarme del servicio de Buenos Aires, ocurrió al brigadier don Francisco Viana, para que conquistase mi voluntad: la elección no podía ser más acertada; yo respetaba mucho al general Viana, él como amigo de mi casa se tomó el molesto trabajo de enseñarnos a Juan y a mí las primeras reglas de la aritmética, la historia, de España, y otros ramos instructivos; por su recomendación fué que don Diego Alesón, con el que tenía gran intimidad, se hizo cargo de mí para llevarme a España en la fragata Clara, en fin inspiraban grandes motivos, para que yo hiciese gran caso de Viana.

Este había servido en el ejército de Buenos Aires en clase de general y obtuvo la comisión de ministro de guerra y de la marina; cayó la administración a que pertenecía, fué preso, mal tratado y por último desterrado fuera del país, se refugió en el Brasil, y cuando los portugueses invadieron la Banda Oriental, tuvo la debilidad de enrolarse en el ejército portugués en clase de brigadier: es claro pues que Viana deseaba tener compañeros para debilitar algún tanto el color de la marcha que se había echado; así es que cuando madre lo habló, para que me catequizase, se prestó muy gustoso, y no tardó en asestarme sus baterías.

La edad, el prestigio que Viana tenía para mí, a pesar de la fea nota con que se había manchado su carrera, hacían muy penosa mi posición en las entrevistas que tuvimos; me costaba trabajo decirle no, y me veía muy embarazado para combatir sus razones, porque necesitaba mucha delicadeza para evitar que pudiese por la más ligera expresión aplicarse en mal sentido lo mismo que yo reprobaba: sus cargas fueron obstinadas, pero siempre le opuse una resistencia proporcionada: él se avanzó, sin mi conocimiento a recabar del general en jefe Lecor, que en el caso que yo accediese me extendería el despacho de coronel: cuando Viana me lo anunció, no pude contenerme, le dije que sólo a él había aguantado tanto tiempo; que el paso que había dado, cerca de Lecor, era imprudente, porque podía comprometerme, dándose aquel asunto tal interpretación, que pudiera creerse que yo estaba de acuerdo: por último, le intimé formalmente que no volviese a hablarme más sobre el particular, porque lo recibiría como un insulto. Viana no quebró conmigo, pero se retiró desabrido. La puerta quedó cerrada para madre, la que conociendo mi carácter y decisión por la causa republicana, abandonó sus pretensiones y tuvo que conformarse con tener un hijo patriota, sin que por ésto disminuyese su cariño: al contrario, ella me decía que se había aumentada, porque me miraba con más lástima que a los demás hermanos. Y vease como ciega el espíritu de partido o el fanatismo político.

Las vicisitudes y disgustos que toda mi familia había experimentado desde que empezó la revolución, habían contribuido no poco a aumentar su aversión por el nuevo sistema. Después de todo, muy natural era que no fuesen adictos: mi

madre era viuda de un coronel español, y tenía dos hijos (mi hermano Juan y yo) sirviendo en España en un cuerpo distinguido; y mis tres hermanas mayores estaban casadas con oficiales de marina españoles, que se habían batido contra el ejército de Buenos Aires; y mi hermano Antonio, aunque menor de edad servía en clase de subteniente en el regimiento que había mandado mi padre, y fué también prisionero de los independientes.

La plaza de Montevideo, sufrió dos bloqueos por las tropas de la república y en el segundo tuvo que rendirse por capitulación, mis dos hermanos Juan y Antonio, y mis dos cuñados cayeron prisioneros y fueron conducidos a Córdoba, de donde fugaron. Las tropas de Buenos Aires evacuaron la Banda Oriental, y las tropas de Artigas, tomaron posesión de la plaza de Montevideo: todo el tiempo que duró este gobierno onnimoso de vandalaje, sangre y desolación, mi pobre familia sufrió las mayores amarguras, sindicada como estaba de su adhesión al sistema realista, y separada de los únicos hombres que entonces hacían parte de ella: el resultado de tantas calamidades fué consumir sus escasos bienes y cuando después de la entrada de las tropas portuguesas mis cuñados volvieron a Montevideo, estuvieron viviendo en gran parte a expensas de madre. He aquí, pues, motivos suficientes para no adherir a un sistema que había sido el origen de sus infortunios.

## CAPITULO XXXI

### **ALVEAR, CARRERAS, VAZQUEZ Y LARREA**

El general Alvear llegó a Montevideo a mediados de mayo, venía del Janeyro, donde estuvo emigrado desde el año 1815, a consecuencia de su expulsión de la silla del gobierno de la república que presidió con el título de Director. Por la noche fuí a visitarlo acompañado de mi cuñado Cormera. Entre la familia de Alvear y la mía había reinado la más estrecha amistad, y aunque él era mayor que yo cinco años, nos habíamos conocido desde la niñez y fuimos jun-

tos a Europa, como he referido al principios de estas memorias. Tenía pues estos antecedentes para alimentar cierta inclinación a Alvear, y además la reciente relación con sus parientes de Buenos Aires, con su señora, y con su sobrina Mercedes, objeto de mi amor.

Pero al mismo tiempo abrigaba la desconfianza de su lealtad como patriota. Explicaré esto. Cuando pasé por el Tucumán, el general Belgrano, que no era muy amigo de Alvear, un día que se hizo mención de éste y de la revolución que lo había derribado, me dijo entre otras cosas, que Alvear había hecho en el Janeyro una representación al Rey Fernando, por el intermedio del embajador español, pidiendo indulto y permiso para volver a España: como yo manifestase mis dudas sobre la verdad de esta noticia, diciendo que no podía concebir, que un joven de educación y elevación de ideas que se había visto en el puesto más eminente del Estado, fuese capaz de cometer una bajeza semejante, el general Belgrano me presentó un manuscrito: éste contenía la representación de Alvear explicada con notas; Belgrano me aseguró que aquel documento era auténtico y que no dudase de la existencia de tal representación: yo la leí y quedé bastante inclinado a creer cierto lo que se me había asegurado: desde entonces yo tenía cierta prevención. Como mi carácter era franco y aún ligero por un efecto de mis pocos años y mis hábitos militares, la primera vez que ví a Alvear, después de los saludos de estilo, le dije sin rodeos. "tenía ganas de ver a usted para que me dijese que hay sobre ese asunto de su representación a España". Alvear sin alterarse satisfizo a mi pregunta diciéndome que la representación era supuesta, que acosado como se había visto en el Janeyro por muchos de los españoles prisioneros en Montevideo, cuando él tomó esta plaza, hasta el punto de haber atentado contra su vida en varias ocasiones; perseguido al mismo tiempo por el embajador español, que lo reclamaba al gobierno como súbdito del rey Fernando, y con la intención de saciar en él su venganza por los servicios que había prestado a la causa de la revolución, tuvo que valerse de la estratagema de fingir una representación al Rey de España, cuyas copias circulaban entre los españoles, que de este modo pudo conseguir calmar las prevenciones que abrigaban contra él, y cesaron los ataques personales, pero que la re-

presentación nunca llegó a manos del embajador firmada de su puño, pues él no hizo más que emitir algunas copias con el objeto indicado. Como me sentía inclinado a Alvear, di asenso a sus palabras creyéndolo al pie de la letra, pero después he sabido por Cormera, que presencié esta conversación, que Alvear había efectivamente dirigido la representación al embajador español. Cormera lo supo por la suegra de Alvear, a quien conoció en Madrid, ella se lo aseguró y a mayor abundamiento le enseñó una carta del yerno, en la que le recomendaba que influyese para que se le permitiese volver a España: Alvear ocurrió a su suegra porque ésta en aquella época estaba íntimamente relacionada con el ministro español de Gracia y Justicia, Lozano Torres, pero en la época que Cormera me hizo esta revelación, que fué en el año veinte cuando regresó de España mandando el bergantín **Aguiles**, estaba yo tan estrechamente unido con Alvear, y me tenía tan alucinado, que no creí lo que mi cuñado me refirió, y lo atribuí a invención suya por separarme de la amistad de Alvear, del que todos los españoles eran mortales enemigos. Después don Francisco Margariño me confirmó ser cierto, cuanto Cormera me había dicho, y me dijo que él también lo había sabido por la misma suegra de Alvear.

En esta primera visita a Alvear, sus modales, su lenguaje persuasivo y afectuoso cautivaron mi espíritu y un sentimiento simpático se apoderó de mi corazón. Esta amistad, que fué estrechándose más cada día por mi parte, ha tenido un influjo exclusivo en las vicisitudes y persecuciones que después he sufrido en la carrera de la revolución. Yo era su amigo y más de una vez di pruebas prácticas exponiendo mi existencia por serle consecuente: él nunca lo fué mío, pero lo hacía creer, me tenía embaucado porque veía en mí un hombre de honor y de un carácter firme y resuelto que podía ser útil a sus miras y planes ambiciosos: yo conocí aunque tarde, que había sido el juguete de sus intrigas y maquiavélicas maniobras, entonces me separé de él. Pero no quiero anticiparme al tiempo, más adelante se verá comprobado lo que acaba de decir.

José Miguel Carreras, este hombre singular que después ha tenido un fin tan desgraciado, muriendo en un patíbulo,

estaba entonces emigrado en Montevideo. Sus dos hermanos, don Juan José y don Luis, habían sido fusilados en Mendoza poco tiempo hacía por el procónsul Luzuriaga: la herida era reciente, y Carreras, como era natural, respiraba por ella, su boca no profería sino dicterios contra el gobierno de Buenos Aires, autor principal de sus desgracias y de las de toda su familia. Yo no conocía a Carreras, pero un día que nos encontramos en casa de Alvear, fuimos recíprocamente introducidos, había allí una reunión de varios patriotas emigrados. Carreras se expresó en los términos más depresivos contra el gobierno de Buenos Aires, yo lo oía con calma porque la opinión que él emitía coincidía con la mía, pero cuando dijo que todos los que servían a un tal gobierno eran satélites de la tiranía, me creí comprendido en la diatriba, casualmente iba aquel día vestido de uniforme, y salí a la demanda, no para defender al gobierno que yo detestaba, y esto lo sabían todos los que estaban presentes, sino para pedir explicaciones por un apóstrofe en que me creía comprendido: esto originó un fuerte altercado con Carreras: éste era violento, y yo necesitaba muy poco para transportarme; la disputa empezaba a tomar un carácter bien serio, cuando Alvear y los demás intervinieron para evitar un lance, haciéndome entender la situación moral de Carreras, y que el tiro de éste no era dirigido a mí; y a Carreras que yo era enemigo decidido de la administración de Pueyrredón, y que las expresiones generales que él había proferido me habían alarmado por un exceso de delicadeza; todo se compuso y desde entonces Carreras y yo fuimos amigos, la primera vez que nos vimos estuvimos a punto de batirnos.

Carreras era un hombre de un espíritu superior, y su alma elevada parecía vaciada en el molde de los hombres antiguos que describe Plutarco. Dotado de una imaginación ardiente y un talento privilegiado, parecía creado para ocupar el lugar más elevado de la sociedad, así es que cuando se dió el primer grito de la revolución en Chile, él fué el primer adalid que se presentó en la palestra, y el pueblo lo aclamó jefe supremo del Estado, en una edad en que el común de los hombres empieza su carrera sirviendo los destinos más subalternos.

Su inexperiencia, su falta de práctica en los negocios públicos, la turbulencia y desorden que trae consigo una re-



volución, en que las pasiones siempre se desenfrenan, y las exigencias de su hermana doña Javiera, mujer arrogante y de una alma, de un temple demasiado alto para su sexo, contribuyeron mucho a los desasieros de Carreras y sus hermanos; ellos cayeron de la silla del poder, se entronizó el partido opuesto, sucedió, como era consiguiente, la guerra civil, y los españoles supieron aprovecharse de la división intestina reconquistando a Chile. Carreras emigró con sus hermanos a la República Argentina, así como O'Higgins, corifeo del partido opuesto. El gobierno de Buenos Aires y el general San Martín meditaron la reocupación de Chile y tuvieron que optar entre uno de los dos jefes chilenos, mejor habría sido que hubiesen tratado de reconciliarlos, pero se inclinaron por O'Higgins y juraron el exterminio de los Carreras. Empezó la persecución y don Juan José y don Luis murieron en un cadalso: don José Miguel pudo salvar su vida embarcándose para los Estados Unidos, en donde olvidando sus justos resentimientos, empleó el crédito que había adquirido con las personas más respetables de aquel país, en armar una escuadrilla y conducirla en persona al Río de la Plata: la recompensa por un servicio tan distinguido fué renovar la persecución y Carreras volvió a sustraerse del furor encarnizado de sus enemigos refugiándose en Montevideo. Lo dejaremos aquí: más adelante volverá a salir a la escena este hombre extraordinario digno de mejor suerte, y cuyo trágico fin no puedo todavía recordar sin conmovirme.

No recuerdo con que motivo dió el Cabildo un baile al que fué convidado, así como toda mi familia: como iba vestido con mi uniforme todos fijaban en mí la atención: en la reunión había individuos de todos los partidos: los portugueses, patriotas, orientales, patriotas de Buenos Aires y realistas españoles, pero la mayor parte me miraban con prevención: fuí a saludar al general Lecor y me senté cerca de él, quedando el brigadier Viana intermedio entre los dos: Viana resentido todavía por la resistencia que yo había opuesto a su pretensión para que entrase a servir en el ejército portugués, trabó conversación conmigo y me hizo varias preguntas sobre Buenos Aires, su política y las personas más notables de las que estaban en puestos; y por último prorrumpió en denuestos contra el país, su gobierno, y los individuos que lo componían. Ya he dicho que detestaba la administración

de Pueyrredón, pero yo creí de mi deber defenderla entonces, cuando lo veía atacada delante de un general extranjero, pues Lecor no perdía una sola palabra de la conversación entre Viana y yo, lo hice con la mayor moderación y compostura: Viana se exaltó, me dijo que eran más pícaros, que no hacía mucho tiempo que lo habían solicitado para que recuperase su antiguo empleo, pero que él había desechado sus ofertas por no alternar con semejante canalla: yo no pude sufrir su insolente petulancia, y le contesté: "pues si en el día se resolviese usted a ir estoy seguro que lo ahorcarían". Viana entonces se levantó muy incómodo: Lecor disimuló manifestándose distraído en otros objetos, pero él lo había oído todo: a poco rato vino Viana a instarme para que bailase una contradanza, diciéndome que me había elegido una excelente compañera, pero yo rehusé bailar, conocí que se había arrepentido de su imprudencia y que quería enmendarla de aquel modo. Este disgusto con Viana se hizo público en el salón, y todos se fijaban en mi, pero yo tenía para todos. Al día siguiente Viana refirmó el suceso a Alvear y otros patriotas, pero después que éstos me oyeron me dieron la razón y le dijeron a Viana que él me había comprometido a obrar de aquel modo, porque era claro que delante de extranjeros yo estaba obligado a defender el gobierno a que pertenecía, pues por lo demás ellos conocían mis principios y sabían que yo era enemigo de la administración que regía en Buenos Aires. Viana sin duda reconoció su error y vino a visitarme; yo le pagué la visita y seguimos tratándonos con la misma cordialidad que antes de este suceso.

Mi relación con Alvear estrechaba más cada día, y estábamos perfectamente de acuerdo en trabajar para derribar el gobierno de Pueyrredón; como yo tenía que regresar a Buenos Aires, él debió calcular y no se equivocaba, que allí sería yo un buen agente para trabajar en este sentido y así se franqueó conmigo y me propuso introducirme en una sociedad secreta compuesta de patriotas enemigos todos de la administración de Pueyrredón: yo acepté con gusto y fui recibido por Alvear, don Juan Larrea y don Santiago Vázquez, otros cuatro individuos que también pertenecían a la asociación, a saber, don Manuel Alvarez, don Francisco Martínez Nieto, don Juan Zufriategui y don Ventura Vázquez,

no concurrieron, pero después se me dieron a conocer. Yo quedé pues ligado y contraí un compromiso voluntario porque desde que puse el pie en Buenos Aires conocí el sistema despótico y arbitrario con que el país era regido, e idólatra de la libertad, como siempre lo he sido, deseaba ardientemente la caída de un tal gobierno, y me era muy lisonjero cooperar yo mismo a un fin tan laudable. Yo no conocía el país ni los hombres de la revolución, ni los tortuosos senderos de la intriga estaba enteramente ciego, pero me había sacrificado por restaurar la libertad, sin sospechar entonces que los hombres de la revolución no trabajan para establecerla, sino para satisfacer su ambición e intereses privados y por saciar su venganza. Es decir, que mis intensiones eran puras, pero sin saberlo, yo mismo me hice instrumento de las miras anárquicas y depravadas de una facción.

Sólo mi poca edad e inexperiencia pueden servir de disculpa a mi imprudencia; pero mis miras eran nobles, y yo creía que todos los nuevos amigos estaban en el mismo caso.

El plan que nos propusimos, fué el de minar la opinión del gobierno, sacando a luz sus inicuas maniobras, por medio de la prensa periódica y de un modo clandestino, pues en Montevideo bajo el gobierno portugués no se podía escribir con publicidad, así, todos los periódicos que se imprimían se suponían venidos de Norte América y yo era comisionado en Buenos Aires para hacerlos circular arrojándolos en la calle y en las casas durante la noche. Este arbitrio unido a la guerra que hacían al gobierno central las provincias disidentes; el descontento que reinaba en Buenos Aires, y el círculo que allí conservaba Alvear como jefe de partido, nos hacía esperar con algún fundamento que la caída del directorio debía ser una consecuencia de las resistencias que encontrarían en su marcha.

Alvear tenía gran crédito como militar porque en su tiempo se había regularizado el sistema: los regimientos estaban en un pie de disciplina y brillantez hasta entonces desconocido: tuvo el buen tino de entusiasmar a los jóvenes de las familias principales haciéndoles abrazar la carrera. Por lo demás, Alvear no conoce el arte por principios: su imaginación, su memoria, lo mucho que ha leído lo hace aparecer

como muy aventajado, pero en el fondo no es sino un manequí de los hombres grandes.

Alvear tuvo una educación muy descuidada y en una edad muy tierna ya se había emancipado, disponía de dinero porque su padre era un hombre acaudalado y la consecuencia del descuido de éste fué que el hijo se entregase al desfreno de la corrupción de costumbres y de los vicios que depravan el corazón. Entró a servir en España en el cuerpo de carabineros reales, y ascendió hasta la clase de sub-teniente, que equivale a la de teniente en el ejército; a los pocos meses de empezada la guerra de la independencia española, abandonó el servicio y se casó en Cádiz a la edad de diez y nueve años con una linda Andaluza: en 1811 se embarcó para Inglaterra con el teniente coronel don José de San Martín y desde allí pasaron a Buenos Aires, en donde Alvear se encontró poseedor de una regular fortuna, herencia materna; los militares que habían entonces en el país no habrían tenido modelos y Alvear que algo había visto, creyó entonces que entre tales hombres él podía sobresalir, porque en la tierra de los ciegos es rey el que tiene un ojo, y entró a servir en clase de sargento mayor de caballería de un regimiento de nueva creación, granaderos a caballo, cuyo mando se confió al coronel San Martín: éste conocía su arma y fué el primero que regularizó su servicio en Buenos Aires: Alvear a su sombra adquirió prestigio militar: ascendió a Coronel de un cuerpo de infantería: se le nombró general del ejército sitiador de Montevideo y esta plaza, cuya rendición fué debida exclusivamente al triunfo de nuestra escuadrilla sobre la de los españoles, porque después de este suceso, bloqueada la plaza por mar y tierra y desprovista de víveres no tuvo más remedio que entregarse; pero Alvear tomó mucha popularidad y era bastante intrigante para hacerse aclamar, como lo hizo, el héroe de Montevideo. No fué tan feliz en su campaña contra Artigas: regresó a Buenos Aires sin haber podido pacificar la Banda Oriental, y se sentó en la silla del gobierno, derribando de este puesto a su tío don Gervasio Posadas, que fué durante su mando el instrumento de la voluntad y elevación de Alvear. Este levantó un ejército para invadir el Perú y arrojar de él a los españoles; pero la ciudad sacudió el yugo de la opresión de un joven desbordado, que durante su administración escan-

dalizó al país con su inmoralidad y desaciertos: y Alvear a la cabeza de un ejército que lo adoraba, no tuvo coraje para someter a los sublevados: cedió a la intimación del pueblo y no pidiendo más garantía que para su persona, dejando a sus amigos todos entregados a la venganza del partido triunfante se embarcó para el Janeiro, llevando consigo tres mil onzas de oro que extrajo del tesoro público. Tal es en bosquejo la biografía del hombre a cuya suerte acababa yo de unir la mía. Hombre singular, que con una buena educación habría sido extraordinariamente grande, porque la naturaleza lo dotó con sus dones más preciosos: bajo un físico robusto y una fisonomía atractiva encierra una alma llena de ideas elevadas: mucha sagacidad, un lenguaje seductor y gran expedición en los negocios públicos; pero los vicios y las pasiones que desde su juventud no le enseñaron a enfrenar lo han corrompido: es un conjunto de vicios y virtudes y encierra en sí mismo el contraste más singular de lo bueno y de lo malo: es Alvear en la vida privada, es Barbastró cuando tiene un cargo público y ésta difusión es la que más le conviene y la más fácil de comprender para mis paisanos. Lor Chesterfield después de hacer una pintura de los talentos, la habilidad e instrucción, los vicios, inmoralidad y corrupción del célebre Lord Bolingbroke, concluye con la siguiente exclamación: "¿Qué podemos decir de este hombre singular? Nada, sino exclamar, pobre naturaleza humana"; y esta exclamación, en mi concepto es en cierto modo muy aplicable a don Carlos Alvear.

Don Santiago Vázquez es un hombre de gran talento; pero de malísima educación, su padre era un gallego oscuro que tenía un almacén de losa: el hijo se supo abrir un camino al través de la revolución: dotado de una imaginación ardiente, es uno de los hombres más fecundos que he conocido en intrigas y planes revolucionarios: tiene el don de la palabra y escribe con elegancia: con un carácter más blando, sino fuese tan petulante y tan crédulo en todo lo que lisonjea su amor propio, sería el primer hombre de su país, (Montevideo), porque tiene un gran fondo de instrucción y conocimiento administrativos; pero su insultante vanidad ha dado por tierra con la popularidad que es tan necesaria bajo el sistema representativo. Vázquez, fué un intendente del

ejército sitiador de Montevideo y después desempeñó en Buenos Aires algunos cargos públicos.

Don Juan Larrea, catalán de nacimiento, seguía la carrera del comercio cuando empezó la revolución: la abrazó con calor y fué miembro de la primera junta revolucionaria: sus talentos financieros lo elevaron al puesto de Ministro de Hacienda y cayó con Alvear a cuyo círculo pertenecía, desde entonces no ha vuelto a aparecer en la escena política. Este es un hombre dotado de gran fondo de instrucción y también muy aventajado en las intrigas revolucionarias.

Mi licencia para residir en Montevideo estaba limitada a un mes: este término había expirado: pero los encantos de la vida de familia hicieron que la prorrogase un mes más, al fin me fué forzoso separarme de ella y regresar a Buenos Aires: esta separación fué terrible, yo había pensado salir de mi casa sin despedirme, pero aun no había puesto los pies en el umbral de la puerta, cuando mi madre, mis hermanos, mis tiernos sobrinillos, todos me asaltaron a la vez para sofocarme a abrazos y bañarme con sus lágrimas: mi corazón estaba traspasado y me costó mucho trabajo desprenderme de personas tan queridas.

## CAPITULO XXXII

### CAMPAÑA CONTRA PUEYRREDON

Antes de separarme de Montevideo, daré una noticia abreviada de la ciudad y puerto: fué fundada con algunas familias de Buenos Aires por don Bruno Zavala, entonces gobernador del Río de la Plata, en el año 1726. En 1731 Zabala hizo venir catorce familias de Palma, una de las islas Canarias y aumentó así el establecimiento. Desde aquel tiempo ha incrementado considerablemente y continúa elevándose a gran importancia. El puerto de Montevideo, es el mejor y ciertamente el único regular en todo el Río de la Plata, pero el abandono de la policía de la ciudad, cuyas basuras se arrojan a la orilla, ha hecho que con la continuación de esta práctica, el fondo se haya disminuido considerablemente: las

corbetas de guerra de algún porte, tienen que fondear a la entrada del puerto. Los españoles, conociendo la importancia de este lugar, la fortificaron con el mayor esmero. La entrada del puerto no es muy ancha. La Bahía deriva su nombre de un cerro elevado situado en la puerta del oeste, que se ve a la distancia de doce leguas y hasta diez y seis leguas cuando la atmósfera está despejada. Es muy peligroso navegar a la inmediación de la punta del oeste, porque hay muchas rocas ocultas debajo del agua. Del lado del este, la entrada es más segura por la profundidad del agua, pero también es preciso dar resguardo a una restinga de piedras conocida por la punta de San José, nombre de un pequeño fortín allí situado para defender la entrada. La bahía es casi circular y dentro de ella a la inmediación del cerro hay una isleta llamada de Ratas. Las tierras que circunvalan la bahía son algún tanto elevadas, y la protegen de los vientos menos del pampero que sopla con una fuerza extraordinaria. El fondo es cenagoso. La ciudad de Montevideo ocupa todo el promontorio peninsular que forma la punta del cerro de la bahía, está circunvalada de una muralla de piedra sembrada de baluartes artillados: sobre el muelle hay una batería a casas mata según el sistema de Mentalemborg construidas a prueba de bomba: todas estas obras y la ciudadela que es una continuación de ellos y tiene cuatro bastiones astillados, son construídas regularmente con piedra de sillaría. En la cúspide del cerro hay un pequeño fuerte y un farol de vigía para los navegantes. La vista de la ciudad desde el mar es muy agradable, por estar sobre un declive y ser todas las casas de azotea y blanqueadas. Las casas son, como de Buenos Aires, construídas de ladrillo, todavía se conservan algunas pocas de piedras, éstas son las más antiguas. La casa de gobierno, a la que con impropiedad se da el nombre de fuerte, está en el centro del pueblo, es un edificio que ocupa un gran espacio, por la inmensa plazuela que tiene en el centro, pero su construcción es mezquina y mal calculada. Las calles son rectas, y las manzanas cuadrados perfectos de cien varas de lado. Las ratas son muy abundantes y ocasionan grandes perjuicios en las habitaciones: esta plaga no puede atribuirse sino a lo descuidada que ha estado la policía en todo tiempo. La plaza mayor que es un cuadrado perfecto de cien varas de lado, contiene del lado



del cerro la casa del Cabildo, que es un hermoso edificio construido en piedra de sillería sacada de las canteras inmediatas a la ciudad: en el lado opuesto está la iglesia matriz, es un edificio moderno construido en un estilo tolerable, pero que nada tiene de notable, se concluyó en el año 1804. La distancia de Montevideo a Buenos Aires es de cuarenta leguas a lo ancho del Río de la Plata. La población dentro de murallas es de catorce mil habitantes.

Me embarqué en un pequeño buque de cabotaje y el mal tiempo nos obligó a arribar a la Colonia del Sacramento. La Colonia del Sacramento está situada enfrente de Buenos Aires en la orilla izquierda del Río de la Plata a diez leguas de distancia de esta capital, tiene un puerto tolerable que recibe algún abrigo de la isla de San Gabriel; pero a pesar de esto es bastante abierto y expuesto y tiene algunas rocas y peñascos ocultos bajo de agua, por lo que se requiere un buen práctico para entrar en él. Fué fundada por los portugueses en el año 1679 y ha sido ocasión de muchas querellas entre las dos naciones rivales de España y Portugal. Fué sucesivamente arrebatada a sus primeros fundadores, restaurada por Carlos segundo a los portugueses, entregada a España en 1750 y finalmente en 1778, cedida a la España, que la poseyó desde entonces hasta la revolución. Mientras estuvo bajo la dominación portuguesa, floreció considerablemente a favor del tráfico por contrabando que hacía con Buenos Aires, pero en el día es de muy poca importancia. La fortaleza de la isla de San Gabriel que protegía el puerto, era en otro tiempo muy fuerte; pero en el día se viene en ruinas. El pueblo está cercado de una muralla guarnecida de baluartes, aunque en muy mal estado. La población es de mil ochocientos habitantes y la mayor parte de origen portugués, descendientes de los primeros pobladores.

El día que llegué a Buenos Aires salió el general San Martín para Chile a reincorporarse al ejército que mandaba. La victoria de Maipú fué celebrada en Buenos Aires con las mayores demostraciones de regocijo público y el general vencedor recibió los honores del triunfo. Mi primer diligencia fué presentarme al gobierno pidiendo ser destinado al ejército del Tucumán: de este modo no sólo satisfacía los sentimientos de mi corazón, sino que al mismo tiempo, llenaba el compromiso que contraí con el general Belgrano de ir a

servir a sus órdenes. El gobierno accedió a mi solicitud y yo me preparé a marchar a mi nuevo destino. El general Belgrano lleno de bondad hacia mí, me escribió diciéndome la impaciencia con que me esperaba, que me tenía preparada una habitación en su casa, pues quería que estudiásemos juntos los asuntos militares y que al efecto libraba una orden a Buenos Aires para que se me entregase el dinero que yo pidiese para comprar los libros e instrumentos que creyese necesario llevar: yo no hice uso de su generosa oferta (esta carta se ha extraviado: adjunto incluyo las únicas que conservo del general Belgrano).

Cuando regresé a Buenos Aires, tuve el disgusto de saber que durante mi ausencia habían tratado de desacreditarme, volviendo a circular la especie de mi misión por La Serna cerca del Embajador Español en el Río de Janeiro y que yo no regresaría a Buenos Aires: como mi licencia era por un mes y este plazo había expirado sin que yo regresase, muchos creían esta especie que sin duda fué fraguada por algunos círculos, tal vez individuos del cuerpo que sentían mi presencia en el país, pues aun cuando no se conocía prácticamente mi capacidad profesional, se me reputaba un buen artillero por haber estudiado, y practicado esta arma en Europa: yo no tenía entonces la calma filosófica que después he adquirido con la edad y el conocimiento del mundo y el tiro que se dirigió contra mí hizo en mi ánimo una profunda y desafortunada impresión: así es que ansiaba el momento de verme en el ejército y que éste entrase en operaciones, para hallarme en actitud de dar pruebas inequívocas de mi adhesión a la causa que había abrazado. Pero yo tenía un enemigo muy poderoso en el coronel Pinto, era presidente de la logia y en su calidad de jefe de artillería, no podía ver con indiferencia el que yo buscase ocasiones de acreditarme sirviendo en un ejército de operaciones, porque presentía que podía elevarme y oscurecerlo. Así, él fué el que me dirigió el tiro principal impidiendo mi incorporación al ejército del Tucumán.

Tenía yo mi pasaporte para marchar y estaba tan solo detenido con el objeto de cobrar dos pagas anticipadas.

En este estado el coronel Pinto me mandó llamar para decirme que había reflexionado que yo no debía ir al ejército porque el compromiso que había contraído con mi se-

paración de las filas españolas era de una naturaleza tan grave que si llegaba a caer en manos de los enemigos me despedazarían: le contesté como debía, que no existía un solo americano de los que habían abrazado la causa de la independencia, que no estuviese en el mismo caso; que los españoles considerándolos como rebeldes no le darían cuartel, que yo había venido al país, para sacrificarme si fuera necesario, por el sistema que había jurado, que los riesgos personales no podrían arredrarme; y por último concluí asegurándole que yo no retrogradaría de mi propósito, no sólo porque mi incorporación al ejército era el deseo más vehementemente de mi corazón, sino porque había empeñado mi palabra con el general Belgrano; y que si no iba, éste creería que yo había trabajado y empeñádome para quedarme en la capital. No pudiendo Pinto contrarrestar la fuerza de mis razones, me dijo que necesitaba tener a su lado un jefe de conocimientos en el arma para que instruyese al regimiento y que así iba a solicitar al gobierno suspender mi salida para el ejército. Yo le manifesté el sentimiento que me causaba una resolución semejante, pero que si el gobierno accedía a su petición no tendría más remedio que resignarme, pero que esperaba se instruyese al general Belgrano de todo lo ocurrido, para salvarme así del juicio siniestro que pudiese formar contra mí.

No me fué difícil comprender el manejo insidioso del coronel Pinto y prever de antemano que un rival tan poderoso concluiría por perderme, pues yo era en mi país como un forastero totalmente aislado y sin relaciones radicales y mi celoso antagonista era el jefe de una sociedad secreta cuyas deliberaciones imponían al mismo gobierno; pero que remedio, yo no podía oponer ni aun la más débil resistencia. El resultado fué que el coronel Pinto se presentó al gobierno encareciendo mis conocimientos profesionales, encomiando mis actitudes y la necesidad que tenía de un jefe como yo para dirigir la instrucción teórico-práctica del regimiento y concluía pidiendo que no tuviese lugar mi destino en el ejército del Perú: el gobierno decretó **como lo pide** y se me retiró el pasaporte.

Yo escribí al general Belgrano refiriéndole cuanto había pasado, y él me contestó con una carta muy satisfactoria que no me dejaba duda, de que me conservaba en su

amistad y buen concepto, y sobre toda de que estaba al cabo de cuanto había ocurrido a mi respecto en este asunto. Pasados algunos días, el coronel Pinto me llamó a su alojamiento, y me hizo entender que trataba de confiarme la instrucción del regimiento con el carácter de **Jefe de Escuela**, que los oficiales estaban muy atrasados y que era necesario establecer una academia, que al efecto me comisionaba para que redactase un plan de instrucción que comprendiese los conocimientos más precisos de un oficial de artillería, y que concluido este trabajo se lo presentase. Desde aquel momento me contraje a la redacción de un pequeño manual o recopilación de los mejores autores de artillería, y con concepto a que mis alumnos no tenían conocimiento matemáticos, en esta obra empleé dos meses, y luego que la vi concluida la presente al coronel Pinto, según me había ordenado: al recibirla me dijo que la revisaría: Pinto debía revisarla, y sus conocimientos como artillero, son sin duda inferiores a los de un sargento practicón! pero que remedio, yo tenía que ceder a la imperiosa ley de las circunstancias. Yo no obtuve contestación del coronel: él se quedó con mi manual, y yo con una copia que conservo, no se volvió a tratar más de la instrucción del regimiento: era otro el destino que me preparaban. Por lo pronto, Pinto consiguió separarme de un teatro en el que pudiese yo poner en manifiesto mis cortos conocimientos: él pues había llenado su objeto.

Entre tanto, no cesaba de trabajar contra el gobierno despótico de Pueyrredón: en Montevideo se imprimían contra él, sus ministros y las personas más influyentes de la administración, que todos pertenecían a la gran logia, las más fuertes diatribas: los principales colaboradores eran don Nicolás Herrera, Carreras, los chilenos emigrados Gandarillas, Vidal y don Diego Benavente, Alvear y sus amigos: como el establecimiento de la imprenta era clandestino, estos sujetos no sólo redactaban sino que tenían el trabajo material de la impresión, para de este modo conservar el secreto de la existencia de la imprenta en Montevideo: el general portugués no lo ignoraba, y aun gustaba de la guerra tipográfica que se hacía al gobierno de Buenos Aires, pero éste no podía hacer una reclamación fundada: la impresión se suponía hecha en Norte América. Entonces vieron la luz pública, las intrigas más secretas, las depredaciones, los actos arbitrarios, en

una palabra, las maldades de aquella administración detestable de ominoso recuerdo. Ella impuso grandes penas a las personas en cuyo poder se encontrase un solo folleto de los que se publicaban en Montevideo; pero a pesar de ésto no pudo impedir su circulación en la capital. Yo estaba comisionado para recibirlos y esparcirlos: me mandaban sacos de cal que pasaban por la aduana, yo los hacía extraer, y dentro de estos sacos, encontraba papeles incendiarios, que con dos amigos más que también pertenecían a la sociedad secreta de Montevideo, distribuíamos de noche por las casas, tirándolos a los zaguanes, patios, ventanas, azoteas, o dejándolos tirados en las calles principales. La correspondencia se escribía con sumo de limón: se nos mandaban resmas de papel que también pasaban por la Aduana: teníamos conocimiento anticipado del número de la resma, del cuadernillo, del pliego o pliegos de éste que estaban escritos con limón; así con la mayor facilidad encontrábamos lo escrito y pasábamos el pliego por el fuego de un gran brasero: las cartas dirigidas a los sujetos enemigos del gobierno las lacrábamos y hacíamos que llegasen a manos de sus títulos.

En vano la policía agotaba sus recursos y empleaba la más activa vigilancia: ni pudo evitar la introducción de papeles, ni sorprendernos en nuestras maniobras. La política tortuosa y diabólicamente maquiavélica del Directorio y la gran logia, se puso en transparencia: empezó a desaparecer el prestigio del gobierno hasta en las masas, y no hay duda, que esta guerra de papeles sostenida con tanta constancia, como habilidad, preparó la caída de la administración de Pueyrredón y sus coadjutores. Pero más tarde se verá como fuí víctima de mi celo, —lo que me ha sucedido siempre.

La guerra que bajo la bandera de Artigas hacían las provincias disidentes de Santa Fe y Entre Ríos, distraían la atención del gobierno y lo tenían en el mayor conflicto: sus mejores jefes y oficiales, estaban en el ejército del Perú y en el de Chile, y a pesar de que mantenía sobre Santa Fe un ejército de tres mil hombres, la incapacidad militar de cuantos sucesivamente lo mandaron, no pudo impedir que un puñado de gauchos (montoneros) los venciesen en cuantos encuentros tuvieron lugar, y adquirieron una preponderancia, que más tarde debía ser fatal para Buenos Aires. En circunstancia que el general Viamonte debía relevar del mando de

aquel ejército, al general don Juan Ramón Balcarce, fui nombrado comandante general de artillería, y recibí la orden de incorporarme a mi nuevo destino, acompañando al general Viamonte con un destacamento de doscientos infantes y cuatro piezas de campaña todo a mis órdenes. Entonces algunos amigos que pertenecían a la oposición, me hicieron entender que se presentaba una oportunidad para hacer una revolución durante la marcha, prender al general y unir a aquella fuerza gauchos de la campaña para venir sobre la capital: a mi nada me arredraba, era un entusiasta sin reflexión, y me presté a la ejecución de un plan tan desatinado; pero felizmente no faltaron almas caritativas que me disuadiesen de una empresa cuyo resultado debía ser mi ruina, y entonces renuncié al destino pretextando enfermedad: yo no podía admitirlo sino bajo el pie de contribuir a obrar un trastorno, porque interesado como estaba en la caída del gobierno, es claro que no había de ir gustoso a pelear contra sus enemigos. Mi excusa fué admitida y no me moví de Buenos Aires.

Yo pisaba el borde del precipicio, y no lo sabía: el gobierno tenía conocimiento de mi manejo revolucionario y de mis relaciones con los emigrados en Montevideo; pero lisonjeándose de pillarme *in-fraganti*, difería para este momento el de mi arresto. Así, sin saberlo, estaba rodeado de un enjambre de espías, individuos todos de la pequeña logia, muchos de ellos con el falso disfraz de mis amigos; pero aunque joven tenía bastante circunspección para no confiar a nadie mis secretos y para manejarme tan disimuladamente que les fué imposible sorprenderme. El gobierno quería, como después supe, hacerse de pruebas y fusilarme, quería en una palabra adquirir el cuerpo del delito: entonces mi vida habría sido de poca duración: yo corrí un gran riesgo, me salvé porque aprendí a guardar un secreto desde la iniciación en la Logia del Perú, y éste es un bien que se adquiere en las sociedades secretas: lo he sabido conservar, y es inmenso para los que han de seguir la carrera revolucionaria.

Para poder trabajar con libertad había dejado la casa de mi tía, porque Núñez, su marido, era un acérrimo partidario de Pueyrredón e individuo de la gran Logia. Unido con un pariente, don José María Castellanos, que era soltero como yo alquilamos una casa independiente, y él me ayudaba en mis maniobras, era también hombre que sabía guardar un



secreto. Ambos comíamos todos los días en casa de Núñez, bien que yo observaba desde algún tiempo que éste me trataba con alguna frialdad; y éste era un barómetro seguro para que yo viviese alerta, porque la reserva de Núñez no podía tener otra causa que el conocimiento de mi oposición al gobierno, y tal vez de mis maniobras. Núñez desde mi llegada a Buenos Aires me había manifestado una predilección singular, que el trato diario había acrecentado: esta amistad se transformó en odio recíproco, yo lo sentía únicamente por mi tía a la que siempre he profesado un cariño particular por sus virtudes, pero no me quedaba el menor escrúpulo de haber faltado a los deberes de la hospitalidad, porque jamás he hecho por la amistad el sacrificio de mis principios políticos, ni puede haber consideración humana que influya en mí para desviarme de lo que considero justo: la administración de Pueyrredón era una verdadera tiranía, y yo no he podido ni podré nunca capitular con los tiranos; Núñez tendrá sus razones para serle'adicto: ya he dicho las mías para detestarlo: eran más nobles, porque mi único estímulo era la libertad de mi país.

### CAPITULO XXXIII

#### LA LOGIA DE LOS ESPAÑOLES

Fué precisamente en esta época, que Núñez me dijo un día: "Tomás, es preciso que te veas con don Julián Alvarez, porque tiene encargo del director para hablar contigo". Me causó ésto una gran alarma, porque Alvarez sabía yo, que era el venerable de la pequeña logia, y a más redactor de la gaceta, único periódico que entonces se redactaba en Buenos Aires, papel que no se ocupaba sinó de ensalzar la administración y vilipendiar a sus enemigos: Alvarez era un hombre falso y servil, desempeñaba el cargo de oficial mayor del ministerio de gobierno: y en aquel momento que Núñez acababa de hablar yo sospeché alguna delación, alguna descubierta: Núñez lo notó y me dijo: "es para tratar sobre la logia del Perú a que has pertenecido: no tengas cuidado y



háblale con franqueza, porque Alvarez es también masón". Esto me tranquilizó algún tanto. A la hora de la cita entré en casa de Alvarez. Después de los primeros saludos me hizo entender el objeto de aquella entrevista: me dijo que un corsario argentino había apresado un buque español que iba de Lima a Cádiz, y que entre los papeles del buque capturado se había encontrado un cuerpo de autos de gran volumen, que era la causa formada por la inquisición y el virrey a la logia del Perú a que yo había pertenecido, y que el director lo había comisionado para que conferenciase conmigo, a fin de que yo, mediante el conocimiento que tenía de los individuos de la logia, sus relaciones y demás circunstancias, indicase el partido que podía sacarse de la posesión de aquellos autos, cuya existencia debían ignorar los de la logia del Perú; que al efecto tenía orden del director para entregarme el proceso, a fin de que me impusiese bien, y me tomase todo el tiempo que creyese necesario para meditar sobre lo que se podía hacer para reportar una ventaja en favor del país por aquel hallazgo, y diciendo y haciendo, puso en mis manos el abultado proceso. Empecé a ojearlo con la mayor avidez, y en la primer página me encontré con la esquila original que yo había escrito a La Rosa desde Jujuy, y que como anteriormente he dicho, fué encontrada después de su muerte entre sus papeles y entregada al vicario general La Torre; mas, con una copia de la lista de los individuos de la logia, cuyo original había sido quemado en presencia de La Serna por él mismo, como un requisito indispensable para obtener su pasaporte para Lima: era pues muy claro, que el vicario había sacado una copia, previendo la destrucción del original: esta copia estaba autorizada por el cura de Potosí y por otros eclesiásticos. Estos dos documentos formaban lo que se llama la **cabeza del proceso**. Alvarez me repitió que después de encaminado con cuidado, esperaba mi opinión: en el acto le contesté que no necesitaba tomarme tiempo porque aquel asunto era muy sencillo, y me expliqué en estos términos: le hice ver que el arbitrio más oportuno era el de comunicar a los miembros de la logia del Perú el gran riesgo que corrían; que al efecto creía conveniente hacer venir de San Juan, donde se hallaba prisionero de guerra, el teniente coronel La Torre, orador y miembro el más influyente de la logia: que este sujeto me había escrito después de la victoria

de Maipú, en donde fué hecho prisionero, instándome para que recabase del gobierno le permitiese bajar a la capital con el objeto de trabajar en utilidad común de españoles y americanos; me decía que yo conocía sus principios e influjo, y que por lo tanto debía creer que un gran bien iba a resultar si él conseguía abocarse con el gobierno de Buenos Aires. En suma, le dije a Alvarez que cuando La Torre viese la causa original, y no dudase por el espíritu del informe del virrey a la corte del exterminio que se juraba a sus amigos, convendría mandarlo al ejército español llevando consigo los autos para que lo viesen todos los interesados y tuviesen la evidencia de un peligro positivo y de que no era una tramoya del gobierno de Buenos Aires: que La Torre podía ser conductor de alguna proposición ostensible del gobierno de Buenos Aires al general en jefe español o al virrey Pezuela, que sirviese a encubrir el verdadero y único objeto de su viaje; y que aún cuando no se consiguiese por este medio que los jefes españoles comprometidos, para librarse de una persecución, hiciesen un movimiento que refluyese en beneficio de la causa de la independencia; aún cuando La Torre no regresase, nada se habría perdido sinó un jefe prisionero; pero que yo estaba persuadido, por el conocimiento que tenía de los miembros de la logia, todos o la mayor parte jefes principales y populares en el ejército, y de sus opiniones políticas, que el efecto que produciría la presencia de La Torre y del protocolo que llevaría, iba a ser fecundo en grandes y felices resultados para la causa del país. Alvarez me oyó con la mayor atención, y después de haber hablado largo tiempo sobre este asunto, nos despedimos manifestándose muy contento con el arbitrio que yo había propuesto; me dijo que lo elevaría al conocimiento del director al día siguiente; y quedó en avisarme la resolución de éste.

Llevé conmigo el proceso para imponerme detenidamente.

El vicario La Torre había hecho la denuncia al virrey Pezuela y al Tribunal del Santo oficio, y estas dos autoridades se disputaron la substanciación de la causa: la inquisición triunfó en esta competencia y concluido el proceso lo pasó al virrey, éste lo remitía a la corte con un largo informe, en el que lo que más resaltaba era el espíritu de animosidad contra La Serna y sus amigos, todos pertenecientes a la logia: Pezuela se esforzaba en demostrar la necesidad de ex-

terminar a todos los miembros de la sociedad, pero observaba que siendo éstos los jefes más influyentes del ejército, la operación era peligrosa, y que por lo tanto el medio más oportuno y seguro era el de separarlos uno a uno del cuartel general para imponerles el castigo merecido como enemigos del trono y del altar. A La Serna lo acriminaba como protector encubierto de la logia; decía que era un hombre sin religión, que asistía a la iglesia por mera formalidad, y que cuando elevaban la hostia consagrada sólo hincaba una rodilla, con otras muchas ineptias de este jaez.

Cuando concluí la lectura del proceso fuí a entregárselo a don Julián Alvarez, y éste, me dijo que habiendo hecho presente al director el arbitrio que yo proponía, lo había aprobado y encarecido mi feliz ocurrencia; y que cuando se tratase de hacer venir a La Torre de San Juan se me avisaría para que yo le escribiese. Esta resolución me llenó de gozo, por la esperanza bien fundada del feliz resultado que debía tener la misión de La Torre al ejército realista, pues tenía antecedentes para persuadirme que los miembros de la logia: conociendo el peligro que corrían y las miras siniestras del virrey, tratarían de salvarse obrando un trastorno en el ejército, o cuando menos, se pondrían en abierta hostilidad con aquel mandatario y en cualquiera de estos dos casos, el gobierno de Buenos Aires podría sacar un gran partido en favor de la causa americana.

Pero el tiempo volaba, y un asunto tan importante parecía consignado al olvido: impaciente yo de ver que se malograba una coyuntura tan feliz para hacer un gran servicio al país, me apersoné con el director y le manifesté la necesidad de dar los primeros pasos haciendo venir a La Torre de San Juan. Pueyrredón estaba de acuerdo en cuanto a la probabilidad de un buen éxito y aplaudió mi celo y la excelencia del plan que había propuesto; pero al mismo tiempo me hizo entender, que el gobierno, por entonces, no podía contraerse a desenvolverlo porque tenía toda su atención contráida a parar los golpes de la guerra civil que devoraba el país y no podía distraerla a otro objeto por importante que fuese: me dijo que los montoneros estrechaban cada vez más la esfera de actividad del gobierno, y que la comunicación con las provincias del interior si no estaba enteramente obstruída era insegura; que así, era forzoso diferir la ejecución

del proyecto para cuando se viese más desembarazado. Así un negociado de tanta trascendencia, de resultados inmensos para la causa de la independencia, quedó sin efecto. El gobierno, es verdad, se veía distraído por la guerra civil en aquella época, pero, si el jefe de estado hubiera tenido más elevación no habría desatendido una transacción de tanta gravedad, porque es claro, que la ejecución de mi proyecto le habría proporcionado el instrumento más poderoso para concluir con la anarquía; pero Pueyrredón como todos sus secuaces no pensaban más que en salvarse de la borrasca que los amenazaba, y poner en puerto seguro sus personas y los caudales que habían dilapidado del tesoro público.

Merece referirse el modo como este célebre proceso vino a las manos del gobierno de Buenos Aires. Ya he dicho que se encontró en un buque apresado por un corsario argentino, aquella embarcación conducía a España bajo partida de registro al fraile Polanco, este religioso había mandado una partida de independientes en el Perú, con la que hizo una guerra de exterminio a los realistas y perpetrado las mayores crueldades con los infelices prisioneros que tenían la desgracia de caer en sus manos: les hacía sufrir los más crueles tormentos, los mutilaba, y en una ocasión tuvo la inaudita inhumanidad de hacer castrar a dieciséis de aquellos desdichados. Este fraile furibundo fué hecho prisionero y conducido a Lima, allí estuvo preso largo tiempo, y por último el virrey Pezuela lo remitió a España bajo partida de registro: el buque que lo conducía estaba armado en guerra y sostuvo un largo y sangriento combate con el corsario argentino que le salió al encuentro: el corsario estaba a punto de arriar su pabellón, cuando el padre Polanco acompañado de un hijo suyo prendió fuego a la pólvora, y el estrago fué de tanta consideración que el capitán español se vió precisado a rendirse. El padre Polanco registrando la correspondencia, creyó que la causa en cuestión por su volumen sería lo más interesante de todos los papeles, se apoderó de ella y la entregó al gobierno a su llegada a Buenos Aires. Esta relación la tengo del mismo Polanco.

**CAPITULO XXXIV**

**SARRATEA Y CHICLANA**

Desde que entré en la liga de los emigrados de Montevideo para trabajar contra la administración de Pueyrredón, se me dieron instrucciones para que me pusiese en contacto con don Manuel Sarratea, luego que regresase a Buenos Aires. Sarratea era también de los descontentos y yo no tenía entonces motivos para dudar de su lealtad, pero como nuestros trabajos eran sólo preparatorios, no creí prudente por entonces aumentar el círculo de mis relaciones revolucionarias por no comprometer mi seguridad personal, ya por falta de circunspección o bien exponiéndome a una delación que habría tenido para mí las más funestas consecuencias: de modo que aunque Sarratea estaba avisado y esperaba por lo tanto que yo me insinuase, me retraje de hacerlo, al fin me ví impelido a dar este paso, porque se le intimó por el gobierno la orden de salir desterrado a la provincia de Cuyo, y como mi tío Somalo fué también comprendido con otros ciudadanos en esta deportación arbitraria, tuve ocasión para apersonarme con Sarratea en la chacra de los Santos Lugares, con el pretexto de visitar a aquél, pues ambos estaban juntos en dicho punto. Después de haber tratado largamente con Sarratea sobre los medios que debían emplearse para continuar minando la opinión del gobierno, me insinuó que convendría me relacionase con el coronel Chiclana: éste individuo acababa de llegar de su destierro de Norte América, y aunque yo no lo conocía personalmente, tenía informes poco favorables a su respeto, pues me lo habían pintado como un hombre pérfido y de mala fe: me resistí por esta razón a acceder a la proposición de Sarratea, pero éste me manifestó, que aunque activamente no tenía el alma bien puesta, debía yo estar seguro de que no me vendería, por ser un enemigo declarado del gobierno, y que él mismo (Sarratea) se había franqueado con él largamente sin que hubiese abusado de esta confianza. Convine pues, en ponerme en relación con Chiclana, pero que lo diferiría hasta que se presentase una ocasión urgente, y al efecto el canónigo Zuloaga, amigo de

Sarratea y mío, que debía ser el introductor, quedó advertido. Sarratea salió a los pocos días para su destierro.

La deportación de tantos individuos notables, era para mí una prevención que debía prepararme a correr igual suerte, pero como he dicho, el gobierno quería sorprenderme "infraganti" para saciar conmigo su venganza, quería una víctima y me había escogido entre sus enemigos. Me fué fácil comprender que para salvarme tenía que manejarme con la mayor circunspección y cautela. Doña Melchora Sarratea, que estaba en los secretos del hermano, me mandó llamar un día, con el canónigo Zuloaga, que dijo que era llegado el momento en que convenía me entendiese con Chiclana: que en el cuarto batallón de pardos cívicos reinaba el mayor descontento, y que fomentándolo con habilidad era éste un buen apoyo para hacer una explosión contra el gobierno. Zuloaga condujo a Chiclana a mi casa durante la noche: hablamos largamente y quedamos de acuerdo en que era preciso derramar algún dinero entre los individuos del cuerpo indicado; que preparados así se esperaría el día en que yo estuviese de **jefe de día** para empezar el movimiento a la hora de la lista cuando estuviesen formados.

Doña Melchora facilitó treinta onzas de oro que se entregaron a Chiclana. Este tuvo después varias entrevistas conmigo a puerta cerrada: el viejo se presentaba manifestando gran recelo de ser descubierto, me decía que hasta las paredes oían, que era preciso tener gran cautela y una vez tapó el agujero de la cerradura, poniendo una toalla sobre la llave: entretanto el traidor me vendía instruyendo al gobierno de nuestras conferencias nocturnas y de mis planes revolucionarios; pero el malvado para inspirarme confianza, brotaba sangre y exterminio, por su infame boca, y se presentaba como el hombre más exaltado contra la administración y él mismo redactaba los pasquines incendiarios. Un día me citó a tener una entrevista en su casa, pretextando enfermedad y que no podía venir a la mía: cuando entré en su alojamiento estaba en la cama envuelto en una asquerosa frazada: me dijo que tenía que comunicarme un asunto de la mayor gravedad, pero entretanto la mujer y las hijas rodeaban su cama, y yo no estaba en ánimo de entrar en materia delante de testigos; así es que después de haber hablado de cosas indiferentes tomé mi sombrero y me

despedí: "paisano", me dijo, "no se vaya, tenemos mucho que hablar, no se retraiga usted de hacerlo por las señoras, saben guardar un secreto". Yo no podía comprender como un hombre tan cauteloso como Chiclana, se exponía así a querer hacerme revelaciones y hablar de una revolución delante de testigos, que aún cuando le fuesen fieles, como debía creerse de personas tan allegadas, podían ser ligeras e imprudentes; pero volví a sentarme con ánimo resuelto de no desplegar los labios hasta que nos dejasen solos; ellas no se movieron, y me despedí definitivamente a pesar de las reiteradas instancias de Chiclana.

Después he sabido a la evidencia, que Chiclana quería perderme, y que quiso hacer de su mujer e hijos, los instrumentos de su perfidia, para que declarasen como testigos en la causa que debía formárseme a consecuencia de su declaración: es probable también que en alguna pieza vecina estuviesen ocultos algunos agentes del poder; esto no puedo asegurarlo, pero era un medio de que se hizo uso con frecuencia en aquella época de odioso recuerdo. ¡Qué hombre el tal Chiclana! ¡Qué ser tan abyecto y degradado! ¡Y fué miembro de la primera junta revolucionaria, y después del poder ejecutivo en el año doce! Esto me hace recordar lo que mi hermano Juan me escribió desde Madrid antes de embarcarme yo en Cádiz: "Tomás te pierdes, sé lo que vas a hacer en cuanto llegues a América: **yo soy tan patriota como lo he sido siempre: la causa de América es justa, pero los hombres que dirigen la revolución son depravados, te horrorizarías si los conocieses**". Yo, sin embargo, seguí el impulso de mi sentimiento interior, tomé partido con los independientes: no me he arrepentido ni me arrepentiré jamás: mi hermano Juan tenía razón, pero yo debía hacer lo que hice, de esto estoy satisfecho.

Llegó el día del emplazamiento, yo estaba de servicio: el batallón formado cargó con bala y se oyeron voces sediciosas: monté a caballo y me presenté delante de las tropas, pero el jefe del estado mayor me había prevenido y pudo apaciguarlos: se había malogrado aquella ocasión; y esto me salvó, el movimiento era aislado y yo me sacrificaba como un joven sin reflexión. Por la noche la guarnición estuvo sobre las armas, y yo visité los cuarteles de orden del director, pero me acompañaba un jefe, que sin duda tenía orden



de prenderme al primer amago. Yo estaba tan resuelto que si hubiese encontrado la menor disposición favorable habría dado el grito: un fin trágico habría sido el resultado. Después de este primer ensayo, el gobierno tomó sus medidas de precaución: de modo que quedé limitado a la guerra de zapa y mina: pasquinadas y periódicos de Montevideo. Estuve a pique de precipitarme: no tenía reflexión, era fogoso e idólatra de la libertad, mi país gemía bajo el yugo pesado del despotismo: nunca he sido cándido, pero no me he educado en la escuela de la perfidia, y por otro lado no sabía, no conocía la tierra que pisaba. He aquí lo único que puede servir de disculpa a mi ciega e incauta persuasión, de que yo podía ser el instrumento de un gran bien, a pesar de mis débiles medios. Mis entrevistas con Chiclana fueron menos frecuentes; no porque yo hubiese concebido contra él la más leve desconfianza, sino porque su imprudencia en exigirme que hablase delante de su familia me hizo creer que era un hombre sin circunspección, y que este defecto podía comprometer mi seguridad personal.

## CAPITULO XXXV

### FRACASO DE LA CONSPIRACION

Mi madre me había ofrecido hacerme una visita: había veintiún años que faltaba de su país natal, donde tenía hermanos, sus parientes y antiguas amistades. Ella llegó acompañada de Margarita y Félix en los primeros días de diciembre de 1818: qué mala época escogía para este viaje, debía la pobre señora sufrir el terrible golpe de mi prisión.

La vida del campo ha sido siempre una necesidad para mí, y cuando se tiene cerca un objeto querido, el universo desaparece y la imaginación no se ocupa sino del bien que se disfruta. Esta temporada fué deliciosa, nunca me olvidaré de ella, todo me halagaba y mi existencia era como un prestigio no interrumpido de las más exquisitas sensaciones.

Yo tenía entonces la edad de las ilusiones, no había cumplido veinticinco años.

Yo conocía que se aproximaba la época de mis trabajos, muchos de mis amigos habían sido desterrados y otros habían abandonado el país, previniendo una persecución: de modo que yo estaba acéfalo, y el sistema de oposición y guerra subterránea se resentía de la ausencia de muchos colaboradores; pero no por ésto dejaba yo de trabajar contra el gobierno: como las medidas de precaución que este había tomado para evitar la comunicación con Montevideo la hacían cada vez más difícil, Alvear me escribió que en lo sucesivo sería el conductor de nuestra correspondencia el médico don Fernando Cordero, pero un nuevo conductor que no tendría conocimiento el más mínimo de nuestros planes; que Cordero no podía inspirar sospechas en atención a que iba a entablar un negocio y tendría que hacer continuos viajes: me decía que todavía no estaba decidido, que tenía primero que sondear al médico y a la llegada de éste a Buenos Aires procurase verlo; que si él escribía sobre un papel la letra C. sería esta seña una prueba de que estaba ya de acuerdo y que por consiguiente podría entregarle mis cartas con tanta seguridad. Así es que luego que supe la llegada de Cordero a Buenos Aires, lo mandé llamar con pretexto de enfermedad, yo estaba en realidad algo indispuesto. Diré de paso que era tan poco favorable la opinión que tenía de este hombre grosero y sin educación, que me causaba una gran repugnancia confiarle mis cartas aunque cerradas, pero tuve que ceder porque todas las vías estaban obstruidas y porque confiaba en la sagacidad y buen tino de los que lo habían elegido en Montevideo.

Cordero se presentó en mi casa, me hizo algunas preguntas relativas a mi indisposición, me tomó el pulso y pidió papel para recetar, sobre este escribió la letra C, y entonces ya entramos en materia sobre la correspondencia que tenía que traer y llevar pero nunca le hice la más pequeña confianza sobre mis proyectos. En este tiempo todavía me comunicaba con Chiclana, aunque con poca frecuencia: yo estaba rendido, Chiclana salía de casa y se dirigía a la del ministro Tagle a referirle cuanto habíamos hablado: Chiclana supo que Cordero era nuestro correo, supo la seña de la letra C, y supo también que a mayor abundamiento en caso

de urgencia, podía valerme del comandante Barroso de una galera de guerra portuguesa, para dirigir mis cartas a Montevideo.

El gobierno con estos datos resolvió no diferir más mi prisión, pero antes y para garantizar de toda sospecha al vil delator, lo hizo salir de la capital como confinado a una de las guardias de la provincia.

Yo asistía a una tertulia de juego en casa de una señora peruana emigrada, y como entonces era soltero y vivía en una casa independiente, en muchas ocasiones me retiraba al amanecer. El veinte de febrero era ya de día cuando entré en mi casa y me acosté a dormir rendido de la velada de la noche anterior: serían las once cuando mi hermano Félix, que vivía conmigo y tendría entonces trece años, vino a despertarme para anunciarme que un hombre deseaba hablarme: lo hice entrar en mi aposento, era el capitán don José María Echandía, sujeto a quien únicamente conocía de vista: "señor Iriarte, me dijo, aunque no tengo el honor de conocerle, interesado por su suerte, vengo a decirle que he sabido por un buen conducto, que dentro de media hora, han de venir a prenderlo de orden del gobierno y he querido anticiparme a darle a usted este aviso para que se ponga en salvo." Le contesté después de darle las gracias por su generosa acción, que en la posición en que me encontraba, yo no tenía más remedio que cerrar los ojos y entregarme al destino, que estaba resuelto a no fugar y dejarme prender. La razón, que tenía para tomar esta resolución, era la certidumbre que me acompañaba de que las miras del gobierno se dirigían a cerrarme las puertas del país: si yo fugaba iban a esparcir la especie calumniosa de que yo era agente de los españoles y esto bastaba para imprimir sobre mi una nota que tal vez el tiempo no sería bastante a borrar: yo prefería la muerte y quise correr el riesgo antes que evadirme: así, agradeciendo a Echandía la práctica expresión que acababa de darme de sus sentimientos a mi respecto, nos despedimos y volví a quedarme dormido, porque en aquella edad el sueño puede más que la imaginación. Mi hermanito volvió poco después a despertarme anunciándome dos oficiales: éstos eran los corchetes que venían a prenderme, me vestí y salí a la sala a recibirlos.

El sargento mayor don Victoriano Aguilar me dijo que venía de orden del Director a apoderarse de mis papeles y a acompañarme al fuerte para presentarme al gobierno: bien, le contesté, "aquí tiene usted mis llaves, haga usted uso de ellas". Estaba yo bien preparado para este lance y sabía que ningún papel podría encontrar que pudiese perjudicarme. Como el oficial que acompañaba a Aguilar, que era el capitán de artillería don M. Peralta, (que después ha muerto en un calabozo) viniese sin uniforme, me dirigí a él con tono bastante imperativo, para preguntarle el objeto que lo traía a mi casa: Peralta me contestó que creía que yo no me desdeñaría de darle entrada en mi casa: yo estaba exasperado y le dije que no habiéndosela ofrecido extrañaba verlo en ella, y que a él no le incumbía recabar de mí, si me desdeñaría o no en recibirlo en mis habitaciones, pero le repetí que extrañaba verlo allí. El sargento mayor Aguilar me dijo que aquel oficial lo acompañaba de orden del gobierno; y con este motivo le observé la impropiedad de venir sin uniforme para un acto del servicio, cerca de un jefe del cuerpo, como lo era yo y Aguilar le previno que fuese a ponerse el uniforme y volviese. El sargento mayor entretanto hizo la requisa de todos mis papeles y reuniéndolos todos sin exclusión de mi correspondencia confidencial, nos dirigimos a la casa de gobierno con el capitán Peralta, que ya había vuelto. Estos dos individuos pertenecían a la pequeña logia. Fuí introducido en el gabinete del Director Pueyrredón y tuvo lugar una escena bien singular. Yo estaba exasperado al más alto grado y nada me arredraba, el temple de mi alma era muy fuerte: tenía todo el tono y fogosidad de mis pocos años y de mis hábitos militares.

El Director estaba solo en su despacho y en cuanto entré, con tono severo e imponente me dijo. "¿De qué modo se le ha acogido a usted en el país?" "No encuentro nada de extraordinario en la acogida que se me ha hecho para que vuestra excelencia me la eche en cara, no soy un extranjero, soy hijo de este país y he venido a ofrecerle mis servicios". "¿Y esas insignias que usted lleva quién se las ha dado?" "Estas insignias," le contesté, "o las equivalentes las he ganado durante el tiempo que he servido en España y las he ganado en campaña durante seis años consecutivos: el go-

bierno de vuestra excelencia ofreció dos grados a los jefes y oficiales españoles, que abandonasen las banderas del rey, para incorporarse a la causa de América; yo no he venido en razón de estos ofrecimientos y si hago mención de ellos, es tan solo para observar a vuestra excelencia que teniente coronel era en España y que teniente coronel soy en mi país; nada se me ha dado que yo ya no poseyese". "Conozco el manejo de usted y el más mínimo de sus pasos, sus relaciones con el embajador español, sus intrigas con el general Lecor, su correspondencia con los emigrados de Montevideo, sus maniobras con el comandante portugués Barroso y hasta el enigma de la letra C". "Vuestra excelencia está mal informado, su ánimo está alterado y prevenido contra mí, por algún calumniador, observe vuestra excelencia la incompatibilidad de la acusación: ¿cómo pueden combinarse cosas tan contradictorias? yo soy portugués, español y patriota a un mismo tiempo, esto es inexplicable". "Yo tengo la clave de todo, nada se me oculta y si usted no confiesa hoy mismo va usted a morir; sí, y el comandante Barroso lo acompañará al patíbulo". "Ninguna relación tengo con el comandante Barroso: vuestra excelencia debe saber que a mí no me impone la muerte, nada tengo que confesar, yo no puedo ser perjuro y suponer lo que no existe para librarme de la amenaza que acaba de hacerme". Entonces Pueyrredón tomó la pluma y escribió, su ánimo era hacerme entender que dictaba mi sentencia y yo lo comprendí. Cuando hubo concluido me dijo estas formales palabras. "Si usted no confiesa, va usted a morir: cinco minutos le doy de término". Sacó el reloj lo miró atentamente y lo puso sobre la mesa. Mi ánimo estaba exasperado y no trataba de encubrirlo: le dije con el tono de desprecio. "Yo no necesito término, como nada sé, nada he dicho, ni nada diré pasados los cinco minutos. He venido a mi país para derramar mi sangre por la causa de la independencia y de la libertad, dichoso yo si la derramo por tan nobles fines: si vuestra excelencia cree que mi muerte puede contribuir a afianzar la tranquilidad pública, aquí está mi cabeza". Pueyrredón se levantó arrebatado y marchó hacia mí, yo creí que venía a atropellarme y retrocedí algunos pasos para ponerme en guardia en caso necesario y siempre dándole el frente: en este movimiento el sombrero que tenía debajo del brazo izquierdo se me resbaló y lo sostuve

con la mano derecha: al ver este ademán Pueyrredón creyó que yo echaba mano a mi espada y retrocedió velozmente al lugar de donde había salido repitiendo, dispense usted, dispense usted. "Señor Director, le dije con voz bastante fuerte y destemplada, cuando un magistrado se encuentra en una situación moral tal como la que vuestra excelencia manifiesta tan visiblemente, no es posible que pueda obrar en justicia, ni que sus resoluciones participen del tino y reflexión que deben procederlas, ruego a vuestra excelencia tranquilice y me oiga". Entonces señalando con el dedo el reloj, me dijo "el tiempo es precioso, no lo pierda usted, si usted no confiesa va a morir". Mi contestación fué un gesto de desprecio, una risa sardónica y quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro. Pasado un breve rato tocó la campanilla y se presentó el edecán de servicio don Dionisio Quesada, el Director le habló al oído y lo que concluyó, dirigiéndome a mí me previno, que siguiese a aquel oficial: éste me condujo al través del primer salón y me introdujo en una pieza, que es la que está a la derecha del salón cuando se entra de afuera, es decir enfrente del otro salón contiguo al despacho que es donde el gobierno recibe de etiqueta: cerraron la puerta y colocaron en ella por la parte exterior un centinela y otro en el balcón del salón.

Esta escena debió lastimar en alto grado el amor propio del Director Supremo, mucho más cuando como supe algún tiempo después, no había sido sin testigos, pues detrás de una vidriera con cortinado, la habían presenciado los ministros y otros coadjutores de aquella inicua administración.

Esta táctica estaba en boga en aquel tiempo, si el acusado tenía la debilidad de hacer una confidencia al jefe del gobierno, creyéndose a solas con él, los individuos que estaban ocultos servían después de testigos y declaraban en la causa que se formaba. Ni la inquisición de Venecia empleaba un medio tan bajo como inicuo y degradante. Un joven de venticuatro años se había atrevido a hacer frente y contrarrestar con dignidad la irritación del Jefe Supremo del Estado: bajo un gobierno tan despótico como el de Pueyrredón, esto era un atentado y yo debía temer sus consecuencias. Yo sabía que el medio favorito de aquel gobierno desmoralizado para ganar a los descontentos, era el de conquistar los corazones con dádivas o el de imponer con amenazas y con el

aparato de un castigo ejemplar; así en el cuarto de mis meditaciones, donde me hallaba confinado, discurriendo sobre mi reciente aventura la escena que había tenido lugar me parecía de pura farsa; pero fuéso o no, yo había irritado con mi impasibilidad y entereza al hombre revestido del poder y debía esperar todo el mal posible, pero mi ánimo estaba tranquilo y mi espíritu lleno de vigor, yo no estaba acostumbrado a que el temor me subyugase. Había pasado una hora de encierro, cuando entró el edecán Quesada a pedirme la espada de orden del Director: al instante se la entregué y volví a quedar encerrado. ¿Qué significaba todo este aparato? Sin duda querían imponerme; querían degradarme para triunfar; pero vana pretensión, yo he sabido siempre sobreponerme a la desgracia. Media hora después entró el edecán don Antonio Rodríguez y de orden del Director me dijo que lo siguiese. Al poner el pie en el salón los primeros objetos que se me presentaron fueron el Director y sus ministros, estaban en la puerta del salón inmediato, precisamente enfrente de la puerta de la habitación de donde salía yo. Sin duda creyó que amilanado por el temor del castigo con que me había amenazado, yo aprovecharía aquella ocasión que su presencia me ofrecía para postrarme y pedir perdón: estaba yo bien distante de hacerlo, por el contrario, exasperado por la pasada escena cometí una imprudencia o si se quiere un desacato que me costó bien caro: yo debía seguir al edecán que me conducía, éste iba delante de mí, yo varié de dirección y me encaminé con el sombrero en la mano hacia el lugar donde estaba Pueyrredón con sus ministros y cuando llegué bien cerca de ellos, me puse el sombrero y conversando a la izquierda seguí los pasos del edecán: en medio del salón estaba situado el comandante portugués Barroso, que sin duda acababa de llegar y esperaba allí el momento de ser introducido a la presencia del gobierno: al llegar cerca de Barroso le hice una profunda reverencia quitándome el sombrero que llevé hasta el suelo y este acatamiento lo acompañé con la sonrisa bien significativa, para mis enemigos, que estaban allí presentes.



CAPITULO XXXVI

EN · PRESIDIO

Barroso correspondió a mi saludo con un gran aire de serenidad, como si hubiésemos estado de inteligencia para manifestar el más alto desprecio a nuestros opresores: entonces Pueyrredón altamente ofendido por lo que acababa de presenciar, llamó el edecán, mi conductor, y le dijo que previniese al jefe del cuerpo a cuyo cuartel iba yo confiado que me hiciese poner una barra de grillos.

Salimos del fuerte: el edecán Rodríguez que me acompañaba se vendía por amigo mío, éramos contertulios y la noche antes la fortuna le había sido adversa y le había yo prestado doce onzas de oro; este hombre, sin embargo, se condujo tan mal conmigo que no me dirigió ni una sola vez la palabra, ni aun para decirme mi destino, ni hacerme el menor ofrecimiento: yo habría creído rebajarme haciéndole la más leve pregunta y así los dos marchamos juntos por las calles de Buenos Aires, guardando un profundo silencio. Entramos en el cuartel del batallón de aguerridos, que estaba entonces a espaldas del convento de la merced: ahí encontré al jefe del cuerpo, el teniente coronel Rolón, individuo también de la pequeña logia y por consiguiente espía asalariado del gobierno: el me esperaba, pero aparentó gran sorpresa cuando el edecán Rodríguez le comunicó la orden del Director a mi respecto, me quiso manifestar lo sensible que era a mi desgracia y yo que sabía que clase de hombre era le contesté con arrogancia y aspereza: a la media hora ya había ido al fuerte a decirle a Pueyrredón que yo lo había insultado y presentándose con un tono desmedido. Me confinaron en una oscura habitación que tenía de espacio cuatro pasos en cuadro, sin otra comunicación de aire que una abertura en la puerta de ocho pulgadas en cuadro y se colocó un centinela para que yo guardase una estricta incomunicación. Poco después entró el sargento mayor Mons con una barra de grillos en la mano, el mismo me la iba a colocar. "¿Mayor, le dije, como no cree usted degradarse haciendo los oficios de un verdugo, es posible que así degrade usted el hábito

militar? ¡Eh! levántese usted que este acto me lastima más que mi situación". Se excusó diciéndome que iba a probar si los grillos venían bien a mis piernas. Estaban demasiado holgados, enfrente había una herrería: el mayor los llevó en persona y los hizo cortar demasiado y exprofeso para que me lastimasen: volvió con la barra de grillos, ya compuesta y un soldado me los aplicó aún calientes de la fragua: mis verdugos desaparecieron, la puerta se cerró tras ellos y yo quedé solo en aquella jaula sin respiración: el calor era sofocante. Dormí tranquilo hasta la oración: mi puerta se abrió y me introdujeron la comida, la devoré porque desde el día antes estaba en ayunas.

A la mañana siguiente estando yo asomado por la pequeña abertura de la puerta de mi prisión, vi al médico Cordero que entraba en la habitación del oficial de guardia, me saludó y yo le contesté con una seña que le indicaba que debía ponerse en fuga: yo creía que este hombre corría el riesgo de una persecución como la que yo sufría; ¡cuan engañado estaba!, su visita al cuartel tenía por objeto consumir mi ruina; y aunque tardé algún tiempo en instruirme de su perversidad y de la conducta del infame Chiclana, creo oportuno hacer mención en este lugar del manejo que tuvieron conmigo estos dos viles delatores. Ya he dicho que Chiclana transmitía al ministro Tagle todo cuanto acordábamos con tendencia a hacer la guerra al gobierno y que este no se apoderó antes de mi persona con la esperanza de que siguiendo mis pasos podría premunirse de pruebas para ultimarme legalmente. El mismo Chiclana comunicó a Tagle la comisión que desempeñaba Cordero de traer y llevar la correspondencia con los emigrados de Montevideo: entonces el gobierno para salvar la reputación de Chiclana y evitar que apareciese como un infame delator, lo confinó a la guardia de Luján: Cordero fué requerido sobre la delación de aquel y confesó de plano cuanto sabía, esto es que traía y llevaba mis cartas. El gobierno recompensó este infame servicio con algunas onzas de oro y lo comisionó para que se introdujese en mi prisión y me sacase una carta para los emigrados de Montevideo, con el objeto de que este documento fuese el cuerpo del delito: felizmente el oficial de guardia don Esteban Donado, no permitió a Cordero que se viese conmigo, alegando que tenía órdenes para mantenerme en la más estrecha incomunicación: en

vano Cordero le aseguró que su comandante (Roldán) no tomaría a mal aquella pequeña infracción de sus órdenes; y él estaba bien seguro de esto que sólo estaría un momento conmigo porque su objeto era verme para poder asegurar a mi familia que yo estaba bueno. Donado le negó lo que solicitaba y esto me salvó: como yo no tenía motivo para sospechar la imprudencia de Cordero, si me hubiese invitado a escribir a Alvear lo habría hecho y entonces mi muerte estaba decretada. Habiendo salido mal de esta tentativa variaron de dirección y se resolvió que Cordero hiciese un viaje a Montevideo, que recibiese las cartas de Alvear, Carreras y demás amigos para mí, y que volase con ellas a Buenos Aires; pero la casualidad de haber llegado a Montevideo un buque de Buenos Aires media hora antes que el que conducía al infame mensajero, hizo que se divulgase la noticia de mi prisión de modo que cuando Cordero se presentó a mis amigos urgiéndolos para que me escribiesen porque él regresaba muy pronto, como observasen que negaba mi arresto por el gobierno, sospecharon de él y tuvo que volver a Buenos Aires sin comunicación alguna. Parece que la Providencia velaba por mi conservación, porque mis enemigos dieron todos los pasos que su perfidia y depravación les sugería para perderme y, sin embargo, no pudieron conseguirlo; después he sabido que habían jurado mi exterminio si hubieran podido obtener la prueba que deseaban. El viejo delator Chiclana volvió de su destierro pocos días después de mi prisión, fué repuesto en su empleo de coronel y se le abonaron todos los sueldos devengados desde la fecha de su deportación a Norte América: así, aquel gobierno detestable desmoralizaba el país recompensando ampliamente a los delatores.

Chiclana se cubrió de oprobio e ignominia. ¡Quién podrá creer que este hombre fué uno de los autores de nuestra gloriosa revolución!; pero entretanto un hecho, bien que también puede inferirse sin temor de incurrir en error, que una alma tan degradada, no podía proponerse el noble objeto de la emancipación y libertad de la tierra, sino su interés individual: al menos yo así lo concibo, porque no entiendo que puedan hermanarse la bajeza y el heroísmo. En cuanto a Cordero, vino de polizón en un buque español y no tuvo gran dificultad, en la época del desorden, en hacerse recibir como médico: es un hombre grosero y despreciable por su ignorancia y sobre

todo por sus viles procederes. Chiclana, antes de la invasión de los ingleses era un abogado ramplón de un origen oscuro y fué entonces nombrado capitán del regimiento de infantería de Patricios, un cuerpo de milicias que se creó para rechazar la agresión del extranjero: sus hábitos, maneras e idioma vulgar lo hicieron popular entre las últimas clases del pueblo: tuvo una parte activa en la revolución del 25 de mayo y ascendió a la clase de coronel, sin tener capacidad militar, nunca sirvió en los ejércitos, pero tenía popularidad y sabía hacer uso de ella: esta era la única excelencia que poseía como hombre de revolución y por la que se vió elevado en dos ocasiones al alto puesto de miembro del poder ejecutivo. Mucho tiempo después de mi prisión, habiéndonos un día encontrado en casa de don Justo Núñez, que era su íntimo amigo y compadre, trató de justificarse manifestándome que él no había sido la causa de mi persecución, como yo estaba persuadido; pero yo lo traté con el más insultante desprecio, le dije que a los ojos de la sociedad pasaba por un infame delator y que si quería borrar una nota tan degradante y tenía medios para desvanecer todos los cargos que a este respecto obraban contra él, debía hacer uso de la prensa, que su honor exigía esta reparación y que yo extrañaba que estando inocente como él aseguraba, no hubiese ocurrido a este arbitrio: me pidió que lo oyese, me dijo que yo estaba mal informado pero yo le volví la espalda repietiéndole que publicase su justificación, pues de otro modo no podía librarse de ser considerado como un delator. No lo he vuelto a ver más: falleció poco tiempo después de este encuentro desagradable.

Yo no era el único desgraciado que gemía en aquella inquisición de estado: cuatro franceses estaban ahí detenidos, los nombres de estos individuos eran, Robert, antiguo oficial de caballería y Sub - Prefecto en la época de Napoleón, Lagresse, ex oficial de infantería en tiempo del imperio, Parchappe, oficial de artillería y alumno de la escuela politécnica y Dragumet oficial de la marina mercante. El motivo de su detención era un proyecto de revolución en Chile, se dice que con la intención indicada y de acuerdo con don José Miguel Carreras, fueron arrestados en el camino y un tercer compañero el mayor Joung que los acompañaba fue cobardemente asesinado por los aprehensores, por haber

querido hacer resistencia: los otros dos, se decía que estaban complicados, aunque nunca se movieron de Buenos Aires. Así, pues, el delito de aquellos hombres era imaginario, porque la intención de hacer una revolución en una nación independiente de Buenos Aires, no era motivo bastante para que el gobierno de este estado tomase como suya la demanda, formando un crimen de una intención; y este proceder bastaría para formar juicio de la administración de Pueyrredón, si otros muchos actos escandalosos y arbitrarios, no hubiesen puesto el sello a la detestable tiranía con que el país era regido, por aquel mandatario. Su sistema de terror necesitaba víctimas y las de los extranjeros aislados y sin relaciones, le ofrecían la garantía de la impunidad; así aquellos desgraciados estaban destinados a morir para que su ejecución imponiendo a los descontentos, sirviese de ejemplo y escarmiento a la oposición.

Los desgraciados se entienden muy pronto porque la simpatía tiene un idioma mudo pero expresivo. Al día siguiente de mi encierro, por medio de los centinelas me ofrecieron sus libros y me expresaron al mismo tiempo lo sensibles que eran a mi desgracia: el que estaba confinado en la habitación contigua a la mía, me golpeaba la pared y articulaba en alta voz algunas letras del alfabeto: esto me llamó la atención, reflexioné sobre lo que aquello podía significar, y muy pronto comprendí que cada golpe era una letra y que el número de aquellos designaba la correspondiente según el lugar que ocupan las letras en su orden regular y sucesivo del alfabeto: de modo, que un solo golpe era la A, dos la B, tres la C y así de los demás. Con este arbitrio nos era muy fácil comunicarnos recíprocamente nuestros pensamientos y todas las noticias que adquiríamos, sin que nuestros guardianes pudieran impedirlo, en la rigurosa incomunicación en que todos estábamos; y si alguna vez nos abrían las puertas y nos permitían estar en sus umbrales para respirar un aire menos impuro que el de nuestras estrechas y asquerosas habitaciones, nos hablábamos con gran facilidad, por medio de los movimientos acompasados del pie o de la mano, y según el sistema que acabo de explicar: este recurso servía para mitigar algún tanto el tedio de nuestra vida solitaria y llena de privaciones. Los franceses tenían también grillos; Robert que estaba en una habitación aislada enfren-

te de la mía, era un hombre interesante por su instrucción y la elevación de su alma: Parchappe era un oficial de artillería de mucha instrucción teórica: los otros dos eran hombres comunes, pero de educación.

Era preciso buscar los medios de ponerme en comunicación con mis amigos, entre éstos el de toda mi confianza era un primo hermano de mi madre don José María Castellanos, mi compañero de alojamiento; digo que era preciso, porque me interesaba conocer las intenciones de mis perseguidores con respecto a mi persona; pero la cosa era bien difícil, porque no era uno sólo el Argos que yo tenía que burlar: además del centinela que constantemente tenía en la puerta de mi prisión, me observaba el cabo de guardia, el sargento, el oficial y el comandante de cuartel que era un capitán, y este nuevo servicio se estableció con motivo de mi prisión: todos estos individuos entraban en mi calabozo cada vez que se habría la puerta para introducirme el alimento diario, el que previamente era registrado con la mayor escrupulosidad, revolvían los platos por si acaso ocultaban algún papel escrito, y hasta el pan lo dividían con un cuchillo, con el mismo objeto. Pero había un vigia aún más importuno, era el mayor Mous, este vivía en el cuartel y tenía más aptitudes para desempeñar el honroso empleo de carcelero que el de segundo jefe de un cuerpo: él espiaba mis movimientos incesantemente y por más que yo discurría no podía encontrar un arbitrio para dirigir una carta afuera o para recibirla en el caso de que me escribiesen. Como los guardianes aflojaran algún tanto, pasados los primeros días, y mi ordenanza que diariamente venía a traerme la comida, lo observase, avisó a Castellanos y éste se atrevió a escribirme: que sorpresa tan agradable experimenté una noche que estando cenando encontré en el fondo del plato de que me servía un papel, pude sacarlo y guardarlo sin que mis guardianes lo percibiesen, y cuando se retiraron lo devoré. Castellanos me decía todos los pasos infructuosos que mis parientes y amigos habían dado para salvarme; la aflicción de mi madre, y los resortes que esta pobre señora había tocado, todos sin suceso: en fin, se manifestaba alarmado por mi suerte, me creía en gran peligro, y concluía diciéndome que no había otro recurso que el de la fuga, y que a toda costa debía intentarla. Esta carta agitó mi espíritu, pero más que el funes-



to presagio que ella contenía me alórmó la noticia de las diligencias que mi buena madre hacía, por salvarme, porque prefería morir a pasar por el disgusto de verla humillada y suplicante en presencia de mis enemigos, persuadido también de que sí éstos habían decretado mi exterminio, los ruegos y lágrimas de una madre no serían bastantes para variar su irrevocable resolución. Así es que desde el momento me propuse hacer lo posible para que regresase a Montevideo, no sólo para librarla de las humillaciones que lastimaban mi amor propio, sino para evitar que fuese testigo de una tragedia; pero el medio de hacer llegar a sus manos una carta, esto era muy difícil; traté de sobornar algunos centinelas, nada conseguí, pero hasta carecía de un lápiz. La suerte quiso al fin depararme una oportunidad; se hallaba confinado en el cuartel un joven oriental, don Basilio Pinilla, pero no estaba encerrado, se paseaba a discreción, simpatizó con mi desgracia, y un día al pasar por delante de mi puerta, me tiró un lápiz y un pliego de papel: escribí y lo esperé, volví a pasar varias veces, y cuando encontré oportunidad le arrojé mi carta, él se la entregó a un asistente, y tuve la contestación por el mismo conducto. Madre no quería regresar a Montevideo y dejarme abandonado: su resolución me mortificó mucho: me encargaban que hiciese una representación al gobierno, que éste se aplacara y el resultado sería un destierro: primero morir; yo creía que este paso me humillaba, y nunca pudieron conseguir que lo diese: mis enemigos se obstinaron en esperarlo, pero yo juré no variar de propósito aunque me costase la vida: sabía que no tenían una sola prueba legal para enjuiciarme, y calculé que no cometerían el atentado de asesinar me sin poder justificar su barbarie; así, ellos deseaban que yo solicitase mi libertad para concedérmela, pero yo me proponía que ellos me la diesen, para de este modo hacer más patente su inicua violación.

No tenían pruebas, ni hubieran podido hacerse de ellas, no había yo escrito estas memorias, y hace mucho tiempo que estaría en la mansión del olvido.

Me aproveché de la buena disposición de Pinilla para recibir y escribir otras muchas cartas, y por último, establecí con Castellanos un medio de comunicación mucho más seguro, pues ya empezaban a sospechar en el cuartel de los buenos oficios de Pinilla. Como no me negaban la introduc-



ción de los libros que me mandaban mis amigos de afuera, convenimos que en páginas determinadas se señalasen con un ligero punto hecho con un lápiz, las letras impresas que debían servir para la redacción de nuestra correspondencia. El método era algo penoso, pero tenía la ventaja de que no podía ser descubierto: antes de entregarme los libros que se me mandaban, los hojeaban escrupulosamente, para ver si contenían algún escrito oculto, lo mismo hacían con los que yo devolvía: el contrabando estaba allí, pero jamás dieron con él ni era muy fácil: por este medio tenía diariamente noticias de cuanto ocurría de más interesante, ya sea del estado político del país, o de cuanto era relativo a mi persona y situación. El gobierno viéndose en la precisión de dar al público algún motivo para proceder conmigo de un modo tan cruel y arbitrario, y no teniendo ninguno de fácil prueba, había ocurrido al arbitrio de esparcir por medio de sus numerosos coadjutores asalariados, que yo era un enemigo encubierto de la causa de la independencia, y que mi venida del Perú tenía por objeto trabajar por los intereses del partido español; en una palabra, que yo era un espía.

Yo conocía lo mucho que me perjudicaba esta especie calumniosa, y que debía ser generalmente creída, la causa de la revolución era la popular en las masas, y el presentarme como enemigo de ella, cuando yo carecía de los medios de justificarme, recluso e incomunicado como estaba, era lo que más podía mortificarme, yo estaba inocente, incólume y mis enemigos iban a triunfar de mí: preocupado con esta idea llegué a mirar la vida con tedio. Los franceses tenían un plan de fuga, y me lo comunicaron invitándome para que los acompañase: yo les agradecí su generosa oferta, pero no la admití; yo quería, sobre todo, salir sin mancha, o perecer: estaba resuelto a no fugar, esto habría sido contribuir al triunfo de mis enemigos: me habían cerrado las puertas para volver a mi país, imprimiéndome una nota muy difícil de borrar, y por lo pronto todos habían dado asenso a la supuesta adhesión que se me imputaba a la causa española, y a mi misión como agente de La Serna. Mi situación era bien cruel, un año había apenas transcurrido desde mi separación de las filas españolas, o más bien diré del sacrificio que había consumado abandonando mi carrera, el prospecto de una brillante fortuna, por consagrarme a la causa

que defendían mis compatriotas, y en pago de mi desprendimiento me veía aherrojado y, ¿por qué? ¡por ser enemigo de mi país! Confieso que las fuerzas me faltaban para soportar el peso de una calumnia tan atroz: tenía la ruina de mi reputación. Si me hubieran abierto las puertas de mi prisión, aun así mismo no habría fugado.

Mi vida durante mi prisión fué exclusivamente contrai-da a la lectura; ni tampoco tenía otra preocupación en que poder distraerme, si hubiese querido escribir me habría sido imposible, porque no me era permitido tener papel, tinta etc.

Devoraba los libros que me mandaban, y en seis meses no exagero si aseguro que leí más de doscientos volúmenes: hasta entonces había gustado mucho de los libros, pero no había podido, en razón de mi vida agitada, en continuo movimiento, contraerme asiduamente; desde entonces el hábito hizo de la lectura para mí una especie de necesidad diaria que ha durado muchos años: en el día apenas leo, mi imaginación incesantemente ocupada de mi deplorable situación, del porvenir oscuro que continuamente la ocupa y de los medios de sustentar a mi desgraciada familia, no me permite leer con la afición y placer que antes me causaba esta útil ocupación; pero yo espero que mejorando de condición, ella será el único y exclusivo placer de mis últimos años.

Nada hay más cierto que sin la libertad no puede existir felicidad en la tierra y que por obtener este bien inestimable, el hombre más tímido es capaz de arrojar-se a los mayores peligros; cuando nos vemos privados de ella, el deseo de volverla a gozar nos sugiere medios extraordinarios que están fuera de la esfera de alcance para nuestro ingenio en las épocas comunes de la vida: yo hablo con conocimiento en causa propia, como se verá más adelante. Los franceses detenidos en el cuartel trataron de sustraerse del poder de sus inhumanos verdugos, me invitaron a la fuga, como he dicho anteriormente, y me comunicaron los medios que empleaban para llenar su objeto.

Parecía imposible que lo obtuviesen, a juzgar por la continua e incesante vigilancia de nuestros carceleros, pero la libertad sutiliza el ingenio y nos hace fecundos en arbitrios: ellos emplearon el siguiente: pasaban todos los días una cuerda por uno de los tirantes del techo de su calabozo, ataban a su extremidad el candelero con la vela encendida

y suspendían ésta hasta tanto que la llama tocara las alfajías: la madera ardía lentamente, y esta pródiga operación la repetían todos los días a la hora de la siesta: de este modo luego que hubiesen quemado un espacio suficiente para dar cabida al cuerpo, no les restaba hacer sino levantar la doble hilada de ladrillos, y conseguían practicar un boquete. Con el pretexto de dormir la siesta ponían un pañuelo negro en la abertura de la puerta, pero era para impedir la salida del humo, después que habían bajado la luz, levantaban un poco la punta del pañuelo, y el humo salía suavemente, de modo que el que lo advirtiera, pudiese creer que era de un cigarro: cuando salía demasiado humo yo se lo advertía, y estrechaban más la abertura de comunicación con el aire exterior: como el techo estaba blanqueado, y era fácil que fuese descubierto su trabajo por el color negro producido por el humo y la quemazón, colocaban sobre ésta algunos pliegos de papel blanco que no era fácil distinguir en razón de ser los calabozos bastantes oscuros aun con la puerta abierta, pero no había otra entrada para la luz: me daban noticia diaria del estado de su obra y medían con impaciente ansiedad el tiempo que podían tardar en concluirla. Este trabajo se practicaba sólo en dos piezas: en una a que eran contiguas otras dos, los que estaban en éstas últimas tenían que hacer una abertura en la pared, para reunirse con el compañero de la pieza destechada, ésta era la de Lagrese: Robert como estaba en una habitación aislada trabajaba solo del mismo modo que he explicado y debía incorporarse a sus compañeros en la azotea.

Todo estaba bien combinado y la estratagema era peregrina; pero después de evadirse del cuartel debían correr otro riesgo mayor: como no tenían relaciones en el país no podían refugiarse en ninguna casa y también porque en aquella época de delaciones y espionaje los hombres desconfiaban unos de otros: Robert me dijo que la única casa en que había podido asilarse era la de Bonpland, pero que tenía vehementes sospechas de que éste lo había vendido, a él y a sus compañeros. Ellos, pues, se habían decidido a marchar a la playa y apoderarse de un bote para refugiarse a bordo de un buque extranjero y si no encontraban embarcación menor lanzarse al río. Dragumet y Parchappe eran los únicos que sabían nadar y en este último caso debían cargar

con sus dos compañeros: era pues preciso que fuesen muy diestros nadadores, de otro modo se exponían a perecer, pero que remedio, era forzoso que corriesen este gran riesgo. Llegó por fin el día tan anhelado, por la noche debían fugar: al intento se aflojaron las chavetas de los grillos; pero desgraciadamente el comandante de cuartel, el capitán Rolón primo hermano del comandante del batallón, era tan feroz e inhumano como éste, no perdía ocasión de hacernos sentir todo el peso de nuestra situación y el día que estaba de servicio se esmeraba en mortificarnos: a este hombre, pues, se le ocurrió explorar las habitaciones de los presos entró en la de la Grasse, contigua a la mía, el techo sin duda no había sido bien cubierto con el papel, se fijó en el paraje que estaba tisonado y por último descubrió el trabajo que se había hecho. Al reconocer los grillos encontró la chaveta floja; pasó al cuarto de Robert y se encontró con iguales novedades: en el momento se tomaron las mayores precauciones, los grillos fueron remachados y se pusieron centinelas en la azotea, así el plan se había frustrado y aquellos infelices tuvieron que abandonarse al destino y desistir de su fuga, porque ésta se hizo imposible.

Las escenas que presenciaba diariamente en el cuartel me ratificaban cada vez en la observación que había hecho desde mi ingreso al país, a saber: que los principios fundamentales del nuevo sistema de gobierno que se había adoptado, eran enteramente desconocidos no sólo en las clases inferiores, pero hasta en las más elevadas y aun por aquellos mismos que habían abrazado con calor la revolución y que tal vez tuvieron una parte muy activa en los primeros pasos. El trato que se daba a la tropa era el más inicuo, el castigo infamante de azotes era casi diario: se cerraban las puertas del cuartel para evitar la presencia de algún extraño, formaba el batallón, salían los cabos con sus varas y el mayor con otra y empezaba el vapuleo; sino daba recio, el mayor descargaba a la vez su vara sobre las espaldas de los cabos. Entretanto la banda de tambores no cesaba de tocar y la música otras veces; para que no se oyesen los gemidos de aquellos desgraciados que sabían llevar hasta quinientos y seicientos palos, uno de ellos murió en el hospital al día siguiente de haber sufrido tan cruel castigo. El despiadado mayor se gozaba en ver sufrir a aquellos desdichados cuyo

delito, era imaginario e insignificante: el coronel jamás asistía a las ejecuciones, bien que él fuese el que los ordenaba, así el mayor cargaba con el odio de la tropa, porque ésta siempre ve por los ojos materiales. No se extrañe lo que he dicho con respecto a la falta de principios y que me fije en esto cuando me ocupo de un cuartel: la decencia, la liberalidad y los sentimientos de honor tiene lugar hasta en un cuartel, porque en los cuarteles se encuentran jefes y oficiales de educación y buenos principios y estos reflejan sobre el soldado: yo he mandado cuerpos y se lo que influye el buen ejemplo, he recogido el fruto de mis cuidados y los artilleros de Buenos Aires han sido siempre reputados como los soldados de mejores costumbres y más decentes de la guarnición. La oficialidad de aguerridos era lo más despreciable que he conocido, el coronel un clásico ignorante, el mayor un gallego de la hez del pueblo, grosero y cruel hasta el extremo, qué podía esperarse de un cuerpo con semejantes jefes.

El mayor Mons se deleitaba en mortificarme, entablaba conversaciones alusivas a las cosas del país, levantando la voz de modo que yo pudiese oírlo desde mi calabozo y siempre concluía con que era preciso exterminar y perseguir de muerte a los anarquistas: esto tenía alusión a mi y yo conocía la intención con que lo decía, yo me desesperaba pero tenía que aguantar. No obstante, en las ocasiones que se me presentaban me desquitaba bien, tratándolos con el más insultante desprecio y más de una vez tanto el comandante Rolón como el mayor Mons, los mandé muy enhoramala, pero ellos no tenían vergüenza y siempre trataban de hacerme que se veían en la dura necesidad de obedecer las órdenes del gobierno. Mi exasperación era extrema, si alguna vez tenía oportunidad de hablar con el oficial de guardia, era para vomitar imprecaciones contra el gobierno; las paredes estaban todas llenas de letreros con carbón y versos alusivos a mi situación que pintaban bien el estado de mi alma y el poco apego que tenía a la vida, porque todos o la mayor parte de estas inscripciones eran provocaciones al gobierno, y éste no podía ignorarlo porque muchos de los oficiales pertenecían a la logia chica. Pondré algunos a continuación:

**Exhorase aliquis nostris ex osibus ulter. Voltaire.**

El que perdona ofensa recibida,  
Cobarde a todos muestra su flaqueza:  
Perdone la piedad por la aspereza,  
Más en mi corazón no habrá cabida  
Reciente cicatriz de ésta, mi herida,  
Tú despiertas la rabia, el furor mío:  
Oh venganza! oh placer! de sangre un río,  
Si puedo, he de verter aunque sucumba:  
Doquier que vaya, aún en la misma tumba,  
Te evocaré, venganza, yerto y frío.

Estos versos los traduje libremente de los siguientes que encontré casualmente en las obras de Voltaire:

Un ennemi qui peut pardonner une offense.  
Ou manque de courage, ou manque de puissance:  
Lache et vaine pitié que ton murmure cese  
Dans des coeurs outrages tu in n'est q'une faiblesse  
Qui cede á la pitié merite q'on l'offense,  
Il faut un terme au crime, mais jamais a la vengeance.

Los encontré tan adecuados a mi situación moral, que al instante los traduje y los grabé en la pared. Otros muchos letreros denotaban la disposición agitada de mi alma: algunos oficiales que me manifestaban cierto interés, me instaban para que los borrara, porque decían que si el gobierno llegaba a tener conocimiento de ellos podían serme fatales, pero yo les contestaba con una forzada sonrisa, y nunca quise borrarlos, estaba despechado.

Los franceses rebosaban también en deseo de venganza: un día que hablaba con Robert, le dije: hoy cumpla veinticinco años y sentiré morir sin haber gozado los placeres de la vida, pues la mía había sido ambulante y sin reposo desde que abrí los ojos; él me contestó: "yo tengo treinta y seis y no siento morir por los goces de la vida, he disfrutado largamente de ellos: lo único que me mortifica es morir sin venganza". La causa de estos infelices se adelantaba rápidamente después de su malograda fuga: en todo el cuerpo de autos no aparecía crimen para condenarlos: el fiscal digno satélite de la tiranía, cometió la baja de prostituirse al po-

der, decía en su conclusión que en el semblante de los acusados se veía estampada la imagen del crimen, que escándalo, sin duda era fisonomista. El condenó a muerte a Robert y Lagresse, y a Parchappe y Dragumet a salir fuera del país. Los infelices habían presagiado muy de antemano su destino. Una tarde al ponerse el sol, Robert me mandó pedir con el oficial de guardia don Luis Velasco, una navaja para afeitarse: la hora era inoportuna, y yo sospeché un suicidio; le contesté que a la mañana siguiente se la mandaría porque en su habitación no tenía bastante luz para afeitarse a aquella hora: recibió mi respuesta con una risa sardónica que contribuyó a confirmar mi sospecha: yo lo observaba desde mi calabozo que estaba enfrente del suyo, pero insistió en que le enviase la navaja: le previne a Velasco que no le contestase. Poco después Lagresse me dijo: **"He estado impaciente, y celebro que haya usted negado la navaja a Robert, porque esta mañana me aseguró que nuestros verdugos no se gozarían en el bárbaro placer de verlo expirar en un patíbulo, que pensaba degollarse: he estado impaciente porque estando los centinelas delante no podía prevenir a usted que no le mandase la navaja, y temía que no estando usted en antecedentes accediese a su petición, pero usted ha tenido mucha previsión, y yo se lo agradezco, porque encuentro que hay más nobleza y coraje en presentarse con la frente serena en un potíbulo, que en suicidarse por evitarlo: en mi opinión la acción de Robert habría puesto en duda su valor"**.

La cabecera de la cama de Lagresse estaba del mismo lado que la mía, así es que durante la noche después de acostados solíamos hablarnos por medio de golpes suaves en la pared, del modo que ya he explicado: a la mañana siguiente del día en que Robert trató de suicidarse me desperté a los golpes que daba Lagresse apliqué el oído, y entendí que me decía: "adiós para siempre"; me vestí apresuradamente y cuando me asomé a la puerta ya estaba él sentado en el umbral de la suya: entonces me dijo con la mayor entereza que les acababan de leer la sentencia que él y Robert debían ser ejecutados al día siguiente, y que los iban a poner en capilla. Yo no pude oír sin conmoverme una noticia tan lúgubre, y me retiré al interior de mi calabozo traspasado de dolor. Pocos instantes después Robert llamó mi atención: se había vestido con esmero: me recomendó que lo vengase si



algún día llegaba a encontrarme en situación de poderlo hacer, y para que no me olvidase me dijo que iba a mandarme una memoria: llamó al oficial Velazco, y éste me entregó un libro que Robert me enviaba: este libro es **La Poucelle d'Orleans** que todavía conservo. Todo el cuartel estaba en movimiento: el coronel Rolón atravesaba el patio y Lagresse lo llamó: Rolón rehusaba acercarse y yo conocí que era de miedo, pero como Lagresse insistiese en llamarlo, no pudo resistirse y se aproximó, entonces el francés le tomó la mano y sacudiéndosela fuertemente le dijo estas palabras: "Sea usted hombre": yo observaba el semblante de Rolón, estaba pálido y demudado: no hay duda que él temía que Lagresse lo llamaba para asesinarlo: era nuestro opresor, y se manejó como un cobarde, como un hombre sin corazón.

Los franceses salieron conducidos por un piquete hasta la plaza del Retiro: se despidieron de todos los que estaban inmediatos al tránsito, y de mí con las mayores demostraciones de afecto: sus semblantes estaban serenos y placenteros, tenían un alma bien puesta. Al día siguiente, el tres de abril de 1819 fueron fusilados: hasta el último momento conservaron su natural entereza y una presencia de ánimo que causó la admiración de todos cuantos los vieron morir. Desgraciadas víctimas, Pueyrredón los asesinó cobardemente, no tanto porque fuesen culpables, pues en realidad nada se les había probado para una sentencia tan inicua e injusta, sino para imponer a los descontentos con este acto de terror: pero ¿qué extraño es esto? Pueyrredón es un hombre que ha tenido valor de casarse con una joven de trece años, hija de un español cuya sentencia de muerte él mismo había firmado siendo miembro del poder ejecutivo! ¡Qué hombre! ¡Qué mujer! y que parientes que no impidieron esta unión sacrílega, que la naturaleza debe mirar con horror.

## CAPITULO XXXVII

### ENTREVISTA CON RONDEAU

Mi madre a fuerza de instancias consiguió al fin que me quitasen los grillos: los llevé mes y medio, y en los primeros

días que me ví libre de ellos, a pesar de lo mucho que me habían mortificado y aun lastimado las piernas, pues eran muy estrechos, encontraba un vacío que no podía llenar, los extrañaba, tal es el poder del hábito: no tenía sosiego ni para contraerme a la lectura, y por la noche me desvelaba, como si los grillos me hiciesen falta para poder entregarme al sueño. Luego que madre consiguió que me quitasen los grillos, creyó que aplacado algún tanto el encono de mis perseguidores, yo ya no corría tanto riesgo y que al menos el de la vida se había salvado; entonces resolvió regresar a Montevideo, y obtuvo permiso para visitarme a pesar de mi incomunicación, pero a presencia del oficial de guardia. Nuestra primera entrevista en mi oscuro y reducido calabozo fué bien interesante, la acompañaba mi hermana Margarita: ambas estaban traspasadas de dolor: mi madre sobre todo yo conocía que en aquellos momentos recordaba las desgracias que me habían sobrevenido de resultas de mi separación de las filas españolas: no tardó mucho en decirme, después que volvió en sí de su transporte: "Tomás, que buen pago te han dado tus paisanos: pobre Tomás, lo que ha perdido: aquí no saben apreciar tu mérito". Yo la animaba con reflexiones alegres y con una serenidad que nada tenía de forzada, era muy natural, porque yo había sabido sufrir con entereza, y conservado mi dignidad; mientras estábamos en estos coloquios acertó a pasar el mayor Mons: madre lo miró y me preguntó: "¿qué graduación tiene este hombre?" "Es el sargento mayor de este batallón". "¿Este hombre es el sargento mayor?" y al mismo tiempo manifestaba su sorpresa de que hubiese llegado a aquella graduación. Entonces le dije: "¿pues qué usted lo conoce?" "No lo he de conocer, ha sido asistente de tu padre, soldado de su regimiento, y te ha cargado muchas veces cuando eras niño: lo sorprendieron en un contrabando y tu padre para librarlo de la pena de diez años de presidio, lo patrocinó tomándolo de su asistente", "pues madre, este hombre es el que más me ha mortificado durante mi prisión: ha estudiado los medios de hacérmela más insoportable".

Era tal el rigor de mi cautiverio, tan estrecha la incomunicación, que algunas veces me parecía un sueño, que el cuartel donde estaba detenido, estuviese dentro de la ciudad: mis ideas a este respecto habían sufrido un gran tras-

torno: los objetos que estaban fuera del alcance de mi vista se me presentaban confusos a mi imaginación.

Mi madre regresó a Montevideo con el disgusto de dejarme todavía bajo el poder de mis opresores: sus diligencias para obtener mi libertad fueron infructuosas: yo volví a quedar solitario, y extrañaba mucho a los desgraciados franceses, pues el medio de comunicación que había entablado con ellos disminuía algún tanto el tedio de una prisión tan prolongada y penosa.

El director Pueyrredón con el falso pretexto de enfermedad, había dejado temporariamente el gobierno, su sustituto el general Rondeau era un verdadero **maniquí**, un testaferro: la gran logia continuaba ejerciendo todo su influjo, y Pueyrredón dirigía los negocios desde su casa, Rondeau era un hombre a propósito para servir a las miras de su antecesor y comparsa: hombre apático y condescendiente hasta la degradación, con tal de tener la investidura y los emolumentos de un empleo importante, poco se le importaba que otro manejase los negocios públicos, y que su autoridad fuese nominal. Rondeau se había elevado a favor de la revolución: cuando ésta empezó, él servía en las tropas realistas de Montevideo y aún hostilizó a sus compatriotas: después se unió a ellos: era entonces capitán y ascendió rápidamente hasta la clase de coronel de un regimiento de Dragones de nueva creación: fué el primero que bloqueó a Montevideo, después levantó el bloqueo, y al poco tiempo lo volvió a establecer hasta que Alvear lo relevó del mando del ejército. Entonces Rondeau fué al Perú de general en jefe y perdió la batalla de Sipe-Sipe: es hombre muy escaso en conocimientos militares, no tiene ideas de nada, es un hombre inepto y tan desgraciado que jamás ha asistido a ninguna victoria, ni como subalterno ni como general; pero él es uno de los fenómenos de la revolución, ha ocupado siempre los primeros puestos de la República, y ha sido tan feliz que sin tener una excelencia que lo distinga, en los vaivenes y contratiempos de las partidas siempre ha salido bien parado, nunca ha dejado de estar empleado, nunca ha dejado de estar empleado, jamás ha sido perseguido ni desterrado, y puede asegurarse que a este respecto es la única excepción entre los hombres que han figurado. Pero este hombre cómo ha podido elevarse? yo creo que

su nulidad ha sido el mejor protector que ha tenido, porque nadie le ha temido como enemigo; y como amigo todos lo han dominado, y esta es la suerte de los hombres que por falta de capacidad y energía no tienen opinión propia. Para mí, sin embargo, fué un gran bien su accidental elevación de gobernador, porque era amigo íntimo de mi tío Somalo: éste regresó de su destierro y pudo conseguir del nuevo director que se me levantase la incomunicación: esto tuvo lugar en el mes de junio: yo estuve, pues, incomunicado cuatro meses; y de este tiempo mes y medio con una barra de grillos.

Desde el momento en que se levantó mi incomunicación no cesaba de estar acompañado por mis amigos y parientes, y a pesar de haber mejorado de situación extrañaba el silencio en que había vivido, entregado a la meditación y a la lectura, y mi cabeza se sentía del bullicio de la conversación. Mi fiel ordenanza me refirió el mal trato que había sufrido de algunos oficiales y muy especialmente del capitán Rolón, que cuando me traía la comida y anunciaba que era para el teniente coronel Iriarte, Rolón le dijo varias veces, "¿qué teniente coronel? ése es un perro godo": la prevención que yo tenía contra este oficial desde el suceso de los desgraciados franceses, subió de punto con las noticias que me dió mi ordenanza, del modo despreciativo con que se expresaba con respecto a mí. Una noche que estaba de comandante de cuartel vino a visitarme acompañada del oficial de guardia, el teniente Velasco: la visita de un hombre semejante me puso de muy mal humor, y éste se aumentó al observar que habiendo hablado tan mal de mí a mis espaldas, se manifestase en mi presencia deferente y oficioso; me repugnaba tanta bajeza. Como rodase la conversación sobre mi prisión, yo me desahugué en quejas contra el gobierno por haber esparcido la voz de que la causa de mi prisión era mi adhesión a los españoles: noté que el capitán acompañaba mis quejas con una risa irónica, y como ella era bien insignificante y yo tenía los antecedentes que he referido, le dije: "capitán, cuando se decía en el pueblo que yo estaba preso por godo, ¿lo creía usted?" "Sí señor", me contestó: yo no esperé a más, y me eché sobre él para despedazarlo con las manos: vino por tierra y lo metí a puntapiés debajo de mi cama: como aquel miserable no opuso la menor resistencia, dejé que se levantase: yo creí que iba a desenvainar la

espada para atravesarme, pero no dió la más mínima muestra de enojo. Le dije que si me había excedido debía echarse la culpa a sí mismo, porque me había insultado abusando de su posición, pero que yo no era hombre para sufrir, que se me faltase impunemente aun cuando me fuese la vida, que si era hombre de honor yo le ofrecía una satisfacción, que me proporcionase una espada: él no tuvo a bien hacerlo y se retiró. A la mañana siguiente vino su primo el coronel a informarse de cuanto había pasado, manifestándome el disgusto que sentía al saber que me habían faltado a las consideraciones que se me debían, y que impondría el más severo castigo al oficial: yo comprendí fácilmente que aquello era una farsa, y le contesté con ironía, que esperaba que aquel asunto no pasaría más adelante, y que no se le seguiría el menor perjuicio a su primo, que harto castigado había sido por su atrevido desmán; y que en cuanto al celo que manifestaba porque se me tratase bien, le daba las gracias, bien que yo no necesitase mucho de su protección, porque me consideraba bastante fuerte para castigar a cualquiera que tuviese la osadía de incomodarme en lo más mínimo. Este lance concluyó así, y yo lo sentí bastante, pues a haber sabido que el capitán era tan pusilánime, no lo habría maltratado.

Este rasgo tan violento para un hombre verdaderamente obsesionado, es el retrato fiel de mi carácter y de mis principios incontrastables y severos en todas las situaciones de mi vida: jamás he transigido con la rectitud de mis principios.

El gobierno no sabía que hacer de mi persona después de seis meses de un estrecho encierro, no se me había tomado una sola declaración: darme la libertad era decir expresamente que mi prisión había sido un acto arbitrario del poder: no podían fusilarme sin forma de juicio, y para éste no había causa porque los antecedentes no ofrecían pruebas; pero era preciso que resolviesen algo a mi respecto. Pueyrredón o la gran logia decretaron mi destierro y privación de empleo: el director interino don José Rondeau obedeció a este mandato y me lo comunicó, también se hizo saber al ejército por medio de la orden general: yo debía embarcarme para Montevideo en el primer buque que saliese de Buenos Aires a aquel puerto. Así el gobierno confesó tácitamente la injusticia con que me había perseguido, porque era claro que a haber existido un motivo para tratarme con tanto ri-

gor e imponerme una pena tan dura, estaba en sus intereses publicarlo para justificar su procedimiento: pues de otro modo la injusticia era manifiesta. Como yo debía según la orden, continuar detenido en el cuartel hasta el momento de embarcarme, y esto fuese muy incómodo pues tenía que hacer algunas diligencias personalmente antes de salir de mi país, me resolví escribir al director Rondeau, pidiéndole que me permitiese salir a mi casa en absoluta libertad hasta el momento de mi partida, alegando la razón que acabo de expresar: me contestó una carta muy atenta, concediéndome lo que pedía y efectivamente al día siguiente yo estaba en libertad.

Quando salí del cuartel, experimenté una sensación difícil de explicar, mis pies daban pasos inciertos y vacilantes, era para mí una novedad encontrarme en las calles de Buenos Aires como si en aquel momento hubiese empezado a existir. Mi primera intención fué dirigirme a mi casa, pero repentinamente se apoderó de mí un sentimiento de despecho y exasperación: se me había privado de mi empleo, se me desterraba y no se me decía por qué: yo era algo juguetón y se me ocurrió variar de dirección para hacer una visita al director Rondeau; pero ¿qué objeto podía tener esta visita? ninguno; me propuse sólo ir a su casa para mirarle la cara; y dicho y hecho me puse en camino. Llamé en la puerta de la calle, y desde una pieza que estaba enfrente salió una voz que dijo "adelante"; el mismo Rondeau me abrió la puerta y salió a recibirme: no me conocía, y me preguntó: "¿quién es usted?" "Soy Iriarte". "Ah señor Iriarte, ¿cómo está usted? tome usted asiento". Yo me hice de rogar y me establecí en una poltrona. Don Pedro Fabián Pérez, íntimo amigo y confidente de Rondeau, lo acompañaba a la sazón, y se salió al instante: nos quedamos solos el uno frente al otro, pero yo no desplegaba los labios, y Rondeau esperaba que yo hablase, calculando como era natural, que algún asunto tenía que comunicarle. Después de un buen rato de esta escena muda, él fué el primero que interrumpió el silencio, preguntándome: "¿Se le ofrece a usted algo?" "Nada excelentísimo señor". No hay duda que a Rondeau debió entonces parecerle muy extraña mi visita: yo observé que estaba inquieto y cortado. Yo me gozaba de su situación desagradable, precisamente este

había sido mi objeto, y continuaba guardando silencio. "¿Su familia de usted está buena?". "Muy buena señor director: ¿y la de usted?" Pasados algunos momentos me ofreció un polvo de su caja de rapé, lo tomé y estornudé bastante. Después de esto me ofreció un cigarro, lo encendí y fumé. Por último, después de haberlo mortificado como cosa de media hora, me levanté para despedirme. "¿Cuándo piensa usted, me dijo, embarcarse para Montevideo?" "En el primer buque que salga; tiene vuestra excelencia algo que prevenirme? puedo serle útil en algo en Montevideo?" "Antes de embarcarse, véase usted conmigo, tenemos que hablar". "Muy bien". Me despedí y tomé el camino de mi casa, mis parientes y amigos me esperaban para abrazarme.

## CAPITULO XXXVIII

### CORRESPONDENCIA CON RONDEAU

En estas hojas que comprenden desde la página 163 hasta la 174 inclusive, está la secuela de mi correspondencia particular con el director Rondeau de agosto, septiembre y octubre, y las representaciones que elevé al gobierno, muchas no son de este lugar, pero se notará que más adelante hacen juego. No las he querido separar.

"Excelentísimo señor don José Rondeau: Buenos Aires, 10 de agosto de 1819. Muy señor mío: por aviso de mi tío Somalo he sabido que vuestra excelencia determina se me expida pasaporte, con fecha de hoy, para pasar a Montevideo; y esta noticia me mueve a molestar la atención de vuestra excelencia en petición de mi libertad hasta el momento de embarcarme. Antes de emprender mi marcha me es indispensable practicar algunas diligencias privadas, y personalmente; por otro lado, ya sea por temor o por evitar las formalidades de un cuartel, algunas personas podrán retraerse de comunicar conmigo, todo lo que redundaría en mi perjuicio. Si vuestra excelencia se sirve tomar en consideración estas ra-



zones, yo creo que no negará mi franca salida hasta el momento indicado. Soy con el mayor respeto y consideración su seguro servidor Q. V. S. M. T. de Iriarte".

### Contestación

"Señor don Tomás de Iriarte: Muy señor mío: por el jefe del estado mayor general tendrá usted hoy el pasaporte para salir del cuartel en absoluta libertad, hasta verificar su embarco como me lo propone en su carta de esta fecha. Vea usted en que otra cosa puede complacerle su afectísimo servidor. José Rondeau. Agosto 10-1819.

Orden general del 16 al 17 de agosto de 1819.

"Por orden de catorce del corriente, se le han recogido los Despachos al sargento mayor de artillería con grado de teniente coronel don Tomás de Iriarte, debiendo marchar por mar al punto de Montevideo, conforme al pasaporte que le han expedido con esta fecha. Buenos Aires, 16 de agosto de 1819. Nicolás Bedia".

"Excelentísimo señor don José Rondeau. Montevideo 4 de octubre de 1819. Muy señor mío y de mi mayor respeto. Aunque muy atrasada, tuve hoy la satisfacción de recibir la muy favorecida de vuestra excelencia del catorce del pasado; yo me lisonjeo sobremanera al ver que vuestra excelencia se digna aceptar mis sinceros votos por la prosperidad de la patria, y si yo me he atrevido a decir a vuestra excelencia que iguales sentimientos animan a muchos americanos que se hallan en ésta, es porque no hacen un misterio de ellos en medio de la contrariedad de opiniones, aumentando así su compromiso cuando se aproxima la época en que sin peligro podrían usar un lenguaje contrario, si fuesen capaces de abrigar pensamientos tan bajos: mi tío Somalo me asegura que vuestra excelencia no ha recibido una representación que le dirigí desde la escuna portuguesa **Luis Camoens**; temiendo que así hubiese sucedido, hice a vuestra excelencia una segunda exposición con fecha de hoy incluyendo copia de la primera: yo no dudo que ésta llegue a manos de vuestra excelencia, y que penetrado de la justicia de mi demanda me

otorgue lo que en ella solicita y más cuando muy pronto me veré en la necesidad de presentarme en esa capital, por la aproximación del ejército español. Yo daría a vuestra excelencia cuantas noticias he podido adquirir, pero no haría sino repetir lo que me consta que otros han escrito. Vuestra excelencia verá luego que los reciba, que si hay algunos datos para esperar que no tenga lugar la expedición española, todas las probabilidades están por su salida. Los portugueses se preparan con lentitud para evacuar la plaza, otra prueba indudable. Quiera vuestra excelencia creer mi reconocimiento por la oferta que me hace y que llena todos mis deseos y persuadirse que soy con la mayor consideración, respeto y sinceridad. Su afectísimo seguro servidor. Q. B. S. M. T. de Iriarte".

## CAPITULO XXXIX

### LA INTENTONA DE SAN LUIS Y ORIGEN DE LA ANARQUIA

Hacía dos días que don Manuel Sarratea había llegado de su destierro de la Punta de San Luis: me visitó con las más vivas demostraciones de amistad: yo había excitado un gran interés entre todos mis amigos por la constancia y dignidad, con que había sufrido tan cruel persecución y desde entonces empecé a formarme un nombre. Sarratea me dijo que el había sido la causa, aunque inocente, de mis padecimientos, por haberme puesto en contacto con el traidor Chiclana y que yo había tenido más previsión que él al repugnar semejante relación. Yo le contesté, que mis trabajos, habían pasado y que felizmente había tenido bastante fortaleza para sobrellevarlos, que lo único que me había mortificado y me mortificaba todavía era la especie calumniosa difundida por el gobierno de suponerme agente de los españoles; pero él trató de tranquilizarme, diciéndome que no debía afectarme por semejante patraña, que ésta era el arma favorita del gobierno de Pueyrredón para minar la opinión de sus enemigos; que mis sentimientos patrióticos eran muy conocidos y que yo había dado una prueba inequívoca con

mi separación de las filas españolas, abandonando mi carrera, relaciones, etc. Con este motivo me refirió, que después del sangriento suceso de la Punta de San Luis, el general San Martín se había apoderado de los papeles del teniente coronel prisionero La Torre, detenido en San Juan, y que entre ellos se encontraron varias cartas mías que me hacían mucho honor y eran el más solemne desmentido a la imputación que se me había hecho por el gobierno; que como justamente en esos mismos días había llegado la noticia de mi prisión y la causa supuesta de ella, el general San Martín se había expresado públicamente contra el gobierno diciendo que el tenía pruebas escritas de mi adhesión al sistema patrio y que mi prisión era un acto injusto y arbitrario, siempre que el motivo fuese el ostensible que había propagado el gobierno.

Pero ya que he hecho mención del suceso de San Luis, creo oportuno dar de él una sucinta noticia. Los principales jefes españoles y algunos oficiales prisioneros en la batalla de Maipú, estaban detenidos en la Punta de San Luis y tenían el pueblo por prisión. Ellos fraguaron un plan para evadirse buscando su libertad con la fuga y al intento concibieron el proyecto de hacerse dueños del pueblo. A la primera explosión encuentran una resistencia inesperada; y viéndose perdidos se apoderaron de la persona del gobernador Dupuy: le amenazaron con la muerte si no les promete garantizar sus vidas. Dupuy viéndose en tal conflicto les hace las mayores protestas, les empeña su palabra de honor y con ésto les responde del compromiso que contrae de salvarlos; pero falta a su palabra y en cuanto se ve libre ordena el exterminio de sus libertadores: el pueblo se cubrió de sangre, todos los jefes y la mayor parte de los oficiales prisioneros fueron degollados o fusilados. Dupuy en esta ocasión se condujo como un hombre sin fe ni honor, como un monstruo sangriento: el dedo de la desaprobación lo señala desde entonces.

A los pocos días de mi salida del cuartel me preparé para embarcarme, pero antes fui a recibir órdenes del director Rondeau, según el mismo me había prevenido. Cuando me presenté me dijo: "Señor Iriarte, el objeto de llamar a usted era el de darle unas cartas de sumo interés para entregar en Montevideo, pero las he dirigido ya por un buque que acaba de salir: sin embargo, no es infructuosa su venida, pues tengo que darle una comisión importante: usted sabe

que en Cádiz se apronta una expedición a las órdenes del conde del Abisbal destinada al Río de la Plata y que el gobierno se prepara a recibirla poniendo en acción todos sus medios de defensa: la expedición está próxima a salir, y ahora es cuando más se necesitan adquirir noticias de la fuerza de que se compone el ejército invasor, sus jefes, oficiales, época señalada para el embarque y en fin todos los avisos que es conveniente obtener: en Montevideo hay muchas familias que tienen deudos en el ejército español expedicionario: hay muchos españoles que tienen comunicación directa con la península y por consiguiente las noticias que allí se adquieren son más verídicas, más frecuentes y circunstanciadas que las que puede obtener el gobierno por conductos indirectos; así pues, usted va a encargarse de comunicarme lo más mínimo que pueda indagar en Montevideo y de este modo usted hará un servicio a su país que el gobierno reconocerá y sabrá recompensar." Yo no estaba preparado a una proposición semejante, pero una inspiración del momento me sugirió la contestación siguiente: mi herida estaba aun abierta y yo respiraba por ella. "Señor Director, siento tener que decir a vuestra excelencia que no me es posible desempeñar la comisión que quiere confiarme". "Y ¿por qué?" "Porque en cuanto llegue la expedición española pienso incorporarme a ella". Rondeau quedó sorprendido de mi audaz respuesta, e hizo un movimiento retrogrado. "¡Como!, ¿usted me dice que se unirá a los españoles?" "¿Y vuestra excelencia se sorprende? ¿Cuál es, señor, la causa para haberme despojado de mi empleo y desterrado a Montevideo? ¿No es cierto que el gobierno ha hecho circular la especie de ser yo un agente de los españoles?; y si éste ha sido el motivo de mi larga prisión, y por último de mi deposición, ¿cómo es que vuestra excelencia me cree apto para desempeñar una comisión que no admite término medio: o es cierto que yo soy un agente español y entonces es claro que debo incorporarme a ellos; o no lo es y entonces mi persecución ha sido injusta". Rondeau me oyó sin alterarse y me contestó con calma y afabilidad. "Señor Iriarte, usted tiene bastante viveza para comprender la revolución y el gobierno conoce muy bien los sentimientos patrióticos de usted y la prueba práctica que los confirma: con ésto le he dicho a usted lo bastante para que me comprenda: vaya usted a Montevideo que yo le pro-

meto que volverá usted muy pronto y tendrá en su país una colaboración más ventajosa que la que acaba de perder.” “Señor Director, le dije: desde el momento que me consagré a la causa de mi país, fué con la resolución de no economizar ningún sacrificio por defenderla: voy a Montevideo y desde allí, comunicaré a vuestra excelencia todas las noticias que adquiera con respecto a la expedición española”. Antes de despedirme el director Rondeau me previno, que a su nombre hiciese entender a los patriotas emigrados en Montevideo, que en el caso de que la expedición española sobre el Río de la Plata tuviese efecto, podían regresar a Buenos Aires, seguros de que serían bien recibidos por el gobierno y empleados en la defensa común. Le dí las gracias por este ofrecimiento que me comprendía y me retiré.

Mi larga y rigurosa prisión en vez de hacer decaer mi ánimo inflamó mi corazón de odio y venganza contra el inicuo Pueyrredón y no me ocupaba sino de los medios que pudiesen contribuir a derribarlo de la silla del Poder. Me puse de acuerdo con Sarratea para continuar los ataques desde Montevideo: Sarratea era el candidato en que nos habíamos fijado para el mando Supremo y cuando salí de Buenos Aires era tal el número de los descontentos que la caída del Directorio parecía inevitable, pero era preciso trabajar para acelerar este momento tan deseado. La guerra con San Fe y Entre Ríos continuaba siempre con desventaja por parte del gobierno central: éste se consumía en gastos manteniendo un ejército numeroso comparativamente al que le oponían los disidentes, pero la poca capacidad de los generales que sucesivamente lo mandaron y la desmoralización que se había introducido en el ejército en cuyas filas los descontentos tenían sus agentes secretos, ocasionaban continuos reveses en cuantos encuentros parciales tenían lugar: a lo que se agregaba la aparición de un campeón formidable, que acababa de reforzar las filas de los disidentes: este era don José Miguel Carreras: perseguido por Pueyrredón aun en el mismo asilo de Montevideo. El general Lecor no prestó oídos a las exigencias del gobierno de Buenos Aires, que pedía fuese expulsado de la Banda Oriental; pero lo que no consiguió del general portugués lo obtuvo de la corte del Brasil: el gobierno de Río de Janeiro dió la orden a Lecor para que hiciese salir a Carreras de Montevideo: este hombre dsgracia-

do, en vísperas de perder el único asilo en que podía vivir con seguridad, trató de abrir relaciones con Artigas, cuyas tropas sostenían un bloqueo imperfecto sobre Montevideo y aun entiendo que tuvo una entrevista con el jefe oriental fuera de murallas; pero no faltó quién impresionase a Artigas contra Carreras suponiéndole miras siniestras. De estas resultas cesó toda comunicación y Artigas dió orden a sus comandantes para que en el caso que don José Miguel Carreras se presentase lo asesinasen: éste tuvo conocimiento de esta orden inicua, que aumentó los conflictos de su difícil posición. Expulsado de Chile y de Buenos Aires, arrojado de la Banda Oriental y sin recursos pecuniarios para transportarse a un país extranjero, su desesperada situación le sugirió un arbitrio todavía más desesperado. Concibió el plan de pasar al Entre Ríos, provincia disidente en que el caudillo Ramírez ejercía una preponderancia que incrementaba de día en día: Ramírez era procónsul de Artigas, pero como la estrella de éste empezaba a declinar, aquél se había constituido independientemente de hecho. Carreras, pues, se proponía, conquistar el corazón de Ramírez y fomentar su ambición naciente con la halagüeña perspectiva de conquistar el supremo poder de la provincia de Buenos Aires, centro único de todos los recursos; y afrontando un riesgo inminente salió de Montevideo acompañado de un sirviente y atravesó las líneas de Artigas: éste no estaba entonces en el bloqueo, pero sus comandantes tenían órdenes terminantes para exterminar a Carreras, el que corrió gran riesgo de ser asesinado en el pueblo de San José. Pero tuvo la fortuna de llegar salvo a Entre Ríos: Ramírez lo recibió como a uno de tantos de los muchos refugiados que se acogían bajo sus banderas; pero Carreras, a los pocos días, poniendo en acción su genio y su irresistible persuasiva, ganó el ánimo del jefe entrerriano y desde entonces supo dirigirlo a su objeto principal de derribar el gobierno de Buenos Aires, a cuyo efecto se unió con el gobernador López de Santa Fe formando una liga contra el Directorio y pasó el Paraná para invadir con su nuevo aliado la Provincia de Buenos Aires. Tal era el estado de la guerra civil cuando yo salí de Buenos Aires para Montevideo: más adelante se verá el resultado de esta guerra dirigida por Carreras y que la situación desesperada en que lo había puesto el Directorio por su injusta persecución aceleró la caída

de este gobierno verdaderamente detestable, por su insoponible tiranía.

## CAPITULO XL

### REHABILITACION

Sin embargo, de que Pueyrredón se había retirado del mando provisoriamente, él presidía desde su retiro la marcha de los negocios públicos y su poder era tan omnipotente como si estuviese en ejercicio. Este conocimiento no me amedrentó para reclamar mis derechos con energía y antes de embarcarme elevé al gobierno la representación siguiente:

"Excelentísimo Señor: El ciudadano Tomás de Iriarte, "ante vuestra excelencia con el debido respeto parezco y "digo: que seis meses de prisión la más cruel y rigurosa, "pues de ellos uno cargado de grillos y cuatro y ocho días "privado de toda comunicación; mi degradación militar comunicada a los cuerpos de la guarnición en la orden general del diez y seis de agosto; y por último mi expulsión del "suelo patrio, que he buscado a peligro de mi reputación, "y quizá de la vida, son reveses que puedo resistir sin un "grande esfuerzo en entereza. Cuando el ex director Pueyrredón ha empleado el odioso medio de derribar las leyes "civiles y militares, en vez de juzgarme por ellas para com- "probar el delito que me ha imputado, avisa lo bastante "que el crimen no es el que se figura, o que lo que quiere "reputarse por tal, no lo es en realidad, ni a los ojos de la "sociedad ni en los ojos de su propia conciencia.

"Pero la especie calumniosa de suponerme agente de "los españoles, como se ha hecho circular por la clase numerosa de sus coadjutores, excede en perversidad y perfidia a los demás arbitrios que ha empleado para confundir a los enemigos de su conducta pública y privada con "los de la Patria que ha oprimido tanto tiempo y el forzar- "me a residir precisamente en Montevideo, podría tal vez



"hacer más verosímil esta impostura abominable, sino es-  
 "perase que vuestra excelencia tendría a bien relevarme de  
 "esta obligación, tan pronto como ha tenido la bondad de  
 "ofrecérmelo. Por tanto, a vuestra excelencia suplico que  
 "así lo determine, ordenando a mi regreso, un juicio abierto  
 "que esclareciendo mi parte patriótica, confunda al infa-  
 "me detractor que abusando de la fuerza viola las leyes del  
 "país para atacar mi opinión en la parte más vulnerable.  
 "Gracia con justicia que espero de la rectitud de vuestra  
 "excelencia. Buenos Aires 31 de agosto de 1819. Señor  
 "Tomás de Iriarte. Excelentísimo Señor Director de las Pro-  
 "vincias Unidas de Sud América.

Mis amigos y yo temíamos con razón que una represen-  
 tación tan fuerte y depresiva contra Pueyrredón, tuviese para  
 mi fatales consecuencias; pero yo la elevé por la mañana del  
 treinta y uno de agosto y me embarqué por la tarde en la  
 escuna de guerra portuguesa, **Luis Cameens**: el capitán Pe-  
 gado, que la mandaba, era un excelente joven, lleno de ins-  
 trucción y de una educación muy cuidada en los tres días  
 que tardamos en hacer la travesía del río, nos entendimos  
 muy bien, habíamos simpatizado. Llegué a Montevideo el  
 tres de septiembre: mi familia me recibió alborozada porque  
 nunca se había lisonjeado con que escaparía de las garras  
 de mis mortales enemigos. Mis amigos los emigrados estu-  
 vieron al instante en casa, me decían que me veían y no lo  
 creían: yo conocí que había establecido mi reputación para  
 con ellos; y efectivamente, yo acababa de salir de una prueba  
 bien difícil, cuanto en la que mi firmeza y resolución no se  
 habían desmentido un solo instante y ellos lo sabían muy  
 bien. Yo era, pues, una categoría en el partido de oposición:  
 mis títulos, la cruel persecución que había sufrido.

Mi primer cuidado fué contraerme al desempeño de la  
 comisión que el director Rondeau me había encargado; y  
 así, después de recoger todas las noticias relativas a la ex-  
 pedición española, le escribí la siguiente carta:

"Excelentísimo señor don José Rondeau. Montevideo  
 "6 de Septiembre de 1819.

"Muy señor mío y de mi mayor respeto: tan luego co-  
 "mo me ha sido posible después de mi llegada, que fué el  
 "tres, he tratado de indagar las noticias que hacen relación

" a la justa causa. Yo no seré jamás, puedo asegurarlo, del  
 " número de aquellos egoístas que, para prestarse más a las  
 " ideas de una sórdida ambición, olvidan y aun confunden  
 " los derechos de los hombres y de los pueblos, cuando no  
 " pueden combinarlos con sus intereses privados. Los pa-  
 " triotas que se hallan en este pueblo, esperan con impacien-  
 " cia el resultado de una diputación de su cabildo, que salió  
 " hace diecinueve días en demanda a la Corte del Brasil, del  
 " cumplimiento de la capitulación acordada entre dicha cor-  
 " poración y el general Lecor: ellos están decididos a hacer  
 " la guerra a los españoles del modo que les sea posible.  
 " El general portugués asegura no haber recibido aún aviso  
 " alguno de su gobierno sobre la venida de la expedición:  
 " él dá a entender bastante el disgusto que le resulta por la  
 " aproximación de ella y este sentimiento es general en la  
 " guarnición: tales apariencias nada pueden influir si la cor-  
 " te toma su partido; pero es la opinión de los buenos ameri-  
 " canos que los dos gabinetes no están en buena intelligen-  
 " cia y no creen posible su unión. Entretanto los portugueses  
 " se valen de los medios que están a sus alcances, para per-  
 " suadir que no abandonaran el territorio oriental, al mismo  
 " tiempo que todos esperamos un proceder contrario; lo que  
 " puedo decir a vuestra excelencia es, que personas del ma-  
 " yor respeto me han dicho de un modo positivo que su re-  
 " tirada es infalible. Ya no queda duda que los enemigos se  
 " dirigen a estas costas: así lo aseguran diferentes oficiales  
 " que tienen destino en el ejército invasor, por cartas que  
 " han escrito a sus familias residentes en ésta. El coronel es-  
 " pañol don Juan Vargas ha recibido una del ministro Cis-  
 " neros, dice en ella que la expedición llegará a este río a  
 " fines de noviembre. Vuestra excelencia ha ofrecido un asi-  
 " lo a los patriotas que se hallan en ésta: al aproximarme a  
 " algunos de ellos, he conocido el entusiasmo de que están  
 " animados, su decisión por la causa de la libertad y de la  
 " independencia; he confirmado más este juicio cuando al  
 " recibir la oferta de vuestra excelencia por mi conducto, he  
 " notado la impresión de gozo en sus semblantes, y en sus  
 " palabras la halagüeña esperanza de defender algún día los  
 " derechos de la patria. Tengo el honor de ser con la mayor  
 " consideración y respeto, su seguro servidor, Q. B. S. M.  
 " Tomás de Iriarte.

Recibí la contestación siguiente.

"Señor don Tomás de Iriarte. Buenos Aires, septiembre 14 de 1819. Mi estimado paisano: he leído con gusto su apreciable carta del seis del corriente, y por ello quedo impuesto de la entusiastada disposición con que los patriotas de esa se resolvían, en virtud del ofrecimiento que usted les hizo en mi nombre, a trasladarse a ésta para unir sus esfuerzos a los nuestros, y combatir por la causa de la libertad e independencia, en caso de verificarse la expedición española. Esta disposición me es sumamente satisfactoria, interesa mi sensibilidad, y los hace acreedores a la gratitud y consideraciones de la patria, conque deben justamente contar, y espero que usted así se lo manifieste. Por noticias posteriores sabemos que ha desaparecido la tempestad que nos amenazaba de presente. No podré afirmar si ésto sea una fortuna, entretanto nos preparemos con tiempo a bien recibir otra cualquiera que se presente. Estimo las demás particularidades de su carta, y cuento con qué seguirá comunicándome cuantas ocurran y usted crea que su conocimiento pueda influir al interés de nuestro estado, siendo de mi cuidado llamar a usted oportunamente. Celebro que usted haya llegado a ésa y se conserve sin novedad, quedando de usted muy afecto servidor Q. S. M. B. José Rondeau".

Había pasado un mes que yo esperaba en Montevideo una resolución sobre mi representación del treinta y uno de agosto, y desesperado de obtenerla, volví a tomar la pluma para redactar la siguiente segunda reclamación, que también dirigí al gobierno.

"Excelentísimo señor. Si las circunstancias que acompañaron mi deportación, no llevasen la marca de la deshonra y de la ignominia, yo sufriría en silencio todo el horror de mi situación actual. Cargado de cadenas, en la incomunicación con todo el aparato de un reo de lesa patria por el espacio de seis meses, depuesto de mi graduación militar, proscripto del territorio de la Nación, sin proceso, sin juicio previo, sin sentencia legal, y sin saber mi crimen ni mi acusador; ya se vé el vasto campo que se abría a mis enemigos para representarme a los pueblos con los colores de la perfidia, ya la multitud siempre crédula, para abandonar

" mi nombre al oprobio y a la execración. Los hombres que  
 " no conocen hasta que punto puede llegar el abuso del po-  
 " der armado de la autoridad, ven mi proscripción y juzgando  
 " de las apariencias por sus sentimientos, creen sin dificultad  
 " los crímenes que divulga el despotismo cuando persigue a  
 " la inocencia, para encubrir sus atentados contra la seguri-  
 " dad individual. Esto es precisamente lo que ha sucedido y  
 " lo que llena mi corazón de amargura. La ignominiosa atri-  
 " bución de agente del gobierno español, se ha esparcido con  
 " estudio por la anterior dirección y sus estipendiarios, y mi  
 " reputación patriótica ha sido víctima de tal abominable  
 " impostura. Deportado en un país extranjero y sin medios  
 " para defenderme de tan bárbara agresión, yo daría en un  
 " extremo desesperado, si la rectitud de los nobles sentimien-  
 " tos de vuestra excelencia no me asegurase de la justa re-  
 " paración de mi honor ultrajado por la más escandalosa  
 " tiranía. Yo pido, excelentísimo señor, mi juicio público se-  
 " gún las formas constitucionales, para dar a los pueblos un  
 " espectáculo de la justicia del gobierno de vuestra excelen-  
 " cia, con el castigo, si resultado criminal; con la restitución  
 " de mi honor si justifico mi inocencia. Yo haré ver ante mis  
 " jueces, que son del todo inconciliables mis servicios, mi  
 " conducta y mis compromisos, con esa calumnia atroz que  
 " abortó el furor exaltado de mis perseguidores. Allí se verá  
 " que desde mi niñez suspirando por auxiliar la causa de la  
 " independencia del sud, usé de todas mis relaciones para  
 " ser excluido de los ejércitos destinados a la reconquista de  
 " Méjico y Tierra Firme, y conseguí con el regreso a este  
 " continente mi incorporación a las banderas de la patria,  
 " para sostener con mi sangre sus derechos inviolables. En-  
 " tonces la rectitud del tribunal que me juzgue decidirá, si  
 " la renuncia de las ventajas que me ofrecía la carrera mi-  
 " litar en España, condecorado ya con el empleo de mayor  
 " general de artillería en el ejército Real del Perú cuando  
 " contaba apenas veintiún años de edad: si los grandes pe-  
 " ligros que acompañaron mi separación, si mis sentimientos  
 " decididos por la independencia del Nuevo Mundo, acredi-  
 " tados en Europa a varios patriotas, que afortunadamente  
 " se hallan en estas provincias y que nombraré cuando vues-  
 " tra excelencia me ponga en el caso de hacerlo, como soli-  
 " cito: si mi protección a los oficiales prisioneros de los rea-

"listas, y singularmente al coronel mayor marqués del Valle  
"de Toxo, cuya fuga de Potosí fué proporcionada por mis es-  
"fuerzos patrióticos, en medio de peligros inminentes: y  
"finalmente si esta conducta uniforme, si estos reiterados  
"sacrificios por la causa santa de la patria, pueden coexistir  
"con esa infame atribución de agente español, inventada  
"por el odio cruel y vengativo de un perseguidor autorizado.  
"No es el resentimiento ni la pérdida de mi carrera, ni la  
"falta de entereza para soportar el peso de una situación  
"humillante y no merecida; es la delicadeza de mi honor la  
"que me ha dictado esta solicitud; y yo espero que vuestra  
"excelencia como militar, como caballero y como jefe digno  
"de un estado libre, la tomará bajo su respetable protección,  
"mis aspiraciones se limitan a salvar mi reputación compro-  
"metida por la impostura a la faz de los pueblos, conforme  
"a mi pedimento de treinta y uno de agosto de que acom-  
"pañó copia. Lo demás es del arbitrio supremo de vuestra  
"excelencia. Si declarado culpable por el fallo de un juicio  
"imparcial, se considera mi deportación en los intereses de  
"la patria, gustoso acataré este nuevo sacrificio. Quiera vues-  
"tra excelencia penetrarse con ojos filosóficos del verdadero  
"estado de mi situación, que yo no dudo de sus sentimien-  
"tos obtener permiso para regresar a esa capital en calidad  
"de arrestado, a sufrir el juicio que demanda mi honor, y  
"en que se interesa la reputación del gobierno, el crédito  
"nacional, y la justicia de nuestra gloriosa revolución. Dios  
"guarde a vuestra excelencia muchos años. Tomás de Iriar-  
"te. — Excelentísimo señor Director Supremo de las Provin-  
"cias Unidas de Sud América".

Esta representación fué elevada al gobierno y al mismo tiempo acompañaba al director Rondeau una carta de la misma fecha, contestando a la suya de catorce de septiembre, y por separado dirigí al editor de un periódico de Buenos Aires titulado **El Americano**, que redacta don Pedro Feliciano Cavia, un artículo comunicado, en que le pedía la insertase en sus columnas, así como la del seis de septiembre, a cuyo efecto le incluía copia de entreambas. Ni el director me contestó, ni menos el periodista se dignó publicarlás. Trasladaré a continuación una copia de aquellas dos piezas.

"Exmo. señor don José Rondeau. Montevideo, 4 de octubre de 1819. Muy señor mío y de mi mayor respeto: en mi anterior del seis de septiembre dije a vuestra excelencia que no quedaba duda de la venida de la expedición española: yo quisiera que esta especie fundada en datos y noticias, no llegase a realizarse; pero cada día se ofrecen nuevas pruebas que ratifican su certeza, aunque los buenos patriotas hemos sabido con sentimiento, que ya en la capital no se creía la venida de nuestros irreconciliables enemigos.

"Hoy ha fondeado en este puerto un bergantín inglés procedente de Gibraltar en sesenta días de navegación, y si la premura del tiempo me lo hubiese permitido, podría dar a vuestra excelencia noticias circunstanciadas de que ha sido portador, pero el buque sale muy pronto; y me veo reducido a dar las noticias tan limitadas como las he recibido. Los liberales destinados al ejército expedicionario tomaron una conjuración, O'Donnell fué invitado, admitió y cometió la villanía de delatar a los conjurados, de cuyas resultas se fusilaron algunos oficiales, otros emigraron o se escondieron, y fueron separados tres mil hombres de las tropas destinadas. El veinticinco de agosto debía embarcarse una división del ejército, y se asegura que tenían transporte para veinticinco mil hombres, aunque este no sea el número de tropas preparadas para embarcarse. Yo doy a vuestra excelencia las noticias tal como las adquiero y por buenos conductos; y me persuado que es lo que vuestra excelencia debe desear. Quiera vuestra excelencia penetrarse de los sentimientos patrióticos que me animan, del deseo que me anima de sacrificarme, si es preciso, por sostener la más justa de las causas y de la sinceridad con que soy con la mayor consideración su affmo. seguro servidor. Q. B. S. M. Tomás de Iriarte".

"Señor editor del Americano. Montevideo, 4 de octubre de 1819. Muy señor mío: Mis ideas de volver al suelo que me vió nacer, de sacrificarme por la causa de la independencia, y más que todo la esperanza de repulsar, siendo oído, la calumnia con que se ha querido manchar mi honor: me han impelido a dirigir al supremo gobierno dos representaciones de que acompaño copia, con el objeto de

"que se sirva usted insertarlas en su periódico. Como al dirigirme a usted he tenido presente la oferta que hizo en el prospecto, estoy por prometerme que mis clamores serán oídos por el público imparcial, esto es, que los dará usted a la prensa. Reciba usted las seguridades de la consideración con que soy su seguro servidor. Q. B. S. M. Tomás de Iriarte. Señor don Pedro Cavia".

## CAPITULO XLI

### LA LOGIA DE LOS CABALLEROS ORIENTALES

Todas estas diligencias fueron infructuosas, y yo continué en mi destierro, aunque no inactivo. Nuestra sociedad secreta de Montevideo incrementó de un modo considerable, e hizo adquisiciones entre los hijos del país de más nota, adictos a la causa de la independencia. Esta reunión tomó una nueva denominación, la de **Caballeros Orientales**: la mayor parte de los individuos del Cabildo fueron iniciados: Giro, Muñoz, Baluco (don Juan Benito y don Silvestre), Lecoq (don Gregorio y don Francisco), Vidal (don Daniel y don Manuel), don Francisco Aguilar, Visillaga, Cúllen, don Lorenzo Pérez, don Manuel Oribe y otros muchos orientales fueron introducidos: esta sociedad se componía de tres clases o grados, el iniciado era instalado en clase de **Caballero Oriental**, seguía el grado superior inmediato de **Consejero** y por último el de **Anciano**, pero la estructura de la sociedad era tal que los del grado inferior ignoraban la existencia de una clase superior, y de este modo los miembros de la antigua gran Logia, porque nos reuníamos en privado y nuestra sanción daba después la ley, porque nos era fácil conquistar el voto de algunos miembros de los ancianos, y por consiguiente sucedía que reunidos con estos, obteníamos la mayoría, de modo que cuando nos incorporábamos con los Consejeros para deliberar, ya llevábamos la votación ganada, y así, sucesivamente para la reunión con el grado inmediato inferior, así: los orientales que no conocían el secreto de la



gran Logia: según su impulso sin poderlo evitar ni sospecharlo. Los miembros de la gran Logia éramos: Alvear, Vázquez (don Santiago y don Ventura), Zufriategui (don Juan), Larrea y yo. Como no se dudaba de la venida de la expedición española, teníamos formado nuestro plan para salir a la campaña en cuanto desembarcaren, y establecer un gobierno patrio para administrar el país y dirigir la guerra contra los invasores. El general portugués Lecor contemporizaba mucho con el Cabildo de Montevideo, porque este cuerpo en cierto modo representaba los intereses de la provincia, y según la capitulación con Lecor cuando éste entró en la plaza era el que debía recibirse de ella si los portugueses la evacuaban: éstos que sentían abandonar la Banda Oriental, preferían entregarla a los patriotas antes que verla en poder de sus antiguos amos los españoles, no sólo por la antipatía que siempre ha reinado entre las dos naciones, sino porque los españoles creyendo próxima la llegada de la expedición empezaban a erguirse, aumentando así el encono de los portugueses. La sociedad sacó un buen partido de todos estos antecedentes, pues como convenía a nuestros planes ulteriores limpiar el campo de enemigos, pusimos en acción el influjo del cabildo, y éste obtuvo del general Lecor que en una noche se aprehendiesen ochenta y tantos españoles de los más notables y se les embarcase para ser transportados fuera del país: la lista de estos individuos se hizo en la misma sociedad, y así me fué fácil excluir a mi cuñado Posadas: Cosmeras no estaba entonces en Montevideo, había salido para España.

La Banda Oriental estaba exhausta, sus innumerables ganados habían desaparecido por efecto de la guerra incesante de que había sido teatro desde el principio de la revolución: el poder de Artigas había decaído considerablemente desde la invasión portuguesa, pero no obstante conservaba algunas fuerzas que más bien contribuían a asolar el país que a defenderlo; los portugueses eran muy superiores en número y disciplina; así, se creyó que el país obtendría un gran bien, si se conseguía que cesase esta guerra destructora, para que lo habitantes de la campaña se entregasen a sus antiguas faenas del pastoreo y cría de ganados: también era para nosotros una necesidad la pacificación, porque al arribo de la expedición española tendríamos el campo despejado y

sin concurrentes para organizar y dirigir el sistema de guerra que tratábamos de hacer para defender la independencia de la tierra: Artigas estaba entretenido en la guerra que le hacían sus antiguos tenientes, y había sufrido recientes descalabros: el Cabildo de Montevideo puso en acción el influjo de su autoridad, y más que todo sus relaciones en la campaña valiéndose de personas intermediarias; se encontró alguna resistencia en los comandantes de Artigas, pero todos fueron sucesivamente deponiendo las armas: el que se presentó más obstinado, y costó mucho trabajo reducirlo fué el comandante don Fructuoso Rivera: era también el de más crédito; pero al fin entró en la transacción, y se firmó un tratado de pacificación, en el que el Cabildo fué la parte mediadora: Rivera fué reconocido por el gobierno portugués en el carácter de brigadier, y jefe de un cuerpo de milicias de caballería de la provincia. Esta negociación fué muy benéfica para el país, la Banda Oriental empezó a prosperar bajo los auspicios de la paz, las propiedades que hasta entonces habían sufrido por la rapacidad de los gauchos de Artigas, empezaron a respetarse, y la seguridad personal se hizo efectiva. Preparados así, esperábamos la venida de la expedición para empezar nuestros trabajos marciales y administrativos, pero aquella no tuvo lugar por la revolución del Puerto de Santa María donde estaban acantonadas las tropas expedicionarias, todo quedó en proyecto, y el país continuó bajo la dominación portuguesa. No se crea que Artigas fué el único autor de la ruina de las fortunas en la Banda Oriental, él la inició con sus desórdenes y absolutismo, pero los portugueses pusieron el sello con sus exacciones de ganado para la provincia de San Pedro y con la rapiña que ejercieron desde los generales hasta los últimos funcionarios: este pueblo agobiado con el peso de una prolongada y feroz anarquía, fué tratado como conquistado por los lusitanos.

Entretanto las provincias disidentes de la República Argentina, ganaban terreno en la guerra ofensiva que hacían al gobierno directorial de Buenos Aires: Carreras se había hecho el oráculo de los jefes de la insurrección, y muy especialmente del más afamado de ellos, Ramírez el gobernador de Entre Ríos: éste había pasado el Paraná, y unídose a López: obtenían continuas ventajas sobre las tropas del gobierno central, y éste se vió precisado a ordenar al general

San Martín que pasase la Cordillera de los Andes y viniese con su ejército a concluir aquella guerra de exterminio; pero San Martín se desentendió, no quiso mezclarse en la guerra civil que miraba con horror, y temía por otro lado que distrayéndose en ella le sería imposible emprender su premeditada conquista del Perú: entonces el gobierno hizo bajar del Tucumán el ejército que mandaba el general Belgrano: éste obedió y se puso en marcha, pero no llegó a entrar en operaciones porque los jefes principales se sublevaron y depusieron al general en jefe. El espíritu de provincialismo se desarrolló rápidamente en todas las provincias, el gobierno se encontró repentinamente aislado, y desde entonces fué fácil prever que su caída era inevitable y próxima.

La vida que yo hacía en Montevideo era bien triste, mi familia vivía con la mayor escasez, y yo participaba de ella sin poder aliviarla por falta de medios pecuniarios: mi carácter sufrió una repentina transición, y de alegre y jocoso me transformé en melancólico y misántropo. A los pocos días de mi llegada a Montevideo empecé a sentir los efectos de mi dilatada prisión: yo lo había sufrido con entereza, y había dado una gran prueba de constancia, persuadido, como lo estuvieron muchos de mis amigos, que mi fin debía ser trágico, hasta me había preparado para morir con valor y miraba la vida con desprecio: este continuado esfuerzo moral debilitó mis fuerzas físicas y caí postrado en cama devorado de una hipocondría y de un abatimiento tan grande de mis fuerzas que algunas veces me parecía que había dejado de existir: cuando me levanté de la cama, yo mismo me desconocía, me encontraba un hombre nuevo, había salido de una crisis para verme transformado, mi carácter sufrió un cambio extraordinario. Es verdad que en mi propia casa, tenía motivos de disgustos; extremoso en todo me sentía vivamente afectado por el próximo enlace de mi hermana Margarita, que era mi hermana predilecta, con el sargento mayor Abreu, porque no podía vencer la preocupada antipatía hacia los individuos de la Nación Portuguesa. Confieso que esta adhesión era fanática y mucho más cuando los dos se amaban con delirio y él era un joven recomendable y de una familia distinguida en Portugal. Mi madre repugnaba también este enlace, ella presentía que los portugueses abandonarían el país algún día y que por consiguiente no volvería

a ver a su hija y este era un motivo más para que yo redoblaste mis esfuerzos de oposición. Una noticia vino a sacarme de la situación deplorable en que vivía.

## **CAPITULO XLII**

### **LA BATALLA DE CEPEDA**

Ramírez y López habían obligado al ejército de Buenos Aires a evacuar la provincia de Santa Fe: el director Rondeau salió a campaña a dirigir las operaciones en la guerra y reforzar el ejército del gobierno, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y el día primero de febrero el ejército directorial sufrió una completa derrota en los campos de Cepeda: Rondeau, que abandonó el campo de batalla en los primeros momentos de la derrota, fué el primero que, acompañado de su edecán don Manuel Oribe, llegó con la nueva a Buenos Aires. Esta noticia llenó de consternación a la Capital: el Congreso nombró un nuevo director provisorio; cuya elección recayó en el ciudadano don Juan Pedro Aguirre; ésto fué a consecuencia de un movimiento que hicieron aunque sin suceso los descontentos de la capital: el director propietario Pueyrredón se presentó en el Congreso a pedir garantías para su seguridad personal, al mismo tiempo que los sublevados reclamaban de los representantes la prisión de este mandatario: entre tanto los montoneros, pues éste era el nombre con que se designaba a los entrerrianos y santafecinos, avanzaban rápidamente sobre la capital: el ejército derrotado a las órdenes del general don Juan R. Balcarce se retiró y marchó una jornada formada en cuadro, defendiéndose de los montoneros y consiguió llegar a San Nicolás donde debía embarcarse para volar en socorro de la capital. Tales fueron las noticias que recibimos de Buenos Aires: ya no se podía dudar que la caída del gobierno era una consecuencia precisa de sucesos tan adversos para él, tan propicio para los desterrados y para todo el país que había gemido bajo el yugo férreo de una dictadura disfrazada con la máscara de la li-

bertad. Así, los emigrados de Montevideo empezamos a prepararnos para regresar a nuestro país natal, cuyas puertas iban a abrirse: nuestros trabajos anteriores habrían preparado este desenlace tan deseado.

Una tarde que asistí al muelle acompañado del argentino emigrado don Ladislao Martínez, en cuya casa había comido aquel día, supimos allí la llegada de una fragata procedente de Buenos Aires que conducía algunos emigrados: era claro que estos pertenecían al partido del Directorio. Martínez me invitó a ir a su bordo, pero yo me excusé, por no encontrarme con mis mortales enemigos, su vista me habría exaltado, eran desgraciados y habría sentido que creyesen que iba a gozarme en su infortunio. Martínez tomó un bote y se fué a la fragata, yo me quedé en el muelle esperándolo: me paseaba solo y ocupada mi imaginación con las noticias que podría traer aquel buque, pues por el estado de cosas se podían presagiar cuando al volver la vista me encuentro repentinamente y casi tocándonos con el general Pueyrredón: este encuentro inesperado renovó instantáneamente todo el rencor que mi alma alimentaba contra mi único perseguidor y en aquel momento sin poderme contener lo llené de improperios: pero Pueyrredón lejos de alterarse me contestaba con saludos, para disimular de este modo los ultrajes que recibía y que no se apercibiese la multitud que nos rodeaba pues el muelle estaba lleno de gente que acudió allí a la noticia de la llegada de él amenazándolo y él tenía tan poca vergüenza que no se dió por entendido: aquel malvado lleno de confusión y miedo no se separaba un momento del ayudante del puerto, en cuya falua había venido a tierra. Sin que yo lo supiese, Martínez experimentó una sorpresa semejante a la mía; cuando iba a bordo se encontró con la falúa que conducía a Pueyrredón, entonces viró y siguiendo las aguas de la falúa lo acompañó hasta el muelle, prodigándole en el tránsito los mayores denuestos; en vano el ayudante del puerto le prevenía se contuviese y hasta le impuso arresto. Martínez estaba fuera de sí, se quería lanzar sobre la falúa que no podía alcanzar y cuando llegó a tierra, fué preciso que lo contuviesen porque pretendía apoderarse de la persona de Pueyrredón: éste se asustó tanto de un recibimiento tan poco afectuoso, que aquella noche durmió en casa del ayudante del puerto, temiendo que entre tanto hombre perseguido por

él, a la sazón en Montevideo, podía haber uno que atentase contra su vida. Los patriotas ofendidos por el arresto de Martínez, recabamos del almirante Rodrigo Lobo que lo pusiese en libertad aquella misma noche.

Durante la administración de Pueyrredón se usó del tema favorito de atacar las reputaciones de sus enemigos, suponiéndolos complicados con los enemigos de la independencia y esta calumnia no dejaba de producir sus efectos, porque la multitud siempre es crédula. Alvear era entonces uno de los más terribles antagonistas porque su nombre tiene gran prestigio en el ejército y porque en realidad él no cesaba de trabajar contra el gobierno: éste supuso que en un buque español apresado en el Pacífico se había interceptado una Real orden firmada por el ministro español Eguía, en la que se hacía mérito de los servicios que Alvear estaba pronto a prestar por la causa realista y recomendaba al Virrey Pezuela lo auxiliase con tal intento: esta patraña se insertó en la **Gaceta** de Buenos Aires al mismo tiempo que una copia de la Real orden, cuyo original se decía obraba en poder del gobierno; y ya se deja ver la brecha que se abría a una reputación por medio de esta arma diabólica. Luego que Pueyrredón llegó a Montevideo, Alvear se propuso pedirle explicaciones por una impostura tan inicua y al efecto fué a verlo a los dos días de su llegada: Pueyrredón estaba hospedado en la casa del negociante Juanicó: en previsión de lo que pudiera suceder y para asociarme a Alvear en caso de un duelo con testigos, lo acompañé y quedé esperando el resultado de esta entrevista en la vereda opuesta en frente de la puerta de dicha casa.

Alvear llevaba en el seno un largo cuchillo, cuyo cabo acomodaba por la abertura del chaleco; su objeto principal era arrancar de Pueyrredón un certificado que atestiguase que el documento precitado, era fraguado par denigrarlo. Esperé bastante tiempo hasta que Alvear salió, éste me dijo que Pueyrredón se había intimidado con su presencia y que habiéndose entrado en materia le había protestado con juramentos y palabras las más expresivas, que aunque sabía que no existía la Real orden en cuestión él no tenía parte en aquel negocio: que entre las diversas comisiones que tenía la logia había una expresamente encargada para falsificar firmas: que de allí había salido la Real orden con la firma

contra - hecha y que él no pudo excusarse a hacer circular tamaña impostura por temor de incurrir en el desagrado de la logia: de la que siempre había sido un pupilo, porque durante su administración se había visto obligado a someterse en un todo a las disposiciones de aquella sociedad; siendo su autoridad puramente nominal y la logia la que de hecho la ejercía. Alvear entonces le exigió un certificado de todo cuanto acababa de exponer y Pueyrredón no se excusó definiendo para el día siguiente el firmar el que Alvear le presentase. Efectivamente Alvear tomando consejo de sus amigos redactó este papel y al día siguiente nos dijo que Pueyrredón lo firmó; pero en honor de la verdad debo decir que nunca he visto este documento, porque con motivo de mi próximo viaje me distrajeran otras atenciones en aquellos días; pues por lo demás estoy persuadido que es cierto cuanto me ha dicho Alvar relativo a este asunto: él dijo después que el certificado se le extravió en sus mal andanzas del año veinte. En todo esto me refiero a su relación, pues nada he visto: si creo que Pueyrredón hombre tímido y de un corazón muy pequeño había cometido la mayor bajeza, por evadirse de correr el peligro de un duelo, o de muchos, pues era considerable el número de los agraviados y tras de Alvear se habían presentado muchos de estos con exigencias de igual magnitud.

Antes de salir de Montevideo me hubo de costar bien caro el juego de carnaval y nunca podré olvidarme la situación peligrosa en que me encontré: trepado en la cornisa de la casa más alta de la ciudad, enfrente del teatro y luchando allí a brazo partido con el coronel Calado, que desde la azotea quería impedirme el paso a ésta. Tal es el furor que se apodera de los que se entregan a este juego brutal, que en el día no puedo comprender cómo pude llegar a aquella altura sin estrellarme: el coronel pagó bien caro la defensa de la casa, o de las ninfas que encerraba, porque fué el blanco donde se estrellaron los **huevos de agua** de los que venían en pos mía y a su vista penetramos hasta el santuario de las **vestales** que él había pretendido guardar.



**CAPITULO XLIII**

**EL TRATADO DEL PILAR**

Me embarqué para Buenos Aires el veintiuno de febrero y fui el primero de los emigrados que rompió la marcha, los demás fueron sucesivamente restituyéndose al país natal: Llegué el día ventitrés y me encontré con la novedad que los montoneros no habían admitido el entrar en tratados, hasta que se nombró gobernador a don Manuel Sarratea: esta fué sugestión de Carreras, Sarratea era nuestro candidato. Las tropas vencedoras ocupaban las inmediaciones de la Capital: el gobernador Sarratea y Carreras estaban en San José de Flores: yo tomé un carruaje al instante que desembarqué y fui a cumplimentar al nuevo gobernador y a mi amigo Carreras. Ambos me recibieron cordialmente: el gobernador Sarratea hizo concurrir a su presencia al comandante y oficialidad del batallón de artillería y les anunció que yo iba a ser nombrado jefe del cuerpo. Al día siguiente el veinticuatro de Febrero se firmaron los célebres tratados del Pilar. La República Argentina quedó subdividida en otras tantas porciones independientes, cuantas eran sus provincias y el gobierno central desapareció: las provincias, pues, habían llenado su objeto, el de hacer cesar la supremacía de Buenos Aires. Sarratea me preguntó por Alvear, extrañando que no hubiese regresado al país después de la caída del directorio y me previno le escribiese para que lo verificase cuanto antes, porque el gobierno necesitaba de sus servicios. Esta disposición hacia Alvear que Sarratea no ocultaba, pues había muchos indios presentes cuando él se dirigió a mi en los términos que he expresado, me hizo entender que abrigaba los sentimientos más sinceros, pero no tardé en desengañarme. Todos los enemigos de la caída administración esperábamos que las primeras medidas del gobierno para afianzar su poder, fuesen la separación de los cargos públicos de los amigos de la pasada administración y ésta era urgente con respecto al ramo militar: los jefes de los cuerpos pertenecían todos con muy pocas excepciones al directorio y no separándolos era claro que el nuevo gobierno estaba a la disposición de la fuerza ar-

mada: el ejército al mando de Balcarce, que había sido batido por los montoneros en la cañada de Cepeda, constaba de mil plazas y se esperaba de un momento a otro en la capital: el general, los jefes y oficiales eran opuestos al nuevo orden de cosas y éste era un peligro más para Sarratea: yo se los indiqué con bastante franqueza: recibió mal mi advertencia y me contestó que él se consideraba seguro, que los que temiesen podían regresar a Montevideo: semejante salida tan inesperada de parte de un hombre que me favorecía con toda su confianza y cuyas ideas hasta entonces estaban de acuerdo con las mías, no sólo me sorprendió, sino que me llenó de la más amarga exasperación y el tono y expresiones con que me produjo debió dárselo a conocer: le dije que su elevación al mando lo había deslumbrado haciéndole olvidar muy pronto que, más que al sufragio público era debida al partido de Alvear con el que Carreras, árbitro de su elección, se había de antemano puesto de acuerdo; que él, Sarratea, estaba sobre un volcán, rodeado de enemigos armados y que todas las noticias que se tenían del ejército del general Balcarce (don Ramón) próximo a llegar, inducían a creer de que intentaban hacer una revolución para derribar al gobierno; que yo temía los peligros y por los muchos que había sabido afrontar, me consideraba exento de la sospecha de temer, pero que viendo que el gobierno se desviaba de la verdadera senda y que su ruina por lo tanto era inevitable, yo no quería ser espectador pasivo y sin poder contribuir a conjurar la tempestad, ser envuelto en ella como amigo del gobierno y que por lo tanto le pedía mi pasaporte para regresar a Montevideo. Sarratea se alarmó y trató de calmarme, asegurándome que él lo tenía todo en vista, pero que no era capaz de faltar a sus compromisos, pero que era preciso contemporalizar algún tanto y que todo sería obra del tiempo: en una palabra, el temía tomar medidas violentas y entre tanto en la crisis en que se encontraba eran las únicas que podían salvarlo evitando una reacción.

El gobernador López de Santa Fe se hospedó en mi casa: tenía amistad con mi pariente Castellanos con quien yo vivía, y ambos nos esmeramos en obsequiarlo: se presentó en su traje de gaucho con chiripá, sólo la revolución había podido elevar a tanta altura a un hombre sin principios salido de la plebe, pero él montaba bien a caballo y sabía domar un po-

tro, y éstos eran sus títulos. En la época de que hablo ya empezaba a germinar el odio que después hizo su explosión entre este caudillo y Ramírez el del Entre Ríos, otro que tal. La crisis más peligrosa para todo el país que entra en la carrera de la revolución, es aquella en que las clases inferiores del pueblo desbordadas y sin freno por haber perdido las leyes su prestigio, se sobreponen a las altas clases convirtiéndose la sociedad en un caos de anarquía y desorden: el pueblo de Buenos Aires estuvo entonces amenazado de disolución y el triunfo de los montoneros fué una consecuencia precisa de la tiranía del directorio y por lo tanto éste el autor de los males que más tarde sufrió el país.

Los enemigos que Alvear se había concitado durante la época de su mando, se oponían a la presencia de éste en Buenos Aires, porque lo habían ofendido y temían su resentimiento si volvía a elevarse. Alvear por su parte temía también presentarse en un pueblo que pocos años antes lo había execrado; así, resolvió desembarcar ocultamente y dar aviso tan sólo a sus amigos de su llegada: luego que tuve conocimiento de ella volé a la quinta de Pirán, situada en la Recoleta, donde se hallaba oculto y allí concertamos proporcionarle una entrevista con Carreras y Sarratea; aquél estaba alojado en casa de éste: lo introduje disfrazado luego que anocheció. Sarratea lo recibió bien pero le hizo entender que temía por su seguridad y que toda su autoridad no bastaría a librarlo de sus enemigos: algo había de cierto en esto, pero Sarratea abultaba el peligro porque conociendo el carácter turbulento y aspirante de Alvear, recelaba en él un competidor de prestigio, Carreras no podía hacer gran fuerza en favor de su amigo, porque aunque su posición era ventajosa y gozaba de todo el influjo que proporciona la victoria, necesitaba de Sarratea para sacar de Buenos Aires todos los recursos de que necesitaba para su empresa sobre Chile, que era el objeto principal de sus trabajos. Alvear, sin embargo, se dió al público, pero a los primeros pasos encontró gran resistencia y ésta lo amagaba con el puñal de sus contrarios. Ramírez mandaba de hecho en la ciudad, pero su poder era moral, su fuerza física no pasaba de cuatrocientos hombres. Balcarce debía llegar muy pronto con sus mil hombres y se esperaban nuevas revueltas. El general Soler había sido nombrado general en jefe del ejército de la Capital: este jefe era

popular entre la plebe, pero carecía de prestigio en el ejército. Balcarce llegó y su llegada fué la señal de una revolución: contaba para ello con todos los militares; era el partido del directorio que quería reocupar el puesto de que acababa de ser arrojado. Carreras no podía conjurar esta tormenta, no tenía fuerzas para ello, él había sacado de todos los cuerpos de la guarnición los chilenos que forzados habían sido conducidos de su país; acopiaba vestuarios, armamento, municiones para el equipo de esta fuerza, pero aun no estaba organizada y así no se pensó en repeler la agresión de Balcarce porque no se podía y no tuvo más recurso que ocurrir al arbitrio de retirarse a la campaña, avisando a Ramírez del estado de la capital para que retrocediese con su fuerza, que marchaba ya retirándose de la provincia. Carreras, Alvear y yo contemporizamos con Balcarce durante el movimiento, no había otro remedio: Alvear se quedó en la ciudad, lisonjeándose que haría valer su ascendiente sobre la tropa para derribar a Balcarce; Carreras y yo a las dos de la mañana nos dirigimos a casa del gobernador Sarratea para anunciarle que al día siguiente dejaría de ser gobernador y para que se pusiese en salvo. Cuando nos vimos solos en las calles de Buenos Aires, tan a deshora y desarmados, le dije a Carreras que iba a buscar mi espada y me esperase, él me contestó con calma: "amigo mio, usted no conoce este pueblo, deje usted su espada, estamos seguros", él tenía razón. Llegamos sin tropiezo a casa del gobernador Sarratea: el susto lo había enfermado: cuando le anunciamos su próximo descenso se vistió llenó de agitación, convinimos en salir a la campaña, cada uno del modo que pudiese: el punto de reunión era el pueblecito del Pilar, para donde se habían emplazado a todos los amigos. Sarratea salió la misma noche, así como Carreras: yo me quedé para ver la farsa del día siguiente y estar a la mira de los sucesos, a fin de ayudar a Alvear en su empresa. Por la mañana me presenté en el cuartel donde se hallaba situado Balcarce: había éste triunfado y las cosas estaban en mal estado: Alvear me aconsejó que me fuese al Pilar, y me dijo que pensaba refugiarse en un buque del puerto. Balcarce se hizo proclamar gobernador y capitán general de la provincia y desde el momento en que se invistió del poder, empezó a manifestarse hostil contra

Alvear y sus amigos, a los que hasta entoces había halagado con la mira de que contribuyesen a su elevación.

Resuelto a abandonar la capital e ir a la campaña a incorporarme a los enemigos del partido directorial que acababan de obrar una reacción, me dirigí antes de emprender mi fuga a casa de Sarratea: allí me recibió su hermana doña Melchora, le participé mi determinación y ella me instó a que no volviese a salir a la calle hasta la noche, había peligro: avisó al coronel don José María Benavente y a un sobrino de Carreras llamado Jordán que debían también evadirse con el mismo objeto que yo y concertamos nuestra salida, la hora y el punto de reunión: doña Melchora me dio un par de pistolas para que se las entregase a su hermano y me dijo que estaban descargadas: la acompañé a comer y en seguida salí a esperar la noche en casa de su hermana doña Francisca: me destinaron una habitación que daba a la calle: cuando pasaba el bando, acompañado de un inmenso pueblo, para anunciar la instalación del general Balcarce, yo me ocupaba de arreglar las pistolas para cargarlas, pero ellas lo estaban y una se disparó pasando la bala por sobre las cabezas de los que componían el bando: todos se fijaron del lado de donde había salido el tiro y yo me creí perdido, porque podían haber sospechado que el disparo no era un accidente inesperado, sino que había sido dirigido a la multitud; felizmente continuaron su marcha sin hacer la más leve inquisición: si me encuentran y saben que yo había sido el autor del disparo, las apariencias me condenaban y esto unido a la prevención que contra mi tenían podía haberme puesto en un gran conflicto.

Cuando llegó la hora me incorporé a Benavente, Jordán, dos oficiales ingleses aventureros que se habían decidido a servir con Carreras y dos o tres oficiales chilenos: todos íbamos bien armados y montados en buenos caballos: las patrullas se cruzaban para impedir la emigración de la Capital, nos encontramos con una que nos respetó: marchamos toda la noche y al amanecer llegamos al Pilar, allí estaban el gobernador Sarratea, Soler, Carreras, Ramírez que había regresado con su escolta; la afluencia de los ciudadanos de todas clases que se presentaba procedente de la ciudad era considerable, estaban la mayor parte armados y unidos a algunos cuerpos de milicias del gobierno intruso. Carreras además

había formado un cuerpo de trescientos chilenos de los que encontré sirviendo en los cuerpos de la guarnición de Buenos Aires. Dos días se emplearon en organizar esta fuerza lo mejor posible y al tercero marchamos hasta distancia de media legua de la capital. Entre tanto la posición de Balcarce se hacía más crítica cada día: Alvear había desembarcado y valiéndose de su ascendiente había ganado algunos cuerpos de la guarnición para que abandonasen a Balcarce y saliesen a la campaña a unirse a los federales; Sarratea y Caserres no perdían el tiempo y por medio de agentes secretos fomentaban la emigración: por último, los dos batallones de civiles se nos incorporaron en los corrales de Miserere. Balcarce viendo que todos los ciudadanos y soldados, excepto dos batallones, se desertaban a nuestras filas, se encerró en la fortaleza con la poca fuerza que le había quedado; pero esta fuerza estaba minada, un batallón se sublevó durante la noche, hizo una descarga, bajó el puente levadizo y salió de la fortaleza: la misma noche ya estaba incorporado a nuestras filas. Entonces Balcarce, Rolón, Vidal y otros jefes abandonaron la fortaleza y escaparon por la puerta de socorro y se embarcaron en un bote que tenían preparado de antemano, llevándose consigo el tesoro público que ascendería a catorce mil pesos fuertes. Por la mañana hicimos nuestra entrada en la capital; el gobernador Sarratea fué reinstalado y todo volvió, al orden y plan establecido según los tratados del Pilar: Soler continuó en su cargo de general en Jefe.

## CAPITULO XLIV

### LA JORNADA DE LOS ENGAÑOS

Después de nuestra entrada en Buenos Aires, dirigí al gobernador Sarratea la siguiente representación, con la esperanza de que sería atendido, mediante la promesa formal que me hizo al anunciarle que debía ponerla en sus manos. "Excelentísimo Señor. El ciudadano Tomás de Iriarte ante vuestra excelencia parezco y digo: Que perseguido y atacado



en mi honor con las calumnias más atroces por el malvado Pueyrredón en el tiempo de su odiosa administración: cuando el ex director don José Rondeau se invistió, en el nombre, del Supremo Poder, consumó la obra de su digno antecesor, degradándome del empleo de sargento mayor de artillería graduado de teniente coronel y expulsándome del suelo patrio que yo había buscado con notorios sacrificios. A mi salida de él representé a don José Rondeau para que ordenare un juicio que esclareciese mi conducta; repetí igual instancia desde Montevideo; pero por desgracia los asesinos de mi honor habían determinado destruirlo sin oírme y mis clamores no fueron contestados: es verdad que jamás me lisonjeo de ser juzgado según las formas legales, porque me constaba que ellos no podían justificar su bárbara violencia, pues mi inocencia era manifiesta. Mas vuestra excelencia y las Provincias de Sud América conocen bien a Pueyrredón, Rondeau y sus viles secuaces y sería por lo tanto inoportuno el que esforzase a pintarlos con sus verdaderos colores: yo poseo los instrumentos necesarios para vindicar mi reputación atacada por las más detestable tiranía y lo haré por deber. Mi objeto al dirigirme a vuestra excelencia es tan solo conseguir la reposición de mi empleo y que se haga saber por medio de la orden general del ejército. Gracia con justicia que espero de la actitud de vuestra excelencia. Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Buenos Aires 14 de marzo de 1820. Exmo. Señor. Tomás de Iriarte. Exmo. Señor don Manuel de Sarratea, gobernador de la Provincia de Buenos Aires."

No obstante las promesas de Sarratea, que me incitó el mismo a dar este paso, esta representación no tuvo ningún resultado, ni contestación. Igual éxito tuvo otra representación que le dirigí cuatro días después; y la que él (Sarratea) me aconsejó que pusiese en sus manos. La siguiente es una copia literal.

"Excelentísimo Señor: El ciudadano Tomás de Iriarte, ante vuestra excelencia parezco y digo: Que por las persecuciones que he sufrido me he visto precisado a hacer gastos superiores a mis fuerzas, de cuyas resultas me hallo comprometido a satisfacer las deudas que contraje. Los ajustes que acompaño manifiestan mis alcances hasta el día en que dejé de servir: yo recurro a vuestra excelencia para que teniendo en consideración los motivos que me obligan a hacer esta ins-



tancia, se sirva decretar se me abone en dinero la cantidad que designan los adjuntos documentos. Gracias con justicia que espera de la rectitud de vuestra excelencia. Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Buenos Aires 18 de marzo de 1820. Exmo. Señor Tomás de Iriarte. Exmo. Señor don Manuel de Sarratea gobernador de la Provincia de Buenos Aires."

No solo no me contestó, sino que ni me devolvió los ajustes. Visto estaba que Sarratea había decididamente vuelto la espalda a sus amigos: esto es, a los que lo elevaron a la silla del poder.

Restablecida la tranquilidad en la capital, Ramírez se retiró con su escolta a los Santos Lugares, población distante cuatro leguas de Buenos Aires, en donde estuvo campado siete días. Carreras permaneció en Buenos Aires con Sarratea que le permitió concluir la saca de los chilenos que habían quedado en los cuerpos de línea y formó de ellos un regimiento de Húsares de setecientas plazas al mando del coronel Benavente, que situó su campo, a distancia de una legua de la ciudad.

Tal era el estado de las cosas. Pero Alvear y sus amigos no podíamos conformarnos con jugar un rol secundario, o por mejor decir con no ser restituidos a nuestros empleos después de haber tenido una parte tan activa en la caída del directorio; y el mismo Alvear a quien Soler perseguía por resentimientos personales fué preso por sugestión de aquél el mismo día que entramos en Buenos Aires y conducido a la cárcel pública como un facineroso: fué preciso que Carreras interpusiese su influjo para hacerlo sacar del calabozo inmundo en que estaba incomunicado; pero Alvear fué forzado a embarcarse so pretexto del riesgo que corría su persona; pero lo que había de realidad era que Soler había conitado contra él algunos individuos de la plebe y estuvo expuesto a ser asesinado. Entonces creimos necesario, Alvear y sus amigos, obrar hostilmente contra Soler: otro tanto habríamos hecho con Sarratea, cuyo pérfido manejo e infidelidad nos tenía exasperados, pero estaba apoyado por los montoneros y no convenía su deposición a los intereses de Carreras. Yo por lo tanto continuaba tratándome con Sarratea con la mayor intimidad, convenía esto a nuestras miras: él me había hecho grandes promesas antes de subir a la silla del

gobierno: la restitución de mi empleo no era a la verdad una gracia, era de rigurosa justicia y sin embargo no la pude conseguir del hombre por cuyos funestos consejos había yo sufrido una prisión de seis meses y estado a punto de perder mi existencia. La persecución del directorio podía justificarse por los esfuerzos que hacíamos para derribarlo, pero la ingratitud de un hombre que nosotros mismos habíamos elevado, indicándosele a Carreras como el único candidato, en una época en que éste no sólo no lo conocía, pero hasta tenía siniestras prevenciones contra él, esta ingratitud, digo, era insoportable, exasperó nuestros ánimos y nos resolvimos a tentar la vías de hecho, no ya para derribarlo del puesto, porque como he dicho, era impolítico y peligroso en aquellas circunstancias, sino para apoderarnos de la fuerza armada y hacernos la justicia que se nos negaba después de tanto padecer.

No era a la verdad una cosa muy llana el tentar un golpe de mano: Sarratea no había tenido resolución para separar del mando de los cuerpos a los jefes parciales de la administración caída; y Carreras que no tenía otro objeto que Chile y miraba como accesorio cuanto pertenecía a Buenos Aires, de donde ansiaba salir cuanto antes para expedicionar sobre Chile, había tenido la imprevisión o si se quiere la necia generosidad de no hacer valer su influjo para separar aquellos jefes que eran sus mortales enemigos. También lo eran de Alvear, no sólo por ser adictos al directorio, sino porque habían sido sus amigos, en la época de sus desgracias lo habían traicionado y temían su elevación. Así, pues, todos los jefes que mandaban cuerpo, eran nuestros enemigos: sólo contábamos con uno, que aunque de los más encarnizados, yo conseguí conquistarlo mediante el gran ascendiente que tenía sobre él: este era el comandante de aguerridos, don Anacleto Martínez. Luego que estuve seguro de su cooperación, le escribí a Alvear que desembarcase secretamente: lo verifiqué y se ocultó en la casa del portugués don Custodio Moreira: sólo don Juan Zufriategui y yo teníamos el secreto de su refugio y lo veíamos todos los días: en Buenos Aires se creía generalmente que Alvear estaba en Montevideo, pero él no se había movido de balizas, pasaba alternativamente de un buque a otro y Soler que tenía su presencia mandaba a alguno de sus allegados para saber el buque donde estaba,

pero nunca lo encontraron; así se consiguió burlar su vigilancia y exparcir la voz de que había vuelto a Montevideo: Alvear no dormía dos noches seguidas en una misma embarcación.

Como no teníamos elementos para obrar un trastorno y estábamos, sin embargo, decididos a intentarlo, era forzoso revestirse de audacia, sorprender y que el amago fuese simultáneo con la explosión. El capitán don Ignacio Oribe servía en un batallón de cazadores que manda el comandante Bauzá y era muy popular entre los soldados: yo me valí de su hermano don Manuel Oribe, sobre el que tenía ascendiente por haber sido sargento mayor de artillería, cuerpo en que el servía de capitán y por relaciones de familia: don Manuel conquistó a su hermano menor don Ignacio y ya pudimos contar con un cuerpo más, bien que el jefe Bauzá fuese enemigo declarado de Alvear. Llegado el día reunimos con fingidos pretextos y objetos supuestos usando de mil estratagemas, a todos los jefes de la guarnición en un salón de la casa en que Alvear estaba oculto: ellos ignoraban el personaje que estaba bajo el mismo techo. A las once de la noche del veinticinco de marzo se presentó Alvear en el salón: su vista causó una gran sorpresa a los jefes que no estaban en antecedentes y produjo el efecto que nos habíamos propuesto, cada uno de ellos al ver a los demás presentes creyó que estaban de acuerdo con Alvear y que por consiguiente toda resistencia era inútil: Alvear les habló con el lenguaje persuasivo que le es natural, les hizo entender que no se trataba de hacer un cambio en el gobierno; en fin, puso en juego su antiguo ascendiente y su prestigio y se acordó que los jefes se reunirían a las doce de la noche en el cuartel de agurridos para empezar el movimiento: eran ya las once y media y por consiguiente no se les dejó tiempo para deliberar ni comunicarse entre sí: todo esto estuvo bien dispuesto y prueba lo que puede la audacia y la resolución: todos entraban por fuerza porque eran amigos de Soler y ninguno se opuso, porque creían inútil la resistencia, cada uno de aquellos jefes creía que los demás estaban de inteligencia con Alvear: fué la **jornada de los engaños.**

**CAPITULO XLV**

**SOLER Y ORIBE**

Yo había sido el agente principal y quise correr el mayor riesgo, me brindé a prender en persona al general en jefe Soler: otros jefes se destinaron para arrestar a otros generales, nuestros enemigos, tales como Quintana, Bedia, Beruti, French, etc. etc. A las doce de la noche todos los revolucionarios nos encontramos reunidos en el cuartel de aguerridos, el comandante Martínez era de nuestra confianza, nos esperaba después de haber preparado a sus oficiales. Los cuerpos quedaban acuartelados a las órdenes de sus segundos jefes porque los principales se habían reunido en el cuartel de aguerridos, como se había acordado, a fin de recibir las órdenes de Alvear y empezar el movimiento.

Esto empezó por el arresto de los generales y jefes designados: yo me puse en marcha con un piquete de seis soldados del batallón de aguerridos mandados por el capitán del mismo cuerpo don Saturnino Perdriel: el comandante don Anacleto Martínez quiso, para mayor seguridad, acompañarnos. Con esta comitiva me dirigí al alojamiento del general Soler contiguo a una esquina en la calle de la Florida; me oculté con la tropa detrás de la esquina y Martínez se adelantó a llamar a la puerta. La señora de Soler abrió la ventana y hablaba con Martínez, éste le dijo que el gobernador Sarratea mandaba llamar con urgencia al general, pero la señora no daba asenso a tal mensaje y decía que todo ello no eran sino tramoyas de Alvear, agregando que Soler no estaba a la sazón en su casa. Yo estaba impaciente por la duración de este coloquio: temía que Soler avisado ya del peligro se evadiese de él y se pusiese en acción a la cabeza de las fuerzas que mandaba para desbaratar nuestros planes y sofocar la revolución. Me dirigí a la casa contigua del general donde vivía un oficial de artillería don Florencio Pereda, adicto a nuestra causa y le previne que pusiese dos hombres de acecho en la azotea para evitar que el general Soler se nos esca-

pase de entre las manos en momentos tan críticos en que tan importante era asegurarnos de su persona. Acto continuo me dirigí a la ventana y reiteré a la señora de Soler la orden para que su marido fuese a presentarse al gobernador: recibí la misma contestación que había dado a Martínez y Soler, decía no estaba en su casa. "Pero señora, repuse, permítame usted que le observe que la circunstancia de no haber usted abierto la puerta de la calle, induce a sospechar que usted recela de nuestras intenciones y que el general, su esposo, está efectivamente en su casa". "Se equivoca usted, me contestó, y en prueba de ello voy a abrir la puerta y lo autorizo para que registre la casa". Como comprendí al instante que este exceso de confianza indicaba claramente que el general no estaba en su alojamiento, me dí por ofendido de que la señora me creyese capaz de emplear por mi mismo el medio de registrar su casa y rehusé hacerlo, bien seguro que nada habría encontrado de lo que buscaba, pues a estar Soler en ella, su esposa no habría sido pródiga de tan ilimitada franqueza. En este altercado estábamos y con la puerta ya abierta, cuando salió por ella con la mayor precipitación un individuo y se puso en fuga veloz con dirección a la calle de las Torres (dirección Sud) yo puse en movimiento mis piernas y lo seguí solo abandonando mi escolta: pude alcanzarlo pocos pasos antes de llegar a la calle de las Torres (la de la Plata) y en el momento le puse en el pecho una pistola de cinco cañones que poco antes me había prestado el capitán Perdriel: "dígame usted donde está el general Soler o muere en el acto: diga usted el credo". Esta intimidación acabó de trastornar el ánimo de mi prisionero que era un mulato. Con síntomas muy marcados de miedo y una voz muy sofocada me contestó: "Señor, soy criado del general Soler, pero no aprecio tanto su vida que por ella quiera arriesgar la mía: no se donde está sino se lo diría a usted para librame de este amargo trance: lo único que sé es que don Epitacio del Campo y Rodríguez han estado esta noche en casa y después han salido con él". Dejé en libertad al mulato porque conocí que me decía la verdad; los individuos que me acababa de nombrar eran ambos parciales de Soler; el uno capitán y el otro teniente, oficiales los más influyentes del segundo tercio cívico y enemigos declarados de Alvear. El del Campo había aquella misma noche asistido a la entre-

vista con Alvear y si había adherido a sus miras era claro y no había podido ocultársenos, que era en fuerza de las circunstancias y él no había podido proceder de otro modo; porque daba en su corazón la ponzoña y había ido a dar cuenta a Soler para que al mismo tiempo se pusiese en salvo. El golpe pues se había errado y eran de temer las consecuencias, porque Soler era sumamente popular entre la plebe y debía presumirse que estaría ya poniéndola en acción para sublevarla contra sus perseguidores.

Peligrosísimo era el paso que yo acababa de dar; había cometido un atentado, tratar de prender al general en jefe del ejército; y si la empresa se malograba mi cabeza podía pagar tanta osadía. Yo mismo me había brindado al rol más arriesgado, porque mi cabeza era entonces calcinada, quería tomar por modelo las grandes acciones, las de más difícil ejecución, todo mi conato lo ponía en llamar la atención. No tenía precisamente un fin interesado, ninguna mira de ambición; creía hacer un servicio a la causa pública porque estaba enfatuado con la capacidad de Alvear cuyas intenciones me parecían las más puras; pero lo diré francamente, la pasión que más me dominaba era la de imitar las grandes acciones y éstas para mi consistían en las más estrepitosas, en la que má se arriesgase la vida. Obraba pues sin reflexión, tenía veintiséis años, pero mal empleados porque estaba impregnado de ilusiones, aspiraba al heroísmo, mi cabeza era verdaderamente romántica, ya había devorado los varones ilustres de Plutarco. No obstante había ya tomado mis medidas: don Manuel Oribe, que mucho me había servido para conquistar a su hermano don Ignacio y adherirlo al movimiento con el batallón de cazadores de que era capitán, era primo hermano de la mujer del general Soler; y le había yo encargado que averiguase cuantos soldados dormían en su casa. "Me es sumamente fácil, me contestó Oribe, yo lo informaré a usted con toda exactitud"; y efectivamente Oribe podía desempeñar cumplidamente esta comisión porque según el mismo me instruyó sin que el general Soler lo supiese dormía muchas veces en casa de... su prima hermana. Así fué que me trajo muy pronto la contestación: seis soldados eran los que diariamente dormían en casa del general y ésta es la razón porque yo elegí igual número para proceder a la prisión, por si aquellos trataban de oponer resistencia.

Es aquí la ocasión de decir que Oribe durante los preparativos de la revolución se condujo con la mayor actividad y decisión hasta el punto de traicionar a su prima y a su marido con los que estaba en la más cordial amistad. Sus servicios me fueron de la mayor utilidad; pero extraña inconsecuencia no los hizo sino hasta el momento de estallada la revolución (25 de marzo), y cuando ésta estaba consumada se retiró: de modo que esa noche no concurrió al cuartel de aguerridos, foco del movimiento. Es porque Oribe es un pro-teo, un hombre pérfido y de traidoras propensiones: está pronto para coadyuvar al mal y una vez consumado busca nuevas víctimas para saciar así sus pasiones maléficas de odio y mala benevolencia hacia sus semejantes y muy singularmente contra los que gozan de una feliz situación. Para este fin poco le importa cambiar de color político, traicionar a sus amigos más íntimos. Es, en una palabra, el genio del mal el que inspira a este hombre desleal que no tiene capacidad ni instrucción y que todo su amor propio lo hace consistir en las ocasiones que aprovecha para engañar a los que más confianza deben depositar en sus promesas y compromisos. Oribe tiene un corazón felino y esta es otra de las causas porque es dominado de la diabólica tendencia de obrar el mal. Más adelante sobrarán ocasiones para observar que no exagero cuando retrato con tan negros colores a este tigre con figura humana, porque él nunca se ha desmentido.

Regresé al cuartel de aguerridos a dar cuenta del mal éxito de mi comisión: fuese efecto del acaso o de un aviso oportuno, Soler no había sido encontrado en su casa, se había escapado la ocasión de su importante captura y esto dió mucho que pensar a los autores e instrumentos del movimiento: estaban alarmados. Algunos generales y jefes considerados parciales de Soler habían sido capturados; otros lograron escapar.

## CAPITULO XLVI

### LA RENDICION DE SOLER

Mis relaciones con Sarratea, el grado de confianza que en mí se depositaba por mi comportación y mis compromisos,



mi celo y actividad y por ser agente principal del movimiento, bien que Alvear fuese el único director, me constituían en la posición de ser la persona más indicada y tal vez la única en aquellos momentos, para obrar como intermediario entre los sublevados y el gobernados Sarratea. Así es que unánimemente fué resuelto que me apersonase con éste para darle cuenta del movimiento y de las probabilidades de un próspero progreso: fuí pues comisionado no sólo con este objeto, sino con el muy especial de hacer entender a Sarratea que nada menos se pensaba que en su deposición del mando y que el único punto de mira era la separación de Soler y que este general, es bien claro, debía ser reemplazado por Alvear. Grande fué mi sorpresa cuando a la una de la mañana al llegar a la puerta del gobernador Sarratea me encontré con un guardia compuesta de cincuenta individuos del segundo tercio cívico: se me ocurrió al instante que estaba cuerpo y alma en manos de nuestro más decidido enemigo: pero no pudiendo ya evitarlos, hice de la necesidad virtud y apeándome del caballo entregué a uno de aquellos ciudadanos altivo las riendas con aire y tono de gran autoridad: si hubieran penetrado la sorpresa que su presencia me causaría, yo estaba perdido. Ellos mismos me dijeron que allí estaba el capitán don Epitacio del Campo, el tribuno de la plebe y el hombre de más ascendiente en el segundo tercio. Me recibió en el zaguán de la casa del gobernador y antes que yo despegase los labios me saludó con estas o equivalentes palabras: "Señor Iriarte: no se sorprenda usted de verme aquí; soy un caballero, e incapaz de faltar por lo tanto a mis compromisos. Aquí está refugiado el general Soler, y yo para seguridad de su persona he creído conveniente ponerme a la cabeza de la gente que ha encontrado usted aquí de guardia: nuestro intento es de derramar la última gota de sangre antes que permitir que se atente contra la vida del general". "Muy loable, señor del Campo, es el propósito de usted, pero usted se ha equivocado si cree que el intento del general Alvear ni de los jefes que lo acompañan sea tocar, pero ni en un pelo a la persona del general Soler ¿pues que ha podido usted sospechar, por ventura, que fuésemos asesinos?" "En fin, me dijo, el general está en las piezas interiores del gobernador y muy pronto va usted a encontrarse con él: pase adelante". Entré efectivamente en las habitaciones de Sa-

rratea: estaba éste en la cama, enfermo según decía, y lo creo de su pusilanimidad, ya se puede comprender cual era su enfermedad en aquellos momentos, excuso expresarlo por no ensuciar el papel y la delicadeza de mis lectores. Allí estaba también el general Soler al que hice un ligero saludo de cabeza. "¿Qué hay Iriarte?", me dijo Sarratea. "Señor gobernador, le contesté, tengo que hablar con usted en privado". Entonces Sarratea se vistió apresuradamente y pasamos los dos a una pieza inmediata, el comedor. Le expuse el objeto de mi visita a aquellas horas, y al mismo tiempo le manifesté mi sorpresa del encuentro con el general refugiado en su casa, y agregué que era forzoso que nos lo entregase. Es de advertir que Sarratea me había manifestado con frecuencia y en ocasiones anteriores su antipatía con Soler, lo penoso que le era tener que entenderse con un hombre tan adusto y caprichoso; que él era un obstáculo a que se condujese como deseaba con respecto a Alvear y sus amigos. Esto podría ser una falsa disculpa, pero lo primero me consta que era cierto, porque efectivamente Soler es un hombre intratable, acre e insufrible, y mucho más cuando se encuentra revestido de autoridad. Sarratea me contestó que nadie deseaba tanto como él el descenso de Soler porque la medida del sufrimiento se había ya llenado; que nadie tanto como él podía celebrar que fuese reemplazado por Alvear, cuyo carácter, buena razón y demás bellas cualidades conocía; pero que me hiciese cargo que su posición era singular en su carácter de gobernador y capitán general; que él no podía dar la cara en favor del movimiento, y que a nosotros mismos nos convenía que asumiese él (Sarratea) una conducta aparentemente neutral; que estaba en nuestros intereses que no se le sospechase de convivencia en nuestros planes, porque si fracasábamos tendríamos en él un apoyo para disminuir el impulso de nuestra caída, que en tal caso él, fueron sus expresiones, **nos pararía con las manos para que no fuese tan fuerte el porrazo**. Que por lo tanto debíamos continuar trabajando sin comprometerlo, y que aunque nada debía hacer para ayudarnos nos deseaba el más feliz resultado, de lo que no podía dudarse desde que su suerte estaba pendiente de la nuestra; que él también triunfaba si triunfábamos nosotros. Por lo que respecta a la persona del general Soler, agregó, "desde que él ha buscado un asilo en

mi casa no permitiré que salga de ella sinó por la fuerza: sería una bajeza que yo lo entregase; no lo haría ni con el mismo Pueyrredón en su caso". Y esto en aquellos tiempos de odio a Pueyrredón y extremadamente reconcentrado en Sarratea hacia la persona del ex-Director, era cuanto podía decirse para expresar su propósito. "Después de todo, dijo el astuto y falaz gobernador, ustedes se equivocan altamente dando a Soler una importancia que no tiene: ¿no lo ha observado usted amilanado, asustado, que es una mujer que no le falta más que llorar, que está pensando en la muerte y en los medios de evitarla? vaya, le aseguro a usted, Iriarte, que ni se le ocurre oponerles a ustedes la más leve resistencia, y que Soler ya no es un enemigo para que ustedes den tanta importancia a su persona". "Señor gobernador, le contesté, yo no creí encontrar aquí al general Soler, es lo que menos podía ocurrírseme, así como a Alvear y a los jefes del movimiento; ellos pues ignoran que haya buscado y encontrado asilo en casa de usted; pero a usted no se le puede ocultar que Soler es la persona más temible, el mayor obstáculo que podemos encontrar, y que por consiguiente es natural que cuando sepan su paradero han de tratar de separarlo de la escena, de ponerlo en lugar donde sea de todo punto inofensivo; y yo a pesar de que no puedo traer misión con respecto a Soler, me anticipo, para ganar tiempo a proponerle a usted que me lo entregue, o bien a que no lo patrocine. Ahora diré a usted a lo que he venido, a darle cuenta del movimiento, su estado y sus progresos probables, y a pedir a usted en nombre de Alvear y de todos los jefes que lo acompañan que lo apoye con su autoridad sancionándolo con su firma expresa como gobernador de la provincia, en una palabra que expida usted en favor de Alvear el nombramiento de general en jefe del ejército". "Eso es imposible, porque sería una imprudencia que refluiría contra ustedes mismos por las razones que ya he manifestado: tanto a mí como a ustedes les conviene que en este arduo negocio yo me presente con un carácter de imparcialidad que no de lugar a la más ligera sospecha. Está en suma en nuestros comunes intereses que después de haber ustedes triunfado, como sinceramente deseo, me presente yo sancionando lo hecho en obsequio de la tranquilidad pública, y por no tener poder para oponerme a la fuerza armada. Diga usted a Alvear que con-

tinúe su empresa seguro que yo no me he de atravesar en su camino; y que después que él lo haya recorrido, con mucho gusto le expediré el despacho de general, porque usted sabe Iriarte cuanto yo he deseado verlo a la cabeza del ejército; usted sabe que sólo así podré yo verme libre de las acechanzas de los enemigos que me rodean y entorpecen mi marcha, me atan las manos para poder trabajar de consuno y a un mismo fin con todos ustedes. Ahora por lo que respecta a la persona del general Soler, no es por afección por lo que yo me resisto a entregarlo, es un deber moral el que me obliga a no permitir que salga de mi casa, ya que en ella ha buscado un refugio, sin las garantías más positivas". "Pues bien, señor gobernador, yo voy a dar cuenta de la entrevista que he tenido con usted y a recabar las garantías que usted exige para el general Soler: esté usted seguro que las obtendré porque Soler no inspira recelos a Alvear y a los jefes del movimiento, ellos descansan en la conciencia de sus fuerzas que son incontrastables, bien que como es natural traten de poner, como me anticipo a creer, fuera de combate a su principal antagonista".

Sarratea me acompañó a la pieza inmediata donde estaba Soler, y allí me despedí: de Soler con una ligera demostración de cabeza, él me contestó del mismo modo: estaba mudo y profundamente asustado, se lo conocí, no tenía fuerza para disimular su pavor. Al llegar a la puerta me despedí también del capitán del Campo afectando un exterior notable de superioridad; tomé sin ceremonias las riendas de mi caballo de manos del cívico que se había encargado de cuidarlo y me dirigí al cuartel de aguerridos. Antes de llegar y en frente del convento de la Merced al dar vuelta a la esquina con la precipitación de un hombre preocupado y absorto en su única idea, y las ocurrencias del momento, dí una terrible costalada, pero sin otro resultado que una leve e insignificante magulladura: fuí harto feliz.

Asomaba todavía la inquietud en los ánimos de los jefes sublevados por la desaparición del general Soler, pero calmó desde que les dije su paradero y cuanto había ocurrido, sin que la equívoca conducta del gobernador Sarratea les dijese lo bastante para penetrarse de la situación de las cosas: es decir, que no tenían que contar para nada con este mandatario, que era preciso triunfar o sumirse en un abismo.

Mucho más conveniente habría sido que Sarratea se hubiera franca y resueltamente decidido en nuestro favor, y con su cooperación nos lisonjeábamos desde el principio del movimiento, pero de un modo u otro como éste había ya estallado, como se había arrojado el guante, forzoso era continuar la aventura, ni era ya tiempo de retroceder. Alvear y los jefes sublevados extendieron una ligera exposición de sus miras y el compromiso formal de no atacar contra la vida del general Soler: era una garantía para éste, pero que no importaba la de su libertad. Fuí comisionado para entregar este documento al gobernador Sarratea y extraer de su casa a Soler. Cuando llegué a la casa de Sarratea todavía estaba allí la guardia cívica con su capitán del Campo: yo estaba corriendo un gran riesgo pero este era para mí el mejor estímulo para promover mi loco e irreflexivo entusiasmo. Sarratea me recibió como la primera vez introduciéndome en la pieza contigua a su alcoba donde quedó el general Soler, pues éste no tomaba parte en estas conferencias, y según el mismo Sarratea me dijo, estaba Soler fuertemente alarmado por la reserva que con él se guardaba. Sin duda que Sarratea por este medio quería halagarme inspirándome confianza, pero es probable que este maniquí proteo había hablado en otro sentido, durante mi ausencia, con Soler, porque es un hombre pérfido, sin fe y estaba amilanado: natural era pues que lisonjease a uno y otro partido mientras no sabía el que iba a entonar el canto de la victoria. Sarratea se resistió a permitir que Soler fuese arrancado de su casa, y me repitió que era una medida demasiado violenta, que comprometía su delicadeza y carácter, y que además era necesaria porque el hombre (Soler) estaba asustado y ni por la imaginación se le ocurría tomar medidas de resistencia. Me volví a manifestar cuanto deseaba que fuésemos felices en nuestra empresa para ponerle él el sello de su sanción y legalizarla, y para verse libre de aquel tigre (Soler); y por más que insistí en su extradición presentándole la garantía de que era portador no conseguí que accediese a mis instancias: tuve que decirle que se exponía a que hiciese salir por la fuerza al general, empleando las armas; pero ni esto fué bastante a disuadirlo de su propósito. Entonces me retiré a dar cuenta a Alvear, y pasé delante del general Soler al que saludé aten-

tamente, y del mismo modo me contestó. Conocí que estaba profundamente afectado pero mudo como una estatua.

Cuando entré en el cuartel de Aguerridos salió a recibirme el coronel Pagola jefe del escuadrón de caballería denominado Colorados de las Conchas. Era Pagola un amigo bre pérfido, sin fe y estaba amilanado: natural era pues que acalorado de Soler, uno de sus principales seides, y sin embargo el único de los jefes que se había negado a firmar la garantía: me dijo Pagola con tono de sorpresa y reconvencción "¿Qué, todavía no trae usted a ese tigre (por Soler); todavía lo deja usted en casa del gobernador?" "¿Y con qué fuerza, le contesté, podía yo obligarlo a salir de aquel refugio?" Alvear y los jefes oída mi relación resolvieron que fuese otra vez a casa de Sarratea e hiciese entender a éste cuanto se exponía con su resistencia, y que si en ella insistía, bien que a su pesar, iban a mandar fuerza armada y a allanar su casa.

Cuando llegué a casa de Sarratea se representó igual escena que en las dos visitas anteriores, siempre nos recatamos de Soler para hablar en la pieza inmediata a la que el general se encontraba, y esto, como ya he dicho, aumentaba sus aprehensiones: debía efectivamente creer que Sarratea estaba en perfecto acuerdo con los sublevados. Sarratea resistió a entregarme al general con la misma tenacidad que anteriormente, la amenaza de que hice uso le causó una fuerte impresión, pero con su sistema favorito de evasiones y sutilezas debió lisonjearse que a tanto extremo no nos avanzaríamos. Yo no tenía poder ni órdenes para hacer efectiva la amenaza en aquellos momentos: Alvear y los demás jefes querían evitar si era posible un paso tan escandaloso, —el allanamiento de la casa del gobernador. Así es que me despedí de éste; pero al pasar por la habitación donde Soler estaba, paso imprescindible según la disposición del local, Sarratea me invitó a tomar té: yo acepté: serían las cuatro de la mañana y ya las fuerzas me faltaban porque no había cesado de andar a caballo toda la noche, y las dos anteriores tampoco había dormido, ocupado de los preparativos de la revolución, en la que era yo el principal agente, como íntimo amigo de Alvear y de Sarratea, relaciones que me constituían en la posición más feliz para ser el intermediario más a propósito.



Me habían hecho volver a casa de Sarratea ampliando todavía más la garantía otorgada a Soler, pues se expresaba en ella que el procedimiento contra su persona se reduciría a tenerlo algunos días embarcado en alguno de los buques fondeados en la rada, o cuando más enviarlo por poco tiempo a Montevideo donde permanecería hasta tanto que cesase el movimiento que hacía necesaria la medida de alejar su persona de la escena; y que el gobierno atendería, en tal caso, el general desterrado con su sueldo para que pudiera sostenerse con decencia. Sarratea oyó estas proposiciones que yo le transmití personalmente y todavía opuso resistencia: le convenía aparentar con Soler cuanto desaprobaba nuestra conducta, cuan contrario era a nuestros proyectos, bien que al mismo tiempo me asegurase a mí que nada lo lisonjearía tanto como verlo separado del mando y subrogado por Alvear. De este modo conciliaba sus intereses porque cualquiera triunfase claro es que continuaría en el gobierno, que era lo que más le interesaba. Todo esto había pasado ya al tiempo de despedirnos y como me había olvidado de hacer mención lo he intercalado, bien que fuese una escena anterior a la invitación para tomar te.

Mientras éste se servía, Soler que hasta entonces no había desplegado sus labios, con tono plañidero se dirigió a mí: "Señor Iriarte, me dijo, que les he hecho yo a ustedes para que con tanta obstinación me persigan?" "Señor general, yo no soy más que un comisionado, hago lo que se me manda, y no puedo satisfacer la pregunta de usted, puedo sí, asegurarle que nada tiene que temer contra su persona: todo estará reducido a separarlo a usted de la escena por poco tiempo; y usted comprenderá fácilmente, como hombre de revolución, cuán necesaria es esta medida en el interés de los jefes que dirigen el movimiento: la persona de usted les estorba por ahora". "¿Y adónde intentan conducirme?" "Yo creo que por lo pronto a un buque de la rada, y tal vez después a Montevideo". "¡A Montevideo! ¿y cómo subsisto yo allí?" "Con los auxilios que se le señalarán a usted". Después de este diálogo, y sin hacer en él mención de las expresiones lisonjeras con que Soler me favorecía, haciendo de mí un panegírico y el aprecio con que siempre había hablado de mis méritos, servicios etc., reinó un profundo silencio: el general estaba visiblemente conmovido, y aún me pareció que algu-



nas lágrimas humedecían sus pórpados. Lástima y al mismo tiempo desprecio me inspiraba ver tanta pobreza de espíritu en un guerrero veterano de la revolución. El general Soler renovó sus plegarias con tono plañidero, y por toda contestación le dije: "General, le aconsejo a usted que vaya a embarcarse, que no se resista, porque me sería muy sensible usar de la fuerza; sería un espectáculo bien desagradable el que usted ofrecería marchando por las calles de Buenos Aires custodiado por soldados. Es tiempo todavía de evitar el escándalo, pero dentro de poco será inevitable porque muy pronto va a amanecer". Soler parecía que meditaba, y después de una corta pausa se levantó arrebatadamente, y ciñéndose su espada, profirió con tono de exasperación: "Vamos a embarcarnos". Se despidió de Sarratea con visibles muestras de desabrimiento: yo lo acompañé hasta el zaguán donde estaba tendida la guardia que defendía su persona y dirigiéndome al capitán del Campo con tono de autoridad ejecutiva le dije: "Acompañe usted al general hasta el muelle, allí encontrará usted un bote del corsario ..... capitán Jwaits que debe conducirlo a dicho buque". Monté a caballo y me dirigí al cuartel de Aguerridos. Del Campo obedeció mi orden, y el general Soler fué conducido hasta el corsario, cuyo capitán (norteamericano) nos era muy adicto, y muy singularmente a Carreras, y teníamos en él plena confianza.

Había yo afrontado grandes peligros poniéndome en manos de mis enemigos; y no he cesado de admirar como el capitán del Campo, tribuno de la plebe, hombre vano de un carácter violento para quien el general Soler era un ídolo, del Campo tan acalorado enemigo de Alvear y de su partido, estando yo en sus manos no cometió conmigo un atentado; como los cívicos tan decididos y acalorados partidarios de Soler, los cívicos que tanto odio profesaban a Alvear, no me despedazaron. Por lo que hace a del Campo, él creía que no era prudente oponer resistencia a nuestros proyectos, veía la revolución consumada, nos suponía un gran poder que en realidad no teníamos, porque ya he dicho que esta fué la **jornada de los engaños**; y con respecto a los cívicos del segundo tercio que eran hombres frenéticos y desalmados, infiero que del Campo los contuvo haciendo uso del ascendiente que sobre ellos tenía.

Yo había obrado sin reflexión, tan cierto es que esta perjudica y paraliza las grandes acciones en que la vida se arriesga. Dos impulsos me impelían, mi carácter caballeresco efecto de mi educación y de mis pocos años; y el deseo de llevar a cabo una obra a que voluntariamente me había ofrecido y cuyo buen éxito era de tanta importancia, como siniestro un mal resultado. Llené mi objeto y quedé airoso, y con la fortuna de no haber conocido en aquellos momentos de exaltación febril la inminencia del peligro; había marchado por un precipicio durante toda la noche, pero sin que mi vista lo percibiese. Hice un gran servicio a la causa de los sublevados, que también era la mía: todos admiraban mi resolución, y yo rebozaba de contento y vanidad, me creía un héroe; y esto era a cuanto yo aspiraba, la nombradía.

## **CAPITULO XLVII**

### **EL TRIUNFO DE ALVEAR**

Soler estaba pues embarcado, y nuestro prospecto era brillante. Cuando el sol iluminó la ciudad, nos encontramos triunfantes y sin haber sufrido la más leve resistencia. En todas las parroquias se habían establecido mesas para que los ciudadanos fuesen a votar por la elección de Alvear para el mando del ejército, y el número de los votantes fué considerable. Notable era la afluencia de ciudadanos en el cuartel de Agueridos: parásitos y hombres de la revolución que iban a saludar el sol naciente. Fuí comisionado por los jefes todos para ir a casa del gobernador Sarratea a recabar de él extendiese según había prometido el nombramiento de general en favor de Alvear, puesto que el éxito más feliz había coronado nuestra empresa, que era la condición requerida por Sarratea durante la noche para firmar aquel despacho. Pero Sarratea se negó a hacerlo, diciéndome que aún no era tiempo, que se observaba gran inquietud y movimiento en los cívicos, y que en el caso de una reacción estaba en nuestros intereses, que, por haber él aparentemente conservádose

neutral, pudiese continuar en el mando para atenuar la noticia de nuestra caída. Sutilezas del pérfido Sarratea; el hecho es, que él temía mucho la ambición de Alvear, no lo consideraba muy seguro y estaba ya trabajando para derribarlo cuando recién había puesto el pie en el primer escalón. La resistencia de Sarratea al paso que sorprendió mucho a Alvear, lo alarmó sobremanera, él contaba con la sanción gubernativa para desvanecer algún tanto el calor de motín militar que aquella jornada tenía, y para robustecer su poder físico y moral, para afirmarse en el mando. Había querido parodiar a Napoleón en su jornada del dieciocho de brumaire, pero no tenía una cabeza y un corazón como aquel grande hombre; sabía las funestas impresiones que había hecho en el pueblo de Buenos Aires la revolución de abril del año quince; sabía cuanto era odiado por la multitud, las clases inferiores del pueblo, y por los hombres que favorecidos por él le habían vuelto la espalda y contribuido a su caída en el momento del peligro. Alvear por todo esto, conocí que empezaba a asustarse: estaba como enclavado en el cuartel de Aguerridos, y no tomaba ninguna medida eficaz, no daba uno de aquellos grandes golpes decisivos en las grandes crisis, sus pasos todos estaban marcados por frívolas e insignificantes maniobras, paliativos que descubrían el apocamiento de su alma, y contribuían por lo tanto a inspirar osadía a sus contrarios estimulándolos a intentar una reacción. Fuí por segunda vez a casa de Sarratea y siempre con el fin de hacerle firmar el nombramiento de Alvear; pero no pude obtener del maniquí gobernador sinó palabras almibaradas, evasiones, subterfugios, y traidoras protestas de amistad: el pérfido trabajaba ya so-capa para exterminarnos.

Sarratea tenía de mí la mejor opinión desde la persecución que, a la par de él había yo sufrido en tiempo del director Pueyrredón; la constancia y lealtad con que había soportado el peso de mis infortunios me había dado cierta celebridad. Después había estrechado mucho mis relaciones con Sarratea, visitaba su casa con frecuencia y estaba bajo el pie de una familiaridad la más amistosa. Doña Melchora, la hermana predilecta de Sarratea, había formado de mí un alto concepto; y sobre todo, ambos hermanos creían haber hecho una adquisición teniéndome a su devoción; que tendrían un agente seguro, activo e inteligente para los planes

ambiciosos de don Manuel que doña Melchora acaloraba. Por mi parte, estaba muy pagado de las distinguidas demostraciones de afecto que de ambos recibía; Sarratea había hecho gran figura en el país ocupando los destinos más elevados, y era generalmente reconocido como una de las capacidades más encumbradas. Como yo era tan joven, él se había lisonjeado que me dominaría con su ascendiente, y efectivamente lo tenía sobre mí; pero no, él no me había comprendido bien, ignoraba sin duda que yo empezaba a tener opinión propia, a juzgar de las cosas por mí mismo, y que mi carácter no me permitía hacer traición a mis convicciones. El debió tal vez creerse uno de los muchos hombres que se amoldan, que se prestan a todas las exigencias por hacer carrera en la revolución; pero se equivocaba; ni entonces ni nunca he sido lo que propiamente se entiende por "hombre de revolución" o, traducido literalmente un "proteo": a este respecto carezco de flexibilidad; y bien caro me ha costado. Desde que me apercibí de las bajas maniobras de Sarratea, empecé a abrigar contra él un fuerte desprecio: tanta falacia, tanta inmoralidad me causaba náuseas. Alvear me había considerado como la persona más adecuada para neutralizar en el ánimo de Sarratea la impresión que pudiera causarle el conato de aquel a elevarse; y Sarratea juzgaba también que yo era resorte más adecuado para fascinar a Alvear, teniendo como tenía la opinión de que yo admiraba sus cualidades (las de Sarratea), sus talentos, y que lo creía decidido en favor de Alvear. De modo que naturalmente y sin que yo lo advirtiese, me encontré revestido del rol de principal y casi único agente de la revolución, y de persona intermediaria entre los dos aspirantes al mando supremo, porque es claro que a tanto aspiraba Alvear, y Sarratea tenía sobrada razón de asustarse en verlo elevado al mando del ejército, pues éste le había facilitado a Alvear el acceso a aquella altura.

Si me he detenido en estos pormenores, y en la manifestación minuciosa de cuanto ocurrió en mis repetidas entrevistas con Sarratea, es porque si no lo hiciese quedaría todo cubierto con el velo del olvido, inapercibido, porque nadie como yo podía entonces dar noticias tan circunstanciadas de la época en el pasaje a que me refiero; y puede juzgarse de esta verdad por el tenor mismo de las escenas privadas que he referido. Yo no veía entonces los objetos sino al través de

un prisma deslumbrador; mi imaginación era fantástica, a la heroica, vivía de ilusiones, de quimeras; todo lo que se presentaba grandioso me deslumbraba, y como a don Quijote, **las ventas me parecían castillos**. Cuando más arriesgaba en las aventuras, más me halagaban, mayor era mi anhelo en correrlas y que nadie se me pusiese adelante para ir a los peligros. Confieso que engolfado así en un **piélago romántico**; he tardado mucho en abrir los ojos, en conocer la verdad, en saber cual era para los actores principales el objeto único de la revolución, saciar la ambición y la avaricia, por eso he medrado tan poco y he sufrido, estoy sufriendo tanto: verdad es que si el desengaño hubiera venido mucho antes, no podría decir ahora si de él habría sacado buen partido; me parece que no, porque mi educación, mis principios, mi carácter, mis hábitos y mis naturales inclinaciones son anti-páticas con todo lo que es innoble e indigno; y nunca he deseado elevarme a tanta costa.

## CAPITULO XLVIII

### DON HILARION DE LA QUINTANA

Entre los generales detenidos en el cuartel de Aguerri-dos y que durante la noche habían sido arrestados, se encontraban don Hilarión de la Quintana, ministro de la guerra del gobernador Sarratea. Pocos días hacía que había tenido un lance muy violento con este personaje: me había llamado a su casa para insultarme con los más groseros de-nuestos, desenvainó un sable para herirme y lo contuve con un cortapluma que encontré sobre su despacho, única arma que pude oponerle; en seguida me amenazó con hacerme atar con soldados; y efectivamente dió la orden delante de mí a uno de sus ayudante para que condujese al intento cuatro soldados y un cabo. Un ataque tan violento, tan des-comedido y soez; las injuriosas palabras con que sin cesar me apostrofaba en su misma casa y abusando de la superioridad de su clase, su alto destino y de la seguridad con que

lo hacía rodeado como estaba de defensores, me pareció tan infame, tan vil, que experimenté una especie de enajenamiento, una violenta conmoción interior que elevó mi sangre a la cabeza; y como considerase que Quintana era muy capaz por todo esto de hacerme efectivamente amarrar, no considerándome ya seguro si permanecía más tiempo en su casa, traté de despedirme y lo hice dejándolo ensangrentado. Era esta una contestación debida a tanto ultraje; y aunque me fué sensible un tal lance, me consolaba, sin embargo, con la conciencia de que ni yo lo había provocado, ni me había sido posible evitarlo con aquel rufioso; y también porque la defensa es de derecho natural. Quintana alegaba su generalato, su ministerio de la guerra, pero el pobre quedó muy estropeado. Y yo cierto de que nadie me culparía porque eran proverbiales los descomunales arrebatos de aquel funcionario, así como la cortedad de sus facultades intelectuales, no obstante el alto puesto que ocupaba y sus servicios continuos en la revolución. Habrá sido el agente principal de la victoria de Maipú, en cuya batalla mandaba la reserva del ejército Americano y después elevado al alto rango de director general interino de la República de Chile. Los motivos de Quintana no eran otros que haber sabido que yo censuraba su conducta y su enemistad hacia Alvear; después diré los que por propia confesión él creyó que yo había tenido para proceder contra él tan hostilmente. Y se equivocaba; no tuve yo otros motivos que los de un hombre cualquiera que se ve forzado a rechazar una agresión temeraria e injusta, aunque sea con las manos cuando carece de otras armas y es forzoso para defenderse con ventaja tomar una pronunciada ofensiva. Poco después de este lance, que hizo gran ruido, me creí obligado por las leyes del honor a ofrecer a Quintana una reparación correspondiente invitándolo a un duelo; pero el no admitió por lo pronto mi invitación, en razón, decía, de tener tres compromisos de honor más antiguos que el mío; uno con Sarratea, otro con Soler y el tercero con don Juan Pedro Aguirre (ex Director Supremo); que estaría pronto después que hubiese evacuado estas citas. La excusa no podía ser más peregrina; era ultra ridícula hasta por dos de los antagonistas, Sarratea y Aguirre. La cosa quedó en nada y yo me hice más espectable; después de una aventura tan estrepitosa, quedé asumiendo el carácter que

más anhelaba por conquistar, el de atrevido; y esto da respeto en la sociedad y produce cierto grado de consideración, un prestigio que es muy valuable y muy particularmente en la carrera militar. Quintana, pues, estaba arrestado, y afectándome mucho la idea de que él y otros pudieran hacerme la injusticia de sospecharme capaz de haber promovido su arresto mediante la amistad e influjo que tenía con el jefe de la revolución, Alvear; me dirigí a éste pidiéndole la libertad de Quintana, y manifestándole los motivos que tenía para solicitarla con empeño. Alvear resistía acceder a mis ruegos porque abrigaba fuertes prevenciones contra Quintana, no sólo por la conducta hostil de éste sino por los vínculos de amistad y parentesco que Quintana tenía con el general San Martín, cuyas glorias siempre han mortificado el amor propio de Alvear. Pero por último accedió a mis reiteradas instancias y yo fui en persona a anunciar a Quintana que estaba en libertad y podía retirarse a su casa cuando gustase. Quintana, después de un corto silencio, prorrumpió en una solemne exclamación. "¡Es posible Iriarte que se haya usted conducido conmigo a un tal extremo (aludiendo al lance referido): yo creo que usted se había enloquecido". "Señor don Hilarión, le contesté, siento en mi alma que usted renueve el recuerdo de un suceso tan desagradable que quisiera olvidar; pero yo no estaba loco, la agresión de usted fué la más violenta y usted me comprometió; ¿puede usted imaginarse que exista un ser tan degradado que soportase con calma tanto denuedo, tanto insulto y amenazas como usted me prodigó! pero dejemos este asunto, es preciso olvidarlo. He conseguido la libertad de usted y si no tiene usted inconveniente le daré una prueba de que en mi corazón no han quedado impresiones de animosidad hacia usted; desearía tener el honor de acompañarlo hasta su casa". La contestación fué tomarme el brazo y salir a la calle. Por el camino volvió Quintana a tocar el mismo tema. "Yó creo, me dijo, que usted ha tenido otro motivo que el de los celos por M. M...; pero le aseguro a usted que son infundados". "Ni pensarlo es bueno mi querido general; ¿puede usted imaginarse que yo con mis veintitrés años pueda temer a usted que tiene cerca de cincuenta como competidor?, que yo hombre soltero pueda abrigar celos de un hombre casado cuando el objeto es una niña de quince años? Lo que hay de cierto



es que hace ya algunos meses, y usted lo sabe, que he roto mis relaciones con esa señorita, que las he roto libre y espontáneamente y de mi voluntad propia y que me es absolutamente indiferente que usted o cualquier otro la galanteen; no, esté usted seguro, por eso no hemos de dejar de ser amigos si usted quiere desde ahora admitir mi amistad". "Usted me engaña, yo se que M... está muy apasionada de usted". "Yo también lo he estado de ella, pero creame usted, hace tiempo que no existe relación recíproca". Llegamos a casa de Quintana que vivía en frente de la niña y a la que efectivamente galanteaba, poniéndose en ridículo. Quintana me invitó a entrar y admití: quiso ocuparme del asunto del día; de la revolución, de su arresto, pero yo eludí la conversación y me despedí de él bajo el pie de la renovación de nuestra antigua amistad.

## CAPÍTULO XLIX

### EL SISTEMA FEDERAL

En el cuartel de aguerridos todo estaba en movimiento y confusión: noté que Alvear estaba muy indeciso sobre el partido que debía tomar, que estaba en suma muy asustado y esta fué la primera impresión desfavorable que recibí de mi héroe; tenía más cabeza que corazón. Yo no podía tenerme en pie, estaba muy cansado y el sueño me vencía porque hacía tres noches que no dormía y había estado en continua agitación y movimiento; y como mi presencia no era ya necesaria después de haber dado pasos infructuosos con Sarratea; como no tenía mando militar y por otro lado la revolución se había consumado con la mayor felicidad, Alvear mandaba y era obedecido, le dije que me retiraba a mi casa a descansar.

Advertiré de paso que Carreras después de haber sacado todos los chilenos que servían en los cuerpos de la capital y obtenido de Sarratea amplios auxilios en armas, vestuarios y dinero, organizó una brillante división de caballería

compuesta de setecientos hombres todos chilenos cuyo jefe inmediato era el coronel don José María Benavente; y que con ella estaba acampado en los Santos Lugares, distante cuatro leguas de Buenos Aires cuando ocurrió la revolución que voy refiriendo. La separación de Carreras de la ciudad tenía por objeto aparecer neutral en la lucha que él sabía iba a suscitarse; y estaba resuelto, sin embargo, a proteger a Alvear en caso necesario y siempre que para ello no fuese necesario hostilizar a Sarratea a cuya autoridad debía el poder militar que había adquirido y el armamento de sus setecientos compatriotas. Escalón primero e indispensable para la empresa que proyectaba sobre la República Chilena, su país natal, de donde estaba desterrado y que era el blanco, el objeto más caro de todas sus operaciones y el motivo de su alianza con los montoneros, a fin de sacar de Buenos Aires, todos los elementos necesarios. En la noche del veinticinco Carreras estaba en la ciudad, pero inmediatamente salió para su campamento a fin de estar a la mira y pronto a acudir donde la presencia de sus tropas fuese necesaria. Ramírez, que en aquella época era el héroe más espectable y más temible de la guerra civil, estaba intimamente ligado a Carreras; le había hecho éste grandes servicios y sobre todo dirigiéndolo en su reciente campaña contra el directorio, que había dado por resultado la caída de este gobierno tiránico. Ramírez, gobernador de Entre Ríos, estaba entonces en marcha para su provincia con la división entrerriana que había traído a Buenos Aires: iba al Entre Ríos a habérselas con su antiguo jefe el general Artigas, con quien estaba en guerra; por haberle negado la supremacía cuando el poder de Artigas iba ya en descenso: este caudillo se había visto obligado a abandonar la Banda Oriental derrotado varias veces por las tropas portuguesas al mando de Lecor y pasó el Uruguay con el resto de sus hordas destructoras. A Alvear le obedecían ya las tropas de la capital de la provincia de Buenos Aires, pero su nueva adquisición necesitaba sasonarse. López gobernador de Santa Fe, que también entró en Buenos Aires con Ramírez, se había también retirado a su provincia y asomaba ya cierta rivalidad entre este caudillo y el entrerriano. La provincia de Entre Ríos obedecía mal de su grado a Ramírez. En Córdoba mandaba el gobernador Bustos; y en las demás provincias, más o menos, se dejaba sentir la anar-

quía. Todos los gobernadores habían adherido con placer al nuevo orden de cosas, como que él los constituía en absoluta independencia; cada provincia se regía por sí sola, sin pacto ni vínculo legal de ningún género; la asociación se había completamente disuelto desde la caída del directorio; y a este desquicio, a este caos de anarquía y desorganización es a lo que desde entonces empezó a llamarse sistema federal. Los partidarios del directorio no se dormían y aunque caídos promovían con la máscara de la federación la discordia, para sacar de ella un buen partido en favor del antiguo sistema. Otras francamente y a cara descubierta promovían revueltas y capitaneaban fuerza armada para restablecer su preponderancia perdida. La Banda Oriental estaba militarmente ocupada por las tropas portuguesas y brasileñas, entonces en unión, y habían cesado de encontrar resistencia en los naturales desde la retirada de Artigas al Entre Ríos, algunos jefes orientales que habían quedado y entre otros Fructuoso Rivera fué promovido a Brigadier brasileño, Lavalleja a copacificación, que el gobierno del Brasil sancionó con su aprobación, y habían, a consecuencia de él, depuesto las armas. Rivera fué promovido a Brigadier brasileño. Lavalleja a coronel, y muchos otros jefes vistieron el uniforme de las tropas de Braganza, a cuyo gobierno obedecían las del país que se organizaron. Tal era el estado y aspecto político y militar de la República Argentina en el año 1820.

Pero volveré a tomar el hilo de los sucesos de la famosa revolución malograda por la timidez de Alvear. Yo había dormido profundamente. En aquella edad, no obstante mis abultados compromisos ningún cuidado me quitaba el sueño; era yo un joven inexperto dotado de un corazón ardiente y de una cabeza ligera; bastante crédulo para ver siempre las cosas por el aspecto más favorable, no tenía previsión, ni mundo; me había enfrascado en la revolución y no la conocía, tenía los ojos vendados y marchaba por entre precipicios; no sé cómo he podido salvarme del naufragio rodeado como me he visto de tanto escollo y sin medios para evitarlos, hasta sin conocer entonces la necesidad de variar de rumbo. Un amigo me despertó. "¿Cómo duerme usted sin saber lo que está pasando y el riesgo que usted corre?" "¿Qué es, pues, lo que hay?" "Que Alvear está marchando con el ejército al Retiro, es decir que abandona la ciudad y que es-

te paso imprudente va a perderlo todo". Poca penetración se necesitaba para conocer que se estaba en una verdadera crisis, que el movimiento iba a malograrse. Me vestí apresuradamente y monté a caballo, al pasar por la plaza de la Victoria, de la que mi casa distaba tan solo cien varas, yo tuve motivos para no dudar que había síntomas de una próxima reacción; claro es que evacuada la ciudad por las fuerzas de línea que habían proclamado a Alvear y dejándola libre del poder que con razón era temible, la plebe, los cívicos armados iban a concitarse contra él. Yo atravesaba aquel espacio cuadrado de ciento cincuenta varas de lado y observaba el paso de algunos cívicos armados, cuando desde los balcones del Cabildo vi que me llamaban nombrándome. Volví la cabeza y noté que el teniente coronel don Juan José Elizalde me hacía señas para que los esperase, contuve el caballo y aguardé a que descendiese. Me preguntó que a dónde iba y le contesté que al cuartel de Aguerridos a incorporarme con Alvear. "Ya está con todas las tropas en el Retiro, me dijo, y le advierto a usted que los cívicos empiezan a reunirse, vaya usted con cuidado, lo considero en peligro". Me despedí de él dándole las gracias por el aviso y tomé la dirección del Retiro por el bajo, al través del paseo público bañado por la orilla del Río de la Plata. Aparentaba yo una calma que no tenía y marchaba paso a paso mirando los grupos que se formaron luego que me presenté en aquella concurrencia pública; grupos de los que todas las miradas se dirigían a mí; me conocían y el rol que yo había jugado en la revolución pendiente. Encontré solitario sentado en uno de los bancos del paseo al capitán don Manuel Oribe, me acerqué a él sin apearme del caballo y con tono de acerva reconvención le dije cuán extraña me parecía su conducta desde la noche anterior, que era la primera vez que lo veía y que después de haber tomado una parte tan activa en el movimiento no había concurrido al lugar de la cita durante la noche, que era el cuartel de Aguerridos, pero que ni menos se le había visto presentarse durante todo el día a ofrecer sus servicios como habían hecho todos los oficiales de la guarnición; ¿"Qué significa esta conducta señor Oribe"? Este me contestó con aire contrito y compungido y usando de la mentira y artificio que forman la base de su carácter, que no le había sido posible asistir a la cita por-

que viviendo con un hombre (don Pedro Fabián Pérez) a quien respetaba como a un padre, éste cuando intentaba salir a las doce de la noche para ir al cuartel de Agueridos se lo había impedido ocultando la llave de la puerta de calle, porque decía que estragaba su salud pasando la noche fuera de casa con tanta frecuencia; y que él (Oribé) había creído prudente no insistir por no dar lugar a sospechas que descubriesen el verdadero motivo. "Pero bien, repuse, ahora está usted ya expedito: véngase usted conmigo al Retiro donde está Alvear con todo el ejército". "No es posible, me dijo, ir a pie; estoy sufriendo del pecho; voy a buscar un caballo para ir a incorporarme a ustedes". Bien comprendí que no iba a cumplir lo que me decía en aquel momento; así es que me separé de él con señales manifiestas de desprecio. Tal ha sido siempre la conducta y el fondo del carácter de don Manuel Oribé, la perfidia, la mala fe y la inconstancia: bajo un exterior hipócrita y de estudiada mansedumbre y condescendiente moderación, abriga el alma de un tigre carnicero.

Cuando llegué al Retiro todas las tropas estaban formadas y había concurrido allí un inmenso gentío; el victoreo a Alvear era incesante: era la novedad. Que no se fien nunca los caudillos de las demostraciones de afecto de la multitud reunida, de los vivas y aclamaciones del pueblo, que no se lisonjeen su amor propio y trastorne su cabeza con estos indicios aparentes de popularidad, porque muchas veces ha sucedido que este mismo pueblo tan devoto y al parecer fanatizado ha devorado a su ídolo después de haberlo arrasado a la cola de un caballo. Cuando me presenté a Alvear me manifestó que había estado inquieto por mi suerte no viéndome allí: había sinceridad en sus palabras, porque él sabía que en mi tenía un amigo fiel y decidido siempre dispuesto a sacrificarme; le había yo dado repetidas pruebas de mi devoción, en una época de degradantes defecciones en que todos volvían la espalda al desgraciado para adorar a la deidad del día, al sol nascente. Ya se ha visto que mi lealtad me había conducido cerca del banquillo: pero noté que Alvear estaba distraído y que si bien lo halagaba ver al ejército fiel, al parecer, y a la multitud victoreándolo su espíritu no estaba tranquilo: estaba asustado y no se le veía tomar ninguna medida salvadora. Debía haber empezado a comprender la imprudencia que había cometido y las con-

secuencias que podía arrastrarlo el abandono de la capital, en la que habiéndose mantenido con el ejército hubiera en el acto impedido las reuniones de los cívicos armados, habría con facilidad, sofocado los gérmenes de reacción; y ahora por el contrario sus enemigos podían poner en acción e impunemente sus elementos hostiles. Alvear se paseaba a caballo delante de las filas y del pueblo reunido en considerable número en la plaza del Retiro y recibía con frialdad los incesantes vivas que le dirigían, pues no se veía en él el entusiasmo que rebosa en el rostro y en los ademanes, no contestaba con palabras enfáticas de aparente entusiasmo, como es de costumbre en tales casos, bien que Alvear sea muy aventajado y diestro en la exhibición de esta farsa: el hombre estaba absorto, afectado de temor y yo que mucho lo conocía me apercibí de ello y en mi juicio se rebajaron mucho los altos quilates que yo suponía en mi héroe. En aquellos momentos, ¡qué contraste! los cívicos empezaban a reunirse, los demagogos agitaban al pueblo, al pueblo de Buenos Aires que tanto odiaba a Alvear; y nos llegaban noticias de síntomas hostiles y alarmantes. Yo no me separaba de Alvear, era su seide. "¿Qué juicio forma usted de nuestra situación, me dijo; qué le parece a usted todo esto?" "Me parece, le contesté, que ha sido un mal paso, muy desacertado el haber sacado el ejército de la ciudad para venir al Retiro; y que debemos temer que esta noche la población en masa tome las armas contra nosotros; y si tal sucede no debe usted ya contar con la fidelidad del ejército; empezará a obrar en él la seducción y mucho influjo tendrá también el recuerdo de la revolución de abril del año quince: créame usted, señor don Carlos, el pueblo y el ejército no han olvidado aquella jornada: ha dejado impresiones profundas. Sólo con la fuerza podían borrarse y usted acaba de malograr esta ocasión viniéndose al Retiro y dejando libre al pueblo para que obre según sus instintos e inclinaciones" "¿Qué haremos pues?" "Me parece que aun es tiempo de cortar el mal" ¿Cómo? "Regresando inmediatamente, ahora mismo, a la ciudad". "El pueblo se alarmaría, creería que entrábamos como enemigos, podría empeñarse una lucha y esto sería lo peor posible." "No veo así; usted no ha salido de la ciudad por verse obligado a ello, por hostilidades materiales, sino por error de cálculo; usted está viendo como una gran parte del

pueblo lo aclama; aproveche usted pues estos momento de entusiasmo, aunque si se quiere sea fosfórico y sin otro incentivo que el de la novedad. Levante usted la voz, haga usted protestas de sus benéficas intenciones, prodigue usted la palabrería que se ostenta en estos casos; y, luego, pongámonos en marcha para la plaza de la Victoria. Ahora es tiempo, he dicho, porque recién empieza el pueblo a agitarse, y no debe usted temer que esté ya bastante fuerte para oponer resistencia; los vecinos pacíficos, los padres, los hijos de familia se retirarán a sus casas asustados al ver la fuerza armada. Estando el ejército fuera de la ciudad, si esta noche campa aquí en este lugar, esta noche el pueblo se subleva sin remedio, mañana será un torrente imposible de contener; y el ejército no lo apoyará a usted; el ejército se va a desbandar; créame usted general Alvear, vámosno ya a la ciudad". Mientras yo hablaba, con cara de estatua Alvear me miraba y tomaba rapé; no gesticulaba, toda la acción estaba reconcentrada en sus ojos, lo demás del rostro estaba helado; yo lo conocía mucho, en aquellos momentos estaba asustado. Me dijo que lo pensaría y que era mejor suspender por entonces, que la entrada en la ciudad haría más efecto de noche o al amanecer. "Pero general, eso será cuando el incendio haya tomado mucho cuerpo, ya no podremos apagarlo y nos abrazaremos". Pero llegaron nuevos mensajes de la ciudad con noticias alarmantes y sucesivamente individuos antiguos partidarios de Alvear que venían a presentarse y a ofrecer sus servicios: otros que bajo esta máscara venían a explorar el ánimo, las intenciones del general, a espiarnos. No me fué ya posible esforzarme más tiempo para convencer a Alvear hablándole en privado.

## CAPITULO L

### EL CABILDO FRENTE A LA ANARQUIA

El Cabildo estaba entre tanto reunido y en sesión permanente en su sala capitular de la plaza de la Victoria; allí estaba también el gobernador Sarratea. Alvear trataba de



mandar una persona de su confianza para que hablase con aquel cuerpo semi-soberano (todavía no existía la Junta de Representantes), y yo me ofrecí a desempeñar esta importante y arriesgada comisión. Habría peligro en ello, y esto constituía para mí el mayor y más poderoso estímulo; tan imprudente era que los buscaba; era que me devoraba la vanidad y la irreflexión de mis pocos años; pero ¿por qué no lo he de decir también?, había nobleza en esta mi tendencia favorita a hacerme espectable, deseo de gloria, de nombradía; y yo creía entonces que servía a la patria ¡qué error! era instrumento ciego de un aspirante ambicioso, ultraambicioso, descomunal, de Alvear, cuyos conatos de engrandecimiento personal, no eran muy santos como he conocido más tarde. Fui pues nombrado: el objeto principal de esta misión era pedir la ratificación de la elección que el ejército había hecho en favor de Alvear y que esta ratificación fuese autorizada con la firma del gobernador y de los miembros del Cabildo; las protestas de adhesión y obediencia que yo debía hacer en nombre de Alvear; y en fin la parte accesoría y los preámbulos diplomáticos quedaron consignados en la relación que voy a hacer de todo lo que pasó en el acto de desempeñar mi embajada. Todo era verbal por entonces y yo tenía carta blanca; estaba autorizado por el general para decir al Cabildo y al Gobernador todo lo que creyese que conducía a persuadirlos, y a obtener el fin que se deseaba. Sabía Alvear que yo estaba bien impregnado, bien instruido de todo, y tenía buena opinión de mi lógica palabrería. Cuando entré en la ciudad todavía era de día y se notaban ya síntomas de próximo movimiento; los cívicos armados que atravesaban las calles y la agitación del pueblo, la ansiedad de los semblantes de hombres, niños y mujeres, mostraban muy a las claras que había habido citación, y que se veía venir muy próximo un gran conflicto.

Subí a la Sala Capitular, allí estaban los padres de la patria en sus curules y Sarratea a la cabeza; se notaba en sus semblantes un gran aire de solemnidad: don Ildefonso Ramos Mejía, Alcalde de primer voto, y el "factotum", a lo que pude observar, me mandó tomar asiento. Di principio a mi embajada. A nombre del ejército pedí que el Gobernador y el Cabildo pusiesen el sello de su sanción a la elección que se había hecho en el general Alvear para mandar el ejército

de la capital. Abundé, en nombre de mis comitentes y del general Alvear, en protesta de adhesión, respeto y obediencia al gobierno y autoridades legalmente constituidas. Que el movimiento lejos de tener por objeto atentar contra el gobierno estaba calculado para afianzarlo y robustecer su acción moral, su poder y prestigio amagados por un carácter como el del general Soler revestido del mando militar, y con manifiesta propensión a menoscabar con sus avances depresivos y frecuentes el respeto que era debido a la primera magistratura de la provincia, con peligro de las libertades públicas y del orden social. Que el general Soler más de una vez había dado prácticos testimonios de tal propensión, que él aspiraba al mando supremo, creyendo que el ejército sería instrumento de su ambición, pero que éste no lo quería, lo rechazaba, y repugnaba tenerlo a su cabeza. Que el recuerdo de la protección que encontró en el general Alvear en la época que lo mandó, y los desvelos y capacidad de este jefe para conservarlo en un pie de disciplina e instrucción necesaria para hacer frente y combatir a los enemigos exteriores, habían hecho a este jefe popular en todas las clases del ejército; el que desde la separación del general Alvear había conocido, comparando con aquella su situación actual, y cuanto ésta era inferior bajo todos respectos. En fin que, como una prueba inequívoca de las puras y patrióticas intenciones del general Alvear y de todo el ejército, pedían al Gobierno y al Cabildo que marchasen en cuerpo al Retiro para ponerse a la cabeza del ejército y hacer de este modo su entrada solemne en la ciudad. Que de este modo los ánimos de los ciudadanos todos se tranquilizarían; porque esta pública demostración ofrecería la más eficaz garantía del perfecto acuerdo y buena inteligencia que reinaba entre las primeras autoridades de la provincia y el general del ejército; y esta unión sería la prenda más segura para conservar el orden público. Que en manos del Gobierno y del Cabildo estaba la suerte del país, puesto que admitiendo la petición que respetuosamente se hacía por el general y todo el ejército, se evitaría un gran conflicto, que era mucho de temer si se rechazaba, porque era en extremo peligroso oponerse a la voluntad de los hombres que estaban con las armas en la mano, y mucho más concitar contra ellos al pueblo, pues empezaba ya a hacerse público que éste principiaba a ar-

marse, sin que el Gobierno ni el Cabildo lo impidiesen, tolerancia que inducía a creer no sólo que lo autorizaba; sino hasta aparecía como una medida gubernativa; todo lo que podría traer los más funestos resultados. Sobre lo que el General y el ejército todo desde aquel momento ponían a salvo su responsabilidad. Por último, manifesté a aquellos caballeros que otra prueba no menos eficiente del noble estímulo que animaba al General y a los Jefes del ejército, era la formal proposición que hacían, dado caso que el Gobierno y el Cabildo no admitiesen la primera, de establecer sus cuarteles a distancia de la ciudad, aumentar y organizar el ejército para marchar al Alto Perú contra el ejército español que aún amagaba la independencia de la patria; y que el Gobierno proporcionase todos los auxilios y recursos necesarios para tan loable como útil empresa. De cualquiera de los dos modos, concluí, el General y el ejército habrán completamente desvanecido las impresiones siniestras, pero infundadas, que el movimiento pueda haber producido en los espíritus alarmados con el aparato de las armas, bien que estas no se trate de emplearlas contra el Gobierno ni nuestros ciudadanos, sinó en pro de la causa común, la libertad y la independencia de la tierra". Así acabó mi arenga. Un silencio profundo, y me atreveré a decir sepulcral, reinó después que hube acabado de hablar. El mensajero no llevaba credenciales, pero no eran momentos aquellos para cortapizas y filetes diplomáticos; las circunstancias eran graves, solemnes en demasía: yo era conocido, y todos sabían, habían visto la parte importante que tenía en el drama que se representaba, y mi íntima amistad con Alvear. El gobernador Sarreatea tomó la palabra. "El Gobierno y el Cabildo, dijo, no pueden admitir tales condiciones, derogarían de su dignidad si diesen a las exigencias irregulares, subversivas y tumultuarias del general Alvear y del ejército, su beneplácito dejaría un precedente funesto para lo sucesivo, un mal ejemplo que sería fecundo en la reproducción de otros igualmente funestos y trascendentales. La autoridad ha sido conculcada, y la violencia y el desafuero han sustituido al proceder tranquilo, impasible y ordenado de la ley. Se ha abusado de la fuerza armada para entronizar el desorden, la insubordinación y todas las calamidades que son consecuencia de un tal medio. Se ha desviado el uso de la fuerza armada de sus

únicos fines: la conservación de la tranquilidad y orden interior, y la defensa del territorio contra un poder extranjero. El Gobierno y el Cabildo no pueden sancionar tan ilegales y atentivos actos; y no pudiendo contrarrestar la fuerza que la amenaza desde el Retiro, por toda contestación al mensaje que usted ha traído le dice por mí órgano, para que lo trasmita a sus comitentes que, son dos los únicos caminos que el Gobierno les propone seguir para salir del conflicto actual de que es causa el ejército. 1º Que el general Alvear resigne en el acto el mando, que de hecho se ha abrogado del ejército, y salga inmediatamente del país. El ejército reconocerá al mismo jefe que ha depuesto, al general Soler. 2º Que si esto no se admite por el General y el ejército, marchen inmediatamente al Alto Perú a continuar la guerra contra los españoles. El Gobierno hasta que lleguen a su destino, ni reconocerá al General, ni prestará auxilio alguno, reservándose proveer a ambos objetos cuando vea al ejército empeñado en el territorio que ocupan actualmente los enemigos y luchando contra ellos. Pero si ninguna de estas dos proposiciones fuesen admitidas, diga usted al general Alvear y a los jefes que lo acompañan, que haga uso del poder que les da la fuerza armada, que entren en la ciudad cuando gusten, y que el Gobierno y el Cabildo no se moverán de sus puestos, y que conjuntamente con la nación entera los hará responsable de los males que se originen por tan violenta medida. Señor Iriarte, esta resolución es inalterable, dígalo usted así al general Alvear, y puede usted retirarse cuando guste". Quise hablar, pero Ramos Mejía me dijo que era excusado; que lo que me había dicho era el resultado de una formal deliberación, y que ni el Gobierno ni el Cabildo volverían sobre sus pasos, que no retrocederían. Entonces me despedí y bajé para montar a caballo y regresar al Retiro, a dar cuenta del mal éxito de mi misión.

## CAPITULO LI

### CARRERAS Y EL ALZAMIENTO DE LOS CIVICOS

El alzamiento de los cívicos iba tomando cuerpo, y no faltaron algunos que me asestaron sus tiros, porque yo co-

metí la imprudencia de atravesar la ciudad por las calles más públicas y concurridas, en lugar de tomar el camino del Bajo que era el menos frecuentado, y en el que se podía galopar mejor en caso de urgencia. Otros oficiales que habían venido a la ciudad oyeron también silbar las balas muy cerca de sus oídos. La resolución del Gobernador y del Cabildo, iba yo recapacitando, si bien tiene las apariencias de estar revestida de todos los caracteres de entereza y dignidad, es preciso conceder que es altamente imprudente, porque si nuestro General tuviese la mínima energía el pueblo puede inundarse en sangre. Felizmente Alvear es asustadizo, lo probó bien cuando la revolución de abril de 1815, cuando aterrado por la revolución popular se separó del ejército abandonando a todos sus amigos los jefes comprometidos que dejó entregados al furor de sus enemigos, no obstante el entusiasmo con que las tropas se manifestaban decididas a sostenerlo en el poder supremo. Tampoco podría ahora emprender nada aun cuando estuviese animado de las más bélicas disposiciones, porque los jefes y muchos oficiales del ejército han entrado engañados en el movimiento y prestándole su cooperación creyendo que no podían resistirlo, y ahora que ven la oposición y preparativos de la ciudad contra Alvear, la resistencia del Gobierno y Cabildo a reconocerlo, empiezan a separarse y muchos se han presentado ya a estas autoridades. La debilidad de Alvear, su retirada al Retiro ha contribuido mucho a estas defecciones. Efectivamente se empezaba a notar que no habían concurrido al Retiro algunos jefes y oficiales de los que se habían manifestado más decididos cuando todo iba viento en popa, y ahora que la tormenta amenazaba empezaban a amainar y a buscar buen puesto.

Pude llegar al Retiro sin novedad; ya era de noche y cuando encontré a Alvear todavía estaba a caballo aturdido y sin saber que resolución tomar. Le dí cuenta del resultado de mi comisión y le insté para que marchásemos a la ciudad, porque las reuniones eran todavía poco considerables y no estaba aún organizada la insurrección. Esperemos, me contestaba, no nos precipitemos; es decir que estaba perdiendo un tiempo precioso, porque continuamente llegaban noticias de los preparativos hostiles y del incremento que gradualmente iba tomando la insurrección del pueblo. Llegaban de

la ciudad muchas personas notables, unos a explorarnos y llevar noticias de nuestra situación, y se presentaban con la máscara de amigos; otros los eran en efecto y buscaban a Alvear para persuadirlo a que no perdiese tiempo y marchase a la ciudad con el ejército antes que el movimiento popular tomase más cuerpo y fuese imposible sofocarlo, pero la mayor parte no podían hablar con Alvear porque éste se encontraba rodeado de mucha gente que lo hostigaba en diferentes sentidos, y no era prudente que muchos de aquellos amigos, hombres pacíficos, se comprometiesen en público a dar una opinión y un consejo que podía causar su ruina si llegaba a descubrirse y nuestra empresa se malograba. Algunos de ellos se dirigieron a mí para instarme a que interpusiese mi influjo con Alvear a fin de persuadirlo a dar aquel paso; me suponían la persona de más ascendiente con el General para conseguirlo. Yo reiteré en efecto mis instancias, pero nada obtuve; noté que Alvear estaba profundamente afectado, preocupado de pavor, y últimamente ya no me contestaba; estaba lo que se llama lelo. Se había avisado a Carreras del movimiento, sus progresos y estado; y él contestó que vendría antes de amanecer al Retiro con algunas fuerzas de sus divisiones. A las doce de la noche el mal había llegado a su más alto grado; la plaza de la Victoria estaba ocupada por cívicos armados y borrachos; habían colocado algunas piezas de artillería en las boca-calles, y era grande la algazara y confusión. Pero este era sin duda el momento de desbaratar aquella turba anárquica y desordenada, porque al día siguiente sería tal vez imposible, y cuando menos, no podría efectuarse esta operación sin encontrar una formal resistencia y derramar mucha sangre. Pero Alvear se resistió siempre emplear la fuerza armada, no quería nada contra el pueblo, le temía; conocía su impopularidad. Las tropas se retiraron a descansar en sus cuarteles del Retiro, y se establecieron patrullas en las orillas de la ciudad.

No teniendo ya nada que hacer busqué un albergue para descansar. Era esto efecto de mis pocos años, y de mis hábitos militares y revolucionarios.

Carreras con algunas compañías de chilenos llegó efectivamente al Retiro antes que amaneciese; había gran perplejidad, y no se sabía lo que debería hacerse: llegaban a



cada momento noticias las más alarmantes de la ciudad; cuando el sol empezó a alumbrarnos ya estaba todo en completa insurrección, ocupando las azoteas principales de las calles que conducían a la plaza de la Victoria; ya estaban apercebidos para la resistencia en caso de ataque. Se había oído la fúnebre campana del Cabildo tocar a rebato para llamar a la población a las armas, y ésta había volado a tal reclamo. Nuestra situación era crítica, y se hablaba ya de retirada; Carreras se lo aconsejó a Alvear como único recurso, después de haberle hecho fuertes y fundados cargos por haber sacado el ejército de la ciudad, y abandonándola al furor de los amotinados. Se oían dentro de la ciudad frecuentes tiros de fusil de que la multitud armada es siempre pródiga, y por todas partes se presentaba a la vista el cuadro alarmante del desorden, la confusión, la embriaguez, y el conato más pronunciado de la resistencia. El clamoreo de la plaza y el que resonaba en las calles llegaba a nuestros oídos.

Carreras antes de la retirada, porque ésta estaba decidida, quería extraer del cuartel de artillería (hoy día mercado) cierto número de monturas que tenía allí en depósito, porque este artículo hacía suma falta en la división de la caballería chilena. Nombró para que fuese a sacarlas a su sobrino el capitán Jordán, a la cabeza de una partida de cuarenta chilenos montados; Jordán era un joven osado, atrevido y de reconocido valor; la operación era arriesgada y requería tales cualidades en el jefe y la tropa que se encargase de llevarla a cabo; porque era forzoso atravesar las principales calles de Buenos Aires, y ponerse en contacto con la plebe sublevada que abrigaba un odio mortal contra los chilenos. El peligro me estimulaba, y era lo que más aguijoneaba mi deseo de afrontarlo; así es que pedí a Alvear encargarme del mando en jefe de aquella aventurada y arriesgada expedición. Alvear y Carreras rechazaron desde luego mi petición, alegaban la incompetencia y que ya Jordán estaba nombrado para desempeñarla, pero fueron tan repetidas mis instancias y tan ferviente el interés que manifesté que hubieron de acceder, y Jordán mal de su grado se puso a mis inmediatas órdenes. Yo conseguí mi intento de ponerme en exhibición, era mi pasión dominante; no había nada que justificase mi ligereza, porque Jordán bastaba para ha-



cer el mayor esfuerzo posible, y por consiguiente era del todo inútil mi presencia. Yo marchaba de precipicio en precipicio voluntariamente, sin necesidad, buscaba entonces las ocasiones de más peligro; no se cómo he podido escapar salvo de tantas malandanzas en que me he visto envuelto por mi exagerada propensión al peligro. Todas las instrucciones que se me dieron se reducían a evitar un encuentro con el populacho armado, a no hostilizarlo sinó en el caso de una indispensable defensa. Me puse a la cabeza de mi tropa, y desde el Retiro marchábamos por una calle paralela a la de la Florida, para evitar el encuentro con los amotinados ciudadanos. A Jordán lo situé a retaguardia del destacamento, y le ordené que para cubrirlo y tener noticia de lo que dejaba a su espalda colocase dos soldados a cuarenta pasos y observasen las avenidas de las calles transversales situándose en las esquinas el tiempo necesario hasta que la cabeza llegase a las de la cuadra inmediata. Igual precaución tomé a mi frente; yo marchaba a corta distancia de los dos batidores de vanguardia acompañado del capitán de artillería don Antonio Ramírez (Macana) que accidentalmente se me había incorporado durante la marcha. Cuando llegamos a la calle de Catalanes (hoy Cangallo) distante dos cuadras del café del mismo nombre, que siempre en los alborotos populares de Buenos Aires ha sido uno de los puntos principales de reunión, los exploradores avisaron que se avistaban a distancia de una cuadra en aquella dirección, considerable número de cívicos armados, con manifiestas apariencias de miras hostiles. Me cercioré por mí mismo de la verdad, y conocí evidentemente que en aquellas reuniones se había hecho mucho uso de la "caña", casi todos estaban embriagados. Mandé hacer alto a mi tropa que no podían aun haber visto los amotinados, y previne a Jordán que la conservase oculta, que yo me iba a adelantar algunos pasos para observar más de cerca, y que si llegaba a verme comprometido me auxiliase. Jordán trató de disuadirme haciéndome entender el riesgo a que me exponía entre aquellos hombres "borrachos", pero sus advertencias fueron desatendidas, y me encaminé a paso lento acompañado de Ramírez hacia los furiosos demagogos; cuando estuve a sesenta varas hicimo salto, y saqué un pañuelo blanco. Me prometía yo un solemne desatino, persuadirlos a que depusiesen las

armas y nos diésemos un abrazo fraternal; mi poca experiencia y el calor de mi imaginación me sugerían un tal proyecto: mi espíritu quijotesco alimentado con la lectura de acciones heroicas dirigidas a nobles fines, me aguijoneaba en aquellos momentos ¿qué gloria, me decía yo a mi mismo, no voy a adquirir si exponiendo mi vida consigo apaciguar a la multitud y restablecer la tranquilidad pública? Me parecía una cosa sencilla que ellos escuchasen mis palabras con interés, y que el éxito coronase mi empresa: entonces iba yo a ser el héroe principal de aquella jornada. Los cívicos me contestaron flameando también algunos pañuelos blancos, me llamaban a gritos: "Venga usted", me decían, "no tenga usted cuidado, todos somos hermanos; no tema usted, nada le ha de suceder, acérquese usted a nosotros". Ellos venían hacia mí, lentamente, y yo que los creía, jinsensato! me adelanté al galope, siempre acompañado del capitán Ramírez que no se separaba de mi lado. Una detonación de más de cuarenta fusiles y las balas que pasaron silbando cerca de nuestros oídos me hizo comprender que estaba perdido, que escapar con vida era ya imposible; el caballo de Ramírez rodó al suelo con su jinete, y yo creí que éste había recibido algún balazo, pero inmediatamente vi que se levantó y encontró refugio en una casa contigua donde se guareció con presteza: el caballo había muerto. Los cívicos después de la descarga se vinieron sobre mí al paso de carga, y en un momento me encontré rodeado por aquella turba salvaje que me asestaba sus vírgenes bayonetas, y no pocos me dispararon sus fusiles a muy corta distancia; sin duda el estado de sus cabezas no les permitía apuntar bien, y esto debió salvarme porque el fuego era a quemarropa. Ellos estaban ebrios perdidos, era una reunión de desca- misados.

## CAPITULO LII

### EL TRIBUNO SALOMON

Con amenazas y desacompasados gritos me hicieron apeaar del caballo, y no me acuerdo la causa, pero yo que-

dé tendido en tierra, sobre el empedrado. Uno de aquellos sayones desenvainó mi espada (fabricada en el Tucumán de orden del general Belgrano, y para hacerme de ella un presente; yo la estimaba mucho) y en la idéntica postura del diablo y San Miguel iba a traspasarme con ella cuando un oficial cívico llamado Salomón, y de los más desaforados caudillos de aquella multitud desenfrenada, hizo un quite con su sable y me salvó; me levantó del suelo y mandó que no me ofendiesen, pero las balas hacían más caso de sus órdenes que sus soldados, porque una multitud silbaron a mí alrededor sin herirme. En situación tan terrible hube de volver instintivamente la cabeza, y ví un grupo de ocho cívicos que a quemarropa asestaban sus fusiles sobre mi espalda, iban a fusilarme; y en aquel momento el deseo natural de la conservación me hizo precipitar mis pasos hacia la puerta de una casa vecina, pero me resbalé sobre el empedrado por la violencia de mi movimiento, y caí al suelo en el momento que los fusiles se dispararon; sus balas pasaron sobre mí, yo estaba tendido y se embutieron en la pared: esta escapada fué milagrosa; pero los mismos cívicos que me hicieron fuego corrieron a ensartarme con sus bayonetas y en momento tan crítico acudió el oficial Salomón, se interpuso y con su voz y ademán imperioso, que aquellos hombres estaban habituados a obedecer, les mandó que se retirasen y me dejasen tranquilo, que él respondía de la seguridad de mi persona. Salomón me ofreció su brazo, yo lo acepté con placer, y nos encaminamos a la plaza de la Victoria, donde estaba la gran reunión del pueblo armado, y el Gobernador y Cabildo en la Sala Capitular.

Durante la escena borrascosa que he descripto, los cívicos dirigían también sus tiros hacia la cabeza del destacamento chileno que quedó mandando Jordán a la distancia de una cuadra; pero Jordán no contestó a este fuego; ni hizo el menor movimiento para salvarme. Si él hubiera cargado con su gente a aquella multitud desordenada, es cierto que sin encontrar resistencia lo habría completamente dispersado, y talvez me habría rescatado; y he dicho talvez, porque no sé si en aquellos momentos a algún cívico podría ocurrírsele ensartarme con su bayoneta o levantame la tapa de los sesos de un balazo, antes que permitir que yo escapase

de sus manos. Jordán dijo después que por evitar este peligro había creído más conveniente no hostilizar a aquellos hombres desaforados; y también porque esta determinación estaba de acuerdo con la orden del general Carreras de no hacer armas sobre el pueblo. Me parece que en su caso yo no habría tenido tanta sangre fría; la distancia era muy corta, ciento cincuenta varas, que se recorren en poco más de medio minuto.

Marchaba hacia la plaza apoyado en el brazo del tribuno de la plebe Salomón, y considerable número de hombres del pueblo armados nos rodeaban en todas direcciones; las azoteas de las calles por donde transitábamos estaban coronadas de fuerza armada situada allí para rechazar un ataque de las tropas del Retiro. Cuando me capturaron, algunos creyeron que era Alvear el prisionero, y esta falsa noticia llegó a la plaza; el furor y la exaltación había tomado mayor incremento con tal creencia, y se oía un incesante clamoreo de **muera Alvear, muera, muera**. Muchos se me acercaban para atravesarme con sus espadas y con sus bayonetas; pero Salomón y algunos cívicos que lo acompañaban me defendían parando los golpes; algunas veces me ví bajo una bóveda de armas blancas para herirme las unas, para impedirlo otras. Me apuntaban con los fusiles desde las azoteas y Salomón les gritaba: "c. . . . no hagan ustedes fuego, no ven que por matar a este hombre me van ustedes a matar a mí; no le tiren, yo respondo de la seguridad de su persona". Tal era mi situación, ni otra más terrible puede imaginarse que la de ser blanco de una multitud ebria y furiosa. Rodeado de tales peligros pude, sin embargo, llegar salvo a la plaza, en la que entramos por la calle de las Torres, y siempre colgado del brazo de Salomón que no me separó un momento de su lado. La **turba oculta** estaba en aquellos momentos recostada hacia el arco de la Recoba en el lado que mira al oeste; como una chispa eléctrica había llegado hasta allí la voz de que en aquel grupo que se presentaba por la calle de las Torres estaba Avear prisionero, y con la misma rapidez toda la masa frenética cargó sobre nosotros atronando el aire con furibundas imprecaciones: respiraban sangre y venganza. Apresuramos el paso con Salomón para guarecernos en el Cabildo antes que nos alcanzasen, pero por mucho que nos esforzamos fuimos detenidos

por los descamisados a la inmediación de la puerta de aquel edificio. Todos querían verme y herirme, y en un momento me encontré cercado y apretado por la plebe amotinada; tan estrecho y oprimido estaba como si me viese emparedado, no podía moverme; algunas espadas y bayonetas se esgrimían sobre mi cabeza, los que estaban más inmediatos, y que por fortuna, sólo eran curiosos impedían que aquellas armas se descargasen sobre mí, algunos hubo también que pararon los golpes. Mi protector Salomón había desaparecido y mi situación era desesperada, de un momento a otro podían hacerme pedazos. En tan amargo trance un tambor mayor español que andaba mezclado entre los alborotadores, y que se presentaba como uno de los más frenéticos y descomunales enemigos de Alvear, pudo introducir, por un claro de aquella apretura, su fusil y oprimiéndome el pecho con la boca de esta arma a punto de lastimarme la presión, disparó del gatillo; prendió el cebo en la cazoleta pero el fuego no se comunicó a la pólvora de la carga; me habría dejado tendido y a algunos más de los que de cerca me estrechaban. Habiendo errado el golpe, con furor bacanal agarró el fusil por la boca y descargó la culata sobre mi cabeza que no tenía otra defensa que una gorra de pelo de mono. El tambor mayor tenía una estatura gigantesca y sus miembros eran hercúleos, yo no dudo que el golpe que descargó sobre mí me habría aplastado; sin los obstáculos que a entrambos nos rodeaban no le hubieran impedido aplicar la fuerza con ventaja. Este hombre había sido tambor mayor en el regimiento español de Cantabria, y uno de los principales amotinados a bordo de la fragata **Trinidad** que se sublevó en alta mar, asesinó a casi todos los oficiales, y vino a entregarse (1818) al gobierno de Buenos Aires. Cuando yo estuve preso en el cuartel de Aguerridos, él era tambor mayor de este cuerpo; en diferentes ocasiones me había pedido dinero y se lo había franquado en pequeñas cantidades; no había pues otro motivo para que cometiese la atrocidad de asesinarme impunemente sino su natural ferocidad, por un lado, y por otro el deseo de hacer mérito y acreditar sus sanguinarios estímulos y decisión entre sus nuevos asociados. El murió fusilado algunos meses después en la misma plaza, y el mismo día y al lado de mi protector Salomón.

Aunque el golpe que recibí no había hecho todo el efecto que su autor se proponía, me había, sin embargo, aturdido hasta el punto de hacerme perder el uso de la palabra; pero no perdí el sentido, y aprovechando el desorden y desparramo que aquella escena había momentaneamente causado en torno mio, pude escapar entrando por la puerta principal en la casa de Cabildo sobre cuya escalera me lancé precipitadamente y seguido por algunos hombres de puñal. Conseguí llegar arriba; y en una de las salas de entrada me recibió el alcalde de primer voto, Ramos Mejía. Desde que me vió empezó a reconvenirme agriamente y hacerme cargos por mi conducta anterior, y por haber entrado recientemente a la cabeza de fuerza armada a hostilizar al pueblo (valía tanto como decir al pueblo Soberano a quien el Cabildo representaba). ¿"Cómo se ha atrevido usted a cometer tantos excesos señor Iriarte?" Mi estado en aquellos momentos era por demás desgraciado, el golpe me había aturdido, sufría dolores en la cabeza contundida violentamente por la culata de un fusil descargado por una mano robusta, parecía que me lo había hecho pedazos y me tocaba con la mano extrañando encontrarla intacta y sin sangre; por otro lado yo estaba sin habla y no podía contestar a Ramos Mejía, y me mortificaba la idea de que éste pudiese creerme asustado. Después de un corto respiro y de un gran esfuerzo que hice, pude articular con dificultad las primeras palabras. "No crea usted que estoy asustado, le dije, no he contestado a usted inmediatamente porque no podía hablar de resultados de un golpe que acabo de recibir en la cabeza. Extraño señor alcalde de primer voto que trate usted de abrumarme con sus reconvenciones sin respetar el estado en que me encuentro. Ayer cuando estuve en el Cabildo pudo usted decirme, todo esto y no lo hizo. ¿Se reservaba usted a hacerlo para cuando me viese en desgracia? No hay nobleza señor Ramos Mejía en agravar la situación de un hombre desgraciado". "No es tiempo, ni circunstancia, señor Iriarte, para entrar en discusiones; es preciso ante todo salvarlo a usted, venga usted conmigo". Lo seguí, y por el camino Ramos Mejía decía: "Jesús, ¡qué locura, qué locura!... ¿Quiere usted tomar algo?" "Almorzaría de buena gana, porque estoy en ayunas; observe usted señor Ramos Mejía que el susto no me ha quitado el apetito". "Bien pues, mandaré que le traigan a usted



café con leche. ¡Qué locura, qué locura!," no cesó de repetir hasta que llegamos a una puerta que él abrió con una llave que sacó de su bolsillo. "Entre usted en esta habitación y espere; es preciso salvarlo a usted. Ahora le voy a mandar el almuerzo". Entré y Ramos Mejía cerró la puerta. El almuerzo no se hizo esperar mucho tiempo. Estaba yo encerrado en un cuarto sin otra puerta que aquella por donde había entrado; y la luz se recibía por una alta ventana. Estaba pues prisionero en una jaula. ¿Qué pensarán hacer conmigo?, era la pregunta que interiormente no cesaba de hacerme a mi mismo; bien que yo me encontraba preparado a todo trance por cuenta que fuese, gracias a mis pocos años y a mi espíritu caballeresco.

El aire resonaba con el clamoreo de la plaza "entreguennos a ese hombre", gritaban sin cesar los furibundos proletarios: "queremos la cabeza de ese hombre". Oía yo proferir clara y distintamente desde el estrecho recinto en que estaba encerrado. Oía también qu Salomón contestaba; "no tengan ustedes cuidado, el hombre está seguro, yo respondo de él, no se escapará, aquí tengo la llave de la pieza en que está encerrado". Y sin duda debía mostrarla a aquella multitud facciosa sedienta de mi sangre. Repentinamente la puerta de mi prisión se abrió para dar entrada al gobernador Sarratea; éste la cerró interiormente y nos quedamos los dos solos. "Se le ha encerrado a usted en este cuarto, me dijo, para librarlo a usted del furor popular, ¿no oye usted cómo gritan esos hombres desaforados? Pero haremos todo lo posible por salvarlo a usted". "Doy a usted las gracias señor gobernador". "¿Ve usted amigo a que extremo nos han conducido las locuras de Alvear?: ¿está usted desengañado?" "Lo que está pasando, le contesté, no es sino efecto preciso de la marcha de usted; no quiso usted creer a sus antiguos amigos, los hizo usted a un lado para continuar rodeado de sus enemigos y ahora se encuentra usted solo y aislado. Usted señor don Manuel se ha conducido como si hubiera sido elevado al gobierno por el aura popular y olvidado que debe usted ese puesto a Alvear y a sus amigos". "Pero hombre; en momento que está usted oyendo que el pueblo pide su cabeza, que está usted en peligro tan inminente que no se si todos nuestros esfuerzos y autoridad podrán salvarlo, ¿todavía está usted infatuado con esas ideas, todavía persiste usted



en su tema?" "Si, señor, todavía, porque observo que usted no acaba de conocer su verdadera posición; usted no puede hacerme a mi ningún cargo, le pedí a usted pasaporte para Montevideo y usted me disuadió del viaje, prometiéndome que todo se arreglaría, que tuviese paciencia, que esperase, que no convenía precipitar los acontecimientos. Usted señor gobernador, es el que los ha precipitado; y créame usted, yo estoy en peligro, es verdad, pero antes de quince días, de un mes, usted se ha de ver en el mismo trance, si con tiempo no abandona el puesto y se pone en fuga. Porque no lo quieren a usted a la cabeza del gobierno, no es usted hechura del pueblo sino de los montoneros a quienes el pueblo detesta; Carreras que los dirige no lo conocía a usted para elevarlo al gobierno sin los buenos oficios de Alvear y sus amigos". Aquí fué interrumpido nuestro diálogo, las últimas palabras que recíprocamente nos hemos dirigido Sarratea y yo, porque después no nos hemos vuelto a hablar, pero ni a cambiar un saludo, cuando por casualidad nos hemos encontrado. Golpearon a la puerta; el Cabildo lo llamaba y Sarratea se retiró dejándome otra vez encerrado.

## CAPITULO LIII

### UN CALABOZO QUE SALVA LA VIDA

Yo no había mejorado la situación, el clamor del pueblo para que le entregasen mi persona continuaba con la misma algazara y tenacidad. La puerta se abrió y entró el regidor don N. Villanueva, venía revestido de su banda capitular y en traje de etiqueta, traía un manojo de llaves en su mano derecha. "Tengo orden, me dijo, del gobierno y cabildo para conducirlo a usted a los calabozos de la cárcel pública, y es esta una medida que no debe sorprenderlo a usted, porque es la única que hemos encontrado para salvarlo". "Muy bien, yo estoy en manos de ustedes". Lo seguí y descendimos la escalera principal porque desde los altos no había otra comunicación con la cárcel que estaba en el pavimento

inferior, que una puertecilla situada en la entrada del edificio —el zaguán— entre la escalera y la puerta de la fachada. El trayecto estaba sembrado de peligros, porque era indispensable atravesar la galería colmada de gente tan desahorada y enemiga como la de la plaza; pero pasamos sin dificultad sin duda por los respetos debidos al regidor Villanueva. Descendimos la escalera y estuvimos en la puertecilla sin novedad. Villanueva aplicó la llave, ¡qué fatalidad! no abría; otra, tampoco y así recorrió todas las del manojo sin mejor éxito, yo entretanto permanecía en el dintel ocultándome de unos hombres que estaban en la puerta a corta distancia y cuyos puñales se habían visto brillar en sus manos. El espesor de la pared de aquel antiguo edificio me permitía estar allí oculto a sus miradas: mi posición material era la de un santo en un nicho. Villanueva me dijo: "voy a buscar la llave y es preciso que me espere usted aquí, porque si me sigue lo descubren y entonces está usted perdido: yo no tardaré". Cedió a la necesidad, pero el riesgo que yo estaba corriendo era inminente, era una situación terrible, espantosa, pero me resigné. Villanueva volvió a subir la escalera: en cuanto se separó de mí, aquellos asesinos, que sin duda habían sospechado mi presencia, se acercaron a la puerta, iban a descubrirme y a clavarme sus puñales: yo me precipité a la escalera seguido por ellos; pero el miedo tiene alas y llegué sin que me alcansacen a la sala capitular sagrada que no se atrevieron a violar.

Estaban allí reunidos los cabildantes y encontré también algunos jefes opuestos al movimiento se Alvear, los unos que habiendo sido arrestados en la noche anterior habían obtenido su libertad, otros que se habían evadido al tiempo de irlos a prender y todos ellos, como es natural, se habían incorporado al levantamiento popular. Eran estos: don Nicolás Vedia, don Domingo French, generales, coroneles, Beruti y otros. Yo estaba en pie, porque no se me había invitado a que me sentase: el Regidor Villanueva —don Ramón— daba cuenta al cabildo de los motivos que me habían obligado a refugiarme en aquel lugar: yo era el blanco en aquellos momentos de las miradas de todos, se guardaba un profundo silencio cuando el general Vedia lo interrumpió. "Señores", dijo en alta voz dirigiéndose a los municipales y después continuó fijando en mí una mirada penetrante; amena-

zadora y severa, "o ellos son los traidores o nosotros, no hay otra alternativa; y si ellos lo son es preciso hacer perecer al que caiga en nuestras manos cualquiera que sea". La alusión no podía ser más clara y expresiva, pedía Vedia que me fusilasen, y a la verdad que, en momentos tan solemnes, cuando no cesaba el clamoreo del pueblo, "entreguennos a ese hombre y entreguennos a Iriarte", las palabras de Vedia estaban bien calculadas para decidir en un momento de mi existencia. Las circunstancias eran tan solemnes que una sola palabra podía producir una gran catástrofe, así como una chispa es muchas veces la causa primera de un gran incendio. Nadie contestó a Vedia y yo le lancé una mirada de desdén e insultante desprecio, que él debió comprender bien. En la situación en que yo me encontraba era una bajeza, una cobardía, concitar contra mí la venganza, aumentar los odios de que me encontraba circunvalado; y predisponer hasta los ánimos de la autoridad que en aquellos momentos se ocupaba de salvarme, no sólo en mi obsequio sino para evitar que el pueblo enfurecido viniese a profanar con un atentado, con mi sangre, el recinto sagrado de la sala capitular, donde tenían sus sesiones sus representantes.

Estos me hicieron entrar en una habitación a la que no se podía penetrar sin violar primero aquel santuario: o bien forzando una puerta que daba a la galería del edificio, donde los sublevados levantaban sus furibundas voces. Fué un medio de que se valieron para salvarme, pero habría sido ineficaz, si hubieran aquellos sabido mi paradero, habrían hecho pedazos la puerta y saciado en mí su furor. En la pieza donde me encontraba guarecido, había sables, fusiles y municiones, yo escogí cuatro fusiles, los que me parecieran en mejor estado y cargué cada uno de ellos con tres balas; estaba decidido a vender cara mi vida si venían a asaltarme. Practicada esta diligencia esperé mi destino con toda la calma posible en tan amargo trance; dirigí una visual por el ojo de la cerradura para descubrir lo que pasaba en una parte de la plaza que alcanzaba a ver y en el frente de la galería donde mi escondrijo estaba situado. La embriaguez en los unos y en los otros el furor estaban en violenta acción: era un pueblo frenético y desbordado: igual escena ofrecía la galería. Yo veía a mis enemigos, oía que preguntaban dónde yo estaba, algunos habían subido expresamente

a buscarme, a indagar mi paradero. Si lo hubieran descubierto no estaría ahora escribiendo estas líneas, porque me habrían devorado. Vi entre otros al capitán Ramírez, al mismo que poco antes marchando a mi lado había sufrido una descarga que mató su caballo: se había puesto una fornitura y empuñaba un fusil, sus gritos eran descompasados. "Mueran Alvear, mueran los traidores", proferían sus labios que no ha mucho victoreaban con entusiasmo al mismo Alvear; me afecto tanta degradación, tanta vileza de alma.

Vino en fin el regidor Villanueva y me dijo que lo siguiese, que no se podían perder momentos, que había habierto la puerta que comunicaba a la cárcel y que debía apresurarme a entrar por ella, burlando la vigilancia de los que me acechaban para inmolarme. La operación era en extremo peligrosa, pero preciso era resignarme a afrontar el peligro. Pasamos como una exaltación al través de la sala capitular y llegamos a la puerta, siempre con la misma velocidad. La cerró tras de mí y una vez dentro de la cárcel me encontré ya libre del puñal de mis pertinaces perseguidores. La víctima se les había escapado de entre las manos. Debo al cabildo y muy singularmente a Ramos Mejía y a Villanueva que con su activa solicitud me salvaron; y cumplo con el grato deber de declararlo.

## **CAPITULO LIV**

### **EL CORONEL PAGOLA Y EL BANDIDO RECABARREN**

Cuantos peligros había corrido en este día, 26 de marzo. Cada vez que lo recuerdo tengo a milagro el haber escapado. Me destinaron a un calabozo, pero me dejaron la puerta abierta; yo ya estaba seguro y salvo. Así pasé el resto del día y una buena parte de la noche, hasta que a las once echaron la llave a los grandes cerrojos de las dos puertas. Esta novedad me puso en alarmas y me hizo temer por mi suerte porque los asuntos se habían complicado y tomado gran incremento la efervescencia popular. Mientras estuve

comunicado no había cesado de tener noticias a cada momento de los sucesos que sucesivamente iban ocurriendo. El regimiento de Colorados —caballería— con su coronel Pagola a la cabeza se había pasado desde el Retiro a los sublevados, a los que se incorporó en la plaza. Fueron estos momentos de gran algazara y estrépito los vivas y el clamor con que la plebe manifestaba su júbilo, por esta defección llegaban hasta mis oídos. Este coronel Pagola es el mismo que en las dos noches hacía se había manifestado tan acalorado enemigo de Soler, el que me había dicho en tono de irritación, "¿qué, todavía no ha embarcado usted a ese tigre?", así son los hombres. Alvear con las tropas se había retirado a los Santos Lugares a incorporarse con las fuerzas de Carreras. Muchos jefes y oficiales habían abandonado sus cuerpos y pasado a la ciudad. Esta defección era el resultado consiguiente de la pusilaminidad de Alvear: ya he dicho que la revolución se fraguó con tal arte y destreza que debían servirnos de instrumentos los mismos jefes de los cuerpos, enemigos de Alvear, y que estos cooperaron a ella porque creyeron que era inútil y peligrosa toda resistencia, pero desde el momento que vieron cambiar de aspecto las cosas, que se apercibieron de la debilidad de Alvear y de la resistencia armada del pueblo, la abandonaron para unirse al pueblo. Pero lo que vino a aumentar el conflicto de mi situación fué el desembarco del general Soler, del general en jefe del ejército, del ídolo del pueblo contra el que yo había ejercido un gran acto de violencia, sacándolo de casa del gobernador Sarratea, lo que era un doble atentado y embarcándolo. Desembarcó antes de anoecer y fué llevado en triunfo a la plaza donde lo aclamaron y victorearon con bacanal frenesí. Desde que lo supe creí que mis horas estaban, contadas, no sólo por el tamaño del compromiso que yo había contraído, sino porque debía temerlo todo del carácter violento e irritable del general Soler y de sus arrebatos y propensiones despóticas de un ánimo exasperado. Creía que Soler me mandaría ejecutar, no sólo por saciar su venganza, sino por librarse de un testigo de su miserable pusilaminidad; porque ya he referido la escena de la noche anterior en casa de Sarratea, en la que Soler manifestó tanta pobreza de espíritu como la más débil mujer.

Ocupado estaba de tan melancólicas reflexiones cuando a la una de la noche oí abrir las puertas de mi calabozo. Confieso que en aquel momento creí que mi sentencia estaba decretada, que venían a sacarme para fusilarme en el patio de la cárcel, sin ruido ni aparato. Y mis temores se aumentaron cuando vi entrar algunos sayones armados, presididos por Mansilla, un alguacil de justicia, me resigné a todo y me revestí de entereza para que no se me creyese asustado, pero en realidad yo lo estaba, y a la verdad que con sobrado motivo. El alguacil me dijo: "señor Iriarte: sígame usted, tengo orden de trasladar a usted a otro calabozo". Obedecí siguiendo a mi conductor y me hizo entrar en él: las puertas se cerraron inmediatamente. Me encontré en un inmundo, pestífero y lóbrego calabozo ocupado por un facineroso asesino y ladrón de gavilla, un Recabarren chileno afamado en las cárceles y tribunales de justicia de Buenos Aires, por sus salteamientos e inveterada conducta criminal; un hombre que había pasado una buena parte de su vida en las cárceles o en los trabajos públicos con grillete al pie o perseguido por la justicia: tal era mi compañero de alojamiento, que a la sazón estaba con una barra de grillos. He sabido después que Soler por deprimirme había ordenado asociarme aquel malvado. Mi nueva situación contribuía a avivar mis sospechas de estar condenado a un fin trágico y a la verdad que mis temores eran bien fundados, como más adelante se verán.

Dormí una parte de la noche y me desperté por la mañana con un fuerte dolor de cabeza y atolondramiento: era efecto del golpe contundente que había recibido la víspera: sentía tan fuerte estopor en todo el sistema que llegué a sospechar si habría sobrevenido algún derrame interior de sangre en el cerebro. Estuve sufriendo algunos días tan mortificante síntoma, y muy pronto me encontré bueno y sano sin haber hecho remedio alguno. Lúgubre en extremo y sucia por demás era mi prisión; ni tenía más luz que la muy escasa que entraba por una pequeña ventana con reja situada sobre la puerta y a tanta altura que con dificultad podía subirse hasta ella para respirar un aire más puro y distraer la vista con las escenas del patio de la cárcel: para leer, aun de día se necesitaba luz artificial: las paredes de dos varas en espesor estaban interiormente embardunadas con figuras

groseras y letreros obscenos, escritos con carbón. Me parece que aquella habitación no se había blanqueado desde la construcción de todo el edificio. El techo era abovedado, pues apenas se apercibía esta forma en un fondo oscuro por la falta de luz. En la puerta exterior hacía su servicio un centinela de la milicia cívica: imposible parecía evadirse de aquella infecta mazmorra. El famoso Recabarren me ofreció sus servicios, porque él, decía, aunque estaba con grillos era muy baqueano y tenía muchos recursos para hacerme servicios importantes a pesar de nuestra incomunicación. Se subió a la ventana con la mayor agilidad por medio de una cuerda que al intento estaba asegurada a la pared. Desde allí hablando con cuantos paseaban, presos que durante el día podían pasear por los patios, se informó de las ocurrencias del día anterior y del momento, todo con el objeto de comunicármelas y para que yo estuviese impuesto de cuanto pasaba. Por el modo de expresarse y por las contestaciones que recibía acompañadas de expresiones de respeto y deferencia, conocí muy luego que Recabarren entre los de su ralea era considerado como un personaje de importancia, —era el rey de los presos— el más distinguido de los malhechores por su capacidad profesional.

Muy pronto estuve al corriente de los acontecimientos que más me importaba saber. La noche antes, luego que Soler desembarcó, preguntó por mí: supo que yo estaba preso y se irritó altamente cuando le dijeron que no estaba cerrada la puerta de mi calabozo; inmediatamente mandó llamar a su presencia al alcaide de la cárcel; cuando éste se presentó a Soler estaba el general cenando, lo ultrajó con palabras descompasadas y ademanes violentos, lo reconvinó por haber tenido abierta la puerta de mi prisión, y la escena concluyó por tomar Soler un cuchillo de la mesa y correr arrebatadamente tras del pobre alcaide, al que sus piernas pudieron librar de ser asesinado por el general demagogo. Tal era el motivo de mi encierro y traslación de la noche anterior; y a la verdad que el conocimiento que tuve de esta ocurrencia me convenció más, que yo estaba destinado a ser víctima del encono y venganza de Soler, que en aquellos momentos era árbitro supremo de la voluntad del pueblo. Supe que en los Santos Lugares el ejército, con la mayor parte de sus jefes y oficiales y sugeridos por éstos, habían abandonado a Al-



vear y regresado a la ciudad; que con Alvear habían quedado más de cincuenta jefes y oficiales bajo la protección de Carreras: y que éste con todos ellos se habían puesto en retirada a marchas forzadas para alcanzar a Ramírez, que con su división marchaba ya inmediato a la frontera de la provincia de Santa Fe. Se acababa de promulgar un decreto de proscripción contra Alvear y todos los argentinos que se habían complicado en el movimiento debían sufrir un juicio para esclarecer su conducta. ¿Qué esperanzas podía yo abrigar después de tan funesto desenlace? Estaba sufriendo las consecuencias de mi exaltación e imprudencia; mi fin podía ser bien funesto: había sido **el pavo de la boda**. Tales eran mis tristes presentimientos y por desgracia demasíadamente bien fundados. Pero mis pocos años y el espíritu bien templado que jamás me ha abandonado en los mayores peligros y desventuras de que me he visto rodeado en el curso de una vida bien borrascosa, me hacía soportar con constancia y entereza el peso de mi adversidad: era imponente y cruel mi situación.

Recabarren era un hombre de grandes recursos, dormía sin grillos porque tenía la habilidad de deshacerse de ellos con la mayor facilidad, bien que fuesen los anillos estrechos y bien remachados, pero aún sin quitárselos estaba tan familiarizado con estos compañeros de su vida que no le oponían gran obstáculo para maniobrar ágilmente. Me fué muy útil este hombre porque mediante él pude comunicarme con mis amigos y parientes de la ciudad, y esto era indispensable para facilitar la fuga de la que empecé ya a ocuparme, gracias a Recabarren que me quitó una venda de los ojos haciéndome comprender que ella no era imposible. Su primer diligencia fué ponerme en relación con dos cívicos que entraban continuamente de servicio en la guardia de la cárcel, y que fueron en lo sucesivo mis diarios mensajeros y agentes: yo les pagaba bien el celo con que me servían. Mi única distracción era la lectura, de afuera me mandaban cuantos libros pedía; y para la correspondencia empleaba el medio de introducir mis cartas dentro de un pan que arrojaba públicamente desde la ventana a uno de los dos cívicos cuando estaban de centinela en la puerta exterior de mi calabozo. Ellos mismos me traían la contestación, y me la entregaban durante la noche, valiéndose de precauciones, por-

que no faltaba quien nos observase. En cuanto a Recaborren su conversación tenía pocos atractivos, era un hombre vulgar y sin educación, bien que de un entendimiento muy despejado, de ingenio muy sutil y penetrante: su historia era una serie de aventuras idénticas a las de los héroes de Cervantes en su novela de costumbres picarescas de Rinconete y Costadillo. Todas las escenas eran de robos, escalamientos de casas y de prisiones, de asesinatos y desaguisados, de baja disipación y escandalosos atentados de un alma avezada al crimen y familiarizada con los desafueros del carácter más prostituido y vulgar. El nada ocultaba, eran sus campañas un título a la celebridad: no se ruborizaba ni en referir las veces que lo habían azotado públicamente por las calles, ni de descender a los más menudos detalles de escenas tan degradantes para probar su valor y fortaleza: la tenía en grado inminente porque se había encallecido su alma a la par de su cuerpo; se había hecho superior a la adversa fortuna y al mal trato corporal, —era un héroe en la carrera criminal. Pero lo que noté que más le llenaba de orgullo y lisonjaba su vanidad, era las evasiones de la cárcel, que enumeraba con profusión a fuerza de industria y de una presencia de ánimo admirables. Por ésto es que con tanto interés se ocupaba de los medios de mi evasión, también él creía que una vez obtenida, tendría en mí un protector poderoso, un padrino de sus maldades: me veía en la carrera de la revolución y por mis antecedentes y la perseverancia y obstinación que siempre había yo desplegado afrontando los peligros, juzgaba que llegaría a elevarme y que entonces lo favorecería. Yo creo que Recabarren pertenecía a una familia decente o que era hijo natural de algún señor de Chile, porque sus facciones y su tez eran las de la clase privilegiada, y aun en sus modales se encontraba cierta tintura de fineza y un aire algo amanerado. Debió escaparse, sin duda, de la casa paterna desde tierna edad, y desde entonces dataría su vida de crápula y depravación. Después he sabido que murió como había vivido. Fugó de la cárcel y fué muerto por unos celadores que lo sorprendieron en sus nocturnas correrías, en una de sus campañas de robo y efracción. Y puede calcularse cuánto sufriría al verme acompañado de un hombre de tal mala vida, como me avergonzaría de verme forzado a la sociedad de un tal personaje. No hay duda, Soler

calculó bien su venganza, mientras no disponía de mi existencia, que, estando en su mano yo bien reconocí que era tan segura como **un medio en la puerta de una escuela.**

## CAPITULO LV

## PEDIDOS DE JUSTICIA

Pero felizmente un día lo sacaron del calabozo para trasladarlo a otro, y yo quedé muy contento de mi soledad, verificando el proverbio que dice: **más vale estar solo que mal acompañado;** y desde entonces empecé a hacer uso, como más adelante diré, de las lecciones que Recabarren me había dado para verificar mi evasión y obtener mi libertad. Ignoraba yo entonces, lo supe después, que esta operación era en extremo difícil, porque Sarratea que nada temía tanto como que se le creyese con simpatías hacia el partido de Alvear, y para desviar toda sospecha de connivencia, había dirigido una nota al Cabildo diciéndole una mentira, —que tenía motivos para sospechar que yo trataba de evadirme y burlar la vigilancia de mis guardianes. Una mentira, porque yo no había empezado a trabajar en tal sentido, ni dado margen a que se tuviese tal sospecha: sabía que Recabarren no podía haberme descubierto, porque los hombres como él miran con horror una delación de este género, es la que más puede afectar su reputación de bandidos, porque entre ellos es una mancha a sus convenciones sobre el honor, delatar a un preso que trata de fugar, y la sospecha sólo de tal felonía les haría perder el prestigio y valer entre los hombres de su especie, y por lo tanto su rango de esclarecidos salteadores. Esto no obstante y en precaución, yo me había guardado muy bien de manifestar mis intenciones delante de Recabarren, al que tan sólo oía con atención bien prolija pero sin aceptar sus planes: al contrario, estudiosamente le decía que eran impracticables, y que jamás me atrevería a llevarlos a ejecución. Entretanto el manejo rastrero de Sarratea, hombre muy abonado para estos medios de iniquidad y perfidia,

había producido para mí un gran mal, me había puesto una doble centinela; pero yo a fuerza de industria y de regalos conseguí que muchas veces la hiciesen a la par de los dos cívicos que había ganado a mi devoción, pues de otro modo no habría podido salvar los inconvenientes de la incomunicación. Desde la cárcel dirigí a Sarratea la representación siguiente:

"Señor Gobernador: Reclamo justicia, obre ella y perezca yo si soy delincuente; pero entretanto, ¿por qué en contradicción de los principios liberales que se ostentan, de las luces del siglo diez y nueve y sentimientos filantrópicos que ellos difunden, porqué digo, se me encierra en un inundo y oscuro calabozo, cerrado a dos puertas para no ver la luz del sol en veintinueve días que llevo de una estrecha incomunicación?; ¿por qué, pregunto, no se me juzga, por qué se infringen las leyes del país que prescriben un juicio y el modo de la prisión, no cual la que yo sufro? No pido nada, que no sea mío: tengo un derecho para reclamar justicia, y a usted es a quien ocurro, otórgueseme suplico; yo nada temo porque no creo haber violado sus preceptos: evitenla los malvados, yo haré ver que no la hay. Entretanto espero que ustedes en obsequio de ella y de la humanidad cruelmente oprimida, ordenarán que me sea permitida la comunicación con los que quieran hablarme y la respiración de un aire menos mefítico. Gracia con justicia etc. Tomás de Iriarte. Señor don Manuel de Sarratea, Gobernador de la provincia de Buenos Aires".

Esta representación fué acompañada de la siguiente carta:

"Señor don Manuel de Sarratea. Cárcel, 24 de abril de 1820. Mi respetable amigo: Si hubiese algún hombre tan olvidado de si mismo que no prefiriese la muerte al horroroso estado en que me encuentro, desde ahora lo consideraría indigno de gozar la dulce libertad que por desgracia no conocemos: diría que una inclinación innata al estado de esclavo, lo hacía insensible a los males y oprobios que a tan dura condición son anexos. Penetrado de estos sentimientos, ¿cómo no preferiré la muerte a mi triste abatimiento?, él me haría sucumbir si de lo más íntimo de mi corazón no saliese

una voz secreta que sin cesar me repite: "Tú eres digno de ser libre": sí, y yo lo conozco: ¿pero acaso podemos hacernos arbitrios de la inconstante fortuna? He aquí mi delito. Sin embargo, aunque persuadido de que ella va a abandonarme para siempre, yo provoqué un juicio, se me llamará insensato, fanático, joven sin reflexión, desesperado: nada temo, convencido de que no arrostraré al sepulcro de la ignominia, yo quiero morir y sabré dar este último paso con la dignidad de un alma elevada, y con la indiferencia de un filósofo. El interés es el móvil de los hombres abyectos, de los seres vulgares: obsérvese mi conducta en la revolución, desde que penetrado de su justicia me incorporé a su causa. ¿Acaso podrá decirse que me condujo a mi país la sed de poseer riquezas, ni honores y mucho menos por medios degradantes? Sí lo primero, yo no las poseía, pero sí contaba con cuatro mil pesos de sueldo anual, y si lo segundo ¿no es claro que mis aspiraciones habían llegado a su término? Mayor general de artillería a la edad de veintiún años, con el favor del general español bajo cuyas órdenes estaba; con la opinión de los principales jefes del ejército y el aprecio de los que debían obedecerme: tales eran mis goces, pero mi corazón no participaba de ellos: yo me reprochaba en secreto no contribuir con mis débiles esfuerzos a la consecución del fin porque peleaban mis compatriotas, —la libertad e independencia de la tiranía peninsular—; y por no hacer traición a estos sublimes sentimientos, a los pocos meses de haber pisado las playas del continente, abandoné las que, por ellos no eran ventajas para mí, y vuelo a mis compatriotas. ¡Oh día 25 de Diciembre de 1817! día eterno en mi memoria, yo repetiría el paso que en él di, mil veces si posible fuese. Mas para abreviar llego a Buenos Aires, el director Pueyrredón para persuadirme que se pagaba de mis sacrificios, quiere venderme la fineza de una acogida fraternal; ¿pero podía yo estar ciego para no haber conocido al poco tiempo de mi permanencia en ésta, que debía ser sacrificado a la ignorancia y mala fe del coronel del cuerpo a que se me destinó? —don Manuel Pinto. Sufro sin embargo y conservo, aunque con violencia, el nombre de militar, bien que sin ejercicio: solicito para librarme de sus tiros pasar al Ejército del Perú, se me concede: mas por miras particulares de este jefe se me obstruye el paso y permanezco en la capital en la misma

apatía a que ya había estado condenado. Yo haría aquí una pintura de los males que sufría la patria bajo el despótico gobierno de Pueyrredón y comparsa, si no supiese que otros me han precedido, y que el pueblo todo es fiel testigo, pues que aun llora sus consecuencias, cansado del yugo de hierro se desata mi lengua, convido a mis amigos y desprecio los peligros a que podría exponerme la oposición a un mandatario apoyado por la fuerza contra la revolución general. Usted está en los hechos, excusado sería el entenderme: por último resultado me hace sufrir todos los horrores de una cruel prisión, que debió terminar con mi existencia, si mis enemigos no hubieran temido por ellos mismos, soy expulsado del país y vuelvo a él cuando sucumben mis opresores; ¿podría yo entonces contar con la protección de usted, cuando se hallaba presidiendo el gobierno? Bien se deja ver que debía esperarlo, porque mi conducta me había hecho acreedor, y mi persecución me honraba: yo me lisonjeaba de adquirirla por medios tan justos, y sin embargo me unió a Alvear por creer unánime el voto del pueblo y de los militares, y... por algo más. Apelo al juicio de los hombres imparciales: digan ellos si el agente de mis acciones ha sido el interés: ¿el que dejo lo cierto por lo dudoso, puede estar animado de esta pasión innoble? Si yo no me hubiese persuadido que Alvear con sus conocimientos podía obrar una reforma saludable en el estado militar, contribuyendo al mismo tiempo a afianzar la libertad de la provincia, jamás hubiera coadyuvado a sus miras. El que me conozca habrá observado que cuando median los intereses de la patria no tengo amigos. Señor don Manuel, yo no conozco el crimen; yo no tengo amigos en revolución; publique usted esta carta, si quiere, en la inteligencia que en un juicio será mi única defensa; nada pienso añadir a lo que llevo dicho. El hombre que marcha tan uniforme y dignamente no puede ser faccioso; cuando más podré haber errado, y no estoy convencido, y los yerros no son crímenes. Aún cuando se me quisiese imponer la fea nota de partidario, —lo soy de mi patria solamente— la multitud de los que justamente llevan este nombre sería suficiente garante para que yo esperase mi absolución. Si hay algún ciudadano que en la época presente —¡triste época!— se tenga por no afecto a partido, yo lo desmentiré diciendo que está afecto a si mismo. Por

la prisión del general Soler no se me debe perseguir, porque yo no hice más que obedecer. La especie de que hostilicé al pueblo es calumniosa, porque me presenté a él como enviado a tratar con usted y Cabildo, y mi comportación fué consiguiente a la misión. Por último, el traidor es el que cae de bajo, y por este principio la consecuencia es inmediata. A pesar de todo yo pido un juicio, porque aunque él me condene, creo que iré al patíbulo muy contento después de haber persuadido a mis conciudadanos que jamás el móvil de mis acciones fué el vil interés: si lo consiguiese nada habré perdido en una existencia que yo detesto. Entretanto sírvame de excusa, si he sido molesto, la opinión de un sabio: "Il y a un cas ou l'on est malhereusement obligé de parler de soi, et meme très longtemps; c'est quand ou a un proces, Hors de la toires-vous, et ne faites parler que votre mérite, si vous en avez". Son siempre de usted, con la mayor consideración su seguro servidor. Tomás de Iriarte. P.D. No hago la representación en papel sellado por no tenerlo y aún del modo que va es furtiva, pues no me es permitido."

Esta carta así como la representación, no fueron contestadas: ambas piezas tenían la misma fecha, y se escribieron en circunstancias tan críticas que yo creía inevitable tener un fin trágico. Con la siguiente carta las acompañé algunos días después al editor del periódico **El Año Veinte**, para que las publicase:

"Señor editor del Año Veinte. Cárcel, 26 de abril de 1820. Muy señor mío: antes de ser encerrado en este in-mundo calabozo, tuve lugar de leer el prospecto del periódico que usted redacta, y he considerado que él es el único medio de que puedo valerme para patentizar mis sentimientos, supuesto que el señor gobernador de la provincia ha cerrado los oídos a mis justas quejas, abusando de la autoridad que en él se halla depositada, y violando los derechos más sagrados del hombre. Si los que no dan su nombre han sido hasta ahora atendidos ¿cómo podré dudar que usted, de lugar en su periódico a los documentos que acompaño, cuando yo no oculto el mío? Por esta razón, y por la de estar en una prisión contraria a la humanidad y leyes porque debemos regirnos, y, más que todo, por las promesas de usted, en su "prospecto", yo espero conseguirlo. Entretanto soy de usted compatriota y seguro servidor. Tomás de Iriarte."



El editor del **Año Veinte** fué tan sordo como el gobernador Sarratea. Era don Pedro Feliciano Cavia.

Algunos días después, el seis de mayo, elevé al gobernador de la provincia la siguiente representación:

"Señor gobernador de la Provincia. Don Tomás de Iriarte ante usted con el respeto debido parezco y digo. Que después de cuarenta y un día de la más estrecha incomunicación, encerrado en un inmundo calabozo, sin poder percibir ni aun la luz del sol, bien se deja ver que mi salud debe haber decaído: he hecho la prueba que pudiera el hombre más robusto y como no lo soy, infiera usted el tamaño de mis padecimientos físicos. Si yo no interrumpiese mi silencio haría una injusticia a los sentimientos de humanidad, de que debe estar poseído el primer magistrado de la provincia, dando lugar a que se pensase que desesperado de tener buen suceso en mi pretensión, me abandonaba a mi suerte, y esto sería ofender la sensibilidad, no digo de usted, que por obligación debe tenerla, pero aún del corazón más duro. Señor gobernador, yo debo persuadirme que usted ignora el modo de mi prisión, ¿porque si así no fuese, como permitirlo usted? ¿Acaso estoy fuera de la ley? ¿Por ventura hay alguna en el país que autorice un encierro, que si continúa debe terminar mis días, lenta y civilmente, y esto sin proceso, sin juicio previo? ¿Y que, cuando las naciones menos cultas respetan los derechos del hombre, por un efecto de las luces y liberalismo del siglo diez y nueve, se dará un espectáculo tan opuesto a tan sublimes principios en un pueblo que pelea por su libertad después de diez años, en un pueblo culto? Yo he representado al antecesor de usted el veinticuatro del pasado abril, mi solicitud aún no ha tenido resultado, y mis achaques se aumentan en una progresión visible. No es este lugar para justificarme sobre los acontecimientos que motivaron mi detención en esta cárcel, yo creo que mi conducta aparecerá en un juicio tal como ella ha sido, y entonces el tribunal que me juzgue decidirá de mi suerte; por más que yo desde este momento, que creo salir absuelto y con la dignidad que corresponde a mi conducta, yo se someto en esta porte con resignación a la determinación de ustedes persuadido que si ya no se ha abierto un sumario indagatorio, será sin duda por no permitirlo las altas atenciones del go

bierno: y si éste fuese el motivo gustoso cedo mi derecho en obsequio del público. Pero entretanto a ustedes pido que en obsequio de la humanidad se sirva aliviar mis grandes padecimientos, ordenando mi comunicación, y que las dos puertas de mi prisión queden abiertas, respecto a que para mi seguridad tengo un centinela de vista. Gracia con justicia que espero etc. Tomás de Iriarte. Señor don Ildefonso Ramos Mejía, gobernador de la provincia de Buenos Aires."

Tampoco esta representación fué atendida ni tuvo contestación: la hice en circunstancias en que mi salud se deterioraba día a día a consecuencia de la reclusión ¡y con el propósito de inspirar confianza para que mis guardianes no estrechasen aun más mi prisión y aumentasen así las dificultades que encontraba para fugar, pues yo me ocupaba entonces asiduamente de los medios de mi evasión.

El dieciseis de mayo dirigí al editor del **Año Veinte** la adjunta exposición para que la diese a la prensa: ni lo hizo ni me contestó. En esta exposición resalta el fuego y la imprudencia de mis pocos años: yo estaba despechado y su publicación me había irremisiblemente perdido. Pero mi salud se debilitaba rápidamente, y mi moral estaba notablemente afectada: prefería la muerte, y la buscaba, a los duros padecimientos que experimentaba en un inmundo calabozo. El estilo de este escrito tampoco es correcto ni ordenado: muchas otras razones podía haber alegado en mi defensa, pero yo era entonces poco experto. La he conservado sin embargo intacta y tal cual entonces la redacté, como puede verse por el estado de la tinta y el papel: es un escrito que tiene veintiseis años de antigüedad a la hora en que escribo estos renglones.

He aquí la conclusión de la exposición que lleva esta señal.

---

(Nota del editor: Aquí se interrumpe el original de estas *Memorias* y continúa con las siguientes palabras:)

este punto y cuán arraigadas, están entre nosotros las máximas detestables de la tiranía, no hay más que observar que al mismo tiempo que nuestros últimos reglamentos no designan más que tres días de incomunicación, al fin de los cuales se les debe tomar declaración al detenido, yo sufro

todos los horrores de una prisión del modo que he dicho, y no me sería difícil formar una larga lista de víctimas de esta clase. Avergüencense, pues, los autores del despotismo de proferir dicterios contra un ciudadano virtuoso, que no habiendo nacido para sufrir vilmente el yugo de la servidumbre, tiene la noble resolución de denunciar a la opinión pública estos abusos escandalosos, y clamar por la seguridad personal, en la que no hay ningún ciudadano, sea de la clase que fuese, que no esté interesado; y sin la cual la patria no será sino un vano nombre, o el patriotismo de algunos pocos hombres osados e inmorales que se hallan bien con los vicios, con los desórdenes y con la arbitrariedad. Compatriotas: cuando se violan las leyes en uno nosotros todos somos ofendidos, si por mi conducta soy indigno de vosotros, si me quejo injustamente, merezca yo vuestra execración; pero sinó, hacedme justicia. Cárcel de Buenos Aires, 16 de mayo de 1820. Tomás de Iriarte."

## CAPITULO LVI

### COMPAÑEROS DE CARCEL

Mi vida como puede fácilmente colegirse, era de angustia y mortificación, estaba segregado de la sociedad, aburrido y hasta enfermo, mi moral se había afectado de tanto padecer, y empecé a poner en práctica las lecciones de Recabarren; es decir empecé a pensar en los medios de mi evasión. El deseo de obtener mi libertad me sugirió un famoso expediente, —el de hacer llaves que abriesen mi calabozo— la ejecución era superior a mi capacidad, pero a fuerza de discurrir descubrí un arbitrio. Había yo al intento encargado que me trajesen la comida en platos de estaño o pelthe: sin otra herramienta que un mal cuchillo hice en un ladrillo el molde informe de una llave tomando antes las dimensiones del ojo de la cerradura de la puerta interior; para las de la exterior me valí de mis centinelas amigos. Esta operación la practiqué en otro calabozo a donde me trasladaron poco después de la salida de Recabarren, y la continué con buen

éxito porque el deseo de la libertad aguza los sentidos como podrá juzgarse por la relación de los procederes que empleé. Una vez obtenidas las principales dimensiones de las dos llaves, que por desgracia y para aumentar las dificultades de construcción eran hembras y de guardas muy complicadas, apelé a mis conocimientos en el arte de fundir cañones, y en pequeña escala los apliqué a la fábrica de mis dos llaves: levantando un ladrillo del pavimento, con trapos y sebo hice una fogata y en ella derretí un plato de estaño que derramé en el molde que tenía preparado. Me resultó, como esperaba, una llave informe, pero mi principal intento estaba conseguido, porque esta **llave embrión** entraba perfectamente por el ojo de la cerradura. Pero la mayor dificultad faltaba que vencer para perfeccionar mi trabajo, la guarda era sólida y como no tenía los cortes necesarios para girar en derredor a las terrajas interiores de la cerradura no podía llegar al resorte para vencerlo y abrir la puerta. ¿Cómo arribar a tan difícil resultado? A fuerza de meditar y hacer ensayos infructuosos encontré al fin el arbitrio tan deseado: con el humo de la luz de una vela ennegrecí mi sólida guarda, introduje la llave en la cerradura, y dándole vuelta hasta encontrar el obstáculo, aplicaba contra él la fuerza necesaria para que él marcase en un metal tan blanco como el estaño, la señal que me servía de guía para hacer allí un corte, operación que practicaba con un cuchillo empleando una buena dosis de labor y de paciencia. De modo que en muy pocos días conseguí, mediante el auxilio que el centinela me proporcionaba para las pruebas en la puerta exterior a que yo no podía llegar, tener dos perfectas llaves de estaño: con ellas abría las dos puertas perfectamente, pero como solían torcerse, no quise exponerme a tan débiles instrumentos, pues mi plan era fugar dejando las puertas cerradas para no comprometer a los centinelas amigos; y dentro de un pan mandé mis dos llaves a un pariente, mi amigo de toda confianza, con orden de que mandase construir dos llaves iguales a un cerrajero, y costasen lo que costasen.

Esperaba yo impaciente el resultado de mis maniobras industriales, pero entretanto no perdía el tiempo; había encargado a los dos centinelas que se proveyesen de una escalera de cuerda con travesaños de madera, y obtenido de una señora, doña Gregoria Barrón, que me franquease su casa,

inmediata a la cárcel para hacer mi primera estación después de la fuga. La lectura constituía mi única distracción, y en ella empleaba una buena parte del tiempo. Una noche estaba leyendo cuando observé que la luz se amortiguaba gradualmente, al punto que ya no podía distinguir los caracteres; cesé de leer y repentinamente me encontré a oscuras, y rodeado de las más densas tinieblas, al mismo tiempo que me sentí envuelto y enredado en un manto material cuyo género el tacto no podía discernir: cuanto más esforzaba para desembarazarme de aquella especie de red más me enredaba en ella; más me confundía con lo que podía ser; y no teniendo casualmente cómo encender luz, hube de tomar a buen partido de refugiarme en la cama, donde me acosté para dormir, y con el ánimo algo preocupado de tan singular aventura, cuya realidad no me era posible descubrir por más que reflexionaba. Encontré que mi cama estaba también cubierta de la misma materia, que tocaba con mis manos, sin poder discernirla: yo estaba enredado y todos mis esfuerzos para desembarazarme de la red eran completamente inútiles. Jamás he creído en la presencia de causas sobrenaturales cuyo análisis y origen esté fuera del alcance de la comprensión humana; pero esta vez, confieso que mi espíritu estaba conturbado, y sin atinar con lo que pensar de tal ocurrencia. Al fin me quedé dormido, y al despertarme por la mañana, la luz del día vino a disipar mis ilusiones de la noche y a patentizar a mi vista la causa de ellas. Era una formidable tela de araña que, como un dosel ocupaba todo el techo en sus cuatro ángulos de mi calabozo, y que la oscuridad de éste me había impedido descubrir porque se había confundido este objeto oscuro con el renegrido de las paredes. Tenía más de dos dedos de espesor en toda su extensión y una unión continua en todo su tejido; y me fué fácil comprender que su peso lo había desprendido de los cuatro ángulos del techo, del que había bajado lentamente, hasta completar su total separación mientras yo estaba leyendo. Así es como se explican muchas ocurrencias al parecer sobrenaturales, pero que tienen una causa tan sencilla; y la razón porque cuando ésta no se descubre, se atribuye por el vulgo a operaciones de lo alto, o a las preocupaciones conocidas con el nombre de magia, hechizo, brujería, etc.

Referiré otra aventura nocturna que se presentó también con las apariencias prestigiosas de una portentosa maravilla del otro mundo, —de una aparición. Fué el caso, que una noche ya a deshora y cuando cansado de leer, el sueño empezaba a insinuarse, oí distintivamente dentro de mi reducido calabozo una voz lúgubre y campanuda que parecía proyectada al través de una bocina. Sorprendido de este ruido miré en torno de mí y nada veía; las puertas estaban cerradas y no podía atinar de dónde partía aquel eco sepulcral. Este se repitió, y parecía salir de debajo de la cama: exploré este lugar con una luz, y lo encontré vacío. Mi requisa infructuosa había aumentado mi admiración: volví a sentarme para esperar con atención: el eco se repitió y salía de debajo de la cama, no me quedaba duda: me metí debajo de la cama, y con el mayor recogimiento volví a esperar como en éxtasis; otra vez oí la voz, apliqué el oído y conocí que salía del calabozo inmediato al través de un agujero o excavación que habían hecho las ratas, y que comunicaba con mi prisión en el mismo ángulo formado por dos de sus paredes, donde terminaba el boquerón hasta entonces inapercibido. Apliqué el oído y la voz articuló estas palabras claramente pero con un eco lúgubre y ahuecado, efecto sin duda de la configuración interior y profundidad de la cueva. "Como este medio de comunicación entre dos calabozos, pueden servir para que otros desgraciados que más adelante los ocupen recobren su libertad, o hacerse servicios recíprocos que alivien su desgraciada situación, exigimos de usted que jure no revelar la existencia de este conducto escabado por las ratas y del que hace tiempo que sólo los presos tienen noticia, sin que la hayan revelado: de modo que nuestros guardianes lo ignoren". "Le prometo a usted bajo mi palabra de honor de ser fiel a la promesa que usted me exige". "¿Quién es usted?" "Soy el padre Rosa Escobar, estoy aquí preso, como usted sabe, con el padre Polanco, por una calumnia que nos han levantado; y compadecidos de la suerte de usted y seguros de su hombría de bien hemos resuelto comunicarle a usted el secreto de esta cueva, con el objeto de serle útiles, y ayudarle cuanto de nosotros dependa a facilitar su evasión o a aliviar sus males. Por este conducto nos comunicará usted cuantos servicios exija de nosotros; y por el mismo daremos a usted cuantas noticias necesite usted obtener con aquel fin;

y transmitiremos afuera cuanto usted nos encargue, porque como usted habrá observado sólo estamos incomunicados durante la noche en que cierran las puertas de nuestro calabozo, pero durante el día nos paseamos libremente al través de los patios. Entre los presos tenemos buenos amigos y seguros, porque los servimos del mejor modo que nos es posible, y los exhortamos con máximas religiosas a la resignación y a soportar con paciencia las calamidades de la vida de la cárcel. Así, tenemos sobre todos ellos gran ascendiente y nos respetan mucho: estamos ciertos de su fidelidad a toda prueba". Les di las gracias, asegurándoles que los ocuparía siempre que fuese necesario.

Sarratea había caído del gobierno y buscado su salud en la fuga. Este acontecimiento se lo había yo pronosticado el día que caí prisionero, como en su lugar he consignado. Ni se necesitaba un gran esfuerzo de previsión para asegurarlo, porque Sarratea había subido al gobierno no por el voto público sino por la elección de Ramírez que dominó con sus hordas a Buenos Aires imponiéndole un jefe de su elección. Ramírez había sido sugerido por Carreras y éste estaba en estrecha relación con Alvear y su partido que de antemano, como ya he dicho, se habían fijado en Sarratea para el gobierno. Así es que desde que el partido de Alvear sucumbió y Ramírez y Carreras se retiraron al interior, Sarratea había quedado sin apoyo. Su caída fué para mi un acontecimiento feliz, porque mis parientes, los que debían desde afuera coadyuvar a mi fuga, eran todos amigos de Sarratea y aunque me eran muy adictos y deseaba que me salvase, como hombres de partido temían que evadiéndome yo, se sospechase que Sarratea había contribuido a ello mediante nuestras antiguas relaciones; y que esta sospecha por lo tanto contribuyese a acelerar la caída del jefe de su devoción. Pero desde la desaparición de éste mis parientes se manifestaron muy solícitos y me auxiliaron con todo género de recursos para verme libre de más mortal enemigo, del general Soler. Milagrosamente había yo escapado de sus garras, porque queriendo evitar la responsabilidad de un asesinato jurídico, se había insinuado con Sarratea para que recayese sobre éste toda la odiosidad y consecuencias de mi ejecución; pero Sarratea por su parte quería también que Soler apareciese dictando la medida sangrienta; y esta alternativa fué la que me



salvó. El alcalde Ramos Mejía había sucedido a Sarratea en el gobierno de la provincia, pero Ramos era un gobernador de papel, Soler mandaba el ejército y se manifestaba ya los síntomas de una revolución que debía elevarlo al gobierno. Entonces yo estaba definitivamente perdido, iba a morir sin que nadie pudiera salvarme; y, conociendo lo crítico de mi posición, activé cuanto puede los preparativos de mi fuga, para que ésta se anticipase al entronizamiento de Soler.

Vinieron al fin las llaves de hierro construídas con toda exactitud por el modelo de las de estaño que yo había fundido, y cuando al probarlas vi que abrían y cerraban perfectamente mis dos puertas, me entregué a la bien fundada esperanza de mi próxima libertad. Pero me faltaba todavía que combinar otros resortes y en esto forzoso me fué emplear algunos días más.

Me dieron por compañero de calabozo al doctor Salinas. Era este un médico español, hombre ya entrado en años y de la más repugnante y miserable catadura, acusado de haber falsificado sus diplomas, de bigamo y complicado en un asesinato perpetrado en su misma casa. Tres delitos por cada uno de los cuales se le formaba causa separadamente. La falsedad de su diploma de profesor de medicina se descubrió casualmente: la firma en que el papel se había fabricado era posterior a las firmas del proto medicato. Era casado en España y había contraído un enlace en Buenos Aires, con una joven de la familia de Mier, de la que tenía un hijo. En cuanto al asesinato era un suceso complicado con una relación escandalosa en que actuaban como principales partes las señoritas N., hijas del comerciante acaudalado del mismo nombre. Era una causa asquerosa, indecente, en que las señoritas aparecían representando un papel bien degradado y Salinas me instruyó de todos los pormenores y hasta me manifestó un cuerpo de delito que guardaba debajo de su colchón para cuando lo careasen con una de las Señoritas: era un pañuelo. El asesinato, decía él, y creo por su relación que no me engañaba, había sido cometido en su casa, porque el criado, que era el asesinado, se oponía, mediante sus órdenes, a que su alojamiento fuese el lugar de la cita para aquellas jóvenes prostituídas. Dice Salinas que lo perpetraron dos de los amantes, el español Cabrera

Nevares y el coronel don Antonio Rodríguez: no puedo dar fe; pero me inclino a dar asenso a los informes de Salinas.

La presencia de este me distraía bastante, tenía con quien hablar: oía sus embustes, sus ficciones y yo había tomado sobre él un ascendiente bastante para dominarlo en todo: Salinas me temía, porque yo hacía perfectamente el papel de matón y allí estábamos solos. Me enseñaba su correspondencia confidencial con la joven porteña a quien había engañado; y, cosa singular, esta joven que se conocía por la redacción de sus cartas haber tenido una buena educación, esta joven que tenía mucho mérito personal y que por su corta edad (diecinueve años) podía ser nieta de Salinas, se manifestaba apasionada de este bicho repulsivo, sucio, pigmeo y feo, y empezaba todas las cartas que le dirigía con dos renglones de expresiones amorosamente extremadas. Mi queridito, mi vida, mi corazoncito, mi palomita etc. etc. Yo sacaba buen partido de estas confianzas porque me divertía en poner en ridículo al adorado Salinas.

Una noche a deshora se abrieron las puertas de nuestro calabozo y entró acompañado del oficial de guardia el médico Redear, con el objeto ostensible de consultar con el sargento mayor don Juan Lavalle; pero, como pude observar, con el muy especial de hablar en privado conmigo. Yo había conocido a Redear en Salta, pero él al verme quedó sorprendido, porque sólo sabiendo que debía encontrarme en aquel calabozo podía verificar la identidad de mi persona, tan notable era el cambio que mi rostro había sufrido, no sólo por la barba que no me había afeitado hacía cerca de dos meses, sino por la alteración de mi semblante a consecuencia de los padecimientos sufridos durante mi cautiverio. Pocos días hacía que Redear había llegado a Buenos Aires acompañado del general Belgrano para atenderlo en su enfermedad. Después que hubo conferenciado con Salinas se aproximó a mí disimuladamente y diciéndome: "¿Usted es el señor Iriarte?, ¿está usted desconocido!" agregó sin que el oficial pudiera oírlo: "el general Belgrano me ha encargado diga a usted que le avise si necesita dinero para proporcionarse la fuga". "Señor Redear", le contesté, "manifieste usted al general mi reconocimiento por esta prueba de amistad: le doy las gracias por su ofrecimiento pero nada necesi-

to". Después de haber cambiado estas pocas palabras Redear se retiró. El ilustre Belgrano murió algunos días después, dándome hasta sus últimos momentos una prueba bien relevante del aprecio y estimación, que siempre me había profesado; y tanto mayor cuanto que en la época a que me refiero a más de sus padecimientos físicos, sufría la congoja de la pobreza más extrema, a punto que el gobierno acababa de darle quinientos pesos para atender a los gastos de su curación. Tan cierta era su indigencia que cuando falleció no dejó un solo peso y sus parientes costearon el entierro. Ejemplo raro de probidad en un hombre de la revolución, y que por los altos destinos que había desempeñado, pudo muy bien, como han hecho en su caso casi todos sus colegas, atesorar una ingente fortuna. Se puede con razón citar al ilustre general Belgrano como modelo de virtud republicana entre todos cuanto tomaron parte en la emancipación de las Provincias del Río de la Plata. No era Belgrano un hombre de grandes conocimientos como general, pero era patriota sincero acalorado, hombre de honor, de una probidad y desprendimiento a toda prueba; un hombre; un hombre ilustrado que conocía y lloraba los males de su patria y los grandes errores que se habían cometido durante la revolución: si tenía ambición, al menos puede asegurarse que sus miras de engrandecimiento tenían un fin muy noble y elevado; la prosperidad del país. En él perdí un amigo poderoso y cuando yo más necesitaba de su apoyo en mi carrera revolucionaria; perdí un protector, que mucho había contribuido no sólo a separarme de la senda extraviada que yo había emprendido, sino que me había ayudado a seguir otra que pudiera elevarme.

Próximo ya a fugar de la cárcel dirigí una representación a un tribunal de justicia nuevamente creado para entender en las causas de los complicados en la revolución de marzo y sus emergencias: quería yo probar hasta el último momento, que estaba resuelto a sufrir un juicio, que lo deseaba; y que mi fuga no era por evitarlo, sino porque debía temerlo todo de la injusticia con que se guardaba silencio a mis repetidas solicitudes para ser juzgado. La representación es la siguiente:

" A los señores de la Comisión de Justicia de Residentes. El ciudadano Tomás de Iriarte parece y dice: Yo no

" soy mudo pero ¿para qué hablar cuando los que deben oír-  
 " me han ensordecido? Si mi salud decaída después de dos  
 " meses de un estrecho encierro en un asqueroso calabozo,  
 " y más que todo, si mi honor no exigiese que solicitase un  
 " juicio, yo continuaría callando porque está visto que cuan-  
 " do las leyes lo hacen mis clamores serán confundidos. El  
 " temor acompaña al malvado, yo no lo soy ¿podré tenerlo?  
 " ¿qué delitos se me imputan? ¿Quién demanda contra mí?  
 " ¿Quién me acusa? ¿Por qué estoy preso? ¿Por quién? No lo  
 " se: cosa extraña, a la verdad, pero que entre tanto sucede  
 " en descrédito del gobierno, con violación de nuestro có-  
 " digo, con oprobio de la humanidad. Y aunque puedo pa-  
 " tentizar un procedimiento tan contrario a las prácticas de  
 " los pueblos libres: al escribir estas verdades, aunque no  
 " tiemblo, preveo que han de ser oídas con indignación. Has-  
 " ta aquí mis quejas. Continúo pidiendo: Que se me conce-  
 " da pasaporte para pasar a la provincia de Santa Fe, teniendo  
 " presente que al tiempo de mi prisión, yo tenía el carácter de  
 " enviado por el general don Carlos Alvear, a tratar con el señor  
 " Gobernador y excelentísimo Cabildo en los mismos términos  
 " que lo hice el día anterior, veintiséis de marzo, en que fui  
 " oído sin repulsa por dicha corporación; que aunque don  
 " Carlos Alvear no estuviese reconocido General de la fuer-  
 " za armada, yo no debí sufrir vejamen alguno por mi mi-  
 " sión, fundado en el derecho de gentes; y que siendo inne-  
 " gable que por estas razones tengo un derecho para recla-  
 " mar mi libertad, también lo será que el gobierno no debè  
 " negarme el pasaporte que solicito, supuesto que reina la  
 " mejor armonía entre esta provincia y la de Santa Fe, para  
 " donde lo pido. Pero si por hallarse en ella el general don  
 " Carlos Alvear levantado su ejército, el gobierno no tuviese  
 " a bien expedírmelo: sea para Córdoba, Mendoza u otra  
 " cualquiera de la Federación. Y si no se dignase proveerlo  
 " así, no creo me negará la abertura de un juicio que escla-  
 " resca los hechos que motivaron mi prisión. Cárcel 24 de  
 " mayo de 1820. Tomás de Iriarte.

Este escrito era irritante, insolente también, pero la exas-  
 peración de mi espíritu había llegado a un alto grado, ex-  
 citado también por mis padecimientos físicos: deseaba pro-  
 vocar un juicio, alucionado como estaba de que podía defen-

derme victoriosamente: yo estaba fanatizado, y mis pocos años, mi falta de experiencia y mi buena fe me hacían creer que Alvear era un hombre grande, de inmensa capacidad y el único que podía fijar la revolución y propender a la prosperidad pública ¡qué error tan grosero! después me he desengañado, porque he conocido a Alvear, lo he medido con exactitud y había sido un tirano. Mi intento era también sino conseguía promover un juicio virulento y osado, fugar; y que nunca pudiera con razón decirse que había ocurrido a este arbitrio por no tener como satisfacer a los cargos que los jueces podrían hacerme: que me había evadido por miedo. El terror de incurrir en tal sospecha ha sido siempre la piedra de toque de todas mis acciones, y por sostener el carácter de un hombre impertérrito he corrido efectivamente, en el discurso de mi vida borrascosa los más estupendos peligros: ni se como he podido salvarme.

Tres días después de ésta representación, no habiendo ella producido el mínimo resultado, me puse en acción y empecé a combinar los medios para realizar mi evasión, yo estaba satisfecho de las llaves de las puertas de mi prisión, y esto era lo principal. Un pariente, don José María Castellanos, hizo lo demás bajo mi dirección, y nos pusimos perfectamente de acuerdo cambiando cartas de que eran portadores los dos cívicos, que con promesas y dádivas había yo conquistado. Salinas estaba en todos los pormenores, porque hasta cierto punto era necesario que así fuese, lo necesitaba yo algún tanto y debía además captármelo con una confianza sin límites, y haciéndole comprender que ninguna responsabilidad resultaba contra él. Es claro que si yo hubiera usado del misterio con mi compañero de habitación, podía éste temer que nuestros guardianes le hiciesen algún cargo y que para evitarlo hiciese una denuncia; ya por ésta razón como por herirse su amor propio por mi falta de confianza en su lealtad. Salinas sin embargo solía hacer algunas objeciones a mi proyecto y esto me inducía a sospechar algún tanto de él; pero como era hombre sumamente tímido, yo hice mi papel de furioso, llegó a creer que mi mente se había desarreglado y yo le di a entender en mis fingidos raptos que sino andaba derecho se exponía a ser víctima de

mis furores. Todo esto se necesitaba para asegurar mi empresa, para impedir una denuncia que había dado por tierra con todos mis planes de evasión.

## CAPITULO LVII

### LA EVASION

Se fijó pues el día y la hora en que un mulato experto y de toda confianza llamado Benito Zamudio debía venir por la azotea de mi prisión empezando su excursión por la esquina de la plaza, donde vivía doña Gregoria Barrón que estaba de acuerdo: Zamudio debía traer una escalera de cuerdas por la que yo debía trepar sosteniéndola él desde arriba; y los centinelas debían hacer el servicio a la hora indicada. Pero dos negros cocineros de la cárcel, dormían al lado de una garita que estaba enfrente de mi calabozo y temía con razón que el ruido los despertase, descubriesen mi fuga y ser aprehendido en el acto: para salvar tamaño peligro ocurri a Salinas y éste me dió una receta con la que se compró bajo su firma de profesor, láudano en una botica: este narcótico se repartió en dos botellas de vino y los dos padres, Palanco y Rosas, distribuyeron el licor narcótico a los dos cocineros para que estos no pudieran despertarse hasta muy entrado el día. Había una seña de convenio con Benito para estar yo pronto a abrir las puertas en cuanto llegase él a la azotea. En fin, todas las medidas y precauciones se habían tomado con exactitud y sagacidad: entraba en mis miras no sólo la fuga, pero no dejar rastro de ella para no comprometer a nadie, pues que las puertas de mi calabozo quedando cerradas, imposible era averiguar durante que hora de la noche había tenido lugar la evasión, y como eran ocho o diez los centinelas que hacían el servicio en las puertas de mi prisión, sobre ninguno de ellos podía determinadamente recaer la menor sospecha. Con esta explicación había yo conseguido que se decidiesen los dos cívicos a prestarme su cooperación, porque ellos que comprendieron perfectamente mi

plan, sabían que recibirían una recompensa, sin exponerse al más leve indicio de complicidad.

Llegado el día y aproximándose la hora de la noche (las doce), en que mi libertador Zamudio debía venir con la escala de cuerda, mi ansiedad fué extrema: corría yo un gran riesgo si era sorprendido en el momento de la operación. Asomaban ya síntomas de una revolución que Soler consumó poco tiempo después derrocando a Ramos Mejía, y elevándose él (Soler) al gobierno de la provincia; y temía que este cambio me encontrase todavía detenido en la cárcel, porque es cierto que Soler entonces me habría inmolado para satisfacer sus rencorosos estímulos; pero sobre todo yo no reconquistaba mi libertad, y me estrecharían más para que no volviese a intentarlo. Pero Zamudio fué fiel y exacto en presentarse a la hora convenida, he hizo sentir la señal, que era arrojar un pequeño pedazo de ladrillo desde la azotea al patio; los centinelas me avisaron, y como yo estaba pronto y preparado, y no se debía perder tiempo pues los centinelas debían relevarse a la una, abrí inmediatamente la puerta interior de mi calabozo, lleno de júbilo y fuera de mí. Pero ¡Dios mío! cuál fué mi sorpresa, y mi desesperación, cuando al ir a abrir la puerta exterior no pude conseguirlo, en distintas ocasiones que lo intenté: un rayo que en aquel momento hubiera caído a mis pies no habría hecho en mi espíritu agitado tan fuerte impresión de alarma y desconsuelo como la que me causó la imposibilidad de abrir la puerta, ¿en qué podía consistir esto?; yo la había abierto otras veces para cerciorarme, y siempre lo había hecho con facilidad y sin que la llave encontrase la menor resistencia girando libremente dentro de la cerradura. Pero los centinelas que estaban muy asustados, me urgían para que suspendiese la maniobra, y cerrase la puerta interior: temían con razón que el relevo se anticipase y que fuésemos todos sorprendidos **infraganti delito**. Forzoso me fué ceder a sus repetidas exigencias: se avisó a Benito Zamudio que se retirase de la azotea, diciéndole el motivo; y yo volví a quedar encerrado con mi "compañero" Salinas. Este se había acostado desde muy temprano y aunque completamente inocente de mi desgracia, hube de desfogar en él la violenta exasperación de que mi espíritu estaba afectado. El pobre Salinas estaba trémulo y conmovido del mal éxito de mi empresa, porque es cierto



que manifestaba tener el más vivo y sincero interés por mi evasión. Como las causas en que estaba complicado, le daban bastante motivo para esperar un triste porvenir, él contaba con mi protección si mi partido triunfaba, porque se aproximaba la época en que Carreras y Alvear unidos con López debían invadir la provincia de Buenos Aires: y por mi parte, no había sido muy escrupuloso en prometerle ampliamente mis buenos oficios, porque también me convenía halagarlo hasta el momento de mi evasión. Pasadas las primeras impresiones, mi rabia terminó en risa y buen humor; porque tal era mi carácter entonces, yo hacía farsa de todo, y he tenido desde muy joven una buena dosis de estóica filosofía.

El día siguiente lo empleé en componer la llave de la puerta exterior y durante la noche el centinela verificó también bajo mi dirección y presencia la facilidad con que se abría la puerta por el lado de afuera. Por consiguiente, dispuse en el día inmediato todo lo conveniente para que Zamudio viniese con la escala de cuerda. Algún tanto resistían los centinelas a una segunda tentativa, porque temían ser descubiertos; pero yo los comprendí, y cedieron muy pronto cuando me insinué con algunos pesos fuertes de extra. Todo quedó arreglado, y a la hora prefijada (siempre las doce de la noche) volvió Zamudio a presentarse en la azotea, e hizo la señal convenida. Pero nueva fatalidad ¡la puerta interior que hasta entonces había estado tan corriente, no pudo abrirse!: no sé si por equivocación había hecho yo alguna alteración en las guardas de la llave cuando componía la de la puerta exterior; lo cierto es que Zamudio volvió a retirarse, y que en dos o tres días sucesivos, necesité de toda mi elocuencia y de prodigar a los centinelas algunos pesos más, para que éstos se allanasen a arrostrar la tercera tentativa de evasión que, me aseguraron, sería la última. Igual protesta hizo la señora doña Gregoria Barrón que habitaba la casa de la esquina norte de la plaza, donde yo debía refugiarme momentáneamente en el instante inmediato a mi evasión; porque esta señora también temía para sí el compromiso que le resultaría, si el secreto, que ya era de muchos, se descubría.

Me dediqué bien asiduamente a la recomposición de las dos llaves, y una vez bien satisfecho de que ambas abrían las puertas respectivas, después de haberlas ensayado a des-

hora de la noche cuando nadie podía sorprenderme, y estaban de facción mis dos cívicos, avisé que viniese Benito Zamudio a buscarme a las doce de la noche del día tres de junio; recuerdo, porque hay ciertas impresiones tan fuertes que quedan indelebles en la memoria. Los dos frailes y los dos centinelas estaban de escucha espiando para avisarme el momento en que Benito hiciese la señal convenida, y aquellos debían inmediatamente poner una luz en su ventana, de modo que reflejase en la pared de enfrente: yo estaba trepado en la ventanilla de mi calabozo esperando la aparición de la luz para abrir las dos puertas inmediatamente. Salinas yacía acostado en su cama y temblando como un azogado, todo sobresaltado. Los dos negros cocineros dormían profundamente a poca distancia de mi calabozo, habían tomado durante la tarde una dosis competente de vino con opio, y no había que temer que despertasen y nos descubriesen: reinaba el más profundo silencio que sólo era interrumpido por los ronquidos de los negros. Y diré de paso un incidente que omití referir en su lugar. La víspera del día en que intenté fugar la primera vez, por una equivocación de Salinas, habían tomado los dos negros una dosis de opio doble de lo que era necesario, de modo que a la mañana siguiente serían ya las nueve cuando yacían aletargados, y para que despertasen tuvo el alcaide que distribuirles algunos palos. Salinas y yo que desde la ventanilla presenciábamos esta escena, estábamos asustadísimos, porque creíamos que los negros habían muerto: Salinas me dijo entonces que por inadvertencia había doblado la dosis de opio; así es que cuando, a favor de los palos que les repartía el alcaide, vimos que se levantaron, como vulgarmente se dice, se nos volvió el alma al cuerpo. Es fácil concebir cuál sería nuestra ansiedad por las consecuencias de un asesinato, cuyos autores era tan fácil descubrir que habíamos sido Salinas y yo. El médico me dijo después, cuán sorprendido estaba de que los negros no hubiesen muerto por la excesiva cantidad de opio que habían tomado, que no sabía cómo habían podido resistirla; y aún después de pasado el peligro, Salinas se estremecía al considerar el riesgo que aquellos dos hombres habían corrido, y los males de que nos habíamos librado. Es cierto que ellos tomaron más líquido del que convenía, pero no toda la dosis prescrita, porque algunos otros presos habían también

bebido de aquel vino, y esta participación de licor fué sin duda la que salvó a aquellos pobres negros y a nosotros. En la noche inmediata, cuando la segunda tentativa malograda de evasión, y los negros tomaron la dosis suficiente para dormir sin peligro: la misma se les había suministrado está noche tercera, que de todos modos debía ser la última, cualquiera que fuese el resultado de la empresa.

Por fin, no eran más que las once y media y vi reflejar la luz en la pared de enfrente: mis libertadores habían anticipado la hora para tener más tiempo disponible hasta la una de la noche, hora del relevo de los centinelas: esta alteración fué, como después se verá, la que me salvó. Al instante abrí las dos puertas, que no opusieron la menor resistencia, y me encontré en el patio: ¡qué sensación tan extraña y agradable sentí cuando empecé a respirar el aire libre, y me encontré en tan ancho espacio, cuando vi sobre mi cabeza el firmamento cubierto de estrellas. ¡Ah! no hay duda, la libertad es el bien más precioso que puedan poseer los mortales. Benito arrojó la cuerda desde la azotea, y yo entregué las dos llaves a un centinela, para que cerrase otra vez las puertas cuando me viese salvo, y después las tirase al "lugar común". Me sorprendí al observar que no era una escala como yo había pedido, sinó una cuerda; mis males físicos me habían extenuado y debilitado en extremo, y no me encontraba con fuerzas y destreza bastantes para trepar por ella. La noche era sumamente fría, y para estar más ágil estaba vestido tan sólo con una camisa y los pantalones, sin medias ni botas. Me agarré de la cuerda, y llegué hasta la mitad de la altura, pero mis fuerzas flaquearon y yo iba a bajar, cuando Benito que sostenía la cuerda en la azotea, me dijo que lo hiciese inmediatamente, porque no teniendo la azotea parapeto en que apoyarse, él sólo sostenía todo mi peso aumentado con mis esfuerzos, y estaba (Benito) en riesgo de caerse de la azotea: ya no podía más. Bajé en efecto, y tuve que sufrir los sarcasmos de los centinelas por mi poca destreza para trepar: estaban incomodados de mi torpeza: ya se vé, cualquiera de aquellos, dos mozos robustos, no habría necesitado de tanto auxilio para escalar una pared de seis varas de elevación.

Como ellos dijese a Benito que la azotea del segundo patio tenía parapeto para poder aplicar la fuerza con mayor

ventaja, nos dirigimos al segundo patio; pero allí las paredes eran mucho más altas. Benito echó por segunda vez la cuerda: trepé por ella, y estaba ya andada las dos terceras partes de la distancia, cuando las fuerzas volvieron a faltarme, sentí que no podía mantenerme más tiempo en tan penosa posición y me dejé resbalar por la cuerda hasta bajar al patio. Benito y los centinelas, pero éstos aún más, estaban desesperados y renegando de mi poca fortaleza física, de mi falta de habilidad. Esta vez Benito no corrió el riesgo de caer desde la azotea, porque se apoyaba en el parapeto; pero él tenía la culpa del conflicto en que todos nos encontrábamos, porque sin duda por no dividir la propina que yo debía darle, no había querido traer un compañero que lo ayudase: entre los dos les habría sido fácil elevar un peso de cinco arrobas que era lo que yo podía pesar. Los centinelas me urgían para que volviese a encerrarme en el calabozo, acababan de dar las doce en el reloj del Cabildo, temían con razón, que la una, hora de relevo, nos alcanzase en otra tentativa. Pero yo les insté tanto a que me permitiesen hacer otra prueba, acompañando mi petición con otra insinuación más eficaz, —la de untarles las manos con un poco de oro—, que ellos condescendieron, pero con la condición que a las doce y media debía infaliblemente volver a encerrarme. Entonces le dije a Benito que si había un hombre de confianza en casa de la señora Barrón, lo fuese a buscar y le ofreciese dos onzas de oro que yo le entregaría en el acto. Benito me dijo que sí, que vivía allí un negro soldado de cazadores, que lo traería y entre los dos me izarían por la cuerda. “Bien Benito, le dije, no tardes en volver, ya sabes que no tenemos más tiempo que hasta las doce y media”.

Permanecimos esperando el regreso de Benito con su auxiliar, —un centinela se situó en la puerta que quedó apretada—, el calabozo estaba oscuro, Salinas había apagado la luz; el otro centinela se colocó en la garita en frente y a diez pasos de la puerta, yo permanecía a su inmediación temblando de frío, mi espíritu estaba en la más vehemente agitación, aquellos momentos eran de crisis y solemnes. Repentinamente se oyó el ruido de una puerta del patio que se abría, y como esta puerta era la que comunicaba con las oficinas de los empleados, comprendimos al instante que era el oficial de guardia que venía a recorrer los centinelas para

fiscalizar su vigilancia. Mi centinela se turbó y... "estamos perdidos", me dijo, "es el oficial". "No te asustes hombre, no tengas cuidado, ten serenidad y no temas". Entré en la garita, y continué diciéndole al centinela, "colócate en la misma puerta de modo que me cubras con tu poncho, y si el oficial viene a hablarte, no te turbes, contéstale con aire y voz resuelta: así sólo podemos salvarnos, porque él no me ha de ver". Efectivamente, yo estaba arrodillado, hecho un ovillo y reducido al menor volumen posible detrás del centinela. Llegó el oficial, y dirigiéndose al centinela del que no distaba ni un paso le dijo, "¿qué es eso, pues que está usted durmiendo?": "no señor, estoy bien despierto, contestó el cívico, pero tengo mucho frío, y poca ropa con que abrigarme (sus pantalones eran en efecto de verano), ni más que este poncho, y por eso me he refugiado en la garita". "Sí, hace en verdad mucho frío, dijo el oficial, pero poco tiempo le queda a usted ya de facción, van a dar las doce y media, e irá usted a dormir abrigado al cuerpo de guardia: vaya muchacho no hay que dormirse". Enseguida se dirigió al centinela de la puerta, "usted no tiene tanto frío como su compañero, hay alguna novedad?" "No señor, ninguna". "Los presos deben estar durmiendo en este calabozo, porque no veo luz". "Sí señor, lo creo así porque hace tiempo que la han apagado, y no se les oye hablar". "Vaya pues, mucha vigilancia: pronto vendrá el relevo". El oficial se retiró por donde había venido. Si por casualidad hubiera empujado la puerta, se habría abierto al más leve impulso, y, infierase lo demás. Su presencia fué de poca duración, pero de un efecto terrible, nuestra suerte había estado pendiente de un cabello. El centinela de la puerta se incorporó a su compañero: "De buena hemos escapado: no, no me volveré a meter en otra, y si el señor no fuga esta noche, que no cuente más con nosotros, bastantes riesgos hemos corrido". "Sí, es muy cierto, contestó el de la garita: también es la última vez que me meto en este berengenal. Y el señor es preciso que vaya a encerrarse, no sea el diablo que como el oficial no duerme, el cabo de cuarto esté también de humor de hacernos relevar antes de tiempo, y ya no debe faltar mucho para las doce y media, que es el momento convenido". "Sí, le dije azorado con una exigencia que concluía con todas mis esperanzas, no debe faltar mucho en efecto, pero el reloj todavía

no ha dado esa hora, y hasta entonces debemos esperar, porque de un momento a otro debe presentarse Benito con su compañero; y hasta extraño que tardan tanto siendo la distancia tan corta". "Sí, tardan mucho, dijo el centinela, demasiado, y esto me hace sospechar que no volverán, lo mejor sería que volviese usted a su encierro". "Pero hombre, un momento más, ustedes no me servirán de balde, yo se lo prometo, se aumentará la recompensa". Estábamos en este altercado, y yo empezaba también a sospechar lo que me acababa de decir el centinela, —que Benito no volvería. Jamás en las circunstancias más críticas y peligrosas de mi vida azarosa y llena de contratiempos y contrariedades, jamás en las situaciones arriesgadas de la vida militar, y de la carrera de la revolución, en que tantas veces me he visto a punto de perder la vida, había experimentado una congoja, un mal-estar, un desconsuelo como el que sentí en aquellos momentos; y la campanada de las doce y media vino a resonar en mis oídos como un tañido lúgubre y espantoso que marcaba el término de mi existencia. "Vamos señor, dijeron a un tiempo los dos centinelas, han dado las doce y media, entre usted en el calabozo, cerraremos la puerta exterior, y usted cerrará la interior, aquí tiene usted su llave". La recibí, no podía replicar y me encaminé a mi prisión tan afectado como puede estarlo un sentenciado que marcha al lugar de su suplicio.

Pero en este momento se oyó el ruido de una piedra que caía en el patio. "Es la señal", exclamé alborozado, "sí, es la señal, contestó un centinela, no hay duda ninguna, veo dos bultos en la azotea, debe ser Benito con su compañero, pero ya es muy tarde y pueden sorprendernos, es preciso decirles que se retiren; y usted entre ya". Estábamos efectivamente en el umbral de la puerta del calabozo. "No perdamos tiempo, les dije, nos queda media hora, y es sobrado para una operación que no requiere sinó dos o tres minutos: entre los dos me izarán fácilmente, y ustedes ayudarán desde abajo poniéndome las culatas de los fusiles para sentarme en ellas. Vamos, por Dios, coraje amigos". Resistieron, redoblé mis instancias y condescendieron. Benito y el compañero echaron la cuerda, me prendí de ella, los centinelas colocaron las culatas de sus fusiles en mis posaderas y los elevaron cuanto pudieron, los otros dos alzaban desde arriba, y en un momen-



to me encontré en la azotea. ¡Dios mío! que momento de júbilo, como explicarlo: yo estaba salvo; y tratamos de ganar sin perder tiempo la casa de Gregoria Barrón que me estaba esperando.

La noche aunque estrellada era oscura, no había luna: en el tránsito había un paso peligroso: una pared del Seminario muy desigual y escabrosa en la parte superior: los tres tuvimos que montarla como a caballo, pues de otro modo nos exponíamos a caer de una gran altura al patio del Seminario, nos habríamos hecho pedazos. Ibamos gateando del mejor modo que podíamos, mientras los malditos perros del Seminario nos aturdían con sus incesantes y estrepitosos ladridos. Estábamos azorados temiendo que los ladridos de los perros despertasen a los vecinos, llamasen la atención en la cárcel y nos descubriesen en el momento de la escalada. Pero felizmente concluimos nuestro trayecto sin incidentes, y llegamos a la casa de la señora Barrón que con su hija Pepita me esperaba ansiosa; que abrazos tan estrechos nos dimos: mi corazón palpitaba con violencia. Allí encontré vestidos que de mi casa me habían mandado, me vestí, porque ya he dicho que estaba casi desnudo: entregué dos onzas al negro cazador, y me despedí de aquellas buenas señoras, que tanto favor me habían hecho, repitiendo los más estrechos abrazos. Mi guía era Benito, él me condujo a una pobre habitación al través de las calles solitarias de Buenos Aires: llegamos a la casita que estaba en los extremos de la ciudad: allí vivía una mulata querida de Benito. Era un lugar seguro: yo me había salvado; y las sensaciones agradables que mi alma experimentaba en aquellos momentos, exceden a toda exageración. Mi amor propio también se encontraba muy lisonjeado, porque la empresa sobre arriesgada, tenía un carácter verdaderamente romántico: yo era el héroe principal, y todo lo debía a mi resolución y a la más feliz invención de los medios: todo era obra mía. Mi fuga iba a hacer mucho ruido, y esto sólo bastaba en aquel tiempo de fanatismo e ilusiones, para que yo estuviese muy satisfecho de mi mismo. ¡Qué pequeñez! Pero yo soy sincero y me describo cándidamente, tal cual era.

A la mañana siguiente Benito salió muy temprano, y se dirigió al Cabildo para oír lo que se hablaba de mi fuga, que necesariamente iba a ser el asunto del día, y muy particular-



mente entre las gentes de aquella casa. Volvió Benito, y estuve muy divertido con la narración de sus pesquisas. En la plaza no se hablaba de otra cosa que de la escapada. ¿Pero cómo me había evadido?; ésta era una cuestión que todos se hacían. Toda la guardia iba a ser arrestada luego que se relevase, porque desde que el alcaide había cerrado las puertas de mi calabozo dejándome en él encerrado, hasta que se habían abierto por la mañana a las siete como de costumbre, todos los soldados habían hecho allí centinela: no había sospecha individual, ni era posible porque al entregar la consigna, el cabo y el centinela entrante habían verificado, tratando inútilmente de levantar el cerrojo, que la puerta estaba cerrada; así mis dos cómplices estaban perfectamente a cubierto. Ellos habían cerrado las puertas inmediatamente que me vieron en salvo; habían continuado la centinela hasta que fueron relevados, y los entrantes acompañados del cabo de cuarto vieron, en efecto, que la puerta exterior estaba perfectamente cerrada. Pero entretanto era un hecho que, como yo no era un ser sobrenatural que pudiera atravesar invisible al través de la reja de la ventanilla o del ojo de la cerradura, algunos de aquellos soldados me hubieran ayudado. Imposible sí, averiguar cuáles eran. No faltaban algunos estúpidos preocupados en la creencia de sucesos maravillosos, con milagros del otro mundo, creían que algún ángel bajado del cielo me había salvado. Otros afirmaban que durante la noche una partida del Ejército Federal había forzado la prisión y extraídomé de ella a viva fuerza. No eran pocos los que creían que el mismo gobernador Ramos Mejía, amenazado por Alvear desde Santa Fe, si se atentaba contra mi vida, o se continuaba oprimiéndome, me había dado secretamente libertad. En fin, el alcaide estaba estupefacto, juraba y probaba que, como de costumbre, las llaves de todos los calabozos no habían salido un solo momento durante la noche de debajo de la almohada sobre la que su cabeza reposaba: no podía comprender cómo había yo podido salir sin que él me abriese las puertas. Pero una escena joco-seria fué la que tuvo lugar a las siete de la mañana, hora en que el ayudante del alcaide, abría las puertas para servirme el mate. Cuando entró en la mazmorra se dirigió a mi cama, y como el paraje era oscuro me llamó por mi nombre para despertarme: como no recibiese contestación alargó la mano para

moverme, y como no me encontrase, como la viese vacía, registró debajo de las dos camas, —la mía y la de Salinas—, no encontrándome allí, es claro que yo no estaba. Entonces despertó a Salinas que fingía estar dormido, y con la expresión y talante de un hombre asustado y fuera de sí, le dijo: "Señor Salinas, que es esto, dónde está el señor Iriarte". Salinas le contestó: "Iriarte, pobre desgraciado Iriarte: he rogado a Dios por él una buena parte de la noche: mejor que yo sabe usted donde está: sí, está sin duda en el mundo de la verdad". "Que está usted diciendo, yo no lo comprendo: dígame usted dónde está el señor Iriarte". "¿Pues qué, usted no sabe donde está? No vino usted anoche a sacarlo de aquí acompañado de soldados. Al instante dije, pobre Iriarte, vienen a sacarlo para fusilarlo, desgraciado joven". "Pero señor, ¿qué dice usted!" "Digo que anoche lo sacaron de aquí, con todo el aparato de una próxima ejecución". "Pero señor, yo no he venido a sacarlo: Dios mío, ¿cómo ha sido esto?" Cerró las dos puertas y se retiró a dar cuenta al alcaide, que acabó de perder la cabeza con la relación de su ayudante. El mismo día el alcaide fué privado de su destino; y el oficial de guardia, oficial del primer tercio cívico que era conocido por el sobrenombre de **el pato**, fué suspendido de su empleo. Ambos eran completamente inocentes, pero ¿cómo no sospechar de ellos? Mi fuga era prodigiosa, y tanto que hasta ahora se ignorarían los medios que empleé, si yo más tarde y cuando ya no había peligro, no los hubiera revelado.

## CAPITULO LVIII

### PANORAMA DE LA ANARQUIA

Esta aventura metió mucho ruido y me hizo aun más espectable: es una propensión natural, y del vulgo principalmente, dar gran importancia a todo lo que no se comprende ni se puede explicar. Los preparativos y la ejecución me costaron más de treinta onzas de oro: mucho más habría yo

dado a mis instrumentos, pero ni aún de aquella cantidad podía yo disponer, mis parientes me la proporcionaron en varias datas, y después he podido satisfacer esta deuda.

Todo el día lo pasé oculto en casa de la amiga de Benito; por la tarde mi tío Somalo, hermano de mi madre, y mi amigo don Manuel Alvarez vinieron a mi guarida llamados por mí: ellos habían ya encontrado un alojamiento tan seguro y más decente. Somalo me trajo debajo de la capa los hábitos del canónigo Zuloaga: con ellos me disfracé; y empezaba a oscurecer cuando salimos los tres de casa de la amiga de Benito con dirección a la de don Juan del Pino, al que de antemano Somalo había hablado accediendo aquél a tenerme oculto en su casa. Me llevaron en medio por respeto y consideración a mi traje sacerdotal. No estaba del Pino en su casa cuando llegamos, pero me recibió una buena señora que cuidaba de los hijos de Pino, porque éste era viudo. Tomamos asiento y yo observé que la señora fijaba la vista en mí con cierto aire de sorpresa, no dejaba esto de darme algún cuidado, pero muy pronto recordé que no me había afeitado los bigotes y comprendí muy luego que era muy natural que aquella señora extrañase que un clérigo, ella no me conocía, usase bigotes. Después hablando sobre esto y cuando supo quien yo era y el objeto de mi visita me confesó la extrañeza que mis bigotes le habían causado. Vino Pino y mis compañeros se despidieron de mí: yo les encargué que no repitiesen mucho sus visitas para alejar toda sospecha.

En casa de don Juan del Pino estaba yo con toda confianza, porque era un hombre excelente y muy caballero, pero como estaba situada tan cerca de la casa de gobierno —el Fuerte— y venían algunos amigos a verme, temía que sus visitas indujesen a sospechas y me descubriesen. Pino también era muy visitado y una casualidad, un descuido, podía hacer que el día menos pensado se descubriese el secreto de mi asilo. Por esta razón el mismo Pino me proporcionó otra guarida en casa de un amigo de toda su confianza. Era este un médico inglés, el doctor Hardeford. Este vino una noche a buscarme y salimos juntos para su casa. El doctor Hardeford tenía la costumbre de embriagarse todas las noches, y tal era su estado en aquellos momentos: marchábamos juntos y él iba jugando a la pelota conmigo, porque encontrábamos transeúntes, sin hacerme la mínima adverten-

cia, pasando su brazo por mi cintura me colocaba unas veces del lado interior de la vereda y otras del lado de la calle pero siempre a su lado. No iba yo muy contento de este cambio continuo y forzado, porque conocía que eran sin objeto tales precauciones, pero toleraba con paciencia las manotadas de Hardeford, porque como conocía que éste no tenía en buen estado su cabeza, tenía armas, con él un altercado a la menor resistencia por mi parte: al fin llegamos a su casa, e inmediatamente se sirvió el ponche.

Hardeford era un hombre de mucha capacidad y disfrutaba gran crédito profesional. Sus opiniones políticas estaban en oposición con las mías, era enemigo de Alvear y Carerras: como hombre ilustrado e imparcial por su calidad de extranjero, y a favor de la experiencia, de que yo carecía por mis pocos años, Hardeford conocía los casos y la marcha de la revolución más a fondo, y juzgaba de todo con mucho tino: entonces yo no lo conocía así, y pocas veces estuvimos de acuerdo. Pero yo estaba a pesar de esta divergencia muy seguro en su casa, porque el médico era hombre de honor: corría sólo el riesgo de ser descubierto a favor de alguna borrachera, de una imprudencia de mi huésped cuando perdía el juicio, porque era cosa infalible que todas las noches se embriagase con su bebida favorita, el ponche. Veces había que desde que nos sentábamos a la mesa para comer, ya Hardeford no se levantaba hasta las once de la noche, hora en que lo llevaban a la cama entre dos criados, no pudiendo él hacer uso de sus pies.

Yo anhelaba el momento de incorporarme a mis amigos los proscriptos emigrados en Santa Fe, pero el viaje era muy peligroso, y tenía que someterme a la necesidad de esperar mejor oportunidad. Todavía regenteaba el gobierno de la provincia el alcalde de primer voto Ramos Mejía; pero Soler que estaba acampado con su ejército en el puente de Márquez primero, y después en la Villa de Luján, quería ocupar la silla del gobierno y preparaba una revolución para derrocar a Ramos Mejía: —pobre hombre que enfatuado con una tan alta dignidad, en cuya adquisición para nada habían entrado sus méritos y servicios, ni su capacidad, porque exclusivamente debía su efímera elevación a las continuas agitaciones populares de la época, ni sospechaba las intenciones de Soler. Se creía firme y seguro en el mando nominal de

la provincia, en la que Soler era el que verdaderamente mandaba de hecho. Ramírez con su división entrerriana había pasado el Paraná en el mes de abril, y en el Entre Ríos sostenía con ventaja continuos encuentros con sus antiguo jefe Artigas de cuya autoridad se había emancipado.

Artigas había pasado el Uruguay derrotado por los portugueses al mando del general Lecor y abandonado de sus tenientes Fructuoso Rivera y otros que se habían prestado y adherido a una transacción que con el nombre de pacificación dejó a Lecor y sus tropas en posesión tranquila de toda la Banda Oriental. Al fin Artigas, batido por Ramírez, se vió forzado a huir al Paraguay donde todavía se mantiene refugiado después de veintiseis años. En la provincia de Córdoba continuaba mandando el general Bustos bajo la bandera de la Federación que desde el principio había levantado; pero se conservaba neutral y no tomaba parte en las revueltas de las provincias litorales que eran entonces el teatro y foco principal de la guerra civil. En las demás provincias argentinas del interior, los hombres más influyentes, hombres salidos de la nada, gauchos de alta jerarquía se disputaban el mando, estaban de hecho separados y sin dependencia de Buenos Aires la antigua Capital: la asociación de las provincias unidas estaba completamente disuelta y este hermoso país presentaba el cuadro más espantoso de anarquía y desolación. Carreras con su división chilena y en alianza con López, gobernador de Santa Fe, estaba acuartelado en esta provincia: él había ya reunido todos los elementos posibles para emprender su expedición sobre Chile a fin de derrocar al director O'Higgins y ocupar su lugar de Jefe Supremo; pero Carreras amigo consecuente y leal, posponía el interés propio por favorecer a Alvear perdiendo así un tiempo precioso con riesgo de ver frustrada su empresa. Carreras había resuelto colocar primero a Alvear en el gobierno de Buenos Aires, y para conseguirlo había recabado del gobernador López cooperase personalmente con sus tropas santafecinas para marchar unidas sobre Buenos Aires. Alvear no tenía un solo soldado, y toda su comitiva se reducía a cincuenta jefes y oficiales que desde el Retiro lo habían seguido hasta Santa Fe decididos a participar de su buena o mala suerte. Estos jefes y oficiales eran conocidos con el nombre de prospectos, porque efectivamente lo eran mediante un decreto

que contra ellos había lanzado Sarratea. Este farsante se encontraba refugiado en el Entre Ríos acompañado de un pequeño círculo de sus allegados, hombres casi todos de poco alcance y tan desacreditados como su patrón.

Tal era el estado de las cosas en el mes de junio. Fáltame sólo manifestar en honor de Carreras que su protección a Alvear había sido tan decidida que, cuando éste se presentó con los oficiales que lo acompañaban en su retirada de Buenos Aires en el campo de Ramírez, este caudillo quiso fusilarlo, porque efectivamente, la revolución malograda por la poca entereza de Alvear, había dado por tierra con el influjo que Ramírez había adquirido en Buenos Aires, durante el mando de Sarratea, y que tanto le había importado conservar para llevar a cabo sus planes y miras ulteriores, porque es cierto que el guazo entrerriano aspiraba entonces al mando supremo de la República Argentina. Pero Carreras abogó con tanto calor por su amigo, haciendo uso de su influjo que con Ramírez tenía, que consiguió salvar a Alvear de un gran conflicto: de ser víctima del salteador entrerriano.

Se sabía ya a no dudarlo, que las fuerzas federales que —así se denominaban las que capitaneaban Carreras, López y Alvear— estaban en marcha sobre Buenos Aires, y que con ellos venían los tres jefes que se acaban de nombrar. Soler veía venir el golpe, pero él no debía temerlo: no había perdido su tiempo, pues lo había empleado en organizar una fuerza regular compuesta de caballería y artillería y formada con los cuadros de los cuerpos que habían sido disueltos en las frecuentes conmociones políticas de la capital. Con esta fuerza estaba acampado en la Villa de Luján; y además contaba con algunos batallones de infantería y con cuatro tercios de milicias cívicas también de infantería que estaban de guarnición en la capital. Soler marchó sobre Buenos Aires, y al llegar al puente de Márquez se hizo proclamar por su ejército gobernador y capitán general de la provincia. Ramos Mejía asustado abandonó el campo a su nuevo sucesor y se escondió. Soler continuó su marcha sin encontrar oposición, ni había quien pudiera hacérsela, y a la cabeza de sus tropas, hizo su entrada triunfal en la ciudad el veintitrés de junio. Y en Buenos Aires también fué reconocido como gobernador y capitán general.



Yo continuaba escondido en casa de Hardeford, calle de la Florida a una cuadra del café de Catalanes, y desde una ventana que daba a la calle de este nombre vi desfilar por ella al ejército. Soler que iba a la cabeza marchaba por la vereda, y se detuvo en ella al lado de mi ventana, de modo que no nos separaba ni la distancia de un pie, pero él no podía verme, porque sólo había yo dejado una pequeña rendija para observar cuanto pasaba en la calle sin riesgo de ser observado al examinar tan de cerca a aquel hombre, de cuya voluntad dependía mi existencia, si hubiese sido descubierto, se me ocurría la buena presa que perdía Soler, y lo ajeno que él estaría de estar tan cerca de mí: casi en contacto. Cuando Hardeford entró en casa y le dije que había visto pasar el ejército, y donde había estado yo situado, me dijo que había hecho muy mal y expuesto a ser descubierto por una casualidad. Si esta por desgracia ocurría, en lo sucesivo yo corría un gran riesgo, y éste se aumentaba con la presencia de Soler en Buenos Aires. Así es que aquel mismo día manifesté a Hardeford mi deseo de cambiar de refugio: él convino conmigo en que era una necesidad, y me indicó la quinta de un inglés muy amigo suyo situada a tres leguas de Buenos Aires, en la inmediación de los Quilmes; me aseguró que retirado allí nada tendría que temer; y que desde aquel punto me sería más fácil emprender mi viaje para incorporarme al ejército federal, que ya estaba en marcha y tal vez pisando el territorio de la provincia. Resolvimos, pues, esperar la noche para montar a caballo y dirigimos a la quinta del inglés.

Lo hicimos así efectivamente sin perder tiempo: pasamos con felicidad el puente de Gálves, éste era un pasaje peligroso donde constantemente hacía el servicio un piquete de caballería que reconocía a los transeúntes de día y de noche; pero esta era extremadamente fría y la hora avanzada, nadie nos salió al encuentro: sin duda la partida estaba en algún abrigo inmediato, había abandonado su puesto y pasamos así sin ser sentidos. Llegamos a la quinta de Mr. Robert Hunt a las once de la noche y aunque extrañó una visita tan intempestiva nos recibió cordialmente. Hardeford le explicó mi situación, le dijo que yo quedaría en su casa escondido con las mayores precauciones, y Hunt dió su beneplácito, una buena parte de la noche se pasó al lado de



la estufa con el vaso de ponche, porque Hunt era tan aficionado como Hardeford. Pero éste se excedió tanto en el uso de aquel licor, que cuando nos retiramos a descansar fué preciso llevarlo cargado y desnudarlo: al día siguiente estaba postrado en cama y fuertemente atacado, no se levantó.

El edificio de Mr. Hunt era bastante cómodo y espacioso si se compara con las pobres habitaciones de nuestra campaña. Era un establecimiento bien tenido y que debía proporcionar una gran ganancia a su propietario. Se salaba excelente carne en barricas para proveer por contrata a las embarcaciones inglesas; se sebaban cerdos con el mayor esmero, beneficiándose jamones que en nada cedían al más exquisito de Wesfalia según el testimonio de los inteligentes; se hacían delicados quesos y sabrosa manteca. Un bosque de duraznos de dos cuerdas de lado, llamaba sobre todo la atención: los árboles se podaban todos los años, pasaban el tiempo en que se acostumbra hacer el corte de leña en la provincia de Buenos Aires, de modo que agregado esto al esmero del cultivo, aquellos árboles tenían una altura desmedida y se elevaban rectamente cual si fueran álamos. Este bosque contenía en su recinto bien cercado muchos centenares de pavos que ahí se engordaban para venderlos en el mercad de la ciudad y para el consumo casi diario de la casa y como Mr. Hunt era en extremo "aficionado", su bodega estaba surtida de los mejores vinos embotellados, sin excluir el famoso del Cabo: la cerveza era de varias clases las más selectas, incluyendo la excelente de Boston. De modo que la mesa diaria de Mr. Hunt era abundantemente servida con manjares delicados y con variedad de vegetales de que su huerta estaba bien surtida. Un sábado al ponerse el sol, empezaron a llegar de la ciudad nuevos huéspedes todos ingleses del comercio, y algunos oficiales de la marina real. Mr. Hunt me dijo que todos los domingos venían sus amigos a comer con él y divertirse en la caza de venados, y en la de volatería, tenía más de cincuenta perros bien enseñados a perseguir aquellos animales. Le manifesté mi deseo de permanecer retirado y oculto en mi habitación y de no asistir a la mesa, por el temor de que descubriesen mi escondrijo. Pero Hunt me dijo que todos sus convidados con excepción de uno sólo, eran ingleses y que probablemente no me conocían, y que aún cuando alguno de ellos me conociese, debía

estar seguro que no violarían el secreto porque todos eran caballeros, y además nada serían capaces de decir a mi respecto, en consideración a la amistad que con él tenían. Que el único hijo del país que asistiría a la reunión era el abogado don Félix Ignacio Frías, pero que éste era su amigo, y un sujeto, en fin, incapaz de cometer una felonía. Yo repugnaba presentarme a pesar de las seguridades que me daba Mr. Hunt; que no conocía como yo la revolución ni la inmoralidad de los hombres de partido: el doctor Frías era entonces secretario del Cabildo, y aunque yo no sabía a que color político pertenecía, esta misma duda me decía lo bastante para que me retrajese de ser visto por él. Pero Mr. Hunt insistió, y a fuer de huésped favorecido en su casa, me vi forzado a someterme a su imprudente importunidad: bien imprudente por cierto, porque en la prueba yo ariesgaba nada menos que mi cabeza, si por desgracia algunos de los convidados me vendía. La libertad me había costado muy cara y era natural que quisiese tomar todas las precauciones para no perder una prenda tan querida, que tantos afanes y peligros me había costado reconquistar. Llegado el domingo fué mayor la afluencia de las visitas: todos montaron en sus caballos, vestidos de pies a cabeza de colorado, que es el traje que se usa en Inglaterra para las corridas de venado: ahí estaba también el doctor Frías, que se sorprendió mucho de verme, porque todos creían en Buenos Aires que yo me había ya incorporado al ejército federal.

Volvieron a la hora de comer: muchos habían rodado del caballo al través de las viscacheras, pero todos volvieron sin lesión: parece que los ingleses maturrangos tan propensos a correr a caballo son los que sufren menos averías, sin duda consistirá en que tienen poca aprehensión, en que no conocen el aguijón del miedo: ellos no varían sus hábitos, y quieren hacer con nuestros torpes caballos, lo que hacen en el suyo con los que allí tienen para estas batidas perfectamente enseñados y de raza a propósito. Comimos opíparamente, y aún con más profusión se despacharon las botellas. Tuve a mi lado al doctor Frías, y hablamos largamente de política y de las ocurrencias del día, él se expresaba como un hombre que no pertenecía a ningún partido, pero yo no estaba de ningún modo contento de que él supiese mi domicilio. Por la tarde muchos regresaron a la ciudad; otros car-

gados de vino no pudieron montar a caballo, y se quedaron a dormir en la quinta: se fueron el lunes por la mañana.

Mr. Hardeford a quien los excesos de la bebida habían retenido en la quinta desde nuestra llegada, se fué también con esta última partida.

Mi vida en la quinta de Hunt era del todo monótona y aburrida, tenía el inglés poca o ninguna instrucción, no tenía libros que distrajesen mis horas de fastidio, y su conversación era la de un hombre muy vulgar. Vivía en continua alarma temiendo ser descubierto a cada momento y ansiaba el día de ponerme en camino para incorporarme a los federales que habían ya abierto su campaña desde Santa Fe para invadir la provincia de Buenos Aires. Toda mi distracción consistía en los paseos a caballo que solía hacer al través de los campos, y siempre evitando aproximarme a habitaciones de los campesinos, y estos no dejaban de fijarse en mí cuando pasaba a la inmediación de sus ranchos, como que extrañaban ver a un hombre que no conocían en aquellos parajes solitarios.

El general Soler que había entrado en Buenos Aires el día veintitrés de junio, salió apresuradamente de la ciudad el veinticuatro, iba a reunir sus fuerzas para marchar al encuentro de Alvear, López y Carreras que marchaban rápidamente sobre la provincia, y ya pisaban las fronteras. El veintinueve serían las once de la noche cuando se oyeron fuertes golpes que llamaban a la puerta principal de la quinta; desperté al ruido temiendo que fuese alguna partida que venía a prenderme. Mr. Hunt se levantó de la cama, salió a abrir, y rcibió a dos hombres que venían de la ciudad: eran amigos: un sobrino de don Juan del Pino, y un guarda llamado Altolaquirre: me entregaron una carta de don Juan del Pino en la que me anunciaba que las fuerzas de Soler habían sido completamente derrotadas en la Cañada de la Cruz —veintiuna leguas de Buenos Aires—, y que mis amigos continuaban después del triunfo su marcha rápida sobre la capital, que suponiendo que yo quería incorporarme al ejército federal, me mandaba aquellos dos hombres de toda su confianza para que me sirviesen de guías para atravesar los campos hasta el puente de Márquez, donde a la sazón debían hallarse las tropas vencedoras. No vacilé un momento, y a la una de la mañana ya me había despedido de Mr. Hunt

y montado a caballo en demanda del puente de Márquez. Mis guías conocían, efectivamente, bien el terreno y atravesando campo me conducían por el camino más corto, bien que sembrado de malezas, cardos y espinas. La noche era de las más frías. Cuando amaneció tomamos nuestras precauciones para no caer en alguna partida de hombres dispersos que veíamos a la distancia inundar la campaña por donde transitábamos. A las diez de la mañana nos encontramos ya en el puente de Márquez, donde poco antes había llegado una división santafecina, vanguardia del ejército federal.

## CAPITULO LIX

### DESORDENES EN BUENOS AIRES

Allí encontré una diputación del Cabildo de Buenos Aires, compuesta de los cuatro individuos siguientes. Doctor don Manuel Antonio Castro, Presidente de la Alta Cámara de Justicia; don Luis Dorrego; Don Juan Norberto Dalz y Ambrosio Lezica, Alcalde de primer voto; y venían a recibir a Alvear, porque después de la victoria de la Cañada de la Cruz, toda resistencia en la ciudad, parecía imposible, la noticia de este triunfo había amilanado los ánimos en la Capital. Comí con ellos y puede convencerme por cuanto les oí y por el objeto mismo de su misión, que íbamos a entrar triunfantes en Buenos Aires y a recoger el fruto de nuestros trabajos. Alvear se había hecho elegir gobernador y capitán general en la campaña de Buenos Aires, en donde se había también formado por elección una junta de representantes que acompañaba en sus marchas al ejército federal de modo que existían a la sazón dos gobiernos y dos salas de Representantes para sólo la provincia; pero como Soler, había sido derrotado y emigrado a la Banda Oriental, ningún otro que su antagonista —Alvear— podía ser destinado a ocupar el lugar del fugitivo. La popularidad de Soler en la ciudad era tan extraordinaria entre la plebe, que a pesar de la derrota

reciente cuando el mismo día veintiocho llegó a Buenos Aires, la multitud lo aclamaba con frenesí del delirio para que se pusiese a la cabeza del pueblo y organizase la resistencia contra los invasores; pero Soler aterrado con la impresión de espanto que su fuga del campo de batalla había dejado en su ánimo, sin duda muy apocado, se había escondido en su misma casa en un hueco de la pared, cubierto con un armario, y el día veintinueve se embarcó furtivamente para la Colonia del Sacramento, dejando a sus partidarios exaltados completamente burlados y en el mayor desaliento, pues era tan elevado el entusiasmo por su héroe y la alta opinión que de él tenían, que desde que los abandonó tan cobardemente se creyeron irremediabilmente perdidos e imposibilitados de oponer la menor resistencia; creyeron indispensable someterse al vencedor. Alvear —bien que lo detestasen de todo corazón—. Pero el mismo día treinta de junio, mientras que la diputación del Cabildo estaba en el puente de Márquez esperando a Alvear para complimentarlo y abrirle las puertas de la ciudad, el coronel Pagola, amigo de Soler, se había abrogado el mando nombrándose el mismo comandante general de Armas; y como éste paso lo había dado apoyado en los exaltados descamisados —los cívicos— el Cabildo temía los avances de la canalla y tuvo que someterse, es decir, que la ciudad quedó en acefalía y expuesta a ser teatro de un desorden sangriento, del saqueo y desolación, porque el coronel Pagola era tan frenético y de limitada capacidad como los hombres en quienes apoyaba su autoridad. El mismo Cabildo tuvo que temer por sí, Pagola había impuesto arresto a todos sus miembros en el mismo salón de sus sesiones, donde se introdujo a mano armada con unos cuantos sicarios, hombres perdidos y de una inmoralidad repugnante y repulsiva: lo que propiamente puede llamarse **la canalla**.

Desde la explosión de Pagola empezó a hacerse difícil, sino imposible, nuestra entrada en la capital: el pueblo que aún no había dejado las armas, se manifestaba con síntomas más alarmantes que nunca, estaba energúmeno y decidido a oponerse a Alvear y sus aliados, López y Carreras, y este clamor general era como el grito de guerra que excitando el acrecentamiento de la reunión popular, como una chispa eléctrica conmovía la ciudad y puso en combustión las cabezas cal-

cinadas de aquella multitud desbordada como un torrente impetuoso, porque Pagola había vuelto a encender el fuego mal acabado de la discordia civil, tocando el resorte más eficaz para proverla: el odio a Alvear. Y como éste venía apoyado de extranjeros, fueron estos los momentos en que hizo su primera explosión el espíritu mezquino de localidad y de provincialismo que las torpezas y marcha impolítica de todas las administraciones anteriores, desde el año diez, no habían cesado de fomentar. Desde entonces empezaron las provincias a poner de manifiesto sus sofocados estímulos y sus claras tendencias de independencia recíproca y a mirar como extráneos a todos los que habían nacido en su respectivo territorio, empezó a romperse el vínculo de unión de la familia argentina. Felizmente las tendencias vandálicas de Pagola y sus instrumentos, fueron sofocados dos días después con la misma facilidad que él había tenido para erigirse en autoridad única e irresponsable; porque el Cabildo y la junta de Representantes nombraron gobernador y capitán general de la provincia al coronel Dorrego, recientemente llegado de Norte América, donde había sufrido un dilatado destierro. Dorrego contuvo a Pagola, lo subordinó y con su audacia, actividad y saber consiguió organizar la resistencia contra los invasores; restablecer el orden en Buenos Aires, que estaba efectivamente amenazada de los horrores del vandalismo y el desenfreno de las más innobles pasiones.

Todo esto ocurría en la Capital mientras las tropas federales iba sucesivamente llegando al puente de Márquez. Mis amigos cuando me veían me felicitaban por mi prodigiosa evasión y me pedían los detalles de este suceso. Alvear al entrar a la provincia de Buenos Aires convocó las milicias de la campaña y reunió hasta el número de seicientos hombres todos del departamento del Norte y era esta la única fuerza propia que tenía disponible: el coronel Perdriel había sido nombrado jefe de ella. Cuando supe la llegada de Perdriel con su división de milicias al puente de Márquez, fui inmediatamente a verlo, atravesando el puente que nos separaba. Por el supe los primeros pormenores de la acción de la Cañada de la Cruz. El ejército de Soler había marchado desde su campamento de Lujan al encuentro de los federales, a los que encontró formados del otro lado del arroyo

y prontos a combatir. El arroyo dividía entrambas fuerzas. Las de Soler de dos mil quinientos hombres de caballería y cuatro piezas de artillería, las de los federales de poco más de mil doscientos hombres porque las milicias de Alvear no estaban aún incorporados. Los federales esperaron a cinco cuadras distantes del arroyo que Soler lo pasase con sus tropas: en el momento en que esta operación tenía lugar los federales, es decir los santafesinos y chilenos cargaron sobre sus adversarios: también se lanzaron con denuedo los jefes y oficiales proscriptos mandados por Alvear. Hubo después del choque momentos alternados de una y otra parte, pero al fin los federales vencieron y los enemigos se pusieron en precipitada y vergonzosa fuga precedidos en ella por su caudillo el general Soler, que montaba aquel día un ligero caballo chileno y disparó a rienda suelta el espacio de cinco leguas desde el campo de batalla hasta el campamento de Luján, en donde pocos días después vi muerto, reventado por la violenta carrera, a aquel famoso animal tendido delante de la puerta del alojamiento del general fugitivo, que no se detuvo sino para tomar otro caballo y no paró hasta que llegó a Buenos Aires, como ya he dicho. El resultado de esta jornada, catorce jefes y oficiales enemigos que quedaron tendidos en el campo de batalla, un número proporcional —no recuerdo el número— de soldados; el general French, un coronel y doce jefes y oficiales más prisioneros; tomada toda su artillería. El batallón de cazadores negros mandados por el coronel don Celestino Vidal, estaba en marcha, en los momentos de la acción: desde Luján el ejército de Soler, al que no había logrado todavía incorporarse y mal de su grado tuvo que someterse a los vencedores mediante una capitulación; pero la posición en que este cuerpo quedó era muy equívoca. No eran prisioneros y aunque quedó con sus armas y a las órdenes de Alvear como gobernador de la provincia, no podía contarse con su fidelidad, se conocía visiblemente que aparentemente habían adherido forzados por las circunstancias, y por la falta de energía de su jefe, pero que estaban violentos entre los federales.



## CAPITULO LX

## EL CARACTER DE ALVEAR

Alvear aun no había llegado al puente de Márquez y como Perdriel sabía la amistad que nos unía y el deseo que tendríamos de encontrarnos, envió un oficial para que luego que llegase viniese a darnos la noticia. Perdriel además temía que ocurriese algún escándalo entre Alvear y los Diputados del Cabildo que podría muy bien frustrar nuestras esperanzas fundadas de entrar en Buenos Aires, pues Alvear, me dijo Perdriel, venía con su cabeza no en muy buen estado por haber tomado ese día, que fué frío y lluvioso, una dosis de caña mayor de lo que acostumbraba, para mitigar el frío y los efectos del agua, de que estaba empapado, y en tal estado no era de ningún modo conveniente que recibiese a los Diputados, porque su ánimo estaba exasperado por la persecución que había sufrido, y, Perdriel en suma, temía una escena, un arrebató de Alvear que alterase la buena disposición con que los diputados habían venido a recibirlo; y que estos regresasen a la ciudad, que mucho temía la venganza de Alvear, y fuese motivo para que volviesen otra vez a tomar las armas contra él. En una palabra, Perdriel deseaba que interponiendo yo el influjo que él sabía tenía con Alvear, impidiese que la entrevista tuviese lugar aquella noche, y que se difiriese para el día siguiente. Me presté gustoso a mediar en este asunto porque fácilmente me penetré de las razones bien fundadas de Perdriel y de sus fundados temores.

Así es que en el momento en que nos vinieron a anunciar la llegada de Alvear al puente de Márquez, volé a su encuentro. Nos dimos un estrecho abrazo, lo mismo que con Carreras que junto con Alvear había también llegado y hospedándose en la única casa que allí había —la de Pellón— y en la que se encontraban por lo tanto los Diputados. En los primeros momentos nos ocupamos en preguntas y respuestas sobre los sucesos pasados, y muy especialmente

de mi fuga de la cárcel, que entonces hacía mucho ruido dándome cierta celebridad por el modo misterioso con que se había realizado y por las dificultades al parecer invencibles que yo había conseguido allanar. Después separándonos a un lado con Carreras y Alvear me esforcé en persuadir a éste que difiriese su conferencia con la diputación del Cabildo hasta el día inmediato, alegando por motivo de esta demora, el cansancio de la marcha, el frío y la lluvia de que Alvear estaba impregnado, pero mis instancias fueron en vano. Carreras que por su posición tenía más influjo que yo sobre Alvear, tampoco pudo conseguir persuadirlo, a pesar de su reiterada exigencia. Se conocía claramente que los vapores de la caña obraban en el espíritu de Alvear; él era sagaz y disimulado por sistema y con la habilidad y destreza de un jefe de partido que abrigaba en su corazón las más altas aspiraciones, había adquirido el hábito de encubrir sus más vehementes afecciones; pero en aquellos momentos noté fácilmente, que el hombre estaba fuera de sí, enagenado por los efectos del aguardiente, y era de temer la explosión de los sentimientos de venganza que no sabe ocultar así como los sentimientos más recónditos del corazón, el hombre a quien la bebida ha privado de su razón. Alvear estaba verdaderamente cargado, y en este estado hizo advertir a los diputados que estaba pronto a recibirlos y oír su mensaje.

Desde luego Alvear empezó, después de haberlos oído; a respirar por la herida moral, mal cicatrizada, recibida en la revolución de abril del año quince; es decir que se expresó en los términos más virulentos contra sus enemigos de aquella jornada y muchas palabras sueltas y llenas de calor y entusiasmo que expresaban claramente proyectos de sangrienta venganza, otras pronunciadas contra el pueblo de Buenos Aires, hicieron conocer a los diputados de lo que Alvear era capaz, porque entonces, debieron ellos, comprender, que descubría los secretos de su corazón, que decía lo que sentía puesto que es bien sabido que tal es de ordinario el efecto del exceso de la bebida. Pero lo que puso el sello a aquella escena borrascosa y más contribuyó a acrecentar la explosión de los sentimientos exagerados de Alvar, fué la presencia del Alcalde de primer voto, Dalz. Eran estos dos enemigos declarados acérrimos, esta circunstancia bastaba a probar el sometimiento decidido del pueblo

de Buenos Aires, a recibir a Alvear, es decir la misión de Dalz cerca de él, porque de otro modo Dalz habría podido evitarla. El motivo de la enemistad recíproca de aquellos dos hombres, era por cierto bien miserable, (asuntos privados) una mujer, y una mujer que no valía la pena; habían sido rivales y en este ramo la susceptibilidad de Alvear era extrema, tocaba la raya de la imprudencia y del ridículo: era su lado flaco, el más vulnerable: las mujeres le hacían olvidar su extrema sagacidad, su estudiada prudencia como jefe de partido. En esto había por parte de Alvear, un gran fondo de fatuidad y unido con esto los estímulos viciosos de un hombre depravado e inmoral que desde sus más tiernos años empezó la carrera de la depravación, que jamás en punto a mujeres había puesto coto a su pasión violenta y desenfrenada. Era un hombre salvaje que no sabía dominar los estímulos de una naturaleza vigorosa; y la vida toda de Alvear es el mejor testimonio de la fidelidad de la pintura que acabamos de hacer de sus inmorales propensiones, por los medios violentos y hasta infames que ha empleado repetidas veces para satisfacer su desordenada concupiscencia A. Dalz lo colmó de denuesos del modo más soez y grosero, olvidando su posición y todo lo que debía a su dignidad, muy singularmente por las circunstancias especiales en que se encontraba; le dijo que lo había de fusilar y que había de hacer muchos escarmientos en Buenos Aires etc etc., en fin un torrente de impropiedades y de miras hostiles, lo que era verdaderamente imponente en la boca de un hombre próximo, como Alvear estaba, a verse revestido del poder de la primera autoridad. Todos estábamos anonadados, porque a ninguno de los espectadores podían ocultarse las consecuencias de aquel arrebató tan intempestivo como antipolítico y brutal. Todos conocíamos que Alvear mismo, en aquel momento, se estaba cerrando las puertas de Buenos Aires. Y efectivamente, aunque ese mismo día las había cerrado el coronel Pagola con su movimiento insurreccional, una vez comprometido el Cabildo y la sala de Representantes, fácil habría sido volverlas a abrir y esto se dejó ver bien cuando ocurrió la elección de Dorrego que no encontró ni el más pequeño asomo de oposición. Pero los diputados del Cabildo volvieron a Buenos Aires al día siguiente primero de julio y con la noticia que dieron del recibimiento que

Alvear les había hecho la noche anterior, noticia que se difundió con la rapidez de la electricidad, y los hombres influyentes del pueblo cambiaron de dirección; y entonces fué que se procedió a la elección de Dorrego: del coronel Dorrego llegado recientemente, como ya hemos dicho, y que desde su llegada se había puesto en comunicación con Carreras y manifestado con palabras y obras su buena disposición hacia el partido Federal que capitaneaba Alvear, al que estaba decidido a secundar. Y véanse las consecuencias de un chifle de caña empinado con demasiada frecuencia. Dalz como Alcalde de primer voto y altamente ofendido por Alvear, fué el que más contribuyó a alarmar y disponer los ánimos contra él. Ya se ve, le sobraba razón: la defensa propia es de derecho natural.

Involuntariamente había omitido referir una noticia que en privado me dió uno de los diputados del Cabildo. "Desde el momento, me dijo, que vimos a usted llegar quedamos sorprendidos de su aparición". "¿Y por qué?" le pregunté. "Porque desde ayer sabíamos que inmediatamente que llegó Soler a Buenos Aires en fuga precipitada desde el campo de su derrota, dió orden para que una partida fuese a una quinta cercana, a los Quilmes, que él mismo designó, a prender a usted". "¿Y cómo pudo el general Soler saber el lugar donde yo estaba escondido?" . "¡Oh!, fácilmente", me contestó, "el doctor don Félix Ignacio Frías creyó que contraería un gran mérito con la delación: él sabía el paradero de usted y fué a avisárselo a Soler en el momento en que éste se apeó en su casa". Y la cosa era cierta, por desgracia de la humanidad, porque dos meses después cuando volví a Buenos Aires, mi antiguo huésped, Mr. Roberto Hunt me dijo que efectivamente dos horas después de haber yo salido de su quinta, y todavía de noche, se había presentado en ella una partida de gente armada que registró la casa buscándome para prenderme de orden del general Soler. No fué mala escapada la que hice, porque Soler me habría inmolado: le bastaba sino quería que mi sangre cayese sobre su cabeza, haberme entregado en manos del pueblo furioso en aquellos momentos contra Alvear y todos sus amigos; y de estos a nadie como a mí habrían sacrificado con tanto placer, como puede juzgarse por la relación que he hecho de mis malandanzas.

Pero dos cosas resaltan más que todas, la una la infame perfidia del doctor Frías, la otra el odio y deseo de venganza que contra mi abrigaba Soler. Derrotado, escondido y en momentos de conflicto, en que asuntos de más grave importancia debían llamar su atención, no fueron causas bastantes poderosas para distraer su mente de una venganza premeditada. Soler, pues, no me había olvidado y esto solo basta a explicar, a poner en transparencia dos corazones bien negros, bien dignos de compasión: el de Frías y el de Soler. Después de tantos años yo escribo sin pasión, sin rencor. Ambos hechos están comprobados.

El primero de julio los diputados del Cabildo regresaron a la ciudad y las fuerzas federales levantaron su campo y marchamos al pueblo de Morón donde hicimos alto.

Unos oficiales amigos que sabían el modo como se había conducido conmigo el general Vedia el día que me tomaron prisionero, provocando la venganza contra mí vinieron a avisarme que el general Vedia se había presentado en nuestro campo fugado de la ciudad. Interesado como estaba yo en ver a Vedia para pedirle explicaciones, me hice conducir al paraje en que se hallaba; pero encontrándolo a la sazón hablando confidencialmente con Carreras y Alvear, hube de esperar a la distancia a que aquellos se retirasen: cuando vi a Vedia solo me aproximé a él, y con tono descompuesto, porque su presencia había alterado mi espíritu, le dije: "Señor general Vedia, vengo a preguntar a usted quiénes son los traidores, si ellos o nosotros", recordándole así con sus mismas palabras su noble conducta y el objeto que me conducía cerca de su persona. Pero Vedia se echó en mis brazos diciéndome: "olvidemos lo pasado, señor Iriarte, defendemos ya una misma causa". Esta salida inesperada me desarmó, y después continuamos en los mejores términos, porque jamás he podido conservar en mi pecho sentimientos de rencor y estímulo de venganza, cuando he visto postrados a mis adversarios. Vedia acababa de cambiar de casaca.

Desde el levantamiento de Pagola, de la elección de Dorrego, y de la escena imprudente de Alvear con los diputados del Cabildo, las puertas de Buenos Aires se nos habían cerrado: en la ciudad tenía Alvear muchos partidarios, pero

López y Carreras, sus santafecinos y chilenos eran profundamente detestados, el punto de honor nacional se lastimaba de que Alvear se hubiera asociado con extranjeros; los chilenos lo eran en efecto y en cuanto a los santafecinos tales se consideraban desde que, desquiciada la unión de las provincias, cada una de ellas se regía con absoluta independencia de las demás: a lo que se agregaba las prevenciones que los de Buenos Aires abrigan con razón hacia los santafecinos, con los que desde mucho tiempo se había estado en guerra abierta, y por el reciente recuerdo vergonzoso, de la entrada de López y Ramírez en la capital como conquistadores. No obstante, nos aproximamos a Buenos Aires y pasamos más allá de San José de Flores hasta tocar con los arrabales de la capital, pero estas marchas ningún resultado útil produjeron, sinó la incorporación de algunos amigos prófugos; no había ya esperanza de alcanzar el objeto, y la victoria obtenida en la Cañada de la Cruz, la sangre derramada allí, se veía ya que era para nosotros completamente infructuosa. Dorrego con su actividad y reconocida capacidad había calcinado los espíritus contra los invasores, y la organización y acrecimiento de sus fuerzas imposibilitaban día a día todos nuestros esfuerzos. Nuevos decretos de proscripción se lanzaron contra Alvear y sus compañeros.

## CAPITULO LXI

### RAZONES DE JOSE MIGUEL CARRERAS

Vagábamos así por la campaña y las violencias, robos y muertes perpetradas por los chilenos y santafecinos, acabaron de enagenarnos los ánimos de los habitantes de la campaña. Los proscriptos, porteños por la mayor parte, mirábamos con el más acerbo disgusto las terribles depredaciones de aquellos vándalos: los chilenos particularmente eran aún más despiadados y feroces que los mismos santafecinos, no obstante que la rapiña de éstos ya en aquel tiempo era proverbial. Todas las estancias sobre nuestro tránsito, tuvieron que sufrir las más bárbaras e injustas depredaciones: y a la

sombra de las fuerzas federales, los facinerosos se habían quitado la máscara, y usando nuestra misma divisa cometían los mayores atentados. La mano de Dios parecía haber caído sobre aquellos desgraciados habitantes como en expiación de sus culpas: la humanidad se resentía de las brutales violencias que se perpetraban. Un día no pude menos de llamar la atención de Carreras sobre aquel sistema vandálico que tanto nos desacreditaba acrecentando el número de nuestros enemigos. Carreras era verdaderamente un caballero, un hombre de los más nobles sentimientos, un filántropo: me dijo casi con lágrimas en los ojos, "amigo, yo me lastimo más que usted de esos males, pero ¿cómo evitarlos?, el compromiso que yo he contraído es inmenso; mi misión no es para este país, es para libertar a Chile mi patria de la tiranía de sus actuales mandones: necesito en primer lugar para llenarla conservar mis soldados, estos soldados están impagos, no les puedo proporcionar ni tabaco, ni yerba, ni nada; y el día que quiera sujetarlos al yugo de la disciplina me abandonarán, me dejarán solo, y entonces no sólo seré presa de mis implacables enemigos que han jurado mi exterminio y el de mi familia, ya han hecho desaparecer a mis dos hermanos, sino que se malogrará la oportunidad de dar libertad a Chile". Yo encontraba que Carreras tenía razón, pero no por eso dejaba de deplorar los males de mi país. Los chilenos y los santafecinos eran furibundos ebrios y asesinos desalmados, por solo ser porteños nos miraban con ojeriza a todos los oficiales que acompañábamos a Alvear, y no sólo estábamos forzados a ser testigos pasivos de sus maldades, sino que nosotros mismos estábamos a cada momento expuestos a ser víctimas de su encono y animosidad. Teníamos seiscientos milicianos, pero entonces las milicias de Buenos Aires estaban aterradas por las frecuentes derrotas que habían sufrido de los indios salvajes, no eran soldados, y su pusilanimidad era proverbial. Los santafecinos y chilenos, pues, campeaban por su respeto.

El general don Martín Rodríguez estaba en San Vicente con una división de caballería que pertenecía al partido que dominaba en la ciudad, y se trató de sorprenderlo por medio de una marcha rápida durante la noche. Carreras y Alvear me llamaron para que me hiciese cargo de dos piezas de artillería de que disponíamos, tomadas en la acción de la Ca-



ñada de la Cruz: estas piezas estaban muy mal servidas, y en aquellos momentos no había tiempo suficiente para poner en buen estado sus atalajes de modo que pudiesen seguir la marcha forzada de la caballería. Les hice presente que para una operación de aquella especie era enteramente inútil la artillería, y que además por su mal estado, las piezas iban a entorpecer la marcha de la columna, con riesgo de que se malograra la expedición; pero todas mis representaciones fueron en vano, quisieron a todo trance fuesen las dos piezas, no sé para qué, y las dos piezas fueron en efecto. Sucedió lo que yo había pronosticado, hizo la columna continuos altos para esperar la artillería que continuamente quedaba rezagada. La noche del siete de julio era de las más crudas del invierno, creí helarme: todos íbamos traspasados de frío: dos soldados santafecinos quedaron duros, helados, y como a la sazón la columna tuviese sobre su flanco derecho una quinta en que se veía mucha leña, rama de durazno, los santafecinos hicieron alto, encendieron fuegos y no quisieron pasar más adelante. La columna toda tuvo que hacer lo mismo y vivaquear. Desde entonces ya se podía calcular que la expedición no llenaría su objeto. Efectivamente, cuando por la mañana llegamos a San Vicente, la división de Rodríguez había levantado el campo, tan sólo encontramos los fuegos encendidos, y se supo que Rodríguez había sido avisado de nuestra marcha. Esta operación frustrada por los retardos de la artillería y por el frío de la noche, si hubiera tenido buen suceso habría restablecido nuestro ascendiente moral, y dándonos tal vez los más grandes resultados. Fué la primera vez y la última en esa campaña que tuve que entender en cañones, y me despedí de ellos, porque los artilleros chilenos eran muy insubordinados, y yo la primera vez que me encontraba en un ejército "montonero", recibí impresiones muy fuertes de descontento.

Cuando regresamos a Morón ese mismo día, nos encontramos que el batallón de Cazadores capitulado a consecuencia de la acción de la Cañada de la Cruz, y que mal de su grado obedecía a Alvear había marchado a la ciudad. Esta defección fué protegida por una fuerza de caballería de Buenos Aires a las órdenes del coronel Lamadrid, que se aprovechó de nuestra ausencia para ponerse en contacto con el batallón y favorecer su evasión. Tan sólo nos quedaron trein-

ta cazadores, nuestra única infantería, que no pudieron seguir a sus compañeros porque no estaban en el paraje. Este golpe acabó de desmoralizar nuestro ejército, y a los dos días, habiendo errado el golpe, y no teniendo nada que hacer en las inmediaciones de Buenos Aires, nos pusimos en retirada y fuimos a establecer nuestro campo en el mismo paraje inmediato a la villa de Luján, la quinta de Marcó, donde Soler había tenido su cuartel general mucho tiempo. Encontramos allí excelentes alojamientos, los que habían servido para el ejército de Soler y que él mismo había construido; y bien nos vino, porque estábamos en el corazón del invierno, y el del año veinte fué bien severo.

Una noche yo estaba de jefe de día y con la mayor vigilancia, porque las fuerzas enemigas habían ya salido de Buenos Aires, y maniobraban para tener un encuentro, sobrevino una furiosa tormenta y cayó un rayo que mató dos de mis caballos que estaban atados a cinco varas de la puerta de mi rancho, donde yo estaba parado a la sazón. Durante los pocos días que permanecimos en Luján pude observar en Carreras una cosa que me impresionó mucho. Era Carreras un espíritu fuerte, un hombre emprendedor y arrojado: difícilmente podía darse otro que tuviese tanto coraje para embarcarse en las más peligrosas y difíciles empresas: su vida entera ofrece el testimonio de esta verdad; pero ¡cosa singular! este hombre tan osado no tenía bastante dominio sobre sí mismo, desde el momento en que veía el peligro inmediato. Así es que durante la noche siempre observé que su ánimo estaba preocupado, una especie de terror se apoderaba de él, y se creía a cada momento amenazado de los enemigos, así su vigilancia era extrema.

Se encontraban en nuestro ejército dos oficiales comisionados de la provincia de San Juan, habían ellos tenido una parte muy principal en el motín de un batallón de infantería que mandaba el general Alvarado, y de un escuadrón de caballería, dos cuerpos que pertenecían al ejército de los Andes a las órdenes de San Martín. Estos oficiales habían venido en diputación cerca de Carreras para ofrecerle aquella tropa y ponerla a sus órdenes; lo llamaban con instancia a San Juan. Carreras entonces, por ser consecuente a López y a Alvear, perdió una buena oportunidad de expedicionar sobre Chile, y tal vez el haberla malogrado fué

causa de su desgracia posterior. Uno de los oficiales se llamaba Murillo: era un jóven de veintiún años, natural de Buenos Aires, osado y valiente. Su destino más adelante fué ser fusilado en el Perú por el general N. Mañín.

Los enemigos se movieron sobre nosotros desde las inmediaciones de Buenos Aires, y nos vimos obligados a retirarnos, nuestras fuerzas, aunque más aguerridas, eran extremadamente inferiores en número. Pasamos el puente de Luján a media noche, y era aquella una escena bien melancólica por cierto, porque se podía ya presagiar lo que poco después sucedió, que perdíamos a Buenos Aires, y todas nuestras esperanzas. En esta noche nuestras milicias nos abandonaron, se fueron a sus casas: habíamos reunido setecientos milicianos, y cuando amaneció no nos quedaban más que cincuenta. Esto puso el sello al desaliento general, y la retirada se continuó en desorden y con más precipitación. Los chilenos y los santafecinos, dejaron de ella buenos vestigios en todo el tránsito, matando y robando cuanto encontraban, y violando a las desgraciadas mujeres para saciar sus brutales pasiones.

En los últimos días de julio llegaron a San Nicolás de los Arroyos, que es la población de más consideración de la provincia después de Buenos Aires. Tiene el título de ciudad y está situada en la orilla derecha del Río Paraná: de allí al Arroyo de en Medio, límite de la provincia de Santa Fe por aquella parte, no hay más que media legua. López con sus santafecinos había acampado a nueve leguas de distancia de San Nicolás. Carreras y Alvear con los chilenos y proscriptos, en esta ciudad y sus inmediaciones en el radio de una legua. Nuestros milicianos habían completamente desaparecido a medida que nos retirábamos, tan sólo nos acompañaban algunos jefes y oficiales y un corto número de vecinos de la campaña de aquellos más comprometidos. La junta llamada de Representantes instalada en la campaña para la elección de Alvear también seguía nuestra suerte.

**CAPITULO LXII**

**EL SAQUEO DE SAN NICOLAS**

El primero de agosto Carreras y Alvear salieron muy temprano de San Nicolás para ir a encontrarse con López y arreglar un plan de campaña. A López le llegó un aviso de que el ejército de Buenos Aires mandado por Dorrego marchaba rápidamente sobre San Nicolás y estaba ya muy próximo, y en consecuencia dispuse enviar un chasque para prevenimos de esta novedad a fin de que estuviésemos preparados; pero Alvear dijo a López que no había necesidad, que él mismo marcharía a San Nicolás para dirigir la defensa, y en efecto se puso en camino, con recomendaciones de Carreras y López para que no perdiese tiempo y caminase toda la noche: así lo prometió Alvear manifestando el mayor interés. Pero Alvear hizo alto en medio del camino, cenó y se quedó dormido toda la noche: conducta infame y que no puede explicarse sino por la más vergonzosa cobardía. Entre tanto en San Nicolás nada absolutamente sabíamos de la aproximación del ejército de Buenos Aires: si Alvear hubiera llenado su deber nos habríamos puesto en retirada y pasado el arroyo de en Medio. Después he sabido que reconvenido Alvear por López y Carreras, se disculpó con haberse quedado dormido: bella disculpa por cierto para un general, para un jefe de partido cuyo sueño iba a ser mortal para tantos compatriotas como por él se habían comprometido, abandonando su hogar y sus intereses. Los chilenos habían quedado mandados por el coronel don José María Benavente, su número ascendería a seiscientos hombres; los jefes y oficiales proscriptos seríamos de cincuenta a sesenta armados con sables; teníamos también treinta cazadores negros del batallón de Buenos Aires mandado por don Pablo Zufriategui. Los chilenos estaban acampados por compañías en las inmediaciones de San Nicolás del lado del Sur, —sobre la costa del Paraná. Este era el total de nuestras fuerzas disponibles.

El día dos de agosto, nos despertaron al amanecer los primeros tiros de fusil, era la vanguardia del ejército de Bue-

nos Aires que sorprendía a una parte de la caballería chilena, muy pronto circuló la voz en la ciudad de la proximidad de nuestros enemigos. El que tuvo disposición para pelear montó a caballo, otros desde luego se pusieron en fuga hacia el arroyo de en Medio: así lo hicieron Montoro, Ignacio Oribe, Segovia, los dos hermanos Ravelos y otros; muchos otros se escondieron, y de este número fueron los dos hermanos Zufriategui (Juan y Pablo). Yo monté un magnífico caballo parejero que la víspera me había proporcionado un vecino mediante los buenos oficios de don Joaquín Madariaga que no se separaba de mi lado, y juntos los dos salimos al campo a incorporarnos a la división chilena, del lado por donde venía el ejército enemigo. Con la sorpresa, el terror se había apoderado de los chilenos, y la mayor parte huían; algunos se retiraban haciendo fuego alentados por el valiente coronel Benavente que apenas podía contener a sus despavoridos soldados. Cuando encontré a Benavente, los enemigos lo estrechaban, y yo no hice más que incorporarme para seguir con él su movimiento retrógrado. Benavente en aquel conflicto me consultó lo que se podía hacer, yo le dije que no encontraba medios de resistencia desde que era imposible que sus soldados pudieran hacer frente atendido su escaso número a todo el ejército enemigo que ya estaba encima. Entonces Benavente me dijo que convendría defenderse en la ciudad mientras él contenía lo que pudiese la rapidez de los enemigos, pero en la ciudad no contábamos más que con treinta fusileros, el resto estaba armado de arma blanca y desorganizado, ¿qué podíamos hacer con sables desde las azoteas? Los enemigos hicieron un pequeño alto, y Benavente aprovechó este respiro para entrar en la plaza a recoger sus dispersos y las caballadas que allí se habían refugiado, y seguir su retirada a la provincia de Santa Fe. Yo también entré con él pero luego me separé para incorporarme a un gran grupo de proscritos que encontré. "¿Qué se hace caballeros?" les dije. "Estamos perdidos, contestaron los más inmediatos, y para salvarnos no hay más remedio que tratar de romper las filas enemigas, estamos ya casi cercados". "Pues bien, les dije, no perdamos tiempo, formemos y marchemos". Así lo hicimos, y con tal determinación salimos al campo, teníamos a la vista las fuerzas enemigas formadas en líneas. Yo iba adelante, ¿por qué no lo he de

decir si esto es muy cierto, por qué me he de privar de esta vana gloria? Yo era muchacho y tenía mucho fuego, una cabeza calcinada, y un ascendiente extraordinario sobre todos mis compañeros. Marchamos al trote y, entusiasmado, yo no miraba hacia atrás: uno de mis compañeros vino a decirme, "mire usted hacia atrás"; volví la cabeza y vi con asombro que sólo éramos cuatro los que avanzábamos, el resto había vuelto caras y se dirigían despavoridos a la ciudad donde entraron: nosotros cuatro, a saber, el capitán don José María Cortina, el capitán Pancho Patillas (apodo), el alférez don Carlos González y yo, nos vimos precisados a tomar la misma dirección.

Con mayor facilidad que otros muchos y a favor de mi famoso "parejero" que montaba a la sazón, podía haberme salvado tomando la dirección del Arroyo del Medio; pero a pesar de que desde luego conocí que no había medios de defensa, y que el que se quedaba debía morir o caer prisionero, la idea de que si se hacía alguna resistencia podía ser tildado de cobarde no encontrándome en ella por haber huido desde el principio, me decidió a correr todos los azares de una lucha tan desigual. Todavía estaba en tiempo, podía alcanzar a Benavente, como muchos hicieron, pero el mismo temor me retenía. Así entré en la plaza con el capitán Cortinas, y juntos atravesamos la puerta de la casa de Moxua diciendo al tiempo de apearnos para entrar "triste destino, aquí seremos prisioneros". Dejamos los caballos en el patio y subimos a la azotea: había en aquella casa algunos chilenos refugiados y muchos proscritos: yo me dirigí al mirador guardado por los treinta negros cazadores. Algunas otras azoteas inmediatas estaban también defendidas por algunos proscritos y dispersos, los unos con tercerolas, otros con pistolas, escopetas y fusiles que habían podido obtener en aquellos momentos, pero todos en cortísimo número. Benavente pasó por la plaza, recogió sus dispersos y caballos que encontró y continuó su movimiento de retirada. La plaza era una verdadera Babel, todo era desorden, gritos, polvo, tiros y confusión; todos hablaban y nadie se entendía; faltaba un jefe y dirección: gracias a la bellaquería de don Carlos Alvear.

El ejército enemigo circunvaló el pueblo en todas direcciones, se aproximó a la plaza y empezó el tiroteo desde las azoteas: los enemigos contestaban. En el mirador no había



más oficiales que el capitán don Saturnino Perdriel y yo: a su hermano el coronel Perdriel lo había encontrado allí cuando subí, pero luego desapareció y fué a unirse en el patio con el coronel don Ventura Vázquez y otros muchos jefes y oficiales. Muy pronto observé que a medida que los enemigos se aproximaban a la plaza los cazadores hacían fuego sin apuntarles, tiraban por alto para no ofenderlos. Me causó esto un alto grado de irritación, y con palabras descompuestas les mandé que apuntasen bien, acompañando esta orden con fuertes amenazas. Los negros me contestaron "son nuestros hermanos, no les hacemos fuego". Esto me hizo comprender el riesgo que allí corría, que estaba demás, avisé a Perdriel y juntos bajamos la escalera de mano del mirador: enseguida la quitamos de allí para ver si de este modo obligábamos a los negros a que se defendiesen, porque las balas enemigas pasaban como granizo; pero los negros cuando vieron que habíamos quitado la escalera nos asestaron sus fusiles diciéndonos, "si no ponen la escalera los fusilamos": nos tenían a quemarropa, y fuerza nos fué acceder a su demanda: entonces ellos también bajaron.

Los enemigos ocupaban la plaza, y en muchas azoteas se habían entregado a discreción. El gobernador Dorrego, jefe del ejército enemigo, se aproximó a nuestra azotea y hablando con el coronel Vázquez nos intimó rendición prometiéndonos las vidas. Vázquez accedió en nombre de todos, y todos nos entregamos prisioneros. Don Manuel Oribe, ese mismo Oribe que tanto me había servido contra Soler en la revolución de marzo, y que después se había pasado vilmente a los contrarios, era entonces edecán de Dorrego y se me aproximó para salvarme del furor de la soldadesca; y desde que pudo hablarme empezó a disculparse por su defección, pero en aquellos momentos ¿qué podía yo decirle?; me contenté con oírlo y con manifestarle un desdén bien pronunciado. Sus servicios eran inútiles, había allí un grupo de oficiales que habrían impedido cualquier atentado. Yo entregué mi espada al sargento mayor Freitas al tiempo de rendirme. Vino después el mayor Pacheco (don Angel) a ofrecirme sus servicios, y me dijo como muchos, que crecido número de oficiales se habían pasado a nosotros con sus cuerpos por afección a Alvear, si éste no hubiera estado ligado con extranjeros, López y Carreras. Yo creo que todo



esto era conversación. Me dijo también que si cuando hicimos amago de cargar, los proscriptos lo hubiéramos verificado, habríamos roto sus filas, pues eran sus soldados milicianos aterrados; y que nosotros mismos debimos haber notado que al amago empezaron a desordenarse: esto era cierto; porque efectivamente lo habíamos notado.

La mujer de Carreras, doña Mercedes Fuentecillas había llegado el día antes de Rosario, y estaba alojada en casa del alcalde: yo me acordé de ella y de los riesgos que corría en aquellos momentos, y le propuse a Pacheco le prestase su protección. Pacheco accedió al momento y guiándolo yo llegamos a casa del alcalde; pero la señora de Carreras se había refugiado en la iglesia con todas las mujeres de la ciudad para librarse de los horrores de que ella era teatro. El saqueo fué general, las violaciones y los asesinatos, y ni la iglesia ofreció un asilo seguro a aquellos furibundos vencedores que con el sable en una mano y en la otra un frasco de aguardiente recorrían las calles de San Nicolás. Veíanse las familias errar pavorosas y cubiertas de espanto; muchas mujeres desnudas, y otras envueltas en ponchos después de haber sido despojadas de sus vestidos. Los gemidos, los gritos y las amenazas de muerte eran tan altos e incesantes que no se veía apenas al compañero con quien se hablaba. Es decir que los libertadores, los que levantaban tan alto el grito contra las depredaciones de los federales en la campaña saquearon completamente a San Nicolás. Pero lo saquearon a vista y presencia del gobernador Dorrego, y de generales y jefes que estaban dentro de la ciudad, sin que tomasen medida alguna para contener a la soldadesca desenfrenada. Más adelante el gobierno de Buenos Aires hizo una erogación del tesoro público para compensar algún tanto los quebrantos sufridos por toda aquella población, de resultas de la entrada triunfal de sus amigos.

Fué durante el saqueo que en los arrabales de San Nicolás me encontré con el general Quintana (don Hilarión), que mandaba una división del ejército de Buenos Aires, y que era precisamente el que en aquellos momentos de desolación había quedado encargado del mando de San Nicolás. Me dijo con mucha candidez: "Iriarte, como han tenido ustedes valor de unirse tantos porteños con esos hombres que han asolado la provincia de Buenos Aires, (los santafecinos y los

chilenos), que la han tratado con más crueldad que los más encarnizados enemigos?; causa espanto los males que han causado a este desgraciado país". Yo aproveché tan bella oportunidad para contestarle victoriosamente, y con demasiada franqueza, tal vez, atendida mi posición de prisionero de guerra. "General Quintana, le dije, ¿no es tan extraño que los chilenos y santafecinos hayan causado tantos perjuicios en un país donde no han nacido, cuando los naturales no respetan a sus compatriotas? ¿No está usted oyendo, general, los lamentos de los hombres a quienes los soldados de usted están despojando; no oye usted los alaridos de las pobres mujeres? ¿Y cómo no lo impide usted, señor general? ¿Y cómo entonces puede usted extrañar que extranjeros hayan cometido desórdenes? Ellos al menos han respetado las poblaciones: no hay ejemplo de que una sola haya sido atropellada. Los soldados, es verdad, han saqueado ranchos, pero jamás a la vista de sus jefes: en la villa de Luján hemos fusilado algunos salteadores. Ustedes ahora no impiden que se saquee la iglesia, donde se habían refugiado las familias creyendo encontrar un seguro asilo en un recinto sagrado. Así, pues, general, la reconvención no es por cierto muy oportuna". No tenía esto contestación, yo hablaba con hechos a la vista, y en aquel instante podía señalar con el dedo las víctimas que huían desnudas y despavoridas; así es que Quintana tuvo a bien variar de asunto, y se contrajo a ofrecerme sus servicios e influjo para aliviar mi triste situación, pero yo tenía el amor propio necesario para hacerme superior a las calamidades que me rodeaban, y me limité a darle las gracias del modo más expresivo, pero con estudiada gravedad.

## CAPITULO LXIII

### APARICION DE ROSAS Y FUGA DE ALVEAR

Rosas hizo en San Nicolás su primer ensayo de armas: mandaba una compañía de milicias de la campaña del Sur, que desde aquel día tomaron el nombre de **colorados**, porque

todos ellos vestían una camiseta colorada y calaban un gorro catalán del mismo color. Pero no se crea por esto que Rosas aquel día expuso su pecho a las balas: sabemos por muy buenos conductos que estuvo muy distante del peligro. Los mismos milicianos "colorados" que Rosas mandaba, poco o nada hicieron; y si en algo se distinguieron fué en el saqueo de San Nicolás, fueron los que más robaron; y esto es tan cierto que todos los oficiales prisioneros vimos después durante nuestra marcha bien custodiados a Buenos Aires, que había colorado que arrastraba tras sí hasta cuatro caballos cargados con los despojos: fueron indudablemente los que tuvieron más parte en el botín; y desde que no encontraron más que robar o medios de transporte, abandonaron las filas, y tomando la dirección de sus hogares marcharon en dispersión hacia los campos del Sur, Juan Manuel Rosas era el jefe de esos hombres, y esta fué su primer campaña como hombre de guerra.

El coronel Benavente en su fuga a Santa Fe rompió la línea enemiga, y aunque vivamente perseguido pudo salvarse: muchos de los soldados que lo acompañaban murieron en la demanda. Consignaremos aquí un hecho heroico, que aunque desgraciado por sus resultados, no fué menos espléndido; y honraremos así la memoria del valiente Capitán Avec. Este distinguido oficial mandaba una compañía de soldados chilenos y con ella peleó osadamente conteniendo el empuje de fuerzas muy superiores: reducido al número de diez hombres que con él quisieron vender caras sus vidas y no perder terreno, se defendía hasta la última extremidad cuando cayó del caballo gravemente herido en varias partes. Los enemigos admirados de tanto valor le garantían la vida pero Avec no quizo entregarse, y con una rodilla en tierra, porque las fuerzas le faltaban para sostenerse en pie, peleó hasta que exhaló el último aliento. Avec era alemán, joven, elegante de su persona; poseía una instrucción poco común y era amado de cuantos le trataban por su carácter amable y caballeresco. Su muerte fué sentida de todos sus compañeros de armas, Carreras y Benavente, coronel de su regimiento, hacían de Avec una particular distinción.

López con sus santafecinos se apresuró después de este revés a pasar a la provincia de Santa Fé, así como Carreras con la mayor parte de los Chilenos, todos los que pudieron

escapar del desastre. Alvear y los oficiales proscriptos, que no cayeron prisioneros, siguieron el mismo rumbo y encontraron un asilo en las filas del generoso y magnánimo don José Miguel Carreras. A no ser por él, cara habría costado a Alvear su cobardía: López quizo fusilarlo, Carreras protegió su vida y su fuga a Montevideo al través del Paraná. Dorrego penetró pocos días después en el territorio de Santa Fe en persecución de las fuerzas unidas de López y Carreras. Ramírez, entre tanto, feliz en su carrera contra Artigas de que el Entre Ríos fué teatro, consolidaba su odioso y despótico poder en aquella provincia.

El número de jefes y oficiales prisioneros, y de algunos ciudadanos vecinos de la campaña, ascendería a sesenta aproximadamente. De los que seis u ocho, en cuyo número estaba yo comprendido, teníamos motivos para temer el mismo día, dos de agosto, toda la saña de nuestros vencedores. Pero se dijo entonces que lo que nos había salvado de una ejecución sangrienta, era la esperanza que Dorrego tenía de que no escaparíamos a los furiosos del gobernador delegado, don Marcos Balcarce, hombre muy abonado. Dorrego, así, se libraba de que cayese sobre él la odiosidad de tan violenta medida. Nosotros, pues, debíamos creer que el término de nuestra carrera sería a nuestra llegada a Buenos Aires.

Fuimos entregados al capitán Irazoqui que tenía a su disposición una fuerza de sesenta hombres montados para custodiarnos hasta la capital, en cuya dirección marchamos el mismo día. Las penalidades de esta marcha exceden a toda exageración: Irazoqui era un hombre despiadado y brutal: nos trató a su modo. La primer noche nos encerró en un fuerte rancho de paredes de material, y nos rodeó de centinelas; bajo ningún pretexto podíamos salir de nuestro encierro, y éste era tan estrecho para contener tanta gente que nos faltaba el aire para respirar. Yo experimenté tanta sed que ofrecí media onza de oro, todo mi caudal, por un jarro de agua, y no pude conseguirlo. Al día siguiente caminamos veinte leguas. Se nos habían escogido los peores caballos para dificultar la fuga, pero nuestros guardianes iban bien montados, y hacíamos los mayores esfuerzos por no separarnos de ellos, porque el que se quedaba atrás corría el riesgo de ser robado o asesinado por un piquete de reserva que marchaba a retaguardia, y que se permitía los mayores

vejámenes con los pobres prisioneros que por no poder seguir la marcha iban a caer en sus manos: hubo muchos casos de despojos de ponchos, estribos, etc., acompañados de amenazas. La escolta nos formaba calle, y marchábamos entre dos filas.

Hicimos alto en una tahona en las inmediaciones de San Pedro, y como no habíamos tomado alimento desde la mañana del día anterior, el hambre nos molestaba a punto que para no sucumbir de necesidad comimos carne de mula que encontramos charqueada en nuestro alojamiento, no se con qué objeto porque el ganado era muy abundante en toda la campaña. Mi compañero, el que me cuidaba y me hacía la cama con el apero, pues yo estaba poco o nada acostumbrado a aquel género de vida del campo, era don Joaquín Madariaga (el mismo que es ahora gobernador de Corrientes) era un joven de diecinueve a veinte años, que yo estimaba mucho por su moderación y mansedumbre, y porque era muy servicial conmigo: era un especie de ayudante.

El cuatro de agosto nos pusimos en marcha con dirección a San Pedro: este rodeo preocupó a muchos, no era camino directo para Buenos Aires, y se sospechaba algún fin siniestro. Cuando nos aproximamos, los indicios se hicieron casi vehementes: el coronel La Madrid salía a recibirnos, y su tropa estaba formada en dos filas haciendo calle a partir de la puerta del convento. En ella nos esperaban los padres franciscos; y tal aparato debía persuadirnos que se trataba de algunas ejecuciones: los principales éramos los que más teníamos que temer. Recuerdo que con rostros desencajados se me aproximaban los coroneles Perdriel y Aojas (don Juan Ramón), me preguntaron "¿qué le parece a usted todo este aparato?" "La cosa es muy sencilla, les dije, van a fusilar una docena y nosotros seremos de los primeros". En el momento de expresarme así yo estaba risueño y placentero; habían manifestado temor, y mi amor propio se lisonjaba de no aparentarlo, al mismo tiempo que de este modo me gozaba en aumentar su miedo. Ellos se sorprendieron de mi tono juguetón. "Pero hombre, dijo uno de ellos, ¿es posible que se ría usted de cosa tan seria!" "Y qué quiere usted, ¿acaso llorando podríamos evitar la muerte que nos espera?" Con más reflexión y aplomo, declaro que ahora en un caso semejante no me manifestaría tan placentero; pero

entonces yo hacía alarde de indiferencia por la vida; mis pocos años me ayudaban mucho. Yo era bastante jocoso, y más de una vez alivié las penas de mis compañeros con cuentos y chistes: me buscaban para oírme, al mismo tiempo que me consideraban mucho: yo tenía cierta especie de celebridad y un grado de predominio adquirido en España en la vida militar, que después he ido perdiendo con la edad, con las persecuciones continuas que he sufrido, a punto que en el día mi carácter es diametralmente opuesto. La fuga de la cárcel me había dado cierta opinión de hombre animoso y de ingenio, y todos me decían "yo he de pedir que me encierren con usted en el mismo calabozo, porque usted no tardará en fugar": yo les aseguraba que no se equivocaban, porque en cualquier paraje donde me pusiesen ya había formado un plan infalible de evasión; y muchos lo creían, tal es el influjo de lo maravilloso: mi evasión hasta cierto punto, y para los que no conocían los medios de que me había servido tenía en realidad la apariencia de un portento.

Entramos en el convento, y éste fué rodeado de centinelas, pero los padres nos trataron bien y nos mataron el hambre. Al día siguiente por la tarde nos pusimos en camino para Buenos Aires: Irazoqui nos había entregado al coronel Madrid, y aunque este no se manifestó muy compasivo ni simpático, es cierto que nos trató mejor y con más decoro que el furibundo cordobés al que todos dábamos el nombre de **Ira de Dios**.

A medida que nos acercábamos a Buenos Aires crecía la aprensión del recibimiento que se nos haría, porque no sólo temíamos los resultados de un juicio, sino la explosión de odio de los cívicos del segundo tercio cívico cuando entrásemos en la ciudad. Felizmente el día que salimos de Pilar caminamos dieciseis leguas, y todo el tránsito hasta Buenos Aires no cesó de llover, y el coronel Madrid sin duda por precaución nos hizo entrar de noche, no por las calles de la ciudad sino en un cuartel del Retiro que nosotros estrenamos. Esta precaución debió salvarnos del furor del pueblo que nos esperaba. El cuartel era un edificio nuevo y los techos por concluir y como la lluvia continuaba, caía sobre nosotros como si estuviésemos en campo abierto. Casi todos estaban mal vestidos, y el mayor número usaba el chiripá: también yo hube de vestirme este traje montonero, porque mi ropa esta-



ba despedazada. Muchas familias, deudos y amigos de los prisioneros vinieron al Retiro a pesar de la lluvia, con ropa, dinero y alimentos.

Serían las doce de la noche cuando los prisioneros principales por su clase, recibimos orden para marchar a otra prisión dentro de la ciudad: nos llevaban de a dos a la vez y éramos custodiados por un jefe y un soldado armado. El compañero que a mi me tocó era el teniente coronel don Anacleto Martínez, y el jefe encargado de los dos, el sargento mayor Otero del regimiento de infantería. La noche era tenebrosa y llovía a torrentes, corría el agua por la calle de la Florida que estaba inundada de una a otra vereda, parecía un río caudaloso. Cuando llegamos a la esquina bien conocida de Valdovinos, salieron cuatro hombres encapotados y como de disfraz, de la calle que daba vuelta, nos detuvieron, y uno de ellos sacando de debajo de la capa una linterna de reverbero me la puso en la cara: "este es, dijo, este es Iriarte", y tomándome por un brazo me obligaba con violencia a que los siguiese. Yo estaba perdido, el hombre de la linterna era el famoso tribuno de la plebe Salomón, y sus miras a mi respecto no tenían nada de equívocas. Pero el mayor Otero bien que perteneciese al mismo partido de aquellos hombres descomunales, no permitió que me llevasen: les dijo que tenía que responder de mi persona, y que me defendería a todo trance: sucedió después de esto una acalorada disputa, se hablaron en secreto, y después nos dejaron marchar con Otero, ellos se retiraron. Yo creo que Otero debió decirles, "este pájaro está seguro, mucho mejor es que muera en un banquillo, para que quiere usted cargar con la responsabilidad de su muerte, él no puede escapar etc.". Esta escena nocturna fué terrible.

Entramos en la Cuna (casa de espósitos entonces desocupada) que era el edificio que se había destinado a los prisioneros; y sucesivamente fueron estos llegando en el resto de la noche. Esta la pasamos bien mal, sin camas, sin muebles de ningún género, traspasados de frío, penetrados de agua y tirados por el suelo. A la mañana siguiente fué grande en la Cuna la afluencia de parientes, de amigos, y curiosos que venían a visitarnos, aquellos con auxilio de todo género, de modo que en aquel día quedamos instalados en nuestra prisión, en la que se hicieron todos los reparos y se



tomaron todas las precauciones necesarias para que no pudiésemos escapar. Estábamos bajo la custodia de una guardia de cívicos y en este servicio alternaban los del primero y segundo tercio: estos eran unos hombres exaltados que nos detestaban y nos hacían sufrir mucho: los primeros días estuvimos expuestos a que nos asesinasen, y así lo temían nuestros amigos y parientes: fué esta una verdadera crisis. Por la tarde del primer día se me presentó el famoso Salomón, ese hombre que en la noche anterior había querido asesinarme, me dijo que iba a tomar café conmigo. Y a la verdad que hasta ahora no he podido comprender que objeto se proponía en dar un paso que estaba en abierta contradicción con sus manifiestas siniestras intenciones de la víspera. Tomamos efectivamente café, y Salomón estuvo muy placentero y cordial, me ofreció sus servicios.

A juzgar por el mal trato que recibíamos y por la estrechez en que vivíamos, bien se podía esperar que el gobernador Balcarce nos destinaba al sacrificio: el pueblo lo creía así también, y la creencia de que se nos destinaba a un fin trágico, fué la que nos salvó, porque con esa sospecha se pudieron contener más de una vez los proyectos de asaltar nuestra prisión y degollarnos a todos. Se pensó en ello varias veces, pero felizmente no se llevó a efecto: habríamos en tal caso vendido caras nuestras vidas, porque casi todos los prisioneros eran hombres resueltos y capaces de la más vigorosa resistencia. Don Marcos Balcarce, lo mismo que Dorrego, tampoco quería cargar con la responsabilidad y las consecuencias de nuestra ejecución. Sólo Rosas, como en su lugar se verá, tuvo más tarde resolución para derramar sangre: como si dijese, "mataré, pero no me matarán porque no pienso descender del gobierno, mi dictadura ha de ser permanente, mientras yo viva". Y en esto, a la verdad, no se puede negar que ha manifestado más coraje que la gran mayoría de mucho de sus antecesores que... no han sido más crueles por miedo.

El único desahogo que teníamos era la comunicación con cuantos querían visitarnos y hablamos al través de un cancel que al intento se construyó en el extremo interior del zaguán. A todas horas estaba lleno de visitas como el locutorio de ciertos conventos. No hay duda que era éste un gran recurso para hacer más soportable nuestra situación pe-

nosa, y nuestro incierto porvenir. Nuestra vida diaria era la lectura y el juego, yo tenía tertulia todas las noches en mi habitación, y allí nos descamisábamos al monte, no faltaba plata. Tenía en mi cuarto a Madariaga a quien yo sostení, y me servía en todo. Pero el día que estaba de servicio el segundo tercio cívico era de verdadera agonía, aquellos descamisados sedientos de nuestra sangre nos amenazaban con la vista: se embriagaban y podían asesinarlos de un momento a otro, habían adquirido un gran ascendiente sobre el pueblo que les temblaba, y cometían toda clase de crímenes impunemente. Para calmarlos algún tanto les dábamos plata que ellos no se desdeñaban de pedirnos porque sabían que estábamos asustados. Era como la limosna que le pidieron a Gil Blas de Santillana, al mismo tiempo que le apuntaban con un fusil, **por amor de Dios**. Las noches eran mucho más crueles, porque las cabezas de aquellos sanculotes estaban siempre cargadas de aguardiente. Yo estaba más expuesto que mis compañeros, porque mi habitación no tenía puerta: tenían pues acceso a mi persona a cualquier hora de la noche, y como eran capaces de un crimen yo dormía con un cuchillo debajo de la almohada. Una noche tres cívicos que estaban borrachos en el umbral de la puerta a una hora avanzada que con razón debían considerarme dormido, pude oír el siguiente diálogo: "¿Quién es ese que duerme en esa cama?" "Ese es Iriarte". "¿Cuál: el que se fugó de la cárcel?" "El mismo". "Pues mira que ese es pájaro de cuenta". "Es el mismo diablo, vivo como el solo; y no hay que fiarse porque es capaz de escaparse por el ojo de una cerradura". "Sí, pues mira: yo tengo un remedio seguro para que no pueda escaparse". "¿Y cuál?" "Voy a degollarlo". Y diciendo y haciendo sacó el cuchillo se puso en pie y dió algunos pasos dentro de mi habitación en dirección de mi cama. Creí que había llegado mi última hora, daba falsos ronquidos para hacer creer que dormía, y con la mano derecha empuñaba el cuchillo que tenía debajo de la almohada. El compañero se levantó también y lo tomó por el brazo: "Hombre: no lo mates, vas a hacer una barbaridad: no ves que éste no puede escapar y que por fuerza lo han de sentenciar a muerte. Cuanto mejor es que muera fusilado". "Sí, pero si este diablo se nos puede escapar, tu no sabes que pollo es éste". Volvió a sentarse; y volvió otra vez a

hablar de degollarme. Es fácil comprender cuál estaría mi espíritu. Muchas noches he pasado así sin dormir y lo mismo sucedía a Madariaga y a otros de mis compañeros: estábamos todos flacos y macilentos, algunos se enfermaron de pasión de ánimo: el coronel Perdriel fué uno de ellos.

## CAPITULO LXIV

### MANUEL DORREGO Y MARTIN RODRIGUEZ

Desde que entré en la cuna había concebido el proyecto de escaparme por el torno donde se ponen los niños expósitos: el torno estaba casualmente en mi cuarto, yo lo hacía girar perfectamente metiendo el brazo al través da un agujero; pero me parecía que no tenía capacidad para contenerme, era muy chico. Otro inconveniente había, la puerta que lo cerraba por el lado de la calle, estaba clavada con cuatro clavos, este inconveniente podía vencerse, un amigo por la parte de afuera, desde la calle podía hacer saltar los clavos. Pero el torno era chico, ¡que desgracia! yo no cabía en él. El sargento mayor Echandía me ofreció su casa contigua a la capilla de la Cuna para que escapándome me trasladase a ella. Este medio era muy arriesgado, porque era preciso marchar a lo largo de la capilla por una corniza estrecha, desde la que arrancaba la bóveda, y ésta no permitía marchar derecho: era fácil perder el equilibrio, y entonces cayendo en el pavimento de la capilla me habría hecho pedazos. Fué, pues, forzoso abandonar este segundo proyecto de evasión. Por la puerta principal no era imposible, pero si muy difícil, porque el comandante de la Cuna, el coronel don Martín Lacarra era otro Sir Hudson Lonse un verdadero **cancerbero**, y la elección que de él habían hecho para que nos guardase no podía ser más acertada. Había dado en visitarme y teniendo yo a menos alternar con aquél carcelero, tuve la audacia de despedirlo de mi habitación delante de algunos compañeros, y de un modo tan insultante que quedó muy resentido, y en adelante tuve un enemigo, un argos que no me perdía de vista.

Habían empezado a tomar declaraciones a los proscritos, y reservaban para lo último a los prisioneros de más importancia por su clase y antecedentes. Continuaban entre tanto las operaciones en la campaña. Dorrego había invadido la provincia de Santa Fe, pero en el primer encuentro que tuvo con Carreras y López, fué completamente derrotado, a pesar de su superioridad inmensa, y él mismo hubo de caer prisionero, porque peleó como un soldado: el traje que llevaba era una especie de disfraz, no lo conocieron y por eso se salvó. A este encuentro se dá el nombre de batalla de Pavón.

Pero no había pasado un mes cuando Dorrego tuvo su revancha, hizo pedazos a López y Carreras en la acción del Gamonal, en la que la carnicería fué extraordinaria en proporción del número de combatientes. Dorrego había recibido refuerzos. López se retiró sobre la capital de Santa Fe a donde Dorrego no creyó prudente seguirlo, porque temía también alejarse demasiado de Buenos Aires donde tenía muchos rivales. Y sin embargo, no pudo impedir que le diesen un sucesor en el general don Martín Rodríguez que fué electo gobernador y capitán general de la provincia mientras Dorrego estaba en campaña.

Vegetamos entre tanto en la Cuna rodeados de sinsabores y sobresaltos: cuando el combate de Pavón hubo de haber una explosión para asesinarlos; cuando triunfaron nuestros enemigos en el Gamonal corrimos el mismo gobierno. Los días se pasaban monótonos sin esperanzas de salir de nuestro cautiverio, y nuestra permanencia en él nos exponía a cada paso a una catástrofe, a un degüello, porque los proletarios, que mucho nos detestaban, tenían entonces gran preponderancia. Tal era la situación de todos los prisioneros cuando recibí una carta de don Ambrosio Lezica, el comerciante más acaudalado y de más rango que entonces existiese en Buenos Aires: me decía que dispusiese de cien onzas de oro para que hiciese uso de este dinero a fin de proporcionarme la libertad y a todos mis compañeros de prisión. Lezica no me conocía personalmente, pero el crédito que yo había adquirido de hombre experto desde mi evasión de la cárcel, hacía que él me creyese el más fecundo en recursos para realizar la empresa. Comuniqué la carta de Lezica a varios compañeros. Los coroneles Perdriel, Rojas, Vásquez, al gene-

ral Vedia y otros; y todos unánimemente depositaron en mí su confianza para organizarse un plan de evasión. Yo conocía al teniente de cazadores Regalía, había hecho algunas guardias en la cárcel durante mi prisión, y le hice algunos pequeños regalos. Regalía solía entrar de guardia en la Cuna: era español de nación, había venido al país desde Francia donde se refugió con toda su familia, cuando cayó Napoleón, que había prestado juramento al Rey José: sabía yo que Regalía vivía disgustado porque el prospecto de su porvenir era poco lisonjero para un extranjero tan subalterno en un país donde la guerra civil podía de un día a otro precipitarlo en grandes compromisos. Con tales antecedentes, y seguro de que Regalía no era capaz de revelar un secreto, lo llamé y le propuse la adquisición de cien onzas de oro para regresar a su país o unirse con su familia que ya estaba en España; pero con la condición que poniendo en acción todo su influjo como comandante de la guardia cooperase a la fuga de todos los presos. Regalía me opuso sentimientos de delicadeza, no le parecía noble el medio de adquisición de aquel dinero; pero yo logré al fin persuadirlo, indicándole un medio para que su reputación no quedase comprometida, para alejar toda sospecha con respecto a su persona. Se reducía a que el día que entrase de guardia buscase un pretexto para tener los fusiles descargados, y para alejar el mayor número posible de los soldados. Los prisioneros, que todos teníamos cuchillo y medios para proporcionarnos otras armas, asaltaríamos la guardia y Regalía debía hacerse una ligera herida para hacer creer que él no había sido cómplice, y que por el contrario había hecho la resistencia posible. Este plan quedó acordado.

Cuando di cuenta a los compañeros del progreso de mis proyectos, todos lo aprobaron, y convinimos en no comunicarlo a los demás hasta poco antes de la ejecución, por el temor bien fundado de que el secreto se divulgase confiándolo a sesenta personas. El medio era expeditivo y seguro: yo estaba muy contento, e iba a contestar a Lezica dándole las gracias y aceptando su generosa oferta, cuando mis compañeros me llamaron a una consulta. Me expusieron los riesgos que iban a correr, y las consencuencias funestas a que todos, y principalmente los autores, íbamos a exponernos si la empresa se malograba. En una palabra, desistieron redon-

damente de la tentativa, y acordaron pensar detenidamente en otro expediente más realizable y seguro, contando siempre con el auxilio pecuniario ofrecido por Lezica. Les observé que sin correr algún riesgo no era posible que todos obtuviésemos la libertad, les dije que era probable que alguno de nosotros seríamos víctimas de la aventura si en ella nos embarcábamos, pero que la gran mayoría, casi todos se salvarían. Pero mis esfuerzos para persuadirlos fueron en vano. Entonces les dije, "señores: con miedo no se pueden vencer las dificultades en que se arriesga la vida; y desde este momento yo desisto de la empresa: recomiendo a ustedes el secreto. Desde hoy en adelante cada uno podrá buscar los medios para conseguir su libertad: yo pienso fugar, y espero que, si mi evasión refluyese contra ustedes en ningún tiempo se me hará el cargo de haberlos comprometido, puesto que no es justo que yo sufra las consecuencias de mi prisión por la irresolución de ustedes. Y en cuanto al auxilio ofrecido por Lezica, no cuenten ustedes con él, porque hoy mismo voy a escribirle dándole las gracias, y no aceptando". Así nuestra asociación para la fuga queda disuelta.

Dorrego se había aproximado a la ciudad después del nombramiento del general Rodríguez, que estaba en posición del gobierno, y se veían síntomas de un próximo rompimiento, porque los partidarios de Dorrego, que había heredado la popularidad del fugitivo Soler, no estaban contentos con la elección de Rodríguez: Dorrego tenía también más amigos que él en el ejército. Fué esta la época (el año veinte) en que fraccionándose los partidos con inconcebible rapidez, las revoluciones se sucedían en la misma proporción, y los gobiernos, por lo tanto, eran... semanales. Jamás los pequeños aspirante sin títulos y sin antecedentes han tenido un campo más franco para satisfacer sus efímeras pretensiones de una desmesurada ambición. El pueblo bajo tenía un ilimitado ascendiente; así, el desorden y la anarquía llegaron al más alto grado: la sociedad toda estaba conmovida, desquiciada hasta en sus cimientos, amenazada de una completa disolución; y, de cierto se habría completamente desplomado si dura más tiempo un tal orden de cosas. Felizmente los sucesos se encadenaron de modo que vino un poder fuerte que pusiese un freno a la demagogia de los partidos, que se había desbordado desde la disolución del pacto



que unía todas las provincias bajo una autoridad central. Forzoso es confesarlo en obsequio de la verdad que guía nuestra pluma: el directorio de Pueyrredón fué tiránico hasta el exceso, se violaban todas las garantías, o por mejor decir ninguna existía de hecho, pero aquel gobierno fué el más regularmente cimentado de cuantos se habían sucedido desde el año diez; y si los jefes militares hubieran tenido más lealtad, o más coraje, difícil habría sido, sino imposible, trastornarlo: sus ramificaciones eran sólidas y extensas, todo estaba bien calculado, y no faltó más que hombres de corazón hubieran dicho; "si caemos caeremos con sangre". Los asaltó el miedo cuando llegó el momento crítico, y la mayor parte se plegaron a sus enemigos, porque en sus últimos momentos el directorio no ofreció sino vergonzosas defecciones. Es verdad que contribuyó mucho la ineptitud de los generales de los ejércitos, Balcarce (don Marcos y don Juan Ramón), Montes de Oca, Viamonte y Rondeau se dejaron batir por dos miserables gauchos, Ramírez y López, que no tenían más fuerza que un puñado de hombres de caballería indisciplinados; mientras que ellos mandaban ejércitos numerosos en proporción, regularmente disciplinados y compuestos de las tres armas. También puede decirse que la República Argentina se salvó en la época que vamos describiendo, por la expedición del general San Martín a las costas del Perú: sin esta gran diversión que reconcentró los ejércitos españoles sobre Lima, dejando las muy necesarias en el Alto Perú, la República Argentina en el caso de ser invadida no podía ya oponer sino una muy débil e ineficaz resistencia: sus ejércitos habían desaparecido, y ardía en todas las provincias el fuego de las contiendas domésticas. Poco trabajo habría costado a La Serna, Valdés o Canterac someter las Provincias Unidas al yugo de la antigua metrópoli. Los pueblos estaban, por otro lado, tan cansados de dos guerras, la exterior y la interior, que se habrían sometido de buen grado a sus antiguos señores. Este cuadro aunque incompleto y ligeramente trasado dará, sin embargo, una idea de la verdadera situación del país en aquel largo período de calamidades públicas. Y agregaremos que por olvido habíamos omitido decir que la provincia de Salta, la única barrera de la República Argentina, estaba entonces muy mal guardada por las tropas montoneras del caudillo Güemes: los españoles la



invadían con facilidad, siempre que así convenía a sus intereses.

Pero volveré a la Cuna para decir el modo como fugué de esta prisión burlando la vigilancia de mis guardianes. El ventitrés de septiembre se habían ya tomado por el fiscal todas las declaraciones a los detenidos, todas menos una, y yo era el único a quien hasta entonces no se había interrogado. Habíamos observado que el fiscal empezó a actuar por los prisioneros más insignificantes, y que había ido ascendiendo en la escala de la importancia personal, de modo que a la fecha indicada, el general Vedia, y los coroneles que ya he nombrado todos habían recientemente prestado sus declaraciones. No se crea que trato de darme más importancia de la que me corresponda, yo no era entonces más que sargento mayor graduado de teniente coronel, pero era el jefe que había tomado una parte más activa y pública en la revolución de marzo y sus emergencias. Por lo demás, yo no hago más que referir un hecho, y este hecho es que todos los prisioneros menos yo habían contestado a las preguntas del Fiscal bajo su palabra de honor.

También era yo el único que hubiera elevado una representación pidiendo un juicio. Esta representación es la siguiente:

"A la honorable Junta de Representantes. El ciudadano  
"Tomás de Iriarte, parezco, y digo: que deseoso de ver ter-  
"minado el juicio que debe decidir mi suerte, y lo que es más  
"de mi opinión y buen nombre, aspiro solamente a que se  
"acelere el momento en que debe aparecer mi conducta tal  
"cual ella ha sido. Los motivos que me impulsaron a abra-  
"zar un partido que no estaba en contraposición con los in-  
"tereses de la provincia, los haré ver en la causa que se  
"forme: nada será capaz de atar mi lengua; ni el temor de  
"la muerte que acompaña a las almas vulgares, podía en-  
"vilecerme hasta el extremo de negar los hechos públicos,  
"y ocultar los privados que tengan relación con mi conduc-  
"ta en este último período de desastres que afligen a nues-  
"tra provincia. Para defenderme no buscaré un letrado, ni  
"un ciudadano de influencia que pueda salvarme valiéndose  
"de ella: yo pienso escudarme solamente con la revolución  
"misma, con el carácter que ella ha seguido. Yo podría apa-

"drinarme de los que tienen el poder; pero para ello tendría  
 "que prostituirme a mendigar favores que me degradarían:  
 "lejos de mí tan vergonzoso abatimiento: la razón y la jus-  
 "ticia abogarán en mi causa; y, si por desgracia, su fuerza  
 "estuviese desvirtuada, si en el ánimo de mis jueces pudiese  
 "más el dominio de las circunstancias, sufriré con entereza  
 "cuanto pueda sobrevenirme, persuadido que el patriotismo  
 "y el honor me han conducido a un precipicio. Si buscando  
 "la libertad he sufrido reveses en mi patria, yo buscaré otra,  
 "donde los hombres que anteponen a todo aquel don pre-  
 "cioso de la naturaleza, sean más considerados. Iré a ser-  
 "vir por la causa que aquí se desconoce, a las órdenes del  
 "presidente Bolívar; y si algún día vengo a depositar mis  
 "huesos en el país que me vió nacer, ninguno será osado a  
 "degradar mi nombre, porque lo confundiré con la nota de  
 "mis servicios, patentizando un desprendimiento que no es  
 "dado sinó a las almas verdaderamente elevadas y sensibles.  
 "A V. H. pido encarecidamente que el Fiscal que debe ac-  
 "tuar en mi causa no demore sus trabajos, o para que cuanto  
 "antes se de al público un espectáculo, testimonio irrecusa-  
 "ble de la conducta del gobierno, o para recibir la condigna  
 "vindicación. Gracia con justicia, etc. Tomás de Iriarte.  
 "Cuna, 12 de septiembre de 1820".

Basta la lectura de esta representación, así como la de  
 las anteriores que dejo insertadas, para que pueda formarse  
 un juicio cabal del alto temple que yo tenía entonces; o más  
 bien de mi osadía y de la inexperiencia de mis pocos años.  
 Del modo más atrevido yo provocaba la ira de mis enemigos,  
 y en circunstancias que las pasiones se habían desencadena-  
 do: yo estaba dominado de la más exagerada exaltación; y  
 ahora al través del tiempo y de la templanza de los años,  
 no creo equivocarme afirmando que debí inspirar lástima, y  
 que este sentimiento me salvó, de un fin trágico a que mi  
 imprudencia me expuso con tanto desacato. Pero de cual-  
 quier modo que sea, como no me contestaron, yo me creí ex-  
 pedito para fugar sin correr el riesgo de que se sospechase  
 que mi evasión tenía por objeto evitar un juicio que con tal  
 alto clamor no había cesado de pedir. Pero por más que dis-  
 curría no encontraba medios de evasión.

**CAPITULO LXV**

**LA AYUDA DE PABLO ACOSTA**

El veintitrés de septiembre, pues, en los momentos que relevaban la guardia a las diez y media de la mañana, yo me distraía en jugar al chaquete en mi habitación con el general Vedia, cuando se presentó un cívico en el umbral de la puerta llamándome con la mano. Me dirigí a él, y reconocí que era Pablo Acosta sirviente del doctor Handford, al que yo había hecho algunos pequeños regalos cuando estuve escondido en su casa en el mes de junio. "¿Qué es esto Pablo, le dije, yo no sabía que fuese usted cívico?" "Sí señor, soy cabo del primer tercio, pero hace once meses que pago el servicio por no hacerlo; y hoy he entrado de guardia con el objeto único de darle a usted escape". "Pero la cosa es muy difícil, sinó imposible, y además yo no quisiera por cuanto hay en el mundo comprometerlo a usted". "No importa, me contestó el leal boliviano, con tal que usted se salve aunque me fusilen después. Usted ha de fugar hoy sin remedio, y a las ocho de la noche esté usted preparado, porque a esa hora le traeré un vestido de cívico para que se disfrace. Ahora me voy porque no conviene que me vean hablar con usted". Iba a contestarle con la negativa cuando se separó dirigiéndose al cuerpo de guardia. Vedia me dijo, "¿qué quería ese hombre?" y yo le contesté, "nada, es un antiguo conocido".

No pudiendo impedir que Pablo Acosta me trajese el disfraz a la hora que él mismo había fijado, resolví estar preparado, bien que sintiese comprometer a aquel hombre tan leal y de un corazón tan generoso, pues era tan difícil la fuga que todas las probabilidades estaban por ser sorprendido en ella. Daré un ligera idea del local para que esto se comprenda mejor. El edificio es espacioso y tiene muchas habitaciones, todas ellas ocupadas por sesenta y más prisioneros, que hasta la hora de acostarse se encontraban al paso en los dos patios a cada momento. La puerta de la calle se

cerraba todos los días a la oración con un pasador, y algunas veces con llave, y en la parte interior hacía su servicio un centinela. En el zaguán había dos habitaciones a derecha e izquierda: la una servía de cuerpo de guardia, la otra de alojamiento al comandante del punto, coronel Lacarra, y al oficial de guardia, estos no salían de su habitación durante la noche. El zaguán estaba perfectamente cerrado con un cancel que se había colocado en su extremidad interior, y tanto en este cancel como en la puerta principal había un centinela y un farol encendido: quedaban pues los dos centinelas encerrados dentro del zaguán, y éste muy iluminado. En los dos patios interiores había también dos centinelas. Para ser menos conocido en el momento de la evasión me afeité la patilla y el bigote. La dificultad consistía en disfrazarme, porque como éramos tantos los prisioneros, y la puerta de mi cuarto no podía cerrarse, temía que me sorprendiesen en la operación y que se descubriese el secreto de mi fuga: alguno podía venderlo, o divulgarse como sucede cuando son muchos los que deben guardarlo. Necesitaba que uno me guardase la espalda, y esta confianza la deposité en don Joaquín Madariaga: quedó éste instruido que cuando llegase el momento de disfrazarme lo verificaría en el lugar excusado, y que Madariaga se situaría a la distancia competente para anticiparse a cualquier otro que tratase de entrar en él, pues de este modo se evitaba una sorpresa, no pudiendo entrar más que uno en aquel paraje. Tomadas estas medidas esperé la hora con la mayor ansiedad.

Pablo Acosta fué bien puntual: se presentó a las ocho de la noche, y me entregó un sombrero viejo, una chaqueta usada de cívico y corraje con una bayoneta, también me dió unos pantalones viejos. No había remedio, la tentación era muy fuerte para un prisionero, tenía a mi favor al cabo de la guardia porque Acosta estaba de cuarto, y el deseo me dejó arrastrar. Apostado Madariaga en acecho y en paraje conveniente entré en el lugar y me vestí con aquel disfraz, después ensucí la cara con un corcho quemado; era difícil que me conociesen. Varias veces Madariaga hizo uso de mis instrucciones para evitar que me sorprendiesen. Pronto yo salí al patio con una botella vacía en la mano y como no encontré a Acosta forzoso me fué pasearme por el patio para esperarlo, puesto que en aquel traje no podía yo presentarme

en ninguna habitación, porque en todas había luz. Varios compañeros pasaron a mi lado y no me conocieron, igual felicidad tuve con los cívicos de la guardia que transitaban por el patio. Acosta viniendo del cuerpo de guardia abrió el cancel, entonces me dirigí a él, y a presencia del centinela le dije: "cabo de guardia, ¿me da usted licencia para ir a la pulpería a comprar un poco de vino?" Al mismo tiempo le mostré la botella vacía. "Vaya usted ciudadano" me dijo, y al mismo tiempo me dió paso por el cancel. El centinela me dejó pasar pero me dirigió una mirada de investigación que me aterró. Al llegar a la puerta donde estaba el otro centinela, el del cancel gritó, "no lo deje usted pasar que es un oficial que se escapa". Yo estaba perdido a no haber sido el noble sacrificio del cabo Acosta: éste con voz de autoridad dijo al centinela de la puerta: "Déjelo usted salir, yo lo mando: no ve usted que es un ciudadano de la guardia que va a comprar vino a la esquina". Pero el centinela del cancel repetía a la vez con voz estentórea, "no lo deje usted salir, es un oficial que se escapa", y entre él y Acosta se estableció un fuerte altercado. El centinela de la puerta mientras la guardaba apoyando en ella su espalda, caló bayoneta y se puso así en guisa de impedirme el paso. Si yo no hubiera conservado bastante serenidad, imposible me habría sido salir con felicidad de aquel mal paso: era grande la algazara que se hacía en el zaguán entre Acosta y los dos centinelas, los tres gritaban a un tiempo: el de la puerta decía: "atrás" y me amenazaba con la bayoneta calada. En estos momentos no hay lugar a la reflexión, porque sólo un golpe audaz puede salvarnos de un gran conflicto. Corriendo el riesgo de ser ensartado al primer movimiento que yo hiciese, conseguí a favor de mi agilidad flanquear al centinela sorteando su bayoneta, le di un fuerte empujón y perdió el equilibrio, fué a caer recostado en la pared lateral del zaguán; por un movimiento instintivo e instantáneo corrí el pasador y salí a la calle. Me dirigí por la calle del Cabildo siempre concurrida a aquella hora, para perderme entre la multitud. Es cierto que si me hubieran seguido me habrían alcanzado, marchaba al paso regular, pues no quería correr por no despertar sospechas en alguna patrulla, o en los agentes de policía. No me siguieron porque los dos centinelas quedaron como aterrados disputando con el cabo Acosta: ellos tam-

poco podían abandonar su puesto. Pero lo más admirable, es que ni el comandante Lacarra ni el oficial de guardia, estando tan cerca del lugar de aquella escena estrepitosa, no concurriesen a saber el motivo de tanto ruido, de tantos gritos. Sin duda estaban durmiendo o distraídos en algún juego.

Me dirigí a la casa del doctor Handford, pero no estaba: yo no tenía intención de esconderme allí, porque era muy público que cuando mi evasión de la cárcel había encontrado un asilo en casa del médico inglés; y después, temía que de un momento a otro fuesen a buscarme en ella, por la circunstancia de ser Pablo Acosta sirviente de Handford. Así, para aumentar mi disfraz tomé un poncho vichará: ya no tenía fornituras, porque he omitido decir que para evitar la primera persecución me escondí en un zaguán oscuro que entonces había debajo de lo que es hoy cárcel de mujeres, y ahí dejé el corraje. Tomé, pues, un poncho vichará y le dije a una mulata mujer de Pablo Acosta que me guiase a casa de un comerciante inglés (Mr. Korthright) a quien yo no conocía, pero con el que sabía que Mr. Handford tenía gran intimidad. Al llegar a la casa del comerciante, le dije a Juana (así se llamaba la mulata, mujer de Pablo) que cuando Mr. Handford entrase en su casa le dijese donde yo estaba para que al instante fuese a verme pues le necesitaba.

Llamé a la puerta, y ésta se abrió al instante. Un dependiente de la casa me preguntó, con un tono que conocí sospechaba la visita a aquellas horas de un cívico todo desgrefiado, me preguntó, decía, "¿qué se le ofrece a usted?" "Mr. Hondford, contesté, me ha dicho que venga aquí a esperarlo: él tiene que hablar conmigo". El joven inglés me miró atentamente, y después de un momento de silencio, me dijo, "espérese usted". Volvió acompañado de un compañero, hablaron los dos en secreto, y concluida la consulta me dijeron, "entre usted aquí", dirigiéndose a una pieza que estaba inmedatód: entré en ella en efecto y en el acto cerraron la puerta por la parte de afuera. Si aquellos hombres sospechaban de mí, como todo me inducía a creer, yo debía temer que fuesen a llamar a alguna patrulla, y entonces yo estaba perdido. Me asaltó esta idea, y sufrí la más amarga congoja. Estuve más de una hora encerrado, sin poder atinar cuál sería el plan de los dependientes: el jefe de la casa no estaba.

A las once de la noche llamaron a la puerta. Era Mr. Handford al que Juana había avisado. La puerta de mi cuarto se abrió y Handford se precipitó en mis brazos: rebozaba de júbilo el buen inglés cuando me veía a salvo: él había colocado a su sirviente para que favoreciese mi fuga. Pero Handford, como de costumbre, estaba impregnado de ponche y con la cabeza perdida. "Vamos corriendo a casa, me dijo, ¿por qué no se ha quedado usted en mi casa?" "Porque no es prudente: usted sabe que su casa está sindicada, y que pueden ir a buscarme". "No, no, vamos a casa, allí estará usted muy seguro". Y no tuve más remedio que ceder, porque en el estado en que Handford se encontraba no admitía réplica, y porque tampoco yo tenía otra casa donde ir a aquellas horas, sin correr el riesgo de que los criados, cualquiera que ella fuese, dejasen de imponerse de lo que tanto me interesaba ocultar: mi nombre.

Desde que entramos en casa de Handford, éste mandó preparar una cama para mí y un ponche. "No, le dije, de ningún modo dormiré aquí esta noche, sería una imprudencia, perder en un momento mi libertad que tanto me ha costado". El insistía, pero yo no quise ceder. "Bien, pues, pero antes que usted salga tomaremos un ponche". Que remedio, fuerza fué condescender con sus inoportunas y reiteradas instancias. "Y bien, ¿adónde piensa usted refugiarse?" "El caso es que no se me ocurre en este momento, tengo parientes amigos, pero temo a los criados de la casa". El caso era que después de la infame delación de Frías, yo no quería fiarme de ningún hijo del país, temía mucho la exaltación del espíritu de partido que no respeta los más estrechos vínculos; y prefería esconderme en casa de un extranjero que no estuviese contaminado de aquel espíritu corrosivo; que fuese indiferente a los partidos políticos que entonces se debatían. "Está bueno, dijo Handford, lo comprendo a usted: acabemos el ponche y lo llevaré a usted a casa de un amigo donde estará con toda seguridad".

Salimos a la calle, y Handford se bamboleaba sobre sus piernas, se paraba, hablaba en alta voz sobre nuestro asunto: yo no podía contenerlo, y temía que si encontrábamos alguna patrulla le llamásemos la atención y me descubriese. Llegamos a casa del boticario inglés Wihetfield, Handford llamó a la puerta y el mismo boticario salió a abrir: yo me



arrimé a un poste mientras los dos hablaban en voz baja: notaba que el boticario hacía oposición, ponía dificultades para recibirme en su casa. Después de un largo altercado, cuyo fin yo aguardaba con la mayor impaciencia y sobresalto, Handford se aproximó a mí, y me dijo, "suba usted esa escalera y entre usted en la casa alta: estará usted perfectamente seguro". Se despidió y el boticario cerró su puerta. Yo creía que en el piso alto viviría Mr. Wihtefield con su familia; pero fué grande mi sorpresa cuando encontré la casa a oscuras y palpando las paredes pude cerciorarme que no había un solo mueble. La puerta de la escalera que daba a la calle había quedado abierta: mi situación era singularmente desagradable; pero que remedio, fué preciso conformarse; y como estaba rendido de cansancio y por la impresión moral, extendí mi poncho vichará en el suelo y me acosté a dormir, esperando que el día traería el desenlace de aquella aventura.

Serían las dos de la mañana cuando me desperté al ruido que oí en la escalera: vi que alguien subía por ella con una luz. Era el farmacéutico Mr. Wihtefield que se me presentó en camisa y calzoncillos, con una vela encendida en la mano: parecía un duende, una aparición. Yo me senté sobre el poncho, él se aproximó. "Estamos perdidos", me dijo en voz baja. "¿Pues qué es lo que hay?" "Aquí no puede usted estar". "¿Por qué?" "Porque estos altos están deshabitados, no me pertenecen; todas las puertas están abiertas, y puede entrar el que quiera. Mañana es domingo, y todos los domingos acostumbran venir unas mujercillas, mulatas, a divertirse con algunos cívicos del segundo tercio, de modo que mañana lo descubren a usted sin remedio. A más, el mozo de la botica, Juan José Bosch, es enemigo acérrimo del partido a que usted pertenece, es amigo de los del segundo tercio: él ha oído pasos aquí arriba y me lo ha dicho: está lleno de sospechas y de un momento a otro podría venir a saber quien está aquí: extraña el ruido que usted ha hecho con sus pasos, porque sabe que estos altos no están habitados". "Mr. Wihtefield, le dije, si por librarse usted de un compromiso me abulta usted el peligro, piénselo bien, porque mi vida está en riesgo, y usted me pierde". "Le he dicho a usted la verdad: tendría mucho gusto en darle a usted asilo en mi casa, pero es imposible: es muy reducida y no podría

usted entrar en ella sin que Bosch lo viese". "Entonces, como me ha traído aquí Mr. Handford". "Usted sabe como está la cabeza de Mr. Handford, yo le he hecho presente lo mismo que acabo de manifestar a usted, pero no me ha hecho caso, y se ha ido". "Bien pues, entonces, dije poniéndome en pie y envolviéndome con el poncho, quede usted con Dios". Bajé la escalera y me encontré otra vez en la calle.

La casa de mi tío Somalo estaba una cuadra, no me había refugiado en ella por no comprometerlo, la época era delicada; pero ahora no encontrando otro arbitrio y porque el día no me alcanzase en la calle y sin albergue, resolví asilarme en ella y me puse en camino. Cerca ya de la puerta encontré una patrulla, y para no llamar más la atención si me detenía a llamar tan a deshora de la noche, pasé de largo: me dieron el quién vive, conteste y nos cruzamos tocándonos sin que se detuviesen a reconocermé. No quise intencionalmente evitarlos por no despertar sospechas: toda la sangre se me había retirado al corazón.

Por segunda vez en esta noche llamé a la puerta de Mr. Handford. Tardaron en abrir: eran las tres de la mañana. Mr. Handford estaba durmiendo un soporífero sueño impregnado de los vapores del ponche. ¡Qué lástima de hombre, tan humano y generoso, tan instruido, tan acreditado en su científica profesión y dominado por un hábito degradante! Cuando despertó y le expliqué cuanto me había sucedido desde su separación: "bien, me dijo, quédese usted en mi casa". "Ni pensarlo es bueno, usted se ha olvidado que Pablo a estas horas debe estar preso, y que es muy probable que por la mañana muy temprano vengan a registrar su casa". "¿Tiene usted otra donde esconderse?" "Difícil es la contestación: no se me ocurre ninguna en este momento". "Yo saldré con usted", y empezó a vestirse. "Ya lo sabrá usted, déjese usted conducir". Y diciendo y haciendo acabó de vestirse. Salimos juntos y vagábamos sin dirección por las solitarias calles de la ciudad: conocí que Handford no tenía dirección fija, y me asaltó el temor de que el día me encontrase sin asilo, porque la hora era muy avanzada. Entonces recordando que una señora, doña María Azcuénaga, en una visita que me hizo estando yo en la cárcel, para recomendar-me más cautela, porque había encontrado los pedazos de una carta mía en que se descubrían mis conatos de fuga, me

había ofrecido asilo en su casa si conseguía fugar, dije a Handford: "vamos a casa de doña Clara Núñez". Esta señora casada con don Domingo Azcuénaga, era madre de doña María: una señora que aunque adicta a la causa del Rey, asilaba en su casa no sólo a los prisioneros españoles, sino a los hombres comprometidos en los partidos políticos del país, cualquiera que fuese su color: una señora verdaderamente benéfica.

Nos encaminamos pues a su casa contigua a la Aduana. Llamamos a la puerta y salió a abrirla don Domingo, después que doña María, que también se levantó, me hubo reconocido por la ventana. No sólo me recibieron, sino que lo hicieron con visibles muestras de afección y contento por tener la oportunidad de hacerme tan importante servicio. Doña Clara era hermana de don Justo Núñez y éste estaba casado con una hermana de mi madre, doña Nemesia Somalo, mi madrina y tía muy querida.

Cuando desperté, bien entrado el día, encontré muchos compañeros de escondite: oficiales prisioneros españoles que a favor de las revueltas del país habían conseguido fugar del depósito de las Bruscas: unos eran europeos, otros peruanos y había también un chileno. También estaba allí refugiado y oculto el portugués comerciante don José Rodríguez Braga; lo perseguían como partidario de Alvear, al que tuvo oculto en su casa antes de estallar la revolución de marzo; Braga es un excelente sujeto y yo tenía con él bastante intimidad.

Una vez garantido de toda pesquisa, lo único que me ocupaba era el medio de embarcarme para Montevideo donde estaba mi familia; pero era preciso tomar grandes precauciones, y por otro lado yo no podía activar personalmente las diligencias, y la familia aumentaba los obstáculos, porque deseaban que yo la acompañase algún tiempo más. Era yo considerado y estimado en aquella casa como si fuese uno de sus miembros, como hijo de ella. Doña Clara era una señora de buen humor y cometió una noche la imprudencia de hacer que yo acompañase a ella y a sus hijas a la mosquetería de un baile que daba el enviado de Chile Zañartú; y a pesar de que fuí disfrazado, jamás he estado tan azorado. Había condescendido por galantería y porque siempre me ha dominado una fuerte inclinación a las aventuras peligrosas, para hacer alarde de mi resolución.

## CAPITULO LXVI

## LOS COLORADOS DE ROSAS

Lo pasaba yo perfectamente en mi nueva guarida: la mesa era buena y todos se esmeraban en complacerme, sin excluir al anciano don Domingo que era en extremo condescendiente. Una mañana, era el primero de octubre, yo estaba todavía en la cama cuando doña Clara entró en mi cuarto y me despertó: estaba despavorida. "¿Qué hay señora?" le pregunté. "Pues, ¿qué no ha oído usted anoche las descargas de fusilería?" "No señora". "Envidiable sueño". "Pero, ¿qué es lo que ha sucedido?" Entonces doña Clara me hizo la siguiente relación. "Don Epitafio del Campo, capitán del segundo tercio cívico se había sublevado y apoderándose de la persona del coronel don Benito Martínez, del batallón de infantería fijo de Buenos Aires. Este cuerpo había opuesto resistencia, pero después de un largo escopeteo habían tenido que desalojar la plaza: los cívicos habían triunfado. El gobernador Rodríguez había huido a la campaña y una parte de la noche la había pasado en casa del coronel Izquierdo, contigua a la de doña Clara, en la que, decía ésta, había tenido intención de refugiarse. Los coroneles don Antonio Rodríguez —hermano del gobernador— y don Celestino Vidal con otros oficiales, se habían quedado en la casa de Izquierdo para esperar el regreso del gobernador que debía volver a la ciudad contra los revoltosos, con los colorados que mandaba Rosas (Juan Manuel) al que había ido a buscar. El general don Hilarión Quintana había sido nombrado jefe de las armas. Tal fué la relación que me hizo doña Clara y que noticias posteriores confirmaron. Murieron varios en la refriega, entre otros un oficial Acevedo sobrino del general Belgrano. "Señora, le dije, ¿sabe usted lo que se me ocurre?, que esta noche podemos tener una reunión y divertimos mucho". "¿Cómo?" "Haciendo que esos caballeros que están escondidos en la casa de Izquierdo, vengan aquí pasando por la azotea y todos cenaremos juntos. ¿No le pare-

ce a usted que sería una escena divertida y singular ver reunidos y en la mejor armonía, en casa de usted, a Alvearistas, portugueses, chilenos, peruanos, españoles, Rodriguistas, etc., etc.?" "Dice usted bien, yo misma iré a convidarlos". Efectivamente la cosa se hizo como yo había propuesto: tuvimos una gran cena, y hubo guitarra, minuet, brindis y política: todos nos entendimos perfectamente sin que interrumpiese el contento y buena armonía la más pequeña disputa. Era un paréntesis de odio entre **perros y gatos**.

Los sublevados contaban con la presencia de Dorrego y su ejército, con acuerdo de éste, sin duda, se habría hecho la revolución o cuando menos Dorrego debía aplaudirla porque estaba en sus intereses, se hizo en su propio provecho: él era el **hombre** de los demagogos. Pero Dorrego vaciló, no se atrevió al fin a pasar el Rubicon: tenía sus motivos: en su ejército había también jefes partidarios de Rodríguez su antagonista.

En una palabra, Dorrego estuvo tímido: debía haber jugado el resto por el resto; y si he dicho debía, entiéndase que es porque tenemos la convicción que en aquella época de desenfreno de los partidos y de la más exaltada ambición, no podía haber otro motivo que fuese tan poderoso como el deseo de la propia elevación; los males de la patria no entraban para nada en el cálculo de los aspirantes, su única guía era el cálculo de las probabilidades.

Rodríguez entretanto se había ya apersonado con Rosas, y lo encontró propicio, porque ambos tenían un mismo origen —Rodríguez había sido amigo de los gauchos, y Rosas que lo era simpatizaba con él más que con Dorrego— Rosas, pues, reunía sus milicianos para marchar con ellos a la ciudad, a reinstalar a Rodríguez. El jefe de Buenos Aires, Quintana, sobre no tener capacidad para organizar la defensa, tenía también contra sí un gran obstáculo: la ciudad estaba dividida, y en ella Rodríguez contaba con muchos partidarios. Los cívicos del primer tercio miraban con envidia el ascendiente y preponderancia del segundo tercio; y se profesaban recíprocamente el implacable odio de corporación; existía entre ellas la más pronunciada rivalidad.

Yo miraba con la más fría indiferencia la borrasca que se preparaba, desde que no podía, o por mejor decir, no tenía

inclinación a tomar parte en la contienda, los dos partidos próximos a venir a las manos eran enemigos del partido de Alvear a que yo pertenecía cuerpo y bienes, y a cuyo jefe entonces tributaba yo un culto exclusivo y de fanatismo. Porque tenía una venda en los ojos que el tiempo y los hechos han arrancado después. Algunos parientes y amigos me visitaban en casa de doña Clara, aquellos en que con toda seguridad podía confiarme. Yo me pavoneaba por la celebridad que había adquirido en dos escapadas sucesivas, porque para obtener mi libertad no hay duda que había sido necesaria mucha osadía, y correr grandes riesgos: esto lisonjeaba mi amor propio. Conozco ahora que era la celebridad de los presidiarios, y si hago mención de la afección que entonces me dominaba, es porque me he propuesto no ocultar nada de lo que me pertenece; porque estoy escribiendo mi confesión. En la edad madura en que ahora me encuentro, se conoce bien el valor de tales títulos: para el vulgo no obstante, valen mucho: me incluyo en el número, porque a mi edad, entonces pocos son los que no pertenecen al vulgo o a la frivolidad, que tiene con la vulgaridad muchos puntos de contacto. Pero es cierto que yo hacía ruido. Diré de paso una coincidencia muy casual. El Pato, oficial cívico que estaba de guardia cuando fugué de la cárcel, fué a visitarme a la cuna y se manifestó resentido porque no le comuniqué mis miras de evasión —me habría guardado muy bien—: decía que él la habría patrocinado (mentira), y se me ofreció para todo aquello en que lo considerase útil. "No importa, decía, que yo haya sufrido una persecución por la fuga de usted, la celebré mucho". Le dí las gracias y disimulé que lo creía. Pues bien, este mismo oficial estaba también de guardia el día que fugué de la Cuna y esto hizo aumentar las sospechas de complicidad. Pero era casual, el pobre diablo era tan inocente como la primera vez.

El cinco de octubre el gobernador Rodríguez y Rosas a la cabeza de los colorados se aproximaron a la ciudad y la atacaron. A Quintana el jefe de los cívicos no le faltaba valor, pero su cabeza era muy pequeña hasta para organizar el más sencillo plan de defensa. La ciudad de Buenos Aires es muy fácil de defender, como lo comprueba la resistencia que opuso en 1807 a un ejército inglés de once mil hombres de tropas regulares y aguerridas, a las órdenes del general

Wihltlocke; pero nada había preparado. Los cívicos del segundo tercio ocuparon la plaza, las azoteas inmediatas y el Cabildo: los del primero se pronunciaron por el general Rodríguez y cambiaron sus balas con aquellos. Los colorados de Rosas dieron una carga atrevida sobre la artillería asediada en las boca-calles y la tomaron. Los fusileros de las azoteas fueron desalojados por sus adversarios. La escena duró desde por la mañana hasta el fin de la tarde. Rodríguez triunfó y quedó reinstalado en el gobierno. Quintana cayó prisionero: el coronel Pagola fugó a Montevideo con otros muchos. De una y otra parte pasaron de ciento cincuenta los muertos y heridos. Rodríguez dirigió el ataque desde el atrio de San Francisco. Rosas tampoco oyó silbar una bala, con pretexto de un dolor de muelas se separó de su gente para situarse donde... ni se oía el ruido de la refriega.

Este pícaro siempre ha sido cobarde, pero él vivaqueó y encendió sus fogones en la plaza de Buenos Aires: era en escala menor, la entrada de los Cosacos en París. Desde el principio de la revolución, el año diez, era la primera vez que corría sangre de un combate en las calles de Buenos Aires. La sangre consterna a los pueblos, y Rodríguez sobre sangre consolidó su poder; Dorrego había perdido el pleito por falta de osadía. Sin duda los padecimientos de su largo destierro habían quebrantado aquel espíritu fogoso e indomable en los primeros tiempos de la revolución. Se dejó derribar mandando un ejército, y teniendo en su favor la gran mayoría de los proletarios de la ciudad.

Yo continuaba encerrado en casa de doña Clara: no me faltaban goces; pero yo anhelaba que llegase el momento de embarcarme. El ocho de octubre a las doce de la noche se oyó el tañido lúgubre de la campana del Cabildo. Esta era la señal de alarma que llamaba al pueblo en nombre de la autoridad. No se tocaba aquella campana sinó en caso de revolución, era la campana del **Somaten**. Toda la familia se levantó como cuando se espera un gran acontecimiento, una gran catástrofe. A la una de la madrugada se oyeron recios golpes a la puerta. Era un amigo, don Juan del Pino: venía de parte del gobernador a invitarme a que tomase el mando de la artillería que se había colocado en las bocas calles de la plaza. La guarnición y una parte considerable de la población había tomado las armas; unos formaban en



la plaza de la Victoria, otros ocupaban las azoteas. A decir verdad, me era tan indiferente el triunfo de Dorrego como el de Rodríguez, porque yo pertenecía a un tercer partido y éste estaba caído —el de Alvear. Pero el odio a Dorrego era mayor, a él pertenecían los cívicos del segundo tercio, los sanculotes despiadados, los de los ojos colorados: esta consideración y el no parecerme decente negarme a una invitación del gobierno, y una invitación para pelear me decidieron a salir; don Juan del Pino me traía un sable que me enviaba el gobernador, me lo ceñí y marchamos juntos a la plaza.

Desde luego elegí como punto de estación un cañón situado en la calle de las Torres, porque era ésta la más indicada para la entrada de los enemigos en la ciudad. Había omitido decir que el motivo de la alarma era la aproximación del ejército que mandaba Dorrego, se decía que venía a atacar la ciudad. Confieso que más de una vez me llené de júbilo al imaginar que con aquel cañón cargado a metralla tendría el placer de derribar centenares de enemigos: la escena de San Nicolás estaba grabada en mi imaginación, así como todos los de aquel período en que había yo sufrido tan cruenta persecución: me complacía la esperanza de vengarme. Cuando amaneció, la ciudad ofrecía una escena bien animada: el pueblo armado ocupando las plazas y azoteas decidido a defenderse: era un espectáculo parecido al del año 1807 cuando fué atacada por los ingleses. Las personas conocidas que me encontraban al paso se sorprendían al verme y venían a abrazarme con la mayor efusión: otros a la noticia de mi aparición en la plaza venían a cerciorarse de la verdad por sus propios ojos y manifestaban su admiración de encontrarme allí, todos me creían en Montevideo porque hacía más de quince días que había fugado. Yo era en aquellos momentos una celebridad revolucionaria, una especie de Barón de Frenk, por mis aventuras romancescas.

Cuando se tuvo la certeza que Dorrego se retiraba, que no pensaba en venir a atacarnos, el gobierno dió orden para que todos se retirasen a sus casas, y yo aproveché los primeros momentos para hacer algunas visitas y pasear la ciudad. Después me retiré a mi guarida temiendo que me obligasen a participar de la suerte de mis antiguos compañeros, haciéndome perder la libertad, que con tantos esfuerzos había yo conquistado.

El cuatro de octubre a la noticia de la aproximación del gobernador Rodríguez con los colorados de Rosas, los prisioneros de la Cuna fueron trasladados al Fuerte, con gran riesgo de ser asaltados en el tránsito, porque los sanculotes estaban más escoltados que nunca, y hubo síntomas alarmantes de su disposición a cometer un gran atentado derramando la sangre de aquellos hombres indefensos. Ellos habían asaltado la casa del coronel Perdriel: éste estaba enfermo en cama: a balazos forzaron sus puertas, y si Perdriel moribundo no hubiera sido transportado por sus deudos a la casa vecina, aquellos bárbaros lo habrían inmolado. El cinco de octubre en el momento del ataque, los prisioneros tuvieron ocasión para hacer un gran servicio, hicieron armas contra sus guardianes, y aceleraron así la rendición de la fortaleza. Pero este servicio no les valió el recobro de la libertad, porque el mismo día fueron trasladados de orden de Rodríguez al cuartel que había sido del segundo tercio cívico. Allí continuaban detenidos, bien que no tan estrechamente como estuvieron en la Cuna.

¿Quién había dicho al gobernador Rodríguez la casa en que yo estaba escondido? Entiendo que fué su hermano Antonino, que ya he dicho cenó conmigo en casa de doña Clara. Después de la alarma del ocho había yo quedado en una posición equívoca, y deseando obtener alguna ventaja por la prontitud con que había acudido al llamado del gobierno en los momentos de conflicto, me dirigí el nueve por la noche a la casa de gobierno, a pedir al gobernador Rodríguez me expidiese pasaporte para pasar libremente a Montevideo. El gobernador me recibió muy bien, pero no accedió a mi petición alegando que él mismo estaba observado por los que lo rodeaban; y que, si me daba pasaporte, me dijo, iba a ser censurado por proteger a los amigos de Alvear, que ni aún convenía que me viesen hablando con él. Mentira, era una excusa. Pero Rodríguez, a quien yo dije que de todos modos y de mi cuenta y riesgo, pensaba embarcarme furtivamente para Montevideo, estrechó mi mano entre la suya deseándome buena suerte, y recomendándome que a nadie dijese la entrevista que habíamos tenido, y mucho menos el asunto de que nos habíamos ocupado.

Volví, pues, a mi encierro donde lo pasaba perfectamente, y empecé a ocuparme formalmente de los medios pa-

ra embarcarme lo más pronto posible: puedo decir que las gentes de la casa y la niña sobre todo me habían tenido aprisionado.

Dorrego se vió obligado a resignar el mando e inmediatamente emigró a la Banda Oriental. Si se descuida, Rodríguez lo habría hecho caer en una celada de la que no habría escapado con el pellejo. Conozco los detalles de esta proyectada felonía, pero no es este lugar, ni entra en mi plan consignarlos aquí. Diré sólo que el coronel Videla era el agente de la trama: debía darle éste a Dorrego, que lo creía su amigo, el beso de Judas.

## **CAPITULO LXVII**

### **FUGA A MONTEVIDEO**

Por medio de mi compañero de escondite el señor Braga, pude conseguir pasaje para Montevideo, en una goleta de guerra portuguesa que mandaba el capitán de fragata Barroso, el mismo que en tiempo del Directorio había sido puesto en prisión por Pueyrredón al mismo tiempo que yo. Quedó convenido que el diecinueve de octubre a las nueve de la mañana estaría pronto a recibirme en la playa frente a la Aduana un bote de la goleta. El día antes sabiendo que el general Vedia no se había presentado en el cuartel donde estaban los prisioneros, y que se mantenía oculto, y calculando que desearía embarcarse para Montevideo, escribí una carta a su señora diciéndole que si su esposo deseaba hacer el viaje yo le brindaba con una proporción segura para el día inmediato, pero que era preciso que viniese a pasar la noche en la casa donde yo estaba. Vedia vino en efecto dispuesto a partir conmigo. El diecinueve desde muy temprano se alquilaron dos carretillas para que separadamente nos condujesen a la playa; se situaron en el principio de la barranca. La hora se aproximaba y Vedia oponía dificultades, decía que en el tránsito a la carretilla nos iban a conocer, porque como vivíamos al lado de la Aduana, la puerta principal es-

taba siempre llena de gente por la mañana, y este era un paso peligroso que no se podía evitar. Yo le dije que estaba resuelto a probar fortuna y que él podía hacer lo que mejor le pareciese, que mi intento al invitarlo no había sido otro que el de proporcionarle el beneficio del pasaje seguro, calculando las dificultades que él (Vedia) tendría para obtenerlo. En fin, me despedí de las señoras, del dueño de la casa y de todos los compañeros de guarida y me puse en camino acompañado del general Vedia. Este, cuando llegamos al zaguán, me dijo: "esta es una temeridad, nos van a conocer, nos prenderán y nuestra situación se agravará". "Bien, pues, quédese usted, le contesté, yo no quiero cargar con la responsabilidad de lo que pueda sucederle", y al mismo tiempo me separé de él y salí a la calle.

Llegué salvo hasta la carretilla que me esperaba, y subí y nos pusimos en camino con dirección al bote portugués que desde la hora convenida estaba en el paraje acordado en la orilla del río. En estas cosas es preciso tener presencia de ánimo, dominio de si mismo para no turbarse, porque cualquiera demostración o movimiento irregular puede llamar la atención de los transeúntes menos advertidos. Vedia me había seguido, yo lo advertí poco después de encontrarme en la calle pero no quise detenerme a esperarlo: la turbación que de él se había apoderado hizo que se detuviese en una esquina, dando así lugar a que pudieran observarlo, como efectivamente sucedió según supe después. La carretilla que conducía a Vedia marchaba muy despacio, y Vedia venía en ella hecho un ovillo para ocultarse y no ser conocido: la mía iba más adelante como a distancia de una cuadra. Llegué al bote y me embarqué, ya estaba salvo, pero era preciso esperar a Vedia que se aproximaba lentamente. Llegó al fin y entró en el bote: los marineros se echaron al agua para ponerlo a flote, estábamos en esta maniobra, cuando apareció en la playa una partida de caballería que a media rienda y con carabina en mano venía hacia nosotros. Era una partida de policía con un oficial a la cabeza nos habían descubierto y estábamos perdidos: como el bote no flotaba no pudimos bogar, los marineros se habían aturdido.

La partida llegó muy pronto a ponerse en contacto con el bote y nos asestaron sus carabinas a quemarropa. "Seño-

res, les dije, no tiren ustedes, estamos rendidos". Salimos del bote que al instante se alejó de la playa y fuimos conducidos al través de las calles de Buenos Aires hasta el cuartel del segundo tercio cívico donde estaban los demás prisioneros.

Más tarde supe que al pasar el general Vedia por delante de la Aduana, había sido reconocido por un barquero llamado Méndez, delator de oficio, y que éste había volado a casa del gobernador Rodríguez que vivía cerca —al frente del presidio— a darle aviso de su descubrimiento. Rodríguez que a la sazón estaba almorzando y rodeado de testigos, no pudo excusarse de impartir en el momento las órdenes más ejecutivas para la pronta prendición de Vedia. Ninguna noticia se tenía de mí; y la partida de policía que fué a buscar a Vedia se encontró conmigo en el bote portugués. De modo que yo fui víctima de mi oficiosidad por salvar a Vedia, y del aturdimiento que de él se apoderó en el momento crítico. Si no lo hubiera asociado a mi fuga, yo la habría realizado.

Cuando llegábamos al cuartel de cívicos del segundo tercio encontramos en la puerta al oficial de cívicos "el Pato": estaba de guardia. Este hombre era mi sombra, o yo la suya. Con el tono de una persona que se lastima de la desagradable situación de otra, me dijo. "¡Es posible señor Iriarte! ¡otra vez preso!; cómo siento la desgracia de usted". "Sí amigo, otra vez preso; y abra usted bien los ojos porque si puedo trataré de darle a usted un tercer chasco". Haciendo alusión a las dos escapadas en que el mismo "Pato", como ya he dicho, era el comandante de la guardia. Cuando entré en el cuartel todos los prisioneros vinieron a verme y a condolerse de mi suerte, ellos creían que yo estaba ya en Montevideo.

Para no perder tiempo, mi primer diligencia fué inspeccionar el local para tratar de evadirme, y con tal intento me dirigí a los fondos del edificio. Al llegar a un pasadizo un centinela que encontré me gritó "atrás", hice alto y le pregunté como podía impedirme que fuera al lugar excusado. El Pato que me seguía sin perderme de vista, pero al que yo no creía tan cerca de mí. "Centinela, dijo, como se entiende deje usted pasar al señor". Aparentaba enojo y él mismo había dado la orden: pasé efectivamente al corral, pero el Pato me seguía: este oficial desde que yo entré en el cuartel había doblado los centinelas y la del pasadizo, que me había

detenido, acababa de ser colocada allí con orden de observarme. Tuve pues que disimular mis malas intenciones, y volví a entrar a las habitaciones interiores. Observé que en una de ellas había una puerta que debía comunicar con el corral evitando el encuentro del centinela; "¿y esta puerta, pregunté, no cae al corral?" "Sí, me contestó un oficial, pero está condenada, clavada". "¡Bah! los clavos se arrancan, y manos a la obra". En el momento se empezó la operación con un martillo que se encontró a mano: dos o tres oficiales prisioneros arrancaban los clavos uno a uno, sin encontrar gran resistencia. No se había aún terminado la maniobra, cuando vinieron a avisarme que un ayudante de plaza —Castañón— debía llegar por momentos con tropas para llevarnos al general Vedia y a mí al cuartel de Cazadores donde se nos pondría en absoluta incomunicación. Este aviso me lo dió en persona mi amigo don Juan del Pino. "Pronto señores, pronto, acabemos ya con la puerta, antes que llegue Castañón". La puerta se abrió en efecto en el momento en que Castañón comunicaba la orden del gobierno al oficial de guardia, al Pato, y el pobre Pato no encontrándome en las piezas altas, me buscaba despavorido. Tuve apenas tiempo para encargar que avisasen al general Vedia que me siguiese por el mismo camino: los momentos eran preciosos.

Entré en el corral y empecé a trepar por una reja, y con la velocidad de un gato me encontré en la azotea de la casa vecina. Vedia me seguía. Descendí con riesgo de desnucarme al corral de la casa de las señoras de Pirán, a las que yo conocía: no había por donde trepar, las paredes eran muy altas; y me dirigí a la sala, donde encontré a las niñas cosiendo. "Pronto, pronto, ¿no tienen ustedes una escalera?". Ellas estaban sorprendidas de mi aparición porque sabían que yo no había entrado por la puerta de la calle. "Pronto, pronto, ¿dónde está la escalera?", me condujeron al pasaje donde estaba; la llevé al corral, la arrimé a una parra y trepé hasta la azotea inmediata. Era una escuela de niños de un don Rufino. Bajé al patio con riesgo de romperme las piernas, en los momentos en que lo atravesaban los niños que salían de la escuela, que a medida que me descolgaba me miraban absortos y con evidente muestra de la sorpresa que les causaba aquella escalada. Llegué con felicidad y encontré a don Rufino que despedía a sus discípulos: me miró

atentamente y yo pasé de largo sin detenerme en saludarlo. Observé que Vedia que siempre seguía mis pasos, se paró a hablar con el maestro de escuela: después supé que no salió de la casa hasta que anocheció: lo que fué un desatino, y efecto de su aturdimiento, pues si hubieran registrado la casa en ella lo encuentran. Salí por el zaguán atravesando la puerta principal: cuando me encontré en la calle había en ella muchos centinelas: la calle no era la misma que la del cuartel, porque éste estaba inmediato a la esquina, sin otra casa intermedia que la de Pirán. Aquellos centinelas los había apostado el Pato desde que buscándome no me encontraba. El lance era apurado, si llegaban a descubrirme; pero para que no me conociesen apliqué mi pañuelo de bolsillo a las narices, aparentando que contenía una emisión de sangre y caminé sin detenerme hacia el oeste. Me esperaba en las inmediaciones de la esquina un español, Ogando, que yo había conocido en casa de doña Clara Núñez: Ogando me hizo una seña casi imperceptible y yo lo seguí. Después de haber caminado algunas cuadras —serían las doce del día, y éste muy claro y despejado— me introdujo en una casa. Vivían en ella los hermanos Pemones, españoles también amigos de Ogando, y a los que igualmente había tratado en casa de doña Clara. Los Pemones, impuestos del motivo de la visita me recibieron muy bien: yo había realizado mi tercera evasión y ya estaba seguro. Y, ¡qué casualidad! por tercera vez vez había burlado la vigilancia del pobre Pato que, en esta última, estaba bien advertido por mi mismo de mis intenciones. Por esta tan casual coincidencia se creyó siempre que yo lo sobornaba con dinero. Era este un error, el Pato estaba inocente.

Por la noche me atreví a salir disfrazado para ir a casa de doña Clara Núñez. Allí arreglé un nuevo plan para embarcarme furtivamente. Deseaba con ansia llegar a Montevideo para descansar en el seno de mi familia y aliviar a mi pobre madre y a mis buenas hermanas de la aflicción en que vivían por los riesgos continuos a que me veía expuesto en medio de una carrera tan borrascosa como la de la guerra civil.

Como he dicho en su lugar, todos mis compañeros habían dado su declaración ante el fiscal de la causa que a todos en común se seguía: al día siguiente de mi fuga era el



día señalado para interrogarme, pero yo le ahorré el trabajo de las diligencias. Siguiendo los trámites del formulario de procesos se me emplazó por edictos. He aquí una copia fiel del que se fijó en las esquinas llamándome: "Edicto:

" Don Antonio Luis Beruti Coronel de los Ejércitos y  
 " Juez Fiscal de la Comisión Militar Extraordinaria. Habiéndose ausentado de esta plaza el teniente coronel don Tomás de Iriarte, capitán don Manuel Benavente y alférez don José María Hidalgo, a quienes estoy procesando por haberla invadido con el ejército titulado federal, usando de la jurisdicción cometida en estos casos por ordenanza a los oficiales del ejército, por el presente llamado, cito y emplazo por primer edicto y pregón a dicho teniente coronel, don Tomás de Iriarte, capitán don Manuel Benavente y alférez don José María Hidalgo, señalándoles, el cuartel del segundo Tercio Cívico de esta Plaza donde deberán presentarse personalmente dentro del término de treinta días, que se cuentan desde el día de la fecha, a dar sus descargos y defensas; y de no comparecer en el referido plazo se seguirá la causa, y se sentenciará en rebeldía por la referida Comisión Militar Extraordinaria, sin más llamarle y emplazarle por ser así conforme a derecho. Fíjese y pregónese este edicto para que llegue a noticias de todos. En Buenos Aires a 23 de Octubre de 1820. Antonio Luis Beruti. Secretario.

Arreglado todos los preparativos necesarios y teniendo a mi disposición un lanchón pequeño de la propiedad de don Ambrosio Lezica para atravesar el río y desembarcar en la Colonia, en la noche del veintiseis de octubre llamé al teniente coronel don Anacleto Martínez que debía ser mi compañero de viaje; y juntos nos encaminamos a la casa de mi amiga doña Clara. Desde allí nos dirigimos acompañados de esta señora y sus hijos, que hasta el último momento me dieron las mayores pruebas de afección e interés el más acendrado, a Barracas caminando a pie. Entramos en una cabaña de pescadores para esperar que el patrón del lanchón nos avisase estar pronto para hacer viaje; pero como la noche avanzase, las señoras se retiraron dejándonos a Martínez y a mi muy recomendados.

Teníamos prontas las provisiones para el viaje, que por ser de corta duración (tres horas y media con buen tiempo) se reducían a muy poca cosa: un cuarto de carne para los tres marineros que servían el lanchón; dos botellas de vino, una de aguardiente, dos lenguas saladas y un queso. Según nuestros cálculos alegres debíamos llegar con víveres a nuestro destino. A la una de la noche vino el patrón a buscarnos. Yo estaba disfrazado de marinero y para mayor seguridad cargué un saco de carne. Todo estaba en silencio y nos embarcamos en la Boca del Riachuelo sin ser sentidos. Con los remos alzados y sin vela nos dejábamos llevar suavemente de la corriente para entrar en el Río de la Plata. Este momento era el más peligroso, porque el menor ruido nos habría traicionado, para evitarlo no hacíamos uso de los remos. Teníamos que pasar por entre las embarcaciones fondeadas: esto no nos daba cuidado: el temor consistía en que estábamos obligados a pasar casi tocando con la faena del resguardo, cuya vigilancia era probable. Pero felizmente lo verificamos sin novedad; el guardia de servicio y todos los marineros dormían profundamente. Entramos en el majestuoso Río de la Plata, levantamos la vela que se hinchó al instante, el viento era favorable; y nuestro corazón se explayó, pudimos respirar libremente: estábamos a cubierto de los contratiempos de tierra, no nos acordábamos que íbamos a luchar con otro más peligroso elemento y en una frágil barquilla.

El ventisiete al amanecer estábamos a la vista de la Colonia, porque el viento nos fué favorable durante la noche; pero el cielo empezó a cubrirse de negras nubes con patentes anuncios de un próximo temporal; el viento cambió al sudeste y nos fué imposible alcanzar a entrar en el puerto, no obstante la poca distancia que nos faltaba para llegar. Navegábamos de vuelta y media y un fuerte aguacero nos inundaba, porque el lanchón no tenía cubierta. Martínez y yo nos habíamos embarcado sin más equipaje que el que llevábamos encima y confiados en la corta travesía, nuestros baúles los habíamos mandado a Montevideo: tampoco el lanchón tenía capacidad para cargarlos. El viento refrescaba con violencia y por la noche experimentamos un recio temporal: estábamos en medio del río a merced de las corrientes impetuosas del Río de la Plata. La agitación fué extre-

ma hasta el amanecer; pero nuestra ansiedad no se calmó con el día, porque la situación era de las más peligrosas. La única costa a que podíamos abordar para librarnos de un naufragio inminente era la de Buenos Aires: los marineros pensaban en ello, pero nos opusimos con todas nuestras fuerzas, habríamos ido a entregarnos en manos de nuestros enemigos: primero perecer, estábamos resueltos. Las lenguas, el queso, el vino y el aguardiente se habían consumido el día anterior: la poca carne que quedaba estaba perdida, porque con la lluvia y el agua que hacía el bote, este se había casi llenado, la achicábamos con nuestros sombreros; tampoco había sido posible encender fuego en el fogón, éste estaba lleno de agua y nuestros avíos de encender inutilizados, mojados, no podíamos encender nuestros cigarros. Era imposible abordar a la costa Oriental, de modo que debíamos perecer ahogados o de hambre, si el temporal no aplacaba, y éste por el contrario redoblaba en fuerzas. Tal era la cruel y espantosa alternativa en que nos encontrábamos. Nuestras velas se habían despedazado con el huracán del Sudeste, con los remos se adelantaba muy poco, porque cuatro remos eran insuficientes para luchar contra el viento y la corriente. Se pensó en fondear para que las olas atravesadas no nos sumergiesen, pero el cabo del rezón estaba podrido, remendado y no sólo nos exponíamos a perder el anclote, sino que al tomar el lanchón la nueva dirección podíamos zozobrar.

El veintinueve y el treinta se pasó en la misma ansiedad: habíamos conseguido churrasquear un pedazo de carne, pero ésta estaba podrida; así mismo devoramos algunos pedazos medio crudos. Martínez estaba mareado, cadavérico y tirado como un saco en el fondo de la popa del lanchón. Yo procuraba animarlo con mis dichos, porque nunca me abandonaba el buen humor, y una vez me acuerdo que en momentos de gran peligro le dije: "Amigo usted tiene ya la cara como un ahogado y hasta me parece que despiden olor de muerto". Después me confesó Martínez que estas palabras lo habían afectado mucho y héchole mucho mal. Las nubes se sucedían con rapidez y eran inagotables, pasaban sobre nuestras cabezas y desaparecían al empuje de otras nuevas: parecía que aquel estado de la atmósfera era permanente y que la borrasca duraría una eternidad. No

veíamos el fin de tan afligente situación. Salvarse parecía imposible: los marineros se habían entregada al destino y de los tres, dos dormían constantemente. Las noches sobre todo eran insoportables, frías y con nuestras ropas mojadas; exámenes por falta de alimentos, no era posible que el físico más robusto prolongase un día más tan decadente existencia, bajo el influjo de tan destructores agentes, combinados con la impresión moral.

Cuatro días y cuatro noches, se pasaron en tan terrible agonía de una lucha continua entre la muerte y la vida. El treinta y uno el viento amainó algún tanto y después de remendar las velas del mejor modo posible pudimos ceñirlo para buscar un abrigo en la isla de Martín García.

Llegamos con trabajo al ponerse el sol y dimos fondo a tres cuadras de distancia del fondeadero principal. Estábamos yertos, empapados de agua, hambrientos y atrasados de sueño; pero salvos de la furia de los elementos.

Martínez quería desembarcar, yo me opuse. "No hay nadie en la isla, me decía, está abandonada: yo he estado hace pocos meses confinado en ella en tiempo del Directorio: conozco el lugar donde se sitúa el centinela del muelle y se ve que no está ahí, no se ha descubierto ningún viviente: es porque la isla está abandonada". "¿Y si estaría ocupada, mal sería nuestra suerte? ¿Quiere usted que nos expongamos, por una mala noche más, a ser aprehendidos y conducidos a Buenos Aires?" "Sí, pero yo no puedo resistir más, esta noche más concluirá con mi existencia, voy a amanecer helado de frío: yo necesito dormir en tierra". Tuve que revestirme de formalidad y tomar un tono decisivo: yo mandaba allí, porque el lanchón se había puesto a mi disposición, Martínez me debía el favor de la invitación. Llamé al patrón y le dije: "le prohíbo a usted atracar a tierra". Martínez quedó muy mohido, pero no insistió. Nos envolvimos en las velas mojadas, que también nos sirvieron de cama para esperar el día; el frío aumentado por la humedad de las velas, era intenso. Nuestros estómagos estaban completamente vacíos.

A las cuatro y media de la mañana, cuando empezaba el primer albor del día oí tocar la diana y en el momento me puse en pie y desperté a Martínez y a los marineros; a estos les dije: "vámonos de aquí pronto, en el momento, el viento es excelente para atravesar el canal del Infierno y llegar a

Martín Chico". Dirigiéndome a Martínez que todavía estaba soñoliento. "¿Qué tal, mi amigo, si anoche hubiéramos desembarcado qué sería de nosotros a estas horas?, confiese usted que me debe su libertad; la isla no estaba abandonada como usted aseguraba". Como mis palabras no tenían réplica Martínez sonriendo me alargó la mano, yo se la estreché fuertemente y su desazón del día anterior había completamente desaparecido. El lanchón estaba navegando para Martín Chico.

Llegamos muy pronto, porque el canal del Infierno que separa a Martín García del continente oriental, sólo tiene una legua de ancho. Luego que desembarcamos nos dirigimos a la población: era éste un pobre albergue donde moraba una familia singular. El tío Pastrana, madrileño y antiguo soldado del regimiento fijo, infantería de Buenos Aires. Era el propietario: su familia era conocida por el nombre de Montes de Oca de Buenos Aires y se componía de su mujer y doce hijos de ambos sexos, todos mudos: el tío Pastrana era el patriarca de aquella tribu y el único en ella a quien Dios hubiese concedido el uso de la palabra. Pero ellos se entendían bien por señas y se hablaban con los dedos con una velocidad extraordinaria. Las niñas eran rubias, blancas y lindas, parecían inglesas: lástima daba contemplar aquellos seres tan alegres y diligentes privados de la expresión oral que es la que aparentemente constituye la más manifiesta diferencia entre los seres racionales y los brutos. El tío Pastrana estaba muy gozoso de poder obsequiar a un hijo de su antiguo coronel: me repetía sin cesar que mi padre había sido un señor muy bueno, de un carácter bondadosísimo: es lo que he oído a todos cuantos le han conocido.

Nos vendieron algunas vejigas de excelente manteca, y con este presente a doña Clara Núñez despachamos inmediatamente el lanchón, que dos horas después de haber desembarcado en Martín Chico, estaba ya navegando para Buenos Aires, llevando cartas que anunciaban a nuestros parientes y amigos nuestro feliz arribo a la costa oriental.

Después de haber comido con un apetito proporcionado a nuestra larga abstinencia, encargamos caballos; estos estuvieron pronto y a mediodía nos pusimos en camino para la Colonia. Marchábamos alborozados de contento, todos los objetos se presentaban risueños y encantadores: en mí, sobre

todo, esta impresión agradable era más íntima, porque tenía delante de mí el agradable prospecto de abrazar muy pronto a mi madre y hermanos. Así es que las catorce leguas nos parecían muy cortas y llegamos a la Colonia cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte.

Estaba en la Colonia el doctor Tagle, antiguo primer ministro de Pueyrredón, pero que, una vez éste caído blasfemaba contra él. Tan buena pieza era el ex director como el ex ministro, ambos tiranizaron el país a su antojo; y lo explotaron en su provecho a discreción.

Pueyrredón estableció una ingente fortuna, pero Tagle fué siempre un horrible disipado, dominado por las pasiones y gastador hasta el despilfarro. Hablé una vez con él, y como hombre perfectamente impuesto de todo cuanto pertenecía al período de su administración, me aseguró, lo que yo ya sabía, que en la época de mi prisión si me hubieran encontrado el más pequeño instrumento que hubiera servido de comprobante de mis relaciones con Carreras y Alvear, me habrían fusilado, que tal había sido la intención de Pueyrredón; pero que sobre todo el que más obstinado se había manifestado en perderme había sido don Julián Alvarez: este era el oficial primero del Ministerio de gobierno que Tagle desempeñó bajo aquel gobierno de odioso recuerdo. "Pero usted, me dijo Tagle, se condujo con mucha circunspección, como un hombre de sesenta años lleno de experiencia: siete meses consecutivos se le siguieron todos sus pasos, en el café, en la calle, en sus relaciones privadas, en las públicas, en los bailes, en el teatro, en fin en todas partes estaba usted acechado por personas muy diestras: el gobierno sabía que usted conspiraba, pero quería arrancarle a usted pruebas para justificar un gran acto de justicia y cansado de no poderlas obtener se decidió al fin a apoderarse de su persona. Yo me opuse con todas mis fuerzas, pero aunque ministro no tenía más que una voz en las deliberaciones, la Logia era la que verdaderamente mandaba y hasta el francés (nombre con que designaba a Pueyrredón) estaba sometido a sus resoluciones. De buena ha escapado usted señor Iritarte". Yo oía a aquel sibarita, pero demasiado sabía a lo que debía atenerme en cuanto a la parte que el tomó en la persecución que sufrí. Forzoso era disimular y hacer un poco la diplomacia, como dicen los brasileños.



En la Colonia alquilamos doce caballos y el cuatro de noviembre por la tarde salimos Martínez y yo para Montevideo. Hicimos noche en el arroyo de Cufre distante dieciseis leguas del punto de salida; esta noche no cesamos de oír el bramido de los tigres, y el ladrido de los perros que los oían y olfateaban. Cufre es un paraje donde abundan aquellos feroces animales. Pero estábamos a cubierto de todo peligro.

Desde que amaneció montamos a caballo porque la jornada hasta Montevideo era larga, de ventiocho leguas, y era preciso no cansar mucho los caballos. Cuando llegamos a San José el apetito me agujoneaba, pero mi compañero no quería hacer ninguna parada, temía con razón que cuando llegásemos a Montevideo, los portones estuviesen ya cerrados; "pero yo no puedo galopar sin reforzar primero el estómago"; y en la primer casa cuya apariencia me pareció conveniente a mi intento, eché pie a tierra y pedí que me preparasen ese almuerzo. Martínez estaba enojadísimo, pero cedió al fin y entró en la casa: no quería almorzar, pero cuando presentaron la fritada de huevos, los devoró y pidió más: el almuerzo concluyó alegremente: yo tenía un gran ascendiente sobre Martínez y hacía de él lo que quería: todos se admiraban de esto porque el tal Martínez —Anacleto— era un loco de atar y un juguetón que se preciaba de dominar bruscamente a todo el mundo. El pobre perdió el juicio y perpetró un asesinato, después se suicidó estando embarcado en el puerto de Martín García: se lanzó al agua y desapareció.

Al llegar a Canelones se repitió la misma escena contra la voluntad de Martínez: allí comimos. Me parece oportuno decir que en este viaje tan sólo encontramos carne de vaca una sola vez en nuestro tránsito de la Colonia a Montevideo: tal era la pobreza que entonces reinaba en las campañas feraces y no ha mucho pobladas de ganado de la Banda Oriental. La guerra de Artigas y los latrocinios de los portugueses las habían asolado. Carnero, venado, iguanos, jabalíes y toda clase de sabandijas era el alimento diario y único de los pobres campesinos acostumbrados en otro tiempo a matar una res con el solo objeto de sacarle la lengua o los matahambres.

A medida que nos aproximamos a Montevideo, crecía nuestra ansiedad, porque el sol, casi tocaba en el ocaso y



temíamos encontrar cerradas las puertas de la plaza: a cuantos pasaban preguntábamos si creían que todavía las encontraríamos abiertas, nos decían que sí, galopando mucho, otros que no, que era imposible. Martínez no cesaba de decirme que yo tenía la culpa sino dormíamos aquella noche en Montevideo. Cuando llegamos al portón del Norte iban a cerrarlo: un minuto más y nos habríamos quedado fuera de murallas, al vivac tal vez, porque a nadie conocíamos en aquellas inmediaciones, pues no se encuentra en las cercanías de los grandes pueblos la hospitalidad patriarcal de la campaña: verdaderamente patriarcal, porque jamás dejan de dar albergue, comida y cena al viajero que lo pide con comedimientos y se ofenderían si se les pidiese cuenta del gasto hecho. El servicio es gratuito y sin esperanza de retribución.

Que momento de placer aquel de que estreché en mis brazos a mi amada madre, a mis afectuosas hermanas y a un hermanito —Félix— de quince años de edad. Mi aparición causó gran júbilo en mi casa, sabían que yo me había embarcado el ventiseis de octubre, y desde entonces ignoraban mi paradero y mis aventuras; la tardanza les hacía sospechar que yo había perecido. Era la segunda vez que mi vida revolucionaria me obligaba a asilarme en Montevideo. Mi familia era toda adicta a la causa del Rey, y aunque tenían la delicadeza de evitar discusiones, siempre odiosas cuando las opiniones políticas no están de acuerdo, interiormente comprendía que mi familia no cesaba de reprocharme con el pensamiento, mi separación del ejército real para unirme a la causa republicana, porque efectivamente yo había perdido con este paso una carrera brillante y enfrascándome cuerpo y alma en la revolución, cuyos terribles efectos estaba ya sufriendo. Pero mi constancia y decisión era a toda prueba: jamás hice la menor indicación que manifestase arrepentimiento. Es verdad que no sólo obraba la convicción —yo veía así entonces— sino que mi amor propio me estimulaba a sufrir y callar.

## CAPITULO LXVIII

**LAS RIVALIDADES DE LOS CAUDILLOS  
Y JUAN MANUEL DE ROSAS**

El gobernador Rodríguez desde su ingreso al mando de la provincia de Buenos Aires había empezado a hacer proposiciones de paz al gobernador López de Santa Fe: para éste no había un porteño que más confianza le inspirase que Rodríguez: bastaba que éste, como López hubieran sido gauchos para que pudieran entenderse. Rodríguez hombre sin instrucción, pero de mucho mundo y de un mediano buen sentido, tenía sagacidad bastante para no seguir la marcha de sus predecesores; era menos brillante, no se alimentaba de ilusiones; y el objeto principal que tenía en vista era el de consolidar su poder. Para ésto necesitaba afianzar la paz con sus vecinos; y a ella encontró bien dispuestos a López, y a Bustos gobernador de Córdoba; a aquél porque envidioso de la preponderancia que había adquirido su antiguo aliado, Ramírez, ya lo detestaba desde la campaña que juntos hicieron sobre Buenos Aires, en la que la gloria fué casi toda para Ramírez; y entrambos, López y Bustos, porque estaban alarmados de las pretensiones exageradas y miras ambiciosas del caudillo entrerriano.

Juan Manuel Rosas, capitán de colorados, había sido sucesivamente y con muy corto intervalo, elevado a comandante de su regimiento de milicias de campaña, y después a coronel del mismo cuerpo. Su popularidad en la campaña tuvo un acrecimiento instantáneo desde que por defender la autoridad legal sus soldados habían combatido victoriosamente en las calles de Buenos Aires. No hay duda que Rodríguez debió a Rosas su reinstalación en el mando de la provincia; pero es cierto también que el precio fué muy caro. Empezó desde entonces esa preponderancia de la campaña sobre la ciudad, que tan funesta ha sido después y a la que Rosas debe el terrible poder tiránico que después ha establecido, y que tanta sangre y desolación nos está costando.

Después del triunfo del cinco de octubre, y tan reciente éste que todavía Rosas y sus colorados no habían evacuado la ciudad, el ambicioso caudillo, joven todavía de veintisiete años, se presentó al gobernador Rodríguez con exageradas exigencias cuyo fin manifestó era su engrandecimiento personal, las más ambiciosas miras. Quiso poner en contribución a Rodríguez por el servicio que acababa de prestarle; pero Rodríguez rechazó sus pretensiones y desde aquel momento ambos se declararon enemigos. El oscuro gaucho Rosas, cuyo nombre era ignorado en las series de nuestras glorias revolucionarias que contaban una fecha de diez años, apareció por primera vez en la escena política; y desde el momento empezó a descubrir su desmedida ambición. Quería ser ya gobernador de Buenos Aires. Se retiró a la campaña disgustado. Pero Rodríguez comprendió que debía disimular, que la paz pública podría alterarse, si le manifestaba descontento; conocía que debía contemplar al gaucho altanero, codicioso y dominado de una ambición desmedida y lo comisionó para que fuese a Santa Fe a tratar con López. Era esto lo que más podía lisonjear a Rosas, porque se le presentaba una bella oportunidad para estrechar fuertes vínculos de amistad con López y esto le importaba para lo sucesivo, porque Rosas ya abrigaba una sed de dominación que lo devoraba. Al mismo tiempo hacia su negocio pecuniario.

Se hizo la paz con López, Rosas la negoció; pero el tratado fué vergonzoso, humillante para Buenos Aires: se sometió a un tributo de cuatro mil pesos mensuales que debía entregar a Santa Fe para que el gobierno de esta provincia pudiera sostener uno o dos escuadrones de caballería. Los estancieros de la provincia de Buenos Aires se pusieron en contribución de ganados y se dieron por el intermedio de Rosas muchos millares de cabezas, sin cuenta ni razón, al gobernador de Santa Fe. Rosas no se olvidó de sus intereses pecuniarios y la comisión le produjo grandes cantidades de dinero metálico, amén del ganado vacuno que introdujo en sus campos: se enriqueció.

El noble y generoso José Miguel Carreras, que tantos servicios había hecho al **mulato** López, fué traicionado por éste, en el tratado secreto que hizo con el general Rodríguez estipuló la ruina de su antiguo y fiel aliado. Carreras estaba entonces en el Rosario con los restos en Los Chilenos: ha-

bían quedado reducidos al número de trescientos hombres escasos, habiendo perecido el mayor número en los diferentes combates que tuvieron lugar durante aquella guerra fratricida. Supo Carreras que López mandaba tropas de Santa Fe para atacarlos y se vió precisado a evacuar el Rosario acompañado de su puñado de valientes, para refugiarse en las pampas corriendo el riesgo de ponerse a merced de las tribus armadas de salvajes. Pero el general Carreas era un hombre superior, de alma elevada, abundante en recuerdos intelectuales: hombre prestigioso que sabía dominar con un ascendiente invencible a cuantos lo rodeaban; de un espíritu fecundo que subyugaba los acontecimientos en los mayores conflictos, que se sobreponía a las circunstancias cuando éstas más lo apremiaban. Carreras fué recibido en triunfo por los indios del desierto, no obstante que Rodríguez les hubiese hecho las más seductoras promesas, los ofrecimientos de las más ricas dádivas, a las que aquellos indígenas jamás hasta entoces habían resistido, porque este fué desde la conquista el medio más eficaz para ganarlos. Desecharon los indios con noble indignación los ofrecimientos de Rodríguez y prestando una decidida protección a su desgraciado huésped, a Carreras, muy pronto éste con su habitual habilidad supo captarse la voluntad y el amor de aquellos bárbaros, para hacerlos instrumentos de sus planes y conducirlos fácilmente por el camino que a él le convenía recorrer.

Bustos, el gobernador de Córdoba, entró también en la triple alianza y éste fué el principio de la guerra que después se sostuvo contra Ramírez y Carreras. Pero no nos anticipemos a los sucesos.

Nos parece oportuno lugar para bosquejar rápidamente la vida de Juan Manuel Rosas desde sus primeros años. Era hijo de un antiguo capitán del fijo —don León Ortiz de Rosas fué teniente de la compañía que mi padre mandó como capitán, e hicieron juntos un largo destacamento en la Bahía de San Julián en la costa Patagónica— y de una familia decente así como por parte de la madre. Recibió en las escuelas de Buenos Aires la educación que entonces se daba a los hijos de las familias acomodadas: es decir, primeras letras, algo de aritmética; y después en el colegio, latinidad, Rosas no pasó a estudios mayores, como era de costumbre, porque a los quince años su inclinación lo llamó

a las rudas faenas de las estancias de la campaña. Manejó un establecimiento de su padre, pero su espíritu altivo, insubordinado y salvaje no pudo soportar largo tiempo el freno de la autoridad paterna. Se separó de su familia de un modo insolente y estrepitoso, rompiendo con escándalo los sagrados vínculos del amor filial. Fué capataz de algunas estancias y por último pudo adquirir la propiedad de uno de esos establecimientos de campo en las fronteras de los indios bárbaros. Los hábitos y ejercicios de la vida nómada, para la que tenía la más brillante disposición personal, pues su físico era robusto y privilegiado, lo hicieron muy pronto respectable entre los campesinos, porque él sabía domar un potro, jugar al pato y pelear como el más diestro; y estas ventajas, unidas a una inteligencia natural apenas cultivada, pero muy superior a la de los gauchos semi-bárbaros que lo rodeaban, constituyeron muy pronto un hombre respectable y popular entre aquellas gentes; era una especie de señor feudal. Estableció reglamentos estravagantes y crueles, a que él mismo quiso sujetarse; y así gradualmente fué ascendiendo en consideración y prestigio entre los habitantes de la campaña del Sur. Aumentaba día a día su clientela, con el ingreso a sus tierras de nuevos colonos: eran estos los criminales, ladrones, salteadores de camino, asesinos, hombres inmorales y delincuentes, a quienes perseguía la justicia de las leyes, y que por evitar un merecido e infalible castigo, se refugiaban a los campos de Rosas, seguros de encontrar una buena acogida y un asilo impenetrable a sus perseguidores. He aquí el principio y los medios en la preponderancia que Rosas había adquirido en la campaña. Cuál era su modo de existir y su valer social cuando por primera vez apareció en la escena pública. Desde luego se deja entrever que aunque con medios nuevos, enteramente extraños, desconocidos hasta entoces, Rosas trabajaba con un fin, el de su engrandecimiento personal para ampararse después del poder supremo. Su perseverancia y la sagacidad con que tuvo paciencia para ocultar sus miras hasta que se presentase la ocasión oportuna de poner en acción su vasto plan, es a mi entender lo que ofrece de más admirable la historia de este hombre monstruo. Y sólo por ésto es forzoso concederle que no es un hombre común: al menos no se le puede negar una voluntad de hierro, un gran poder de constancia y tenacidad

a toda prueba. Los gobiernos que se sucedieron, distraídos como estaban, no se apercibieron, pero ni aun conocían la existencia de este oscuro y encapotado rival: tomaba él, cuerpo y crecía en poder aunque lenta y gradualmente, sin inspirar a aquellos la mínima sospecha. El único que tuvo sobrados motivos y antecedentes para no dudar de las tendencias del gaucho Rosas, fué el gobierno de Rivadavia, porque desde el cinco de octubre, ya habían empezado a manifestarse; pero Rivadavia era un hombre enfatuado, un utopista a quien cegaba una pueril e hinchadísima vanidad y miró a Rosas como a un miserable pigmeo, lo despreció a punto de dejar impunes sus avances, sus violaciones y hasta sus actos más notorios de inobediencia y rebelión. Y es Rivadavia por lo tanto el responsable de los progresos de Rosas en la carrera de su detestable ambición. El tiempo y los sucesos irán sucesivamente llenando el cuadro de la vida pública de Rosas, sembrada de sangre y exterminio, hasta conducirlo al elevado puesto a que sus crímenes y la ineptia de sus adversarios, han conseguido al fin levantarlo para oprobio de la América del Sud y execración del más bárbaro de los tiranos, del verdugo más despiadado que estos países hayan producido jamás desde la era remota de la conquista.

## CAPITULO LXIX

### ROSAS Y LOS INDIOS

Excusado es decir que, como complemento, Rosas supo sacar buen partido de su vecindad con los indios bárbaros: los catequizó con regalos y con promesas de mejorar su condición desgraciada, cuya causa les hizo entender, era el gobierno de Buenos Aires. Les inspiró odio y horror contra esta autoridad; para que les fuesen propicios cuando el creyese que sus planes estaban a punto de llevarse a ejecución. Los indios lo designaban con el nombre de Juan Manuel y Juan Manuel era un semidiós, una providencia para los in-

dios. Poco le costaba regalarlos con yeguas y aguardiente y en fin todos los efectos que más apetecen los salvajes, porque Rosas por medio de sus foragidos robaba a sus vecinos; y, asustando al gobierno de Buenos Aires, cuando más distraído estaba con la guerra interior, les hacía creer que los indios estaban descontentos, que era inminente una invasión y que el único medio de impedirla y calmarla era el de las dádivas: entonces el gobierno ponía fondos a disposición de Rosas. Otras veces para hacerse preciso, para poner de manifiesto su ascendiente sobre las tribus salvajes, el mismo los provocaba a una invasión: el gobierno le pedía que interpusiese su influjo y los salvajes cediendo a los ruegos de Rosas se retiraban a sus tolderías colmados de presentes. La mitad de los provechos eran para Rosas y, así, sus medios y recursos pecuniarios fueron aumentándose con asombrosa rapidez. He aquí un bosquejo incompleto, pero verídico, de la vida de Rosas, hasta el año 1820 y dos o tres años después.

Sucesivamente iban llegando a Montevideo los argentinos del partido de Alvear, que tal mal éxito habían tenido en la empresa de elevarlo al gobierno. Y como la revolución obligado a emigrar a los partidarios de Dorrego y Rodríguez de octubre contra el gobernador Rodríguez, había también desterró a un número considerable de dicho círculo, era grande la afluencia de argentinos en las costas de la Banda Oriental: otros, y entre ellos Sarratea, con algunos de su insignificante partido se habían refugiado al Entre Ríos. Alvear y Soler estaban en Montevideo, éste último generalmente mal visto por sus antiguos amigos; su pusilaminidad lo había completamente desacreditado y vivía enteramente aislado. Dorrego con mucho de los suyos se había establecido en la Colonia.

Decididos todos a continuar trabajando contra la administración de Rodríguez, en la desgracia común habían tratado de reconciliarse, pero esta reconciliación entre los Alvearistas y Dorreguistas, que con tanta animosidad se habían combatido en los campos de batalla y en los comicios, se hacía muy parcialmente: en el fondo quedaba una profunda impresión de aversión recíproca por los sucesos pasados, todavía tan recientes. Más tarde tuvo lugar una fusión solemnizada por los jefes de los dos partidos y personas más influyentes. Rodríguez nos había cerrado las puertas



de Buenos Aires y era preciso derribarlo para volver al país natal. Pueyrredón y algunos otros emigrados del tiempo de su directorio regresaron a Buenos Aires, luego que Rodríguez se instaló en el gobierno: éste se apoyaba principalmente en lo que entonces se llamaba partido de Pueyrredón y ambos jefes tenían vínculos de amistad desde la evasión de los ingleses, época en que sirvieron en un mismo cuerpo que Pueyrredón mandaba. De temer era que los partidarios del antiguo Directorio volviesen a tomar las riendas del gobierno.

Los portugueses que en 1815 habían entrado en el territorio oriental con el pretexto de impedir que la guerra civil y la anarquía se propagasen al Brasil, por la provincia limitrofe del Río Grande, dominaban el país como verdaderos conquistadores y a favor de las disenciones intestinas de la República Argentina y de las frecuentes derrotas que Artigas había sufrido, estaban en posesión pacífica de todo el territorio. No quedaban en el otro opositores a la dominación Lusitana, que algunos comandantes fieles a Artigas y a su sistema; el más afamado de estos era don Fructuoso Rivera. Pero la guerra que hacían era de partidarios y sus impulsos sumamente débiles, sólo producían males al país agotado y exhausto de recursos por los efectos de la guerra pasada y por las depredaciones autorizadas de los jefes portugueses. Estos hacían en la campaña grandes cuerdas, y vendían el ganado de las estancias violando con escándalo el derecho de propiedad; estos ganados eran transportados a la provincia del Río Grande, para lo que la ocupación de la Banda Oriental fué un manantial de riquezas.

El general Lecor, jefe del ejército portugués, era un hombre astuto, sagaz y de una alma fría; su semblante era tan imposible como inalterable su sistema de unidad aparente, mientras que el país sufría todas las consecuencias de la conquista. El no podía prometerse un puesto tan elevado en su país como el de Procónsul de Montevideo, deseaba conservarlo; y halagaba a su gobierno con la supuesta buena voluntad de los habitantes a continuar bajo la dominación del Rey don Juan Sexto. Este era un medio que con razón Lecor creía el más eficaz para no ser removido de su destino, porque era claro que debiéndose a su sistema, contemporizar con la apariencia, la supuesta adhesión del país, su gobierno ha-

bía de continuarlo en su puesto, por el temor bien fundado de que un sucesor cualquiera alterando la marcha de su predecesor, provocase a los habitantes a ocurrir a las armas, porque la adhesión de éstos era forzada, Lecor lo sabía; era efecto de la impotencia del país para rechazar la dominación extranjera, por más que la detestasen de todo corazón: no podía disimular su aversión y lo hacían impunemente seguros de que Lecor se contentaba con el hecho, y de que tenía un interés bien pronunciado en ocultar todo estrépito, todo escándalo que pudiera descubrir aquellos patrióticos estímulos. No quiere esto decir que no hubiese muchos orientales que sofocando en su corazón todo sentimiento de dignidad y patriotismo no se prestasen ciega y fervorosamente a radicar la dominación portuguesa. Herrera, Obes, Gambi y otros menos espectables contribuían con todo su influjo, porque se habían comprometido contra la causa de la patria, y no tenían por lo tanto otra garantía de seguridad, otro prospecto de un feliz porvenir que en la estabilidad de la dominación portuguesa. Don Tomás García Zúñiga, hombre excéntrico, pero prestigioso en el país por su gran fortuna, se había plegado a los nuevos amos; en este hombre altivo influyó mucho su aversión a la causa de la independencia, por no ser patriota ya que no le era dado ser español; prefería ser portugués.

## CAPITULO LXX

### **EL URUGUAY, EL BRASIL Y LOS DELEGADOS ESPAÑOLES**

La sociedad de Caballeros Orientales a que yo entonces pertenecía, viendo que la guerra vandálica que se hacía a los invasores, ningún otro resultado podía producir que completar la ruina del país, trabajó con empeño y habilidad para pacificar esperando una coyuntura favorable para levantar el grito de Independencia. Lo consiguió en efecto, y Lecor celebró un tratado de pacificación con los comandan-

tes de Artigas que todavía estaban con las armas en la mano. El que costó más trabajo en persuadir fué don Fructuoso Rivera, era el principal; pero al fin se plegó y fué reconocido por el gobierno Portugués como brigadier bajo su bandera y coronel de un regimiento de milicias de caballería, del Janeiro donde había estado prisionero, fué nombrado teniente coronel. Ambos jefes se reconocieron y juraron al monarca portugués. Poco tiempo después el general Lecor, haciendo uso del poder dominador de la fuerza armada que tenía a sus órdenes, obligó a los habitantes de la campaña a concurrir a unas elecciones clandestinas; en virtud de las que y a solicitud de ellos —por la fuerza— se elevó al gobierno del Río de Janeiro la súplica de ser la Banda Oriental incorporada a los dominios de la casa de Braganza. Súplica que, como es fácil comprender, fué favorablemente acogida. Se formó pues, de la provincia Oriental un nuevo Estado con la dominación de Estado Cisplatino, que aumentó un florón a la corona de Portugal, Brasil y Algarves.

Las fiestas que en Montevideo se celebraron con motivo de este acontecimiento fueron tan brillantes como permitían el tiempo y las circunstancias y calculadas para distraer, con el regocijo, el ánimo del pueblo descontento con el nuevo orden de cosas. El artificioso Lecor, frío por temperamento, por sistema y por el hielo de los años, empleaba todos los medios que su sagacidad le sugería para consolidar su poder en la nueva colonia. Condecoraba con altas graduaciones militares a algunos hijos del país que fueron bastante miserables para dejarse seducir por el brillo del uniforme y un mezquino sueldo adquirido al vil precio del olvido más criminal de los sentimientos más nobles del corazón, los que inspira el honor y el amor a la patria. Zufriategui, Juan Santos Fernández, Rivera y Lavalleja, Ladislao Martínez, Perea, Viana y otros muchos fueron de este número. Lecor también con el mismo intento protegía los enlaces matrimoniales de sus oficiales con las hijas del país de las mejores familias: él mismo se casó con una joven de dieciocho años, que bien podía ser su nieta, porque Lecor rayaba en los sesenta.

Pero Lecor —Barón de la Laguna— llevó un fuerte golpe en la revolución que encabezó el coronel Clandino, jefe del primer regimiento de infantería de voluntarios reales, entonces de guarnición en Montevideo. Presidía Clandino una

logia cuyos miembros en su totalidad eran jefes de los cuerpos de la división portuguesa: cabezas ardientes y adictos todos al sistema liberal, formaron un día las tropas sin conocimiento del general y proclamaron la constitución española del año doce, que ya había jurado provisionalmente el gobierno de Lisboa, y toda la nación portuguesa. Claudino adquirió de este modo un gran ascendiente y cohartó el poder militar del general Lecor, estableciendo un consejo militar compuesto de un individuo de cada clase, hasta la de subteniente desde la más elevada de general; sujetando así al general Lecor que era muy opuesto al nuevo sistema, a las deliberaciones de aquel cuerpo tumultuario. Y este fué el principio de la decadencia del poder preponderante que hasta entonces Lecor había ejercido sin trabas ni coacción: sistema más análogo a sus hábitos y educación modelados en el más puro absolutismo. Tuvo que ceder, mal de su grado porque comprendió que a la menor resistencia lo habían despojado del mando, con la misma facilidad con que introdujeron aquella innovación.

Por este tiempo apareció en estas aguas y fondeó inmediato al puerto, el bergantín de guerra español, **Aquiles**: conducía tres comisionados del gobierno español cerca del de Buenos Aires y era mandado por mi cuñado el teniente de navío don Pedro Hurtado de Cormera, casado con mi hermana Encarnación. Continuó a Buenos Aires y regresó a los pocos días, porque el gobierno de aquella provincia no quiso admitir los diputados españoles, porque no traían poderes para reconocer como base preliminar de toda negociación, la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Cormera había recientemente hecho su fortuna en un viaje que hizo desde Cádiz a Veracruz, con el mismo bergantín, reportando la utilidad de un tanto por ciento de los caudales que convoyó desde este último puerto, pertenecientes a los capitalistas españoles que se retiraban de México, a consecuencia de la emancipación de aquel país de la metrópoli española. De retorno a España, había resuelto Cormera llevar a su familia de Montevideo. El veinte de diciembre mi hermana se embarcó con sus tres hijos en el **Aquiles** y jamás podré olvidar la aflicción de aquella joven virtuosa, modelo de amor filial, al separarse de su madre adorada y de todos sus hermanos: una separación eterna. Poco después

me presenté en el Aquiles, iba a darle el último abrazo. Grande fué la sensación que me causó al encontrarme bajo el pabellón español: recuerdos e impresiones indelebiles de la infancia se agolparon en aquél momento en mi mente, ¿cómo alvidar que yo también había servido bajo aquellos colores, y que mi educación militar la había adquirido en España en el estudio y en los campos de batalla. Justamente uno de los comisionados era el coronel de artillería Ríos, educado como yo en el colegio de Segovia. Apenas nos saludamos: los tres diputados conservaron delante mi el exterior de una estudiada reserva, de una calculada retracción: la mia fué redoblada. Me despedí de mi cuñado y de mi querida hermana Encarnación para no volvernos a ver más, para siempre. Este ha sido el cruel destino de mi familia entera, tan unida y tan virtuosa y sentenciada a vivir en la ausencia y separada por una tan inmensa distancia; el océano.

## CAPITULO LXXI

## JUICIO SOBRE EL AÑO 1820

El año de 1820 hará época en los anales de la República Argentina. La unión de las Provincias quedó disuelta; el edificio social conmovido en sus cimientos; y la anarquía más humilde tiñó de sangre los campos de todas las provincias, porque todas ellas fueron teatro de feroces guerras de exterminio. Aparecieron muchos aspirantes, gauchos atrevidos que encontraron en el cansancio y desorden de los pueblos la ocasión más oportuna para hacer prevalecer la fuerza bruta con violación de todos los derechos sociales, de todas las garantías públicas, con olvido absoluto de toda idea de cultura y de progreso. El país retrogradó inmensamente y los males no circunscribieron a la época porque el germen que ella produjo, retoñó más tarde, hasta ahora, y la discordia civil parece todavía interminable. Los Rosas, los Quiroga, los Ibarra, los Aldao, Bustos, etc. etc., son engendros de aquel tiempo, monstruos que hasta ahora, están

despedazando el seno de su madre patria: los que han muerto han dejado sucesores dignos discípulos de su nefanda escuela. Fué en el año veinte que hizo su más estrepitosa explosión ese espíritu mezquino de provincialismo, que ha hecho de los miembros de una sola familia, catorce familias extranjeras entre sí por el odio y prevenciones que se profesan. Después la República Argentina siguiendo el orden imprescriptible de todos los pueblos antiguos y modernos, pasó de la más espantosa anarquía a la más detestable de las tiranías. Rosas es un diablo encarnado en el año veinte y nacido el primero de diciembre de 1828.

Me había propuesto hacer una corrección formal, pero por falta de tiempo me he limitado a hacer muy ligeras alteraciones y renovar algunas letras casi ininteligibles por la velocidad con que escribo y por lo blanca de la tinta.

En aquella época, de aciago recuerdo, las provincias antes hermanas, por devorarse más a su placer, se olvidaron que tenían el enemigo común a las puertas, se descuidó de alimentar la guerra de la independencia; y como antes he manifestado, si los españoles no hubieran llevado toda su atención hacia el ejército patrio que desembarcó entonces en las costas del Perú, ellos habrían podido pisar libremente o encontrado muy débil resistencia en todo el territorio de las ex provincias unidas. Pero estaba escrito en el libro del destino que ellas habrían de sacudir el yugo del régimen colonial; y como si la providencia se hubiera interesado en la emancipación, cuando más desaciertos cometíamos, cuando en fuerza de ellos era más inminente el riesgo de volver a la antigua dominación española, la revolución de Riego el primero de enero de 1820, en la Isla de León, puso término a los preparativos marciales del monarca español contra sus antiguas Colonias. Desde entonces la América toda pudo con seguridad entonar el himno de la victoria; pero de todos los pueblos que habían tomado las armas para conquistar su independencia, Buenos Aires y sus provincias eran los que más fatigados de sus incesantes convulsiones políticas, habrían podido resistir menos a las armas españolas, porque estos países hasta habían perdido su actitud militar, los jefes y oficiales, los soldados, los ejércitos en fin, se habían desbandado, disuelto. La disciplina había enteramente desaparecido, la milicia era un caos y sus prácticas, reducidas a

la de los salvajes de las tribus nómades, de los beduinos del desierto.

El militar más famoso, el más apto para la guerra, era el que mejor sabía domar un potro: con esta relevante habilidad se podía aspirar a ser caudillo o gobernador de una provincia; y tal ha sido el origen, el más brillante antecedente de los que desde entonces han dominado a los pueblos haciendo pesar sobre ellos su torpe mano de hierro: el lazo y las bolas reemplazaron a los arreos militares y a los galones y charreteras, al traje del soldado, sucedió el poncho, la vincha y el chiripá. Es decir, que el año veinte, el pueblo desbordado se había entronizado sobre la cultura y la civilización.

Actor muchas veces en aquellas borrascosas escenas, extraviado también y arrebatado por el torbellino del furor demagógico de los partidos, fué la época de mi vida en que he corrido mayores y más continuos riesgos, luchando siempre entre la vida y la muerte, entre la prisión y el destierro, se apoderó de mí un frenesí que sólo pueden disculpar mis pocos años. En todo sentido cometí grandes imprudencias; pero fuí víctima de mis errores y de mi desmedida exaltación: muy caro me costó constituirme en agente acalorado de un jefe de partido ambicioso y sin virtudes cívicas como Alvear; y más de una vez expuse mi vida; algunas perdí mi libertad buscando temerariamente las ocasiones. Ciego y fanático hice el papel de don Quijote; jinsensato!, yo creía de buena fe que servía a los intereses más caros de un país; no comprendía entonces que trabajaba para consolidar la tiranía, y sólo en provecho de Alvear. Este era un ídolo, porque lo creía el único hombre capaz de administrar el país y hacerlo marchar por la senda del progreso y la prosperidad.

Pero si he tenido sinceridad y candidez para retractarme con tanta franqueza y con colores que tan poco me favorecen, justo es también que se me crea lo que voy a decir. Yo era liberal hasta el fanatismo, en España me había educado bajo tales principios durante la guerra de la independencia y del regimen constitucional; y cuando vine a mi país abandonando el proyecto de una brillante carrera para servir la causa de la libertad del pueblo que me vió nacer; cuando me apercibí muy luego que el despotismo de Fernando VII no era ni con mucho comparable al de Pueyrredón y



sus coadyutores, abracé con calor el partido de sus opositores, creyendo que ellos traerían con su triunfo la era de la regeneración; creyendo en fin que eran patriotas como yo ¿y por qué no lo he de decir? Lo demás lo hizo mi inexperiencia: es decir que mis faltas no fueron de intención, sino de un celo mal dirigido, de una cabeza calcinada y un corazón ardiente.

Más tarde, (pero muy tarde) la edad y las incesantes persecuciones que he sufrido, han puesto en evidencia ante mis ojos, he comprendido perfectamente a los hombres y a las cosas, porque las he visto con absoluta desnudez, y sin la fascinación de los sentidos; y al fin de mi carrera, no me sorprende de mis malas andanzas, de mis desdichas y persecuciones, porque he jugado siempre con buenas cartas, he jugado con tramposos, y es natural que haya salido perdiendo; que me haya quedado sin banca. Tal es el destino de los hombres de bien que sin guía ni dirección se embarcan en el piélago borrascoso de las revoluciones, y sin otra garantía que su honradez, su buena fe, su honor y patriotismo: palabras éstas vacías de sentido para los verdaderos revolucionarios, para los explotadores ambiciosos que sólo invocan el nombre de la patria para deslumbrar y engañar a los bien intencionados, a fin de hacerlos instrumentos de su engrandecimiento personal para engañar en fin a los ignorantes; y yo lo he sido, lo confieso francamente y... **mea culpa.**

En fin, el año veinte es la época de mi vida, en que con más fervor he trabajado; la época en que más he prodigado mi existencia; y ¡qué fatalidad! **la única en que la causa que he defendido no ha sido justa, noble y loable.** Que me sirva de disculpa la falta de mundo y mis ideas novelescas. Yo estaba empapado en la lectura de los "hombres ilustres de Plutarco", y he querido imitarlos, tomándolos por modelo, —los he parodiado. En otro teatro, no sé porqué, me parece que si no me hubiera nivelado con ellos, mucho me habría aproximado. En el de mi país, conozco, en fin, que no he **podido estar destinado para hacer un papel brillante:** ni esto me pesa, desde que forzoso me habría sido para conseguirlo traicionar mis más caras convicciones: no apetezco la gloria a tanta costa: gocen de ella los que puedan sobreponerse a los más nobles estímulos de un corazón bien formado. No les he de envidiar su dicha.

## NOTA:

*Tomás de Iriarte falleció con el grado de general. No obstante, autores eminentes, a quienes hemos seguido, lo han llamado, por causas que desconocemos, brigadier general. Entre ellos se encuentra nuestro ilustre amigo, el capitán de fragata don Jacinto R. Yaben (Biografías argentinas y sudamericanas, Buenos Aires, 1939, tomo III, páginas 157: Brigadier General Tomás de Iriarte). En momentos de imprimirse este libro nos rectificamos en la última página. Valga esta autorectificación como prueba de que sólo la verdad es nuestro fin.*

*ENRIQUE DE GANDIA.*



# INDICE

|                                                                                                    |      |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| ADVERTENCIA, por Arcadio Fascetti .. . . .                                                         | VII  |
| ESTUDIO PRELIMINAR, por Enrique de Gandía.                                                         |      |
| I — Las "Memorias" del Brigadier General Tomás de Iriarte .. . . .                                 | XI   |
| II — Tomás de Iriarte y los liberales y absolutistas de la guerra civil Hispano-Americana .. . . . | XXI  |
| III — La anarquía del año XX interpretada por Tomás de Iriarte .. . . .                            | XLIV |
| IV — Nueva interpretación de la Independencia Argentina y Americana .. . . .                       | LXII |

## MEMORIAS DEL BRIGADIER GENERAL TOMAS DE IRIARTE

| <i>Capítulos</i> | <i>Págs.</i>                                  |
|------------------|-----------------------------------------------|
| I                | Rumbo a América .. . . . 1                    |
| II               | La Logia Americana .. . . . 7                 |
| III              | La región de las tormentas .. . . . 13        |
| IV               | La personalidad de la Serna .. . . . 20       |
| V                | En tierras de América .. . . . 23             |
| VI               | La condición social de los indios .. . . . 32 |
| VII              | El trabajo en las minas .. . . . 40           |
| VIII             | Llegada a Potosí .. . . . 46                  |
| IX               | La ciudad de Potosí .. . . . 49               |
| X                | El ejército real del Perú .. . . . 52         |
| XI               | La batalla de Sipe-Sipe .. . . . 57           |
| XII              | Suipacha .. . . . 59                          |
| XIII             | Humahuaca .. . . . 66                         |
| XIV              | Jujuy; Güemes y sus guerrilleros .. . . . 70  |
| XV               | El mariscal Santa Cruz .. . . . 75            |
| XVI              | Amigos y enemigos .. . . . 77                 |
| XVII             | Salta y los gauchos de Güemes .. . . . 82     |
| XVIII            | La lucha con los gauchos .. . . . 87          |
| XIX              | Tupiza .. . . . 90                            |
| XX               | El marqués de Valle de Tojo .. . . . 92       |
| XXI              | Descubrimiento de la Logia .. . . . 96        |
| XXII             | Propósitos de evasión .. . . . 102            |
| XXIII            | El paso de los independientes .. . . . 106    |
| XXIV             | El gobernador Güemes .. . . . 114             |
| XXV              | El general Belgrano .. . . . 118              |
| XXVI             | Camino de Buenos Aires .. . . . 126           |

*Capítulos*

*Págs.*

|         |                                                   |     |
|---------|---------------------------------------------------|-----|
| XXVII   | Buenos Aires y Juan Martín Pueyrredón . . . . .   | 132 |
| XXVIII  | Otros personajes . . . . .                        | 140 |
| XXIX    | Estado del País . . . . .                         | 145 |
| XXX     | Montevideo y el general Lecor . . . . .           | 149 |
| XXXI    | Alvear, Carreras, Vázquez y Larrea . . . . .      | 156 |
| XXXII   | Campaña contra Pueyrredón . . . . .               | 165 |
| XXXIII  | La logia de los españoles . . . . .               | 173 |
| XXXIV   | Sarratea y Chiclana . . . . .                     | 178 |
| XXXV    | Fracaso de la conspiración . . . . .              | 181 |
| XXXVI   | En presidio . . . . .                             | 188 |
| XXXVII  | Entrevista con Rondeau . . . . .                  | 202 |
| XXXVIII | Correspondencia con Rondeau . . . . .             | 208 |
| XXXIX   | La intontona de San Luis y origen de la anarquía  | 210 |
| XL      | Rehabilitación . . . . .                          | 215 |
| XLI     | La logia de los Caballeros Orientales . . . . .   | 222 |
| XLII    | La batalla de Cepeda . . . . .                    | 226 |
| XLIII   | El tratado del Pilar . . . . .                    | 230 |
| XLIV    | La jornada de los engaños . . . . .               | 235 |
| XLV     | Soler y Oribe . . . . .                           | 240 |
| XLVI    | La rendición de Soler . . . . .                   | 243 |
| XLVII   | El triunfo de Alvear . . . . .                    | 252 |
| XLVIII  | Don Hilarión de la Quintana . . . . .             | 255 |
| XLIX    | El sistema federal . . . . .                      | 258 |
| L       | El Cabildo frente a la anarquía . . . . .         | 264 |
| LI      | Carreras y el alzamiento de los Cívicos . . . . . | 268 |
| LII     | El tribuno Salomón . . . . .                      | 273 |
| LIII    | Un calabozo que salva la vida . . . . .           | 279 |
| LIV     | El coronel Pagola y el bandido Recabarren . .     | 282 |
| LV      | Pedidos de Justicia . . . . .                     | 288 |
| LVI     | Compañeros de cárcel . . . . .                    | 295 |
| LVII    | La evasión . . . . .                              | 505 |
| LVIII   | Panorama de la anarquía . . . . .                 | 315 |
| LIX     | Desórdenes en Buenos Aires . . . . .              | 324 |
| LX      | El carácter de Alvear . . . . .                   | 328 |
| LXI     | Razones de José Miguel Carreras . . . . .         | 333 |
| LXII    | El saqueo de San Nicolás . . . . .                | 338 |
| LXIII   | Aparición de Rosas y fuga de Alvear . . . . .     | 343 |
| LXIV    | Manuel Dorrego y Martín Rodríguez . . . . .       | 351 |
| LXV     | La ayuda de Pablo Acosta . . . . .                | 358 |
| LXVI    | Los colorados de Rosas . . . . .                  | 366 |
| LXVII   | Fuga a Montevideo . . . . .                       | 372 |
| LXVIII  | Las rivalidades de los caudillos y J. M. de Rosas | 385 |
| LXIX    | Rosas y los indios . . . . .                      | 389 |
| LXX     | El Uruguay, el Brasil y los delegados españoles   | 392 |
| LXXI    | Juicio sobre el año 1820 . . . . .                | 395 |

**E s t a s**  
**MEMORIAS**  
**del Brigadier General**  
**Tomás de Iriarte, publicadas por**  
**Enrique de Gandía y editadas por la**  
**SOCIEDAD IMPRESORA AMERICANA**  
**se terminaron de imprimir en sus talleres**  
**gráficos, el día 10 de Abril de**  
**1944. Calle Labardén 153-**  
**57. Bs. Aires. Rep.**  
**Argentina.**





# Ediciones Argentinas S. I. A.

PARA EL LECTOR AMERICANO

Dirección General: ARCADIO FASCETTI

- 
- ORIGENES DE LA DEMOCRACIA EN AMERICA** y otros estudios, por Enrique de Gandía. Ensayos sobre historia y ciencias afines, por uno de los más grandes historiadores de América. Un libro argentino para todos los americanos . . . . . \$ 5.—
- BOLIVAR: Realidad Continental**, por Manuel García Hernández. Bolívar, visionario y conductor de hombres hacia la libertad, en la emoción de un escritor venezolano, radicado en nuestro país. Prólogo de Juan Pinto . . . . . \$ 4.—
- FIGURAS CONTEMPORANEAS**, por Pablo Suero. Un hermoso libro de reportajes del gran periodista desaparecido. Hombres, mujeres y paisajes de todo el mundo: Pirandello, Ludwig, Stefan Zweig y muchos más, en emotivas páginas . . . . . \$ 4.—
- REGRESO A DIOS**, por Roberto Mariani. Una apasionante novela de ambiente porteño, donde los personajes son buceados, psicológicamente, hasta desnudar sus almas atormentadas. Roberto Mariani, en esta novela, alcanza su máxima expresión de auténtico novelista. *Obra declarada, por la Sociedad Argentina de Escritores, como la mejor novela del año 1943* . . . . . \$ 4.—
- LA SEÑORA ENRIQUETA Y SU RAMITO**, por Leónidas Barletta. Doce cuentos profundamente humanos, en un estilo sencillo, con otras tantas ilustraciones cinegráficas por J. Valmitjana. Un libro, formato mayor, lujosamente encuadernado . . . . . \$ 4.50
- PINTORES ITALIANOS DEL RENACIMIENTO**, por Gherardo Marone. Un libro sobre pintores italianos del Renacimiento, por un conocedor profundo del tema. Miguel Angel, Giotto, Rafael y otros grandes pintores italianos de la época. Un libro con 75 láminas, fuera de texto, en tela, con cubrecubierta en colores \$ 12.—
- PIRANDELLO LUIGI: "Sus Mejores Cuentos"**. Una selección de cuentos, traducidos por Nicolás Olivari, en los que el autor de "Cuando se es alguien", pone de manifiesto su poder de psicólogo \$ 4.—
- UMBRAL DE TIERRA**, poesías por María Granata. Premio Municipal de Poesía y premio "Martín Fierro" correspondientes al año 1942. Un vigoroso y profundo libro de poesía . . . . . \$ 2.50
- LA DEMOCRACIA Y EL HOMBRE**. (Ensayo sobre la desintegración moral del individuo), por José Gaviña Cendoya. Un libro en el que, el problema fundamental de la preparación del hombre, para el desempeño de sus deberes y ejercicio de sus derechos sociales está bien contemplado . . . . . \$ 3.—
- LA FLECHA PINTADA**, por Horacio Rega Molina. Ensayículos, eco-logos y glosas. El primer libro en prosa del poeta de "Oda Provincial" . . . . . \$ 4.—

- BRIGADIER GENERAL TOMAS DE IRIARTE.** *Memorias: la Independencia y la Anarquía.* Estudio preliminar de Enrique de Gandía. Con esta obra se inicia la Colección de **GRANDES OBRAS HISTORICAS AMERICANAS** bajo la dirección de Arcadio Fascetti y Enrique de Gandía . . . . . \$ 12.—
- DORREGO:** *Testimonios de una vida.* Compilación de Rodolfo Trostinié. Estudio Preliminar de Enrique de Gandía. Primer volumen de la Colección "Labardén", dirigida por Arcadio Fascetti y Enrique de Gandía . . . . . \$ 2.—
- CARTAS COMPLETAS,** por Lord Chesterfield. Nueva edición corregida, con un retrato del autor, un volumen de más de 680 págs. Formato mayor. Rústica . . . . . \$ 8.—
- HISTORIA SINTETICA DE LA IGLESIA,** por Elena I. Boneo. Una síntesis completa de la historia de la Iglesia, desde sus orígenes hasta nuestros días. Carta - Prólogo del Pbro. Dr. Restituto Pruneda, Fiscal eclesiástico, del Arzobispado de Buenos Aires \$ 5.—
- MAJESTAD NEGRA,** por John W. Vandercook. Vida del rey negro de Haití, Christophe, a través de la pluma emocionada de un gran escritor americano. Prólogo de Enrique de Gandía . . . . . \$ 3.50
- ADVERTENCIAS DEL GAUCHO "MARTIN FIERRO" A LOS MARINEROS DE LA ARMADA,** por el Vicario General de la Armada Ricardo L. Dillón . . . . . \$ 4.50
- BICHITOS DE LUZ.** Cuentos por Yamandú Rodríguez. Edición definitiva, aumentada y corregida por el autor . . . . . \$ 3.—
- HUMO DE MARLOS,** por Yamandú Rodríguez, cuentos. Edición definitiva, corregida y aumentada por el autor . . . . . \$ 3.—
- BRUMAS Y LUCES,** por Rubén Darío, nieto. Un libro de poesías de un joven poeta con prólogo de Rubén Darío (hijo) . . . . \$ 2.50
- FRENTE AL MAR,** por P. Teodoro Gandía. Poesías. Un volumen interesante en el que el autor expresa su emoción diversa frente al mar cambiante . . . . . \$ 2.50
- LITERATURA ARGENTINA DEL SIGLO XX,** por Juan Pinto. La obra de Fernández Moreno, Roberto Arlt, L. Barletta, H. Rega Molina, González Carbalho y una síntesis de las letras argentinas contemporáneas a través de la expresión de un crítico y escritor vigoroso . . . . . \$ 4.—

---

**SOCIEDAD IMPRESORA AMERICANA**

**LABARDEN 153/57**



**BUENOS AIRES**





















UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3018753171

0 5917 3018753171